



R. J. ELLORY

Sólo el silencio



Lectulandia

Un despiadado asesino está actuando impunemente en Georgia, al sur de Estados Unidos, donde secuestra, mata y mutila salvajemente los cadáveres de una decena de niñas de la pequeña localidad de Augusta Falls. Joseph Vaughan, con sólo doce años, ve cómo la tragedia asola su comunidad y decide formar una patrulla de protección con su pandilla. Cuando un vecino es sorprendido en posesión de objetos que habían pertenecido a las víctimas, parece que todo ha terminado. Pero al cabo de cincuenta años, con Joseph rehaciendo su vida en Nueva York, salta la noticia de que el asesino aún anda suelto y vuelve a matar.

Lectulandia

R. J. Ellory

Sólo el silencio

ePub r1.0

Titivillus 05.12.15

Título original: *A Quiet Belief in Angels*

R. J. Ellory, 2009

Traducción: Jorge Rizzo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a Truman Capote

(1924-1984)

«Lo que recordamos de la infancia, lo recordamos siempre: fantasmas indelebles, grabados, impresos, estampados, marcados, presentes para siempre.»

CYNTHIA OZICK

PRÓLOGO

Un sonido de disparos, como huesos rompiéndose.

Nueva York: su fragor incesante, duros ritmos metálicos y pasos como martillazos, secos e implacables; sus pasos subterráneos y sus limpiabotas, sus cruces atascados y sus taxis amarillos; sus peleas de amantes; su historia y su pasión y sus promesas y sus oraciones.

Nueva York engullía el sonido de los disparos sin esfuerzo, como si no tuvieran más importancia que el latido de un corazón solitario.

Entre tal cantidad de vida, nadie oyó nada.

Quizá por todos aquellos otros ruidos.

Quizá porque nadie escuchaba.

Incluso el polvo, atrapado en un rayo de luna que atravesaba aquella ventana de hotel, a tres pisos de altura, se agitó de pronto en respuesta a los disparos, para luego seguir su camino, errante pero progresivo.

No ocurrió nada, porque aquello era Nueva York, y las desgracias como aquélla, tan solitarias como desconocidas, eran legión, algo casi inherente a la ciudad, de breve recuerdo y fácil olvido.

La ciudad siguió con lo suyo. Muy pronto empezaría un nuevo día, y algo tan intrascendente como una muerte no podía retrasarlo.

Al fin y al cabo no era más que una vida; ni más ni menos que eso.

Soy un exiliado.

Me tomo un momento para mirar atrás y ver toda mi vida, e intento ver lo que fue realmente. Entre la locura con que me encontré, entre las tensiones, el estrépito y la brutalidad de los choques entre los hombres que he presenciado, ha habido momentos. Amor. Pasión. Promesas. La esperanza de algo mejor. Todas esas cosas. Pero me enfrento a una visión, y allá donde vaya me encuentro con ella. Yo fui el guardián de Salinger, de pie, al borde de un campo de centeno que me llegaba al hombro, oyendo las voces de los niños que jugaban entre las formas ondulantes y los colores cambiantes, oyendo sus risas al jugar a pillar, sus juegos —su infancia, podríamos decir— y observando atentamente, por si se acercaban al borde del campo. Porque el campo flotaba libremente en el espacio, y si alcanzaban el borde no tendría tiempo de pararlos y evitar que cayeran. Así que miraba y esperaba y escuchaba e intentaba con todas mis fuerzas estar ahí antes de que cayeran dando tumbos por el precipicio. Porque, una vez cayeran, no habría modo de recuperarlos.

Se habrían ido. Aunque yo no lograra olvidarlos.

Así ha sido mi vida.

Una vida deshilada como la hebra de una rueca, que no se sabe cuánto resistirá, cuánto durará; si acabará de pronto o seguirá indefinidamente, que va uniéndose a otras por el camino, que en un primer momento no es más que algodón, apenas suficiente para sostener las costuras de una camisa, y en otro una cuerda, trenzada y anudada, cada hebra y cada fibra impermeabilizada para que repela el agua, la sangre, el sudor, las lágrimas; una cuerda con la que levantar un cobertizo, hacer un as de guía doble y rescatar a un niño casi ahogado en una inundación, contener a un potro y someterlo, atar a un hombre a un árbol y azotarle por sus delitos, izar una vela, colgar a un pecador.

Una vida que vivir, o que ver escapar entre las manos, manos descuidadas y desatentas, pero una vida en todo caso.

Y si se nos da una, deseamos dos, o tres, o más, olvidando fácilmente la que ya hemos gastado sin pensar.

El tiempo avanza en línea recta, como el hilo lanzado por el pescador esperanzado; las semanas se vuelven meses, que se vuelven años. Sin embargo, con todo el tiempo que tenemos, basta dudar el tiempo que dura un latido, y perdemos la pieza.

Momentos especiales —esporádicos, como nudos atados a espacios irregulares, como cuervos sobre un cable telefónico—, eso es lo que recordamos, y no nos atrevemos a olvidar, puesto que en muchos casos son lo único que nos queda para mostrar.

Yo los recuerdo todos, y más aún, y a veces me pregunto si la imaginación no habrá intervenido en el diseño de mi vida.

Porque eso es lo que ha sido, y siempre lo será: una vida.

Ahora ha alcanzado su epílogo, y siento que es hora de contar todo lo sucedido. Porque eso es lo que he sido, lo que siempre seré... nada más que el narrador, el contador de historias, y si hay que establecer juicios de valor sobre quién soy o sobre lo que he hecho, que así sea.

Por lo menos será mi testimonio. Mi testamento, si se prefiere, o incluso mi confesión.

Me siento, tranquilo. Siento la tibieza de mi propia sangre en las manos, y me pregunto cuánto tiempo más seguiré respirando. Miro el cuerpo del hombre muerto ante mí, y sé que, de algún modo, aunque sea mínimamente, se ha hecho justicia.

Pero ahora volvamos al principio. Camina conmigo, si quieres, ya que eso es todo lo que puedo pedir, y aunque he cometido muchos errores, creo que he hecho suficientes cosas buenas como para ganarme este tiempo.

Toma aire. Aguanta. Suéltalo. Todo debe estar en silencio, porque cuando vengan, cuando por fin vengan a por mí, tenemos que estar lo suficientemente callados como para oírlos.

Rumores, habladurías, folclore. Cualquiera que fuera el origen de la creencia, se decía que una pluma blanca indicaba la visita de un ángel. La mañana del miércoles 12 de julio de 1939 yo vi una; era larga y fina, diferente a todas las plumas que había visto hasta entonces. Rozó el dintel de la puerta cuando la abrí, casi como si hubiera esperado pacientemente para entrar, y la corriente del vestíbulo la llevó hasta mi habitación. La sujeté con sumo cuidado y se la enseñé a mi madre. Ella me dijo que era de una almohada. Yo me quedé pensando un rato. Tenía sentido que las almohadas estuvieran rellenas de plumas de ángel. De ahí es de donde vienen los sueños: de los recuerdos de los ángeles, que se te cuelan en la cabeza al dormir. Aquello me hizo reflexionar sobre muchas cosas. Cosas como Dios. Cosas como la de que Jesús muriera en la cruz por nuestros pecados, algo de lo que ella tanto me había hablado. Yo nunca había hecho mucho caso; la religión nunca había sido mi fuerte. Más tarde, con más años encima, entendería la hipocresía. Daba la impresión de que mi infancia había estado llena de personas que decían una cosa y hacían otra. Incluso nuestro reverendo, el padre Benedict Rousseau, que visitaba los pueblos en su caballo, era un hipócrita, un charlatán, un fraude: con una mano indicaba el Camino de las Escrituras, y la otra se le perdía entre los pliegues de la falda de su hermana. En aquel entonces, de niño, aquellas cosas yo no las veía. Los niños, por muy receptivos que sean, sufren también de ceguera selectiva. Lo ven todo, de eso no hay duda, pero deciden interpretar lo que ven de un modo acorde con su sensibilidad. Y lo mismo ocurrió con la pluma, que no era gran cosa en sí misma, pero que en cierto modo era un augurio, algo prodigioso. Mi ángel había venido a visitarme. Yo lo creí, lo creí con todo mi corazón, y por eso los sucesos de aquel día me parecieron aún más disparatados e incongruentes. Porque aquél fue el día en que todo cambió.

Aquel día llegó la Muerte. Concienzuda, metódica, indiferente a las modas y a los favores; indiferente a la Pascua, a la Navidad, a cualquier fiesta de guardar o tradición. La Muerte llegó, fría e insensible, recaudadora de los impuestos de una vida, del precio del respirar. Y cuando la Muerte llegó, yo estaba de pie, en el patio, entre los matojos y la tierra seca, rodeado de verdolagas, sanguinarias y gaulterias. Llegó por High Road, creo, recorrió toda la calle hasta el límite entre las tierras de mi padre y las de los Kruger. Yo creo que vino a pie, porque luego, cuando miré, no había huellas de caballo, ni de bicicleta, y a menos que la Muerte pudiera moverse sin tocar el suelo, debió de venir a pie.

La Muerte vino a llevarse a mi padre.

Mi padre se llamaba Earl Theodore Vaughan. Nacido el 27 de septiembre de

1901, en Augusta Falls, Georgia, cuando Roosevelt era presidente; de ahí su segundo nombre. Hizo lo mismo conmigo, me dio el nombre de Coolidge en 1927, y ahí estaba yo —Joseph Calvin Vaughan, hijo de mi padre—, de pie entre las verdolagas, cuando la Muerte vino a visitarnos aquel verano de 1939. Más tarde, tras las lágrimas, tras el funeral y el velatorio sureño, atamos su camisa de algodón a una rama de sasafrás y le prendimos fuego. Nos quedamos mirando cómo ardía hasta consumirse; el humo representaba el tránsito de esta tierra mortal a un lugar más alto, más justo y más equitativo. Entonces mi madre me apartó del resto y, con unos ojos hinchados y sombríos, me contó que mi padre había muerto de fiebre reumática.

—La fiebre se lo llevó —me dijo, con la voz entrecortada por la emoción—. La fiebre llegó a estas tierras en el invierno del 29. Tú no eras más que un bebé, Joseph, pero tu padre quedó afectado, con suficiente flema y esputo como para irrigar un acre de tierra fértil. Una vez la fiebre te llega al corazón, se debilita y no se recupera, y hubo un momento, quizá durante más de un mes, que contábamos las horas que le quedaban. Pero entonces no se fue, Joseph. Al Señor le pareció conveniente dejárnoslo unos cuantos años más; quizá el Señor pensó que debía esperar a que te hicieras un hombre. —Hurgó en el bolsillo de su delantal y sacó un trapo gris. Se limpió los ojos, embadurnándose la parte superior de los pómulos con *kohl*; tenía el aspecto abatido de un luchador a puños descubiertos derrotado un sábado por la noche—. Tenía la fiebre en el corazón, ¿sabes? —susurró—, y tuvimos suerte de tenerlo entre nosotros tantos años.

Pero yo sabía que no era la fiebre reumática la que se lo había llevado. Se lo había llevado la Muerte, que había venido por High Road y se había vuelto por el mismo camino, sin dejar más rastro que sus huellas en la tierra junto a la valla.

Más adelante, mis recuerdos sobre mi padre quedarían rotos y desfigurados por el dolor; después me lo imaginaría cómo Juan Gallardo, el valiente personaje de *Sangre y arena*, aunque nunca inconstante, ni tan apuesto como Valentino.

Lo enterraron en un ancho ataúd, de madera alabeada y sin pulir, y los granjeros vecinos, entre ellos Kruger el alemán, se llevaron su cuerpo por la carretera del campo en una camioneta de plataforma. Más tarde se reunieron, trajeados y con expresión circunspecta, en nuestra cocina, entre el olor a cebolla frita en grasa de pollo, el aroma de un bizcocho y el perfume del agua de lavanda en una jarra de cerámica junto al lavadero. Y hablaron de mi padre, aireando sus recuerdos, sus anécdotas, contando grandes historias con amplias licencias narrativas, embelleciéndolas y redimensionándolas con hechos que eran ficción.

Mi madre se quedó callada, sin palabras, expectante, con una expresión de tosca simplicidad. Sus ojos perfilados con *kohl*, profundos como pozos; sus pupilas dilatadas; negras como el antimonio.

—Una vez lo vi pasar toda la noche con la yegua —recordó Kruger—. Se quedó

allí hasta el alba, dándole al animal puñados de maíz harinoso para pararle el cólico.

—Os contaré una historia sobre Earl Vaughan y Kempner Tzanck —anunció Reilly Hawkins.

Se inclinó hacia delante, con sus manos rojas y encallecidas como puñados de alguna fruta exótica seca y con los ojos yendo de un lugar a otro como si buscaran sin cesar algo que justificara tanto movimiento. Reilly Hawkins trabajaba unas tierras al sur de las nuestras, y llevaba en ellas desde mucho antes de que nosotros llegáramos. El primer día nos había dado la bienvenida como si volviéramos de un largo viaje, levantó un granero con mi padre y no se llevó más que una jarra de leche fría por su trabajo. La vida le había esculpido el rostro como si tuviera una pátina, cubriéndole los rasgos de finas arrugas, con el blanco de los ojos casi de madreperla, aquellos ojos limpios de tanto llorar por los amigos que se habían ido. Y por familiares, todos ellos desaparecidos tiempo atrás y casi olvidados; algunos por la guerra, o por incendios o inundaciones, otros por accidentes o percances tontos. Qué irónico resultaba ahora, que alguna decisión impulsiva —que en sí misma no habría sido más que un esfuerzo por reafirmar o alegrar la existencia con un estallido de vida— pudiera resultar en muerte. Como la del hermano menor de Reilly, Levin, a los diecinueve años, en la Feria Estatal de Georgia. Había un piloto de pruebas, un charlatán medio borracho que tenía una Stearman o una Curtiss Jenny con la que fumigaba en temporada y con la que se dedicaba a pasar rozando las copas de los árboles y los tejados de los graneros con sus maniobras insensatas y arrogantes, y Reilly había incitado a Levin a que se diera un paseo con el aviador. Los hermanos intercambiaron palabras como en un *pas-de-deux*, un preciso paso a dos, un tango de bravuconadas y provocaciones, cada frase un paso, un pie arqueado, una espalda curvada, un hombro avanzado agresivamente. Levin no quería ir, dijo que su cabeza y su corazón estaban hechos para la observación a nivel de superficie, pero Reilly insistió, hizo uso de su influencia fraternal a pesar de que sabía que no era lo más juicioso, a pesar del olor a whisky que desprendía el piloto, a pesar de la escasa luz del atardecer. Levin cedió, se encaramó a un ala y subió por un cuarto de dólar, y el piloto, mucho más valiente que sereno, intentó un bucle exterior seguido de una ascensión vertical para iniciar un descenso en picado. El motor se paró en lo más alto. Un largo silencio sin aliento, una ráfaga de aire y luego un ruido como el de un tractor chocando contra un muro. Los dos murieron. El piloto y Levin Hawkins, quedaron como dos animales chamuscados contra el radiador de un camión. Una fumarola de cien metros de alto que aún humeaba la mañana siguiente. El ayudante del piloto, un chico para todo de no más de dieciséis o diecisiete años, se pasó unas horas caminando sin rumbo y sin expresión en la cara, y luego él también desapareció.

Los padres de Reilly Hawkins murieron poco después. Él intentó mantener la pequeña granja en pie tras su muerte, ambos destrozados por la pérdida de Levin, pero hasta los cerdos parecían mirarle de reojo, como si comprendieran su culpa. Nadie pronunciaría una palabra de culpa contra Reilly, pero el viejo Hawkins, que

mascaba sin cesar su tabaco Heidsieck, se quedaba mirando al hermano mayor, mirándolo como si tuviera pendiente una deuda y esperara que Reilly se ofreciera a pagarla. Tenía los ojos inquietos, como los de un ex fumador en una tienda de puros. Nunca diría una palabra, pero la palabra siempre estaría presente.

Reilly Hawkins no se había casado, según algunos porque no podía tener hijos y no le daba vergüenza admitirlo. Yo estaba convencido de que Reilly nunca se había casado porque ya le habían roto el corazón una vez y temía que, si le pasaba de nuevo, aquello pudiera matarlo. Se rumoreaba que había sido una chica del condado de Berrien, más bonita que una muñequita china. Imaginé que no querría embarcarse en otra aventura, puesto que tenía otros motivos para vivir. Se trataba de elegir entre alguna chica de amplia sonrisa y familia aún más amplia, de las que llevan vestidos de algodón estampados, lían sus propios cigarrillos y beben directamente de la botella... Eso, o la soledad. Y se ve que debió de escoger la segunda, pero él nunca hablaba directamente de eso, y yo nunca le pregunté directamente. Ése era Reilly Hawkins, lo poco que yo sabía de él en aquel tiempo, y no valía la pena hacer cábalas sobre sus intenciones o sus objetivos, puesto que la mayoría de las veces daba la impresión de ser un hombre más voluntarioso que sensato.

—Earl era un luchador —dijo Reilly aquel día en nuestra cocina, el día del funeral.

Eché un vistazo a mi madre. Ella no se movió apenas, pero sus ojos y la mirada que le devolvió indicaban que le daba permiso para seguir.

—Earl y Kempner fueron más allá de Race Pond, hasta Hickox, en el condado de Brantley. Fueron a ver a un hombre llamado Einhorn, si no recuerdo mal, un hombre llamado Einhorn, que vendía un ruano. Pararon en un lugar por el camino para beber algo, y mientras descansaban se presentó un tipo grande como un armario y empezó a gritarles como un desquiciado. Era un tipo con malas pulgas, de esos que buscan las cosquillas a la gente, y Earl le sugirió que fuera a ocuparse de sus asuntos y a gritar al bosque, donde nadie pudiera oírle.

Really volvió a mirar a mi madre, y luego a mí. Yo no me moví, quería oír lo que había hecho mi padre para aplacar a aquel bruto cerca de Hickox, en el condado de Brantley. Mi madre no levantó la mano, ni la voz, y Reilly sonrió.

—Resumiendo, aquel salvaje intentó tumbar a Earl con un puñetazo, pero Earl dio un paso atrás y mandó al tipo por los aires, haciéndole atravesar la puerta. Cayó en medio de una polvareda. Fue tras él e intentó hablarle para calmarlo, pero aquel hombre tenía ganas de pelea y no había modo de razonar con él. Kempner salió justo cuando el hombre volvía a por Earl con un tablón en las manos. Earl era como uno de esos acróbatas chinos del circo Barnum & Bailey, dando saltos hacia atrás y a los lados, con los puños como pistones, y uno de esos pistones dio con la nariz de aquel hombretón, que sonó como si se hubiera roto por una docena de sitios. La sangre le manaba como una cascada y el tipo cayó de rodillas en el polvo, con la camisa empapada, aullando como un cerdo en el matadero.

Reilly Hawkins se echó atrás y sonrió.

—Se decía que la nariz de aquel tipo nunca dejó de sangrar... Siguió chorreando sangre hasta que se quedó sin...

—Reilly Hawkins —le interrumpió mi madre—, esa historia no es verdad y tú lo sabes.

—No quería faltarle el respeto, señora —se disculpó Reilly, con la cabeza gacha—. No querría disgustarla en un día como éste.

—Lo único que me disgusta son las falsedades, las medias verdades y las mentiras flagrantes, Reilly Hawkins. Estás aquí para acompañar a mi marido en su camino hacia el Señor, y te agradecería que controlaras el lenguaje, los modales y que procuraras no faltar a la verdad, en especial delante del chico —le advirtió.

Luego me miró. Yo estaba allí, con los ojos como platos, intrigado, deseoso de conocer más detalles escabrosos sobre mi padre, un hombre que podía soltar un gancho de derecha a un gigantón en la nariz y provocarle la muerte por hemorragia.

Más adelante recordaría el entierro de mi padre. Recuerdo aquel día en Augusta Falls, condado de Charlton —un pueblo fundado antes de la guerra, junto al río Okefenokee—, recuerdo un terreno que era más ciénaga que tierra; el modo en que la tierra lo absorbía todo, insaciable, siempre insatisfecha. Aquella tierra hinchada se tragó a mi padre, y yo lo vi marchar. Sólo tenía once años; él, no más de treinta y siete, y mi madre y yo, de pie, junto a un grupo de granjeros analfabetos pero respetuosos, procedentes de todos los rincones del mundo, con las mangas de las chaquetas hasta los nudillos y ásperos pantalones de franela que dejaban al descubierto centímetros de desgastados calcetines. Unos patanes, quizá, más burdos que educados, pero de corazón firme, robustos y generosos. Mi madre me sujetaba la mano con más fuerza de la necesaria, pero yo no dije nada y no la retiré. Era su primer y único hijo, porque —si era cierto lo que se decía, y no tenía ningún motivo para no creerlo— yo había sido un niño difícil, me había resistido a salir, y el esfuerzo del parto había estropeado los órganos internos de mi madre, impidiéndole así ampliar la familia.

—Ahora somos sólo tú y yo, Joseph —murmuró después. La gente se había ido, Kruger y Reilly Hawkins, otros de rostro familiar y nombres inciertos, y nosotros nos quedamos uno junto al otro, mirando al exterior desde la puerta principal de nuestra casa, una casa levantada a mano con sudor y buena madera—. Sólo tú y yo a partir de ahora —dijo de nuevo, y luego nos dimos la vuelta, entramos y cerramos la puerta para pasar la noche.

Más tarde, tendido en mi cama sin poder dormir, pensé en la pluma. Quizá —pensé— había ángeles que concedían dones y ángeles que se los llevaban.

Gunther Kruger, un hombre que adquiriría importancia en mi vida con el paso de los días, me dijo que el hombre provenía de la Tierra, que si no volvía a ella se produciría algún tipo de desequilibrio universal. Reilly Hawkins decía que Gunther era alemán, y que los alemanes eran incapaces de ver la globalidad de las cosas. Él

me dijo que las personas somos espíritus.

—¿Espíritus? —le pregunté—. ¿Como fantasmas?

Reilly sonrió y sacudió la cabeza.

—No, Joseph —susurró—. No como fantasmas... más bien como ángeles.

—¿Entonces mi padre se ha convertido en un ángel?

Por un momento no dijo nada; inclinó la cabeza hacia un lado e hizo un guiño extraño con un ojo.

—¿Tu padre, un ángel? —dijo, con una sonrisa forzada, como si se le hubiera tensado un músculo en un lado del rostro y no pudiera relajarlo—. Quizá algún día... Supongo que tendrá que hacer algo, pero sí, quizá un día llegue a ser un ángel.

Por la costa de Georgia —río Crooked, isla de Jekyll, arrecife de Grey o los acantilados de Dover Bluff— las carreteras eran más bien puentes y pasarelas improvisados que de vez en cuando atravesaban extensiones de agua tan lisas como las piedras que los niños hacían rebotar en su superficie; una serie de islas, arroyos, estrechos, marismas y ensenadas con árboles cubiertos de musgo, pasarelas de troncos atados para atravesar los pantanos más profundos y, en el sudeste, los llanos que, al adentrarse en el estado, daban paso a los Apalaches. En Georgia se cultivaba arroz, y entonces llegó Eli Whitney con la desmotadora y los campesinos cosecharon cacahuets, y los colonos explotaron los árboles, extrayendo goma para vulcanizar las sogas, brea para impermeabilizar las costuras de las velas y trementina para la pintura. Ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados de historia, una historia que yo aprendí, una historia en la que creí.

Un pupitre con brazo; una escuela con una única aula; una profesora llamada señorita Alexandra Webber. Un sembrado de rostros boquiabiertos, y unos ojos azules como la flor del maíz, sencillos y simplones. Su pelo era como el lino, y siempre olía a regaliz y a menta, y en menor medida a algo que quizá fuera jengibre o zarzaparrilla. No hacía concesiones, y no esperaba que se las hicieran, y su gran paciencia sólo era comparable a la intensidad de sus enfados si notaba que la habías desobedecido a propósito.

Yo me sentaba junto a Alice Ruth van Horne, una niña dulce y extraña a la que, de algún modo inexplicable, me sentía unido. Había algo natural y entrañable en el modo que tenía de dar vueltas a sus mechones rizados con el dedo cuando se concentraba, mirándome de vez en cuando como si yo tuviera la respuesta que no encontraba. Quizá le diera la impresión de que entendía lo que buscaba, quizá por el simple hecho de que agradecía su atención, pero cuando ella faltaba yo era consciente de su ausencia de un modo que iba más allá de la presencia física. Yo tenía once años, pronto cumpliría doce, y en ocasiones pensaba en cosas que no habría estado bien compartir con otros. Alice representaba algo que no entendía del todo, algo que sabía que resultaría demasiado difícil de explicar. Durante los cuatro años que estuve en la escuela, Alice había estado allí, delante de mí, a mi lado, y durante un trimestre en el asiento de atrás. Cuando la miraba, ella me sonreía, a veces se sonrojaba, y luego apartaba la vista, sólo un momento, y me volvía a mirar. Estaba convencido de que sus sentimientos eran francos y puros, y creía que algún día, quizá ambos guardaríamos un recuerdo perfecto de nuestra infancia.

La señorita Webber, en cambio, representaba algo completamente diferente. Yo

quería a la señorita Alexandra Webber. Mi amor era tan claro y perfectamente definido como sus rasgos. La señorita Webber dirigía sus clases con un orden perfectamente calculado, y su voz, su silencio, todo lo que era y todo lo que me imaginaba que podría ser, actuaban sobre mí como un calmante, como un bálsamo tras la muerte de mi padre.

—El caballero Johnny Burgoyne... ¿Quién ha oído hablar del caballero Johnny Burgoyne?

Silencio. Nada más que el sonido de mi corazón al mirarla.

En aquella estrecha sala con suelo de tablones éramos diecisiete, y ninguno levantó la mano.

—Bueno, estoy decepcionada —dijo la señorita Webber, con una sonrisa comprensiva.

Aparentemente, la señorita Webber había venido desde Siracusa, cerca de Canadá, para darnos clase. La gente de Siracusa respiraba un aire diferente, un aire que hacía que tuvieran la cabeza más clara y la mente más despierta; la gente de Siracusa era de otra raza.

—El caballero Johnny Burgoyne, nacido en 1722, muerto en 1792. Era un general británico durante la Revolución Americana. Quedó rodeado por nuestras tropas en Saratoga el diecisiete de octubre de 1777. Fue la primera gran victoria de Estados Unidos y una batalla realmente decisiva en la guerra.

Hizo una pausa. El corazón se me paró por un instante.

—¿Joseph Vaughan?

Juro que casi me trago la lengua.

—¿Dónde tienes la cabeza, Joseph Vaughan? Seguro que no en esta tierra...

—Sí, señorita, s... sí, claro que sí.

Risas contenidas, como las de los niños que van pidiendo golosinas por las casas en Halloween. Niños que conocía, de los condados de Liberty y de McIntosh, otros de Silco y de Meridan. Alice estaba entre ellos. Alice Ruth van Horne. Laverna Stowell. Sheralyn Williams. Venían de todas partes a aprender cosas de la vida con la señorita Alexandra Webber.

—Bueno, me alegro mucho de oír eso, Joseph Calvin Vaughan. Ahora, para demostrarnos lo atento que has estado esta tarde, puedes ponerte de pie junto a tu pupitre y explicarnos qué es lo que ocurrió exactamente en Brandywine, al sudeste de Pensilvania, aquel mismo año.

Mi explicación fue somera e insustancial. Me castigó a quedarme después de clase a limpiar los trapos de la pizarra.

Ella se quedó a mi lado, al principio pensé que para comprobar si cumplía o no con la tarea, o para volver a regañarme por mi falta de concentración.

—Joseph Vaughan —me dijo.

El aula estaba vacía. Era media tarde. Mi padre llevaba muerto casi tres meses. Yo iba a cumplir doce años al cabo de cinco días.

—La clase de hoy... Tengo la impresión de que estabas aburrido.

Yo negué con la cabeza.

—Pero no estabas prestando atención, Joseph.

—Lo siento, señorita Webber... Estaba pensando en otra cosa.

—¿Y se puede saber en qué?

—Estaba pensando en la guerra, señorita Webber.

—¿Tú has oído hablar de la guerra de Europa? —preguntó.

Parecía sorprendida, aunque yo no entendía por qué.

Asentí.

—¿Quién te ha hablado de eso?

—Mi madre, señorita Webber.

—Créeme, Joseph Vaughan, puedo asegurarte que cualquier mujer norteamericana que viva en Georgia y que sepa de Adolf Hitler y de la guerra en Europa es una persona culta e inteligente.

—Sí, señorita Webber.

—Ven y siéntate, Joseph —dijo la señorita Webber.

Yo levanté los ojos y la miré. Tenía bastantes años menos que ella y quizá medía quince centímetros menos.

Ella señaló su mesa, en la parte de delante del aula.

—Ven —dijo—. Ven y siéntate aquí un momento a hablar conmigo antes de irte.

Yo hice lo que me dijo. Sentía que no me llegaba la camisa al cuerpo, que mi esqueleto luchaba por ocupar aquel espacio indefinido.

—Dime un sinónimo de color.

Yo la miré, evidentemente desconcertado. Ella sonrió.

—No es un examen, Joseph, sólo es una pregunta. ¿Sabes decirme un sinónimo de color?

Yo asentí.

—Dime.

—Tono, Señorita.

—Bien —respondió, con una gran sonrisa. Sus ojos del color de la flor del maíz brillaron bajo un sol de Siracusa.

—¿Y otro?

—¿Otro?

—Sí, Joseph, otro sinónimo de color.

—Matiz, quizá... ¿Algo así?

Ella asintió.

—¿Y puedes decirme otra palabra que signifique multitud?

—¿Multitud? ¿Como un gentío, una horda?

La señorita Webber inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Una horda?

Yo asentí.

—¿Dónde has encontrado esa palabra, Joseph Vaughan?

—En la Biblia, señorita Webber.

—¿Tu madre te hace leer la Biblia?

Yo negué con la cabeza.

—¿La lees tú solo?

—Un poco.

—¿Por qué? —preguntó.

—Quería...

Notaba el rubor que me invadía las mejillas. «¿Cuántas palabras, para explicar un sentimiento?», pensé.

—¿Qué es lo que querías, Joseph?

—Quería aprender cosas sobre los ángeles.

—¿Los ángeles?

Asentí.

—El serafín y el querubín, la jerarquía celestial.

La señorita Webber se rió, pero enseguida se contuvo.

—Lo siento, Joseph. No quería reírme. Es que me has sorprendido.

Yo no dije nada. Me ardían las mejillas; como en el verano del 33, cuando el río se secó.

—Háblame de la jerarquía celestial.

Yo me senté mejor en la silla, con un gesto incómodo. Sentí cierta vergüenza. No quería que la señorita Webber me preguntara por mi padre.

—Hay nueve coros de ángeles —dije, con la voz atrapada en el fondo de la garganta, como si hubiera quedado prendida en una red—. Los serafines... fieras criaturas de seis alas que guardan el trono de Dios. Son conocidos como Seres Ardientes. Luego están los querubines, que tienen grandes alas y cabeza humana. Son los siervos de Dios y los Guardianes de los Lugares Sagrados. Luego están los tronos, las dominaciones, las virtudes, los poderes, las potestades, los principados, y luego vienen los arcángeles, como Gabriel y Miguel. Por último están los ángeles propiamente dichos, intermediarios divinos que protegen a las personas y a los pueblos.

Hice una pausa. Tenía la boca y la garganta secas.

—Miguel combatió a Lucifer y lo expulsó a Gehena.

—¿Gehena? —preguntó la señorita Webber.

—Sí —dije yo—. Gehena.

—¿Y por qué combatió Miguel a Lucifer?

—Era el portador de la luz —respondí—. Eso es lo que significa su nombre... *lux* significa luz y *fero* significa llevar. Algunos le llaman el portador de la Aurora, otros el portador de la luz. Antes era un ángel. Tenía la misión de llevar la luz y mostrarle a Dios dónde había pecado el hombre.

Eché un vistazo hacia la puerta. Me sentía tonto, como si me estuvieran tomando

el pelo para que hablara. Volví a mirar a la señorita Webber, que se limitaba a sonreír, con expresión de interés y de curiosidad.

—Él llevaba la luz y le mostraba a Dios dónde había pecado el hombre, y recogía pruebas, como los policías. Entonces se lo decía a Dios, y Dios castigaba a la gente por lo que había hecho.

—¿Y eso era malo? —preguntó la señorita Webber—. Parece que se limitaba a hacer su trabajo.

Yo sacudí la cabeza.

—Al principio sí, pero luego empezó a preocuparse más por dar gusto a Dios que por ser fiel a la verdad. Empezó a engañar a la gente para que hiciera cosas malas y así poder contárselo a Dios. Trajo la tentación al hombre, y él mismo se vio tentado. Empezó a contar mentiras, y Dios se enfadó mucho con él. Luego Lucifer intentó organizar un motín entre los ángeles, y Miguel lo combatió y lo desterró a Gehena.

Dejé de hablar. Se me había soltado la lengua. Para cuando me di cuenta, ya había ido demasiado lejos. La polvareda del frenazo se me quedó pegada a la garganta y me hizo toser.

—¿Quieres un vaso de agua, Joseph?

Negué con la cabeza.

La señorita Webb sonrió de nuevo.

—Estoy impresionada, Joseph. Impresionada de que sepas tanto de la Biblia.

—Yo no sé mucho sobre la Biblia —precisé—. Sólo un poco sobre los ángeles.

—¿Crees en los ángeles?

Asentí.

—Claro que sí.

Me pareció extraño que me preguntara algo así.

—¿Y por qué quieres saber cosas sobre los ángeles, Joseph?

Tragué saliva sonoramente. El miedo se me concentró en una bola que se me atravesó en la garganta.

—Por mi padre.

—¿Él quería que tú supieras cosas sobre los ángeles?

—No, señorita... Porque Reilly Hawkins me dijo que si mi padre se esforzaba mucho, quizá llegara a ser uno.

Ella se me quedó mirando un momento, quizá más de cerca que antes, pero no sonrió, ni tampoco se rió.

—Tu padre murió, ¿verdad?

—Sí, señorita.

—¿Cuándo murió, Joseph?

—El doce de julio.

—¿Sólo hace unas semanas?

—Sí, señorita Webber, hace unos tres meses.

—¿Y qué edad tienes ahora, Joseph?

Yo sonreí.

—Cumpliré doce años dentro de cinco días.

—Cinco días, ¿eh? ¿Y tienes hermanos?

Negué con la cabeza.

—¿Sólo estáis tú y tu madre?

—Sí, señorita Webber.

—¿Y quién te enseñó a leer?

—Mi madre y mi padre... Mi padre solía decirme que era una de las cosas más importantes que puedes hacer. Dijo que puedes vivir en una barraca sin habitaciones en un pueblo perdido en la nada toda la vida, pero que mientras puedas leer, podrás ver todos los lugares del mundo con el ojo de la mente.

—Era un hombre sabio.

—Con el corazón enfermo —dije yo.

Ella pareció echarse atrás un momento, como si yo hubiera dicho algo fuera de lugar.

—Lo siento... —me disculpé. Pero ella levantó la mano.

—Está bien.

—Quizá debiera irme, señorita Webber.

—Sí, quizá sí —dijo ella, asintiendo—. Te he entretenido mucho.

Me deslicé hasta salir del pupitre y me quedé de pie al lado. Sostuve mi corazoncito entre las manos, frágil como un pajarillo en una jaula hecha de pajitas.

—Ha sido un placer hablar con usted, señorita Webber —dije—. Y siento no haber prestado atención a lo de Brandywine.

Ella sonrió. Alargó la mano y me tocó la mejilla. Por un momento, lo que dura un latido, sentí correr la energía por el cuerpo, llenándome el pecho, hinchándome el estómago y provocándome una sensación como si tuviera que hacer pipí.

—No te preocupes, Joseph... Me imagino que estabas en otro lugar, mucho más importante. —Parpadeó—. Vete, anda, y mantén bien abierto el ojo de la mente.

Mi cumpleaños cayó en sábado. Me levanté al oír a los negros cantando en los campos de Gunther Kruger. En la entrada de casa había un paquete envuelto en papel de embalar marrón, con mi nombre escrito en letras claras e inconfundibles: JOSEPH CALVIN VAUGHAN. Lo recogí, entré en casa y se lo enseñé a mi madre.

—Bueno, chico, pues ábrelo —me dijo—. Será un regalo, quizá de los Kruger.

El largo valle, de John Steinbeck.

Dentro, llevaba la inscripción: «Vive la vida con audacia en el corazón, Joseph Vaughan, porque la vida se te queda pequeña. Mis mejores deseos en tu duodécimo cumpleaños. Tu profesora, señorita Alexandra Webber».

—Es de mi profesora —dije—. Es un libro.

—Ya veo que es un libro, hijo —respondió mi madre, que se secó las manos en el

delantal y me lo quitó de las manos.

Estaba encuadernado con tapas duras, las páginas olían a tinta fresca y, cuando me lo devolvió, lo hizo ordenándome que lo cuidara bien.

Sostuve el libro en las manos y lo apreté contra mi pecho, casi temeroso de que se me cayera, y luego hice una pausa antes de abrirlo. Cerré los ojos y di las gracias a lo que fuera que hubiera inspirado a la señorita Webber aquel acto de generosidad.

LOS CRISANTEMOS

Una niebla invernal, gris y espesa separaba el Valle de Salinas del cielo y del resto del mundo. Era una densa bruma que se apoyaba por sus bordes en las crestas de las montañas, convirtiendo el valle en una olla tapada.

Me llevé el libro afuera, me senté en los escalones del porche, oyendo las voces de los negros en los campos, sintiendo el olor de las tortitas y de una nueva mañana a mi alrededor, y leí, página tras página, volando entre palabras que ni entendía ni me preocupaba en entender, porque en ellas encontraba algo que me planteaba un desafío y me asustaba, que me excitaba, con una especie de fiebre y de pasión indescriptibles.

Más tarde le dije a mi madre que quería escribir.

—¿Escribirle a quién? —preguntó.

—No, quiero escribir... Escribir un libro, muchos libros. Quiero ser escritor.

Ella se inclinó sobre mí, me arropó bien, tapándome hasta el cuello, y me besó en la frente.

—¿Escritor, eh? —dijo, y sonrió—. Entonces, me parece que más valdría que llevaras siempre un lápiz encima.

El viernes, 3 de noviembre de 1939, encontraron el cuerpo de Alice Ruth van Horne. Yo la conocía mejor que nadie en mi clase. Tenía los ojos verdes, y un cabello que no era ni dorado, ni pelirrojo, ni castaño, sino que tenía todos los colores de mil hojas caídas. Cuando reía, era como si se hubiera colado un pájaro exótico por la ventana. En la fiambarrera del almuerzo llevaba sándwiches que yo sabía que se había hecho ella misma. Les había quitado la corteza y los había envuelto uno por uno.

—¿Por qué haces eso? —le pregunté en una ocasión.

—¿Quieres uno?

Me ofreció, extendiendo un brazo fino y moreno.

Yo negué con la cabeza.

—Pruébalo —insistió.

Tomé aquello con cautela y lo olí. Ella se rió.

—Pruébalo —repitió.

Sabía a algo cálido, como canela, no se parecía a nada. La verdad es que estaba estupendo. Ella ladeó la cabeza.

—Bueno, ¿eh?

—Muy bueno —respondí, asintiendo.

—Por eso están envueltos por separado. Si los pones todos juntos pierden sabor.

La encontraron desnuda en un campo, al final de High Road, donde la Muerte debió de comenzar su recorrido cuando vino a buscar a mi padre. Daba la impresión de que la Muerte no venía a buscar a Alice; ella le había ahorrado las molestias saliendo a su encuentro. A su lado encontraron su fiambarrera. Era tarde, mucho después del colegio, y en el recipiente no encontraron más que envoltorios y el olor a corteza de pan. Tenía once años. Se ve que alguien la había desnudado y la había golpeado, le había hecho cosas «que ningún ser humano normal le haría ni a un perro, y mucho menos a una niña». Fue Reilly Hawkins quien dijo aquello; lo dijo en nuestra cocina, allí sentado junto a Gunther Kruger, que había traído una jarra de arcilla llena de limonada hecha por la señora Kruger, y mi madre le dijo:

—Calla, Reilly, no quiero que se digan estas cosas delante del niño.

Más tarde, el niño del que hablaban se fue a la cama. Esperé hasta que la casa dejó de crujir y estirarse, me escabullí de mi habitación y me quedé inmóvil, como un fantasma, entre las sombras y los recuerdos, en lo alto de las escaleras.

—La violaron, eso es lo que hicieron —le oí decir a Reilly—. Pobrecilla, no era más que una niña... y algún animal la violó y la golpeó y la estranguló hasta matarla, y luego la dejó tirada en los campos, al final de High Road.

—A mí me da que va a ser uno de esos negros —dijo Gunther Kruger.

Mi madre se giró hacia él y respondió con voz firme e implacable:

—Ya está bien de hablar así, Gunther Kruger. Ahora mismo, mientras hablamos, tus paisanos están dejándose arrastrar por un tirano a una guerra que todos hemos rezado para que no tuviera lugar. El gobierno polaco está exiliado en París; incluso he oído que Roosevelt tendrá que ayudar a los británicos, vendiéndoles artillería y bombas norteamericanas. Morirán miles, cientos de miles, quizá millones de personas... todo por culpa de los alemanes.

—Eso es injusto, señora Vaughan... no todos los alemanes...

—Y no todos los negros, señor Kruger.

Kruger se quedó en silencio. El viento había cambiado y se le habían desinflado las velas. La corriente le llevaba con indolencia hacia la orilla de la vergüenza y él no se atrevía a mirar atrás, en dirección del barco enemigo.

—Y no permito que se hable así en mi casa —añadió mi madre—. No estamos en la Edad de las Tinieblas. No somos ignorantes. Adolf Hitler es un hombre blanco, igual que Genghis Khan era mongol y Calígula era romano. No es la nacionalidad, ni el color, ni la religión... siempre es el hombre.

—Tiene razón —declaró Reilly Hawkins—. Tiene razón, Gunther Kruger.

Kruger preguntó si Reilly o mi madre querían más limonada. Yo volví a mi cama sigilosamente y pensé en Alice Ruth van Horne. Recordé el sonido de su voz, el modo en que sonreía ante las cosas más tontas. Recordé un juego que habíamos jugado una vez en el campo de la valla rota, cuando se había caído y se había rozado

el codo, y yo la había tenido que acompañar a su casa.

Era una niña de carácter dulce, parecía siempre alegre.

Recordaba cómo me miraba, cómo sonreía, se giraba, volvía a mirarme... Siempre esperando una respuesta que yo nunca le di.

Lloré por ella.

Me di cuenta de que el recuerdo que tenía de Alice, un recuerdo que sin duda siempre se mantendría puro, ahora no sería nada más que una sombra en mi corazón.

Intenté imaginarme el tipo de ser humano que podía haberle hecho algo así a Alice Ruth. Pensé en si una persona así podía ser considerada *humana*.

Cuando me desperté, mi almohada aún estaba húmeda. Supuse que habría llorado en sueños.

Me imaginé que Dios habría convertido a Alice en un ángel inmediatamente.

A la mañana siguiente recorté un artículo del periódico y lo escondí en una caja bajo mi cama.

CHARLTON COUNTY JOURNAL
Sábado, 4 de noviembre de 1939
Asesinada una niña de Augusta Falls

La mañana del viernes 3 de noviembre se halló en Augusta Falls el cuerpo de una niña del lugar, Alice Ruth van Horne, de once años. Alice, que estudiaba en la Escuela de Primaria de Augusta Falls, fue descubierta por un vecino. El sheriff Haynes Dearing ha declarado: «Estamos buscando rastros de cualquier persona desconocida o que estuviera de paso por la zona. Hemos declarado el estado de emergencia en todo el condado con carácter inmediato, en busca de cualquier sospechoso. El asesinato de una niña, miembro de nuestra comunidad, de un modo tan brutal, es suficiente motivo como para estar atento a cualquier hecho fuera de lo normal o destacado que se haya producido en la comunidad. Quiero pedirles a todos los ciudadanos que no tengan miedo, pero que estén atentos al paradero de sus hijos en todo momento». Al preguntarle por los detalles de la investigación de este horrible asesinato, el sheriff Dearing evitó hacer más comentarios. Arthur y Madeline van Horne, padres de la niña asesinada, llevan viviendo en Augusta Falls dieciocho años. Asisten a la iglesia metodista del condado de Charlton. El señor Van Horne trabaja en su propia granja, sita en Augusta Falls.

Intenté no pensar en lo que sería morir apaleado y estrangulado, pero cuanto más intentaba no pensar en ello, más me ocupaba la mente. Al cabo de unos días lo dejé estar. Daba la impresión de que era lo que todos en Augusta Falls querían hacer.

Y hay momentos que recuerdo: sobre todo los días de verano; brumosos, cargados de aire y de luz del sol, y el señor Tomczak que sacaba su gramófono Victrola al patio, y los discos de baquelita gruesos como platos; los adultos se desabotonaban la camisa, y a pesar de que nadie tenía dinero y de que muy probablemente nunca lo tendrían, no importaba, porque se sentían ricos en amistad y sentido de la comunidad.

Y los chicos en los campos jugábamos a prenda o beso, y alguien traía una caja de cervezas para los papás, y alguien más hacía julepes de sandía para las señoras.

Mi madre se ponía un vestido de verano, y una vez bailó el vals con mi padre, y él lucía una sonrisa como una medalla: al valor, a la fidelidad, al amor.

Y los días que recuerdo eran días pasados. Habían ido desapareciendo en silencio, sumiéndose en un ayer indistinto. No sólo son días pasados, sino también olvidados. No creo que volvamos a verlos nunca más. No aquí, no en Augusta Falls. Ni en ninguna otra parte. Todo impregnado del embriagador delirio de las fiestas espontáneas, celebraciones sin más motivo que el de estar vivo. Y el sonido de algo familiar pero distante: un partido de béisbol en la radio, el clank-chap-fsss de las chapas de Coca-Cola... y de pronto el pasado está ahí. El technicolor y el sensurround: Cecil B. DeMille, King Vidor. Y entonces un reconfortante silencio tras un ruido interminable.

Y clavados entre esos recuerdos, como latas oxidadas de metal, hay otros recuerdos...

Las niñas.

Siempre las niñas.

Niñas como Alice Ruth van Horne, a quien había querido como sólo un niño podía querer: con un amor sencillo, tranquilo, perfecto.

Sus vidas, como bolas de papel mojado, bien apretadas y lanzadas lejos.

Y entonces quizá ocurría algo, algo bello y silencioso, y yo empezaba a creer que podía esperar que el mundo volviera a la normalidad.

Pero no lo hice.

Quizá, en cierto modo, lo que he hecho ahora restituirá el equilibrio.

Quizá ahora los fantasmas que me han perseguido todos estos años desaparecerán.

Sus voces callarán. Por fin, del todo, irrevocablemente.

En la mano tengo un recorte de periódico. Lo levanto, y a través del fino papel, ahora manchado de mi propia sangre, veo la luz de la ventana, la silueta del hombre muerto ante mí.

—¿Lo ve? —le digo—. ¿Ve lo que ha hecho?

Y entonces sonrío. Me siento cada vez más débil. Tengo la sensación de que se acaba.

—Nunca más —susurro—. Nunca más.

—Escoge una palabra —dijo la señorita Webber—. Escoge una palabra y luego piensa en todas las palabras que puedas que signifiquen lo mismo o algo parecido. Se llaman sinónimos, palabras que significan lo mismo o algo parecido. Escríbelas en tu cuaderno, Joseph, y cuando quieras hacer una frase, miras en tu cuaderno, y usas la palabra más interesante o más adecuada que encuentres.

Yo asentí.

Ella rodeó mi pupitre y se sentó en la silla con brazo a mi lado. La clase estaba vacía. Me había quedado después de que se fueran todos por indicación suya. Faltaban dos semanas para Navidad y eran los últimos días de clase.

—¿Has oído hablar de los Juicios del Mono? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—Hace unos años, creo que en 1925, había un profesor de biología llamado John T. Scopes. Procedía de una ciudad llamada Dayton, en Tennessee, y les enseñó a sus alumnos una cosa llamada evolución. ¿Sabes lo que es la evolución, Joseph?

—Sí, señorita Webber... eso de que éramos monos hace mucho tiempo, y vivíamos en los árboles, y que antes éramos peces o algo así.

Ella sonrió.

—El señor Scopes les enseñó a sus alumnos la teoría de la evolución en lugar de la teoría de la creación tal como se enseña en la Biblia. Fue llevado a juicio, y el fiscal era un hombre llamado William Jennings Bryan, un orador muy conocido y tres veces candidato a presidente. El hombre que defendió al señor Scopes era Clarence Darrow, un abogado criminalista muy famoso. El señor Scopes perdió la batalla y le sentenciaron a pagar cien dólares, pero en ningún momento se echó atrás. —La señorita Webber se inclinó algo más hacia mí—. En ningún momento, Joseph Vaughan, dijo lo que la gente quería oír. Dijo que lo que él pensaba era lo correcto.

Se echó atrás.

—Te estarás preguntando por qué te cuento esto.

Yo no dije nada. Me limité a aguantarle la mirada y esperé a que siguiera hablando.

—Te cuento esto porque tenemos una Constitución y la Constitución dice que debemos decir lo que pensamos, y que tenemos derecho a decir las cosas como las vemos. Eso, Joseph Vaughan, es lo que tú deberías hacer con lo que escribas. Si quieres escribir, deberías escribir, pero recuerda siempre escribir la verdad como la ves tú, no como otros desean que la veas. ¿Me entiendes?

—Sí —dije yo, convencido de que así era.

—Entonces, durante las vacaciones de Navidad, quiero que me escribas una historia.

—¿Sobre qué?

—Eso es algo que tienes que decidir tú —dijo ella, sonriendo—. Escoge algo que sea importante para ti, algo que creas que te provoca una emoción, una sensación... algo que te despierte enfado u odio, algo que te emocione, quizá. Escribe una historia real, Joseph. No tiene que ser larga, pero tiene que ser algo en lo que tú creas.

La señorita Webber se puso en pie, a mi lado. De nuevo me tocó la mejilla con el dorso de la mano.

—Que tengas una feliz Navidad, Joseph. Nos veremos a principios de 1940.

Gunther Kruger era el hombre más rico del condado de Charlton. La casa de los Kruger era el doble de grande que la nuestra. En el salón tenían una radio de cristal Atwater Kent, y la familia Kruger —Gunther, su mujer, sus dos hijos y una hija— se sentaban allí delante con los auriculares puestos y escuchaban música y palabras que viajaban desde Savannah, pasando por Hinesville y Townsend, Hortense y Nahunta. Aquellos sonidos, de algún modo, cruzaban el pantano de Okefenokee y no se hundían. Era mágico y extraño, una apertura a un mundo que no podía ni imaginarme. En la cocina tenían una lavadora Maytag y un robot de cocina Sunbeam, y la señora Kruger, que llevaba ásperas faldas de lana, hacía *wienerwurst* y ensalada de patatas y me hablaba con su acento de inmigrante.

—*Egues un espantapájagos* —me decía.

Y yo fruncía el ceño, ladeaba la cabeza y respondía:

—¿Espantaqué?

—Para *espantag* a los *cuegvos* —decía—. De ésos hechos con palos y *gopas* viejas. ¿Sí?

—Palos y ropas viejas —repetía yo, y luego sonreía de oreja a oreja—. ¡Un espantapájaros!

—Sí —confirmaba la señora Kruger—. ¡Como *desía* yo, un *espantapájagos*! *Ahoga* come antes de que los *pájagos* vengan o los *espantagás*. ¡Ja, ja!

Empecé a visitar a los Kruger una semana antes de Navidad, más o menos. A menudo el señor Kruger no estaba, y mi madre me decía que regresara a casa en cuanto el señor Kruger volviera de lo que fuera que tuviera que hacer.

—El hombre ya tiene suficientes hijos dándole la lata —me decía—. En cuanto vuelva tú das las gracias y te vienes aquí. ¿Entendido?

Yo lo entendía. Tampoco quería hacerme pesado. Además, Elena Kruger, que tenía nueve años, demasiados dientes para aquella boca y las orejas como barcos de vela esperando la llegada de la corriente del Golfo, parecía estar decidida a buscarme las cosquillas cada vez que iba.

Tuve que tener la paciencia de Job para reprimirme y no largarle un azote a Elena

Kruger por las veces que me pinchaba y me calumniaba descaradamente. Sus hermanos, Hans y Walter, ambos algo mayores que yo, no parecían darse cuenta de su comportamiento invasivo, pero ella siempre estaba allí —chinchándome y buscándome, acosándome y dándome la lata— desde el momento en que llegaba hasta que oía la cálida voz del señor Kruger saludando al entrar por la cocina.

Seguro que era una niña dulce, pero para un chico de doce años, una niña de nueve es la peor de las arpías. Tenía la voz estridente, que sonaba como si me pincharan los oídos con una púa oxidada. Más adelante se suavizaría, y de algún modo se volvería sensible y guapa, pero en aquel momento era como una medicina de sabor amargo para una enfermedad superada tiempo atrás. Elena Kruger era tan agradable como un vaso de leche cortada en el estómago, que repite constantemente y que en cada eructo resulta algo más agria.

Sólo vi sus cardenales una vez. Era a media tarde, unos días antes de Navidad, y el señor Kruger aún no había vuelto de los campos con Walter. La señora Kruger llamó a su hija para que la ayudara en la cocina, y Elena fue. Yo me quedé en el vestíbulo que separaba el salón de la mitad trasera de la casa, y desde allí podía ver por el umbral.

La madre de Elena le dijo que se arremangara, y ella se subió las mangas hasta los hombros. Ahí estaban, de diferentes colores —morado, siena, amarillo y carmín—, unos cardenales que le cubrían la parte superior de los brazos. Daba la impresión de que alguien la hubiera apretado con una fuerza terrible, de que unas manos grandes la habían sujetado por los brazos, quizá sacudiéndola, quizá limitándose a inmovilizarla.

—Epilepsia —me dijo mi madre, cuando le expliqué lo que había visto—. No debes decir una palabra, ni una sola palabra —subrayó—. Elena Kruger tiene ataques epilépticos, ataques del «gran mal», como se le llama, y su madre y su padre a veces tienen que sujetarla con mucha fuerza contra el colchón o el suelo para evitar que se lesione.

Le pregunté por qué tenía ataques, y mi madre sonrió y se encogió de hombros.

—¿Por qué hay hombres tullidos, o con un ojo inútil? Quién sabe, Joseph... Es la naturaleza de las cosas.

Me imaginé unas manos fuertes sujetando a Elena, unas manos que evitaran sus espasmos y sus temblores contra el suelo, cómo se le mancharía la falda, cómo le harían morder quince centímetros de un cinturón de cuero duro para evitar cortarse la lengua.

Después de aquello, las provocaciones y los insultos de Elena no volvieron a importarme mucho. Sólo tenía que imaginarme la terrible violencia de aquel mal y mi corazón, por pequeño e insustancial que fuera, se volcaba hacia ella. Elena ya sufría más de lo que podía hacerme sufrir, y yo creía que si asumía parte de aquel dolor, ella podría ponerse mejor. Yo era un inocentón, tonto quizá, pero me daba la impresión de que tenía sentido. Creo que aquél fue el momento en que empecé a verla de un modo diferente, y aunque tenía dos hermanos mayores —Hans tenía doce años, y Walter

dieciséis, y ya era casi un hombre— sentía un vínculo fraternal hacia ella. Parecía frágil y desconsolada, perdida en un mundo en el que las palabras de su padre, de sus hermanos, parecían ejercer un dominio sobre ella. Yo me la imaginaba como un alma amable y solitaria, un alma sin una amarra, sin un ancla, y decidí que —dentro de mis reducidas posibilidades— intentaría hacer que su vida fuera algo más feliz.

La Navidad llegó y pasó. Yo escribí mi historia. Se llamaba «La carrera decisiva», y era sobre Red Grange, cómo controlaba el balón y corría por el campo como un galgo tras un conejo. Lo había visto en el cine una vez, en una sesión matinal de sábado, con mi padre: un noticiario de RKO Radio Pictures, un documental Pete Smith Specialty de media hora y luego un corto antes de la película principal. Red Grange, quizá el mejor corredor de la historia del fútbol americano, con piernas como pistones moviéndose una tras otra. Usé palabras como *raudo*, *mercuriano*, *atlético* y *hercúleo*. La señorita Webber las cambió por palabras que pensó que todos entenderían, y luego se puso en pie frente a la clase y nos dijo a todos que cerráramos los ojos.

—Muy bien —dijo, suavemente—. Cerrad los ojos... y no los abráis hasta que haya acabado.

Leyó mi historia a la clase. Ojalá no lo hubiera hecho. Mi corazón se agitaba como un motor a tracción, me presionaba el pecho con una energía que podía haber impulsado un vapor desde Minnesota hasta el golfo de México. Era una sensación que nunca olvidaría, y casi consiguió disuadirme de seguir mi sueño de convertirme en escritor.

Cuando hubo acabado se creó un abismo de silencio en el que me daba la impresión de que iba a hundirme para siempre. Nadie dijo una palabra. La señorita Webber extendió una mano figurada y me rescató del abismo.

No alabó la historia, ni tampoco la criticó. No la puso como ejemplo a los otros niños de la clase. Simplemente preguntó quién había podido ver a Red Grange corriendo hasta la línea de *touchdown*.

Ronnie Duggan levantó la mano.

Laverna Stowell también lo hizo. Y Virginia Grace Perlman. Y Catherine McRae, y su hermano Daniel.

Sentía que la cabeza se me escapaba, con los ojos dentro. El rubor inflamaba mis mejillas.

Entonces la señorita Webber dijo:

—Bien... muy bien. Eso se llama «imaginación», y la imaginación es una habilidad vital y necesaria en este mundo. Todo gran invento se logró porque hubo alguien capaz de «imaginar» cosas. Deberíais alimentar y cultivar vuestra capacidad de imaginar. Deberíais dejar que la cabeza se os llenara de imágenes de las cosas en las que pensáis y describíroslas. Deberíais «hacer como si»...

Yo la escuchaba. La adoraba. Años más tarde, en una época muy diferente, me

planteé dejar mi trabajo, pero entonces me acordé de Alexandra Webber y dejé que la cabeza se me llenara de imágenes.

Haría que la gente imaginara cosas, sí señor, y de algún modo el mundo parecería un lugar menos oscuro.

Llegó febrero. El tiempo cambió. Gunther Kruger visitó a mi madre, le dijo que iban a ir en coche siguiendo el curso del río St. Mary para pasar un día en Fernandina Beach.

—Nos gustaría mucho que los dos nos acompañaran —le dijo, y mi madre, sin apenas mirarme, le explicó al señor Kruger que le estaba muy agradecida, pero que desgraciadamente no podría ir—. No obstante, Joseph estaría encantado —añadió—. Le he prometido a la señora Amundsen que le ayudaría a hacer la mantequilla, y si no lo hacemos hoy, la leche se echará...

El señor Kruger, como siempre caballeroso, levantó la mano y mostró una gran sonrisa. Le evitó a mi madre la incomodidad de tener que explicarse.

—Quizá la próxima vez.

Le sonrió, y a mí me anunció que saldríamos de su casa a las seis de la mañana.

—No prepare nada de comer —le advirtió a mi madre—. La señora Kruger hará comida suficiente como para sus más de cinco mil parientes.

A la mañana siguiente llovía. Una lluvia suave al principio, y luego más intensa. Aun así, fuimos con el coche por la orilla del río St. Mary hasta Fernandina Beach, y cuando llegamos el sol ya se había abierto paso y el cielo estaba despejado.

Para mí era un día excepcional. Observé a la familia Kruger —la señora Kruger, Walter, los dos pequeños— y los veía como una imagen idílica, como una referencia en base a la cual juzgar al resto de familias. No se peleaban, ni discutían; se reían mucho, sin ningún motivo aparente; me parecían el símbolo de la perfección en un mundo indiscriminadamente imperfecto.

Para cuando emprendimos la vuelta, el sol ya había perdido fuerza y se estaba planteando la retirada. La bruma del atardecer flotaba como un cálido fantasma a nuestro alrededor, abrazándonos con sus largos brazos, y cuando llevamos las cestas y las mantas al coche, el señor Kruger se puso a mi lado y me preguntó si me lo había pasado bien.

—Sí señor, mucho.

—Bien —dijo, con voz suave—. Incluso tú, Joseph Vaughan... incluso tú tienes que tener buenos recuerdos que puedas evocar cuando te hagas mayor.

No entendí lo que quería decir, y no se lo pregunté.

—Y Elena —añadió.

Yo me giré y le miré a la cara. Él sonrió.

—Quiero darte las gracias por la paciencia que tienes con ella. Es una niña delicada, y sé que le dedicas tiempo cuando quizá te gustaría más estar armando jaleo

con Hans y Walter.

—Yo... —empecé a decir, algo violento—. No es nada, señor Kruger, no es ninguna molestia.

—Ella te tiene mucho cariño —prosiguió—. Habla de ti muy a menudo, Joseph. Le cuesta mucho hacer amigos, y te agradezco que pueda contar contigo.

—Sí señor —respondí, y fijé la vista en la carretera que teníamos delante.

Me había pasado nueve meses mirando cómo se curaba la herida. Creí que me quedaría una cicatriz para siempre, justo ahí, bajo la piel, invisible para cualquiera que no fuera yo, y que la cicatriz me recordaría lo que le había sucedido a Alice, aquel invierno de 1939. Las cosas que había oído escondido en el rellano de la escalera, mientras Reilly y mi madre hablaban en la cocina...

Hacía nueve meses que todo Augusta Falls había estado fingiendo que lo que había ocurrido no había sido más que un sueño, una oscura pesadilla. Era algo que había ocurrido en otro lugar, no en nuestro propio pueblo, algo terrible pero lejano, como un rumor, que nos hacía dar gracias a Dios porque no nos hubiera ocurrido a nosotros. Así se lo habían tomado todos, y así sobrevivíamos. Habíamos atravesado aquel nubarrón y lo habíamos dejado atrás.

Nueve meses diciéndonos que todo iba a ir bien.

Pero no fue así.

Laverna Stowell apareció muerta a finales del verano de 1940. Tenía nueve años, habría cumplido diez el doce de agosto, tres días después del descubrimiento de su cuerpo en un campo a las afueras de Silco, en el condado de Camden. La encontraron un viernes, igual que a Alice Ruth van Horne. Estaba desnuda; no llevaba más que los calcetines y un zapato en el pie derecho. Lo supe porque leí un artículo en el periódico el miércoles siguiente. Recorté su fotografía y el artículo que había a continuación.

CHARLTON COUNTY JOURNAL

Viernes, 9 de agosto de 1940

Aparece una segunda niña asesinada

La mañana del viernes 9 de agosto, los vecinos de Augusta Falls volvieron a ser testigos de un terrible descubrimiento: el cadáver de Laverna Stowell, hija de Leonard y Martha Stowell, de Silco. La niña estaba desnuda a excepción de los calcetines y del zapato del pie derecho. Este segundo asesinato se produce después de que en noviembre pasado se encontrara el cadáver de Alice Ruth van Horne. El sheriff del condado de Camden, Ford Ruby, evitó hacer comentarios, pero sí dijo que se llevaría a cabo una operación paralela con el sheriff del condado de Charlton, Haynes Dearing. La señorita Alexandra Webber, profesora de la escuela de Augusta Falls donde estudiaba Laverna Stowell, declaró que Laverna era una niña despierta y extrovertida que no tenía ninguna dificultad para hacer amigos. Dijo que los niños habían sido informados de la situación, y que, durante una semana, cada mañana le dedicarían una oración tras pasar lista. Ya se ha celebrado una reunión entre vecinos de Augusta Falls y Silco, y se va a convocar una asamblea popular para analizar la posibilidad de emprender una acción común. El sheriff Haynes Dearing ha insistido en la importancia de que los vecinos de ambas poblaciones y de los alrededores mantengan la calma. «En esas situaciones no hay nada peor que el pánico. Estoy aquí para asegurarles a todos que para cada investigación de asesinato se lleva a

cabo una intervención policial, y que es misión de la policía fijar el procedimiento indicado y llevarlo a cabo. Quien quiera colaborar puede prestar especial atención a cualquier presencia extraña, y velar por la seguridad y el bienestar de sus propios hijos en todo momento.» A la pregunta de si había alguna novedad con respecto a la investigación del asesinato de Alice Ruth van Horne, el sheriff Dearing se negó a hacer comentarios y dijo que «todos los detalles de una investigación abierta deben mantenerse en secreto hasta la detención y procesamiento del culpable».

Me quedé con el recorte en las manos y sentí cómo se me llenaban los ojos de lágrimas. Me imaginé cómo me sentiría si hubiera sido Elena. Volví a llorar, pero esta vez había algo más por debajo de aquella sensación de pérdida: miedo. Una punzada de miedo que me atravesaba y me llegaba al hueso, envuelta en un acceso de rabia, casi un odio hacia quienquiera que hubiera hecho aquello. Laverna venía cada día desde Silco, en el condado de Camden, y aunque no habíamos intercambiado más de media docena de palabras fuera de la clase de la señorita Webber, ello no quitaba para que tuviera la convicción de que, de algún modo, le había fallado. No sabía por qué, pero estaba convencido de que ambas —Alice Ruth y Laverna— eran responsabilidad mía.

—No puedes culparte —me dijo mi madre cuando le expliqué cómo me sentía—. Hay gente ahí afuera, Joseph, gente que no ve la vida como nosotros la vemos. No le dan ninguna importancia, ningún valor, y son incapaces de contenerse cuando tienen la ocasión de hacer algo tan terrible.

—Tiene que haber algo que podamos hacer...

—Podemos estar atentos —dijo ella. Se me acercó, inclinándose hacia mí, como si fuera a contarme un secreto que no pudiera compartir con el mundo—. Tenemos que cuidarnos nosotros, y estar atentos a todos los demás. Sé que te sientes responsable, Joseph, es tu forma de ser, pero la responsabilidad y la culpa no son lo mismo. Deberías sentirte responsable si sientes que es tu obligación, pero nunca debes culparte. No puedes castigarte a ti mismo por los delitos de otro.

La escuché. La entendí. Quería hacer algo, pero no sabía qué.

Vinieron dos hombres. Llevaban traje oscuro y sombrero. Mi madre me dijo que eran de la Agencia de Investigación Estatal, que habían sido enviados para ayudar al sheriff Dearing. Peinaron el estado haciendo preguntas directas, sin tapujos, y por lo que oí desde la cocina, parecía ser que la gente enseguida se mostró molesta con ellos. Aparentemente Dearing había solicitado acompañarles, pero los agentes Leon Carver y Henry Oates habían rechazado su petición, habían dicho que era un asunto federal y que la clave estaba en la objetividad. Vi a Carver una vez, un hombre alto e imponente que tenía la nariz como un puño, surcada de venas púrpura. Con aquellos ojos hundidos en la cabeza y cubiertos por unas pobladas cejas, parecía escrutarlo todo desde la sombra. Yo no le hablé, ni él a mí. Me miró como si yo no fuera de fiar, y luego dio media vuelta. Se quedaron en Augusta Falls tres días y luego se dirigieron al sur, realizaron un largo periplo circular por los pueblos de los alrededores y luego desaparecieron. No se supo más de ellos, y nunca nadie los mencionó.

Más tarde hablé con Hans Kruger.

—Un monstruo —me dijo—. Hay un monstruo merodeando por ahí, que viene a buscar niños para comérselos.

Yo resoplé en señal de desdén.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Walter —dijo él, a la defensiva—. Walter me dijo que era un monstruo, uno que sale de entre los muertos y que necesita alimentarse de gente para mantenerse con vida.

—¿Y tú te crees esas paparruchas?

Hans dudó por un momento.

—¿Y le cuenta esas cosas a Elena? —pregunté.

—No —dijo Hans, sacudiendo la cabeza—, no le cuenta esas cosas a Elena. Tengo que contárselas yo, para que sepa...

De pronto le agarré por el cuello de la camisa. Él intentó echarse atrás, pero yo le agarré con fuerza.

—¡Tú no le digas nada a Elena! —espeté—. Deja a Elena en paz. ¡Ya está bastante asustada como para que vayas tú a contarle esas memeces!

Walter apareció por la esquina de la casa.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? ¿No os estaréis peleando, eh?

Hans se soltó y salió corriendo hacia la puerta de la casa. Yo me quedé allí, algo avergonzado y un poco asustado por Walter.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Le he dicho que no le cuente historias de monstruos a Elena —dije—. No quiero que la asuste. Hans me dijo que iba a hablarle a Elena de un monstruo.

—¿Eso ha dicho? —Walter soltó una carcajada—. Deja que yo me ocupe de eso, ¿vale?

—No le hagas daño, Walter.

Walter me apoyó una mano en el hombro.

—No le haré daño, Joseph. Sólo le daré una lección.

—No es un monstruo... Es una persona quien hace esas cosas, una persona terrible.

Walter sonrió, comprensivo.

—Lo sé, Joseph, lo sé. Deja eso en manos de la policía. Ellos se encargarán de encontrar al que hace esas cosas y le detendrán. Yo me ocuparé de Hans y Elena.

No dije nada.

—¿De acuerdo?

—Está bien —dije, asintiendo, pero no estaba tan seguro.

Walter estaba en el campo con su padre, trabajando en la granja, ganando el pan para la familia. Yo había decidido proteger a Elena, y nada me haría cambiar de opinión.

—Ahora vete —dijo—. Vete a casa. Hablaré con Hans y me aseguraré de que no asuste a su hermana.

Di media vuelta y corrí a casa. No le dije nada a mi madre. Me quedé en la ventana de mi dormitorio, mirando hacia la casa de los Kruger. Creía que si le pasaba algo a Elena nunca podría perdonármelo.

Después de que se marcharan los federales, los sheriffs de los dos condados — Haynes Dearing, un hombre de treinta y pico años que parecía mayor de lo que era, y Ford Ruby— celebraron una reunión en el Quinn Cumberland Diner, un establecimiento respetable y limpio al norte de Augusta Falls, propiedad de dos viudas.

Haynes Dearing era metodista y asistía a la iglesia metodista del condado de Charlton. El sheriff Ford Ruby era protestante episcopaliano e iba a la iglesia de Dios en Cristo de Woodbine, pero a pesar de sus diferencias con respecto al metodismo de John Wesley y a la interpretación de las escrituras, ambos consideraban que la muerte de una niña era más importante que cualquier diferencia religiosa.

La muerte de una segunda niña les unió, y combinaron sus recursos. Incluso se hablaba de un hombre procedente de Valdosta, un tipo del gobierno con una máquina de la verdad y una secretaria, pero no apareció nadie. Los sheriffs Dearing y Ruby reclutaron prácticamente a todo el que pudiera caminar en línea recta por sí solo y buscaron por los bosques y los ríos de Silco, incluso volvieron a buscar por el extremo de High Road una vez más, para ver, para asegurarse. No sé qué querían ver, y no lo pregunté, puesto que de nuevo volvían a oírse conversaciones susurradas en la cocina de mi casa.

La búsqueda nunca dio frutos y por fin, inevitablemente, Haynes Dearing y Ford Ruby volvieron a discutir sobre John Wesley y las escrituras, y siguieron discutiendo hasta que llegaron a la conclusión de que había sido un error trabajar juntos, o incluso llegar a pensar que podrían trabajar juntos, y se juraron que nunca más lo harían. A finales de agosto yo ya no oía hablar de Laverna Stowell. Quizá ella también fuera un ángel, ella y Alice Ruth van Horne, y quizá mi padre estuviera sentado allí a su lado, si es que había conseguido mantener las manos limpias y trabajar lo suficiente como para estar a la altura. Quizá yo me convenciera de que, ahora sí, la pesadilla ya había acabado. Quizá llegué a creer que algún vagabundo errante, enloquecido, brutal y vicioso, había pasado por nuestras vidas para desaparecer después. Por algún motivo desconocido nos había visitado dos veces, pero hubo algo en lo que no pensé: la verdad y lo que yo imaginaba que podía ser la verdad no eran la misma cosa. Me preguntaba si en algún otro condado, en algún otro estado, estarían también perdiendo niños a manos de aquel monstruo. Mantuve los ojos y los oídos bien abiertos, incluso de noche; el ruido de los animales que pasaban entre nuestra casa y la de los Kruger a veces me despertaba, y me quedaba allí, estirado, frío y asustado. Al cabo de un tiempo, después de armarme de valor en previsión de lo que pudiera ver, conseguí salir de entre las sábanas y acercarme a la ventana. No vi nada. La noche discurría ante mí estática, fresca y monocromática, y me pregunté si mi imaginación no me estaba llenando la mente de pequeñas y frágiles mentiras.

Esperaba con todas mis fuerzas que la pesadilla hubiera pasado, pero en mi interior, en lo más profundo de mi corazón, sabía que no era así.

—Un concurso —anunció la señorita Alexandra Webber.

Habían pasado cinco meses desde la muerte de la niña de los Stowell, cinco meses y otras Navidades.

Las Navidades habían sido duras para mi madre. Ella y la señora Kruger, cuyo nombre descubrí que era Mathilde, se habían ofrecido para ayudar en una epidemia de gripe que se había extendido entre las familias de los negros. Se pasó muchos días llegando tarde a casa y marchándose pronto, y yo me pasé gran parte del tiempo en casa de los Kruger. Entonces ya tenía trece años, unos meses más que Hans Kruger y unos años menos que Walter. No obstante, a pesar de tener edades similares, teníamos poco en común. De la guerra se opinaba tanto como se hablaba; se oían rumores de que Adolf Hitler era un loco, que Estados Unidos se verían obligados a entrar en la lucha. Roosevelt fue elegido presidente por tercera vez, y ya se hablaba de que los británicos usaban armas y equipamiento estadounidenses cuyo pago no se exigiría hasta que acabara el conflicto. Algunos —Reilly Hawkins en particular— decían que era el primer paso de un corto camino hacia la participación en la guerra.

—Nos llamarán —dijo—. Nos llamarán para que luchemos en Europa.

—¿Y tú irías? —le preguntó mi madre.

—Desde luego —aseguró Reilly—. De algo hay que morir, ¿no? Pues a mí me parece que morir en un campo de batalla en Europa, por algo en lo que crees, es mejor que morir aquí, en los pantanos, por la gripe de los negros.

—Reilly —le reprendió mi madre.

—Sí, señora —dijo él, avergonzado—. Perdóneme, señora.

—¿Y qué es eso en lo que crees? —le pregunté a Reilly—. ¿Crees en la guerra?

—No, Joseph —dijo él, sonriendo y sacudiendo la cabeza—. Yo no creo en la guerra. Te diré en qué creo yo...

Se detuvo de pronto y miró a mi madre, como pidiendo permiso para hablar.

—Adelante, Reilly Hawkins, pero recuerda que estoy escuchando, y te diré si has ido demasiado lejos.

—Yo creo en la libertad de pensar y creer y decir lo que crees que es correcto —dijo Reilly—. Este hombre, ese Adolf Hitler, bueno, no es otra cosa que un fascista y un dictador. Está exaltando a todos esos alemanes y haciéndoles odiar a los judíos, a los nómadas, a los que no se parecen a ellos, o no hablan como ellos, o no van a las mismas iglesias que ellos. Está imponiendo sus puntos de vista a un país, y ese país se está volviendo loco. Es algo que se extiende como un virus que va por el aire, y si la gente buena y honesta, la gente como nosotros, no hace lo que puede para pararle,

nos lo encontraremos en todas partes. Por eso iré si me lo piden.

Al día siguiente le pregunté a la señorita Webber por la guerra, por lo que había dicho Reilly Hawkins sobre los judíos y los nómadas.

Por un momento se quedó sorprendida; luego en su cara apareció algo que hablaba de pena, de lágrimas reprimidas, quizá.

Fue entonces cuando me habló del concurso. Cambió de tema —de pronto, inesperadamente— y yo me olvidé completamente de Adolf Hitler y de toda la exaltación y el odio que estaba generando.

—¿Qué concurso?

—Un concurso de relatos; un concurso para personas que escriben y envían sus historias.

Yo incliné la cabeza hacia un lado.

—No hagas eso, Joseph Vaughan. Da la impresión de que sólo tienes medio cerebro y de que la cabeza se te cae hacia un lado.

Puse la cabeza recta.

—Así que escribe una historia —dijo—. Puede ser sobre cualquier cosa, pero tal como hemos hablado antes, siempre es mejor escribir sobre algo en lo que tengas un interés personal, o en algo que hayas experimentado. No debería tener más de dos mil palabras, y si la escribes con buena letra, yo la pasaré a máquina con mi Underwood y la enviaremos a Atlanta.

No dije gran cosa. No recuerdo el momento con demasiada precisión. Creo que me quedé con los ojos y la boca algo abiertos.

—¿Qué? —insistió la señorita Webber—. ¿Por qué te quedas así?

Enseguida sacudí la cabeza.

—Por nada en particular.

—Ahora pareces uno de esos niños a los que hay que limpiarles la baba cada quince minutos... Ve a sentarte a tu pupitre, Joseph.

—Sí, señorita Webber.

—Y empieza a pensar en alguna idea. El plazo máximo para entregar el texto es de un mes.

Tres días más tarde encontré una palabra: «diabluras». No recuerdo cómo llegué a ella, pero lo hice. Era una palabra que significaba travesuras y bromas, lo que hacen los chicos revoltosos. La palabra me gustó, me hizo sonreír, así que la usé como título para mi relato.

Escribí sobre la vida de un chico, porque eso es lo que era. Escribí sobre lo que era tener trece años y no tener padre, sobre la guerra de Europa y sobre algunas de las cosas que me había dicho Reilly Hawkins. Además, escribí sobre las cosas que hacía para mantener la mente ocupada, para no pensar en que mi madre estaba cansada, en que Hitler era un loco, y en que en algún lugar a miles de kilómetros de distancia la gente moría por ser diferente o por hablar diferente. Escribí sobre las bromas que habíamos hecho los hermanos Kruger y yo. Sobre cuando encontramos un mapache

muerto y lo enterramos. Arrancamos unas madre selvas y las plantamos en la pequeña tumba, y dijimos unas palabras y deseamos que el mapache encontrara a Alice Ruth y a Laverna y les hiciera compañía en el cielo. Escribí sobre todas esas cosas y firmé con letra clara al final de la hoja —Joseph Calvin Vaughan—, puse mi edad y mi fecha de nacimiento, porque me imaginé que los señores del concurso en Atlanta querrían saber esos detalles.

Le di mi texto a la señorita Webber el viernes 11 de febrero. El lunes me dijo que lo había pasado a máquina y lo había enviado a Atlanta, y me enseñó dónde estaba Atlanta en el mapa. Me pareció lejísimos. Me preguntaba si mi relato habría cambiado algo para cuando llegara allí.

Pensé en aquello un tiempo, pero después lo olvidé. Me daba la impresión de que escribir las cosas era un modo de hacer que desaparecieran.

—Puedes verlo así —me dijo la señorita Webber—, o puedes interpretar que escribir las cosas hace que duren para siempre. Como el libro que te regalé las Navidades pasadas... que lo escribieron y aún sigue ahí. Hay miles de ejemplares de ese libro por todo el país, por todo el mundo. Ahora mismo puede que haya alguien en Inglaterra, alguien en París, en Francia, y alguien en Chicago, leyendo ese mismo libro, y lo que lean y lo que piensen va a ser muy diferente de lo que tú sentiste al leerlo. Una historia es como un mensaje que significa algo diferente para cada persona que lo recibe.

Escuché lo que decía la señorita Webber porque todo lo que decía tenía sentido.

Cuando llegó la primavera, mi madre enfermó. Se quedó pálida y anémica. El doctor Thomas Piper la visitó varias veces, y en todas ellas ponía gesto preocupado y trascendente. El doctor Piper llevaba un traje oscuro con chaleco y un reloj de bolsillo con la cadena de oro, y carreteaba un maletín de cuero del que sacaba depresores linguales y frascos de yodo.

—¿Qué edad tienes tú? —me preguntó.

—Trece años, señor. Cumpliré catorce en octubre.

—Bueno, ya me está bien. Para mí, eres un hombrecito. Tu madre tiene la sangre débil. Le faltan nutrientes, hierro, casi todo lo que hay que tener. Debe descansar y estar tranquila, quizá un mes entero, y tiene que comer mucha verdura y buena carne. Si no lo hace, no durará mucho tiempo.

Cuando el doctor Thomas Piper se fue, me fui a casa de los Kruger.

—Nosotros nos ocuparemos de ella —me aseguró Mathilde Kruger—. Enviaré a Gunther cada día con sopa y col, y cuando esté más fuerte le daremos salchichas y patatas. No te preocupes, Joseph, habrás perdido a tu padre, pero no vas a perder a tu madre. Dios no es tan cruel.

Tres semanas más tarde, el día que Reilly Hawkins me dijo que el presidente Roosevelt iba a enviar soldados norteamericanos a Groenlandia, la señorita Webber

me hizo quedar después de clase.

—Tengo una carta —dijo. Abrió el cajón de su mesa y sacó un sobre—. Es una carta de Atlanta. Ven, siéntate y te la leeré.

Yo me acerqué a su mesa y me senté.

—«Querida señorita Webber —empezó a leer—, es con inmenso placer que le escribimos para informarle de los resultados de nuestro concurso. Hemos quedado gratamente impresionados con el nivel del material recibido este año, y aunque la clasificación de una gama tan amplia de estilos y materias nunca es tarea fácil, creemos que este año ha resultado más dura que nunca.»

La señorita Webber hizo una pausa y me miró.

—«Lamentamos enormemente comunicarle que “Diabluras”, de Joseph Vaughan, no ha alcanzado la fase final de evaluación, pero no obstante hemos querido hacerle partícipe de la satisfacción con que hemos leído esta excelente pieza. “Diabluras” provocó más de una lágrima y una considerable cantidad de risas entre nuestros lectores, y cuando supimos que el texto había sido escrito por un chico de trece años despertó inevitables dudas sobre la identidad de su autor. Estas dudas fueron refutadas inmediatamente teniendo en cuenta su gran reputación y credibilidad como profesora. En cualquier caso, no dejó de sorprendernos que una composición con un estilo narrativo tan natural y con una visión tan elaborada fuera obra de alguien tan joven.»

La señorita Webber hizo una nueva pausa. Lo único que entendí yo era que no había ganado nada. No me sentía en absoluto ilusionado.

—«Así pues, para concluir, querría felicitar vehementemente al señor Joseph Vaughan por su relato “Diabluras”, una lectura de lo más agradable y la prueba de que tenemos aquí, en nuestra Georgia, un brillante y joven autor de inmenso talento que confiamos que siga subiendo peldaños en su actividad literaria. Con nuestros mejores deseos, el Comité de Evaluación de Jóvenes Escritores de Atlanta.»

La señorita Webber se volvió hacia mí y me sonrió. Frunció el ceño y luego ladeó la cabeza. Yo habría querido decirle que parecía que le faltara medio cerebro.

—¿No estás contento, Joseph?

Yo no dije nada. Me preguntaba cuál sería el motivo por el que pensaba que debería estar contento.

—El Comité de Evaluación te ha escrito desde Atlanta para decirte que tu relato ha recibido una mención especial. Dicen que eres brillante y que tienes un talento inmenso. ¿Lo entiendes?

—Entiendo que no he ganado, señorita Webber.

Ella de pronto se rió, y fue como un rayo de sol que caía sobre mí.

—¿Que no has ganado? Ganar no es el único motivo para hacer algo. A veces haces algo para ganar experiencia, o simplemente por placer; otras veces haces algo para demostrarte a ti mismo que puedes hacerlo, independientemente de lo que piensen los demás. Tú has escrito un relato, el segundo relato completo que has

escrito en tu vida, y el Comité de Evaluación de Atlanta te ha enviado una mención especial y ha expresado su deseo de que sigas avanzando como escritor. Eso, mi querido Joseph Calvin Vaughan, es algo de lo que tendrías que estar muy orgulloso.

Yo asentí y sonreí. Pasaba un cuarto de hora del final de la clase y quería irme a casa. Aquella mañana, al salir de casa, mi madre estaba particularmente delicada.

La señorita Webber dobló la carta cuidadosamente y volvió a meterla en el sobre.

—Esto es para ti —me dijo, y me la dio—. Deberías guardar esta carta, y cuando sientas que alguien cuestiona tu capacidad, cada vez que sientas que deberías dedicarte a otra cosa en lugar de a escribir, deberías leerla otras vez y te sentirás seguro de nuevo. Escribir es un don, señor Vaughan, y negar su importancia, o no aprovechar tu talento, sería un error muy grave y significativo. —Volvió a sonreír—. Ahora vete a casa, anda.

Le di las gracias a la señorita Webber y salí del aula. Caminé rápido, tomando High Road y manteniéndome cerca de las vallas. El señor Kruger me había dicho que después de las lluvias el suelo estaba demasiado blando como para soportar el peso de un niño, y no digamos para el de un jovencito como yo, y que si pasaba por allí debía mantenerme cerca de las vallas y lejos de los árboles.

Cuando llegué a casa me quedé de pie en la cocina unos minutos. Tiempo después, viéndolo en perspectiva, que es como se ven mejor las cosas, me daría cuenta de que no le di ninguna importancia a la carta de Atlanta. Fue mi primer reconocimiento, y sin embargo no me parecía que significara nada. Saqué la carta del bolsillo y la leí otra vez. Las palabras me habían llegado, pero no las había asimilado. Más tarde la carta significaría mucho, y de algún modo actuaría como una baliza en medio de la tormenta de críticas y desgarradoras dudas que me iban a surgir, pero entonces —mientras estaba ahí, de pie, en la cocina— no era más que un mensaje que constataba mi fracaso. La señorita Webber no tenía ninguna culpa. La carta me decía que podía hacerlo mejor y quizá, de algún modo, yo ya había decidido hasta dónde quería llegar.

Fue entonces cuando oí voces, me pareció que arriba, y me quedé estupefacto. Mi madre estaba sola en la casa y se encontraba mal, y sin embargo las voces sonaban como las de una conversación. ¿La habría vuelto loca la enfermedad?

Me metí la carta en el bolsillo y me dirigí hasta el pie de la escalera. No oí nada. ¿Serían imaginaciones mías?

Subí los escalones uno por uno, aguzando el oído. Cuando llegué al rellano superior, oí las voces de nuevo: mi madre, con su característico tono cantarín, incluso con alguna risita apagada, y otra voz, más profunda, quizá con acento.

Atravesé el rellano hasta la puerta. Estaba bien cerrada, pero sin duda las voces venían del interior.

Llamé una vez con los nudillos.

—¿Madre?

Por un momento oí cierto movimiento, susurros, algo más, y cuando me disponía

a girar el pomo de la puerta la oí:

—Un momento, Joseph, un momento, por favor.

Esperé, perplejo y confundido.

Treinta segundos, quizá más, y la puerta se abrió por dentro. Gunther Kruger estaba ahí de pie, mirándome, con una gran sonrisa y las mejillas coloradas.

—¡Joseph! —exclamó, pronunciándolo «Yosef», como hacían todos los Kruger. Parecía más sorprendido que contento—. ¿Qué tal? ¡Qué sorpresa!

Yo sacudí la cabeza. ¿Por qué iba a ser una sorpresa? Siempre volvía a casa después del colegio.

Miré a mi alrededor y vi a mi madre tendida en la cama, con las sábanas subidas hasta el cuello. Sacó un brazo y me tendió una mano.

—Entra, Joseph —dijo—. Llegas pronto.

—No —repliqué—. Siempre llego a esta hora.

Ella frunció el ceño.

—¿Y tu tutoría con la señorita Webber...?

—Es los lunes —indiqué—. Hoy es viernes.

—¡Claro! —respondió ella, sonriendo—. Qué tonta. El señor Kruger ha venido a traerme un poco de sopa.

Eché una mirada hacia el tocador, y allí, en el recipiente de arcilla que la señora Kruger le enviaba casi a diario, estaba la sopa. Parecía intacta; aún tenía la tapa en su sitio.

—Ah.

—Bueno —dijo el señor Kruger—, creo que ya es hora de que me vaya. Ha sido un placer verte, Joseph, como siempre. Deberías venir más tarde a ver a Hans y a Walter, ¿te parece?

—Sí —dije yo, aún algo perplejo.

El señor Kruger descolgó su chaqueta de la silla tras la puerta, y sin ponérsela pasó a toda prisa a mi lado y bajó las escaleras. Oí sus pasos mientras cruzaba la cocina, y luego oí cómo se cerraba de golpe la puerta de atrás. Se le había olvidado despedirse de mi madre.

—Ven conmigo —dijo ella—. Ven y siéntate aquí, en la cama.

Yo crucé la habitación. Todo olía a lavanda y pollo cocido.

—Siéntate aquí —insistió, y dio una palmadita al colchón—. ¿Qué tal te ha ido el día, Joseph?

—He recibido una carta.

—¿Una carta?

Asentí.

—¿Una carta de quién?

—De la gente que evalúa el concurso de relatos de Atlanta.

Ella se irguió, con los ojos bien abiertos y una expresión de gran interés.

—¿Y?

Saqué la carta del bolsillo y se la enseñé.

Ella la leyó en silencio, y luego me miró con lágrimas en los ojos y me tendió la mano. Apoyó la palma contra mi mejilla.

—Hijo mío —dijo, con la voz convertida en un suspiro roto—, parece que has encontrado tu vocación.

Yo me encogí de hombros.

—No lo dejes —dijo—. Nunca dejes de escribir. Así se enterará el mundo de quién eres.

Por algún motivo sentí ganas de llorar, pero no lo hice.

Tenía trece años, era casi un hombre, y aunque la señorita Webber y mi madre le dieran a la carta mucha más importancia que yo, tampoco había motivo para estar triste.

Apreté los dientes. Me tendí junto a mi madre, allí mismo, sobre la colcha de cuadros, y cerré los ojos.

Ella me acarició el pelo desde la frente, se acercó y me besó.

—Tu padre estaría muy orgulloso —aseguró—. ¡Su hijo, un escritor!

La tercera niña no tenía más que siete años. La encontraron el sábado 7 de junio de 1941. Al igual que a Alice Ruth van Horne y Laverna Stowell, la habían golpeado y desnudado. Se llamaba Ellen May Levine. Una incisión ancha y profunda le atravesaba el cuerpo, como si alguien hubiera intentado cortarla en dos. Puede que hubieran intentado hacerlo y que no hubieran sido capaces de acabar.

Yo sólo la conocía desde hacía tres meses, cuando en el mes de marzo vino de Fargo, cerca del río Suwannee, en el condado de Clinch, para asistir a las clases de la señorita Webber. La hallaron en un hoyo poco profundo, a menos de un kilómetro de nuestra casa, entre los árboles al borde de la finca de Gunther Kruger.

El sheriff Haynes Dearing quedó con Ford Ruby y los dos fueron en coche a ver al sheriff del condado de Clinch, Burnett Fermor. Se decía que los tres habían pasado más de dos horas reunidos; pidieron mapas detallados de los tres condados y por lo menos dos bandejas de bocadillos y café. Cuando acabó la reunión, no parecía que supieran más que al empezar, pero por lo menos no habían discutido sobre John Wesley y las escrituras.

Reclutaron al menos a una docena de ayudantes. Vinieron con camionetas y perros y escrutaron el campo de un horizonte al otro. Había grupitos de gente hablando por la calle. Parecía ser que el periódico tenía algo nuevo que decir sin decir mucho o sin decir nada en absoluto. Incluso mencionaron los nombres de los miembros de la Agencia de Investigación Estatal Carver y Oates, como si por volver fueran a descubrir algo nuevo. Carver y Oates no vinieron, ni el hombre de Valdosta con la máquina de la verdad y la secretaria. El sheriff Dearing parecía constantemente exhausto, como si el sueño fuera un compinche del asesino y le estuviera evitando con gran habilidad. Se hablaba de armas mortíferas, de cuchillos, de mazas para la carne y otras suposiciones. Yo lo observaba todo, cada detalle, y me preguntaba cómo iban a encontrar a alguien que se dedicaba precisamente a mantenerse oculto. Todos sabían que eran inocentes, y sin embargo todos sabían que eran sospechosos, y que seguirían siéndolo hasta que se identificara al culpable.

No lo identificaron, y por algún motivo yo estaba convencido de que así seguirían las cosas.

—La cosa se ha puesto fea, muy fea —dijo Reilly Hawkins.

Estaba sentado en nuestra cocina. Mi madre se había recuperado de su enfermedad, aunque el señor Kruger aún le traía sopa y salchichas de parte de su mujer dos o tres veces por semana. Yo lo sabía porque a menudo, tras la escuela, mi madre me enviaba a casa de los Kruger con los recipientes y platos lavados y su

agradecimiento.

—La cosa de esas niñas...

—No es algo de lo que quiera hablar ahora, Reilly —le advirtió mi madre, sacudiendo la cabeza.

—Yo sí quiero hablar de ello —intervine yo—. Ya tengo edad para saber qué es un asesinato, y también tengo edad para saber que hay gente loca. La señorita Webber nos ha dicho que los alemanes están metiendo a los judíos en campos de concentración y que muchos miles han muerto...

—¿Eso hace? —protestó mi madre—. No me parece que sea algo que deba enseñarse a los niños.

—Ya no soy tan niño —le dije—. Sé que la policía francesa está arrestando a judíos en París y entregándoselos a los alemanes, a miles. También sé que James Joyce murió en Suiza y que Virginia Woolf se suicidó ahogándose en un río...

—Ya basta —replicó mi madre—. Parece que sabes muchas cosas, Joseph Vaughan, pero eso no significa necesariamente que vayamos a hablar del asesinato de unas niñas en nuestra cocina.

Miré a Reilly Hawkins. Él apartó la mirada.

—Yo las conocía a las tres —dije, con la voz entrecortada de la emoción. Sentía las lágrimas a punto de asomar—. Las conocía a las tres. Sabía sus nombres, qué aspecto tenían. Me sentaba en la clase de la señorita Webber con ellas, y a veces la señorita Webber me hacía leer un texto ante la clase, y Ellen May se sentaba cerca, como si quisiera oír cada palabra que yo decía. —No pude contenerme. Me puse en pie—. ¡Quiero hablar de ello! ¡Quiero saber qué está pasando y por qué no podemos hacer nada para evitar esas cosas terribles!

—¡Ya tengo suficiente! —espetó mi madre—. Tienes cosas que hacer. Ve a limpiar la ventana de tu habitación, y luego puedes ir a casa de los Kruger si quieres.

Mi rabia iba en aumento. Me quedé mirando a mi madre, y por un momento vi más allá de su gesto decidido. Tenía miedo, tanto como yo; no sabía qué decir para mejorar las cosas.

Sentí la necesidad de acercarme a ella. Pensé que lo correcto sería disculparse, decirle que estaba confundido y asustado y que necesitaba decirle a alguien cómo me sentía. Pero aquello, dicho con la voz mermada, habría sido equivalente a admitir mi derrota ante la autoridad. Hice una vistosa salida, pisando con fuerza por las escaleras y por el pasillo. Cuando llegué a la puerta de mi cuarto, la abrí y la cerré de un portazo como si hubiera entrado, pero me volví por donde había venido y me aposté sigilosamente en el rellano de la escalera.

—... terco, sí, pero raramente desobedece —estaba diciendo mi madre—. Tiene una mente despierta y curiosa como su padre, y cuando se obstina en algo, no lo deja.

—Yo no soy quien para juzgar —respondió Reilly—. Le tengo mucho cariño al chico. Estas cosas que han pasado últimamente... estos asesinatos... son cosas terribles. Cuando pasa algo así, bueno, no puedes ni imaginar cómo deben sentirse los

padres.

—Yo conozco a los padres de la segunda niña, aunque no te creas que tanto —dijo mi madre—. Leonard y Martha Stowell. Una pareja encantadora. Nunca vi a su hija. Era la más pequeña, creo. Me parece recordar que tenían otros tres, dos niños y una niña.

—Una tragedia, una tragedia terrible. Y pensar que algo así es obra de un ser humano...

—En el más amplio sentido de la palabra. De ser humano tiene poco, diría yo.

Reilly se aclaró la garganta.

—No sé, Mary, me parece que el mundo se está convirtiendo en un lugar terrible, con esa guerra en Europa, las cosas horribles que se dice que les hacen a los polacos y los judíos. He oído decir que los alemanes están buscando a todos los intelectuales para matarlos, músicos y artistas, escritores y poetas, incluso a profesores y maestros, a cualquiera que no comparta sus puntos de vista. Los buscan y a veces los ejecutan ahí mismo, en la calle.

—No es el mundo, Reilly. Se trata de unos cuantos dementes que usan el poder que tienen sobre los ignorantes. Esta propaganda contra los judíos circula desde hace veinte años o más. Adolf Hitler ha ido intoxicando poco a poco la mente y el corazón de los alemanes, y ya lo hacía mucho antes de ir a la guerra. Sólo espero que la guerra acabe antes de que nos veamos más involucrados en ella.

—Yo no veo que eso se pueda evitar —dijo Reilly—. Como pueblo libre y democrático, tenemos la responsabilidad de plantar cara a una persecución así.

—Es cierto —convino ella—, pero primero está la obligación de defender a los niños de nuestros vecinos y amigos del monstruo que tenemos entre nosotros.

Más tarde atravesé el rellano en silencio y entré en mi habitación. Me quedé observando desde la ventana cómo Elena Kruger ayudaba a su madre a tender la ropa en el patio de atrás.

Tres días más tarde Elena Kruger empezó a asistir a la clase de la señorita Webber. Se sentaba en la fila de detrás de la mía, un puesto hacia la izquierda.

Se sentaba donde se había sentado Ellen May Levine, antes de que alguien la cortara por la mitad.

La enfermedad que sufría Elena Kruger me parecía una injusticia. Nunca presencié sus ataques del gran mal, pero los cardenales que tenía en los brazos y en los hombros quedaban bien a la vista cuando salíamos a nadar a uno de los pequeños afluentes del Okefenokee. En junio hacía calor, pero en julio el mercurio de los termómetros subió tanto que las piedras sudaban, y cuando por fin llegaron las vacaciones escolares, la primera semana de agosto, lo único que podíamos hacer era permanecer inmóviles

para soportar la brutal temperatura. Reilly decía que era el verano más cálido del que se tenía constancia; Gunther Kruger decía que Reilly no tenía acceso a los archivos de temperatura, y que cómo iba a saber algo así. A mí me daba la impresión de que no importaban los veranos anteriores; el que estábamos pasando me bastaba y me sobraba. Walter Kruger trabajaba gran parte del día con su padre, de modo que nosotros tres —Hans, Elena y yo— adoptamos la costumbre de colarnos bajo la casa de los Kruger para huir del calor. Bajo la casa se estaba fresco y húmedo, era casi otro mundo, y a pesar de las correrías de los bichos y de la sensación de humedad que se nos iba extendiendo por la piel, aquello nos resultaba mucho más tolerable que estar expuestos a un sol riguroso e implacable.

—Yo creo... yo creo que si esto sigue tres semanas más, los pantanos quedarán tan secos que se podrá caminar por encima —dijo Hans.

A mí Hans me parecía un poco lento —noble, sí, pero quizá un poquito torpe, como si todos sus pensamientos tuvieran una hora de llegada preestablecida y aun así consiguieran retrasarse siempre—. Él, sin embargo, adoraba a Walter; lo consideraba la fuente de la sabiduría y de la verdad. Si Walter decía algo, era palabra de Dios. Parte de aquello pasaba luego de Hans a Elena, y llegó un momento en que sentí que era mi deber defenderla de las bromas y las trampas que le tendían. Una vez, años atrás, Hans le había dicho a Elena que debía comerse una lombriz. Le dijo que se lo había dicho Walter, que Walter había dado claras instrucciones de que ella debía comerse una lombriz. Entera. Elena no hizo preguntas; se pasó cuatro o cinco minutos buscando una hasta que el propio Walter apareció y tuvo la ocurrencia de preguntarle qué estaba haciendo. Quizá fuera algo germánico, la convicción de que siempre hay que obedecer a los mayores. Si alguien me hubiera dicho que Walter quería que me comiera una lombriz, yo les habría dicho que se metieran esa lombriz por donde no da el sol, y no querría decir el subsuelo de la casa de los Kruger.

El calor no duró tres semanas más; duró buena parte de septiembre, y para entonces el Okefenokee apenas tenía agua suficiente para llegar al límite del condado. Nunca descubrimos si los pantanos se habían secado lo suficiente como para caminar por ellos. El cólico llegó como alma que lleva el diablo e infectó a los caballos desde Winokur, al norte, hasta St. George, al sur. Se trazaron líneas sobre los mapas, y esos mapas se distribuyeron en asambleas municipales en todo el estado. Las líneas eran divisiones territoriales, y se prohibió a la gente que cruzara esas líneas para que no transmitieran la infección de una zona a otra. Curiosamente, aunque éramos vecinos, había una línea que discurría entre nuestra casa y la de los Kruger. No pude visitarlos hasta que se acercó la Navidad, pero cada semana mi madre me enviaba al extremo de High Road, y allí —envuelto en un trapo y oculto siempre tras la misma roca— había un paquete que había dejado el señor Kruger. Innumerables veces fui en busca de aquel paquete, que no era más que un trozo de cuero enrollado y atado con una cuerda, y todas ellas se lo traje corriendo a mi madre sin una sola pregunta. Hasta que la curiosidad se apoderó de mí. Recogí el trozo de cuero de detrás de la piedra y me

arrodillé sobre la tierra un momento. Pensé en lo que habría pensado mi padre; en si se habría esforzado lo suficiente como para convertirse en un ángel, y en si podía leerme los pensamientos. El interrogante en mi interior era más grande que el miedo a cualquier crítica, y desanudé el cordel, recordando cada giro para poder atarlo de nuevo después de mirar en su interior.

Siete dólares.

Un billete de cinco y dos de un dólar.

Me parecía raro que Gunther Kruger le enviara a mi madre siete dólares cada semana.

Volví a meter los billetes; enrollé el pedazo de cuero alrededor; lo até de un modo que sólo yo sabía, y me fui corriendo a casa.

Le di el dinero a mi madre y nunca dije una palabra.

Por algún motivo, me sentí como Judas.

Diciembre de 1941.

En octubre habíamos oído que Adolf Hitler estaba a las puertas de Moscú; que un navío de guerra estadounidense —el USS *Reuben James*— había sido atacado mientras escoltaba otros barcos al oeste de Islandia. Murieron setenta marineros y cuarenta y cuatro fueron rescatados. Aguantamos la respiración, temerosos incluso de movernos. Reilly Hawkins dijo que iba a ocurrir algo malo, que había tenido una premonición un día que iba a hacer un recado a White Oak.

La premonición de Reilly Hawkins se hizo realidad.

El 7 de diciembre los japoneses bombardearon Pearl Harbor. Trescientos sesenta aviones de guerra japoneses atacaron la flota del Pacífico estadounidense en Hawái. También atacaron bases norteamericanas en Filipinas, en Guam y en Wake. Murieron dos mil cuatrocientas personas.

Cuatro días más tarde, Hitler y Mussolini, el dictador fascista de Italia, le declararon la guerra a Estados Unidos.

Al cabo de seis semanas, las tropas estadounidenses desembarcarían en el norte de Irlanda. Eran las primeras que ponían el pie en Europa desde las Fuerzas Expedicionarias que desembarcaron en Francia durante la Gran Guerra de 1914-1918.

Reilly Hawkins fue en coche sin parar hasta Fort Stewart, que estaba a tiro de piedra de Savannah, pero el ejército le dijo que tenía los pies planos, el arco del pie caído y que no podía disparar un fusil por Roosevelt. Nunca había visto a un hombre tan abatido y desalentado; no salió de casa en tres días, y cuando apareció ni se había afeitado ni cambiado de camisa. Mi madre dijo que no hay nada que pueda abatir tanto a un hombre como decirle que no puede ser de ayuda.

Cuatro días antes de Navidad Gunther Kruger vino a ver a mi madre. Hans estaba enfermo —con picos de temperatura, relapsos de fiebre, dolores musculares, delirios—. Mi madre llamó al doctor Piper, que examinó al chico.

—*Streptobacillus moiliformis* —sentenció sonoramente.

—En inglés —le apremió mi madre.

—La fiebre de las ratas —dijo él—. Al chico le ha mordido una rata. Mire aquí —indicó, señalando un verdugón supurante en la parte trasera del tobillo de Hans—. Una mordedura de rata.

—¿Puede tratarlo?

—Claro que puedo tratarlo —dijo el doctor Piper—, pero necesitan un programa de desratización.

Mi madre sonrió y asintió. Se volvió hacia mí.

—Ve a casa de Reilly y dile que el doctor Piper le necesita en casa de los Kruger.

Reilly empezó a trabajar solo, pero al final de la semana siguiente había hasta siete hombres trabajando en ello. La Unidad Antialimañas de Augusta Falls. Ése fue el nombre que les dio mi madre, y el doctor Piper les advirtió que, si no encontraban las ratas infectadas, todos los niños de Augusta Falls estarían en peligro. Era necesario para la moral, para el bienestar de las familias, que la tarea se realizara con eficacia, con disciplina militar, con rapidez. Reilly era el jefe. Y como tal se le dirigían. Había rifles del calibre 25, toda la munición pagada por las arcas del ayuntamiento; había trampas, redes, botas gruesas y demás material, todo oficial, y todo —a su modo— de vital importancia para mantener la moral de un país en guerra.

El jefe Hawkins, de la Unidad Antialimañas, se afeitaba cada día, llevaba una camisa limpia, patrullaba las rutas que seguían los niños para ir al colegio. Llevaba un rifle al hombro, los bolsillos llenos de balas, y trabajaba incansablemente para liberar a Augusta Falls de las ratas.

—Siempre habrá ratas —le advirtió el doctor Piper a mi madre—. No puede ser que crea que de algún modo Reilly Hawkins va a limpiar todo el condado de ratas... Y aunque lo hiciera, he oído rumores de que las ratas de Clinch y Brantley son mucho más grandes y feas que las que podemos tener aquí, en Charlton.

—Yo nunca dije que algo así fuera posible, Thomas —respondió ella, sonriéndole —, pero vaya a ver a Reilly Hawkins cuando tenga un momento, y luego dígame que no tiene mucha más autoestima y respeto por sí mismo que nunca.

El doctor Piper sonrió.

—Ojalá todas las mujeres de Augusta Falls fueran tan sagaces como usted, señora Vaughan.

Mi madre bajó la cabeza levemente.

—Ojalá todos los hombres tuvieran esa voluntad de colaborar, ¿eh, doctor Piper?

No se dijeron nada más. Reilly Hawkins y su Unidad Antialimañas siguieron encontrando y matando ratas. Llevaban un registro, detallado y preciso. En febrero de 1942, mientras los japoneses invadían un lugar llamado Sumatra, la Unidad Antialimañas ya era responsable de la muerte de más de cuatrocientas treinta ratas. No les daban cuartel. No hacían prisioneros de guerra. En medio de un bosque de

álamos y tupelos, justo al borde de los campos más al sur de Gunther Kruger, cavaron un hoyo de casi tres metros de profundidad y no sólo echaban allí las ratas a cubos, sino que también las quemaban.

Aquella fue la última vez que Gunther Kruger y Reilly Hawkins se pusieron de acuerdo en algo, porque una vez pasó la Navidad y entramos en 1942, de pronto todo pareció cambiar en Augusta Falls.

Fue la guerra la que lo hizo; quizá no tanto la guerra, sino lo que representaba la guerra. Nos dijo que había diferencias entre las personas; que en algún lugar a miles de kilómetros de distancia, los nuestros estaban muriendo por algo que ni siquiera habíamos empezado nosotros. Nos dijo que los alemanes no eran de fiar, que de algún modo Estados Unidos se había visto arrastrado hacia un conflicto que no tenía nada que ver con él.

—La intolerancia religiosa —nos dijo la señorita Alexandra Webber—. Los prejuicios, la intolerancia religiosa, una verdadera caza de brujas, si queréis llamarlo así... Eso es lo que se está haciendo con el pueblo judío. Es un desafío a todo aquello en lo que creen Estados Unidos de América, un desafío a la Constitución. No hay modo de que podamos evitar implicarnos. Ésta no es una guerra entre Inglaterra y Alemania, ni entre Estados Unidos y Japón. Es una guerra entre los Aliados y las Potencias del Eje, y el Eje representa todo lo que aborrecemos y condenamos. Es una guerra por la libertad, por la capacidad de elegir, por la tolerancia religiosa. Creedme, si yo fuera hombre, ya estaría en el centro de reclutamiento.

Puede que fuera categórica, pero Alexandra Webber era honesta. La opinión pública se volvió contra los ciudadanos de origen extranjero: contra los italianos, los japoneses, e incluso contra algunos inmigrantes del este de Europa que habían levantado sus granjas cerca de Race Pond. La tensión hizo acto de presencia en las asambleas municipales, algo intangible pero innegable. Los de origen extranjero empezaron a retirarse de la vida pública. Hasta los hijos de Gunther Kruger se quedaban en casa. Era así de evidente.

La tensión estalló el miércoles 11 de marzo de 1942 con el descubrimiento de una cuarta niña asesinada.

Se llamaba Catherine Wilhelmina McRae. Tenía ocho años. Su cabeza decapitada fue descubierta por unos niños que jugaban cerca del mismo bosque de álamos y tupelos donde se había situado la fosa de las ratas. Su cuerpo apareció a treinta y cinco metros de distancia, en el cauce de un arroyo. No había motivo para suponer que el asesino de Catherine McRae no era la misma persona que había matado a Alice Ruth van Horne, a Laverna Stowell y a Ellen May Levine, así que se dio por sentado que lo era.

Yo conocía al hermano de Catherine, Daniel, más que a ella. Daniel tenía un mes menos que yo. Yo estaba allí cuando su padre vino a buscarle a la clase de la señorita

Webber. Le vi marcharse en silencio. Su padre tenía el rostro rojo de tanto llorar. Daniel estaba blanco como el yeso y aturdido.

Los tres sheriffs —Dearing, de Charlton, Ruby, de Camden, y Fermor, de Clinch— se reunieron una vez más. Esta vez no había mapas, bocadillos ni café; esta vez fue una fuerza de trabajo combinada, movilizada en los tres estados para peinar los campos y los bosques de los alrededores en busca de cualquier cosa que pudiera estar relacionada con el asesinato de la niña McRae.

La Unidad Antialimañas de Reilly Hawkins adoptó un nuevo nombre. Vinieron hombres de Folkston, Silco, Hickox y Winokur. También unos hermanos gemelos de Statenville, en el condado de Echols, parientes del sheriff Fermor por parte de madre; condujeron más de ciento cincuenta kilómetros en un camión de plataforma destartalado para unirse a la línea de rastreo. La mañana del jueves 12, la línea estaba compuesta por más de setenta hombres y, sin que se hubiera dicho una palabra, sin ninguna orden directa ni ningún edicto, era evidente la ausencia de los extranjeros. No había ni un alemán, ni un italiano; incluso los polacos y los franceses se quedaron en casa. Sólo había yanquis, irlandeses-americanos, un par de escoceses y un canadiense con un solo ojo llamado Lowell Shaner. Quizá fue entonces cuando empezaron realmente los problemas. Quizá fue aquél el momento en que la mala voluntad y los rumores se convirtieron en el acelerador del violento fuego de las acusaciones, que al principio no era más que una chispa, una brasa, pero que al cabo de dos días de peinar los campos y los cursos de los ríos en busca de cualquier pista del asesino de la niña McRae, los comentarios que se iban difundiendo se volvieron incendiarios.

—Un norteamericano no haría algo así.

—¿Quién iba a matar a cuatro niñas? Desde luego, tiene que ser alguien que no respete la vida como nosotros.

—Un hombre que haga esto no puede ser de los que van a misa, creedme.

Y así, a su manera y con su estrechez de miras característica, el pueblo de Augusta Falls inició su propia línea de investigación. Había comentarios —rumores, cotilleos, cuchicheos—, algunos de ellos difamatorios, otros de pura ficción, otros procedentes de personas que sólo disfrutaban generando animadversión y malos sentimientos entre gente que antes mantenía una actitud neutral hacia los demás.

Se habló tanto de los asesinatos que me resultaba difícil evitar el tema. Quizá fue la primera vez que me dio miedo el mundo. La guerra me daba miedo, aunque sólo fuera desde la perspectiva que nos presentaba la señorita Webber.

—Como pueblo, sabemos que tenemos problemas cuando la guerra se convierte simplemente en una cuestión de lanzar bombas desde aviones y matar a cientos o miles de personas. La historia nos ha enseñado una cosa: que a medida que avanzamos tecnológicamente, también nos volvemos capaces de matar a más gente sin verles siquiera la cara. Un día, estoy segura de que alguien inventará una bomba capaz de destruir toda una ciudad, si no todo un país. Y eso, sin duda, marcará un

punto en el que esta civilización empezará su lenta e inevitable decadencia.

Eso dijo la señorita Webber, pero a pesar de su inquietante premonición la guerra aún era algo que ni siquiera tenía lugar en mi propio país, algo que existía a muchos miles de kilómetros. Incluso el ataque a Pearl Harbor había provocado que los soldados norteamericanos salieran del país. La guerra no se desarrollaba en territorio estadounidense así que, en cierto modo, conseguíamos convencernos de que era algo que no nos afectaba.

Los asesinatos eran otra cosa. El asesinato de cuatro niñas estaba ahí mismo, entre nosotros. Eran niñas que yo había conocido, y eso —a pesar de su pequeña dimensión en comparación con la del frente europeo— hacía el asunto aún más aterrador.

Un día que me quedé tras la clase para limpiar los trapos de la pizarra le hablé a la señorita Webber de mis miedos.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Pues escribe lo que sientes —dijo—. Escribir puede servir para exorcizar el miedo y el odio; puede ser un medio para superar los prejuicios y el dolor. Por lo menos si escribes tendrás una ocasión de expresarte... Puedes mostrar tus pensamientos al mundo, e independientemente de si alguien los lee o los entiende, ya no estarán atrapados en tu interior. Si te los quedas dentro... si te los guardas, Joseph Vaughan, un día puede que acabes explotando.

Más adelante, muchos años más tarde, sus palabras se demostrarían de lo más acertadas. Pero entonces, con sólo catorce años, lo único que quería entender era por qué esas cosas me asustaban tanto. Creía que si lograba entender al hombre, ya no le temería. El hombre que había hecho aquellas cosas terribles a esas niñas. Intenté imaginar qué tipo de vida podía llevar, cómo vería el mundo, un mundo que evidentemente era el mismo que yo veía, pero de algún modo diferente. Cuando yo veía la luz de sol, ¿veía el sólo sombras? Si yo me despertaba de una pesadilla, sintiendo el alivio extendiéndose por mi interior como la espuma de las olas al romper, ¿intentaba él volver a la pesadilla para vivirla aún más?

Apreté los dientes. Apreté los puños. Cerré los ojos e intenté imaginar lo loco que hay que estar para matar a alguien. Para matar a una niña. Y escribí:

Tenía los ojos hinchados de llorar, o quizá de mirar algo. O quizá tenía los ojos hinchados porque era un loco, un hombre de esos de los que guardas una fotografía para asustar a los niños cuando se portan mal. Golpeando con fuerza contra los límites de la mala vida. Chocando con fuerza contra las esquinas, contra los ángulos más ásperos, contra los ángulos que debían de haberse suavizado con cosas como el amor, la tolerancia y la paciencia.

Y la gente lo miraba por el rabillo del ojo, y se preguntaba qué es lo que tenía que pasar para que un hombre se volviera tan sombrío y tan loco. Pelo ralo, ojos diminutos, labios perturbadores, una mandíbula fuerte —pero con la fuerza de la rabia y de la vehemencia, no de la personalidad y la determinación—. Un hombre así debía de conocer la oscuridad, o eso pensaría la gente. Un hombre así debía de conocer las sombras y los escondrijos, las bodegas y las mazmorras y las catacumbas, y conocería perfectamente el tintineo de las cadenas arrastradas por los jinetes decapitados que galopan por los sueños.

A un hombre así no se le habla, no se le mira a los ojos, no se piensa siquiera que está ahí cuando pasa a tu lado. Si le concedieras un pensamiento, te lo leería, sabría que estás pensando en él, y lo atraería como un imán. Y una vez te alcanzara, bueno, serías suyo. No habría escapatoria.

Pero nadie sabía qué pensaba él, porque nunca nadie se lo había preguntado. Simplemente estaba allí, siempre había estado allí; era esa extraña familiaridad por los senderos y los caminos, que se refugia bajo los árboles cuando cae la lluvia, que fuma un cigarrillo, quizá, y habla en idiomas diferentes a los fantasmas que caminan con él, a su lado, o incluso en su interior.

Él es parte de nuestro pueblo, parte de nuestra casa, y a lo mejor todo el mundo cree que, si no le hacen caso, si no piensan en él, desaparecerá. Que desaparecerá entre las sombras, entre las vetustas barracas de Cooper's Row. Que se desvanecerá, se disolverá en la nada y lo olvidaremos para siempre.

No tendremos tanta suerte, amigos y vecinos.

Nadie conocía su nombre, tampoco su cara. Al llegar la primavera, cuando la gente creía en la bondad esencial de todas las cosas de Dios en la Tierra, él volvió a casa, con el pueblo de Augusta Falls, Georgia, en muchas formas diferentes.

Las cosas no desaparecen porque no les hagamos caso; lección aprendida.

A lo mejor a veces las lecciones tienen que ser dolorosas para que no las olvidemos.

Le enseñé lo que había escrito a la señorita Webber. Ella lo leyó en silencio, sin expresión en el rostro, y luego cerró mi cuaderno y me lo devolvió deslizándolo sobre la mesa.

—Desde luego no es para el Comité de Evaluación de Jóvenes Escritores de Atlanta —dijo, suavemente, y luego sonrió, pero sonrió con la boca, y no con los ojos, y de algún modo supe, quizá sólo fuera por intuición, que la había disgustado. No tenía valor para preguntárselo directamente, así que me quedé en silencio.

—Ya sé que es lunes, Joseph —dijo—, pero tengo un dolor de cabeza enorme, y me preguntaba si no te importaría que dejáramos para mañana la tutoría.

—No hay problema —dije. Y recogí mis cosas.

—Creo...

Levanté la mirada.

Ella sonrió.

—No, nada —rectificó—. Vete. Vete a casa. Mañana hablaremos de James Fenimore Cooper y los mohicanos.

Al llegar al final de la calle del colegio miré hacia atrás. La señorita Webber había salido conmigo y se había parado en la baranda del porche del edificio. Miraba hacia el horizonte, con los ojos fijos en algún punto distante e indefinido. Parecía pensativa, casi perdida. Yo deseaba dar media vuelta y preguntarle qué pasaba. No lo hice. Mi giré y me apresuré a volver a casa.

Ahora veo y entiendo que éste es el único final posible.

Quizá sea así.

¿Qué decía la Biblia?

«Quien derrame la sangre del hombre, por el hombre será derramada su sangre».

Ojo por ojo.

Una vida a cambio de treinta.

Intento recordar cuándo descubrí la verdad, cuándo entendí que el hombre que tengo delante era el único que pudo haber hecho esas cosas.

Pero los recuerdos se entrecruzan y se desordenan.

Son como reflejos sobre el mercurio, buscando siempre el camino de la mínima resistencia. Gravitan como imanes. Se funden y se convierten en uno.

Lo único que queda es un reflejo de mí mismo. Veo la imagen lejana del niño que fui en otro tiempo, la realidad del hombre en que me he convertido.

Cierro los ojos.

Intento respirar profundamente, pero me duele.

Sé que me estoy muriendo.

Fue aquel lunes: el lunes, 23 de marzo de 1942, doce días después del descubrimiento de la cabeza decapitada de Catherine McRae; doce días en los que los hombres de Augusta Falls y Folkston, Silco y Winokur no habían encontrado nada que les revelara la identidad del asesino de niñas que vivía entre ellos... Fue el día en que todo cambió.

Y empezó en mi casa, la casa donde yo vivía, donde había nacido y donde había crecido, donde había perdido a mi padre cuando la Muerte había venido caminando por High Road y no había dejado nada más que huellas y una pérdida irreparable; empezó cuando volví a casa del colegio, dejando a la señorita Webber con su dolor de cabeza y su mirada perdida...

Empezó con el sonido de las risas procedentes de la planta superior de la casa, las mismas voces que había oído antes, y yo avanzando en silencio por el rellano, con el corazón en un puño, el pulso acelerado, la frente bañada en sudor... y la tensión de un miedo indescriptible que me impulsaba a seguir adelante.

Mi mano en el pomo de la puerta del dormitorio de mi madre.

Los sonidos del interior.

Una sensación intuitiva de *saber*, de comprender quizá por qué llegaba dinero cada semana, el dinero envuelto en un pedazo de cuero y metido bajo una gran piedra. La respuesta había estado siempre allí arriba, junto a la valla que discurría en paralelo a High Road. La calle por la que había llegado caminando la Muerte.

Incluso ahora, tantos años después, puedo ver su cara.

Abrí la puerta y los vi allí: ella sobre la cama, apoyada en las manos y las rodillas, y desnuda como el día en que Dios la hizo, y él —Gunther Kruger— allí mismo, detrás de ella, también desnudo, con las manos en los hombros de ella, el rostro congestionado y sudando, las prendas de ambos tiradas por el suelo como si no tuvieran ningún valor.

Nadie dijo nada.

Tres personas y nadie decía nada.

Tiré de la puerta y la cerré. De un portazo, creo. Di media vuelta y eché a correr: escaleras abajo, cruzando el rellano, pasando por la cocina hasta salir al patio. Seguí corriendo.

Una vez oí una historia. Era una historia sobre un chico. Su padre siempre le amenazaba con pegarle. El chico no era más alto que una valla, y siempre tenía miedo de que le pegara. No se veía capaz de soportar una paliza tan generosa, puesto que su padre era alto como un árbol, de esos que siguen en pie tras un huracán. Así que el

chico empezó a correr. Cada día. Corría al colegio, corría de vuelta a casa, corría por los campos, cerca de su casa, tres o cuatro veces antes de la cena. Su madre pensó que había perdido el juicio, y sus hermanos y hermanas le tomaban el pelo. Pero el chico siguió corriendo, corriendo igual que Red Grange en el campo de fútbol. Más tarde el médico diría que tenía «corazón de atleta», hipertrófico debido al esfuerzo continuo. Después dirían muchas cosas. Parece ser que el corazón del chico no pudo más. Prácticamente explotó. Correr de lo que le asustaba acabó matándolo. Paradójico, pero cierto.

Así corría yo al salir de mi casa. Corrí siguiendo la valla que bordeaba High Road, atravesé el bosque de álamos y la esquina de los terrenos en barbecho de los Kruger hasta que llegué a casa de Reilly Hawkins.

Reilly no estaba, quizá estuviera buscando ratas, o quizá al asesino de niñas, así que me quedé esperando en el fresco silencio de la casa más de dos horas.

—¡Jesús y María madre de Dios! —gritó, cuando salí de la oscuridad del rincón de la cocina—. ¿Qué demonios...? Por Dios, Joseph, ¿qué ha pasado? ¡Parece como si un espíritu maldito hubiera caminado sobre tu tumba!

Le dije lo que había visto.

Se quedó en silencio un buen rato. Meneó la cabeza y suspiró. Parecía que estaba pensando, no en lo que decir, sino en cómo decirlo de forma que yo lo entendiera.

—Los padres y las madres son complicados —empezó—. Se sienten solos, tienen miedo, y a veces el único modo en que consiguen sentirse mejor es estando cerca de otra persona, cerca en el sentido bíblico.

—Estaban manteniendo relaciones sexuales, ¿no? —le pregunté.

—Sí, por lo que me cuentas desde luego parece que sí.

—Y eso no está en la Biblia.

Reilly sonrió.

—Claro que sí...

—Ya lo sé —protesté—. Sé que el sexo sale en la Biblia, pero no ese tipo de sexo... No el sexo entre un hombre y una mujer que no sea su esposa.

Él asintió.

—Ahí me has pillado, Joseph. La Biblia dice que ese tipo de sexo es de los que te traen problemas.

Pasó un rato sin que habláramos ninguno de los dos.

—Estará muerta de preocupación, ¿sabes? —dijo por fin Reilly—. Estará recorriendo los campos, buscándote.

Me encogí de hombros.

—Tú quédate aquí, Joseph —me dijo—. Voy a ir allí y a decirle dónde estás. Le diré que te quedas conmigo esta noche.

Volví a encogerme de hombros.

—Hay leche fresca y unos trozos de pollo frito en la fresquera —añadió—. En momentos así va bien comer. Yo iré a buscar a tu madre, y luego volveré y te

enseñaré dónde puedes dormir.

—Yo no quiero que te vayas, Reilly.

Reilly atravesó la cocina y se sentó a mi lado.

—Tengo que ir a decírselo, Joseph... Estará loca de preocupación, ¿sabes?

—No me importa.

Él sonrió, comprensivo.

—Ahora dices eso, pero por la mañana te sabrá mal haber pensado algo así.

—Pensar y hacer no es lo mismo.

—No, no es lo mismo, pero aun así no está bien pensar o hacer algo que sabes que vas a lamentar más tarde.

Dejé que Reilly se fuera. Tardó más de media hora, y cuando volvió mi madre estaba con él. Tenía el aspecto de haber llorado, y cuando entró en la estancia, yo hice un esfuerzo para no mirarla. No quería mirarla directamente. Yo también quería llorar, pero no me atrevía. Sabía que si lloraba, por la mañana lo lamentaría.

—Joseph —dijo ella, con la voz suave como la brisa, como la sensación de una sábana limpia de algodón hinchándose sobre el cuerpo al meterse en la cama—. Dios mío, Joseph, no sé qué estarás pensando ahora, pero seguro que no puede ser nada bueno.

Aparté aún más la cara. Sentía la tensión en los músculos del cuello. Habría deseado cubrirme la cabeza con algo. Estaba furioso con Reilly por haberla traído a su casa. Sentía que me había traicionado.

Mi madre se sentó frente a mí, allí mismo, junto a la mesa de la cocina. Alargó la mano hacia la mía y yo intenté separarme aún más, aunque no tenía más espacio.

—¿Quieres decirme qué estás pensando?

Yo sacudí la cabeza. Cerré los ojos y deseé que desapareciera.

—Joseph... Estoy hablando contigo. Es una falta de respeto no hacer caso a la gente cuando te están hablando.

Me giré de pronto, con los ojos bien abiertos.

—¡Una falta de respeto es desnudarte y hacer esas cosas con el marido de otra persona!

Ella parecía impresionada, atónita. Parpadeó varias veces. Al cabo de un momento se levantó de la silla y se quedó allí de pie, mirándome.

Reilly también estaba allí. Notaba su presencia justo detrás de la puerta de la cocina.

—¿Es para eso para lo que era el dinero? —pregunté—. ¿Para eso eran los siete dólares de cada semana? ¿Para que pudiera venir a casa y hacer esas cosas?

Mi madre bajó la cabeza, no por vergüenza; era demasiado orgullosa para estar avergonzada. Bajó la cabeza como en señal de reconocimiento de una pequeña derrota, el inicio de una guerra que sabía que no podía ganar en aquel momento.

—Cuando estés dispuesto a hablarme... A hablar conmigo como un adulto, como un jovencito, entonces te escucharé —dijo—. Puedes quedarte aquí todo lo que Reilly

Hawkins esté dispuesto a alojarte, y cuando estés listo para volver a casa, la puerta estará abierta. No voy a disculparme ante ti, Joseph Calvin Vaughan, porque tú no tienes derecho a juzgarme. Siento haberte dado un disgusto, pero eso es lo único que siento.

Asintió una vez y salió de la cocina. Oí que cruzaba unas palabras con Reilly Hawkins, y luego la puerta de atrás se cerró y supe que se había ido.

Reilly apareció en el umbral de la cocina.

—Tengo una habitación libre arriba —dijo, con voz afable y de comprensión infinita—. Puedes dormir aquí esta noche, y ya veremos qué hacemos mañana. —Hizo una breve pausa y luego sacudió la cabeza—. O quizá pasado mañana.

Tres días más tarde —el jueves, 26 de marzo, el mismo día en que los nazis empezaron a deportar grandes cantidades de judíos a un lugar llamado Auschwitz, en Polonia—, hablé con la señorita Webber.

—¿Es muy grande? —me preguntó.

Yo me quedé mirándola, receloso.

—El peso que soportas últimamente —aclaró—. ¿Cómo es de grande?

Yo sonreí y sacudí la cabeza.

—Como una casa —dije.

Ella me miró de un modo que vería muchas veces en años posteriores, de la manera en que sólo te miran las chicas: sus ojos, todo su rostro, transmitían mensajes más complejos de lo que podría explicar con palabras.

—En momentos así va bien hablar.

—Reilly Hawkins me dijo que iba bien comer.

—Imagino que Reilly Hawkins tiene parte de razón, pero por ahora él sabe mucho más que yo.

Abrió la cartera y empezó a llenarla con nuestros cuadernos, las exiguas ofrendas literarias que le habíamos entregado para su consideración. No dijo nada más, pero casi oía la maquinaria de su mente dando vueltas.

—Es personal —dije.

Ella asintió.

—A mí me parece que todo lo que tiene que ver con la vida de uno es personal, Joseph.

—Quiero decir... Quiero decir que esto es realmente personal.

—Yo no quiero inmiscuirme, Joseph. Sólo estoy expresando mi preocupación por tu bienestar, como profesora y como amiga.

Cerró su cartera y ajustó la hebilla. La levantó del pupitre y la apoyó en el suelo. Se quedó inmóvil, inmóvil salvo en las circunvoluciones de su cerebro.

Yo sentía cómo iba atrayéndome. Sabía lo que estaba haciendo. Quizá se le daba mejor que a nadie que yo hubiera conocido, a nadie que llegara a conocer, el arte de

inducir a la comunicación suavemente, con prudencia. Incluso en grupo, cuando la señorita Webber dirigía la cantinela de los horarios o de la conjugación de los verbos, se podía distinguir perfectamente el sonido de su voz, a la vez por encima y por debajo del sonido de la clase. Cuando leía cuentos, se podían oír los sonidos que describía, oler el humo de las hogueras de los ranchos a los pies de la Cumbre Roja o de las cascadas Amicalola, ver el vaivén incesante del maíz al viento, sentir en la nuca el sol, implacable y abrasador... todas esas cosas estaban presentes. Hacía que quisieras escuchar, y cuando preguntaba, hacía que quisieras responder.

—Mi madre... —empecé. La miré a la cara, con los ojos bien abiertos, mientras las lágrimas se abrían paso tras ellos, amenazando con asomar e iniciar su carrera hacia las mejillas—. Mi madre ha sido infiel, señorita Webber.

Clavé la mirada en el suelo.

La señorita Webber dio un paso adelante. Noté la cálida seguridad de su mano en mi hombro.

Sentía la mente como un campo de seco, árido y agrietado, y la conciencia como un viejo árbol, con las raíces clavadas desesperadamente en una tierra cuarteada, confiando en lo improbable. La conciencia iba soltándose, desprendiéndose, y pronto caería al suelo. En las ramas de ese árbol en otro tiempo habían brotado la lealtad, la fe, la confianza y la responsabilidad, todo lo que en otro tiempo representaba la familia. Al hablar, yo había roto algún voto de silencio, algún compromiso tácito que prohibía que se dijera una palabra fuera de las paredes de nuestra casa.

—No lo entiendo —dijo la señorita Webber—. Tu madre es viuda...

—Con el marido de otra mujer —añadí.

Y en cuanto las palabras salieron de mis labios se produjo un silencio pesado como una losa.

La señorita Webber respiró profundamente y se sentó.

Yo la miré; a través de las lágrimas se había vuelto borrosa e inconsistente.

—No todo el mundo es perfecto —dijo, con voz serena—. No todo el mundo puede satisfacer tus expectativas, Joseph. Los seres humanos son «humanos». Todos fallamos alguna vez.

Asentí. Tenía la respiración acelerada y menos profunda.

—Ya —susurré—. Lo sé, señorita Webber... Pero algo así nunca se le perdonará, y eso significa que nunca será un ángel... y eso quiere decir que no volverá a ver a mi padre... y... y usted no tiene idea de lo mucho que eso le dolerá a él.

Me quedé con Reilly Hawkins otro día. Él me hablaba de cosas insustanciales. Me dio un libro llamado *The Life and Times of Archy & Mehitabel*. Archy era un poeta reencarnado en una cucaracha que le escribía cartas a máquina al autor del libro. Al ser una cucaracha no podía apretar la tecla de las mayúsculas, así que todo lo que

escribía estaba en minúsculas. Mehitabel era un gato callejero con mucho mundo. Archy era filosófico, más tolerante y comprensivo, y juntos daban un repaso al mundo a su modo, con un estilo inimitable. Leí el libro y me hizo sonreír, y conseguí olvidarme de mi padre durante unos minutos.

Por la noche Reilly me contó anécdotas de su familia, sobre todo de su hermano, Lucius.

—Yo pensaba que sólo tenías un hermano —observé.

—¿Levin? Sí, también estaba Levin. Pero Lucius era mayor que nosotros dos.

—¿Qué le pasó?

—Lucius era un hombre de culo inquieto. Trabajaba para la compañía minera de Daly & Hearst, la Anaconda Copper Mining Company, y luego oyó hablar de la guerra en España. Se fue de Estados Unidos en 1936 para luchar con los republicanos, contra Franco. Le mató uno de los suyos, al intentar escapar de un barracón en llamas y pasarle por encima con el caballo. Lucius era un loco encantador, de pelo oscuro, con ojos como dos zafiros encendidos. Mi padre solía decir que sería un genio o un loco, y que no sabía decir cuál de los dos. Claro que mi padre también estaba loco. —Reilly se rió; sonaba como una rana metida en un cubo en lo hondo de un pozo—. ¿Sabes lo que es un laxante?

Asentí.

—Había un laxante que se llamaba Larutan. Tenía un lema pegadizo: «Larutan es natural, empezando por detrás». ¿Lo pillas? Bueno, mi padre solía tomar ese brebaje porque le gustaba el sabor, y luego iba soltando aires hasta que la casa olía como un huevo frito en azufre. Lucius, Levin y yo, y mi madre también... teníamos que salir de la casa y quedarnos en el patio hasta que el aire se renovara. —Reilly sacudió la cabeza—. Él parecía bastante normal, incluso cuando hablaba, hasta que prestabas atención a lo que decía, y entonces te dabas cuenta de que John Hawkins estaba más loco que una cabra. Tenía los ojos caídos, el labio torcido hacia un lado como una caricatura alocada de un hombre aún más loco, y cuando se enfadaba y nos gritaba, unos hilillos de baba se le pegaban a los dientes, como si una araña de agua estuviera construyendo sus defensas para el invierno. —Volvió a sacudir la cabeza—. Desde luego, estaba bien loco. Él, y probablemente todos y cada uno de sus antepasados. Más locos que un puñado de bichos en una sartén.

—¿Qué le pasó?

—Agarró un cáncer. ¿Sabes? Se lo comió por dentro. Siempre estaba fumando aquellos asquerosos cigarrillos de tabaco negro que Dios sabe de dónde venían. En cualquier caso, agarró cáncer en los pulmones y en la garganta. Debía de haber muerto muy rápido, pero vaya si se tomó su tiempo. Supongo que decidió disfrutar un poco del paisaje por el camino, y escogió el camino largo al cementerio. Solía sentarse en el porche, en su mecedora, fumando sus asquerosos cigarrillos, resollando y escupiendo constantemente, y no hacía más que mirar al horizonte. No había mucho que mirar, más que el tiempo y la distancia, pero aun así se quedaba ahí sentado,

como si estuviera esperando algo.

—Estaba esperando que la Muerte viniera a llevárselo —dije yo—. Del mismo modo que la Muerte vino por High Road a llevarse a mi padre.

Really asintió severamente y me guiñó un ojo.

—Supongo que lleva usted razón en eso, señor Joseph Vaughan... supongo que lleva razón.

El sábado por la mañana Reilly hizo pollo frito, me dijo que ésa sería mi última comida en su casa, que masticara bien, que las pechugas tenían mucho alimento, y que luego saliera al patio, donde había estado cortando leña el día anterior. Que acabara y que atara bien el saco, y que cuando todo estuviera bien barrido y fregado, me volviera a casa. No a casa de Reilly, sino a la casa en la que nació.

—¿Alguna vez has visto flores al borde de la calle? —me preguntó.

Asentí.

—¿Sabes por qué están ahí?

—Algún idiota se emborracharía, se estrellaría con el coche en un árbol y se mataría, supongo.

Reilly asintió.

—El duelo debería durar lo que duran las flores, y luego ya está. La vida sigue. ¿No es verdad? Yo te diré una verdad. Últimamente se habla más de la guerra. Antes se hablaba de la Depresión. Sea como sea, hay gente que muere cada minuto de cada día. No importa si es de hambre o de frío o de enfermedad, o por las balas de ese Adolf Hitler. La muerte es la muerte allá donde nos pille. En tiempos así es cuando la gente se muestra más activa en la cama. Se hacen niños casi con la misma velocidad con que mueren los viejos. Ahora la gente tiene niños sin pensárselo, con la misma facilidad que hacen tortitas de cereza. Parece que es el modo que tiene la naturaleza de limpiar el pasado y organizar el futuro. ¿Me entiendes, Joseph Vaughan?

Asentí.

—Así que deja que el pasado sea el que fue, que el presente sea el que es y que el futuro sea lo mejor posible. El diablo se pasea vestido de ángel, si es que tienes interés en verlo.

Sonreí. No entendía del todo lo que quería decir, pero en aquel momento no importaba. Ya había decidido que aquel día me volvería a casa.

Mi amargura, mi sensación de traición, eran tan pasajeras como los pequeños ramos de flores secas al borde de la carretera, flores para alguien que iba borracho, o que iba con prisas, o que iba pensando en otra cosa; alguien que había perdido la vida y todo lo que ésta significaba en un abrir y cerrar de ojos. El mecanismo que tenía la naturaleza para eliminar a los débiles, a los enfermizos, a los frágiles. O quizá no. Quizá no había sido más que el diablo vestido de ángel, blanco por fuera y negro por dentro.

Mi madre y yo nunca hablamos del episodio con Gunther Kruger. ¿Qué habría podido decirle? ¿Qué podría decirme ella a su vez?

Las cosas fueron volviendo de un modo natural hacia la rutina y la normalidad. Yo no opuse ninguna resistencia. Sólo en una ocasión dijo mi madre algo aparentemente relevante. Aquel domingo por la noche, al inclinarse sobre mí para besarme la frente mientras yo hundía la cabeza en la almohada, suspiró:

—Reza también por mí, eh, Joseph... reza también por mí.

Sentí que se relajaba por dentro, como si por el hecho de haber aceptado su petición ya le hubiera concedido la absolución y el perdón. Yo no poseía la autoridad necesaria para aquello, pero entonces me di cuenta de que la autoridad que uno se confiere no es nada comparada con la que los demás te atribuyen. Mi madre me dio toda la que yo necesitaba, y luego aceptó mi bendición tácita.

Había decidido no ver nunca más a Gunther Kruger, ni a su engañada esposa, pero estaba preocupado por Elena. No podía dejarla a su suerte. En clase la miraba, y pensaba en las niñas que habían muerto, y luego pensaba en su padre y en mi madre y en cómo los había encontrado. Puede que decidiera creer otra cosa, que me había equivocado, que no había presenciado aquel incidente. Arrinconé aquella sombra en el fondo de mi mente y allí se quedó, volviéndose cada vez más débil, alejada de la luz del sol y de recibir una atención que yo no le prestaría.

Unos días después de volver a casa acompañé a Elena hasta el final de la calle. Allí ella giró y se dirigió hacia su casa, pero yo estiré la mano y le toqué el brazo. Ella vaciló, preguntándose por qué la había detenido, y aunque yo sonreí todo lo sinceramente que pude, parecía nerviosa.

—Para un momento —le dije.

Ella frunció el ceño.

—¿Tienes mucha prisa?

—No —dijo sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué lo preguntas?

Yo bajé la vista y me quedé mirando los zapatos. Por un momento me sentí violento.

—Sólo quería...

La miré. La veía tan frágil...

—¿Qué, Joseph? ¿Qué es lo que querías?

Sacudí la cabeza.

—Sólo quería... quería que supieras que siempre estaré aquí, por si necesitas algo de mí.

Elena no dijo ni una palabra. Su expresión apenas cambió. Se volvió y miró hacia su casa. Durante un rato adoptó un aire distante; luego se giró de nuevo hacia mí y sonrió.

—Lo sé —dijo, tan bajito que apenas la oí—. Lo sé, Joseph. —Estiró la mano y

me tocó el brazo—. Gracias —susurró.

Antes de que las palabras salieran de sus labios, ya estaba alejándose caminando, casi corriendo. Me quedé mirando cómo se iba. Había dicho lo que quería decir. Esperaba que bastara.

Años más tarde, cuando ya parecía que todas aquellas cosas terribles habían acabado, pensé que aquél había sido el momento en que había llegado la oscuridad. Una mortaja, una losa, un velo, una sombra en el fondo de mi mente que había encontrado suficiente alimento para crecer.

Yo no lo sabía, y quizá nunca lo sabría.

Seguí escribiendo: escribí hasta que me dolió la mano y se me vació el corazón. Pero escribir no exorcizaba mi miedo, mi rabia, mi sensación de responsabilidad por lo que había ocurrido. Fue entonces cuando decidí hacer algo. Fue entonces cuando decidí hacer todo lo que pudiera para asegurarme de que no morirían más niñas.

Hablé con Daniel McRae, con Hans Kruger; hablé susurrando con otros chicos de la clase —Ronald Duggan, Michael Wiltsey, Maurice Fricker—. Éramos seis en total. A mí me faltaban siete meses para cumplir quince años, y todos nos llevábamos menos de un año. Acordamos reunimos después de clase, entre los árboles al final del campo de la valla rota, y durante la última hora de clase las manos no pararon de sudarme.

Corrí a casa y recogí los recortes de periódico de la caja que tenía bajo la cama. Alice, Laverna, Ellen May y Catherine. Nos reunimos allí, los seis en un corrillo, y yo saqué los trozos de papel, retorcidos por los bordes como hojas amarillentas de otoño.

Me fijé en Daniel mientras veía el nombre de su hermana impreso en el papel. Vi cómo se estremecía, como si hubiera tocado una valla electrificada con el alma. Por algún motivo bajó la vista y la fijó en sus zapatos, que tenían un pequeño agujero a la altura del pulgar, que a su vez estaba tan sucio que era imposible darse cuenta a menos que se mirara muy de cerca. Quizá sus padres —sumidos en su propia pena— tampoco habían visto el agujero. Aquello decía todo lo que había que decir. Daba la impresión de que fuera a echarse a llorar, pero los músculos de su mandíbula se estremecieron y noté que se contenía.

Nadie dijo una palabra. Todos tensos, como aguantando el aliento.

—Bueno... ¿Y qué vamos a hacer? —dijo por fin Ronald Duggan.

Estaba ahí de pie, con el flequillo sobre los ojos, un palmo más bajo que yo, pálido como si no hubiera comido bien en su vida, con una fina capa de sudor brillándole en la frente. Parecía nervioso. Qué narices, todos parecían nerviosos, pero yo sentía el espíritu, aquella sensación de compañerismo al ponerme junto a uno, dos, tres de ellos y sentir que querían hacer algo para ayudar.

—Algo —dijo Hans Kruger—. Tenemos que hacer algo.

—A mí me parece que deberíamos dejar que el sheriff Dearing haga lo que le pagan por hacer —objetó Maurice Fricker.

—Pero no está haciendo nada. Ya debería de haberlo pillado —replicó Hans.

—Sin el «de» —le corrigió Daniel—. Ya «debería» haberlo pillado.

—Es ese cucú-clan —aventuró Michael Wiltsey—. Son ellos los que están haciendo esas cosas. No puedo imaginarme a nadie tan retorcido como para hacer una cosa así a unas niñas.

—Ku Klux Klan —dije yo—. Se llaman Ku Klux Klan, y no les interesan las niñas blancas, Michael. Lo único que les interesa son los negros... Odian a los negros porque sí, sin motivo. Ellos no tienen nada que ver.

—¿Entonces quién es? —preguntó Daniel—. Si eres tan listillo, dinos quién está haciendo esas cosas.

Yo sacudí la cabeza. Me preguntaba si habría sido un error discutir sobre esto, como si el hecho de hablar de ello nos acercara aún más a la pesadilla.

—Yo no sé quién lo está haciendo, Daniel, y tampoco lo sabe el sheriff Dearing, ni Ford Ruby. Ése es el problema. Está pasando algo y nadie sabe por qué, y nadie sabe qué hacer al respecto.

—¿Y a ti te parece que nosotros podemos hacer algo? —preguntó Michael.

—Joder, Michael, creo que al menos deberíamos intentarlo —contesté. Les puse delante los recortes de periódico otra vez, de modo que todos los pudieran ver claramente—. No quiero leer estas noticias sobre gente que conocemos. Mirad a Daniel...

Todos levantaron la vista, uno por uno, lentamente, vacilantes, casi con miedo a lo que pudieran ver.

Daniel McRae estaba inmóvil. Parecía como si su espíritu se hubiera echado atrás y hubiera abandonado su cuerpo allí, de pie, inánime.

—Daniel perdió a su hermana. ¿Tenéis idea de lo que debe de ser eso?

Daniel parecía estar a punto de venirse abajo. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No... no quiero... —arrancó.

Alargué el brazo y le puse la mano en el hombro. Él bajo la cabeza; allá abajo se oían los pequeños espasmos procedentes de lo más profundo de su pecho, que delataban su esfuerzo por contener el llanto.

—Tenemos que hacer algo —insistí—. Algo siempre es mucho más que nada. Somos lo suficientemente mayores como para echarles un ojo a esas niñas, ¿no?

—¿Así que eso es lo que haremos? —preguntó Hans—. ¿Vamos a... vamos a vigilar a las niñas?

—Vamos a hacer de vigilantes —propuse.

—Como un club secreto —soltó Ronald Duggan—. Podemos llamarnos así. Podemos llamarnos los Vigilantes.

—El nombre no importa un comino —reaccionó Daniel. La voz se le quebró a media frase—. No importa lo que te llames. Importa lo que hagas... Eso es todo.

—Los Vigilantes —sentenció Michael—. Eso es lo que somos... y deberíamos hacer un juramento. Deberíamos hacer eso que... eso que... ¿Sabéis lo que digo?

—¿De qué narices estás hablando? —preguntó Maurice.

Frunció el ceño e hizo una mueca al mismo tiempo; parecía como si alguien le hubiera cosido las cejas juntas sobre el puente de la nariz.

—Esa cosa de los hermanos de sangre —respondió Michael—. Que te cortas la mano y juntas las palmas, y luego haces un juramento de lo que vas a hacer.

—Nadie se va a cortar las manos —dije yo.

—Deberíamos —intervino Daniel. Hablaba bajito, con la voz casi perdida en las profundidades de la garganta—. Deberíamos hacerlo porque significa algo, y porque es importante, Joseph. Mi hermana fue asesinada por ese... ese monstruo.

—Dios santo, ya has estado hablando con Hans Kruger —exclamé—. No es ningún monstruo. No existe ese maldito monstruo.

—Es por llamarle algo —replicó Daniel—. El nombre no significa nada. Nosotros nos llamamos los Vigilantes, y a él le llamamos el Monstruo. Son sólo nombres, eso es todo. Así sabemos de qué estamos hablando, nada más. Y deberíamos hacer algo para demostrar que estamos unidos en esto. Creo que deberíamos hacerlo, y deberíamos hacer un juramento, y luego deberíamos pensar en qué es lo que tenemos que hacer para que eso no vuelva a suceder.

Hans Kruger tenía una navaja. La hoja no medía más de cinco centímetros de largo, pero era afilada.

—Tengo una piedra pómez, y con ella la afilo hasta que corta el papel de canto —explicó.

Extendió la mano, y cuando acercó el filo a la base del pulgar, soltó un gemido. La sangre siguió el corte de la navaja, y en unos segundos ya le teñía las líneas de la palma.

Empuñé la navaja. La sostuve un segundo, y luego presioné la hoja contra la palma de mi mano, apretando los dientes. Al principio no sentí nada, pero luego una punta de dolor agudo me atravesó. Vi la sangre, y por un momento me mareé.

Lo hicimos todos, por turnos, y luego presionamos las palmas de las manos.

—Vamos a morir de intoxicación sanguínea. Estáis todos majaretas —protestó Maurice Fricker.

Pero cuando todos extendimos las manos cubiertas de sangre, en su rostro apareció una expresión de solemne determinación que dejaba claro que también creía en lo que estábamos haciendo.

—Hagamos un juramento —propuse—. Juramos proteger a las niñas...

—Elena —dijo Hans Kruger.

—Y Sheralyn Williams... —dijo Michael Duggan, levantando la mirada—. Y Mary.

—Y mi hermana —añadió Ronald Duggan.

—¿Tu hermana? —protestó Daniel—. Tu hermana tiene diecinueve años. Vive en un bloque de pisos y trabaja en la oficina de correos de Race Pond.

—Las vigilaremos a todas —decreté—. Nosotros, los Vigilantes, prometemos

vigilarlas a todas, y prometemos mantener los ojos y las orejas abiertos a todas horas, y prometemos quedarnos despiertos hasta tarde y vigilar las carreteras y los campos y...

—Y reunimos cada noche aquí mismo —intervino Hans—. Y luego salir y patrullar el pueblo y asegurarnos de que no pasa nada...

—¿De qué estás hablando? —le interrumpí—. ¿De dónde sacas eso? Las niñas no se las llevaron de sus camas. Fueron asaltadas a la luz del sol, ante nuestras narices, y las mataron en lugares donde cualquiera podría encontrarlas.

—Lo que significa que debe de ser alguien que conocemos, ¿no? —dedujo Ronald—. Si no, habrían salido corriendo. Todas sabían que tenían que mantener las distancias con los extraños.

Se produjo un frío silencio. Todo el mundo se miró. Yo sentí como si un fantasma me hubiera atravesado.

—Nadie va a ir a ningún sitio por su cuenta —dije yo—. Y vamos a prometer mantener los ojos y los oídos bien abiertos, y si vemos algo sospechoso se lo contamos al sheriff Dearing, ¿vale?

—Eso es lo que vamos a hacer —afirmó Maurice.

—Estoy de acuerdo —dijo Daniel.

—Entonces estamos todos de acuerdo. Acabamos de fundar los Vigilantes. Que nadie cuente nada de esto —advertí—. Si se trata de alguien que conocemos, no queremos que todo el mundo vaya parloteando sobre esto. No queremos darle a ese... ese monstruo la ocasión de descubrir que estamos vigilándole.

Unos minutos más tarde emprendí el camino, con los recortes de periódico doblados y metidos en el bolsillo de mi pantalón. Me dolía la mano; antes de entrar en casa me la lavé en el barril de la lluvia al fondo del patio.

Me sentía como un niño. Quizá por primera vez pensé que nos enfrentábamos a algo que nunca podríamos aspirar a entender. Estaba asustado. Todos lo estábamos. Fuera lo que fuera eso que corría por ahí, era mucho más aterrador que esa guerra en otro país. Pero había algo más, algo menor pero aun así significativo. Me llevó un tiempo determinar qué era, pero cuando lo hice, miré a fondo y lo encontré.

Era la primera vez que me sentía parte de algo. No era más que eso, pero parecía algo importante y especial. La primera vez que formaba parte de algo realmente.

Tres días más tarde nos reunimos después del colegio y acordamos dónde celebraríamos nuestra primera reunión.

—Al final del campo de Gunther Kruger —propuse—. En el punto más alejado de la carretera, hacia el recodo del río.

—Yo no sé dónde está eso —dijo Daniel McRae.

Por un momento me pregunté si no sería simplemente el miedo lo que le había hecho responder así. Tuve la impresión de que no quería venir, que había hecho un

juramento con la intención de hacer todo lo que pudiera, pero que ahora tenía miedo.

—¿Sabes dónde se juntan el camino de tu casa con la calle del colegio? —preguntó Hans Kruger.

Daniel asintió; aunque hubiera querido, aquello no habría podido negarlo.

—Yo te esperaré allí —dijo Hans—. Quedamos allí y yo te enseñaré el camino.

Los ojos de Daniel brillaron, nerviosos. Me miró a mí. Yo sonreí para tranquilizarle. No me devolvió la sonrisa.

Después del colegio nos fuimos cada uno por nuestro lado, a casa a cenar. Mi madre tenía planes e iba a estar fuera hasta tarde. Me preguntó qué iba a hacer yo.

—Leeré un poco —dije—. También tengo deberes que hacer.

—Si tienes hambre, hay leche y carne en conserva en la fresquera.

Salió poco después de las siete. Yo esperé hasta las ocho, con los nervios en el estómago, y luego me puse una chaqueta oscura, recogí una caja de cerillas de la cocina y, de detrás de mi cama, saqué un cuchillo de diez centímetros con funda de cuero que mi padre me había dado un año más o menos antes de morir.

—No puedes regalarle eso —había dicho mi madre.

—Por Dios, Mary, el chico ya es mayor. En cualquier caso, ese cuchillo tiene menos filo que una hoja de lechuga. Con un poco de suerte, lo más que podría hacer es arrugarle la piel a alguien.

Hablaron un minuto más. Al final tuve que devolver el cuchillo. Más tarde mi padre me llevó aparte, me dijo que lo había escondido detrás de mi cama y que no dijera ni una palabra. Era nuestro secreto.

Me metí el cuchillo tras el cinturón y dejé que la camisa cayera por encima, tapándolo. Eché otro vistazo a la cocina, salí por la puerta de atrás y crucé el patio hacia los campos.

Cuando llegué el final de la calle vi llegar a Hans y Daniel. Habían dado un rodeo. No dijimos nada, caminamos decididos como si intentáramos convencernos de que sabíamos lo que hacíamos.

Para cuando llegamos al final del campo de los Kruger, todo el mundo estaba allí menos Michael Wiltsey. Nadie dijo una palabra. Simplemente nos saludamos con un gesto de la cabeza, intentamos sonreír, todos esperando que alguien dijera algo que tuviera sentido. Pasaron diez minutos. Maurice Fricker sugirió que fuéramos a buscar a Michael, pero yo les dije que nos quedáramos allí, que no tardaría en llegar.

Cuando llegó eran más de las nueve. Ronnie Duggan había traído el reloj de bolsillo de su padre y una lámpara. Sugirió que la encendiéramos. Yo dije que encender una lámpara sería como anunciar quiénes éramos y lo que estábamos haciendo. Aun así, él insistió en llevarla.

—¿Entonces adónde vamos? —preguntó.

—Bordeamos este campo y bajamos hacia la iglesia —propuse—. En la iglesia, giramos hacia el colegio, pero antes de llegar a la calle, cruzamos por detrás de mi casa y vamos en dirección a la oficina del sheriff...

—¿La oficina del sheriff? —preguntó Michael Wiltsey.

—No vamos a la oficina del sheriff —precisé—, sólo en esa dirección, hasta la curva de la carretera, y luego volvemos por aquí.

—Joder, Joseph, eso serán cuatro o cinco kilómetros —protestó Daniel—. Es casi todo el perímetro de Augusta Falls...

—¿No se trata de eso? —preguntó Hans—. ¿No se trata precisamente de eso? ¿De intentar peinar la mayor parte del pueblo que podamos?

Nadie dijo una palabra, hasta que Maurice Fricker dio un paso adelante con los ojos bien abiertos, la piel blanca como la de un muerto y dijo:

—Hicimos un juramento. Prometimos hacer esto. Así que hagámoslo, ¿eh? ¿O alguno se está echando atrás?

Nadie se echó atrás. Yo empecé a caminar. Hans a mi derecha y los otros detrás, en silencio.

Menos de una hora. El aire era fresco, el cielo de un azul profundo de medianoche, que hacía que nuestros rostros y nuestras manos brillaran con un color casi blanco. Veía lo asustado que estaba Daniel McRae, que daba un respingo a cada sonido: desde el casi inaudible ruido de hojarasca que hacía algún erizo en la cuneta al aleteo de algún ave echando a volar desde un árbol. Hubo un momento en que sentí su miedo, y me pregunté si temía que el asesino le encontrara por el olor, que pudiera reconocerlo como uno de los McRae; que vendría a acabar el trabajo que había empezado con su hermana. Habría querido decirle que no se preocupara, que el asesino sólo iba a por niñas, pero no estaba lo suficientemente convencido como para que sonara verídico. Lo repetí varias veces mentalmente, pero no funcionó. No dije nada. Observé a Daniel, y cuando llegamos a la curva y empezamos el regreso, le busqué la mirada un momento. Sabía que quería irse. Sabía que quería salir corriendo de allí y no parar hasta llegar a casa, atrancar la puerta, encerrarse en su habitación y esconderse bajo las sábanas y fingir que nada de aquello había sucedido. Pero era algo que él no podía pedir. No podía romper su juramento, así que le facilité las cosas.

—Daniel —dije.

Él pareció dar un bote dentro de la piel.

—Necesito que vuelvas a tu casa.

Abrió los ojos como platos.

—¿Qué pasa? —preguntó Hans Kruger.

Los otros vinieron hasta donde estábamos. Llevábamos caminando a oscuras más de una hora. No habíamos visto nada, ya estábamos convencidos de que no había nada que ver, y quizá todos ellos esperaban que se hubiera decretado algún tipo de indulto que los mandara a todos a casa.

—Necesito que Daniel vuelva a su casa —repetí.

—¿Por qué? —preguntó Maurice Fricker—. ¿Por qué iba a tener él permiso para irse a casa?

Miré a Maurice, y luego a cada uno de los demás, uno tras otro.

—Daniel es el único que ha perdido a un miembro de su familia —dije—. Me preocupa que el hombre que mató a su hermana pueda estar vigilando al resto de la familia. Necesito que Daniel vaya a comprobar que están bien.

Era una razón idiota y sin fundamento. Todos lo sabían, pero nadie se atrevía a ponerle pegas a Daniel McRae, porque él ya había perdido a su hermana, era el único que había perdido a un familiar, y yo sabía que le darían cierto margen de acción.

Los ojos de Daniel estaban más abiertos que nunca. Se diría que estaba aguantando la respiración.

—Sí —dijo Hans Kruger—. Deberías ir.

Miré a Hans. Por la forma en que me devolvió la mirada, me di cuenta de que entendía lo que yo estaba haciendo.

—Ve —dijo Hans—. Corre rápido, y de camino echa un vistazo también por mi casa, y asegúrate de que no hay nadie acechando a mi hermana.

Daniel se puso en marcha. De pronto, sin previo aviso. Intentó sonreírme, intentó decir algo, pero daba la impresión de que todos los músculos de su cuerpo estaban listos para correr y para nada más.

Despegó, como Red Grange en un campo de fútbol, y nosotros nos quedamos allí de pie, mirando, mientras desaparecía hacia el final de la calle y por fin le perdimos de vista.

Unos minutos más tarde oímos algo.

El sonido procedía de entre los árboles, a mi derecha. Hans también lo oyó, y Maurice Fricker y Michael Wiltsey también. Nos quedamos en silencio, sin aliento, y entonces —casi inconscientemente—, atisé un brillo entre los árboles.

Se me paralizó el corazón. Y un segundo más tarde, el resto del cuerpo.

¿Sería mi imaginación? Quizá aquel miedo tan intenso había proyectado algo en la oscuridad, algo que únicamente existía en mi imaginación.

—¿Veis eso? —susurró alguien, con la voz convertida en un murmullo desesperado.

Me pregunté cuántos niños asustados eran necesarios para crear un fantasma.

La luz de nuevo, esta vez no había duda. Respiré hondo. Sentí que las pupilas se me dilataban. Una sensación de terror desbocado se abrió paso desde mis entrañas y recorrió todo mi cuerpo.

Entonces oí la voz de Ronnie Duggan, reducida a un susurro petrificado.

—Dios mío de mi vida... Es él...

Di un paso atrás. Hans estaba a mi lado. Me volví y me dirigí hacia el murete que rodeaba el extremo del campo. Busqué con la mano el mango del cuchillo que llevaba al cinto, lo agarré fuerte, preguntándome si tendría ocasión de infligir algún daño a aquella cosa si decidía ir a por nosotros.

A Ronnie se le cayó la lámpara. Oí el ruido del cristal al romperse, extraordinariamente fuerte.

—¡Mierda! —le oí decir, y supe que no era porque hubiera roto la lámpara de su padre, sino porque ahora habíamos dejado claro que estábamos allí.

—Detrás del muro —susurró Hans, con una voz que parecía un chorro de vapor saliendo de una olla a presión.

Los cinco nos precipitamos hacia delante, intentando desesperadamente llegar al muro.

Yo miré atrás y, en el lugar donde habíamos oído algo —entre los árboles—, vi de pronto un resplandor. El corazón me dio un vuelco en el pecho, y cuando llegamos al áspero muro de piedra ya había sacado mi inofensivo cuchillo de su funda. Me quedé allí, agazapado, con el corazón golpeándome el pecho y una fina capa de sudor cubriéndome todo el cuerpo. Lo único que oía era el sonido de cinco adolescentes haciendo todo lo posible por no respirar.

Intenté pensar que el asesino no nos había visto, que haría una pequeña pausa, echaría un vistazo al camino, no vería nada y se volvería por donde había venido.

En menos de un minuto supe que no tendríamos tanta suerte. Vi el rayo de luz rebotando entre los árboles hasta caer en el camino, a menos de veinte metros de donde estábamos.

Empecé a rezar, pero sabía que no serviría de nada. Todas habían rezado. Todas y cada una de las niñas, si no ya por ellas, una por la otra. La señorita Webber nos había hecho rezar por Alice Ruth van Horne y por Laverna Stowell. Nos había hecho pedirle a Dios que evitara que ese asesino se llevara a más niños. ¿Y de qué había valido? No había servido para nada. Agarré fuerte el cuchillo. Me volví y miré a Hans, y pude ver en sus grandes ojos desorbitados que estaba tan asustado como yo.

Oí ruido de pasos. La luz de la antorcha iluminaba el camino a menos de diez metros de donde estábamos. A los pies del muro, cinco chavales, cagados de miedo, y un asesino en el camino, con la linterna en la mano y buscándonos con la mirada... quizá pudiera olerlos, a lo mejor era tan rápido que podía pillarnos a la carrera, tan fuerte que pudiera atraparnos a todos, con los brazos bien abiertos, y aplastarnos en un abrazo mortal.

Ronnie Duggan soltó un grito. Un grito mínimo, tembloroso y aterrado, pero fue suficiente.

La linterna se quedó inmóvil. Las pisadas se detuvieron.

Podía oírle la respiración, que era más bien un ruido ronco, como el de un monstruo con el pecho lleno de sangre borboteante...

Podía oler su aliento acre y tóxico, el olor a cuero, a un cuchillo de carnicero oxidado... podía oír sus pensamientos, sentir que quería verme colgado cabeza abajo de un árbol y desollado vivo, desprovisto de cada centímetro de piel... Tardaría horas en morir, y cada segundo sería la muerte en vida...

Cuando habló... Cuando el asesino del camino emitió las primeras palabras,

Michael Wiltsey gritó tan fuerte que se debió de oír en Camden County.

Recuerdo los Vigilantes.

Un recuerdo reconfortante, como un fresco silencio tras un ruido interminable.

Recuerdo sus caras. Ronnie Duggan, con una melena que su madre nunca se preocupó de recortar. Michael Wiltsey, «el polvorilla», que no podía estarse quieto. Maurice Fricker, clavado a su padre, que solía cruzar los ojos y luego separarlos como si estuviera mirando a la izquierda y a la derecha a la vez. No éramos más que unos chicos asustados, todos y cada uno. Y luego estaba Hans. Tengo recuerdos de Hans desde donde me alcanza la memoria. Parece como si lo hubiera apartado de mi mente, porque pensar en los Kruger me resultara demasiado doloroso. Qué idiota. La noche que nos pilló el sheriff Dearing cuando pensábamos que nos había acorralado el asesino. El rastro de su linterna recorriendo el borde del muro donde nos habíamos agazapado, todos blancos del miedo, cubiertos de sudor frío, castañeteando los dientes. Con la piel de gallina y los nervios más tensos que una cuerda de violín. Yo aferrando a aquel cuchillo sin filo como si pudiera servir para algo.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

Michael había gritado tan fuerte que quizá lo hubieran oído en otro condado.

Nadie se atrevió a moverse, ni un milímetro.

Y la voz del sheriff Dearing no me sonaba nada familiar. Sólo sabíamos una cosa... una cosa segura. Sabíamos que estábamos acabados. Acabados, muertos y enterrados.

Nos pilló escondidos tras el muro, la linterna iluminó nuestros rostros agarrotados, la sensación de alivio momentáneo que parecía aclarar su rostro como agua sobre la pintura, como si él también se hubiera asustado, asustado de verdad, tanto como nosotros, y luego estaba furioso, furioso como un basilisco, gritándonos a voz en grito en la oscuridad, que nos iban a castigar a todos, que nuestros padres estarían esperándonos para darnos una buena azotaina... una azotaina que no olvidaríamos nunca.

Nos apiñó a todos en el asiento de atrás de su coche, condujo durante media hora para ir dejándonos a cada uno en nuestra casa, y cuando mi madre me vio salir de aquel coche de policía se echó a llorar. A llorar como cuando enterraron a mi padre, pero de un modo diferente.

Tenía un enfado monumental, nunca la había visto tan enfadada, pero no me soltaba, me apretaba hasta casi ahogarme, diciéndome que era el peor hijo que podría tener una madre: terco, desobediente, malcarado e incluso cruel.

Sin embargo, no dejó de abrazarme, de abrazarme y de llorar, diciendo mi nombre una y otra y otra vez.

—Oh Joseph... Joseph... Joseph...

El sheriff Dearing vino al colegio al día siguiente. No nos identificó por el nombre, pero mientras hablaba nos miró a todos, uno tras otro, nos atravesó con una mirada dura como el acero y dijo que había habido un incidente, que las cosas se estaban saliendo de madre y que nos había impuesto un toque de queda a los niños.

En casa a las seis como mucho. En casa, encerrados donde no pudiéramos causar ningún problema. Por nuestro propio bien, dijo, y luego se quedó allí, en silencio, mientras la señorita Webber asentía con la cabeza.

Los Vigilantes nos reunimos tras las clases. Hicimos un corrillo e intentamos fingir ante los demás que no habíamos pasado tanto miedo, que si hubiera sido el asesino le habríamos dominado, que lo habríamos tirado al suelo y lo habríamos pateado a izquierda, derecha, arriba, abajo, norte, sur y por los lados. Le habríamos enviado a patadas al infierno, para que no volviera nunca más.

Sabíamos que nos estábamos engañando. Sabíamos exactamente lo asustados que habíamos estado aquella noche.

Asustados como niñas.

Combatimos a los japoneses en la batalla del mar del Coral, y luego en Midway. Un hombre llamado Churchill vino de Inglaterra y habló con Roosevelt. El general Eisenhower se fue a Londres como comandante en jefe de todas las fuerzas estadounidenses en Europa. Cada vez se oían más informes sobre la guerra en la radio. Cada semana la señorita Webber nos hablaba en clase del padre de otro niño, o del hijo de otra madre que se había ido a combatir. Algunos volverían rotos, con aspecto de derrota. Otros no volverían.

El tiempo, en cierto modo, lento y limitado, parecía ir llenando la brecha que se había abierto entre mi madre y yo. Volví a visitar a los Kruger. Incluso aprendí a mirar a la señora Kruger a los ojos sin pensar en su marido y mi madre en actitud bíblica. La rutina y la predictibilidad trajeron consigo no sólo la aceptación, sino también el olvido. Alguna de las cosas que escribí entonces, cosas en las que más adelante fijaría la atención, incluso sugerían cierta sensación de felicidad en mí. Estaba acercándome a los quince años. Miraba a las chicas de un modo diferente. Pensaba en la señorita Webber, y algunos de los pensamientos que tenía me hacían sentir vergüenza. Pero no parecía que aquello importara. Nada parecía importar. Oír tantas cosas de la guerra hacía que pensáramos que cualquier dificultad o incomodidad que pudiéramos sufrir era intrascendente e irrelevante en comparación con aquel sufrimiento real. La señorita Webber nos dijo que ya teníamos edad de comprender la realidad de lo que estaba sucediendo. Dijo que había más de medio millón de judíos en el gueto de Varsovia; que se negaba la atención médica a cualquiera que tuviera menos de cinco años o más de cincuenta; que a todos los niños judíos se les obligaba a llevar la estrella de David en la solapa; que los nazis habían matado a varios cientos de miles de polacos, a ciento veinticinco mil personas en Rumanía, y a más de un cuarto de millón en Holanda, Bélgica y Francia. Nos enseñó dónde estaban aquellos lugares en el globo. Nosotros miramos en silencio. Algunas de las niñas lloraban, Elena Kruger entre ellas. Yo extendí la mano para tocar la de Elena, pero ella esbozó una sonrisa violenta y se secó los ojos con la manga del vestido. Dijo que estaba bien. La señorita Webber dijo que a menudo a los hombres de los pueblos se les obligaba a cavar muchas tumbas, y que luego esos mismos hombres, sus mujeres y sus hijos eran ejecutados por patrullas de soldados alemanes. Pensé en las niñas que habían sido asesinadas allí mismo, en Augusta Falls. Pensé en lo malvados que pueden ser los hombres. A veces sacaba los recortes de periódico y les echaba un vistazo, haciendo un esfuerzo por imaginar mentalmente aquellos rostros monocromos con vida. Pero nunca lo conseguía. Sentía como si aquellas niñas

hubieran pasado a un mundo inferior, vago e indefinible. Quizás estuvieran esperando la redención, la salvación de su dolor. A decir verdad, esperaba que fueran ángeles, pero me daba la impresión de que mi fe era tan inconsistente como su recuerdo.

Un día, a finales de aquel mes, volví a casa y empecé a escribir una historia. No tenía título: pensé que no lo necesitaba mientras no estuviera acabada. Me hizo sentir raro, puesto que me metí en la mente de un niño judío de París con la estrella de David en el abrigo y una mirada de duelo y quebranto en los ojos. Me senté junto a la ventana, con la barbilla casi tocando el alféizar, y miré al interior de aquel cielo nocturno; un cielo duro como el sílex, atravesado por unas nubes delgadas y frágiles cruzando raudas, como los fantasmas del día, convertidos en pensamientos iluminados por detrás para recordarle a uno la mañana. La mañana que se ha ido, la mañana que llegará... cualquiera de ellas, no parecía que aquello tuviera importancia. En el aire, el fresco olor a pino y el amargo aroma del enebro se transformaban en un sabor acre y eléctrico al respirar. Las estrellas me miraban, quizá también los ángeles: Alice Ruth van Horne, Laverna Stowell, Ellen May Levine. Recordé a la niña de los McRae, cómo habían encontrado su cabeza entre los álamos y los tupelos y su cuerpo en el cauce de un arroyo. Hombres de cuatro condados habían rastreado a fondo durante mucho tiempo en busca de algún indicio del asesino, durante todo el día y luego al anochecer, con antorchas. Vino gente con perros —perros con menos olfato que un gato, pero aun así los trajeron— y se hizo un ruido capaz de despertar a los muertos, pero no encontraron nada. Aquellas personas tenían casas y trabajos, tenían niños, vidas diferentes, pero todos dejaron lo que tuvieran entre manos como quien suelta una patata caliente y vinieron a la carrera. ¿Vendrían por miedo? ¿Miedo a que sus hijos fueran los siguientes? No, no lo creía, porque muchos de ellos dejaron a sus hijos desatendidos en casa, desatendidos incluso al anochecer, para poder salir a ayudar. No, no era tanto el miedo lo que les impulsó como otro sentimiento mucho más generoso y altruista.

Todos teníamos miedo. Al menos creíamos que eso era lo que sentíamos. En realidad, aún no habíamos visto nada. En realidad, no teníamos ni idea de lo grave que llegaría a ser. El verdadero miedo llegó con la quinta niña. Fue entonces cuando llegó. Igual que la Muerte por High Road. Como el cartero, como el vendedor de turbinas para molinos, como cualquiera que entrara en Augusta Falls con mercancía para vender, fuera aceite de jengibre o motores de tractor autolubricados, con la intención de pillar desprevenido a alguien que tuviera un mal día. De esos que no hay manera de sacar de la puerta hasta que no se les compra lo que venden, para luego pensárselo mejor y maldecirlos cuando es demasiado tarde. Pero para entonces el tipo ya ha desaparecido. Desaparecido, como los pequeños remolinos que se forman en el horizonte, con fuerza suficiente como para llevarse un toro por delante —no un ternero enfermizo de patas enclenques, sino un toro bravo, con sus buenos cuernos y su baba y su mal genio—. Tornados, trombas, lo que fuera... Los veías, y en un momento habían desaparecido.

Pero el miedo real fue otra cosa. Llegó rápidamente, pero se instaló entre nosotros como si hubiera sido invitado a visitar a la familia. Había veces en que parecía que la Muerte había acudido a llevárenos a todos, a cada uno de nosotros, desdichados, y que había empezado con las niñas simplemente porque las niñas no estaban preparadas para plantar cara.

La quinta niña fue la que se sentaba a mi lado en la clase de la señorita Alexandra Webber. Se sentaba tan cerca que sabía su nombre, y que escribía el número cinco al revés. Diablos, se sentaba tan cerca que conocía hasta su olor.

La encontré el lunes, 3 de agosto de 1942.

La encontré en su mayor parte, para ser exactos.

Llegaron las pesadillas. Durante un tiempo fue cada noche. Siempre la misma, quizá con pequeñas variaciones en cuanto al tiempo y el lugar, pero siempre lo mismo.

Empezaba con un ruido.

¡Bang!

¡Bang!

¡Bang!

Como el ruido de un poste al arrastrarlo sobre una valla de estacas, o por unas escaleras, pero más fuerte, como alguien dando porrazos, dando una tunda de porrazos y dejándose el alma en ello. Y un sonido que se repetía, que se acercaba al primero pero que quedaba siempre por detrás, casi como un eco, pero no era un eco porque no era el mismo sonido, porque el sonido que seguía al *¡Bang!* era un sonido sordo, como algo que explotara, como una sandía, quizá, pero una sandía agria, agria y blanda, y demasiado madura, una de esas sandías que tiras desde el balcón sólo para divertirte, para hacer una gracia, una... ¡diablura!

Y entonces la veía. Estaba tirada boca abajo.

Boca abajo, como si estuviera echándose una siesta.

Una larga siesta. Una siesta que sería la siesta de su vida.

Le veía las suelas de los zapatos.

Subiendo la colina, poco más que un repecho, no tendría más de cincuenta o sesenta metros, y en lo alto de la colina veía las suelas de sus zapatos. Nuevos. Las blancas suelas de sus zapatos nuevos. Las suelas de los zapatos frente a mí, y por un momento el fantasma de la vergüenza se instalaba en mis mejillas porque me imaginaba que si podía ver las suelas de sus zapatos, habría podido subir la vista por debajo de su vestido hasta su blanco...

Intentaba no pensar en nada, salvo: ¿Por qué está boca abajo?

¿Por qué iba alguien... una chica, una niña...? ¿Por qué iba a subir hasta aquí una niña y estirarse sobre la colina, allí mismo, para que alguien pudiera subir y verle las blancas suelas de los zapatos nuevos?

No parecía que hubiera respuesta para una pregunta así.

Y entonces oía la voz de la señorita Webber, que decía: «La agria contradicción de hacer todo lo que puedes por triunfar, y luego pedir disculpas cuando lo consigues... ¿Qué tipo de vida es ése?».

Sobre mi cabeza había hojas de otoño retorciéndose en las ramas como manos de niños, manos de bebé: un lastimero esfuerzo final por capturar los restos del verano del propio ambiente, y conservarlos, conservarlos tan cerca como la piel, porque muy pronto costaría recordar otra cosa que no fuera la perturbadora y omnipresente humedad que parecía rodearnos para siempre. El invierno en Georgia era algo del todo particular; algo enorme, invasivo y arrogante, como un familiar zafio e insoportable que se te instala en casa y te llena los momentos y las conversaciones privadas de puñetazos en la mesa y de un aliento agrio como la leche cortada, con la misma delicadeza que un pelotón de fusilamiento unionista.

La señorita Webber de nuevo: «Esto no es Aristóteles, Joseph Calvin Vaughan. No es todo blanco o negro, sin ningún gris entre ellos... Esto es la vida, y la vida pasa, y seguirá pasando hagas lo que hagas para detenerla...».

Y entonces, «¡Basta!», la niña grita, pero está oscuro, oscuro como sólo se pone en Georgia, y no hay una luz en la Tierra, salvo el camión de algún granjero a mil kilómetros de distancia; o quizá un fuego en algún claro del bosque, donde los guardas forestales se sientan y comen algo que huele a rancio tras sacarse las botas y colocarlas del revés para que los bichos o las serpientes no se cuelen dentro y les muerdan los dedos al amanecer.

«¡Basta! ¡Socorro... Dios mío! ¡Socorro!» La niña así, con los brazos como cañitas, las piernas como ramas de un arbolillo, el pelo como la linaza, un olor a melocotón, los ojos como zafiros pulidos, o cristales de cuarzo, quizá, algo que se forma en una sima bajo el suelo durante un millón de años hasta que muestra su rostro...

Y ella, la niña, araña la tierra y patalea, con las manos como un puñado de cuchillos rasca el suelo, como si por rascar el suelo algún mensaje profundo y casi subliminal pudiera transmutarse por ósmosis, absorción, algo, cualquier cosa... como si la Tierra pudiera ver lo que le está sucediendo y transmitir el mensaje a través del suelo, las raíces y los tallos, a través de los ojos y los oídos de lombrices e insectos y los bichos que hacen *cric-cric-cric* en la noche cuando nadie puede verlos, esos bichos que el ojo humano no puede ver, bichos que los científicos atrapan y observan a través de los microscopios; y que cuando los ves mirándote a través del tubo negro y liso del visor te dejan sin respiración, porque tienen ojos nocturnos, ojos sabios, ojos que lo ven todo, y su cara tiene la sonrisa del que sabe, como si percibieran que están muertos y aplastados entre plaquitas de vidrio pero de algún modo no importara, porque toda la sabiduría que se filtra a través del suelo aún viviera en ellos. Toda esa sabiduría es algo que nadie puede arrancar... ni siquiera matando a un bicho con una cara así se puede arrancar.

¿Un bicho así podía transmitir un mensaje?

Así que quizá... quizá... quizá eso era lo que esperaba la niña: que rascando, clavando las uñas, peleando, pateando, golpeando el suelo... que haciendo esas cosas alguien la oyera... que alguien la oyera y viniera corriendo y viera al hombre tirado sobre ella, el hombre con la espalda encorvada y el ceño sudado, el hombre con la cuchilla oxidada y la piel apestando a hoyo y a letrina y a pantano fétido, a aguas de río crecido, a pescado crudo, a pollo crudo, tan crudo y viejo que se ha quedado verde y marchito y que hiede al olfato... de ese pollo que si se lo das al perro sabes que vas a tener que llamar al veterinario...

Alguien vendría y vería a aquel hombre, encorvado y trabajando, trabajando duro como si fuera su trabajo, un trabajo de verdad, no como esos oficinistas pálidos y anémicos con los pantalones planchados, que se pasan el día archivando cosas, como si archivar cosas importara un comino en el infierno...

Pero no vino nadie...

Nadie...

Yo sí que fui. Fui a la mañana siguiente, y para entonces ella llevaba ahí fuera toda la noche, tendida en la arboleda al borde de la finca de Gunther Kruger, y cuando di con ella estaba en cuatro —no, en cinco— trozos, todos separados, pero el más grande y mejor era la cabeza, porque *el hombre del trabajo* la había serrado por el lado del cuello y luego la había cortado en diagonal, y la diagonal acababa bajo el brazo derecho, y ahí estaba: la cabeza, el hombro derecho, el brazo derecho y la mano derecha, todo junto. Una de las manos que se había clavado en la tierra, la había arañado y la había perforado...

Y en el aire estaba el recuerdo de sus gritos: «Socorro socorro Dios mío Jesús y María madre de Dios Padre nuestro que estás en los cielos santificado sea tu nombre venga a nosotros tu reino, hágase...»

Pero ese ruido sólo duró lo que duran un par de latidos, porque el hombre del trabajo se movió arriba y abajo, y con la punta de su cuchilla oxidada encontró un hueco entre las costillas de ella y empujó lentamente el mango y sintió la hoja que penetraba sin apenas encontrar resistencia.

Los ojos de la niña se hicieron más grandes, y por un segundo creyó que todo iba a ir bien, porque parecía que había una luz, una luz de verdad, como una estrella cayendo, y sonrió, con una sonrisa extraña y bella, y se preguntó si iba a convertirse en ángel enseguida, o si por haber tenido aquellos malos pensamientos sobre la abuela las Navidades pasadas ahora tendría que esmerarse...

Para cuando él empezó a *hacerle cosas*, ella ya estaba muerta.

Se llamaba Virginia Grace Perlman, y su padre era un hombre bajito que trabajaba en el banco del pueblo, que no era gran cosa como banco; de esos bancos que un ladrón

de bancos no querría atracar si se lo ofrecieran, pero un banco al fin y al cabo. Y era judío, y ella era su hija judía, de apenas ocho años y medio, y alguien le atravesó el corazón con una hoja oxidada y luego le hizo cosas, cosas bíblicas, cosas que harían sudar frío a un hombre adulto. Y le hizo aquellas cosas entre los árboles, junto al arroyo —el mismo arroyo en cuyo cauce habían encontrado la mayor parte de Catherine McRae cinco meses antes— y cuando acabó de hacer esas cosas la cortó en cinco pedazos, y uno de esos pedazos era su cabeza y su cuello con el brazo y el hombro derechos, y el otro era el resto de su torso: el brazo y el hombro izquierdos, la mayor parte del costado, pero sin la mano izquierda... y buscaron mucho, mucho tiempo, y nunca encontraron esa mano izquierda, y otro trozo era la mayor parte de la mitad inferior, y estaba colocado de un modo que al acercarte a la cima de la colina no veías más que las blancas suelas de sus zapatos nuevos...

Y eso es lo que encontré.

Iba a cumplir quince años al cabo de dos meses, y la mañana del 3 de agosto encontré a una niña muerta cortada en cinco pedazos, sin la mano izquierda, a apenas un kilómetro de mi casa.

Al día siguiente recorté el artículo de periódico y lo puse en la caja con el resto. Cuando lo hice me entró un sudor frío, y apenas podía cortar con las tijeras en línea recta.

Durante una semana no pude escribir nada, y cuando lo hice, escribí sobre algo completamente distinto.

A lo mejor habría sido diferente si no hubiera sido judía. Pero lo era. La recuerdo de clase. Me gustaba. No hablaba mucho, nunca lo había hecho, y ahora ya no lo haría.

Quizá habría sido diferente si en Europa no hubiera habido una guerra. O quizá si hubiera habido una guerra, pero sin norteamericanos implicados.

La guerra era culpa de los alemanes.

Era evidente, irrefutable, que los alemanes eran mala gente.

A los alemanes no les gustaban los judíos, hasta el punto de que habían matado más de los que cabían en la imaginación.

Quizá fue así cómo empezó todo: un rumor que se extendía, un rumor que no tenía sustancia, ni pruebas, ni base.

Un rumor vacío.

Quizá tuviera que ver con quién era.

Quizá porque era judía.

Una muñequita de trapo judía, rota y abandonada.

Llegaron las pesadillas, y así es como eran.

Yo lo vi todo, o al menos lo que me imaginaba. Cómo había peleado, intentando defenderse, cómo había clavado los dedos en la tierra, cómo él le había hecho callar introduciéndole la hoja oxidada en el corazón.

Cerraba los ojos y lo veía.

Mi madre solía venir cuando me despertaba, entraba en mi habitación y se sentaba a mi lado, me apoyaba la cabeza contra el pecho y me arrullaba, y yo me sentía como un puñado de nada que se dispersaría por el aire con apenas un suspiro. Así era cómo me sentía. Como si no me quedara nada. Me sentía como un fantasma.

Intenté no darle importancia al hecho de que hubiera sido yo quien encontrara el cuerpo de Virginia Grace Perlman. Intenté no convertirlo en el centro de mis pensamientos, pero era difícil no hacerlo, pero que muy difícil.

Y muchas, muchas veces —allí estirado, temblando— me imaginé lo diferente que podía haber sido.

Solía imaginar que llegaba al lugar de los hechos mientras sucedían. La había encontrado al caer la tarde o al menos eso era lo que suponía el sheriff Dearing. La había atrapado al atardecer, se la había llevado del mismo camino mientras ella volvía a casa sola. Aquella tarde nosotros —los Vigilantes— habíamos tenido los ojos y los oídos cerrados. Yo no recordaba qué es lo que estaba haciendo en aquel momento. Imaginé que había visto a aquel hombre echarse sobre Virginia Grace, que había visto su lucha, que la había visto debatirse, aferrándose a la vida, y que yo me había tirado sobre ellos, rugiendo, y que de pronto los Vigilantes aparecían allí mismo, detrás de mí, todos gritando y aullando como locos, y que el hombre se daba cuenta de que le habíamos pillado y que había huido como un conejo, como el loco que era, y que a ella nos la habíamos llevado colina abajo, hasta la cocina de mi casa, y que mi madre y Reilly Hawkins estaban allí, y que mandaban llamar a la señora Kruger, y que alguien había salido corriendo en busca del sheriff Haynes Dearing...

Y el padre de Laverna Stowell aparecía con dos perros —mestizos feos, pero de fino olfato— que habían salido siguiendo la pista de la ropa de la niña, y la encontraban, encontraban su rastro, y salían tras él, y el padre de Laverna Stowell tenía que retener a los perros hasta que alguien traía un camión, y subían hombres en el remolque, hombres como William van Horne y Henry Levine y Garrick McRae, y todos llevaban hachas y toscas cachiporras de madera de pacana o de castaño negro, y el camión salía volando tras los perros, que seguían el cauce del río, colina abajo, hasta cruzar por el extremo de los pastos de Lucas Landry, y al final veían al hombre, corriendo como un loco, como una fiera, como una presa de los cazadores...

Lo encontraban cerca de la valla de estacas del doctor Piper, y el sheriff Haynes Dearing estaba allí, y luego aseguraría que nadie habría podido hacer nada, porque el loco, el que había matado a las niñas, corría tanto y tan rápido, con unas piernas más

rápidas que el cuerpo, que aunque lo hubieran visto atravesar la valla no habrían podido hacer nada para pararlo... porque corría como un huracán, y cuando había alcanzado la valla la había saltado como si fuera un tronco caído, y la valla se había roto, y una de las estacas había salido volando tras él como una exhalación, y lo había atravesado por el medio.

Y no habían querido moverlo, a pesar de que gritaba pidiendo piedad o algo así a Dios y al demonio a la vez, allí tirado, con una estaca atravesándole las tripas, y el doctor Piper había llegado y había visto lo que pasaba y no había podido hacer nada porque él no era más que un médico de familia, no era cirujano, y alguien pensó en llamar al veterinario de Race Pond, pero todos se imaginaron que, tal como estaba clavada la estaca, tal como manaba la sangre alrededor del agujero, derramándose por el suelo, no serviría de mucho llamar a nadie... y que Dios me ayude, que ésa es la pura verdad, y que me parta un rayo santo aquí mismo si he dicho una sola palabra que sea falsa.

Tenía que ser cierto, porque había un médico y un sheriff y tres testigos oculares, uno de los cuales —William van Horne— había trabajado como ujier en los juzgados del condado de Clinch hasta que había oído que el agua corría más limpia cerca de Augusta Falls y había decidido mudarse con su esposa, sus hijos y su ganado.

Pero no es así como ocurrió.

Llegué solo, y llegué tarde. Muchas horas tarde. Virginia Grace ya estaba muerta.

No fue culpa mía, maldita sea, pero por el simple hecho de haberla encontrado no podía quitarme de la cabeza la idea de que tenía algo que ver conmigo.

Como la culpa por un crimen inexistente.

—Yo quiero ayudarte, Joseph —me dijo mi madre, con lágrimas en los ojos—. La culpa es amarga y difícil de digerir, aun cuando la culpa es un abrigo que te cortas a medida, cuando te quedas ahí inmóvil y te tomas todas las medidas para que te ajuste perfectamente. —Tenía los ojos bien abiertos y la mirada como perdida—. Yo he hecho cosas...

—Mamá...

—Escúchame, Joseph. Ya tienes edad suficiente para saber la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto. Ya es hora de que mires de frente a las cosas y las veas tal como son. Aquello que ocurrió con...

—Mamá, por favor —dije—. Ya pasó. Todo pasó y ha quedado atrás. No necesito saber nada de eso.

—Tu padre solía decir que no había nada, absolutamente nada en el mundo, de lo que no hubiera que saber algo. Solía decir que la ignorancia era la defensa de los tontos.

Había sacado a colación a mi padre; no había nada que yo pudiera responder.

—Aquello que ocurrió... que ocurrió con el señor Kruger, y el dinero que recogías tú. —Se volvió de cara a la ventana—. ¿La verdad, Joseph? La verdad es que a veces hacemos lo que tenemos que hacer para que la vida siga avanzando en la

dirección correcta. A veces lo hacemos por tener compañía, porque incluso a mi edad puedes sentirte horriblemente sola cuando no ves nada más que la distancia y el tiempo. Echaba mucho de menos a tu padre, tanto que no te lo creerías...

—Yo también lo echo de menos, mamá... Sé lo que quieres decir.

Ella se dio la vuelta, extendió la mano y me tocó la mejilla.

—Claro que sí, Joseph, pero perder a tu padre es diferente a perder a tu marido... trece, catorce años nos pasamos cuidándonos uno del otro y acabando las frases del otro —sonrió—. En cualquier caso, él era alguien único, y pasó mucho tiempo antes de que mi mente se planteara siquiera el hecho de que el dolor que sentí por su pérdida se había convertido en el dolor de la soledad. Ahí fuera —susurró—, ahí fuera, en medio de la nada, es difícil ser mujer y madre. Es difícil estar sola sin un hombre a tu lado. Cuesta encontrar dinero. No encuentras trabajo, y el señor Gunther es un buen amigo nuestro, él y su esposa, y a veces los adultos tenemos un modo diferente de expresar la gratitud a los demás por su amabilidad.

—No tienes que explicármelo, mamá... —dije yo, sacudiendo la cabeza—. Y no tienes que sentirte triste o pensar que te culpo de nada. Nunca te pedí que me hablaras de esto, y no te lo pedí porque no era asunto mío. Lo pasado está pasado. Papá está muerto. Yo encontré a una niña en la colina. Alguien le había hecho cosas terribles. A veces no duermo bien y no sé cuánto tardaré en dormir bien otra vez. Casi tengo quince años. Pienso en la señorita Webber de un modo bíblico...

Mi madre se rió de pronto.

—¿Un modo qué?

—Un modo bíblico. Ya sabes.

Ella asintió, sonriendo.

—Ya —dijo—. De un modo bíblico.

—De modo que así están las cosas, y así es cómo me siento, y tú eres mi madre y yo te quiero pese a todo lo que haya podido pasar. Por Dios, mamá, qué más dará si decides irte con el señor Kruger un domingo de cada dos desde ahora hasta el día de Acción de Gracias. Yo no sé qué decir. Las cosas están todas revueltas. Tengo pesadillas y desearía haber podido hacer algo para salvar a aquella niña. Cuando los pequeños venían a la clase de la señorita Webber, los miércoles y los viernes por la tarde, para oír algún cuento... Bueno, aquella niña, Virginia Grace, solía sentarse a mi lado. Aún recuerdo el sonido de sus risas. ¡Es que aún recuerdo cómo olía...! Como a fresas, a fresas amargas, algo así. Eso es lo que pensé cuando la vi allí arriba... la vi allí arriba, cortada en pedazos y tirada como algo sin valor. Eso es lo que vi, y me imagino que cuando ves algo así no hay nada que puedas hacer para borrar la imagen de la memoria, y ahí se quedará, en mi memoria, hasta que me convierta en pasto para los gusanos. Hace que vea las cosas de un modo diferente. Me hace pensar que no hay nada que puedas hacer con tu vida salvo vivirla lo mejor que puedas, y que si cometes algún error, por lo menos lo habrás hecho intentando hacer algo bueno, o intentando hacer algo mejor, o por lo menos buscando cierto grado de

comodidad y de amor allá donde puedas, aunque algún pastor pueda decir que es pecado. —Me reí, con una risa seca y amarga—. Maldita sea, me da la impresión, por lo que he oído de los pastores y curas, que cualquier cosa que sepa bien o resulte agradable te puede mandar de cabeza a Gehena.

Mi madre sacudió la cabeza.

—Hablas como tu padre. Más aún que él mismo.

Le tomé la mano. La levanté y la besé en la palma.

—Lo pasado, pasado está —dije—. Me da la impresión de que, desde que papá murió, nada es tan importante como lo que les ha pasado a esas niñas. Todo lo demás parece... Caray, mamá, nada parece tener importancia comparado con esto. Y estoy seguro de que el señor Kruger estaría de acuerdo.

—Yo también lo estoy —dijo ella suavemente.

No nos dijimos nada más, y después parecería tan paradójico, a la luz de todo lo que habíamos dicho, todas esas cosas sobre la culpa, esas cosas sobre mi padre y los recientes asesinatos, a la luz de todo aquello, que la última palabra recayera en el señor Kruger. Gunther Kruger, el alemán, el hombre más rico de Augusta Falls, el hombre con una radio de cristal Atwater Kent y un Mixmaster Sunbeam en la cocina.

Gunther Kruger, que había tenido un trato bíblico con mi madre, que la había ayudado en tiempos de dificultad dejándole siete dólares envueltos en un pedazo de cuero bajo una piedra, junto a la valla.

Gunther Kruger, cuyos hijos eran como los Katzenjammer^[1], cuya esposa era como un puñado de masa de pan caliente con forma de mujer, moldeada para que encajara en su cocina como un guante encaja en una mano y que siempre daba la impresión de que nada era demasiada molestia para ella, porque su vida eran los hijos, los suyos y los de cualquiera, y por eso su puerta siempre estaba abierta para mí...

Gunther Kruger, padre de Elena.

El cuerpo va enfriándose. Su camisa está manchada de negro por delante, de sangre seca. Por algún motivo tengo hambre, y echo un vistazo a mi reloj. Llevo dos horas aquí sentado. Dos horas, me dicen. Estoy tan cansado, tan absolutamente exhausto. Cansado de pensar, de recordar, cansado de hablar con alguien que nunca responde. Que nunca responderá. Dentro de mí reina el silencio, y el estruendo de los sonidos que han llenado mi mente durante tantos años parece haber cesado.

Quizá pudiera morir si lo intentara: quedarme aquí sentado y hacer que el corazón me fuera más lento, hasta casi detenerse, como hacen los budistas, y luego, por fin, se pararía irreversiblemente.

Quizá podría hacer eso, y nos encontrarían a ambos muertos, juntos, y se preguntarían qué ha pasado aquí, en esta habitación de hotel en un tercer piso.

Porque nadie ha oído los disparos. Nadie ha gritado. No se han oído carreras por el pasillo. Ni porrazos en la puerta, ni gritos de «¿Qué pasa ahí? ¡Hey! ¡Abran la puerta! ¡Abran la puerta o llamo a la policía!».

Nada más que silencio... por dentro y por fuera.

Me muevo ligeramente. Tengo las piernas entumecidas. Dejo la pistola en el suelo, ante mí, y me tomo un momento para darme una friega en el muslo derecho. Siento el dolor de la sangre que me sube por las venas, por las arterias, y al moverme oigo el ruido del papel de periódico arrugado, de los recortes que me llenan los bolsillos.

Hago una pausa. Aguanto la respiración un segundo. Me inclino sobre el hombre muerto. Veo mi reflejo en sus ojos.

—Una cosa está clara —le susurro—. Usted nunca va a ser un ángel.

El verano se nos había echado encima, tenso y con los puños apretados; el calor era como una bofetada en la cara cuando salías del porche; el apetito era escaso, la sed era implacable, y la gente estaba débil y apática, pese a saber que la deshidratación y la falta de alimento eran una vía rápida hacia el mal humor y el resentimiento.

El sol, alto y descarado, elemento habitual en el paisaje de Georgia, blanqueaba el cielo como el agua al mezclarse con tempera al huevo, aunque él se mantenía entero e impecable, como la yema de ese huevo, rodeado de un aire blanco, ligero y enrarecido. El suelo que se extendía bajo el horizonte era de un tono ocre, una mancha de óxido apenas restregada con algodón; fantasmas de colores, imprecisos e inciertos, y por todas partes motas de polvo y moscas del vinagre y arañuelas de invernadero en un aire aparentemente carente de sustancia como para sostener nada de peso. Al final uno perdía conciencia del calor o, más bien, se tenía conciencia de él del mismo modo que de la respiración o de la luz del sol: sólo cuando desaparecía.

Yo solía sentarme a la sombra, bajo los escalones del porche, y observar a una familia de polillas que habían tenido la misma idea. Oía las voces por los campos y me imaginaba que eran las de las niñas, aún jugando a pillar, con sus alegres risas y gritos de alivio cuando alguien abría una manguera y las rociaba de agua fresca en aquellas tardes de calor.

Oía el sonido de sus vidas, sus voces mientras saltaban a la cuerda.

«Uno, dos y tres... el mundo al revés... el mono fuma en pipa y su madre se la quita... el mono se la roba y al final se ahoga... y todos van al cielo en un barco velero...»

«Una palmada aquí... una palmada allá...»

El miedo se instaló en mi interior como una bola de músculo, como si tuviera otro corazón: un corazón que conocía el miedo y la desesperanza y la sensación de que la vida podía lanzarte algo, una pelota hacia la izquierda, con un efecto endiablado, y que no hay nada, nada en este mundo, que puedas hacer por pararla. Me mordí las uñas y pensé en Virginia Grace Perlman. Cerré los ojos y vi las blancas suelas de sus zapatos nuevos en lo alto de una loma. Sentí el olor a pino en el aire, a pino y a algo terroso, a algo que colgaba de todas las cosas como una sombra.

Me llevó un rato descubrir qué era. Sangre, eso era. Era el olor metálico de la sangre derramada que la tierra había absorbido.

Algo más adelante di un paseo hasta allí. Me quedé entre los árboles, mirando abajo, hacia mi casa, y también la de los Kruger. Vi a Elena en los escalones de atrás, frotándose algo en los magullados hombros para mantener a raya el azote del sol.

Quería hacerle señas. Quería que me viera. La habría llamado por su nombre si hubiera habido alguna posibilidad de que me oyera.

Quería hacerle saber que estaba allí, que la veía, y que mientras yo la viera ella estaría a salvo.

Nadie va a ir a por ti, no mientras yo esté aquí, mientras yo esté mirando. La última vez llegué tarde, pero esta vez... si hay otra vez, los Vigilantes estarán listos...

Quería que supiera que todo iba a ir bien.

Pero no era así, y yo de algún modo sabía que me estaba engañando. Oía las palabras, y las palabras eran amargas y oscuras, y parecía que el calor de la canícula no hacía nada más que fomentar esas palabras. Era la guerra; eran los alemanes y lo que les estaban haciendo a los judíos; era el hecho de que cinco niñas habían muerto en el plazo de menos de tres años, y que los sheriffs de tres condados no tenían más información que cuando Alice Ruth van Horne había aparecido desnuda en un campo al final de High Road.

Aquella era la verdad, y la verdad era amarga como un limón malo.

Aquella misma noche, era tarde. No podía dormir. Quizá fuera el miedo. Daba vueltas entre las sábanas y las almohadas como un niño que soñara que se ahogaba. Me levanté con la fresca luz del alba y me quedé de pie junto a la ventana, mirando hacia los campos.

Miré y esperé, aguantando de vez en cuando la respiración hasta que no podía más. Entrecerré los ojos, haciendo que los colores perdieran brillo, que la perspectiva desapareciera. «Un hombre con un solo ojo lo ve todo plano —me había dicho un día mi padre—. No puede calcular distancias. No ve la proximidad de una cosa con respecto a otra.» Intenté no pensar en mi padre, en el sonido de su voz, en su olor —a manzanas amargas, a veces a tabaco—. Vacíé la mente. Esperé y miré, y luego esperé un poco más. Intenté respirar hondo, lenta y regularmente. Intenté eliminar de mi mente el sonido de los animales y los árboles, del viento y del arroyo. Intenté oír otras cosas. Cosas procedentes de la oscuridad.

Intenté ser valiente. Intenté ser un Vigilante.

Todo estaba en calma. En calma como en los cementerios, como en las barracas vacías, como en las balsas de agua estanca que dan la impresión de que podrían aguantar tu peso si te atrevieras a caminar sobre ellas.

Un crujido.

Sentí un escalofrío, una repentina ráfaga de pinchazos en los riñones, una lluvia de agujas que iban subiendo por la columna hasta llegarme a los pelos de la nuca. Me giré hacia la puerta de mi dormitorio y por un momento, sólo por un momento, imaginé que veía el pomo que se empezaba a mover. Un sonido mínimo, asustado, se me escapó por entre los labios: un sonido involuntario, el sonido de mi cuerpo reaccionando ante algo que mi mente no quería comprender.

Observé. Esperé que la puerta se abriera lentamente, pero no ocurrió nada. Cerré los ojos, me di cuenta de que tenía los puños tan apretados que me había dejado marcadas con las uñas una serie de medias lunas en las palmas.

Abrí la mano. Vi la fina línea de piel cicatrizada en el lugar donde nos habíamos cortado para hacer el juramento. Un juramento de protección. Un juramento que nos comprometía a mantener los ojos y los oídos bien abiertos.

Quienquiera que fuera el que estaba ahí afuera quizá nos había oído, nos había leído la mente, había percibido lo que estábamos haciendo, y al verme ahí, de pie entre los otros, me había señalado como líder del grupo, como un creador de problemas.

«Ya le enseñaré yo —habría pensado—. Ya le enseñaré yo lo que es pasar miedo.»

Y se había llevado a Virginia Perlman y la había matado sólo por mí.

Abrí los ojos y me giré hacia la ventana.

Y lo vi.

La respiración se me cortó de golpe, en frío, como si se me hubiera hecho un nudo en la garganta. Cerré los ojos con fuerza, intentando pensar con claridad, contener mi imaginación y ver únicamente lo que tenía delante.

Volví a abrirlos.

Seguía ahí. Una figura oscura, inmóvil al final del camino que partía desde nuestro patio delantero.

Simplemente estaba ahí. Sin hacer nada. Escuchando, quizá, observando los campos y los caminos en busca de indicios de alguien que estuviera a solas, alguna niña, alguien a quien pudiera sumir en la oscuridad y...

Sentí las lágrimas que amenazaban con salir, la parálisis total al saber que no podía hacer nada, ni siquiera gritar, los puños apretados y dispuestos a atravesar el cristal de la ventana, y sin embargo inútiles, aterrados, insensibles e incapaces de moverse...

Entonces se volvió.

Se volvió, como si se dirigiera a mí.

Gunther Kruger se detuvo un instante, y luego echó a caminar de vuelta a su casa, con su largo abrigo meciéndose entre sus piernas como una túnica.

La sensación de alivio fue sobrecogedora.

Me eché a llorar, no de miedo o de terror, sino de liberación.

Le vi desaparecer entre las casas, y luego oí el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose.

«Un Vigilante», pensé, y por un momento le imaginé a él como uno de nosotros, allí fuera, en la oscuridad, para asegurarse de que no venía nadie por High Road para robarle a su niña en plena noche.

Tardé mucho en dormirme, pero cuando lo hice, no tuve pesadillas.

Al día siguiente los Vigilantes nos reunimos entre los árboles cerca del campo de la valla rota.

—Tenemos un problema —me dijo Hans Kruger, acercándose y dejando cierta distancia entre nosotros y los demás—. Mi hermana —dijo—. Cree que nos traemos algo entre manos. Está convencida de que estamos haciendo algo, y a menos que se lo cuente, va a decírselo a mi padre.

—Pues dile que no estás haciendo nada...

Hans se rió de pronto, sin más, y por un momento me pregunté si no le habría hablado ya a su hermana de los Vigilantes. Quizá había buscado en ella cierta aprobación; quizá creía que así destacaría ante sus ojos, como su hermano mayor.

—Tú conoces a Elena perfectamente —respondió—. Le vuelven loca las cosas así. Se hace a la idea de que pasa algo y no dejará de insistir hasta que lo sepa todo al respecto. ¿Recuerdas aquella vez con el mapache... el que enterramos?

Lo recordaba perfectamente, cómo había lloriqueado y nos había insistido y chinchado hasta que le dijimos lo que íbamos a hacer, y entonces insistió en venir con nosotros aunque soltó un chillido cuando lo vio, chilló y lloró porque el mapache había sido atropellado por un camión o algo así y había perdido gran parte del pellejo.

—Lo recuerdo —dije, asintiendo.

—¿Y qué hago? —preguntó Hans, pero enseguida se volvió al ver que alguien aparecía entre los árboles y asomaba la cabeza por el borde del camino.

Elena Kruger, con sus once añitos y el pelo peinado en dos coletas simétricas que salían de ambos lados de su cabeza como tallos de flores y acabadas en sendos lazos de colores, como un puñado de pétalos irregulares, sonriendo como si supiera todo lo que se puede llegar a saber en el mundo.

—¡Elena! —le espetó Hans.

—Os he visto venir hasta aquí —dijo ella—. Os he visto venir y quiero saber qué está pasando... Tenéis que contarme lo que estáis haciendo, o me chivaré.

Yo me adelanté a Hans.

—Déjame a mí —le dije, categórico.

Me acerqué a ella con expresión severa, una expresión de autoridad; me planté delante —le pasaba una cabeza y media— y la miré del modo que la señorita Webber a veces me miraba a mí.

—Tienes que irte a casa —le dije.

—No tengo que hacer nada porque tú lo digas —replicó.

—Elena... Lo digo en serio. Esto no es algo en lo que puedas participar. Tienes que irte a casa ahora mismo y no decirle nada a nadie.

Ella ladeó la cabeza. Parpadeó y me miró con una expresión que me hizo ruborizar mentalmente.

—Elena, de verdad. Esto es un asunto serio.

Para entonces los demás ya se habían acercado a nosotros. Sentía sus ojos a mis espaldas, y de pronto Maurice Fricker se me puso al lado y miró a Elena Kruger.

—¿Qué narices hace ella aquí?

—Yo podría preguntarte lo mismo, Maurice Fricker —respondió Elena—. Conozco a tu hermano, conozco a tu madre y a tu padre también, y si no me decís qué pasa aquí voy a correr hasta tu casa y les voy a decir que te he visto fumando cigarrillos.

—¿Habéis oído a la renacuaja? ¡Serás...! —reaccionó Maurice, levantando la mano.

Yo me coloqué entre los dos, junto a Elena; la sujeté del brazo y la aparté rápidamente del grupo.

Caminamos unos metros entre los árboles; luego reduje el paso y me paré.

—Siéntate —le dije—. Siéntate y escúchame.

Le dije quiénes éramos. Le hablé de los Vigilantes. Le hablé de la promesa que habíamos hecho de mantener los ojos y los oídos bien abiertos ante cualquier cosa que pasara. Le conté por qué y luego le expliqué por qué nunca podría formar parte de algo así. Ella estaba allí para ser protegida, no para proteger.

—Pero yo tengo ojos y oídos como cualquier otro —dijo, y por un momento dio la impresión de que iba a echarse a llorar.

Miré atrás, hacia los muchachos. Ronald Duggan estaba de pie, con las manos en las caderas y una cara como si acabara de recibir un bofetón. Hans parecía violento, como si la aparición de su hermana fuera de algún modo culpa suya.

Volví a mirarla a ella.

—Elena, lo digo en serio. No puedes participar en esto. Es peligroso.

Ella sacudió la cabeza.

—Porque soy una niña, ¿no es así?

Me reí.

—No, por Dios, Elena, no es porque eres una niña.

—¿Entonces por qué? ¿Por qué no puedo formar parte de esto?

Miré de nuevo hacia el grupito. Estaban esperando que le echara una bronca a Elena y la enviara a casa. Estaban esperando que le dijera algo duro, directo e intencionado. Yo no podía hacer algo así; no a Elena Kruger.

—Elena... la verdad es que... la verdad es que significas mucho para mí —le dije, mirándola de nuevo. En sus ojos había algo que nunca había visto. Yo intentaba pensar en lo que iba a decir, pero había perdido el control; las palabras se me escapaban de la boca—. Te tengo mucho cariño, Elena... Es cierto. No puedo soportar la idea de que te pase algo, de verdad que no puedo. Tienes que confiar en mí. Tienes que comprender que asegurarme de que no te ocurra nada es la parte más importante de mi trabajo. Vigilo el camino que va a nuestras casas, me quedo despierto hasta tarde y observo la calle. Me aseguro de que no pase nada... Me aseguraré de que no te ocurra nada, y la idea de que tú andes por ahí en la oscuridad, donde podría pasarte algo, me resulta insoportable.

Dejé de hablar. Tenía la vista puesta en mis dedos, los retorcía, y sentía mariposas

dentro de la tripa.

Me volví lentamente al sentir su mano sobre mi brazo.

Elena Kruger, con los ojos bien abiertos y llenos de lágrimas, el pelo recogido en dos coletas, un recuerdo lejano de aquella niña flaca con cardenales en los brazos, se me acercó y me dio un beso en la mejilla.

La miré. Vi inocencia, candor, el reflejo de confianza ciega en sus ojos.

—Vale —susurró, y luego se puso en pie lentamente, se sacudió el polvo de la falda y sonrió.

—Mi Vigilante, ¿verdad? —dijo, y su voz tenía cierto tono de triunfo—. Mi Vigilante, Joseph Vaughan —repitió, con una mirada como si sintiera que podía poner su vida en mis manos.

Sentí que me ruborizaba y tuve que apartar la mirada.

—No diré una palabra —dijo, y luego se dio la vuelta, de pronto, inesperadamente, y echó a correr.

Me puse en pie y la vi desaparecer entre los árboles.

«Sí —pensé—. Yo seré tu Vigilante. Pase lo que pase, estaré ahí.»

Finales de agosto. Los alemanes detuvieron a cinco mil judíos más en Francia; los marines desembarcaron en Guadalcanal y en las islas Gilbert; alguien tiró una piedra que atravesó el parabrisas del coche de Gunther Kruger. El sheriff Haynes Dearing organizó la colocación de carteles en árboles y vallas por todo Augusta Falls. Los carteles mostraban la silueta de un hombre —sólo la forma, como una sombra vertical— y bajo la sombra estaban las palabras: NO HABLES CON EXTRAÑOS. NO VAYAS CON EXTRAÑOS. PRECAUCIÓN ES SEGURIDAD.

Aquello parecía que empeoraba las cosas en vez de mejorarlas. Le recordaba a todo el mundo que había algo entre nosotros y que, por si se te olvidaba, los carteles estaban ahí para recordártelo. Se tratara de un monstruo o no, ahora parecía más real que nunca.

Entonces, el 27 de agosto, jueves, un disparo atravesó la ventana del dormitorio de Gunther, dejando un orificio.

Gunther Kruger llamó al sheriff Haynes Dearing; el sheriff Dearing se mostró muy preocupado, nunca había oído hablar de nada parecido, al menos dirigido hacia personas blancas, pero en ningún momento se planteó que el disparo pudiera haber sido accidental.

El viernes por la noche se oyó jaleo cerca del bosque de álamos, y cuando Gunther Kruger llegó allí por la mañana se encontró con que alguien había matado a su perro, lo había abierto en canal desde la garganta hasta el rabo y lo había dejado allí, cociéndose al sol.

Llamó al sheriff Dearing otra vez; el sheriff Dearing le hizo preguntas sobre personas que pudieran tener algo en contra de él, sobre si alguien pudiera buscar venganza por algo. ¿Había entrado en el terreno de alguien, había puesto alguna cerca diez metros más allá del lugar debido, o había dejado que su perro matara algún pollo

en los terrenos de alguien?

—¡No tiene nada que ver con pollos ni vallas ni nada así, y usted lo sabe!

El sheriff Dearing le dijo a Gunther Kruger que debía de controlar sus modales cuando hablara con un agente de la ley.

—Pues haga algo —insistió Kruger—. Mi esposa y mis hijos corren peligro con esos maníacos... Estados Unidos es la tierra de la justicia y la libertad...

El sheriff Dearing le dijo al señor Kruger que se lo pensara antes de decir nada negativo sobre Estados Unidos o los estadounidenses.

—Pero los estadounidenses... Los estadounidenses me han roto el parabrisas de una pedrada. Me atravesaron la ventana de arriba de un disparo, podía habernos alcanzado a mi mujer o a mí, o a alguno de mis hijos, y ahora un estadounidense ha matado a mi perro, lo ha abierto en canal y lo ha dejado ahí para que todo el mundo lo vea. ¿Sabe usted lo mucho que mi hija quería a ese perro?

El sheriff Dearing levantó ambas manos, como si se rindiera ante algo, y dio un paso atrás sacudiendo la cabeza. Le dijo a Kruger que no tenía nada que ganar con esas acusaciones incendiarias, y que si sus consideraciones iban a ser tan tendenciosas, él no iba a conseguir nada quedándose allí a hablar. Podían hablar hasta que se pusiera el sol y ninguno de los dos habría conseguido nada.

—Pero por lo menos si se quedara hasta que se hiciera oscuro, quizá podría ver a otro estadounidense atentando contra mi casa o mi familia —dijo Kruger, escupiendo las palabras como una ráfaga, como monedas de diez centavos saliendo de una máquina tragaperras, y aquello fue lo que le faltaba para ver al sheriff Dearing subido a su coche, emprendiendo el camino hacia la carretera principal sin despedirse siquiera.

Me pregunté si alguien habría visto a Gunther Kruger fuera de casa aquella noche, la noche en que lo vi desde mi ventana. Cuando lo vi allí y pensé dos y dos son cinco.

El sheriff Dearing no debía haber dicho nada, pero era sábado por la noche, y Clement Yates, que en otro tiempo había sido ayudante del sheriff en la búsqueda de un fugado del reformatorio de Folkston, estaba celebrando su cumpleaños. Clement Yates tenía la cara plana y ningún rasgo distintivo salvo por una cicatriz limpia en el ojo derecho, como si alguien le hubiera enganchado la ceja con un anzuelo y hubiera tirado para arrancarlo. Aparte de eso, era algo lento, y su caída de boca, la laxitud de la mandíbula, daba la impresión de que en realidad se hubiera tragado el anzuelo, el hilo y el plomo, y que ahora estuviera esperando pacientemente a consumir todo el carrete. Cuando Clement tenía una idea, sus ojos apagados se iluminaban con una luz como el fuego de san Telmo, y era más que probable que acabara en una noticia de la radio.

Había unos cuantos hombres en el Falls Inn, que no tenía más que dos mesas de pie, un grifo de cerveza, un reservado para parejas en la esquina, una mesa larga para comer, un suelo cubierto de serrín y escupitajos y una cabeza de alce colgada de la

pared que había perdido el ojo derecho. El dueño se llamaba Frank Turow, y el primer día que abrió el local resbaló y se cayó por las escaleras de la bodega, y casi se rompe la columna. Frank tenía una cara extraña, como si el cráneo nunca se le hubiera endurecido; un empujón violento o una riña callejera, algo así, le había provocado una presión indebida en el rostro, y desde entonces la cara no le había cambiado. No era ni feo ni guapo, sino que ocupaba ese espacio medio indefinido donde habitaban todas las muecas de perplejidad y esas miradas por encima del hombro.

Al cumpleaños de Yates, además del sheriff Dearing y el propio Yates, asistían Leonard Stowell y Garrick McRae, Lowell Shaner —el canadiense tuerto que había participado en marzo en la línea de rastreo de setenta hombres tras el asesinato de la hija de Garrick McRae—, Frank Turow, que a sus sesenta y ocho años era más duro que una roca, con su más de metro ochenta, tan ágil y musculoso que podría tumbar a cualquiera que se atreviera a desafiarle, y por fin Gene Fricker, padre de Maurice, mi compañero Vigilante. Gene Fricker trabajaba en el almacén de grano y olía como un saco de esparto lleno de semillas húmedas; era de complexión ancha, lento como Yates pero metódico y diligente, no tonto; aunque, eso sí, descartaba las cosas que no le interesaban. Siete hombres, dos jarras de cerveza sin filtrar que sabía a levadura disuelta en meado de mapache, y las lenguas flojas por efecto de la camaradería, la arrogancia y, sobre todo, la botella de whisky Calvert que Turow había guardado para la ocasión.

—No es norteamericano —afirmó Yates.

—¿Quién? —preguntó Leonard Stowell.

—Quien está haciendo esas cosas a las niñas.

Haynes Dearing levantó la mano.

—Ya basta. Sigo siendo la ley, y ese tema queda zanjado. Esto es la fiesta de cumpleaños de Clement Yates, y eso es lo que va a ser. No vamos a hacer cábalas sobre nada de eso esta noche. Aquí están Leonard Stowell y Garrick McRae, y ambos han perdido a sus niñas. —Dearing levantó la vista e hizo un gesto de respeto a ambos hombres—. Temas diferentes para un día diferente. ¿De acuerdo?

—Yo no he venido a hablar sobre nada en particular —dijo McRae—, pero como aún queda tarta en la mesa, voy a cortarme un trozo... Y cumpleaños o no, estoy de acuerdo con Clement: no es cosa de un norteamericano.

—La última niña era judía —observó Frank Turow.

—No importa lo que fuera la niña —dijo Lowell Shaner—. El hecho es que era la hija de alguien, y yo estaba ahí, en la línea de rastreo, tras la muerte de la hija de Garrick... Yo estaba ahí, viendo a hombres adultos que nunca la habían visto, y vi a aquellos hombres que casi se echaban a llorar. Fueron hasta allí porque querían ayudar... y le diré algo, aquí mismo y ahora mismo, sheriff...

Dearing echó la cabeza adelante, con los hombros arqueados, como un perro de pelea.

—¿Y qué es lo que vas a decirme, Lowell Shaner?

Por un momento Shaner vaciló, pero luego miró a Garrick McRae, vio la dura línea que marcaba su mandíbula en tensión, la mirada pétrea en sus ojos y la intensidad de su expresión le ayudaron a decidirse.

—Que si no se hace algo más bien pronto...

—Así que mis chicos se van a apuntar a una batida de linchamiento bien cargaditos de alcohol, os vais a subir a un camión y os vais a ir hasta St. George o Moniac a colgar a algún pobre negro indefenso. Dime que me equivoco y os daré a cada uno un dólar.

Se hizo un silencio incómodo en el grupo.

—Los negros son norteamericanos —dijo Clement Yates en voz baja.

—Tienes toda la razón —dijo Dearing—. Entonces me he perdido. Lo que decís es que vais a ir a buscar a algún asesino de niños extranjero... ¿Un irlandés, quizá, o a lo mejor uno de los suecos que han pasado por aquí en dirección a las zonas de tala de madera? Bueno, ¿y qué tal un alemán? Por aquí tenemos montones de alemanes. Los alemanes están causando todos esos problemas con la guerra, matando a nuestros chicos en Italia y Dios sabe dónde, y también están matando judíos, y la última niñita que murió era judía. Vaya, ¿cómo se nos puede haber pasado eso por alto? Eso significa que tiene que ser seguro un alemán. Tiene que ser un alemán.

—Haynes —intervino Gene Fricker—, te estás subiendo a la parra sin motivo. Nadie dice...

—Hay muchas cosas que no tienen ningún sentido, Gene —sentenció Dearing—. Eso, amigo mío, es lo que nadie dice.

Se recostó ligeramente en la silla y se ajustó el cinturón del que colgaba la pistola. Era una acción insignificante que habría pasado desapercibida en cualquier otro caso, pero en aquel momento parecía tener un objetivo: recordar a todos los presentes que Dearing era la ley, que era el único que llevaba pistola y que la llevaba porque la ley decía que podía hacerlo.

—No vamos a tener jaleo en Augusta Falls —dijo, con voz suave. Se echó adelante una vez más y apoyó las manos en la mesa, bien abiertas—. No vamos a tener jaleo en el pueblo, y no es porque yo lo diga, sino porque aquí sólo tenemos ciudadanos sensatos, capaces de combinar unas cuantas palabras en una frase, que saben cómo funciona el mundo, que sufren un poco con el calor, con las malas cosechas, quizá... pero que en ningún caso sufren de calentones ni de esa enfermedad de los tontos llamada caza de brujas. ¿Estamos de acuerdo?

Hubo un momento de duda, en el que cada uno de los hombres escrutó los rostros de los demás.

—¿Estamos de acuerdo en ese punto? —preguntó Dearing por segunda vez.

Un murmullo de asentimiento se extendió de izquierda a derecha.

—He oído que alguien le ha causado problemas a Gunther Kruger —dijo Dearing—. Confío personalmente en que ninguno de vosotros habréis tenido que ver en ello,

y no estoy pidiendo confesiones ni desmentidos. Lo que os digo es que cualquier problema que se le haya podido causar a Gunther Kruger es agua pasada, y que quien no capte el mensaje y así lo transmita a cualquier vecino con el que se pueda encontrar, estará siendo un insensato. Llamadme retrógrado, convencional o clásico, pero no me apetece pasarme el verano descolgando cadáveres de los árboles.

—Ya lo hemos pillado —dijo Gene Fricker—. Lo has dejado claro, Haynes, no hace falta que sigas hurgando.

—Bueno, entonces estamos de acuerdo, chicos... Entonces sí que estamos de acuerdo. La gente tiene miedo, y cuando la gente tiene miedo no piensa con la cabeza. Esta situación ha cambiado la imagen que tenemos todos de todos. Puede que tengáis alguna queja de cómo lo estamos llevando, y no puedo decir que os culpe, pero el hecho es que aquí todos somos buenos ciudadanos y que ninguno queremos que vuelva a suceder. Mantened los ojos bien abiertos. Atentos a cualquier cosa fuera de lo normal, y si veis algo, venid a decírmelo y yo lo investigaré inmediatamente. ¿Entendido?

Y parece que aquello fue todo lo que se dijo, o así se transmitió de boca en boca, porque de aquel encuentro se habló una y otra vez. Incluso Reilly Hawkins lo hizo, días más tarde. Quizá ninguno de los presentes tenía ninguna intención de causar más problemas, pero los problemas llegaron enseguida, y azotaron con toda su furia. La noche siguiente, el 13 de agosto, domingo, sería una noche que marcaría un hito en mi vida, y en la vida de muchos en Augusta Falls.

Quizá debí verlo venir, porque se sentía la tensión, una electricidad tangible. Quizá me convencí de que de hecho no era nada, incluso recuerdo la noche del sábado, estirado en la cama mientras el sheriff Dearing, Leonard Stowell y los otros del Falls Inn celebraban el cumpleaños de Clement Yates. El mundo siguió girando, la gente siguió con sus cosas; yo leí a Steinbeck hasta que los ojos se me cerraron, y parecía que el día siguiente sería igual que cualquier otro domingo anterior o venidero.

Si hubiera sabido lo que supe después —la visión retrospectiva es la más astuta y cruel consejera— habría sacado a los Vigilantes de sus camas, y entre todos nos habríamos llevado a la niña de su casa y la habríamos ocultado en algún lugar hasta que acabara todo.

Pero no lo sabía, ni ella tampoco. Ni mi madre, con toda su sabiduría, podía imaginárselo.

La muerte vino a Augusta Falls, recorrió toda High Road; eficiente, metódica, indiferente a las modas y a los gustos; irrespetuosa para con la Pascua, las Navidades, los ritos y las tradiciones. La muerte llegó, fría e insensible, recaudadora del impuesto de la vida, del precio que pagamos por respirar, una deuda que siempre acumula intereses.

La vi llevársela, la vi de cerca, y cuando miré en sus ojos, no vi nada más que un reflejo de mí mismo.

Un ruido como el de un puño atravesando un cristal, un puño envuelto en una toalla, una toalla arrancada de una cuerda tendida entre la puerta de atrás y el poste de la valla, con un sonido que era más bien una explosión sorda, un sonido radiante, radiante y tenso, un sonido radiante y tenso que se abría camino por mi mente aunque yo estuviera durmiendo.

El calor cerca, demasiado cerca, la piel de la que se desprende la serpiente con gran esfuerzo; el calor de Georgia a finales de agosto, un calor intenso que te desafía a dormir si puedes, y una vez alcanzas el sueño, no quieres dejarlo escapar, no quieres salir a la superficie, salir de una acogedora oscuridad a una luz de un brillo hiriente, abandonar el estado de inconsciencia con ese sonido, esa explosión en el exterior que se convierte en ruido de cuchillos y cristales, cristales y cuchillos, todo mezclado en una bolsa de cuero y agitado, zarandeado...

Alguien me está zarandeando.

Músculos torpes que se desbloquean, como si salieran de un rigor prematuro, cada uno tirando del siguiente, despertándolo, en un efecto dominó de neurona a sinapsis, a nervio, a resistencia, mientras el sueño amenaza con estallar como un globo lleno de agua. Se rinde, abandona, pero a regañadientes, ya que una vez se pierda no volverá a recuperarse. Como Johnny Burgoyne en Saratoga: caballero, sí, pero se rindió igualmente.

—¡Joseph!

Un susurro de apremio.

—¡Joseph! ¡Despierta!

Un sueño, quizá, un sueño con la señorita Webber, aquel rostro de mandíbula ancha que era como una pradera, con esos ojos azules como la flor del maíz, unos ojos francos que florecían bajo el sol de Siracusa.

—¡Joseph!

Parecía la voz de mi padre: brusca y apremiante, no furiosa, no enfadada: sólo insistente. Yo me debatía contra algo, algo pesado, algo que me presionaba, como si me ahogara.

La sensación de movimiento, unas manos por debajo de mi cuerpo, y de pronto abrí los ojos y me encontré la cara de Reilly Hawkins mirándome, y mi madre a su lado.

—¡Date prisa, Joseph! —dijo ella.

—Ven, Joseph... Vístete, rápido. ¡Tenemos que salir de casa!

Fue entonces cuando sentí el olor del humo, penetrante y amargo. Me pareció

sentir el calor a través de las paredes, pero quizá aquello fuera obra de mi imaginación.

Me vestí a toda prisa, confundido, agitado, pero consciente de que la rapidez era esencial. Había ocurrido algo; algo malo, seguro. Mi madre y Reilly Hawkins iban delante de mí. Oí el repiqueteo de sus zapatos al bajar las escaleras de madera, como cuando se roza una cerca de estacas con un palo.

Una vez abajo encontré la cocina inundada de agua. Había cubos y cazos dispersos por el suelo y del otro lado de la puerta, en el patio... una algarabía de voces del exterior, y de pronto apareció Clement Yates, con la cara roja y la camisa empapada de sudor y de agua, los ojos desorbitados y la piel gris, tiznada de negro.

—¡Un cubo! —me gritó—. ¡Busca un cubo, chico... trae un cubo de agua y date prisa! ¡Date prisa, por Dios!

El cubo pesaba mucho. Casi resbalo y se me cae al salir al patio.

Fue entonces cuando vi las llamas, luminosos puños de color naranja aferrados al tejado de la casa de los Kruger, y elevándose rabiosamente hacia el cielo. El olor era denso y claustrofóbico, un olor a madera y algodón quemados, a madera y a piedra calcinadas, a tierra cocida bajo el intenso calor; era un olor diferente a todo lo que había olido antes, porque por debajo, atrapado como una corriente furtiva bajo la superficie, estaba el olor a Muerte.

No sé cuántas personas habría allí fuera. La casa de Gunther Kruger estaba en llamas, y daba la impresión de que todo Augusta Falls había acudido corriendo a ayudarlo a apagar las llamas. El rugido y los chispazos eran brutales, las explosiones sordas al reventar las ventanas por el calor, el crujido de las vigas dilatadas que finalmente cedían a la presión de aquella caldera, el chasquido de los azulejos recalentados, como disparos, como latigazos, el olor a enebro y a acebo cobrando vida en forma de explosiones anaranjadas tras la casa, los gritos, el miedo, los pasos agitados, las dos líneas de hombres: una desde nuestra cocina a la parte trasera de la casa de los Kruger, la otra desde el arroyo; dos líneas de hombres pasándose cubos de mano en mano, y entre esos hombres estaban Gunther Kruger, Hans y Walter, Clement Yates, Leonard Stowell, Garrick McRae y Gene Fricker. El sheriff Dearing también estaba allí, oía su voz pero no le veía la cara. Más tarde oí que había sido él quien se había metido en las ardientes entrañas del edificio, el que había roto las puertas y se había enfrentado al humo. Prácticamente cegado, siguiendo las voces y abriéndose paso entre tonos de gris, a través de las brasas negras y acres, todo para nada.

Los sacaron a todos: Gunther y Mathilde, Walter y Hans.

Ella no lo consiguió: Elena Kruger, con sus brazos magullados y sus ataques de epilepsia. Apenas faltaban once días para su duodécimo cumpleaños, y murió en algún lugar de las escaleras del sótano, sumergiéndose en la oscuridad para escapar del calor.

Recordé la promesa que había hecho, de pie en la colina donde había encontrado

a Virginia Perlman, la promesa de vigilar a Elena y asegurarme de que no le hicieran ningún daño. Rompí aquella promesa como si nunca hubiera significado nada. Sabía... sabía en lo más profundo de mi interior que de algún modo yo había hecho que ocurriera aquello.

Mi madre estaba allí, con la voz quebrada de tanto gritar, la ropa sucia, las manos y las rodillas embadurnadas de ceniza húmeda y barro. Reilly Hawkins tuvo que llevársela a rastras cuando el techo cedió por fin, puesto que todos sabían ya que la niña estaba perdida. Hasta aquel momento quedaba alguna esperanza: infundada, optimista, pero esperanza en cualquier caso. Cuando las vigas de madera del piso de arriba se vinieron abajo una tras otra, cuando aquellas inmensas llamaradas atravesaron el umbral de cada puerta y cada ventana, todos supieron que no había nada que hacer. Elena Kruger seguía dentro, y entonces las paredes se combaron hacia fuera y se ladearon hacia dentro, ebrias de fuego, y cualquiera que se hubiera aventurado a adentrarse en los límites de la parcela habría ardidido por dentro y por fuera antes de llegar siquiera a la estructura abrasada.

Me quedé de pie mirando, con el corazón rojo y ardiente, una estampida de sangre palpitando rítmicamente, los puños tensos, la mandíbula tan apretada que me dolían los dientes, y las lágrimas corriéndome por el rostro, lágrimas provocadas por el humo y por las dificultades para respirar... y por la desolación, al darme cuenta de lo que había ocurrido.

Alguien le había prendido fuego a la casa de los Kruger.

Fue más tarde cuando vi la Muerte. Nada más que una sombra, un espectro, pero allí estaba. La misma que se llevó a mi padre.

Era la madrugada del lunes, quizá las dos de la mañana, o las tres. Aún estaba despierto, todos estábamos despiertos, desvariando por el calor, el humo, la fatiga, el dolor. Las llamas habían cesado, la casa de los Kruger no era más que una sombra negra sobre la parcela, donde sobresalían, aquí y allá, vestigios de las paredes, como dientes rotos asomando sobre las encías de la Tierra. Se distinguía dónde estaba la cocina, podía oler los *wienerwurst* y la ensalada de patata que había hecho la señora Kruger para dar de comer al *espantapájaros*.

Entonces sacaron a Elena. Gunther Kruger, el sheriff Dearing, Lowell Shaner el tuerto y Frank Turow. La encontraron echada sobre las escaleras del sótano, con el cuerpo tan quemado que apenas se la reconocía. La envolvieron con una manta y la sacaron al exterior, entre las finas sombras del alba incipiente. La señora Kruger se quedó atrás, mirando, ya sin esperanza, sin emoción ninguna, incapaz de llorar más. En un momento determinado pareció doblarse y caer al suelo, y mi madre estaba allí, mi madre y Reilly Hawkins, que la sostuvieron, se la llevaron a la parte de atrás de mi casa y la metieron en la cocina.

Yo observé desde la ventana de mi habitación, la ventana que daba al patio de los

Kruger. Fue entonces cuando la vi, junto al rudimentario cortejo fúnebre que avanzaba como un fantasma entre los árboles, hacia River Road. Frank Turow tenía un camión de remolque plano, y allí pusieron el cuerpo de Elena Kruger para llevársela a casa del doctor Piper. La Muerte estaba allí, ni caminando ni flotando, sino en las sombras entre los árboles, las sombras de los hombres que caminaban con Elena, entre el sonido de pesadas botas aplastando hojas húmedas y ramitas rotas, el sonido de la grava por encima de todo, sobre el murmullo que emitían sus bocas mientras se aclaraban la garganta y susurraban palabras, mientras alzaban el cuerpo y lo colocaban sobre el camión. Ella estaba allí. Yo sabía que Ella me podía ver, que yo la estaba viendo a Ella. Por algún extraño motivo, sentí que Ella tenía tanto miedo como yo.

Fue entonces, en el momento en que se la llevaron, cuando sentí la presión y la angustia de mis peores miedos.

Igual que había ocurrido con Virginia Grace, me vino aquella idea.

La idea de que él sabía lo que estábamos pensando, que él sabía lo que nos había pasado por la mente, y que al dejar que Elena se enterara de lo nuestro, al prometerle yo que la protegería, la había entregado a aquel terrible, terrible destino.

Se estaba burlando de mí.

Era como si estuviera en mi interior, y un temblor se apoderó de mí sin que pudiera evitarlo.

El motor se puso en marcha. El camión arrancó con Frank Turow y el sheriff Dearing delante. Gunther Kruger arrodillado atrás, junto al cadáver de su única hija, la cabeza gacha, el alma rota en pedazos. Lowell Shaner se quedó junto al camino. No se movió hasta que el camión hubo desaparecido de la vista, y entonces se sentó sobre el polvo, allí mismo, al borde del camino, con la frente sobre las rodillas, y no se movió en mucho, mucho tiempo.

Si lo hubiera sabido habría llamado al señor Kruger, aunque él no me habría oído. Si hubiera sabido que Gunther Kruger iba a tardar tanto en volver habría gritado algo, alguna palabra de consuelo, de esperanza, algo que hubiera podido hacerle sentir que el mundo y todo lo que contenía no estaba en su contra. Pero no lo sabía, así que me quedé en silencio.

La señora Kruger y sus dos hijos se quedaron en casa de Reilly Hawkins aquella noche. Al día siguiente el señor Kruger vino a buscarlos y se los llevó, con las ropas que llevaban puestas, que eran todo lo que tenían, y Frank Turow se los llevó al norte, a Uvalda, en el condado de Toombs. Allí había una granja, una granja propiedad de la esposa del primo de Mathilde Kruger, ya viuda, que aún conservaba algo de terreno y unos cerdos que le permitían vivir modestamente.

No pregunté por los Kruger. Quizá hubieran sido víctimas de una maldición, y yo tenía miedo de que fuera contagiosa. Sus terrenos, la huella dejada por su casa, fueron

limpiándose con la lluvia y el paso de las estaciones. Llenaron el sótano con tierra, aplastada por el paso de la gente. Alguien plantó un árbol, algo pequeño, de apenas un metro de altura, pero se agitaba con la brisa y me hacía pensar en Elena y en el terrible sufrimiento de su breve vida.

Los Kruger habían estado allí, al igual que gran parte de nuestras vidas, y se habían ido.

El sheriff Haynes Dearing no hizo preguntas sobre el incendio.

No quería saber; debía de tener demasiado miedo de lo que pudiera descubrir. Hubo comentarios, como era natural, y mentalmente la gente buscaba explicaciones y justificaciones, razones que explicaran por qué pudo haber ocurrido algo así.

Corrieron rumores, comentarios sobre los cardenales de Elena: que su padre pudo habérselos infligido, que había abusado de ella y la había maltratado, o incluso violado; que esas cosas se habían prolongado durante muchos años, y que al final su padre había tenido que hacer algo para evitar que hablara. Recuerdo que el sheriff Dearing visitó a mi madre. No oí sus palabras, pero noté el tono. La estaba advirtiendo, diciéndole que tenía sospechas, que Gunther Kruger se había ido y que ella debía evitar contactar con él.

¿Por qué habían sobrevivido todos los Kruger, todos menos Elena?, se preguntaba.

¿Por qué la habían encontrado en el sótano, cuando todos los demás estaban en el piso de arriba?

¿Era culpable Gunther Kruger de todas las cosas que se habían dicho sobre él? ¿Habría sido él el responsable de los cardenales de Elena, después de todo?

¿Había alguna posibilidad de que Gunther hubiera matado a su propia hija para evitar que hablara?

Recordé la noche en que había visto a Gunther Kruger de pie en el camino, en silencio e inmóvil, con su largo abrigo como una túnica, el miedo que había sentido al imaginarme quién podía ser.

Recordé que me había parecido solamente una sombra.

Oí las cosas que decía la gente, hice lo que pude por no crearme ninguna; pensé que las mentes siniestras generaban pensamientos aún más siniestros. Siempre habría algún motivo para que la gente aceptara cosas así. Posiblemente porque no podían soportar pensar que alguien, alguien desconocido, hubiera prendido fuego a la casa de los Kruger por motivos relacionados con los prejuicios y la discriminación. Quizá porque la mente humana intenta buscar sentido a las cosas como puede, y si el propio Kruger era culpable, aquello facilitaría mucho la clasificación y la resolución del problema. Además, era extranjero, un alemán, y si lo que se decía desde Europa era cierto, si los alemanes eran realmente los responsables de las atrocidades que allí ocurrían, seguro que lo llevaban en la sangre, algún trastorno hereditario que les impulsaba a cometer actos de violencia y abusos. Augusta Falls era un pueblo pequeño. Los Kruger lo dejaron atrás, y no quedó nada tras ellos, más que el recuerdo

de su hija.

Los Vigilantes, antes seis, ahora éramos cinco. Hans Kruger se había ido, y en cierto modo yo me sentí aliviado. No creía que hubiera podido mirarle a la cara un día tras otro.

El resto no nos reunimos en un mes, y cuando lo hicimos los ánimos estaban tristes y apagados.

—¿Vosotros creéis que el asesino prendió fuego a la casa de los Kruger? —preguntó Michael Wiltsey.

Estábamos sentados en línea, con la espalda apoyada en el viejo muro de piedra al borde del campo de Lowell Shaner. Era el último día de septiembre de 1942, miércoles, y aunque el resto del mundo recordaría aquel mes por la matanza de cincuenta mil judíos y por la ofensiva de Hitler en Stalingrado, nosotros cinco recordaríamos aquel día por un motivo completamente diferente.

Yo sacudí la cabeza.

—No.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Ronnie Duggan.

Se apartó el flequillo de los ojos, arrugó la nariz y me miró.

—Tal vez fue alguien que pensaba que Gunther Kruger era el asesino de niñas.

—¿Tú crees? —preguntó Daniel.

Su hermana llevaba muerta algo más de seis meses, pero él llevaba su sombra allá donde fuera. Incluso visto desde lejos, daba la impresión de que alguien le seguía. Alguna vez pillé a la señorita Webber mirándole cuando él no se daba cuenta.

Hacía dieciocho meses desde la primera reunión de los Vigilantes, y yo recordaba aquel día como si no hubiera pasado más de una semana. Dieciocho meses que habían sido testigos de la muerte de Ellen May Levine, Catherine McRae y Virginia Perlman. Elena también se había ido, y a pesar de ser yo quien había encontrado a Virginia, fue la muerte de Elena la que me dolió más. A lo mejor ahora ella me seguía. A lo mejor yo también daba la impresión de ir cargando con un fantasma. A lo mejor aquellas cosas sólo podían verlas los demás.

—Yo creo —dije—, yo creo que eso es lo que ocurrió.

—Mi padre tiene una pistola, ya sabéis —dijo Maurice Fricker.

—Todos los padres tienen una pistola, Maurice —replicó Ronnie Duggan—. Mi padre se pone en el patio de atrás y dispara a los chavales atontados. Así que a lo mejor vale la pena que vayas a tu casa por otro camino.

—Lo digo en serio —insistió Maurice.

—Yo... Yo también podría conseguir una —dijo Michael.

—Por Dios, no —exclamó Daniel—. Si empuñas una pistola, con el tembleque que tienes, matarías a todo el que estuviera cerca.

—Ya está bien —dije yo. Me puse en pie y hundí las manos en los bolsillos—. Todo esto son tonterías. Nadie va a buscar ninguna pistola, ¿vale?

—¿Entonces qué vamos a hacer? —preguntó Daniel.

—Tenemos que organizar algún sistema —dije yo.

—¿Un sistema? —inquirió Maurice—. ¿Un sistema para qué?

—Para patrullar por el pueblo... para patrullar por el pueblo y asegurarnos de que vemos todo lo que pasa.

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez? —protestó Ronnie Duggan—. Dearing vino al colegio. Mi padre estaba tan cabreado que casi no podía ni respirar. Ya te lo digo ahora: eso no voy a volver a hacerlo.

—Yo no quiero decir eso —dije—. No estoy hablando de salir a hurtadillas, a oscuras. Estoy hablando de organizarnos para seguir el rastro a la gente.

—¿Nosotros cinco? —preguntó Michael. Era evidente que estaba agitado. Sus movimientos nerviosos eran más pronunciados que de costumbre—. ¿Cómo narices vamos a controlar nosotros cinco a todo un pueblo?

Di un paso adelante, me volví y los miré a los cuatro, sentados contra el muro.

—¿Quién tiene un papel? —pregunté.

Saqué un lápiz de mi bolsillo.

—Yo —dijo Ronnie Duggan. Se puso en pie y sacó un fajo de papeles pequeños de su bolsillo trasero.

—¿Para qué diantres es eso? —preguntó Daniel.

Ronnie se puso incómodo, me miró como si yo tuviera alguna respuesta que ofrecerle. Me encogí de hombros.

—Ya sabéis —dijo Ronnie. Se apartó el flequillo de los ojos—. Por si estoy por ahí... ¿entendéis?

—¿Por ahí? —preguntó Daniel—. ¿Por ahí, dónde? ¿De qué estás hablando?

—¡Hostia! —exclamó Maurice Fricker, y se echó a reír—. Es por si necesita cagar mientras está por ahí.

Daniel estaba pasmado. Parecía estar aguantando la compostura, pero de pronto estalló en una risa histérica desbocada.

Ronnie Duggan me tiró el fajo de papel y yo lo cacé al vuelo. Lo tuve en la mano un momento y luego lo dejé caer, casi involuntariamente.

—¡Por Dios, no es más que papel! —dijo Ronnie.

—¡Pero es papel de cagar! —gritó Daniel.

Yo me quedé allí de pie, viéndolos a los tres —Maurice, Michael y Daniel—, cayéndose de la risa.

Ronnie Duggan se me quedó mirando a través de la cortina de su flequillo.

—Joder, Joseph... ¿Les quieres decir que paren, por favor?

Me agaché a recoger el papel.

—¡No lo toques! —me gritó Maurice—. ¡No toques el papel de cagar!

Yo me quedé mirándolos. Quería reírme, pero no podía. Por Ronnie, por el motivo que nos había llevado allí. Me senté en el suelo, cruzando las piernas, con el papel y mi lápiz preparados, y esperé a que se les pasara.

—Como niños —dijo Ronnie, y él también se sentó.

«No estamos tan lejos de eso», pensé. A mí me faltaba un mes para los quince años. Los Vigilantes eran todo lo que tenía. Me daba la impresión de que Augusta Falls no era el pueblo en que me había criado. Aquel pueblo era una sombra de sí mismo, su mitad más oscura, y yo me quedé sentado en aquel campo, con un fajo de papel sobre las rodillas, mirando a los únicos amigos de verdad que tenía y que seguían con vida. Ronnie, Michael, Maurice y Daniel. De algún modo me había convertido en su líder no electo, en su portavoz, su capitán. Quizá yo tuviera más miedo que ninguno de ellos, y los observé mientras reían, y sabía que su risa era una vía de escape, un respiro, una breve liberación de la onerosa carga que nos estaba hundiendo a todos.

—Bueno, ¿de quién estamos seguros? —dije—. ¿Quién sabemos con seguridad que no puede ser el asesino?

Mis palabras hicieron que dejaran de reírse. Se calmaron.

—Mi padre —dijo Daniel McRae.

—Y el mío —dijo Maurice.

—Y el mío —se sumaron Michael y Ronnie.

Escribí los nombres. Si mi padre hubiera estado vivo, su nombre también habría ido a parar a la lista. Si mi padre hubiera estado vivo nunca habría habido una segunda niña. Era algo que quería creer, y eso hacía.

—El sheriff Dearing, Lowell Shaner, Reilly Hawkins —añadí—. Y el doctor Piper.

—El doctor Piper es raro —dijo Daniel—. Una vez me hizo un chequeo médico. Me hizo bajarme los pantalones, me agarró las pelotas y me dijo que tosiera.

—Ésa —dije yo, sonriendo— es una de las desagradables tareas a las que está obligado un médico.

—En serio —dijo Michael—: ¿A quién más conocemos que no pueda ser el autor de todo esto?

—Todos los familiares de las niñas asesinadas —respondió Maurice—. Sus padres, sus hermanos, toda esa gente. Quiero decir, que uno no va por ahí matando a sus familiares, ¿no?

Escribí los apellidos de las niñas que habíamos perdido, aparte de Catherine McRae: Van Horne, Stowell, Levine y Perlman.

—Frank Turow —añadió Ronnie—. Clement Yates, Gene Fricker.

Sus nombres pasaron a la lista. Eran toda la gente que yo conocía, que había conocido toda la vida. Eran algunos de los que habían participado en la línea de rastreo de setenta hombres tras la muerte de la hermana de Daniel.

—Eso no es más que gente de Augusta Falls —observó Maurice Fricker—. No yo creo que sea alguien de aquí.

—No se trata de eso —dije yo—. Estamos eliminando gente. Estamos sacando de la ecuación a cualquiera que sepamos que no puede ser. Así sabremos a quién no estamos buscando. ¿Vale?

—Y nos fijamos en todos los demás —dijo Ronnie—. No podemos vigilar a todo un pueblo, pero no hace falta que lo hagamos, ¿verdad, Joseph?

Asentí.

—Exacto. Sólo tenemos que vigilar a todo el que no esté en la lista.

—Pero podría ser cualquiera —dijo Michael—. Podría ser alguien de Camden o de Liberty o de Appling. Cualquiera podría venir por aquí, de cualquier lugar, y no nos enteraríamos.

—Tenemos que enterarnos —dije yo—. Para eso hacemos esto. Llevamos un diario. Nos reunimos una vez a la semana, aquí mismo, y repasamos cualquier cosa que nos parezca rara, cualquier cosa fuera de lugar. Hacemos lo que siempre hemos dicho que íbamos a hacer... mantener los ojos abiertos, nos vigilamos unos a otros, y sobre todo vigilamos a las chicas.

—No va a volver a suceder —dijo Daniel McRae.

Me volví a mirarlo y tenía lágrimas en los ojos. El recuerdo de las risas dirigidas a Ronnie Duggan pertenecía a otra vida completamente diferente.

—No puede volver a suceder —dije yo, y recé, recé con todo lo que tenía, para que fuera cierto.

Octubre dio paso a noviembre, y noviembre a diciembre; nos reunimos cada semana como habíamos planeado. Hablamos de quién habíamos visto, dónde y cuándo. Intentamos encontrar anomalías y rarezas en sus horarios y rutinas. Una tarde fuimos hasta el extremo de una vía de tren en desuso y encontramos a un hombre durmiendo en una zanja cerca del borde. Olía como un mapache muerto, y cuando se despertó y nos vio allí de pie se puso a chillar como un cerdo en el matadero y salió corriendo hacia los árboles, atravesando los campos en barbecho de Lowell Shaner. El ánimo del grupo se iba apagando con cada nueva reunión. Sabíamos que no estábamos consiguiendo nada. Nos convencimos de que el asesino habría salido del condado de Charlton tiempo atrás, que quizá se habría matado, o que se habría caído por un barranco, se habría ahogado en un pantano o incluso se habría suicidado por la vergüenza y la culpa, horrorizado por lo que había hecho.

Hasta la silueta de los carteles empezó a parecer algo procedente de la imaginación de unos niños asustados. A veces no teníamos nada de lo que informar, y entonces nos mirábamos unos a otros, algo perdidos, algo desesperados. En momentos así me sentía como en medio del mar, sin ancla, como si el rumbo que quería darles se hubiera perdido. Quería ser su líder, su capitán, intrépido e inquebrantable; quería darles una guía y una dirección. Una vez cancelé una reunión porque no me veía con ánimo de enfrentarme a ellos.

Estaba convencido de que todos entendíamos nuestro fracaso. Elena Kruger había muerto, y aunque sabíamos que no había muerto a manos del asesino directamente, había muerto igualmente. Nos habíamos erigido en responsables de los niños de

Augusta Falls, y yo le había prometido personalmente que la protegería de cualquier daño, a cualquier precio. Como individuos habíamos fracasado, como grupo habíamos fracasado, y al cabo de un tiempo nuestras reuniones se convirtieron únicamente en un constante y doloroso recordatorio de ese fracaso.

No nos dijimos nada directamente; fue más bien como un acuerdo tácito. Nos fuimos distanciando. Los Vigilantes dejaron de existir. A lo mejor creíamos que en cierto modo habíamos contribuido a la muerte de Elena. Yo no lo sabía entonces, e imaginaba que aunque volviera atrás no habría sabido hacerlo mejor. Pensé en Michael Wiltsey, en Maurice Fricker, en Ronnie Duggan y en Daniel McRae. Pensé en Hans Kruger, que debió de sentirse peor que todos nosotros juntos, puesto que él estaba dentro de la casa cuando se declaró el incendio. Podía haber hecho algo. Imaginé que pensaría que debía haber hecho algo. A lo mejor lo intentó, y fracasó en el intento. Todos nos sentíamos así. Habíamos hecho lo que habíamos podido, pero con eso no nos habíamos siquiera acercado a nuestro objetivo. Los Vigilantes estaban acabados.

A medida que se acercaba la Navidad, daba la impresión de que simplemente observábamos, a la espera de que la Muerte se llevara a otra.

El presidente Roosevelt ordenó la congelación de los alquileres, los sueldos y los precios de los alimentos; los Aliados derrotaron a Rommel en El Alamein; ciento cuarenta mil soldados norteamericanos desembarcaron en el norte de África para combatir contra algo llamado la Francia de Vichy; nosotros ya no podíamos comprar café ni gasolina; los alemanes, rodeados en la devastada ciudad de Stalingrado, por fin se rindieron ante los rusos. Habían sobrevivido tres semanas comiéndose los caballos de la División de Caballería Rumana.

Mi madre me regaló una pluma para Navidad; Reilly Hawkins me regaló un libro en el que escribir, con gruesas páginas de papel con marca de agua y con las cubiertas de cuero. Escribí en él mi nombre, la fecha, mi edad, y lo cerré.

Un nuevo año había empezado su curso. Aún no había acabado la guerra. Habían cambiado muchas cosas desde la muerte de Elena Kruger y la marcha de la familia. Ya no veía a Reilly tan a menudo, y en una ocasión oí un comentario de alguien que decía que yo era el hijo de aquella. Más adelante sabría que los rumores acerca de Gunther Kruger habían continuado, ahora ampliados incluyendo a mi madre, que no sólo se había acostado con Gunther Kruger, sino que había sido consciente de las terribles violaciones a las que él había sometido a su hija y que no había hecho nada. El sheriff Dearing vino a visitarla, y hablaron en voz baja en la cocina. Yo diría que ella no estaba en absoluto más tranquila cuando el sheriff se fue que antes de su llegada.

—Las palabras no son más que palabras —me dijo la señorita Webber.

Yo a menudo ponía en palabras mis pensamientos. A menudo me quedaba después de clase para enseñarle algo que había escrito, y si parecía distraído, o quizá agitado, o si había dejado pasar varios días sin enseñarle nada nuevo, ella venía a hablarme en privado y me preguntaba qué sucedía.

—Las palabras no son acciones. Las palabras se dicen y se olvidan tan rápidamente como se pronuncian —me dijo.

Lo hizo con toda sinceridad, pero lo que me decía no era cierto. Las palabras no se olvidaban. Las palabras se recordaban, y daba la impresión de que con el tiempo se reforzaban. Parecía que los malos pensamientos iban madurando y creciendo con el tiempo, y que cuanto más se compartieran con la gente, más influencia y validez adquirirían.

Mi madre los oyó. Vio cómo la gente la evitaba y la excluía. No era ajena a las murmuraciones con las que se encontraba, al hecho de que algunas mujeres se daban la vuelta y salían de la tienda cuando ella entraba. Le dijeron que ya no tenía crédito

en la tienda del pueblo. Reilly Hawkins hizo lo que pudo por ayudarnos, pero era evidente que el dinero no nos llegaba. Mi madre no era de las que aceptaban caridad, y mucho menos iba a pedirla. Dio voces de que aceptaría trabajos como lavar ropa, remendar u otras labores, pero cada vez era menos la gente que venía a vernos.

Al cabo de un tiempo, después de Navidad, daba la impresión de que el terreno de los Vaughan era un gueto rodeado por una valla de estacas con una necesidad urgente de pintura. Augusta Falls nos había aislado. Habían aislado a mi madre. Ella había perdido a su marido, su fuente de ingresos, su relación con la comunidad, sus amigos. La mínima sensación de compañía que podía haber tenido con Gunther Kruger también se la habían quitado. Lo único que le quedaba era yo; a mí no podía perderme, porque yo no pensaba irme a ningún sitio. Así que perdió la cabeza. Poco a poco, muy despacito, el lento deterioro del sentido común, de la razón, dio paso a una demencia innegable.

—Yo no soy psiquiatra —me dijo el doctor Piper.

Era la tercera vez que hablaba con él, la segunda vez que visitaba a mi madre. La primera vez que le había llamado, ella no había querido salir de su habitación. Podía oírla ahí dentro, a veces llorando en voz baja, a veces callada, y no había nada que yo pudiera decir o hacer para que abriera la puerta por dentro. Corrí a la tienda de granos y le pregunté a Gene Fricker si podía llamar al doctor Piper por teléfono. Cuando llegó el doctor, ella ya había salido de su habitación y estaba de pie, detrás de la casa, con la vista puesta en el recuerdo de la casa de los Kruger. El doctor Piper llegó, y ella razonaba con la claridad y la lógica de sus mejores tiempos.

La segunda vez llamé yo mismo al doctor Piper por teléfono. Él contestó que no podía venir. Iba a asistir a un parto.

La tercera vez le pedí a Gene Fricker que le llamara porque mi madre llevaba sin comer casi una semana. Lo sabía porque en la casa había muy poca comida. Cuando yo volvía del colegio, cada día, no faltaba nada. Sabía que no había salido a comer a ningún sitio porque había encajado unos papelitos en las puertas de delante y de atrás. Los papelitos seguían allí cuando yo volvía. Cuando me hablaba, me hablaba de cosas que habían pasado muchos años atrás, y les daba un peso mucho mayor del que merecían, actuaba como si acabaran de ocurrir. Me preguntaba si había ido a casa de los Kruger; me preguntaba por Walter, Hans y Elena.

—Cuando veas a la señorita Webber, tienes que decirle que le dé recuerdos de mi parte al señor Leander... Ya sabes, el señor mayor que es vecino suyo.

—Sí mamá —decía yo, asintiendo—. Lo haré.

Ella sabía perfectamente, igual que yo, que el señor Leander había muerto en el invierno de 1938; se lo habían encontrado de rodillas, tieso y congelado, en su patio de atrás, con los ojos bien abiertos, y la boca también, y las manos agarradas al pomo de la puerta.

Le conté al doctor Piper todo lo que podía recordar de las cosas que decía mi madre.

—Está sufriendo algún tipo de trastorno mental —me comentó él—, pero como te dije, chico, yo no soy psiquiatra. Resfriados, tos, partos, fiebre, certificados de defunción. Eso es lo que hago yo. No miro más allá de lo que veo. Lo más que puedo hacer es encargarme de que vaya a ver a uno de los mejores médicos del sanatorio de Waycross, en el condado de Ware. Allí tienen gente con más títulos que apellidos. Ésa es la gente con la que tendrías que hablar.

Hablé con Reilly Hawkins. Hablé con Alexandra Webber. Eran buena gente, gente amable, pero no sabían nada de enfermedades mentales.

El doctor Piper lo arregló todo. Reilly Hawkins nos llevó en su camión. Mi madre se sentó en silencio a mi lado, sentía una tensión que nunca había experimentado. Echaba de menos a mi padre. Echaba de menos la calidez de la cocina de la señora Kruger. Ella se habría ocupado de mi madre. Ella le habría hecho un caldo y *sauerkraut*; le habría hecho hablar de los niños y de coser ropa, de lo inútiles que son los maridos y lo rebeldes que son los chicos. La señora Kruger habría atendido a mi madre, a pesar de lo que pudiera sospechar sobre Gunther y sus infidelidades.

Martes, 10 de febrero de 1943. Hospital Comunitario de Waycross, condado de Ware, estado de Georgia. Yo tenía quince años, aunque quizá era más maduro de cabeza y de corazón. Estaba de pie, junto a mi madre, frente a un largo mostrador en el vestíbulo del hospital. Me llegaba el olor de los medicamentos, aquella combinación agri dulce de astringentes y calmantes con un fondo de alcohol. Estaba asustado, sobrecogido ante las dimensiones y el aspecto de aquel lugar. La gente lucía batas blancas y caras blancas, con una expresión severa, aparentemente indiferente y distante. De no ser porque poseía una voz y porque el doctor Piper nos había pedido una cita para ver a un tal doctor Gabillard, estoy convencido de que me habría quedado allí mismo, donde estábamos, el resto del día.

Mi madre no dijo nada de importancia. Preguntó si había dejado los bocadillos que había hecho en el camión de Reilly Hawkins. Preguntó si el médico iba a quitarle aquellos dolores de cabeza. Me recordó que le dijera a mi padre que habíamos invitado a Haynes Dearing a almorzar el sábado, que un pollo iría bien.

Esperé pacientemente a solas, durante dos horas, sentado en una silla desnuda en el pasillo de la tercera planta, mientras mi madre hablaba con el doctor Gabillard. Gabillard era más joven de lo que yo me había imaginado, quizá tendría treinta y cinco o cuarenta años. Yo me imaginaba que cualquiera que entendiera la mente humana tendría que tener al menos cien años. Pero el doctor ya tenía el cabello gris, escaso por arriba, y a través de su pelo despeinado pude ver que le brillaba el cuero cabelludo. Me habría visto reflejado en él si se hubiera agachado. Pensé que quizá se diera brillo con cera para muebles para dejarlo brillante como unos zapatos de domingo. Sonreía demasiado, como si intentara tranquilizar a todos los presentes y convencerles de que todo, absolutamente todo, iba a ir bien. Estupendamente bien.

No era así.

Yo sabía que no iba a ir bien antes incluso de que ella entrara allí. Yo quería salir y esperar con Reilly Hawkins, o pedirle que entrara y esperara conmigo. Aquel lugar era frío y duro. No quería irme por si ella salía. Reilly no quería entrar; decía que si un médico le echaba un vistazo, se lo llevarían a un manicomio en Brunswick.

—Ahí es donde envían a los locos —precisó—. Quiero decir a los locos de verdad, tipos que se ponen cosas encima de la cabeza y ladran a la gente. De ese tipo.

Yo le pregunté y él se rió.

—No —me tranquilizó, con la mayor seguridad que pudo—. Tu madre no va a ir a Brunswick.

Esperé en el pasillo. Debían de ser las cinco de la tarde. Estaba a punto de hacerme pipí encima.

—Está sedada —dijo el doctor Gabillard—. Vamos a tenerla aquí un tiempo y dejar que descanse.

Me preguntó por mi padre, por cualquier familiar vivo, por algún amigo de la familia con el que pudiera quedarme mientras ella recibía tratamiento.

—Eres un chico despierto —me dijo—, así que te contaré algunas cosas sobre lo que vamos a hacer y por qué. ¿Te parece?

—Van a ponerla mejor, ¿verdad?

Gabillard sonrió. Sonrió con la boca, pero no con los ojos.

—No es precisamente tan sencillo —dijo—. El cerebro es una máquina muy compleja, y no sabemos mucho de él. Curarle el cerebro a alguien no es como curar un brazo roto, Joseph.

—No creo que le pase nada a su cerebro —dije—. Creo que es su mente, la que se ha visto superada por todas las pérdidas que ha sufrido.

De nuevo Gabillard sonrió, y se rió, y me apoyó la mano en el hombro, como si estuviera teniendo paciencia y siendo comprensivo con alguien que no podía tener la más mínima idea de lo que sucedía.

Decidí no decir nada más; pensé que si mostraba mi desacuerdo con él quizá acabara enviándome a mí a Brunswick.

—Sedación inducida por clorhidrato —dijo Gabillard en un momento dado.

En otros momentos mencionó un tratamiento con dióxido de carbono para limitar el suministro de oxígeno al cerebro y limitar así la vida de los virus mentales que tenía; habló de Librium para hacerla dormir, de escopolamina para sacar al exterior pensamientos y sentimientos de los que ni siquiera mi madre era consciente, veronal para sedarla y para aumentar su respuesta al hipnotismo; y después habló de un húngaro llamado Von Meduna que había inventado la terapia de shock con metrazol.

—Ya ves —concluyó—, hay muchas cosas que podemos intentar, y todas ellas, te lo aseguro, van a contribuir a que tu madre se sienta muchísimo mejor. Ahora, Joseph... creo que tu padre firmó una póliza de seguro médico, ¿no?

La vi una vez antes de irme. Estaba echada en una cama, en una habitación

blanca. A través del ojo de buey de la puerta cerrada lo único que podía ver eran las suelas de sus zapatos.

Como las de Virginia Grace Perlman en lo alto de una colina.

Vi a mi madre una vez a la semana durante once meses. Durante un tiempo me llevó Reilly Hawkins, pero en abril de 1943 dijo que ya no quería ir más.

—Yo no puedo hacer esto cada semana, Joseph... desde luego no puedo hacerlo más. No es que no me importéis muchísimo tu madre y tú pero, joder, es que no soporto ver ese lugar ni una vez más. No puedo soportar pensar en lo que pueden estarle haciendo en el interior de esas paredes, y desde luego no quiero entrar a verlo con mis propios ojos.

Lo entendí. Se lo puse fácil. Yo tampoco podía soportarlo, pero seguí yendo igualmente. Hacía la mayor parte del camino en autobús y el resto a pie.

Mi madre, Mary Elizabeth Vaughan, de soltera Wheland; nacida el 19 de diciembre de 1904 en Surrency, en el condado de Appling, no muy lejos del río Little Satilla, se casó con Earl Theodore Vaughan tras un noviazgo de trece meses, el día de su vigésimo cumpleaños; dio a luz a su único hijo el 11 de octubre de 1927; enterró a su marido en julio de 1939 tras sólo catorce años de matrimonio; se quedó viuda a los treinta y cuatro años, una viuda que nunca más se casaría porque empezó a perder la cabeza. Y me daba la impresión de que el hospital de Waycross estaba acabando el trabajo por ella.

Pasó progresivamente de este mundo a un mundo propio. En el verano de 1943 ya no me reconocía. Yo era algo mayor, pero mi aspecto no había cambiado tanto. Gabillard me dijo que Haynes Dearing la había visitado dos veces, quizá tres, pero Dearing nunca me lo mencionó. Supuse que le habría resultado demasiado duro hablar de lo que había acabado siendo mi madre.

Los psiquiatras y los médicos de Waycross no dejaban de decirme que mostraba indicios de recuperación.

—¿De qué se está recuperando? —preguntaba yo.

A lo que ellos solían sonreír, sacudir la cabeza y responder: «No es tan sencillo, Joseph». Al cabo de un tiempo dejé de preguntar y ellos dejaron de hablar. Me iba a la tercera planta y me sentaba junto a su cama, le tomaba de la mano, le acariciaba la frente y ella me miraba y me contaba cosas que yo sabía que eran fruto de su imaginación.

Nunca vi a la Muerte. Ella nunca se sentó a mi lado. Ella nunca rondó la habitación en la que mi madre dormía esperando a que se la llevara. Hubo momentos, sólo unos segundos, en que deseé que viniera. No a por mí, sino a por ella. Estaba convencido de que en gran parte había perdido a mi madre la noche del sábado 13 de agosto del año anterior. La noche en que había muerto Elena Kruger. La noche en que mi madre reconoció que la vida que había deseado y la vida que poseía nunca serían

lo mismo. Creo que vio el mundo tal como era, y que la idea de enfrentarse a él sola le sobrecogió. Yo no sabía nada de la gente. Yo no sabía nada de sus complejidades y anomalías. Pero conocía a mi madre. Encontró una vía de escape, y lo único que podía hacer yo era seguir yendo a verla todos los años que siguiera con vida.

Más adelante, mirando hacia atrás desde la madurez, reconocería mi propia rendición, callada y gradual.

Me quedé en casa, la casa en la que había nacido y crecido. Trabajé después de clase, en cualquier trabajo que pudiera encontrar, y daba la impresión, por su amabilidad y compasión, que la gente estaba dispuesta a dejarme hacer cosas que podían haber hecho ellos mismos. Los meses de verano trabajaba hasta que se hacía tan oscuro que ya no veía nada. Trabajos sencillos. Poner vallas, limpiar terrenos para arar, talar árboles, cosas así. Y luego me iba a casa y escribía. Escribía mis pensamientos, mis sentimientos; llené el libro con tapas de cuero que Reilly Hawkins me había regalado, y le pedí a la señorita Webber que me consiguiera una docena de cuadernos de ejercicios. Cuando los llené, le pedí más. Ella quiso saber qué estaba escribiendo.

—Lo que pienso... a veces lo que siento —dije, pero nunca le dejé los cuadernos para que los leyera.

Quizá pensara que, si escribía lo suficiente de la realidad, acabaría por vaciarme, y con el vacío aparecería el fruto de la imaginación y la inspiración. Así luego escribiría algo como Steinbeck o Fenimore Cooper, una obra de ficción, en lugar de hablar de algún trabajo o un incidente. Hasta más tarde no descubrí la relación entre ambas cosas: que la experiencia, modelada con la imaginación, se convertía en ficción, y que la vida, vista a través de la tinta y las sombras de la imaginación, se convertía en algo tolerable y comprensible. Coloreé mis recuerdos con sonidos e imágenes que sabía que no eran reales, por lo menos no tal como yo los describía. Pensé por un momento que estaba perdiendo contacto con la razón y la racionalidad, pero agradecía que fuera una elección consciente. Independientemente de lo que escribiera, independientemente de cómo reflejara una cosa, sabía con certeza lo que eran hechos y lo que era ficción. Leía con voracidad, libros que tomaba prestados de la señorita Webber, de Reilly Hawkins, de la Biblioteca Municipal de Augusta Falls. Sin importarme el autor, la localización, la época, independientemente de gustos, de estilos, de niveles de subjetividad, los leía todos. Leer se convirtió en una razón de ser.

A veces pensaba en los Vigilantes, pero intenté no pensar. Éramos niños, nada más que eso, y el mundo al que nos enfrentábamos siempre había sido tan grande que podía habernos engullido. No veía a Maurice, a Michael ni a Ronnie Duggan con el flequillo sobre los ojos; quizá tampoco deseara verles, porque sólo me recordarían de nuevo que habíamos fracasado en nuestro intento por proteger a las niñas. Ver sus

caras habría sido ver a Elena, cómo se llevaban su cuerpo al camión la noche del incendio. Aquello sólo serviría para alimentar los fantasmas, y yo quería dejar atrás aquellos fantasmas.

Cuando cumplí dieciséis años, en octubre de 1943, pensaba que la guerra de Europa no duraría mucho más. Quizá también pensara que las cosas terribles que habían sucedido en Augusta Falls formaban parte de un pasado que más valía olvidar. Los carteles que había colgado el sheriff Dearing de árboles y vallas hacía tiempo que se habían disuelto por efecto de la lluvia y el sol. Cada uno seguía con su vida, y los que habían perdido a sus hijas de algún modo habían asimilado la pérdida y habían sobrevivido. La gente ya había dejado de preguntarme por mi madre, y mis excursiones a Waycross —excursiones que me llevaban casi tres horas de ida y otras tantas de vuelta— ahora ya no tenían lugar más que una vez al mes, a veces menos. El siguiente mes de diciembre ella cumpliría treinta y nueve años. Viéndola en Waycross, tendida en una cama, a veces sentada en una silla de mimbre junto a la ventana entreabierta, con el pelo cada vez más gris y el rostro enjuto y anémico, daba la impresión de que tenía cincuenta años. El alma que pudiera haber tenido, se la habían robado o roto en pedazos. Yo no sabría decir cuál de las dos cosas, pero la mujer que yo iba a ver no era mi madre. Era una caracola, encogida en el interior de su concha, asustada y desesperada, perpetuamente ausente; sus ojos me veían, pero le transmitían otra cosa. Para su mente, sus palabras eran lógicas y racionales, para mí no eran más que murmullos y divagaciones y un ruido desconcertante. Sabía que Haynes Dearing la visitaba. Hablé con Gabillard una vez, otra vez con una enfermera, y me decían que el sheriff había venido. Yo se lo agradecía en silencio. Deseé que siguiera visitándola, que no fuéramos sólo mi madre y yo contra el mundo. Nunca hablé con él de sus visitas, y él nunca me las mencionó. Creo que ambos nos habríamos sentido violentos y no habríamos sabido qué decir. Tras mi cumpleaños empecé a pensar en marcharme, y aunque al final aún tardaría en irme unos años, la semilla ya estaba plantada. Quizá precipitaran aquella idea las cosas que leía, quizá darme cuenta de que había un mundo más allá de Augusta Falls, un mundo donde no importarían la amargura de los cerrados de miras ni las recriminaciones por el pasado. Me atraía la idea del anonimato, el anonimato que podía experimentarse en una ciudad llena de vida y de personas, tan rica en ruidos que un solo rostro, una sola voz, pasarían desapercibidos. Quizá esta idea fuera mi propia vía de escape de todo lo que había sucedido, pero mientras mi madre siguiera viviendo en Waycross yo no podía dejarla.

Así que me quedé. Contuve la lengua y el temperamento. Viví solo. Gané suficiente dinero para mantener estables la mente y el cuerpo, para comprar lápices y cuadernos, para tomar el autobús hasta el condado de Ware una vez al mes y ver a la mujer que en otro tiempo había sido mi madre.

Quizá si no hubiera sido por la señorita Alexandra Webber me habría sumido en la oscuridad, pero el verano de 1945, mientras el mundo liberaba la tensión de una

guerra acabada, vino a visitarme.

—Para ver qué has estado escribiendo todos estos años —dijo, y sonrió con calidez, con aquellos ojos de Siracusa, azules como la flor del maíz, con aquellos rasgos claros, seguros y bellos—. He venido a oírte leer, Joseph Calvin Vaughan —dijo, y se sentó frente a mí a la mesa de la cocina.

Tenía veintiséis años, yo diecisiete, y recordé el deseo que me había invadido durante mi infancia.

Había pensado en Alexandra Webber, y mis pensamientos eran tan definidos como figuras de papel recortadas a tijera. Mi cabeza, mis manos, mi corazón, mis esperanzas; oraciones como deseos, formulados y luego olvidados.

La soledad es una droga, un narcótico; se va propagando a través de las venas, de los nervios y de los músculos; adquiere cierto derecho de posesión sobre el cuerpo y sobre la mente; se alimenta e impone sus propias necesidades. La soledad es como un muro.

Alexandra Webber vino a ver lo que había escrito en aquel muro, y aunque yo pensé que no había ninguna puerta de entrada, de algún modo ella encontró una.

Decidí ceder, dar un paso atrás y dejarla entrar.

Aire limpio, una brisa procedente del mar que llevaba consigo el olor de resina amarga, de enebro, puede que de sasafrás. Yo estaba sentado en la ventana de la casa, mirando hacia el terreno de los Kruger, ya vacío, y más allá, y salvo por las reminiscencias y los recuerdos, bien podía pensar que nunca había estado allí. Las sombras que proyectaban los árboles eran de color añil, gris, gris oscuro, acercándose a un azul noche. El olor a madera recién cortada amontonada tras el cobertizo, la savia de los pinos goteando al suelo, dejando atrapadas a moscas y arañuelas, preservándolas inalteradas hasta que les llegara el momento de arder.

Fue en aquella misma ventana desde donde la vi llegar.

El corazón como un puño apretado.

La oigo en la planta baja. La oigo cocinando, dijo que hacía los mejores huevos de este lado del río Altamaha.

En mis sueños ella era más joven, con el cabello cayéndole por un lado del rostro en una cascada sobre el hombro: seda cruda y oscura en tonos ocre, siena y tierra. Tenía un aroma fresco, como cítrico, penetrante y seductor. Su piel inmaculada, inocente, tan limpia y clara como sus ojos, con olor a jabón, a la fina capa de sudor que le cubría la frente cuando se inclinó hacia mí en una escuela de pueblo de una sola aula y me hizo leer algo importante. O insignificante. Ya me daba igual.

Pasos que avanzan por las baldosas de cerámica de abajo. Unos zapatos bajos de Siracusa, zapatos de profesora: predecibles, pragmáticos, funcionales. Dedos que sacan los huevos de la huevera de la fresquera, los sostienen, los rompen, la clara y la yema esparciéndose como las tripas de algo en un cuenco. El sonido del tenedor mientras los bate levantando espuma.

El sonido de mi corazón, mi pulso; el sonido de la sangre fluyendo en mi interior; el sonido del sudor saliéndome por los poros de la piel; el sonido de los pelos y las uñas al crecer; el sonido de la espera.

Llegó pronto, a la luz quebrada y extraña del alba que aún cubría el hueco entre noche y día.

La observé mientras se acercaba a la casa, estaba listo para abrirle la puerta

cuando llegó.

—Joseph Calvin Vaughan —dijo, como si mi nombre fuera algo que yo no supiera.

—Señorita Webber —respondí.

—Ya eres adulto, Joseph, no eres un niño. Hace casi dos años que no te doy clase. Puedes llamarme Alexandra.

—Alexandra.

—Ése es mi nombre —dijo, y sonrió con los ojos, no sólo con la boca.

Se produjo un silencio que duró una docena de latidos o más.

—Vas a invitarme a pasar —dijo, y era más una afirmación que una pregunta.

—¿Voy a hacerlo? —pregunté, ladeando la cabeza.

—Sí —susurró ella, asintiendo.

Dio un paso y se coló en el estrecho recibidor pasando junto a mí.

Yo llevaba puestos unos vaqueros y una camisa abrochada sólo con uno o dos botones. Iba descalzo. Me había lavado, pero aún no me había vestido para trabajar. Tenía cuatrocientos metros de valla que plantar en la linde más corta de los claros. Frank Turow pagaría la mitad, y el cuñado de Leonard Stowell la otra. Suponía un buen dinero, y no quería que me lo birlara algún otro jornalero itinerante con un martillo y una bolsa de clavos.

Pero entonces llegó a mi casa Alexandra Webber para hacerme unos huevos, para charlar un rato, para hacerme creer.

Más tarde, cuando me llamó al pie de las escaleras, casi se me sale el corazón por la boca. Me había puesto los zapatos pero no parecía que por ello me sostuviera mejor sobre el suelo; bajé con cuidado, tanteando el terreno, como un potrillo recién nacido, sin fuerza suficiente en las rodillas como para aguantar mi peso.

—Te has ocupado de la casa —dijo. Entró en la cocina, echó un vistazo alrededor e hizo un gesto hacia la mesa—. ¿Puedo sentarme? —preguntó.

—Claro —respondí.

Recordé que aquélla era mi casa, si no mía, de mi madre, y que no tenía que sentirme como un visitante no invitado.

—¿Cómo estás, Joseph?

Superé el umbral de la cocina y fui hacia la derecha, con la mirada fija en Alexandra Webber. Avancé de lado hasta que sentí el borde de la áspera encimera de madera contra la espalda. Puse las manos tras el cuerpo y me agarré al borde con los dedos. Sentía que necesitaba sujetarme a algo. A algo conocido, a algo familiar.

—No estoy mal —dije—. Ya sabe cómo están las cosas.

Ella sacudió la cabeza lentamente. Se agarró un mechón de pelo que le caía sobre la mejilla con la punta de los dedos y se lo pasó por encima de la oreja.

En algunas partes de mi cuerpo estaban pasando cosas que nunca antes había

experimentado. Sentía un dolor en la base de la ingle, una sensación como si algo me tirara desde dentro. Tenía la boca seca, me sabía a cobre y a polvo.

—¿Y cómo están? —preguntó—. No, no estoy segura de saber cómo están las cosas, Joseph... cuéntame.

Sonreí y me encogí de hombros.

—Ha sido duro... Los dos últimos años han sido duros, señorita Webber...

—Alexan...

—Alexandra —corregí—. Lo siento... no puedo evitar pensar en usted como mi profesora.

Alexandra se rió.

—Era tu profesora —reconoció—. Pero también era tu amiga, ¿no?

Dudó por un momento, con la interrogación en los ojos.

—Sí, lo era.

—Solías venir a hablarme de tus problemas y tribulaciones y luego, cuando pasó aquello con tu madre... —Apartó los ojos y posó la mirada en la ventana—. Cuando pasó aquello con tu madre, pensé que quizá volvieras a hablar conmigo, que vendrías a pedirme ayuda... pero no lo hiciste. Y me pregunté si habría hecho algo que te hubiera disgustado.

Me reí de pronto, inesperadamente, con una risa más nerviosa que divertida. Era una reacción, nada más que eso.

—¿Que me hubiera disgustado? —Sacudí la cabeza—. Aunque lo intentara... aunque lo intentara no podría disgustarme.

Había traído un ejemplar del *Writer's Digest*. Informaba de un concurso de relatos cortos. Me reí. Recordé «Diabluras» y la carta de Atlanta.

—¿Aún la tienes?

Asentí.

—Arriba.

—¿Quieres ir a buscarla?

—¿Usted quiere?

—Claro, ve a buscar la carta... No recuerdo qué decía. Prepararé algo para comer. —Ladeó la cabeza—. ¿Te van bien unos huevos? Hago los mejores huevos a este lado del río Altamaha.

Me levanté de la silla. Di un paso hacia la puerta.

—Sí —respondí, casi sin pensar—. Unos huevos irán bien.

Subí. La oía en la cocina, bajo mis pies, cascando huevos en un cuenco, batiéndolos.

Cerré los ojos y me imaginé todo lo que siempre había querido imaginar sobre Alexandra Webber.

Pensé que la quería. De todos los modos posibles. También en el bíblico.

Leyó la carta. Sonrió, se rió, me hizo preguntas que luego olvidaría. Estaba demasiado ocupado mirándola.

Nos comimos los huevos. También tostadas y sandía confitada. Estaba bueno. No podría decir si eran los mejores de este lado del Altamaha, pero a mí me gustaron.

Pensé en la valla que tenía que levantar, en los claros, en Frank Turow y en el cuñado de Leonard Stowell.

«Al cuerno con ellos», pensé. Eran hombres adultos. Entenderían mi situación.

—Así pues, ¿cómo te ha ido?

Aparté el plato.

—No me ha ido mal.

—¿Y tu madre?

—Se me ha ido, señorita Webber —dije, sacudiendo la cabeza—. Se me ha ido al sur a pasar el invierno y no va a volver.

—Es una tragedia... Parece que todo en tu vida ha sido una tragedia. Tu padre, lo que ocurrió con los Kruger, y ahora tu madre.

—Es la vida... Supongo que hay que aceptarla como viene, ¿no?

Ella alargó la mano y tocó la mía. Ahí estaba: el chispazo y el murmullo de la electricidad; sentí el vello de la nuca que se me erizaba, poniéndose en guardia. Sentí una fresca avalancha de esperanza que me llenaba el pecho.

—Te he echado de menos en clase —susurró.

—Yo he echado de menos que me diera clase.

—Siempre fuiste mi alumno preferido.

—Siempre fue mi profesora preferida.

Ella se rió.

—Eso no es justo... Yo era tu única profesora.

Sonreí.

—«Sopla, sopla, viento invernal, pues daño nunca harás como la ingratitud del hombre.»

Ella frunció el ceño, y entre las cejas se le marcó un surco.

—¿Shakespeare?

Asentí.

—*Como gustéis.*

—¿Estás diciéndome que soy una desagradecida, Joseph Vaughan?

—Digo que no ha caído en que le he hecho un cumplido.

—Lo he visto perfectamente.

—Bueno, pues lo diré otra vez... siempre fue mi profesora preferida.

—¿Y estás leyendo a Shakespeare?

—A veces... —dije, encogiéndome de hombros—, aunque la mayoría de las veces leo cómics de *Red Ryder* y *Little Beaver*.

—No es cierto.

—Sí que lo hago.

—Me estás tomando el pelo, Joseph Vaughan.

Bajé la mirada. Tenía las manos cruzadas sobre la mesa, como si pertenecieran a otra persona, como si alguien se hubiera dejado los guantes y yo los hubiera dejado así por si venía a buscarlos.

—No sé de qué me está hablando, señorita Webber.

—No tienes que llamarme así... En realidad tampoco nos llevamos tantos años.

—Los mismos que siempre.

Un momento de silencio. El corazón latiéndome en la boca. La boca tan llena de corazón que me preguntaba cómo conseguía hablar tanto. Mis pensamientos estaban fragmentados como un montón de pedacitos de cerámica. Veía cada uno de esos pensamientos, y todos eran de la señorita Alexandra Webber, y en su mayor parte eran bíblicos.

—¿Tienes que ir a trabajar hoy?

Sacudí la cabeza.

—No tengo que hacer nada.

—¿Quieres pasar el día conmigo?

La miré directamente, sin pestañear, y luego sonreí.

—Puede —dije.

Ella se ruborizó visiblemente.

—¿Sólo puede?

—Puede está bien, Alexandra Webber. Puede no es no.

—¿Qué es lo que me estás diciendo, Joseph Calvin Vaughan?

Sonreí. Me saqué el corazón de la boca y lo sostuve entre las manos.

—No estoy diciendo nada, señorita Webber. Nada y todo. Creo que he sentido una serie de cosas que no sé si entiendo. Siempre pensé que era guapa, igual que supe que era lista, y siempre tenía tiempo para todo lo que yo quería decir... y supongo que la miraba como un niño mira a una profesora. Luego crecí, empecé a pensar de otro modo, del modo en que las personas piensan en otras cuando quieren acercarse a ellas y sentir las próximas, y lo miraba como lo miraba, cada vez que tenía un pensamiento de aquel tipo, usted estaba en medio, como si fuera su sitio...

—Para —dijo, agitada, agarrándome la mano.

—¿Por qué? ¿Quién va a oírme? ¿Quién me escucha, aparte de usted?

—¡No sabes lo que estás diciendo!

—¿No lo sé? —Ya estaba a mitad del camino, así que pensé que más valía llegar al final—. Entonces dígame, ¿por qué ha venido hasta aquí?

La señorita Alexandra Webber apartó la mirada.

—¿Señorita Webber?

Ella levantó la mano, y también la voz.

—¡Muy bien, ya vale, Joseph! Si esto va a ir hacia donde creo que puede ir, lo primero que puedes hacer es llamarme por mi nombre.

Asentí.

—Entonces dime, ¿por qué has venido hasta aquí, Alexandra?

—Alex —dijo, con total naturalidad.

Yo contuve la lengua y la mirada.

La extraña percepción de una respiración ajena; reconocer que aquel olor, aquella piel, que el tacto de aquel cabello entre mis dedos no eran míos.

—No pasa nada —susurró ella, y su voz me llegó como el sonido del mar desde el interior de una caracola—. Ya sabrás lo que tienes que hacer.

La miré, tan de cerca que sentí el parpadeo de sus pestañas contra mi mejilla.

—¿Y si no sé?

—Entonces —dijo ella, con la voz casi perdida entre el murmullo de su corazón—, entonces yo te enseñaré.

—¿Que por qué he venido hasta aquí? —Sacudió la cabeza y apartó la mirada—. No lo sé, Joseph... Quizá porque pensé que te encontrarías solo.

—¿Solo?

Ella sonrió.

—Sí, claro. Solo. Sabrás lo que es sentirse solo.

—Lo sé —dije—. Lo sé todo de la soledad.

—Como si fuera tu trabajo, ¿eh?

—¿Mi trabajo? —Sonreí, y me eché a reír. La sensación que me invadía era de liberación emocional, como al desabrocharse un cinturón demasiado apretado—. Sí, supongo que podrías decirlo así... la soledad era mi trabajo... ¿Y tú?

Ella se inclinó hacia un lado, con la palma de la mano contra la mejilla y el codo apoyado sobre la mesa, soportando el peso de la barbilla.

—¿Yo?

—Sí, tú. —Asentí—. Tú también te sentías sola, ¿verdad?

Alex me besó los ojos, uno tras otro; sus labios húmedos, el fantasma de las yemas de sus dedos, la presión de su pecho contra mi brazo, el calor de su cuerpo...

El modo en que su cintura se perdía en la cadera, y cómo se fundía hacia arriba con el estómago. Su vestido tenía botones en la espalda, y se volvió lentamente, me cogió la mano y me enseñó dónde estaban. Salió de entre la tela dando un paso, como liberándose de una segunda piel. La caída del algodón, que cumplía su promesa con la gravedad.

Volvió a acercarse.

La respiración atrapada en mi garganta, un pájaro atrapado, asustado.

Ella se rió.

Se encogió de hombros. Un mechón de sus cabellos se le cayó de detrás de la oreja y le acarició la mejilla. Levantó la mano y lo volvió a colocar en su sitio.

—Todo el mundo se siente solo, Joseph.

—Y por eso estás aquí... ¿Porque pensaste que ambos nos sentíamos solos y querías hacer algo para arreglarlo?

Ella asintió con una media sonrisa.

—Puede —concedió.

—¿Puede? Yo soy de los que dicen «puede». ¿Tú? Tú nunca fuiste una persona de «puede», Alex... siempre clara, siempre directa, blanco y negro.

—¿Importa por qué he venido?

Negué con la cabeza.

—No, Alex, no importa por qué has venido.

Se levantó de la silla. Dio un paso atrás y yo di otro adelante, sólo un paso, pero parecía como si salvara con él el hueco entre imaginación y realidad.

—¿Quieres que me vaya?

—No, Alex... No quiero que te vayas nunca.

Más tarde no podía recordar cómo encontramos el camino escaleras arriba. Más tarde, cuando intentaba recordar, llegué a la conclusión de que no importaba.

Levanté la mano y le toqué el brazo, el hombro, la nuca.

Sus manos encontraron mi cintura, los botones de mis pantalones.

—Fuera —susurró.

Yo me desembaracé de mis ropas.

La brisa levantó las cortinas de la ventana tras de mí, erizó el vello de mi piel, me hizo estremecer por un momento.

Ella dio un paso atrás, y otro, y se sentó en el borde de la cama.

Me quedé de pie frente a ella, con la mano derecha contra su rostro, su mejilla, con su cabello entre los dedos.

Ella me besó el vientre, trazó un círculo en torno a mi ombligo con la lengua, y luego hundió la cabeza y abrió la boca. En mi interior estalló un fogonazo.

Apenas unos segundos más tarde levantó la vista y me miró.

—Ya sabes cómo va esto, ¿verdad?

Asentí.

Ella se echó hacia delante y se quitó la enagua. Se estiró sobre el colchón y alargó la mano.

—Pues ven —dijo—, antes de que me muera de deseo.

De algún modo encontramos un ritmo, forzado al principio, pero lo encontramos. Lo seguimos: nos llevó a un lugar al que no habíamos planeado ir. Un lugar del que no apetecía regresar.

Recuerdo que había momentos en que reí, aunque más tarde no podía recordar el motivo.

Alex estaba tendida a mi lado, con su cuerpo apretado contra el mío, el brazo

doblado sosteniendo la cabeza, y de vez en cuando yo giraba la cabeza para mirarla mientras hablaba, para interrumpir sus palabras con besos, y al cabo de otro rato yo decía: «Otra vez», y ella cerraba los ojos y yo volvía a pegarme a ella.

No salimos de mi habitación hasta media tarde.

Pasaron las semanas.

Volvieron los sueños. Sueños en que me perseguía la mano izquierda.

La mano de Virginia Grace Perlman. La mano que nunca encontraron.

Augusta Falls se había convencido a sí misma de que debía olvidar los asesinatos. Después de tres años, la mente colectiva de un pueblo había conseguido aislarse del pasado. Yo no.

Alex me visitaba cada vez con mayor frecuencia, y yo le hablaba de las niñas, de los asesinatos, de quién podía haber hecho aquellas cosas; hablamos de los Kruger, de la muerte de Elena, de todo lo que se había dicho.

—Sea lo que sea lo que ocurrió —me dijo—, ha pasado... hace mucho tiempo de eso.

—No tenía nada que ver con los Kruger —insistí—. Yo conocía a Gunther Kruger... Conocía a su mujer y sus hijos.

Hice una pausa y miré al vacío, a través de la ventana de la cocina. Se acercaba el final de noviembre. Durante casi tres meses, Alex me había venido a ver dos, tres o incluso cuatro veces por semana. Hacíamos el amor, a veces furiosamente, como si hubiera algo por descubrir dentro de cada uno de nosotros, y que sólo con el ímpetu y la pasión teníamos ocasión de liberar, de descubrir; otras veces lentamente, como si estuviéramos bajo el agua, llevando cada palabra, cada respiración, cada segundo de contacto físico todo lo lejos que pudiéramos. Yo había cumplido dieciocho años el mes anterior. Alex Webber cumpliría veintiséis en febrero de 1946. Casi nueve años no nos parecía tanto tiempo. Hacía casi cuatro años desde la última vez que Reilly Hawkins nos había llevado a mí y a mi madre al Hospital Comunitario de Waycross, desde que el médico jefe me había hablado sobre el dióxido de carbono para matar de hambre al cerebro, del Librium para inducir el sueño, de la escopolamina para hallar los verdaderos sentimientos no manifestados, del veronal para sedarla. Yo tenía la impresión de que mi madre se había hundido en algún lugar oscuro y silencioso, y que por muchos fármacos que le dieran, le hicieran lo que le hicieran, no serviría para nada. La oscuridad y el silencio seguían ahí. El tratamiento simplemente impedía que pudiera pedir ayuda a gritos.

Alex había llenado un vacío. Todo lo que me daba, yo lo consumía, y aun así seguía con hambre. Leíamos libros juntos, a veces toda la noche. Steinbeck, Hemingway, William Faulkner, Walt Whitman, Flaubert, Balzac, *La Dama de Monsoreau* de Dumas, *La letra escarlata* de Hawthorne, *Rojo y negro* de Stendhal. Si algo no lo entendía, ella me lo explicaba. Las cosas que no podía explicarme, me las

enseñaba. Mi trabajo se resintió. Había gente que ya no quería contratarme. Empecé a afeitarme, y luego decidí dejarme barba. El pelo me caía por encima de los hombros.

—Bohemio —dijo Alex, y se rió, y me besó la frente, y me agarró la barba con los dedos, y me llevó hasta el colchón.

Pasado un tiempo le hablé a Alex sobre Nueva York, mi visión, mi ideal.

—«¡Manhattan de rostro soberbio! ¡Camaradas americanos! Viene a nosotros el Oriente al fin. A nosotros, ciudad mía. Para caminar por entre nuestras maravillas de mármol y hierro que se alinean a un lado y otro.»

—¿A vosotros, qué?

—Walt Whitman —dijo, y se rió de mí—. ¡Ignorante escritorzuelo bohemio!

—¿Ignorante? Pues que sepas que he empezado un libro.

—¿Que has hecho qué?

—Un libro. Una novela —dije—. He empezado a escribir una novela.

Ella se irguió sobre la cama. La sábana le cayó de la garganta y se le amontonó a la altura de la cintura. Sus pechos perfectos, la curva de la espalda, la garganta, la línea de la mandíbula. Tendí la mano. Ella me dio un manotazo, me sujetó la muñeca y me la bajó.

—¡Cuéntame! —espetó—. Dime qué es, Joseph.

—No es nada... caray, Alex, es sólo una idea que he tenido. Empecé anoche. — Hice una pausa y fruncí el ceño—. No, hace dos noches... La noche que dijiste que ibas a venir y no viniste.

—Bueno, cuéntame —me apremió—. Cuéntame de qué va.

Me saqué la almohada de detrás de la espalda y me la coloqué bajo la cabeza. Alex estaba animada, entusiasmada; parecía realmente emocionada.

—Está sin pulir —dije.

—Como tú —bromeó.

—Yo sí que voy a pulirte —dije, y le agarré un mechón de pelo en broma.

—No —insistió ella—, en serio... dime qué estás escribiendo.

—Es sobre un hombre —dije.

Ella sonrió e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Buen principio... como «Había una vez un hombre y tal», ¿no?

—Muy lista, Alex Webber, más que lista.

—Pues cuéntame —repitió—. Dime de qué va.

—De un hombre que se llama Conrad Moody... que hace algo terrible. Mata a una niña. Es un accidente, pero es un fatalista, cree en la providencia y en las Tres Hermanas...^[2] sabe que en algún lugar debe de haber cometido un delito y que se habrá librado del castigo, y que ahora le llega ese castigo. Se pasa el resto de su vida expiando el asesinato de la niña, una niña que prometió proteger.

Alex se quedó callada un momento.

—¿Qué? —pregunté.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Tienes un fragmento que me puedas leer?

—¿Ahora?

—Sí —dijo, asintiendo.

Me eché hacia el otro extremo de la cama y metí la mano debajo. Tanteé el suelo hasta que encontré mi cuaderno. Lo cogí y me senté en el colchón, Alex a mi lado, mirándome, con expresión fría y distante.

—¿Quieres que te lo lea ahora?

—Sí —susurró—. Sólo un poquito.

Abrí el cuaderno, encontré una página. Me aclaré la garganta y empecé.

—«Pensó en algo como un puñetazo directo en el plexo solar, pero aquello no definía realmente la tensión que sentía por dentro. Pensó en una presa, en una presión de cincuenta mil kilos por centímetro cuadrado, que alcanzara el punto de fractura, que lo sobrepasara, pero sentía que aquello tampoco lo definía. Se quedaba corto; se quedaba decididamente corto. Una tensión como una tralla tirante, como una cuerda de piano, una cuerda que crujía y tiraba pero que no podía tensarse ni una fracción más sin estallar, soltando un latigazo, cortando lo que encontrara por en medio. De hierro, era. Imperfecto, sí, pero de hierro. Y estaba convencido de que aquellas imperfecciones le hacían humano. Aquello era lo que le habían dicho, y nunca se había planteado discutirlo, puesto que la fe siempre había sido su sólida base, y sin ella sus muros se habrían venido abajo. Conrad Moody escribía en aquellos muros, y ellos escuchaban. Oían todo lo que él deseaba decir. Era así de simple. Y así de fuerte. Tan fuerte como para poder soportar aquel peso solo...»

—Para —dijo ella.

La miré. Una única lágrima se había abierto paso desde su ojo y empezaba a caerle por la mejilla.

Fruncí el ceño. Intenté sonreír.

—¿Qué? —dije—. ¿Qué pasa? Joder, Alex...

—Es sobre ti, ¿no?

—¿Eh?

—Sobre ti... es sobre ti y la niña de los Kruger, ¿no? Prometiste cuidarla, ¿verdad, Joseph? El día del que me hablaste, que mirabas desde lo alto de la colina y la veías en el patio. Te prometiste a ti mismo que te asegurarías de que no le pasara nada malo.

No respondí; en mi mente no había ninguna palabra.

—Pero no funcionó, ¿verdad? —prosiguió—. No pudiste mantener tu promesa, y ella murió.

Permanecí en silencio.

—¿Cuánto tiempo seguirás torturándote por eso?

—No creo...

Levantó la mano y me cerró los labios con un dedo. Sacudió la cabeza, cerró los ojos un segundo y luego me acercó contra su cuerpo.

—Ssshhh. No digas nada —susurró—. Está bien... todo va a ir bien, Joseph. Vamos a hacer un niño. Es así de fácil. Vamos a hacer que todo esté bien. Vamos a traer un niño al mundo y restaurar el equilibrio... Vamos a romper el maleficio.

—Alex...

—Ssshhh, Joseph... ya basta. Vamos a arreglarlo todo, ya verás...

El corazón me golpeaba contra el pecho, como un puño atrapado. Estaba sudando, tenía la piel cubierta de sudor, pero tenía frío, casi tiritaba. Alex tiró de las sábanas y nos envolvió a los dos con ellas. Se tendió y yo me hundí con ella en el colchón, mientras mi cuaderno caía al suelo.

—Ahora —susurró.

Tres días antes de Navidad fuimos a ver a mi madre al Hospital Comunitario de Waycross. Le pedí el camión a Reilly. Sábado, 22 de diciembre de 1945, el cielo cubierto y opresivo, los árboles de la carretera como manos en busca de algo.

No quería que Alex la viera, no en su estado, pero Alex insistió.

—Es Navidad. Es tu madre. No es algo que puedas negociar o posponer.

Más de ochenta kilómetros, no había vuelta de hoja, así estaban las cosas. Emprendimos la sinuosa ruta, vimos cómo se iba abriendo el cielo en el transcurso de la mañana, cómo salía el sol y ahuyentaba las sombras, mientras aparecían casas como de la nada. Las nubes de tormenta se disputaban el espacio en el horizonte, hacia el oeste, como una amenaza distante, la promesa de una venganza por algo desconocido, pero de vez en cuando un rayo de luz se abría paso, como la navaja de un tallador atravesando la corteza para encontrar la madera compacta en el interior.

Hablamos poco, Alex Webber y yo, pero de vez en cuando la miraba de perfil, y parecía satisfecha. El optimismo corría por sus venas.

Vimos siluetas recogiendo algodón en el campo; hombres apilando madera para el camino de troncos, otros cortando esos mismos troncos para hacer traviesas. Llevábamos más de una hora en la carretera y estábamos apenas a medio camino de Waycross. No había prisa. La carretera se extendía tras nosotros, se perdía frente a nosotros como una cinta negra, y la seguíamos simplemente porque habíamos tomado una decisión. Íbamos a ver a Mary Elizabeth Vaughan, la mujer que me había parido, íbamos a verla porque Alex creía que era nuestra familia, ahora tan suya como mía. Me dijo que me quería. Yo le dije que yo también, a lo que respondió:

—Pues cuando quieres a alguien, lo aceptas entero, con todos sus vínculos, sus obligaciones. Te llevas la historia, el pasado y el presente. Te lo quedas todo, o nada en absoluto. Así son las cosas, Joseph, así es como son las cosas.

Alex no discutía, no replicaba; exponía su punto de vista con decisión. Si yo me planteaba un desafío, ella me deshinchaba las velas antes de que pudiera levar anclas. Me resigné a dejar pasar aquellas cosas. Ella era de Siracusa, y la gente de allí pensaba de otro modo.

La mañana se tornó bochornosa y húmeda, la brisa intensa y próxima, cargada de humedad. Paré el camión de Reilly Hawkins en el arcén de la carretera, un camino enfangado y lleno de baches y surcos que desgastaban los neumáticos de ambos lados a la vez y que hacía de la conducción un trabajo más que un placer. Alex dijo que tenía sed, quería abrir un termo con café que había traído, y nos quedamos un rato allí sentados, dando sorbos de la misma taza uno tras otro, y hablando de vaguedades

para pasar el tiempo.

—Tenemos una manta —dijo, al cabo de un rato.

—Claro —dije.

—No te preguntaba, Joseph, lo afirmaba.

—Vale, pues tenemos una manta —respondí, encogiéndome de hombros.

—Tenemos un camión con el remolque plano. Tenemos una manta. Tenemos una carretera sin nadie a la vista.

—¿Qué me estás diciendo, Alex?

—Lo que tú creas que te estoy diciendo, Joseph.

Me volví y la miré con una mirada traviesa.

—¿Estás diciendo que quieres que nos echemos en la parte de atrás y nos demos un revolcón...?

—¡Qué romántico! Desde luego, las cosas por su nombre.

—Joder, bueno, has sido tú la que has tenido la idea.

Ella se encogió de hombros, resignada.

—Bueno, pues no es tan complicado... pon la manta en la parte de atrás del camión y ven a echarme un polvo. ¿Vale?

—Por Dios, Alex, no puedes subirte a la parte de atrás de un camión en medio de la carretera y echarle un polvo a alguien.

—¿Y por qué narices no? ¿Dónde dice que no se pueda hacer?

Yo estaba pasmado.

—Alex, éste no es el modo de quedarte embarazada.

—Demonios, Joseph, no se trata de quedarse embarazada; se trata de querer echar un polvo en un camión.

—¿De verdad quieres hacerlo? ¿Realmente quieres que ponga una manta ahí atrás...?

—Y que me echés un polvo. Sí, eso es lo que quiero. Quiero que hagas eso ahora mismo, antes de que cambie de opinión, antes de que acabes de cargarte cualquier brizna de romanticismo espontáneo que pudiera haber existido, ¿vale?

Puse la manta en la parte trasera del camión.

Alex se acercó y se quitó la ropa interior por debajo de la falda y me la tiró. Trepó a la parte de atrás del camión y se tendió. A mí me había entrado la risa, me reía tanto que me llevó un buen rato ponerme en situación de emprender la tarea encomendada.

Percibía el aire fresco, el canto de los pájaros en los árboles, cómo Alex prácticamente me tiró boca arriba y luego montaba a horcajadas sobre mí. Yo me estaba riendo demasiado como para tomármela en serio, y de pronto, en un momento, me pareció asombroso el propio hecho de estar allí, de que Alex Webber —profesora — estuviera conmigo.

—¿Qué? —preguntó.

Fruncí el ceño, sacudí la cabeza. Me costaba respirar, con todo su peso encima.

—¿Y bien? ¿De qué te estás riendo?

—No me estoy riendo —respondí, sin aliento—. Por Dios, Alex, tienes que salir de ahí o me voy a ahogar.

—¿Ahogarte? No te estoy ahogando. No peso casi nada.

—¿Casi nada? Vale...

—¿Quieres decir que estoy gorda? Estás diciendo que peso demasiado. ¿Es eso lo que estás diciendo, Joseph Vaughan?

—¡No me llames así!

—¿Por qué no, si se puede saber? Es tu nombre, ¿no?

—Es mi nombre, sí. Joder, Alex, lo dices como si estuviera en el colegio.

Ella soltó una carcajada.

—¡Joseph Vaughan! ¡Más te vale traer los deberes hechos mañana o vas a quedarte limpiando borradores!

—¡Alex! —imploré—. En serio... tienes que bajarte antes de que me ahogue.

Ella se desplazó hacia un lado, retiró el peso que me aplastaba el pecho y luego se echó hacia atrás, con la mano detrás del cuerpo, buscándome, guiándome, riéndose hasta cuando bajó el cuerpo y encontró la posición.

Yo estiré las manos y la cogí de la cintura, mirando hacia el faldón de manta con que se había cubierto la cabeza, a modo de tienda de campaña.

Alex me miraba a los ojos, con las manos hacia los lados. Se las cogí, entrecruzamos los dedos y empezó a balancearse adelante y atrás.

Era una sensación perfecta, demasiado perfecta quizá. Parecía ser un concentrado de todo lo que había querido encontrar en una persona. ¿Sería siempre así el primer amor?

Sentía su olor, su sonrisa, la presión que ejercía sobre mí, la sensación de verme casi consumido por algo extraordinario.

Percibí por fin el ruido de un coche que se acercaba, la sensación de estar tendido boca arriba, con Alex encima de mí, apretada contra mí, los dos completamente desnudos, cubiertos únicamente con una manta, intentando no reírnos, no hacer ningún ruido, noté mi mano en su culo, su falda subida a la altura de la cintura, mis pantalones en los tobillos, y el coche que se paraba al lado del camión.

—¡Oh, Dios mío! —susurré.

—¡Ssshhh! —susurró ella.

Tenía los ojos abiertos como platos. El coche se detuvo. Nunca me había sentido tan vulnerable. El ruido de la puerta del coche abriéndose, cerrándose de un portazo, el ruido de unas botas caminando por la carretera, el crujido y el patinazo de la grava desplazándose bajo el chasis.

—La cabina está vacía —dijo una voz—. La cabina está vacía, y desde luego no veo a nadie en la carretera ni entre los árboles. Más vale que salgáis de debajo de esa manta de cuadra y me enseñéis la cara.

Alex se echó hacia un lado, sólo un poco, pero yo sentí que salía de su interior. El romanticismo espontáneo del momento murió de pronto. Como si a Cupido le

hubieran pegado un tiro.

—Os habla el sheriff, el sheriff del condado de Clinch, me llamo Burnett Fermor, y sea lo que sea lo que estéis haciendo en vuestro camión... bueno, lo estáis haciendo en una de mis carreteras. Voy a pedir os que salgáis de ahí abajo, quienesquiera que seáis, y que me enseñéis la cara, o las cosas se van a poner feas.

Mis ojos aún más abiertos. La expresión de Alex, próxima al terror desbocado, mi corazón, en carrera libre hacia los árboles.

—Voy a contar hasta tres. Sólo hasta tres. No tenéis más tiempo. Así que ahí va... uno... dos...

—¡Vale! —grité.

Me erguí y bajé la manta, saqué la cabeza por el borde y miré hacia el final del camión, miré hacia el final del cuerpo envuelto de Alex, consciente de que tenía los pantalones en los tobillos y ella la falda en la cintura, y que si bajaba algo más la manta, su culo quedaría expuesto a los ojos del mundo.

El sheriff Burnett Fermor, un tipo duro, con una cara angulosa hasta el extremo, con el pulgar de la mano izquierda encajado en el cinturón y la mano derecha apoyada en la culata del revólver.

—Bueno, se te saluda, muchacho —dijo, con intencionado acento sureño. Los músculos de la mandíbula se le tensaban al hablar. Entrecerraba los ojos por efecto del sol, y eso le daba el aspecto de alguien que saliera de un sótano, que hubiera estado encerrado en el sótano por su seguridad y la de los demás—. ¿Estás bajo esa manta solo, o tenemos compañía esta mañana?

Alex se movió. Sus dedos asomaron por el borde de la manta y la bajó unos centímetros. Esbozó una sonrisa forzada.

—Buenos días, señorita —dijo Fermor.

Dio un paso adelante, acercándose al camión.

Alex se irguió ligeramente, con una débil sonrisa.

—Hola, sheriff —saludó.

—Bueno, ya no somos unos críos, ¿no? —dijo él—. Parece que esto es exactamente lo que parece. Voy a tener que pedir os, queridos, que bajéis de ahí y vengáis al lado de la carretera.

—¿Nos puede conceder un momento? —pregunté.

—¿Un momento, hijo? ¿Y para qué quieres un momento?

Sentí la tensión de los nervios en el estómago.

—Para adecentarnos un poco antes de salir.

El sheriff Burnett Fermor me echó una mirada con intención.

—Parece que tenemos una situación difícil. No querría incomodaros, chicos, pero tampoco quiero apartar la mirada mientras salís corriendo. No tengo ni idea de quiénes sois, y desde luego no tengo intención de daros la vuelta hasta que tengamos ocasión de conocernos mejor.

—Puedo asegurarle, sheriff...

Burnett Fermor levantó la mano y sonrió.

—Perdona que te interrumpa, hijo, pero yo no veo que estés en disposición de asegurarme nada. Voy a apartar la vista un poco, para evitaros el mal trago todo lo que pueda, pero el caso es que necesito que bajéis de ahí y os pongáis junto a la carretera.

—Pero la señorita...

Fermor sacudió la cabeza.

—Hijo —dijo, con un tono de resignación en la voz, ya algo exasperado—. Te repito que no voy a entrar en juegos de palabras contigo. No hablemos de la señorita, ¿eh? A mí me parece que cualquier joven que aparezca en la parte trasera de un camión a plena luz del sol, participando en cualquier tipo de actividad de dormitorio... bueno, no creo que debamos discutir los detalles del decoro y la etiqueta, ¿verdad? Voy a pedíroslo sólo una vez más, y luego voy a llamar a comisaría para que venga un ayudante...

—Ya salimos —dije.

Miré a Alex, bajo la manta. Ella cerró los ojos y sacudió la cabeza de un lado a otro.

Salí como pude de debajo de ella, giré la manta hacia un lado y me deslicé a toda prisa hasta el extremo del camión patinando sobre el culo. Me dejé caer al suelo y me subí los pantalones. Fermor se quedó mirándome, inexpresivo. Alex hizo lo que pudo para ocultarse bajo la manta, bajándose la falda y avanzando hacia el extremo del camión de rodillas, agobiada y humillada, con el pelo alborotado hacia un lado, los pies desnudos, su vergüenza expuesta al mundo.

Fermor echó un vistazo a su reloj.

—No son ni las once de la mañana, y vosotros dos estáis ahí, retozando y haciendo el tonto en este vehículo. ¿Qué comportamiento es ése?

Abrí la boca para decir algo, pero Fermor sacudió la cabeza.

—Te diré la verdad, no quiero oír nada más que tu nombre, hijo.

Sacó un cuaderno y una pluma del bolsillo de su camisa. Me miró a los ojos y se levantó ligeramente la punta del sombrero.

Yo no dije nada; miré a Alex, a mi izquierda.

—¿Tu nombre? —repitió Fermor.

—Vaughan —dije—. Joseph Calvin Vaughan.

Fermor escribió mi nombre en su cuaderno con gran parsimonia.

—¿Y de dónde viene esta mañana el señor Joseph Calvin Vaughan?

—De Augusta Falls.

—¿Augusta Falls? Eso está en el condado de Charlton, ¿verdad?

—Sí señor.

—Augusta Falls, condado de Charlton... entonces debes de conocer a mi colega de allí, el sheriff Haynes Dearing.

—Sí señor, conozco al sheriff Dearing.

Fermor levantó la vista y se me quedó mirando desde debajo del ala de su sombrero.

—¿Has tenido trato alguna vez con el sheriff Dearing en Augusta Falls, Vaughan?

—No señor —respondí, sacudiendo la cabeza.

Fermor levantó las cejas.

—¿Y entonces cómo es que lo conoces?

—El pueblo es pequeño, sheriff. Prácticamente todos nos conocemos.

—Sí, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Y a qué te dedicas en Augusta Falls, hijo?

—Reparo vallas, talo árboles, trabajos así... Labores de granja cuando llega la cosecha, lo que haya.

—¿Tienes una casa allí, un lugar donde vivir?

—Sí, señor.

—¿Cuántos años tienes, Vaughan?

—Dieciocho.

—¿Ah, sí? Nada menos que dieciocho.

Fermor escribió algo más en su libro, y luego fijó su atención en Alex.

—¿Y usted, señorita... su nombre?

—Alexandra Madigan Webber.

—Alexandra Madigan Webber... y usted también es de Augusta Falls, ¿verdad?

—Sí, sheriff, de Augusta Falls.

—¿Y qué se supone que estaba haciendo por aquí a esta hora del día?

—Íbamos de camino al Hospital Comunitario de Waycross.

—Claro, claro —masculló Fermor—. ¿Y por qué iban al Hospital Comunitario, señorita Webber?

—Vamos a ver...

Me miró de reojo. Parecía tensa y angustiada.

—¿A ver...? —presionó Fermor.

—Íbamos a ver a la madre de Joseph.

Fermor asintió gravemente, sin apartar la mirada de Alex.

—¿Y había algún motivo particular por el que creyeran necesario parar aquí, señorita Webber... en lugar de seguir su camino hasta el condado de Ware?

Alex me miró, y luego volvió a mirar a Fermor. Le había preguntado aquello sólo para avergonzarla más, y ella lo sabía. Negó con la cabeza.

—No señor —dijo, y la voz se le quebró de la turbación.

Yo sentí la rabia subiéndome del estómago hasta el pecho.

—Bueno, muy bien —dijo Fermor, y anotó algo más en su libreta.

—Lo sentimos mucho —dije yo—. Íbamos de paso, y decidimos parar un momento...

Fermor alzó la mano.

—No creo que sea necesario que sepa todos los detalles de su encuentro, señor Vaughan, salvo el de que ésta es una carretera pública. Una carretera por la que pasa gente a caballo, incluso en coche, y lo último que quieren es presenciar el tipo de comportamiento que hemos visto esta mañana. De hecho, seguro que viola alguna ley...

Alex abrió la boca para hablar. Dio un paso adelante.

—Sheriff...

Fermor también dio un paso adelante. Había algo amenazante en el modo en que lo hizo, como una respuesta a Alex, un desafío.

—Déjeme que le pregunte algo, señorita. ¿Qué edad tiene?

Ella frunció el ceño.

—¿Qué importa la edad que tenga?

—Le he hecho una pregunta educada, señorita Webber. Esperaba una respuesta educada.

Alex sacudió la cabeza.

—Tengo veintiséis años, sheriff.

—¿Y a qué se dedica en Augusta Falls?

—Soy maestra —masculló, tras aclararse la garganta.

—¿Ha dicho maestra, señorita Webber?

Ella asintió.

—¿Es la maestra de Augusta Falls? —preguntó Fermor, con cierta sorpresa en la voz.

—Sí, lo soy. Soy la maestra de Augusta Falls.

Fermor me señaló con un gesto de la cabeza.

—Y este jovencito... ¿Este jovencito es uno de sus alumnos, señorita Webber?

Ella soltó una risita nerviosa.

—No, señor, no es uno de mis alumnos.

Fermor se ajustó el sombrero en la cabeza.

—Bueno, gracias a Dios por sus pequeñas muestras de misericordia, señorita Webber, porque eso sería casi tan interesante como un abuso de poder y de autoridad, imagino.

—No hay ninguna ley que diga que un hombre de dieciocho años...

Fermor sonrió y dio otro paso adelante.

—Yo soy la ley aquí, señorita Webber, y si alguien va a citar leyes con capítulos y versículos, soy yo. Lo cierto es que ustedes dos me han molestado bastante con sus travesuras de carretera y me los voy a llevar y los voy a multar por una cosa o por otra, y a lo mejor así aprenden la lección, ¿eh? Quizá así la próxima vez que atraviesen el condado de Clinch de camino a otro lugar, seguirán su ruta hasta llegar a su destino... en vez de pararse en la cuneta de mi carretera y hacer cosas que sólo deberían tener lugar tras una puerta cerrada, cuando se ha puesto el sol.

—Por Dios bendito... —dijo Alex.

—¿Por Dios bendito, señorita Webber? ¿Va usted mucho a misa en Augusta Falls? ¿Es usted la responsable de la educación moral y religiosa de sus alumnos en la escuela? Yo diría que sí, si la escuela se parece en algo a la nuestra, ¿verdad? —Fermor sacudió la cabeza—. Así que yo no tomaría el nombre de nadie en vano, y mucho menos el del Señor, teniendo en cuenta las circunstancias en las que les he encontrado esta bonita mañana. Voy a pedirles que se pongan los zapatos y se arreglen la ropa, uno después del otro, y que se acerquen al lateral de mi coche y esperen a que les espose.

—¿Esposarnos? —pregunté yo, incrédulo, empezando a preocuparme por su comportamiento vengativo e injusto.

—Pues sí, señor Vaughan, esposarles. Eso es lo que voy a hacer, y ustedes van a cooperar, o si no, como he dicho antes, voy a llamar a mi oficina para que vengan un par de ayudantes, y vamos a convertir esto en una fiesta.

La mano que tenía apoyada sobre la culata retrocedió un par de centímetros. Yo miré a Alex. Tenía los ojos bien abiertos, con lágrimas en los bordes. Parecía una niña asustada.

Cooperamos. Nos pusimos los zapatos y nos arreglamos un poco. Caminamos uno tras otro hasta el coche de Fermor y él me esposó la mano izquierda a la mano derecha de Alex, y luego mi mano derecha a la barra que había sobre la ventanilla.

Ni Alex ni yo hablamos una palabra durante el trayecto. Cuando nos acercábamos a una hondonada, eché la vista atrás para ver el camión de Reilly Hawkins en la cuneta. Me pregunté si aún estaría allí cuando volviéramos.

La oficina del sheriff del condado de Clinch era una estructura sin rasgos distintivos al lado de la carretera, a las afueras de Homerville. Parecía algo que alguien hubiera dejado en la cuneta de camino a la ciudad, y que a la vuelta hubiera decidido no recoger por su escaso valor. Así que ahí se había quedado, y una vez dentro, cada uno de nosotros aislados en celdas diferentes pero una frente a la otra, a ambos lados de un estrecho pasillo. Empecé a pensar que quizá aquello fuera el evento más destacado en la semana del sheriff Fermor. Al extremo del pasillo montaba guardia un ayudante, no mayor que yo, de labios finos y mirada seria, superado por la grandeza y la seriedad de su tarea. Nos informó de que no se podía hablar. Yo miré a Alex a través de los barrotes. Estaba sentada en el catre, con la espalda apoyada en la pared, las rodillas recogidas contra el cuerpo, la barbilla apoyada en ellas, y de vez en cuando me miraba, con los ojos como platos y expresión confundida. Yo sacudía la cabeza y sonreía. «Todo irá bien —intentaba comunicarle—. No es nada grave, no va a pasar nada... y no, no te culpo.» Ella me devolvió una débil sonrisa, y luego cerró los ojos y bajó la cabeza. Creo que quizá se durmió.

El jaleo empezó al cabo de una hora más o menos. La puerta al final del pasillo se abrió de golpe y Fermor apareció en el umbral.

—Saca a esos desviados de aquí —ordenó—. Tenemos algo mucho más importante de lo que ocuparnos.

El ayudante parecía nervioso, inseguro de qué hacer.

—¡Venga! —gruñó Fermor.

El chico vino corriendo hacia nosotros, con las llaves colgándole del cinturón, las revolvió, buscando torpemente la correcta para abrir las puertas de las celdas.

Alex se puso en pie de un brinco.

—¿Qué...?

—Nos vamos de aquí —dije yo, acercándome a la puerta de la celda y agarrándome instintivamente a los barrotes.

Fermor se acercó y se situó junto al ayudante.

—Tú eres Joseph Vaughan, de Augusta Falls —afirmó sonoramente.

Yo asentí. Sentía la tensión en las manos, los nudillos blancos.

—Tú fuiste el que encontró a la niña de los Perlman en agosto de 1942.

Volví a asentir.

—Sí, señor, fui yo.

—Bueno, chico, pues tenemos a otra. En Fleming, en el condado de Liberty. Yo voy para allá, y me llevo a Edgewood, mi ayudante, así que no tengo tiempo para vuestro papeleo.

Sentí que los ojos se me abrían más aún. La sangre se retiraba de mi rostro. El corazón se me paró unos segundos; notaba las piernas como si estuvieran llenas exclusivamente de líquido. Por un momento no pude asimilar lo que me decía.

Otra niña. Tres años después de Virginia Grace Perlman, habían asesinado a otra niña.

—¿Está seguro... seguro de que es...?

—Aún no estoy seguro de nada —dijo Fermor. Se aclaró la garganta y hundió los pulgares en el cinturón—. Sólo os diré una cosa antes de echaros de aquí. No me ha hecho mucha ilusión que vinierais a mi condado a cometer esa falta. Lo he buscado. Lo que estabais haciendo es una falta, así de simple. La exposición en público de una conducta lasciva. Y el hecho de que usted sea maestra, señorita Webber... —Hizo una pausa para crear un efecto, y luego atravesó a Alex con una mirada gélida de reproche—. El hecho de que usted sea responsable de la educación de los jóvenes de Augusta Falls, bueno, no quiero usar el lenguaje que querría usar, porque he recibido una educación...

La voz de Fermor era un barullo de sonidos sin sentido para mí. Yo observaba los movimientos de su boca, los cambios en su expresión al hablar, y no significaban nada para mí. Lo único que veía eran las suelas de los zapatos de Virginia en lo alto de la colina.

—Espero que toméis nota de lo que ha ocurrido hoy aquí, que lo interpretéis como una lección y un golpe de suerte: suerte de que fui yo quien os encontró y no alguien más estricto. El único motivo por el que no voy a multaros es por esta cosa

terrible que ha pasado en el condado de Liberty, y porque tengo que ir a ayudar a mi colega, el sheriff Landis. —Fermor hizo un gesto con la cabeza y se giró hacia su ayudante—. Edgewood os llevará hasta vuestro vehículo, y os pediría que sigáis vuestro camino hasta el Hospital Comunitario de Waycross y os ocupéis de vuestros asuntos. Eso es todo lo que tengo que decir, pero cuando llegue el domingo, rogaré por vosotros como tengo por costumbre hacer en estos casos. Os deseo lo mejor, pero no sentiré en absoluto que abandonéis mi condado.

Fermor asintió de nuevo y luego se giró hacia Edgewood.

—Coge el coche dos, lleva a esta gente hasta su camión, y luego te vienes a Fleming.

—Sí, sheriff —respondió Edgewood, y se quedó mirando a Fermor saliendo por la puerta principal.

Un momento más tarde oí el motor de su coche que arrancaba.

El ayudante, Edgewood, se quedó allí un momento, nervioso, quizá dudando de lo que le esperaba; luego dio un paso adelante y levantó la llave que abría mi celda.

—Deja salir primero a la señorita —dije yo.

Hizo una pausa, me miró y luego miró atrás, por encima del hombro, hacia Alex, y dijo:

—Sí, claro. La señorita. Sí... eh... perdón.

Alex salió y esperó pacientemente mientras Edgewood rebuscaba entre las llaves, se le caían y por fin encontraba la correcta, abría mi puerta y daba un paso atrás para que yo pudiera salir al pasillo.

Nos dijo que fuéramos a la parte de delante del edificio y le esperáramos. Yo cogí a Alex de la mano, y una vez fuera del estrecho pasillo le pasé un brazo por encima del hombro y la agarré con fuerza.

—Un golpe de suerte —susurré, pero en realidad lo que quería decir era: «Otra niña... han encontrado otra niña».

Ella se giró y me miró, con los labios manchados de pintura de ojos gris, la piel pálida. Apenas asintió, no dijo nada, y mientras esperábamos a Edgewood la mantuve agarrada con toda la fuerza que pude.

En el coche no hubo conversación. No creo que Edgewood hubiera sabido qué hacer si hubiera empezado a hablarle, pero yo era incapaz de hablar. Sentía que los últimos tres años se me echaban encima como una sombra, sentí el corazón golpeándome en el pecho, sentí que la presencia de algo que había intentado olvidar me sobrecogía.

Edgewood nos dejó junto al camión, dio la vuelta y se dirigió al desvío que llevaba al condado de Liberty.

—Quiero ir ahí —le dije a Alex.

—¿Adónde?

—A Fleming.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué, Joseph? ¿Qué motivo hay para que vayas allí?

Sacudí la cabeza.

—No lo sé, Alex... joder, no lo sé, simplemente siento que necesito ir allí.

—¿Y qué vas a ver? ¿A otra niña asesinada?

Nos quedamos de pie, uno a cada lado del camión, mirándonos por encima de la tapa del motor. Yo bajé la mirada al suelo, a mis zapatos, y cuando volví a levantarla me di cuenta de que no podía explicar lo que sentía.

Yo había encontrado a Virginia Perlman. Había hecho una promesa a Elena Kruger, le había asegurado que no le pasaría nada malo, y la había incumplido. Había presenciado el resentimiento y la rabia dirigidos hacia Gunther Kruger y su familia, que indirectamente habían desembocado no sólo en la muerte de su hija, sino también en la pérdida de mi madre tal y como yo la conocía. Aquello me llamaba, es lo único que sabía, pero no había modo de conseguir que Alex lo entendiera. Pensé en los Vigilantes, en dónde estarían ahora, en qué estarían haciendo... y supe otra vez que todo lo que habíamos intentado conseguir no había sido más que el producto de nuestra mentalidad infantil.

—¿De verdad quieres ir? —me preguntó.

Asentí. En mi mente no había duda ni vacilación.

—¿Y tu madre? ¿Cuándo piensas ir a verla?

—No lo sé, Alex. —Me encogí de hombros—. Quizá de regreso... pero si no quieres venir conmigo, puedo llevarte a casa.

Ella sacudió la cabeza.

—Yo quería ir a ver a tu madre —dijo, suavemente—. Y desde luego no quiero ir a Fleming.

—Yo quiero... yo necesito ir, Alex... no me preguntes por qué, por Dios, no lo sé ni yo mismo, pero hay algo en esto que... que...

—Si vas a ir, vas solo —dijo—. Si realmente tienes que hacer esto, así será... Yo no quiero participar. No quiero tener nada que ver en este horrible asunto.

—Lo entiendo —dijo—. Te llevaré a casa.

Tardé dos horas en llegar a Fleming. Conduje hacia el noreste, tomé una ruta que pasaba por Hickox, Nahunta, seguí la línea entre los condados de Glynn y de Brantley hasta Everett, y luego me dirigí hacia el norte atravesando el condado de Long hasta Liberty. Cuando llegué ya era media tarde y el cielo estaba cargado y sofocante. En las afueras de Fleming no se observaba ningún indicio de presencia policial, pero trescientos metros más allá vi una aglomeración de coches patrulla, agentes de Charlton, Clinch, Camden y Liberty; otro coche con el escudo del condado de Tattnall en la puerta. Aparqué a la izquierda y esperé unos minutos. La sensación que tenía era imperiosa, tenía que saber qué había pasado, tenía que saber quién era, qué había hecho, si se podía atribuir al responsable de las muertes anteriores. A la

derecha de la carretera había un terraplén, y más allá un caballón más alto que subía hasta un saliente poblado de arbustos y árboles bajos. La zona estaba acotada por dos caballetes de madera a diez metros de distancia con una cuerda colgada entre ellos; del otro lado se percibía movimiento y actividad entre los árboles. Bajé del camión y rodeé el caballete de la derecha, superé la cuerda y rebasé la hilera de árboles unos cincuenta metros más abajo. Deseé que hubieran estado conmigo Maurice, Michael, Ronnie, incluso Hans. A veinte metros de distancia vi a los sheriffs Burnett Fermor y Haynes Dearing, y un tercer hombre que supuse que sería el sheriff del condado de Liberty. Edgewood estaba allí, retrasado, a la izquierda. Estaba de pie, rígido, con aspecto de tener dificultades para enfrentarse a lo que allí había. Yo seguí caminando, algo más despacio, y aunque pensé que me estaba buscando problemas, y sabía que Fermor y Dearing tendrían algo que hacer al respecto, no pude contenerme.

Cuando llegué se creó cierta confusión. Desde donde yo estaba, los pocos segundos que tardaron Fermor y Dearing en verme, en reconocermme, en preguntarme qué demonios estaba haciendo yo allí, si había seguido a Edgewood, si Edgewood me había traído, y la chica... dónde estaba la chica, y qué narices pensaba que estaba haciendo, metiéndome en medio de la escena de un crimen... Por Dios santo, ¿qué demonios era aquello? En aquellos pocos segundos hice un esfuerzo por comprender lo que tenía delante. No sé si conseguí siquiera relacionar lo que veían mis ojos con el desfile de pensamientos y preguntas que se sucedieron hasta que Edgewood y Dearing llegaron a mi altura, al borde de la carretera.

La niña había sido cortada en dos. Habían cortado el cuerpo en dos por la mitad, y cada parte estaba enterrada en un hoyo superficial, pero ambos hoyos no estaban más que a un par de metros de distancia, y al desenterrar las dos partes, se creaba la impresión de que el cuerpo medía dos metros y medio, o quizá tres, con la mitad superior asomando de la tierra, el centro hundido y la mitad inferior a cierta distancia. Aquello no se parecía a nada. Era una ilusión visual, un espejismo, una quimera.

Una vez más sentí que la sangre no me llegaba a la cara, a las manos, a las piernas. Sentí que en mi interior todo se encogía, como si intentara alejarme del horror que estaba presenciando. Sentí que las rodillas me fallaban, y por un momento no oí nada, aunque el sheriff Dearing me gritaba preguntas una tras otra.

—... haciendo, y ahora estás aquí...

»... exactamente qué está pasando, y más te vale que me des una respuesta...

»... algún tipo de...

Me llevé las manos a los oídos y caí de rodillas. Fue entonces cuando sentí las esposas cerrarse en torno a mis muñecas por segunda vez el mismo día. Una sombra se cernió sobre mi corazón. Levanté la vista hacia todos ellos —Edgewood, Dearing, Fermor, Landis del condado de Liberty— y abrí la boca para hablar.

—¡No digas ni una palabra! —me espetó Fermor—. ¡No sé qué demonios está pasando aquí, chico! ¿Dónde está la chica? ¿Dónde está la chica que iba contigo? ¿Qué has hecho con ella?

No podía hablar.

Dearing agarró la cadena entre las esposas y me hizo caer al suelo. El dolor en las muñecas y en los antebrazos era insoportable. Me costaba respirar, y cuando se volvió y empezó a tirar de mí hacia la carretera, sentí que las piernas cedían a mi peso otra vez.

Me metieron hecho un ovillo en la parte trasera del coche del sheriff Landis. Landis y Fermor se quedaron fuera, le dijeron a Edgewood que se pusiera al volante, y el sheriff Haynes Dearing del condado de Charlton, el hombre que conocía desde que tenía uso de razón, se subió al asiento trasero conmigo y le dijo a Edgewood que nos llevara a la oficina del sheriff del condado de Liberty.

—No sé qué diantres está pasando aquí, chico —dijo, con tono incisivo, acusatorio—, pero antes de que acabe la tarde quiero algunas respuestas claras y directas.

Empecé a decir algo.

—Ni una palabra —silabeó—. No quiero ni una palabra aquí, chico. Ya tienes bastantes problemas. No vas a hacer nada más que empeorar las cosas si me dices algo aquí mismo.

Sentí que la mente se me cerraba. Pensé en Alex, en mi madre. Me giré y miré por la ventanilla. En el horizonte se habían formado nubes de lluvia. Había empezado a llover.

Elena.

Dulce, callada, perdida.

Pienso en la mujer en que te habrías convertido. Me pregunto si habrá un lugar donde se reúnan todas esas vidas inacabadas. Otro plano, otro mundo paralelo al nuestro, donde se encontrarán los muertos, recogerán sus vidas incompletas y acabarán de vivirlas.

Y recuerdo las veces en que puse tanto empeño en entender qué tipo de persona podía haber matado a todas esas niñas.

Estaban los pecados imaginados de mi madre —terribles, incluso asesinos— y luego estaban mis propios pecados, pecados nacidos del miedo, un miedo tan grande que me hacía creer que lo que estaba haciendo estaba justificado de algún modo. Pero este pecado era diferente. Muy, muy diferente. Los pecados que cometimos estaban provocados por la búsqueda de lo correcto, de la justicia, por la necesidad de ver el final de esto.

Pero los suyos...

Ni siquiera ahora soporto pensar en la mente que gestó aquellas acciones.

Recuerdo la cara del sheriff Dearing mientras nos alejábamos después de lo que habíamos hecho. El modo en que me miraba, cómo se volvió y miró por encima del hombro.

Quizá ya entonces lo supiera.

Quizá ambos lo sabíamos.

Y antes, antes de que todo cambiara, hubo aquel día en Liberty, condado de Fleming, un día en que creyeron que quizá yo fuera el culpable... ¡Lo recuerdo con tanta claridad! Creía que Virginia Grace había sido la última, en agosto de 1942. Pero no, había más, y no sólo la que encontraron allí.

Recuerdo cómo me senté frente a Dearing, un hombre que había estado presente toda mi infancia, que tenía la cara como plegada alrededor de los ojos, con una sensación de derrota, un fantasma sobre los hombros, y el tono de su voz mientras decía...

—Esther Keppler.

—¿Quién?

—Esther Keppler —repitió el sheriff Haynes Dearing.

Yo estaba sentado frente a él. Era tarde. No tenía ni idea de cuánto, pero por el frío que hacía calculé que el sol ya se habría puesto. No veía ninguna ventana desde donde estaba sentado, en el pequeño despacho auxiliar de la oficina del sheriff del condado de Liberty. Llevaba allí dos, quizá tres horas. Gran parte del tiempo lo había pasado solo, preguntándome qué diablos hacía yo allí. En un momento dado se lo había preguntado a Dearing, que me había respondido:

—Nosotros tenemos exactamente la misma pregunta para ti, Joseph, exactamente la misma pregunta.

Entonces sacudió la cabeza y salió de la sala sin pedirme siquiera una respuesta. Me sentí aliviado, porque no la tenía.

Le pregunté cuánto tiempo iba a estar allí; le dije que tenía hambre.

—No sé cuánto tiempo —dijo—. Puede que aún bastante... Haré que alguien te traiga algo de comer.

Una hora más tarde el ayudante de sheriff Edgewood entró en la sala con un plato de sándwiches y una botella de Coca-Cola.

—¿Puedes decirme qué demonios está pasando aquí? —le pregunté.

No podía ser mucho mayor que yo; me imaginé que habría una leve esperanza de que me pudiera ayudar.

Edgewood sacudió la cabeza.

—No —se limitó a decir—. No te puedo decir nada.

Volvió a la puerta, salió y la cerró tras él. Con llave, como las veces anteriores.

Me comí los bocadillos. Me bebí la Coca-Cola. Al cabo de un rato tenía ganas de usar el baño. Me acerqué a la puerta y la golpeé con el puño.

—¡Hey! —grité—. ¿Hay alguien ahí?

Nada: ninguna respuesta, ningún sonido. Volví a golpearla, más fuerte, y me sobresalté cuando alguien la golpeó por el otro lado.

—¡Cierra el pico! —dijo una voz, clara como la luz del día.

—¡Necesito ir al baño!

—¡Bueno, pues te esperas!

—¡No pueden hacerme esto! ¡Yo no he hecho nada! Tengo derechos...

—¿Derechos? ¿Y cuáles son esos putos derechos? —respondió la voz, y luego se hizo el silencio.

Golpeé la puerta de nuevo. Nada.

Volví a la austera silla de madera y me senté.

Esperé otra media hora, quizá más, y fue entonces cuando apareció Dearing; me dijo el nombre de la chica que habían encontrado.

—No conozco a nadie que se llame así —dije—. ¿Es de aquí?

Haynes Dearing sacó la silla que había bajo la mesa y se sentó.

—Sí, es de Fleming. Nueve años.

—¿Y fue asesinada como... como las otras?

Dearing asintió.

—Eso parece... y ha habido otras dos desde la que encontraste en Augusta.

—¿Dos más?

—Sí, dos más... lo que suma un total de ocho.

La mente se me quedó en blanco. Sentí un cosquilleo en la piel. El vello de la nuca se me erizó. Tenía la boca seca, y un sabor amargo. Por fin recuperé la voz, y dije:

—Nueve, sheriff Dearing... ha habido nueve.

—¿Nueve? —respondió Dearing, frunciendo el ceño.

—Elena Kruger... ¿recuerda?

—Claro que me acuerdo, pero a ella no la mató la misma persona. Murió en el incendio.

—No será la misma persona, pero puede contar su muerte con las otras, porque fue consecuencia directa de lo que ocurrió.

—Si tú lo dices —concedió Dearing—. Tengo ocho asesinatos, todos de niñas pequeñas, la última asesinada ayer, cortada en dos, y ambos fragmentos enterrados por separado. —Hizo una pausa y me miró—. ¿Es cierto lo de esta mañana... que Burnett Fermor os encontró a ti y a Alexandra Webber haciendo lo que fuera que estabais haciendo en la parte trasera de un camión?

Asentí.

—Joder, ¿de qué va esto? ¿Y de quién es el camión...? Desde luego, no es tuyo.

—De Reilly.

—¿Reilly Hawkins?

—Sí, Reilly Hawkins.

—¿Y qué hacíais allí, Joseph? ¿Adónde ibais?

—A ver a mi madre a Waycross.

—¿Y qué os hizo parar, eh? Eso no es algo que pudiera esperarme de ti, y mucho menos de la señorita Webber. Es la profesora, ¿sabes?

—Lo sé, sheriff. —Sonreí—. Ya sé que es la profesora.

—¿Y cuánto tiempo hace... de esta relación entre la señorita Webber y tú?

Me encogí de hombros.

—No sé, puede que casi seis meses.

—¿Seis meses?

—Sí, unos seis meses.

—¿Y qué edad tienes tú?

—Dieciocho.

—¿Y la señorita Webber?

—Tiene veintiséis. Veintisiete en febrero próximo.

Dearing asintió lentamente.

—Veintisiete en febrero... vale, vale.

Se produjo un breve silencio entre los dos. Yo sentía la presión en el vientre. Aún no había podido ir al baño. Supuse que me estaba concentrando en ello para pensar lo menos posible en lo que Dearing me había dicho. Dos niñas más. Ocho en total. Quería preguntarle quiénes eran, qué les había pasado, por qué no se nos había comunicado esa información. Quería saber por qué no había conseguido nada, no sólo él, sino tampoco las oficinas de los sheriffs de varios condados.

—No puedo creer que hayas buscado que te arrestaran —dijo Dearing—. Pero el hecho de que estuvieras detenido te da una coartada muy sólida, ¿no?

Yo fruncí el ceño y sacudí la cabeza.

—¿Qué quiere decir con eso de la coartada?

—El hecho de que estuvieras encerrado en una celda de comisaría cuando la mataron quiere decir que no pudiste hacerlo...

—¿Que, no pude hacerlo? ¿Qué narices se supone que significa eso?

Dearing me hizo callar levantando una mano.

—¿Tienes una mínima idea de la impresión que le darías a alguien que no te conociera? Quiero decir... ¡Por Dios, Joseph! —Se le apagó la voz. Sacudió la cabeza lentamente, se sentó un momento y luego prosiguió—: ¿Y cómo surgió, esa relación? Es algo que empezó hace seis meses... ¿No empezaría antes?

—¿Antes, sheriff? ¿Que me sedujera antes de que yo tuviera la edad legal para el sexo consensuado, quiere decir?

Dearing parecía algo sorprendido.

—¿Es eso lo que me está preguntando, sheriff? Si me está preguntando eso, no se contenga y hágalo. No es tan difícil. No le estoy escondiendo nada.

Dearing se aclaró la garganta.

—Bueno, pues... ¿es ése el caso? ¿Te sedujo y te hizo iniciar algún tipo de relación sexual antes de que tuvieras la edad legal para hacerte responsable de esas decisiones?

—No.

—¿No?

—Así es —repetí—. No, no me sedujo ni me obligó a nada. La señorita Webber y yo nos conocemos desde hace muchos años...

—Fue tu maestra, ¿verdad?

—Fue mi maestra, sheriff. Después de que yo dejara la escuela seguimos siendo amigos. Ahora tenemos una relación, e íbamos a ver a mi madre a Waycross esta

mañana cuando...

Dearing levantó la mano.

—Ya sé lo suficiente de lo que ocurrió. No necesito más detalles.

—Muy bien... ¿Puedo ir ya al baño, sheriff Dearing?

—En un minuto, hijo, en un minuto. Primero tengo que preguntarte qué demonios estabas haciendo aquí, en Fleming, ahora que ha aparecido otra niña asesinada.

Me quedé mirando a Dearing. Su pregunta me puso de nuevo en contacto con la realidad. Yo estaba hablando de Alex, defendiendo mi posición. Casi se me había olvidado dónde estaba, y de pronto ahí estaba: el motivo de mi presencia en Fleming. Había muerto otra niña. Y antes de ella, otras dos.

—¿Dice que han matado a otras dos?

Dearing asintió.

—Eso parece. Una en Meridan, en septiembre de 1943, y la otra en Offerman, en el condado de Pierce, el mes de febrero pasado... Y éstas son de las que tenemos constancia.

—Así que quien matara a las niñas de Charlton y Camden se fue tras el incendio de los Kruger...

—No queremos sacar ninguna conclusión precipitada, Joseph. No tenemos ninguna seguridad de que esos asesinatos fueran obra del mismo hombre.

—Pero el modo en que desaparecieron esas niñas, el modo en que fueron encontradas... Hay suficientes puntos en común entre ellas, ¿no?

—Yo no digo nada —respondió, sacudiendo la cabeza—... No puedo decir nada, y no lo haría aunque pudiera. El hecho es que han asesinado a otra niña, y queremos saber qué estás haciendo aquí, Joseph. Tú vives en Augusta Falls, tu madre está en el Hospital Comunitario de Waycross, y sin embargo aquí estás tú, mucho más al norte, en Fleming, porque te has enterado de que han matado a una niña. Cuéntame algo que tenga sentido, ¿quieres? Eres de mi jurisdicción. Eres uno de los míos. Yo te conozco. Conozco a tu madre desde hace no sé cuántos años... Cuéntame algo que me cuadre, ¿eh?

Me quedé sentado unos momentos.

—¿Joseph?

Levanté la vista y miré a Haynes Dearing. Sacudí la cabeza.

—No tengo una respuesta para usted, sheriff.

Dearing asintió.

—¿Cómo te enteraste de esto?

—¿De lo de la niña?

—Sí, de lo de la niña... de lo que había ocurrido aquí, en Fleming.

—El sheriff Fermor nos lo dijo... bueno, le dijo a Edgewood, su ayudante, que nos dejara salir porque tenía que venir a Fleming.

—¿Así que oíste que se lo contaba a su ayudante?

Sonreí, me encogí de hombros.

—No es que estuviera escuchando, sheriff. Se lo dijo a voz en grito.

—Vale —dijo Dearing, reflexionando.

Eché un vistazo a la puerta, pero fue más bien una reacción involuntaria, como si le hubiera pasado por la cabeza algo que hiciera que le costara mirarme.

—¿Qué?

Dearing sacudió la cabeza.

—¿No, qué? —insistí—. ¿En qué está pensando?

—Estoy pensando en las coincidencias, Joseph... que cuatro de esas niñas eran de Augusta Falls...

—Tres —dije—. Tres de Augusta Falls. Alice Ruth van Horne, Catherine McRae y Virginia Perlman.

—Y Ellen May Levine.

Hice que no con la cabeza.

—Ellen May era de Fargo, del condado de Clinch. La encontraron en Augusta Falls, pero no era de allí.

—Pareces saber más de esto que yo mismo, Joseph.

Me reí, y me di cuenta de que el sonido de mi risa debió de sonar como una respuesta nerviosa. No era mi intención.

—Yo vivo allí —dije—. Estas cosas me alteran, sheriff, especialmente desde que descubriera yo mismo el cuerpo de Virginia.

—Sí, claro, fuiste tú —comentó Dearing—. Se me había olvidado que fuiste tú quien la encontró.

—No, no se le había olvidado —dije yo, con convicción—. ¿Qué demonios es esto? ¿Qué está pasando aquí, sheriff? ¿Tiene la impresión de que yo tengo algo que ver con los asesinatos?

Dearing sonrió. Era una sonrisa franca. Me recordaba la figura paternal y autoritaria, la referencia distante que había sido para mí durante mi complicada infancia.

—Yo no pienso eso, Joseph. Si acaso, te has creado esta situación tú solo.

—¿Qué situación? ¿De qué está hablando?

Dearing se recostó en la silla y cruzó los brazos sobre el amplio vientre.

—Te has dejado crecer el pelo casi hasta los hombros. Llevas barba, Joseph, una buena barba. Te han detenido por retozar con una maestra de veintiséis años en un camión propiedad de Reilly Hawkins. Vives en la misma población que tres de las víctimas de asesinato, y la cuarta también apareció allí mismo. Vivías al lado de los Kruger, y si el incendio de los Kruger tuvo algún efecto, fue el de dar a todo el mundo la idea de que quizá Gunther Kruger tenía algo que ver con lo ocurrido. Y luego... joder, Joseph, luego está aquella historia entre tu madre y Gunther Kruger, algo que para muchos es muy difícil de pasar por alto, y en cuanto él se fue de Augusta tu madre acabó en el hospital de Waycross, y todo el mundo piensa que quizá supiera algo, algo tan gordo que le hizo sentir mal, y que le afectó a la mente

hasta el punto de necesitar a esos médicos especialistas...

—¿Todo el mundo? —pregunté, interrumpiendo el incómodo monólogo del sheriff Dearing—. ¿Es eso lo que piensa todo el mundo?

Pensé en sus visitas a mi madre, de las que nunca me había hablado y de las que no parecía que estuviera dispuesto a hablarme ahora.

Dearing soltó una risita.

—Es un modo de hablar, Joseph, una frase hecha. Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Ya lo sé? ¿Está seguro de que lo sé, sheriff?

—Bueno, bueno, ya basta... No se trata de discutir, Joseph. Piensa que soy un miembro de la policía del condado que sigue una línea de investigación.

—¿Una línea de investigación sobre quién? ¿Sobre mí? ¿Para descubrir si participé en alguno de esos asesinatos? ¿O quizá sobre mi madre, para descubrir por qué se volvió loca...? Joder, sheriff, a lo mejor fue ella quien mató a esas niñas. ¿Qué le parece? ¿Qué tal si sigue esa línea de investigación?

El sheriff Dearing sonrió, comprensivo.

—Estás cansado, Joseph. Ha sido un día muy largo. Voy a hacer que alguien te acompañe hasta tu camión. Supongo que deberías volver a casa esta noche. Pero necesito que entiendas esto. —Dearing se inclinó hacia delante—: Podría confiar en ti. Te conozco desde hace suficiente tiempo como para considerar que es improbable que hayas tenido nada que ver con estas cosas, pero Burnett Fermor y los otros... ellos no te conocen desde que naciste. Quieren retenerte. A pesar de que la niña muriera mientras tú estabas en el calabozo de Burnett Fermor, no por ello está obligado a dejarte marchar. Tu coartada es circunstancial, eso es lo que ha dicho. Dijo que el examen forense podría ser incorrecto, que la hora de la muerte es aproximada. Quiere hacerte unas preguntas, para ver si tienes una coartada para las otras muertes.

Estaba horrorizado, atónito ante la idea de que alguien se planteara siquiera algo así. Abrí la boca para hablar, pero Dearing levantó la mano.

—Conduce el camión de Reilly Hawkins y no pares hasta Augusta Falls. Vete directamente a casa. Quiero que estés allí cuando vuelva yo, mañana o pasado.

—¿Y dónde narices iba a ir si no, sheriff? Ah, sí, claro... a algún otro pueblo donde hubiera niñas a las que pudiera matar, ¿verdad?

Dearing asintió, paciente.

—Voy a darle a ese comentario la importancia que merece, Joseph. —Recuperó la posición en la silla y se puso en pie—. Haré que el ayudante Edgewood te lleve hasta tu vehículo. Hablaremos en un par de días, y vas a responder a mis preguntas con sinceridad, ¿comprendido?

Se levantó de la silla.

—¿Sheriff?

Hizo una pausa y se volvió; me miró. Por un breve instante me sentí como el niño que había sido en otro tiempo. Él sabía lo que iba a preguntarle; lo leía en sus ojos.

—¿Por qué sigue pasando? ¿Cómo puede ser que esto siga pasando después de

tantos años?

Dearing dio un paso atrás y volvió a sentarse.

—No puedes preguntarme eso —me dijo, pausadamente—. Ésa es una pregunta que llevamos haciéndonos más de seis años.

—¿Y no tienen nada?

Emitió un sonido, como si fuera a reírse, y reconocí la desesperación en sus ojos.

—¿Nada? Tenemos ocho niñas muertas, Joseph... Yo a eso no lo llamaría nada.

—Ya sabe lo que quiero decir, sheriff.

Dearing agachó la cabeza. Juntó las manos, con las palmas enfrentadas. Un hombre rezando.

—Tenemos nuestras sospechas —dijo—. Hemos ido casa por casa en varios condados. Hemos pedido ayuda, pero se está librando una guerra, por si no te habías dado cuenta. La gente que nos hace falta está sirviendo en otros lugares, ¿entiendes? Estos sucesos han superado los límites de los pueblos, de los condados. —Se detuvo, de pronto—. No sé ni siquiera por qué te cuento esto —confesó, con una débil sonrisa, y sacudió la cabeza—. Digamos que me quiero convencer de que un día voy a salir y me lo voy a encontrar, y que aunque no tengo ni idea de qué aspecto tiene, voy a saber que es él, y... —Hizo una pausa y apartó la mirada, como reflexionando—. No voy a hacer preguntas, Joseph... No voy a esposarlo y llevármelo a la oficina del sheriff. Simplemente le voy a pegar un tiro allí mismo, y se habrá acabado todo.

—Seis años —dije yo—. Ocho niñas, si no contamos a Elena Kruger. ¿Y estas dos últimas, las de Meridan y Offerman?

—¿Qué les pasa?

—¿Lo mismo... el mismo tipo de muerte?

—Sí, exactamente lo mismo... Como si intentara enterrar lo que ha hecho. Como si intentara romperlo todo en pedazos y proyectarlo a los cuatro rincones de la Tierra, pero nunca lo consigue. Los deja allí, tirados, donde puedan encontrarlos... Ya basta —dijo, poniendo fin a la conversación.

Se levantó de la silla por segunda vez, y por un momento parecía incómodo, como si se diera cuenta de que había hablado de más. Si alguna vez había visto a alguien que necesitara hablar, que necesitara vaciar su conciencia, era Haynes Dearing.

—Las primeras tenían relación con Augusta Falls, ¿verdad? —pregunté—. Pero ahora son de lugares dispersos, ¿no?

Dearing sacudió la cabeza.

—Es hora de que te vayas, Joseph. De que te vayas a casa.

—«No hables con extraños —recordé—. No vayas con extraños. Precaución es seguridad.»

Dearing me miró de cerca.

—¿Te acuerdas de eso?

—¿Usted recuerda a los Vigilantes?

Frunció el ceño.

—Yo, Hans Kruger y los otros. Daniel McRae, Ronnie Duggan, Michael y Maurice. Así nos llamábamos nosotros. Los Vigilantes. Y los carteles que colocó por todo el pueblo. Ésos sí los recuerda, ¿verdad?

—Recuerdo que pillé a un grupito por ahí en plena noche —dijo Dearing—. Durante mucho tiempo me pregunté qué creíais que estabais haciendo.

Sonreí.

—Estábamos haciendo algo, sheriff, eso es todo. Intentábamos hacer algo para ayudar a atraparlo.

—Por Dios, os podíais haber metido en un problema bien gordo.

—Ya teníamos un problema, sheriff. Alguien iba por ahí matando niñas. A mí me parece que podríamos decir que eso era suficiente problema, ¿no le parece?

Dearing asintió, y luego se volvió hacia la puerta.

—Tengo que irme —dijo—. Tengo que ocuparme de esto. Alguien tiene que ir a decírselo a sus padres.

—Esto es el condado de Fleming. ¿No debería ser el sheriff Landis quien lo haga?

Dearing volvió a mirarme desde lo alto, y otra vez me sentí como un niño.

—Últimamente solemos ir dos.

Un cuarto de hora después de que el sheriff Dearing saliera de la sala, el ayudante Edgewood vino a llevarme hasta el camión de Reilly. Yo no dije nada en todo el viaje.

—Pescado frito —dijo mi madre—. Podríamos tomar unas ostras Rockefeller para empezar y luego pollo al curry con *hushpuppies*, tarta de boniato y un poco de pescado frito, bagre quizá. —Se rió y se echó el flequillo hacia atrás—. Me encanta el bagre frito. ¿A ti no, querida?

Alex me lanzó una mirada. Yo asentí. Alex se volvió a mirarla y le sonrió.

—Y luego podría hacer alguna tarta. Hago una tarta deliciosa. Una de galleta y chocolate, por ejemplo, o de castañas y miel, o quizá de moras. También podríamos hacer helado casero, ya sabes. Mi enfermera podría venir. Le encantan las tartas caseras. Se llama hermana Margaret. Antes era monja. De la Sagrada Orden del Inmaculado Corazón de María. María, ¿te das cuenta? Como mi nombre. Mary. Por aquí hay muchas monjas a las que les gusta la tarta... ¿Has oído eso, Joseph?

—Sí, mamá, lo he oído —respondí, resignado al hecho de que mi madre se creyera que iba a dar un suntuoso banquete para Alex, su familia y quizá lo más granado de todo Georgia.

—Una infección en el cerebro —le susurró a Alex—. Tuve una infección en el cerebro el verano pasado. Fue un fastidio, me causó un gran malestar y me dejó muy debilitada. Algo indescriptible. En cualquier caso, espero que todo os vaya bien a Joseph y a ti. Oh, Señor, estoy tan orgullosa, tan contenta por vosotros dos. Os casaréis, claro...

Miré a mi madre. Tenía el cabello blanco y fino, como el de una abuela. Tenía cuarenta y un años y parecía que tuviera más de sesenta. La piel de su rostro y de sus manos estaba hinchada, era el único término que podía usarse para definirla. Aparentemente la medicación que tomaba provocaba ese efecto secundario. No quería ni pensar en qué le estarían dando, así que no lo pregunté.

Era domingo. La noche anterior había vuelto de Fleming. Había pasado por casa de Alex y le había explicado lo sucedido. Que el sheriff Dearing había venido a verme y que habíamos estado hablando un rato.

—¿Por qué? —preguntó.

—Tenía unas preguntas que hacerme, Alex, nada importante.

—¿Preguntas? ¿Preguntas sobre qué, Joseph?

—Sobre los Kruger, nada más. Eran vecinos nuestros, los conocíamos bien, quizá mejor que nadie, y quería saber si había algo que hubiera ocurrido en aquella época y que pudiera darle alguna pista.

—¿Y?

—Nada —respondí—. No pude decirle nada.

No le conté lo de las otras dos niñas, las de Meridan y Offerman.

Me quedé aquella noche, me acosté a su lado, consciente de que tardaba en dormirse, pero no dije nada.

Al final la venció el sueño. Esperé hasta que oí su respiración profunda y regular, y luego salí de la habitación, atravesé descalzo el rellano y me puse a mirar a través de la estrecha ventana del otro lado de la casa. Los campos aparecían lisos y azules, la niebla trepaba desde el Okefenokee y creaba fantasmas que flotaban sobre la tierra. En algún lugar, entre aquellos fantasmas, estaban las niñas, todas y cada una de ellas, y yo cerré los ojos y me concentré. Me convencí de que, si me concentraba lo suficiente, podría oírlas, oír sus juegos y sus risas, su energía vital interrumpida bruscamente y que ahora estallaba de nuevo de otro modo, en una realidad etérea completamente diferente. Allí estaban todas. Niñas fantasma. Niñas de entre los muertos. Que caminaban, mostrando únicamente el vaho que dejaba su aliento en la niebla, cogidas de la mano, dejando a cada paso sus huellas en la tierra húmeda... Y detrás, a sus espaldas, observándolas y vigilando para que no sufrieran ningún daño, estaba mi padre. Mi padre, el ángel.

Contuve el aliento un rato, pensando en Alex. Pensé en mi madre. Pensé en la vida que se me había presentado de pronto y que me había pillado desprevenido. A veces tenía la impresión de que el tiempo no era nada. Dieciocho años... un parpadeo, un latido del corazón. Otras veces me daba la impresión de que en esos años se habían concentrado todas las emociones posibles, a puñados, apretujadas una contra otra, tensando y deformando las costuras de mi propio ser. ¿Qué tenía yo? Mis padres se habían ido —mi padre, físicamente; mi madre, en mente y espíritu—. Tenía a Alex, eso es lo que tenía, e incluso mientras me lo planteaba, sabía que llegaría un momento en que aquello también se acabaría. No eran tanto los años entre nosotros, desde luego a mí aquello no me parecía un problema, pero sí podía parecerse al resto del mundo.

Una relación significaba sacrificar unas cosas por otras: perder el control de la propia vida a cambio de vivir en compañía. Yo no tenía ninguna duda de que amaba a Alexandra Webber, e incluso cuando pensaba en los acontecimientos que nos habían unido, me parecía algo irreal. No la veía como mi profesora, quizá nunca lo hubiera hecho. Había sido una amiga, eso por encima de todas las cosas, y daba la impresión de que en mi vida había habido pocos amigos. Reilly Hawkins, los niños de los Kruger, los propios Mathilde y Gunther, durante una época y de un modo particular, los Vigilantes. Aparte de aquellas personas, daba la impresión de que no había habido nadie más que Alex Webber, la mujer que me había cogido de la mano y me había obligado a escribir.

Volví al cabo de un rato, me quedé de pie junto a la cama mirando cómo dormía. Escuché el sonido de su respiración, incluso me acerqué y le coloqué la mano sobre el pecho para sentir su corazón.

Ella era todo lo que tenía. Significaba mucho para mí, y sin embargo sabía que

cualquier cosa que yo pudiera conseguir la acabaría perdiendo, y aquello hacía que me debatiera por dentro.

Más tarde me dormí —inquieto, tenso— y soñé con niñas muertas caminando por los campos de Georgia.

A la mañana siguiente me levanté antes que Alex, salí y compré un periódico. Corté el artículo, una pequeña columna de cinco centímetros sobre la niña muerta en Fleming. Lo guardé con los otros —seis en total— y pensé en los dos que faltaban.

—Deberíamos ir a ver a mi madre —dije—. El diecinueve fue su cumpleaños. Pasado mañana es Navidad. Debería ir, Alex, la verdad es que debería hacerlo, y quiero que vengas conmigo.

—Pues vamos. —Así, tal cual, como una constatación—. ¿Reilly nos dejará usar el camión?

—Claro que sí... Pero esta vez no nos pararemos por el camino.

Ella sonrió y me tendió una mano. Yo di un paso hacia ella, le cogí la mano, tiré de ella y la abracé.

—Creo que deberíamos cortarte el pelo y afeitarte la barba —sugirió—, para que te parezcas menos a un ermitaño loco y no asustes a los lugareños.

—Ahora no. Ahora vamos a ver a mi madre.

Eso hicimos, y llegamos sin incidentes, y una vez encontramos a mi madre —en la soleada galería trasera del edificio— le dije que Alex era mi novia.

—Qué mundo tan moderno —dijo ella—. Novia —Se rió. El sonido de su risa era el de otra persona, no el de la mujer que me había criado—. Puedes ponerte al sol —prosiguió, levantando la mano e indicando los prados que se extendían tras el edificio, del otro lado de las ventanas de aquella galería—. Puedes ponerte al sol... sentir la calidez del sol. Es como sentir las yemas de los dedos de Dios llegándote al alma. —Se giró y le sonrió a Alex; parecía atravesarla con la mirada, como si no la reconociera. Me pregunté si mi madre recordaría siquiera mi nombre—. Y puedes oír las voces de los ángeles.

Me miró directamente. La sensación de algo que se movía por mi nuca me provocó un escalofrío. Algo que se desplazaba, como la sombra de una nube en un campo.

—¿Ángeles? —pregunté yo.

Mi madre asintió, sonrió de nuevo, pero esta vez, por un momento, hubo una conexión, como si me mirara y estuviera viendo a su hijo. De verdad, veía a su hijo.

—Ángeles —susurró—. Voces de ángeles... como esas niñas, Joseph, las que se fueron con el demonio, ¿te acuerdas?

Asentí. Me sentí incómodo.

Ella se echó adelante y se acercó a mí.

—Ven —susurró, con un tono de conspiración, quizá paranoide.

Yo me acerqué.

—Sé quién se las llevó —dijo.

Fruncí el ceño.

—Las niñas, Joseph... Yo sé quién se las llevó.

—¿Se las llevó? —dije.

Me preguntaba qué le había pasado realmente a mi madre. Me preguntaba por la mente, por su funcionamiento, por cómo podía estropearse y cerrarse de aquel modo tan irrevocable.

—Se las llevó a todas al infierno —susurró.

De pronto sentí una intensa congoja. Miré hacia Alex, a mi lado. Ella parecía tan nerviosa como yo.

Alargué la mano y toqué la de mi madre.

Tenía los ojos de un azul claro, inmóviles, como si emitieran luz.

—Están todas ahí fuera —dijo—. Alice y Laverna, Ellen, May, Catherine... la que tú encontraste, Joseph... ¿Cómo se llamaba?

Sacudí la cabeza.

—Ya sabes su nombre, mamá.

—Virginia, ¿verdad?

—Sí, mamá. Virginia Perlman.

—Las oigo a todas... las oigo, también oigo a tu padre, y a veces también oigo a Elena, y está perdida, Joseph, no sabe de dónde vino y desde luego no sabe dónde se supone que tiene que ir. Dice que me está esperando, y que esperará todo lo que haga falta, y que cuando llegue allí podré cogerla de la mano y enseñarle el camino...

—Mamá... por favor...

Hizo una breve pausa, quizá ofendida por mi interrupción, y luego asintió, me guiñó el ojo como si compartiéramos un secreto.

—Está bien, Joseph, no diré una palabra más. Pero tú tienes que prometerme algo, Joseph...

—¿Qué, mamá? ¿Qué es lo que quieres que te prometa?

—Que hablarás con el sheriff Dearing, cuéntale lo que te he dicho... De hecho, dile que venga a verme. Dile que sé la verdad. Dile que yo sé quién es el asesino de niñas.

—Sí —respondí, con el corazón en un puño; y en el mismo momento en que la palabra salía de mis labios me pregunté si alguna vez volvería a hablar con mi madre. Si volvería a hablar con la mujer que me había criado, que había querido a mi padre, la mujer que lo había enterrado y que de algún modo había seguido viviendo sin más motivo que su hijo—. Se lo diré —susurré, con la voz quebrada por la emoción, los puños apretados, usando cada gramo de la voluntad que poseía para contener las lágrimas—. En cuanto vuelva se lo diré.

Sonreí lo mejor que pude. Esperaba con todas mis fuerzas que no dijera aquellas cosas a los médicos, a los otros pacientes. Dios sabe qué le habrían hecho si les

hubiera dicho que hablaba con su marido muerto y con niñas asesinadas, que conocía la identidad de un asesino de niñas que llevaba tantos años huido de la policía de varios condados.

Y fue entonces cuando habló sobre las ostras Rockefeller y la tarta de moras, del banquete que prepararía para nosotros, para su enfermera, para la élite de Georgia. Se convirtió en la mujer vaga y distante que ya me había acostumbrado a encontrar, y ya no había luz tras sus ojos, ni hubo más palabras sobre los muertos.

Nos quedamos un poco más, todo lo que soporté estar sentado junto a la mujer que en otro tiempo había sido mi madre, y luego nos despedimos.

—Qué triste —susurró Alex. Me cogió del brazo y me acercó a ella mientras nos alejábamos—. Una mujer con tanta cultura e inteligencia... y ahora...

La voz se le fue disolviendo en un frágil y emotivo silencio.

Encontramos a la hermana Margaret, la enfermera de mi madre. Era tan flaca que resultaba doloroso; sus rasgos parecían casi vagos, como una acuarela. Tenía los ojos de un gris pálido, descoloridos, como si se hubiera pasado la mayor parte de su vida llorando. Una solterona sureña, imaginé, con los labios finos y apretados, encorsetada, una de esas mujeres que anhelaban el amor pero que nunca lo encontrarían.

—¿Les dijo que... que yo era monja? —preguntó—. Dios santo... Supongo que soy la última persona del mundo que podría ser considerada tal cosa. —Sacudió la cabeza—. No, soy sólo Margaret, simplemente, tan sencillo como eso.

Mostró una sonrisa cálida y luego nos apartó a Alex y a mí de la gente que estaba sentada esperando, en la sala que había detrás de la galería.

—Va tirando —explicó Margaret—. De vez en cuando ves algo, aparece una luz en sus ojos, y ésa es la Mary Vaughan de verdad, la que existía antes de la enfermedad.

—¿Qué es lo que le pasa? —preguntó Alex.

Me echó una mirada, como si temiera ofenderme con la pregunta.

Margaret sonrió, comprensiva.

—Yo no soy psiquiatra, querida —dijo—. Yo sólo estoy aquí como enfermera, nada más. Si quieren una opinión, deberían hablar con su médico. Lo único que sé es lo que oigo, y lo que oigo no tiene mucho sentido. No sé si hay alguien que entienda realmente lo que ocurre cuando la gente... —Margaret me miró, y luego a Alex—. Ya saben lo que quiero decir... Nadie sabe realmente qué ocurre cuando la gente da la vuelta. —Suspiró y sacudió la cabeza—. Ojalá lo supiera; así por lo menos tendría la sensación de que podía hacer algo para ayudar.

Alex se giró hacia mí.

—Deberíamos ver a su médico.

Yo hice que no con la cabeza.

—Ya lo he visto. Lo he visto muchas veces. No saben qué le pasa, nunca lo han sabido, probablemente nunca lo sepan. Lo único que intentan hacer es mantenerla

tranquila.

—Son las voces que oye —dijo Margaret, y nos miró a ambos uno tras otro, con un atisbo de miedo en sus ojos grises y descoloridos—. ¿Las niñas...? —añadió, y luego me miró directamente, como si yo pudiera darle una respuesta.

Yo no dije nada.

—Puede que te hable del tiempo, de las flores en los jardines, de otros pacientes —Margaret jugueteaba con el borde del bolsillo de su vestido—, y parece que está entera, ¿saben? Puede pasarse una hora sentada, hablando, a veces más, y te da la impresión de que está bien, que razona... y de pronto, sin venir a cuento, empieza a hablarle a otra persona, a alguien que no ves. Así que le digo: «¿Mary? ¿A quién le está hablando, querida?». Y ella se gira hacia mí como si yo fuera la loca, y me dice: «Caray, Margaret, estoy hablando con...» y me dice algún nombre, el de alguna niña, por lo que he podido entender, y sigue así, contándole a todo el que ve cómo le ha ido el día, hablando con alguien llamado Earl.

—Earl era su marido —dije yo, asintiendo—. Murió en el 39.

Margaret sonrió, como si le hubieran hecho una pregunta y la hubiera acertado.

—Sí, Earl —repitió—. Habla de algo que ha hecho con Earl, e incluso cuando te vas sigue hablando, como si se le acabara el tiempo. —Margaret se detuvo de pronto. Parecía violenta, como si hubiera hablado de más—. Lo siento —se disculpó—. No me corresponde a mí hablar de esas cosas. Perdónenme. Es que son los únicos que la han visitado en mucho tiempo. Está el otro caballero. Ha venido unas cuantas veces, pero nunca se queda mucho rato...

—Haynes Dearing —dije yo.

Margaret sacudió la cabeza.

—No sé su nombre. Nunca me lo dijo y yo nunca se lo pregunté.

Alargué la mano y le toqué el brazo.

—Está bien. Ha sido de gran ayuda, Margaret. Nos ha ido muy bien hablar con usted. Por favor, no piense que ha dicho nada fuera de lugar.

Margaret sonrió. Con sus ojos descoloridos miraba adelante y atrás, como si esperara que apareciera alguien. Me pregunté cuánto tardaría Margaret en tener conversaciones con personas inexistentes.

Salimos de allí sin ver al doctor Gabillard. No pregunté siquiera si Gabillard seguía a cargo de mi madre. No tenía ningún sentido volver a hablar con él.

—¿Realmente crees que no hay nada más que hacer? —me preguntó Alex mientras emprendíamos el camino de regreso desde el Hospital Comunitario de Waycross.

—Lleva así casi cuatro años, Alex.

Alex abrió la boca para decir algo, quizá para hacer otra pregunta, pero no dijo nada. Me miró, desde el asiento del acompañante del camión de Reilly Hawkins, mientras nos acercábamos a la carretera. Le eché un vistazo y no vi nada en su expresión, una simple manifestación de nada. Tenía los ojos vacíos, como si hubiera

visto todo lo que había que ver y no quedara mucho más.

Alargué el brazo y le cogí la mano un momento.

—Llevo viniendo aquí un montón de tiempo. Al cabo de un año o año y medio dejé de tener la sensación de que visitaba a mi madre. Ahora sólo vengo por obligación... quizá más por el recuerdo de mi padre que por otra cosa.

—¿Te acuerdas de cuando me hablaste de los ángeles?

Sonreí.

—No me lo recuerdes.

—¿Por qué no?

—Porque yo era un crío, y tú eras mi maestra, y eso hace que nuestra situación actual resulte rarísima.

—¿Es así como te sientes?

—No hasta que empiezas a hablar de ángeles y del Concurso de Relatos Breves de Atlanta, y de cuando me regalaste un libro de Steinbeck por mi cumpleaños.

—Deberías escribir un libro sobre todo esto —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿Sobre qué?

—Tu vida. Tu padre, las niñas asesinadas, lo que les ocurrió a los Kruger, lo que le ha sucedido a tu madre, nosotros... todas estas cosas. Deberías escribir tu autobiografía.

—Tengo dieciocho años, Alex, dieciocho —señalé, riéndome—. Haces que parezca como si no me quedara mucha más vida por delante.

—¿Crees que lo sabe?

—¿Eh?

—Tu madre. ¿Crees que sabe quién lo hizo?

—¿Quién hizo qué? ¿De qué estamos hablando ahora?

—Las niñas asesinadas, Joseph. Ya oíste lo que dijo.

Sacudí la cabeza.

—Alex, mi madre está loca. Está en el departamento psiquiátrico del Hospital Comunitario de Waycross. Tiene conversaciones con mi padre, y él lleva muerto desde julio de 1939. Estoy seguro de que no tiene absolutamente ni idea de quién fue el causante...

—Quién es el causante, Joseph... Los asesinatos aún siguen.

—Vale, vale... Estoy bastante seguro de que no tiene absolutamente ni idea de quién es el causante de esos sucesos.

—Pero ¿y si lo sabe? ¿Y si saberlo y no poder hacer nada al respecto es lo que la ha vuelto así...?

—Lo que la ha vuelto loca, Alex. Y si saberlo la ha vuelto loca. Llamemos a las cosas por su nombre. Nos conocemos lo suficiente como para no tener que dar rodeos. Está loca. Como una cabra, como un cencerro...

—¡Ya vale! —espetó Alex—. ¡Para!

—Y ya te vale a ti también, Alex. Por Dios, no quiero oír nada más sobre esto, ¿vale? Ella no sabe quién mató a esas niñas... Perdón, quién está matando a esas niñas. No lo sabe. Nunca lo ha sabido y estoy seguro de que nunca lo sabrá. Seguirá viviendo en Waycross. Probablemente se quede allí el resto de su vida, y yo seguiré visitándola hasta que no pueda soportarlo más, o hasta que no me reconozca. Entonces lo sentiré, pero al mismo tiempo sentiré que me quito una carga enorme de los hombros, porque no tienes idea, ni la más mínima idea, de lo que es ir ahí y escuchar a tu madre conversando con personas muertas, especialmente cuando resulta que una de ellas es tu padre.

—Lo siento...

La miré. Extendí una mano y le toqué el pómulo.

—Alex, yo te quiero. Te quiero más que a nada y a nadie en el mundo. No estoy enfadado contigo. No estoy ni siquiera levemente molesto contigo. Estoy disgustado por la situación. No puedo hacer nada al respecto más que disgustarme de vez en cuando, pero no tiene nada que ver contigo. En cualquier caso, tiene que ver con la gente de Waycross, los que dijeron que harían algo para ayudarla y parece que la han hecho empeorar. Eso es todo. Lo que le ocurra a mi madre, quién sea, cómo se comporte... no son cosas que deban preocuparte. Desde luego no quiero que ese tipo de cosas se interponga entre nosotros. —Hice una pausa para recobrar el aliento—. Eso es lo que hay, nada más, nada menos, y de verdad, de verdad, no quiero hablar más de ello, ¿vale?

—Vale —dijo ella, suavemente.

Alargó la mano y sujetó la mía, me besó en la palma. Me sonrió y, a la tenue luz del atardecer de Georgia, con la cálida brisa entrando por la ventanilla del camión, la vi y pensé que era más de lo que yo podía haber deseado nunca.

Cerró los ojos, me apretó la mano una vez más y luego la soltó.

Volví a mirar hacia la carretera vacía que se extendía ante nosotros.

No hablamos en mucho rato, y cuando lo hicimos, fue de cosas insustanciales.

Después del asesinato de la niña Keppler en Fleming, después de visitar a mi madre y de escucharla hablar, poseída por aquella locura del todo particular, me pregunté si estaba destinado a cargar con el peso de aquellos fantasmas todo el tiempo. Si, de algún modo, podría haber hecho algo para poner fin a aquellos asesinatos, y si por el hecho de no hacer nada me había condenado a cargar con el peso de la culpa el resto de mi vida.

Después de la niña Keppler los sueños se produjeron con mayor frecuencia.

Soñé que me asesinaban a mí. Soñé que había corrido como el viento entre los árboles y los campos, la conciencia de algo tras de mí, algo que no podía ver pero que percibía con una sensación de certeza tan clara como mi propio nombre.

Soñé que me acosaban. Que me seguían el rastro. Que me perseguían. Soñé que estaba más cansado a cada paso, un agotamiento que sentía hasta los huesos, una fatiga de la mente, del corazón, del alma. Soñé que cada paso que daba era siempre el último, y sin embargo de algún modo daba otro, otro y otro más. Cada vez más lento, eso sí, más lento y tropezando, hasta que aquella cosa caía sobre mí, y yo levantaba la vista y me encontraba con unos ojos vítreos, y emitía un grito de silencio, y cuando el silencio acababa se producía un silencio más profundo, mayor, un silencio que me engullía entero y que nunca me soltaría.

Y entonces me subían a la parte trasera de un camión, y Kruger estaba allí, y él lloraba por mí, y sus lágrimas caían y me tocaban la piel. Lowell Shaner, Frank Turow, Reilly Hawkins... estaban todos allí, y mirando desde la parte trasera del camión, mientras rebasábamos la loma, veía a mi madre y tras ella los fantasmas de las niñas muertas, que lloraban en silencio, y tenía la sensación de que todo estaba llegando a su fin... una sensación de saber algo, de saber quién había estado allí, quién estaba en el interior de mi invisible certeza mientras corría por los campos y por la maleza, mientras mis pies se arrastraban, pesados y lentos, por los bordes del pantano Okefenokee... y había música, música como la que tocan en la iglesia...

Y luego me enterraban, yo con el rostro congelado en una expresión de terror para siempre. Me bajaban al interior de la tierra, vestido de domingo, los zapatos relucientes, el pelo bien peinado, y la gente se quedaba de pie alrededor del hoyo, que se iba haciendo más y más profundo, y oía la tierra cayendo sobre mí, y sabía que me quedaría allí mismo para la eternidad, y que la hierba crecería, y que las

estaciones cambiarían, y que la gente a la que yo había querido envejecería y moriría, y que habría silencio en mi mente en lugar de voces...

Yo estaría allí, con mis pensamientos en eterno contacto con la certeza... de que yo había sabido quién era... que había sabido quién era... que había sabido quién era...

Y no era una silueta en un cartel clavado a una valla. No era ninguna silueta. Era un ser humano, un ser humano de carne y hueso, que comía, que respiraba, que hablaba.

Y estaba ahí fuera. En algún lugar.

Navidad de 1945. El viejo «Sangre y Agallas» Patton moría de las heridas sufridas en un accidente de tráfico en Alemania. El hombre que había conquistado Sicilia en treinta y ocho días, que había sido degradado dos veces por su carácter cascarrabias y difícil, quedó herido mortalmente en una carretera solitaria. Parecía la más negra de las ironías, y de algún modo un reflejo perfecto de cómo consideraba el mundo que debía tratarnos a los seres humanos. Alex se fue a ver a sus padres a Siracusa dos días después de Navidad. Pensaba pasar allí una semana más o menos. Yo la llevé a la estación de autobuses de Augusta Falls y esperé a su lado. Cuando el autobús se puso en marcha me di cuenta de que no tenía ningún motivo para volver a casa. Me quedé en el pueblo un rato. Me senté en un *diner* en Manassas Street y me puse a observar cómo la gente iba de un sitio a otro. A pesar de las fechas, todo el mundo parecía deseoso de irse y poco dispuesto a llegar, con caras lentas y expectantes y la vida en tensión, repartida entre unos hijos desagradecidos y unos padres seniles. Para ellos quedaba bien poco en medio. Quizá, pensé... quizá era así como tenía que ser. Cuando salí vi al sheriff Haynes Dearing al otro lado de la calle. Levantó la mano y me saludó.

—¿De paseo? —preguntó.

—He traído a Alex para que tomara el autobús a Siracusa.

—¿Va a ver a sus padres?

—Sí, pasará con ellos la Nochevieja.

—¿Tú no has querido ir con ella?

Me encogí de hombros.

—No se me dan muy bien los cumplidos necesarios cuando estás invitado en casa de alguien.

—A mí tampoco —dijo Dearing—. Mi esposa ha invitado a su hermana y su marido, y aunque es nuestra casa, la hermana siempre está curioseando y metiéndose en todo y resulta irritante. No lo soporto.

Asentí. Quería irme a casa.

—¿Te vuelves a casa?

—Sí.

—Tendrás prisa, ¿verdad? —preguntó, pero tal como lo hizo no era tanto una pregunta como un desafío a que rechazara su compañía.

—¿Prisa? Bueno, no más que de costumbre, sheriff. Tengo cosas que hacer, pero siempre hay cosas que hacer, ya sabe.

—¿Pero tendrás un ratito para mí, para fumarnos un cigarrillo juntos y charlar un

rato?

Una vez más, había formulado la pregunta más como una afirmación o como una invitación a que le llevara la contraria.

—Nunca cogí el hábito de fumar cigarrillos —dije—. Probé unas cuantas veces, me pareció algo áspero y desagradable. Hablar sí puedo... nunca he tenido un gran problema con eso.

—Bueno, pues demos un paseo hasta mi oficina, en plan informal, y a ver si puedes ayudarme a aclarar algunas cosas. ¿Te parece?

—¿Es algo serio, sheriff?

Dearing sonrió y sacudió la cabeza.

—Por Dios, no, no creo, Joseph.

—Iré, y por mi propia voluntad. No querría que pensara que tengo algo que ocultar.

—Muy bien, Joseph, muy bien —dijo Dearing, dando media vuelta y emprendiendo la marcha.

La oficina del sheriff Haynes Dearing era como un almacén donde guardaba trozos de su personalidad con los que no quería ir cargando. En la pared había clavado unos tablones, simples tablas lisas, en los que había colgado con tachuelas fotografías, entradas, certificados varios, cupones, vales de compra de Hot Shoppes y Howard Johnson's, el lateral de una caja de cereales Cream of Wheat, una receta de Betty Crocker para hacer pudín de manzana que parecía recortada de un periódico, un dibujo infantil del «Sheref Derin» hecho con ceras, una tabla con el alfabeto fonético, una escala de diferentes pesos y medidas, medidas y distancias, y cosas así. En el extremo derecho había un cartel del Servicio Postal de Estados Unidos con su lema: «Con nieve o lluvia, haga calor o en noche cerrada, nuestros carteros no dejarán de trabajar para cumplir con sus entregas». Dearing observó que aquello me llamaba la atención.

—Mi padre —dijo—. Fue cartero. Figúrate. Más de cuarenta años. Colgué eso ahí como recordatorio de su tenacidad y resistencia, y porque se ajusta bastante a lo que yo hago.

Fruncí el ceño.

—No es entregar el correo. Más bien yo entrego los hechos, ¿sabes? —Sonrió, hizo un gesto de resignación y se sentó pesadamente en su silla. La silla, de madera y con ruedas, protestó con un crujido bajo su peso—. Bueno, no sé, Joseph, quizá no se parezca en nada... será que nuestro lema, «Para proteger y servir», me parecía poca cosa. —Se rió—. Siéntate. ¿Quieres un café o algo?

Sacudí la cabeza.

—¿Así que por fin fuiste a Waycross a ver a tu madre?

—Sí, la vimos el domingo pasado, dos días antes de Navidad.

—¿Y?

—No sé qué decir, sheriff... Ya no es mi madre. Tengo conversaciones con ella... Joder, ya no son ni siquiera conversaciones. —Sacudí la cabeza—. En la última visita me dijo que conocía la identidad del asesino de las niñas.

Dearing levantó las cejas y adoptó un aire preocupado, comprensivo. Cambió de postura en la silla y luego se echó hacia delante y me miró de cerca.

—Siento oír eso, Joseph, de verdad lo siento. No sé qué decir. Lo que está ocurriendo... —Levantó la mano y se dio unos golpecitos en el entrecejo con el dedo índice—. Que me aspen si sé qué es lo que hace que la gente sea como es, ¿sabes? —Exhaló lentamente y se recostó—. Yo he ido a verla unas cuantas veces.

—Lo sé, sheriff... Sé que ha ido a verla y se lo agradezco de verdad.

—Me pareció que era lo correcto. Me senté a hablar con ella, aunque no sé si ni siquiera recuerda quién soy.

—Yo no... —Miré al suelo, sacudí la cabeza, resignado—. Sea lo que sea lo que le están haciendo, no están arreglando nada. Le han dado fármacos y todo tipo de tratamientos especiales. Cada vez que voy están preparando algo nuevo que va a ser la cura milagrosa. A mí todo me parecen brebajes de aceite de serpiente y hierba del diablo. Viene el médico, con su traje de setenta y cinco dólares y su aire de superioridad, y me suelta unas peroratas que a mí me sirven lo mismo que un montón de sacos de mierda de pollo.

—Siento oír eso, Joseph. Aunque no me sorprende especialmente, cuando se trata de médicos. Parece que esa gente se pasa la vida mirando dónde ha estado la gente, en lugar de adónde van.

Levanté las manos y me encogí de hombros en señal de resignación.

—Es lo que hay, sheriff.

—¿Qué piensa la señorita Webber?

—¿Alex? —respondí yo, sorprendido.

—Claro, ella es profesora, ¿no? Más lista que tres o cuatro tipos de la calle juntos. ¿Te la estás «trabajando», no?

Me reí. Las palabras de Dearing surgieron de frente, rotundas, como los puños de un boxeador abriendo agujeros en el espacio que nos separaba. Palabras como aquéllas parecían hechas más de algo sólido que de sonidos: palabras con los nudillos desnudos, feas y con la nariz sangrante. Tenían una cualidad que yo apreciaba.

—¿Qué piensa ella? —respondí—. No lo sé... Realmente no se lo he preguntado. Es la primera vez que la llevo allí. Hablé un poco por el camino, no mucho, en realidad, pero la verdad es que yo no tengo muchas ganas de conversación después de ir a Waycross.

—¿Cuál era el trato con Gunther Kruger?

La pregunta me cayó encima como una pelota envenenada. Yo la detuve, pero me cogió de lado y me dolió un poco. Era de aquellos impactos que aún sientes al día siguiente, que a veces incluso te dejan un cardenal.

—¿Gunther Kruger? —respondí, esquivando el golpe.

—Vemos lo que vemos, Joseph —dijo Dearing. Parecía una simple afirmación, pero lo dijo de un modo que hacía que pareciese otra cosa—. Tú eres escritor, ¿no?

—Algo así.

—¿Quieres saber lo que pienso de los escritores?

—Me encantaría.

—¿Tú crees que no leo? He leído al tal Rider Haggard, a Hemingway, a gente así. Leí *El delator*, de ese irlandés, ¿cómo se llama?

—O’Flaherty —dije—. Liam O’Flaherty.

—Ese mismo.

—Me sorprende.

—¿Que sepa leer?

—No, sheriff, que lea cosas así.

—Tengo un primo que trabaja en la Biblioteca Estatal de Georgia, en Savannah. Cada año eliminan no sé cuántos libros... Él selecciona un par de docenas y me los envía.

—Iba a decirme lo que piensa de los escritores.

—Ahí voy —dijo—. A veces me gusta dar un rodeo a lo que estoy diciendo; así cuando llego al meollo, el placer de llegar a destino es mayor.

Me quedé esperando, sentado y en silencio.

—Los escritores ven cosas que otros tipos no ven.

Levanté las cejas.

—Es cierto —afirmó Dearing—. Quizá sea más preciso decir que ven las cosas de un modo que los demás no las ven. ¿No estás de acuerdo?

Me encogí de hombros.

—Supongo que cada uno ve lo que ve, y que todo el mundo ve las cosas de un modo diferente.

—Quizá —concedió Dearing—. Pero un escritor observa detalles que otros no ven, y los ve porque mira con unos ojos diferentes.

—Puede ser —dije—. ¿Y por qué me cuenta esto?

—Por lo que ocurrió entre tu madre y Gunther Kruger.

No respondí. Dearing sonrió con gesto comprensivo.

—Ya no estamos en el colegio, Joseph. —Se echó hacia delante y apoyó las palmas de las manos en la mesa. Supuse que iba a aprovechar el apoyo para ponerse en pie, pero se quedó así, mirándome—. Yo no soy de los que hurgan en la vida íntima de las personas. No considero que sea asunto mío, y no creo que quisiera hacerlo si me lo ofrecieran. Tu madre y Gunther Kruger solían pasar tiempo juntos, eso es un hecho. Lo sé. Tú lo sabes. Y seguro que la señora de Gunther Kruger también lo sabía. No sé si también los críos. Los chavales a veces engañan. Ponen esos ojos inocentes, pero luego oyen hasta la última palabra.

Dearing hizo una pausa y se apoyó de nuevo en el respaldo de la silla. La silla,

quizá resignada a su castigo, apenas emitió un leve crujido de protesta.

—Recuerdo una vez, hace tres o cuatro años. Un hombre dijo que su mujer había sido envenenada... —Dearing se detuvo en pleno vuelo—. Bueno, no querrás escuchar historias de otros sobre el tema. En otra ocasión. En cualquier caso, ¿dónde demonios estaba?

—Mi madre y Gunther Kruger.

—Sí, es cierto. Pues como te decía, pensé que quizá pasaban cosas de las que a ti no te apetecería hablar en aquel momento. Quizá no te parecieran importantes. Quizá no lo fueran, ¿sabes? Pero con el tiempo adquirimos mayor objetividad y perspectiva. Me preguntaba si no recordarías nada que nos diera alguna pista.

—¿Sobre las niñas asesinadas?

—Claro, sobre las niñas asesinadas.

—¿Y usted cree que yo podría saber algo de eso porque era vecino de los Kruger?

—No, no porque fueras vecino de los Kruger... porque tres de las niñas eran de allí, otra de Fargo, pero apareció en el terreno de los Kruger...

—Un momento —dije—. Tengo la sensación de que me está llevando a alguna parte, sheriff.

Dearing sonrió y sacudió la cabeza.

—Nadie te está llevando a ninguna parte, Joseph.

—Bueno, pues pregúnteme lo que quiera preguntarme y le daré la respuesta.

Dearing se aclaró la garganta.

—Ya sé que fui a hablar luego contigo, pero no sé si llegué a entender lo que sucedió con la niña Keppler.

Fruncí el ceño.

—Dime la verdad, Joseph... ¿Por qué fuiste a Fleming aquel día?

Sonreí y sacudí la cabeza.

—Ya me ha subido a su tren, ¿no? Debía haberme dicho que me había ganado un billete; habría preparado el equipaje para el viaje.

—No, no te he subido a ningún tren, Joseph. Te diré algo. Me despiertas una curiosidad así de grande. —Dearing abrió los brazos, indicando la medida—. Me resulta extraño que te enteraras de la muerte de una niña, una niña de la que nunca habías oído hablar antes, y que salieras corriendo hacia el condado de Liberty. Eso me ha hecho pensar.

—¿Pensar en qué, sheriff? ¿Algo relacionado con el asesino que vuelve a la escena del crimen?

—No sólo el asesino, Joseph, quizá también alguien que sabe algo sobre el asesino.

No respondí.

—¿Has oído algo parecido antes?

Sacudí la cabeza.

—Usted cree que fue Gunther Kruger, ¿verdad? Cree que Gunther Kruger mató a

aquellas niñas antes, y que ha vuelto a matar, ¿verdad?

—¿Tú qué crees?

—Yo no creo nada, sheriff Dearing.

—¿Te parece el tipo de hombre capaz de matar a alguien?

—¿Capaz de matar a alguien? Yo creo que todo el mundo es capaz de matar a alguien. Si les das el motivo y la ocasión adecuados, bueno, ¿quién sabe, eh? Quizá hasta usted podría, sheriff.

—No estamos hablando de mí, Joseph. Hablamos de si hubo algo que ocurriera en aquel tiempo y que te hiciera pensar que Gunther Kruger pudiera tener algo que ver con estos asesinatos. En aquella época había quien pensaba...

—¿... quien pensaba que podía prenderle fuego a su casa y matar a su hija? —pregunté. Me estaba poniendo furioso.

—Fue algo terrible —dijo Dearing—. Lo que ocurrió en aquella ocasión, sin duda. Fue algo terrible, terrible y yo, en particular, siento una gran responsabilidad por aquello...

—¿Por qué iba usted a sentirse responsable? ¿Usted no prendió el fuego, no? ¿O sí, sheriff? ¿O fue una de esas situaciones en las que hay motivo y ocasión suficientes...?

Dearing levantó la mano.

—En la vida hay que aprender algunas lecciones, Joseph. Puedes hacer una cosa una vez y aprender una lección de ello. Si necesitas una segunda ocasión para aprender una lección, quiere decir que eres tonto de remate.

Fruncí el ceño.

—Me cabreaste una vez, yendo a Fleming. Joder, la última persona en el mundo que esperaba ver allí eras tú. No quiero que me cabrees otra vez, Joseph.

Levanté una mano conciliadora.

—En aquella época Gunther Kruger era sospechoso. No me importa decírtelo. ¿Y sabes una cosa? No había nada, nada en absoluto, que indicara que aquella niña tuviera espasmos...

—Era epiléptica, sheriff...

—¿Ah sí, lo era?

Dearing se recostó en la silla, metió el pulgar por dentro del cinturón y adoptó una expresión de satisfacción.

—¿Está diciendo que no lo era?

Dearing sacudió la cabeza.

—Estoy diciendo que no hay nada que demuestre que la niña fuera epiléptica ni nada parecido.

—Entonces los cardenales que vi...

—No eran más que cardenales, ni más ni menos. Joder, Joseph, por mucho que lo disfraces, en aquella familia había algo raro. Yo soy tan republicano como pudo serlo Bob Taft, y no sé si estoy a favor de vender terreno de Georgia a extranjeros, pero

tengo un respeto de base hacia el prójimo y no le deseo ningún mal a nadie. No obstante... —Dearing hizo una pausa melodramática. Se echó adelante para subrayar sus palabras y darle la debida importancia a su punto de vista—. Cuando se trata del asesinato de unas niñas, no tengo ninguna opinión respecto a nadie, más allá de la posibilidad de que estén o no implicados. No soy uno de esos lerdos que odia a la gente sólo porque es de otro lugar. Sean de donde sean, sean del color que sean y hablen el idioma que hablen, todos tienen el mismo interés para la ley. El hecho de que tu madre, Dios la bendiga, hiciera como Lana Turner en esa película de *El cartero* con el señor Gunther Kruger... el hecho de que fuera una mujer decente y temerosa de Dios... bueno, joder, Joseph, no puedo dejar que la relación íntima entre ella y Gunther Kruger me sirva de referencia para establecer su carácter. Yo... nosotros... imaginamos que pegaría a la niña, yo, y Ford Ruby, y el sheriff Fermor... Es el que tuviste el placer de conocer aquella tarde con la señorita Webber, ¿te acuerdas?

Asentí.

—Lo recuerdo, sí.

—Bueno, los tres nos reunimos un par de veces, e hicimos lo que hicimos, nos planteamos preguntas y seguimos nuestras pistas, y no encontramos nada que poner sobre la mesa. Nada salvo la coincidencia del lugar donde se encontró a las niñas. Eso y el hecho de que considerábamos a Gunther Kruger alguien capaz de pegar a una niña.

—Lo cual no es gran cosa como para colgarle una acusación de asesinato a nadie.

—Cierto, cierto. Tú serás muy listo, con todas esas palabras tuyas tan complicadas, y quizá yo sea lento y metódico, y puede que no tenga más chispa en la cabeza que un petardo húmedo, pero te diré una cosa que sí tengo, Joseph Vaughan... Tengo persistencia, ¿sabes? Persistencia. Soy de esos que se agarra a una idea y no la suelta hasta que se la arrancan por la fuerza, y aun así, quien me la arranque, sabe que tendrá que tirar muy fuerte.

—Así pues, ¿qué me está diciendo?

Dearing se recostó en la silla. Adoptó el aire resignado y filosófico de quien intenta sacar información sin mostrarse interesado realmente, casi como si, dijera lo que dijera yo, no importara gran cosa.

—Lo que digo es que tengo las muertes de Alice Ruth van Horne, Laverna Stowell, Ellen May Levine, Catherine McRae y Virginia Perlman, todas entre noviembre de 1939 y agosto de 1942. Luego ocurre eso de los Kruger. El incendio. La niña muere en el incendio, ¿verdad? Los Kruger se van donde sea...

—A Uvalda, en el condado de Toombs —precisé—. Según parece, una prima de la señora Kruger tenía allí una granja.

Dearing asintió.

—Allí es donde fueron —dijo—, pero no se quedaron allí.

Yo arrugué la frente. Había perdido el rastro a los Kruger, nunca había preguntado

por su suerte. Quizá, en cierto modo, había sido un alivio verlos marchar. Su presencia me habría recordado constantemente la infidelidad del señor Kruger y la muerte de Elena.

—Acabaron en Jesup.

—¿Dónde?

—En Jesup —repitió Dearing—. En el condado de Wayne. —Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó un mapa. Lo desplegó sobre la mesa, se puso en pie y me hizo un gesto para que me acercara y mirara. Plantó el dedo en un punto y yo miré—. La sexta niña, Rebecca Leonard, hallada el diez de septiembre de 1943, aquí mismo, en Meridan, condado de McIntosh. Pon el dedo ahí.

Obedecí.

—La séptima niña, Sheralyn Williams, hallada el diez de febrero de 1945, aquí mismo, en Offerman, condado de Pierce. —Dearing se sacó una moneda del bolsillo y la puso en el sitio correspondiente—. Y luego, la octava niña, como ya sabes, hallada aquí mismo, en Liberty, condado de Fleming. Esther Keppler. Eso fue hace sólo unos días. El veintiuno de diciembre. —Dearing levantó la vista y me miró, cada uno a un lado de la mesa, inclinados sobre aquel mapa con los dedos encima, como si fuéramos Blücher y Wellington en Waterloo—. Bueno, ¿qué es lo que ves?

—Veo tres puntos, y Jesup está justo en medio.

—Yo veo lo mismo. Desde Jesup, no hay más de cincuenta kilómetros en línea recta a cada uno de ellos.

—Lo cual no significa gran cosa.

—Pero al mismo tiempo, tampoco deja de ser significativo.

—Y el simple hecho de que esos tres puntos formen un triángulo y que Jesup quede en el centro, le hace pensar que Gunther Kruger cometió esos asesinatos.

Dearing soltó un gruñido y plegó el mapa de golpe.

—No, joder, no me hace pensar nada parecido.

Estaba desconcertado. No sabía adónde iba Dearing con sus suposiciones y sus insinuaciones.

—Tengo ocho niñas muertas, Joseph, nueve si cuentas a la niña de los Kruger. Yo no la incluyo en la lista. Kruger no habría prendido fuego a su propia casa. El incendio lo provocó alguien que se imaginó que Kruger se lo merecía. O eso, o fue un accidente. Así que, tal como te digo, tengo a ocho niñas muertas, la más pequeña de siete años, la mayor de once, y cuatro sheriffs de cuatro condados diferentes incapaces de responder a ninguna de las preguntas de los padres de las víctimas sobre lo que pudo suceder y quién pudo hacerlo. Tengo un sospechoso, quizá un par, y nada sobre ellos. Ahí es donde estoy, y todo esto empezó hace ya seis años...

—Suponemos —puntalicé.

—¿Qué suponemos?

—Seis años, suponemos —repetí—. Esto podría estar produciéndose desde mucho antes. Quizá simplemente no somos conscientes de ello.

Dearing sacudió la cabeza. Viéndolo de cerca me di cuenta de lo mucho que había envejecido. Tenía el rostro surcado por finas líneas que no eran exactamente arrugas, sino más bien pliegues, donde la fuerza invasora del tiempo había usurpado el territorio a la juventud. Parecía una fotografía arrugada y luego desplegada, pero que nunca más volvería a estar lisa.

—No sé si quiero oír algo así —dijo Dearing, lentamente.

Parecía cansado, algo abrumado.

—Lo siento, sheriff, no quería...

Dearing levantó la mano y sacudió la cabeza.

—Olvídalo. Simplemente tenía ganas de hablar, y te conozco desde que eras así de alto, y ese asunto con la señorita Webber... —Dearing hizo una pausa y me miró—. ¿Qué edad tiene ella, Joseph?

Me senté y me lo quedé mirando.

—Veintiséis años, sheriff. Ya se lo he dicho antes.

Dearing se sentó y apartó el mapa hacia un lado de la mesa.

—Sí, claro, ya me lo dijiste. Es sólo que...

—¿Sabe una cosa? —dije, sonriendo—. A mí me gustan las cosas claras, sheriff. Usted tiene una opinión. Y voy a oírla. No importa gran cosa si estamos de acuerdo o no. La gente piensa lo que piensa, siempre ha sido así, y así será. Estoy seguro de que hay gente que encuentra cierto alivio criticando a los demás. Esa gente, por lo que a mí respecta, están llenos de amargura y *schadenfreude*.

—¿Scharda... qué?

—*Schadenfreude*... Es una palabra que describe el tipo de persona que disfruta con las miserias de los demás. Sabe a lo que me refiero, ¿verdad?

—¡Vaya si sé a lo que te refieres! ¡Eso define perfectamente a la hermana de mi mujer, esa vieja zorra retorcida!

Me reí al ver la expresión de Dearing; como si se hubiera metido un puñado de limaduras de cobre en la boca.

—Sea como sea, usted tiene algo que decir, y puede decirlo. No soy de los que se ofenden fácilmente.

Dearing se encogió de hombros.

—Maldita sea, Joseph, es que pareces... Dios, no sé qué demonios pareces. Me recuerdas a Rasputín, o algo así, ¿sabes? Llevas el pelo larguísimo, y esa barba que parece que te esfuerzas en llevar hace que tengas pinta de loco. Y ahora eso con la maestra. Has estado bien cerca de acabar en el juzgado por exhibicionismo, por realizar actos indignos y lascivos en público... Desde luego has tenido suerte de que Burnett Fermor no te desollara allí mismo. Eso, sumado a tu aspecto... bueno, joder, Joseph. Burnett Fermor no ha sido el único en pensar en ti con respecto a estos asesinatos.

El corazón se me paró. Por un momento no pude respirar. Intenté decir algo, pero no me salía nada.

—Tú encontraste a la niña de los Perlman —prosiguió Dearing—. Varias de las víctimas aparecieron muy cerca de tu casa. Incluso la posibilidad de que el incendio lo provocaras tú para desviar la atención.

—¿Que yo qué?

—No es nada, Joseph... Sólo un puñado de gente con más miedo que sentido común. Así es como empiezan todos los prejuicios. La gente se asusta, sobre todo la gente ignorante, y no tienen otra cosa que hacer que llenar el tiempo con ansiedad. Es fácil... Mira lo que sucede con los negros. Si alguien desaparece, tiene que haber sido un negro. Si alguien oye que alguien ha robado en la casa de alguien, tiene que haber sido un negro. Desde luego no te estás haciendo ningún favor a ti mismo en Augusta Falls, y tengo que decírtelo yo, porque te aseguro que, si no fuera así, nadie lo iba a hacer.

—¡No me lo puedo creer!

—Tienes que entender lo que está sucediendo, Joseph. Es algo que pasa desde hace años. La gente se ha asustado mucho. Quieren saber qué está pasando. No quieren oír hablar de la serie de pistas que hemos seguido, ni de los rumores que hemos oído. No quieren oír hablar de los vagabundos que hemos sacado de los vagones y que hemos retenido dos días y dos noches hasta que estuvieran lo suficientemente sobrios como para responder preguntas. Quieren que les llevemos la cabeza de un asesino de niñas, eso es lo que quieren. —Dearing suspiró, exasperado—. Llamadas anónimas. Dios, si te hablara de las llamadas anónimas, y todas ellas, cada una de ellas hay que investigarla... —Cerró los ojos—. Lo que tienes que tener en cuenta, Joseph, quizá más que cualquier otra cosa, es que o te adaptas a las expectativas del resto de la gente, o se crea un prejuicio.

—Esto es una locura, sheriff —protesté—. Simplemente va más allá de...

—De momento cálmate —me advirtió Dearing.

Yo estaba agarrado a los brazos de la silla con tal fuerza que me dolían las manos.

—No es ninguna acusación, Joseph. No es nada más que rumores y cotilleos en boca de gente que debería tener más conocimiento. Es gente asustada, gente que ha perdido a sus hijas y quiere respuestas, quieren saber quién es el responsable, y cuando la gente asustada habla entre sí, su reacción natural es la de mirar hacia cualquiera que sea un poco diferente, algo fuera de lo común.

—Pero no puede estar hablando en serio... ¡No puede decirme que la gente piensa honestamente que yo tuve algo que ver con el asesinato de esas niñas!

—Lo que piensa la gente y la verdad no son la misma cosa, créeme. Lo único que te estoy diciendo es que, cuando Gunther Kruger estaba aquí, veían a un extranjero, a un alemán, y a una niña con cardenales en los brazos. Se estaba librando una guerra. El ambiente ya estaba enrarecido, y alguien consiguió convencerse de que Kruger era su hombre. Yo sé que no fuiste tú quien prendió fuego a la casa. No creo que tengas la más mínima inclinación por el asesinato. Pero ahora que Kruger ya no está, es como si hubiera desaparecido de la faz de la Tierra, y la gente no tiene nada. Así que

qué van a hacer, ¿eh? ¿Qué van a hacer si no buscan a otro que destaque, que tenga un aspecto algo diferente?

Dearing hizo una pausa para recuperar el aliento.

—¿Y usted va a dejar que piensen eso? —pregunté, sin poderme creer siquiera que estuviéramos teniendo aquella conversación.

—Por Dios, Joseph, ¿quién te crees que soy yo? ¿Tú crees que tengo la mínima influencia sobre lo que piensa y lo que hace la gente en su tiempo libre? Nadie está infringiendo la ley pensando lo que quiera, y si charlan mientras se toman unas cervezas, si las mujeres de esos grupos que se reúnen para coser colchas empiezan a animarse unas a otras, ¿qué demonios se supone que tengo que hacer yo? ¿Tú crees que debería hacer que me invitaran a cada una de las reuniones sociales de Augusta Falls sólo para controlar cualquier manifestación difamatoria contra Joseph Vaughan y darles mi opinión?

Sacudí la cabeza. Estaba ansioso y exasperado. No sabía qué decir.

—Lo único que te estoy diciendo es que tienes que aceptar un cierto grado de responsabilidad sobre la imagen que tienen los demás de ti. ¿Entiendes lo que te digo? No eres un crío, Joseph. Ya no eres uno de los Vigilantes. Eres un adulto y la gente te juzga por lo que ve, ni más ni menos.

Miré a Dearing a los ojos. Sentía que mi cara había perdido todo color. Imaginé que tendría el aspecto de un hombre perseguido, o quizá del fantasma persecutor.

—Me está diciendo que tengo que procurar tener el aspecto de los demás y comportarme como ellos. O eso, o puede que alguien venga una noche a mi casa y le prenda fuego mientras duermo. Y ya de paso, joder, puede que así también acaben con la maestra, y no les importará una mierda, porque no es más que la tía que se «trabaja» el asesino de niñas.

Dearing frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Caray, chico, tienes la boca llena de mierda y resentimiento, ¿eh?

Me eché adelante. Estaba cansado. Mi determinación iba disminuyendo, como la presión de un neumático con un pinchazo microscópico. Tenía el corazón en un puño, un puño que no tenía ninguna intención de conectar con nada más.

—¿Qué? —preguntó Dearing.

Arrugué la frente.

—Parece como si estuvieras a punto de...

—¿De matar a alguien? —respondí, sarcástico y mordaz.

—Tú lo has dicho.

—Pero ha sido usted quien ha puesto la idea en mi cabeza.

—Es el diablo quien pone ese tipo de ideas en la cabeza de la gente, Joseph.

—¿Es así?

—Eso creo.

Asentí, y miré hacia la puerta.

—¿Tiene usted comunicación directa con él? ¿Le dijo que viniera a hablar

conmigo?

Dearing sacudió la cabeza. Tenía las comisuras de la boca torcidas hacia abajo como si fueran a plegarse para empaquetarla.

—Deja de hablar como si estuvieras loco, Joseph.

—Bueno, si maté a unas cuantas niñas y le prendí fuego a la casa de Gunther Kruger... Ah, y no olvidemos que llevé a la maestra por el mal camino, y...

Dearing levantó la mano.

—No vamos a seguir por ahí, Joseph Vaughan. Te conozco mejor de lo que tú crees. Sé que no mataste a nadie. Sé que no incendiaste la casa de los Kruger, y nunca dije que lo hicieras. Estoy preocupándome por ti, chico. Te estoy diciendo que la gente se asusta. Estos tipos no son los más brillantes del mundo, ¿sabes? Ese amigo tuyo, Reilly Hawkins, desde luego no es la luz más brillante del puerto, y aun así es de los más listos que puedas conocer por aquí. Sólo hace falta una palabra. Ya sabes lo que quiero decir: «Ese Joseph Vaughan... caray, qué aspecto más raro tiene... ¿Has oído lo de la maestra? Una chica tan agradable, que se preocupa por los niños. He oído que se la llevó al condado de Clinch y le hizo cosas en la parte trasera de un camión y que Burnett Fermor tuvo que ir hasta allí y amonestarles...». ¿Entiendes dónde quiero ir a parar con todo esto, Joseph, o te has perdido en el último cruce?

Asentí. Me sentía derrotado. Entendía lo que estaba sucediendo. Sabía que Dearing no estaba juzgándome. Me dolía que alguien llegara a juzgarme por lo que era, que tuviera que cambiar mi aspecto, mi modo de vida... Joder, me dolía el hecho de no poder ser quien yo quisiera ser sin que la gente se metiera por medio.

—Lo entiendo —dije, en voz baja.

—Bien —respondió Dearing—. Me alegro muchísimo.

—¿Puedo irme ya?

—Puedes. Puedo confiar en que seguimos en buenas relaciones, ¿verdad Joseph?

Dearing se levantó de su sufrida silla y me tendió la mano.

Yo se la cogí y la sacudí.

—Claro que sí, eso nunca ha cambiado.

—Y vas a pensar en esas cosas y quizá...

—¿Pensar en cómo convencer a la gente de que no soy un asesino de niñas?

Dearing entrecerró los ojos. Ladeó la cabeza y me miró con aire interrogatorio.

—Deja esas bromas, Joseph... Ese tipo de humor, la gente de por aquí no lo entiende. No te olvides de que eres bastante más listo que la mayoría. No pillan los sarcasmos. Si les dices cosas que no entienden se volverán contra ti.

—Está bien. Estoy cansado. Me voy a casa.

Me puse en pie y me volví hacia la puerta.

—Ven a verme si tienes algún problema, ¿vale? Siento que es mi deber no perderte de vista, teniendo en cuenta lo que les ha pasado a tus padres.

—Se lo agradezco, sheriff, pero no creo que tenga que preocuparse.

Dearing sonrió.

—Preocuparme tanto es lo que me mantiene tan joven.

Me afeité la barba. La recorté con tijeras y luego me cubrí la cara con jabón de brea y me la afeité toda. El hombre que me miraba desde el espejo había perdido varios años. Tenía el aspecto del adolescente que era realmente.

La semana que Alex estuvo fuera no salí apenas. Escribí mucho. Frases, párrafos, pensamientos inconexos. Llené un cuaderno y luego empecé a escribir en recortes de papel.

El 4 de enero fui con el camión hasta la estación de autobuses a recogerla, y cuando me vio, tardó en reconocermelo.

—Tu barba —dijo.

Sonreí. Me sentía jovencísimo. Ella llevaba un vestido de seda azul pálido, con un ribete de color marfil en los extremos y en los puños. No parecía mayor, pero sí mayor que al irse. El espacio entre nosotros parecía haber aumentado.

Nos abrazamos en la cabina del camión. Me dio sensación de calidez, era algo real, tangible. La soledad no iba conmigo.

—Necesito que me cortes el pelo cuando lleguemos a casa —dije.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Democracia.

—¿Democracia?

—Un estado social caracterizado por la tolerancia hacia las minorías, la libertad de expresión, el respeto por la dignidad esencial y el valor de los individuos, que gozan de las mismas oportunidades para desarrollar libremente todo su potencial...

—¡Joseph! —espetó—. Ya vale... ¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

—La democracia, lo que se supone que tenemos en este país. —Le hablé de mi reunión con Dearing el día en que se fue—. Así que ya ves —añadí—. Tras la desaparición de Gunther Kruger me he convertido en el Enemigo Público Número Uno.

Ella se rió.

—Llévame a casa.

—No lo entiendes —dije yo, sacudiendo la cabeza.

—Entiendo que has estado solo una semana. Entiendo que has subsistido a base de refrescos y hamburguesas, que muy probablemente te has pasado toda la noche llenando páginas con furia, que necesitas un baño caliente, un polvo de campeonato, y que así dejarás de hablar como un loco paranoico.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Alex se volvió y me miró. Arqueó las cejas y ladeó la cabeza.

—Conduce —dijo, en un tono que no admitía réplica, haciendo un gesto con la mano hacia el parabrisas—. Cierra el pico y conduce.

Al día siguiente fui a hacer una gestión al pueblo. Pasé por la biblioteca pública, pedí unos periódicos de tres años antes y encontré los artículos que hacían referencia a Rebecca Leonard y Sheralyn Williams. No decían nada nuevo, sólo que las habían encontrado muertas. Arranqué las páginas y me las llevé. Más tarde, en casa, recorté los artículos y los puse en la caja. Ocho recortes. Ocho niñas muertas. Me imaginé lo que diría Dearing si registrara mi casa y los encontrara.

El ejército norteamericano arrestó a Ezra Pound en Italia y lo devolvió a Estados Unidos. Fue declarado loco y lo internaron en el manicomio de St. Elizabeth en Washington, D.C. Corría el rumor de que cincuenta mil jóvenes inglesas iban a emigrar a Estados Unidos, todas ellas «novias de guerra» de los soldados destinados en el extranjero. En París hubo revueltas por la falta de pan. La URSS informó del descubrimiento de ciento noventa mil cadáveres en Silesia, supuestamente de prisioneros de guerra rusos, ingleses, polacos y franceses. Los nazis que habían escapado de los juicios de Nuremberg buscaban refugio en Argentina. Leí los periódicos y vi la lucha desesperada del mundo por librarse de los horrores de la guerra. Aquellos acontecimientos eran los puntos kilométricos de mi vida; los golpes de *staccato* que interrumpían el ritmo de mi existencia.

Seguí trabajando fuera, arreglando vallas, ayudando en la siembra y en la cosecha. Alex y yo hablamos de irnos de Augusta Falls, pero luego ella firmó dos años más de contrato en el colegio. No discutimos sobre aquella decisión, a pesar de que aparentemente iba en contra del futuro que teníamos en mente. La verdad era simple: aunque yo quería mudarme, también me daba cuenta de que no tenía ningún lugar al que ir. Sin un destino, no podía existir realmente un plan. Sin un destino, no había posibilidad de decepción.

Cuando no trabajaba, me quedaba en casa y escribía. Escribí un relato corto sobre un hombre que escapó de la muerte por un pelo, y que a partir de aquel momento consideraba que estaba en deuda con la Muerte. Imaginaba que veía a la Muerte entre las sombras, «con sus ojos amarillos, de un amarillo intenso como una llama de color azufre, y a su alrededor el chasquido y el tañido del metal caliente, salobre, en sus manos ofrendas como la neumonía, la pelagra, la estrangulación, la gangrena, una caída asfixiante desde una altura interminable» y, cuando acabé el relato, lo remití al *New York Review*. Me enviaron cuarenta y cinco dólares y lo publicaron la tercera semana de junio. Recibí una carta de un lector, enviada desde la redacción del *Review*, y el lector —el «Sr. Cordero de Dios Arrepentido»— me explicaba en términos inequívocos que yo estaba amparando la labor de Lucifer propagando aquellas ideas y, citando a Ezequiel, «Por haber hecho recordar vuestras culpas, descubriendo vuestros crímenes, haciendo aparecer vuestros pecados en todas vuestras acciones /.../ ¡La espada, la espada está desenvainada para la matanza, bruñida para devorar, para centellear! /.../ Serás pasto del fuego, no quedará de ti

recuerdo alguno...». Pensé en responderle y preguntar al Sr. Cordero de Dios Arrepentido cómo se había hecho con su ejemplar del *Review*, pero no lo hice. Guardé su carta con la del Comité de Evaluación de relatos de Atlanta. Eran la prueba de que, de algún modo, había llegado hasta el mundo, y de que el mundo había respondido.

Se acercaba el invierno y yo pasaba más tiempo con Reilly Hawkins. Daba la impresión de que él envejecía dos o tres años por cada año que envejecía yo. Había cambiado. Sus ojos eran tranquilos y reflexivos, como si estuvieran agotados de soportar una carga interminable, como si hubiera perdido una hija, o como si le hubiera abandonado su esposa con un hombre cualquiera. Reilly no tenía ni la una ni la otra, pero aun así sus ojos comunicaban una avidez espiritual no satisfecha.

—También tuve una hermana, ¿sabías? —me dijo una vez.

Estábamos sentados en su cocina.

—¿Una hermana? —respondí yo, frunciendo el ceño—. Pensaba que sólo erais tú, Levin y Lucius.

—No, también teníamos una hermana. Sólo una. —Reilly sonrió, melancólico—. Muy guapa. Con el pelo del color de la arena. Le alcanzó un rayo cuando era una niña. —Levantó la mirada y sonrió—. A partir de entonces no pudo llevar reloj... Le ponías un reloj y las manecillas iban hacia atrás. Una cosa tremenda. Lo más raro que he visto nunca. —Reilly se encogió de hombros—. Hope... Así se llamaba. Hope Hawkins.

—¿Y dónde está?

—¿Hope? También está muerta.

—¿Cómo murió?

—Se cayó de un caballo y se rompió el cuello. A los once años.

—Por Dios, Reilly, ¿cómo es que no me lo has contado antes?

Reilly bajó la cabeza y exhaló lentamente. Cuando volvió a levantarla, tenía los ojos brillantes y llorosos.

—Yo creo que adiestramos la mente para no recordar ciertas cosas.

Pensé en cómo había ido borrando gradualmente a mi madre de la mente. De vez en cuando me pillaba desprevenido y se colaba entre mis pensamientos. Un olor, un sonido, algo en el fondo de un cajón, algún pequeño objeto insignificante con poder suficiente como para traerme un recuerdo a todo color, con todas las emociones que comportara. Esas cosas solían pasar, pero me iba convenciendo de que, a medida que me hacía mayor, se hacían cada vez más infrecuentes.

—Ya sé lo que es eso —me atreví a decir.

Reilly sonrió.

—Sé que lo sabes —murmuró—. Lo sé.

No volvimos a hablar de Hope, ni de Levin. Bebimos un poco de limonada y

luego instalamos una polea en su granero para sacar el motor de su tractor.

Más tarde, Reilly me dijo que había leído mi relato, que Alex le había dado un ejemplar del *New York Review*.

—Deberías seguir la luz —dijo.

—¿La luz? ¿Qué luz?

—Hay personas que tienen una luz, Joseph... Como un camino, una razón de ser. Algo así es raro, y cuando tienes una, debes seguirla. Tu relato me ha parecido fantástico. Tú sabes combinar todo tipo de palabras de modo que la gente las entienda. Eso es lo que deberías estar haciendo, no acumular mierda y grasa bajo las uñas arreglando motores conmigo.

—Me gusta ayudarte —dije—. Me gusta reparar motores.

Reilly asintió.

—Tú mismo, Joseph Vaughan.

No dijo nada más, pero más tarde hablé con Alex.

—Pues escribe ese libro —dijo ella.

—¿El libro? —respondí, y recordé cuándo lo había empezado, tanto tiempo atrás. Pensé en Conrad Moody, en la providencia y en las Tres Hermanas.

—El que siempre lleva dentro alguien como tú —precisó Alex.

Me reí.

—Lo digo en serio —dijo. Se levantó de la silla, junto a la mesa de la cocina. La rodeó y se quedó a mi lado, de pie. Me frotó los hombros y sentí cómo se desvanecía la tensión del día—. Todo el mundo tiene un libro en su interior. Hay quien tiene dos, o tres, o veinte. La mayoría lo sabe, pero no puede hacer mucho al respecto. Tú puedes, así que deberías hacerlo. Si no lo haces, te quedarás molesto contigo mismo, y ese disgusto volverá una y otra vez a recordarte que sigue ahí.

A la mañana siguiente cogí el camión y conduje hasta atravesar la frontera de Florida. Encontré una librería de tres plantas en Jacksonville. Compré un ejemplar del *Vocabulario* de Hartrampf, el *Treinta y seis situaciones dramáticas* de Polti, un libro llamado *Plotto: Nuevo método de creación de tramas para escritores de ficción creativa*, de William Wallace Cook. Me senté en un bar en la esquina de Cecil y Fernandina. Me tomé un 7-Up, leí unos párrafos e intenté convencerme de que eso era lo que haría; escribiría un libro: *La gran novela norteamericana*, por Joseph Calvin Vaughan. La seguridad en mí mismo duró poco más de veinte minutos. Hice un fardo con los libros y los tiré en una papelería de la acera de enfrente. Caminé sin rumbo durante una hora más y luego volví a tomar la carretera en dirección a Augusta Falls.

Cuando llegué a casa, a media tarde, con un ejemplar de la revista *Mademoiselle* para Alex, supe que habían matado a otra niña.

Era jueves, 10 de octubre de 1946, el día antes de mi decimonoveno cumpleaños.

La imagen de Virginia Grace Perlman invadió mis sueños.

Los sonidos también... *como el ruido de un poste al arrastrarlo por encima de una valla de estacas, o por unas escaleras, pero más fuerte, como alguien dando porrazos, dando una tunda de porrazos...*

Y las sensaciones se apretujaban en mi pecho, apiñadas como si fueran íntimas, sensaciones que había experimentado al verla.

Estaba tirada boca abajo.

Boca abajo, como si estuviera echándose una siesta. Una larga siesta. Una siesta que sería la siesta de su vida. Le veía las suelas de los zapatos.

Y por mucho que lo intentara, por mucho que hablara con Alex, por mucho que me despertara sudando a la fría luz del alba, aún sentía aquellas cosas, aún veía...

... hojas de otoño retorciéndose en las ramas como manos de niños, manos de bebé: un lastimero esfuerzo final por capturar los restos del verano del propio ambiente, y conservarlos, conservarlos tan cerca como la piel, porque muy pronto costaría recordar cualquier otra cosa que no fuera la perturbadora y omnipresente humedad que parecía rodearnos para siempre.

Y pensar cómo debió de sentirse ella... «¡Basta! ¡Socorro... Dios mío! ¡Socorro!»

Una niña así, con los brazos como cañitas, con las piernas como ramas de un arbolillo, el pelo como la linaza, un olor a melocotón, los ojos como zafiros pulidos.

Y pensar que había vuelto a ocurrir.

Y esta vez, como la anterior, no había habido nadie que pudiera ayudarla.

Se llamaba Mary. Como mi madre. Mary Tait. Se la llevaron de Surrency, en el condado de Appling, treinta kilómetros al noroeste de Jesup, ocho kilómetros más allá de la frontera del condado de Wayne. Tenía doce años, ya no cumpliría los trece. Cuatro días después de que descubrieran su cadáver se publicó una foto en la *Appling County Gazette*. Mary era una niña guapa, de ojos grandes y expectantes ante lo que ella creía que le iba a dar el mundo, lo que creía que podría devolverle ella, y aquella expresión sería todo lo que el mundo llegaría a conocer de ella. Recorté el artículo y lo guardé en la misma caja que los otros. Algunos ya se estaban quedando borrosos; la tinta empezaba a convertirse en algo así como una niebla sucia.

Lo poco que quedaba del torso y la cabeza de Mary Tait había aparecido en un hoyo poco profundo cerca de Odum. Odum se encontraba cerca del río Little Satilla,

afluente del Big Satilla, que se ramificaba cerca de Screven. Le habían cortado ambos brazos, igual que las piernas, a la altura de los muslos. Las extremidades nunca aparecieron, y por lo que se pudo ver en la tierra y en las rocas, daba la impresión de que esas partes del cuerpo habían sido arrojadas al río. Odum estaba en el condado de Wayne; Mary Tait vivía en Appling. Ahora había un representante de cada una de las oficinas del sheriff de los seis departamentos: Dearing de Charlton, Ford Ruby de Camden, Fermor de Clinch, Landis de Liberty, y los dos nuevos: John Radcliffe de Appling y George Burwell de Wayne.

Su primera reunión se celebró en Jesup, población a medio camino de todos ellos y la más próxima al lugar donde había aparecido el cuerpo de Mary. Era el martes 15 de octubre. La lluvia caía a plomo sobre las carreteras y los campos, brutal e implacable, y la pesada atmósfera no hacía más que sumarse a la oscura melancolía de aquella reunión. Se reunieron a media tarde, pero el cielo cubierto arrojaba ya unas sombras densas propias del anochecer.

Pensé en mi madre; en que ella creía conocer la identidad del asesino de niñas.

—Yo no lo creo —dijo Alex—. Ella está... bueno, está...

—¿Loca? —propuse.

Estábamos sentados en la cocina de la casa de Alex. Sabía lo de la reunión de Jesup. Apenas podía pensar en nada más. Seis condados, seis sheriffs, nueve niñas asesinadas.

Alex sonrió y apartó la mirada.

—No existe un modo sencillo de decir la verdad, ¿eh?

—¿Por qué hay que buscar un modo sencillo? La verdad es la verdad. La verdad es lo que sea verdad. Está loca. No sé por qué, y ahora mismo no importa demasiado. No sé dónde se le ha ido la cabeza, pero no va a volver. Eso sí lo sé. Está loca, Alex. Quizá el sentido de culpa hizo que perdiera la cabeza por completo.

—¿Culpa?

Me reí. La risa me salió hueca, cargada de amargura, pero no es que sintiera esa amargura; ahora no, no después de tantos años, de todo lo que había ocurrido.

—Lo que pasó con Gunther Kruger...

Alex levantó la mano.

—Ah, ya —dijo, enérgica—. Sí, claro... Perdona, pensé que hablabas de otra cosa.

No respondí. Me fui hacia la ventana. La lluvia, una sucia cortina de agua, golpeaba con furia; era un bombardeo líquido. El cielo estaba de color naranja, gris por los bordes, como la carne pasada. El aire era denso y difícil de respirar. Parecía como si el cielo hubiera tendido un telón entre nosotros y el resto del mundo. Más tarde, unos minutos, quizá —no llevaba la cuenta del tiempo—, me preguntó:

—¿En qué estás pensando?

—En nada concreto —respondí—. Estaba pensando en la reunión de Jesup.

—¿Es por la niña que encontraste?

—¿Qué tiene que ver la niña que encontré? —Fruncí el ceño—. ¿De qué estás hablando?

—El hecho de que no puedas desconectar de esto. Da la impresión de que te está consumiendo.

—No me está consumiendo —me defendí—. ¿Qué es lo que te hace pensar que me está consumiendo?

Ella agitó la mano con gesto impreciso.

—Ya no sé dónde tienes la cabeza... Y tengo la sensación de que tú tampoco lo sabes.

Sonreí. Alex tenía una habilidad especial para recordarme delicadamente cuándo perdía el contacto con la realidad.

—¿Qué ha pasado con tu libro? Ibas a escribir un libro.

Abrí la boca para hablar, la cerré, sacudí la cabeza.

—No me parece que tenga mucho que decir ahora mismo.

Alex permaneció en silencio un rato; luego se puso en pie y dio unos pasos hacia mí. La expresión de su rostro era inescrutable, tenía el cutis pálido pero luminoso, como los pétalos de una orquídea a la luz de la mañana. Sus ojos, profundos, se iban estrechando a medida que se me acercaba. Aquello ya lo había visto antes.

Abrí la boca para hablar.

Llegó a mi altura, levantó la mano y apoyó el dedo índice contra mis labios.

—Fantasmas —susurró.

Se echó adelante y apoyó su mejilla contra la mía.

—¿Fantasmas?

—Todo el mundo tiene fantasmas, Joseph... fantasmas del pasado, fantasmas del presente, fantasmas para el futuro.

—No entien...

—Ssshhh. —Retrocedió ligeramente y me miró directamente con sus ojos azules como la flor del maíz, que de algún modo aún contenían el recuerdo del sol de Siracusa—. Nadie sabe lo que ha sucedido. Nadie más que el propio asesino. Tu madre no lo sabe, seis sheriffs de seis condados no lo saben. Hablarán del tema todo lo que haga falta, pero a menos que él haga algo que les dé un nombre, un rostro, una pista sobre su identidad, no serán más que palabras. Las palabras sólo sirven para algo si dicen algo que valga la pena oír.

Alex hizo una pausa; me agarró la mano derecha, levantó su mano izquierda y la apoyó contra mi cara.

—Tú tienes mucho que decir, Joseph Vaughan, siempre lo has tenido. Incluso de niño...

—No quiero que me recuerdes cuando era un niño...

Ella se rió.

—¿Por qué no? Por Dios, Joseph, tienes diecinueve años. Ya eres un hombre, no un niño. Nos separan unos cuantos años, y si aún no lo llevas bien, probablemente

nunca lo hagas.

Intentó apartarse.

Yo extendí los brazos y la agarré con fuerza, tiré de ella hacia mí y la forcé a besarme.

Alex se defendió y se apartó de nuevo.

—Quizá debieras pensar en lo que tienes, no en...

Volví a plantar mi boca contra la suya y silencié sus palabras. Noté que abría los ojos. Me hice atrás y la miré.

—¿Así pues? —dijo ella.

—¿Así pues qué?

—¿Así pues vas a seguir siendo un taciturno atormentado por algo contra lo que no puedes luchar, o vas a ser escritor?

Sonreí y sacudí la cabeza.

—¿Significa eso el reconocimiento de tu propia estupidez, o que dudas sobre la respuesta?

—Lo primero.

—¿Admites tu propia estupidez? —bromeó.

—Admito que soy lo suficientemente estúpido como para que la compañía actual resulte tolerable.

—¿Ah, sí?

—Pues sí.

—¿Y tú crees que puedes seducir a una chica diciéndole cosas así?

—No tengo que seducirte.

—Ah, no tienes que hacerlo, ¿no? ¿Y por qué no?

Esboqué una sonrisita burlona.

—Porque ya eres mía, Alexandra Webber, porque ya eres mía.

—Que te jodan, Joseph Vaughan.

—Y a ti también.

—Ni hablar, después de lo que me has dicho.

—¿Ah, sí?

Ella sonrió, socarrona.

—Pues sí.

Le sujeté las manos, se las puse junto a los costados y, agarrándola con fuerza, le hice dar la vuelta, hacia la puerta de la cocina.

—Arriba —le dije, pegándome a ella y dándole un mordisco en el hombro.

Ella soltó un grito de dolor y se revolvió. La agarré aún con más fuerza y la hice caminar hasta el pie de la escalera.

—Si te crees que me vas a hacer subir, lo tienes claro.

—Desde luego que lo tengo claro, querida, créeme... Lo que va a pasar lo tengo muy, muy claro.

Se rió tanto que casi se me escapa de las manos.

Aquella noche, la noche de la reunión de sheriffs en Jesup, hicimos el amor como si buscáramos venganza por un crimen desconocido.

Diez días más tarde volví a casa después de hacer unos trabajos con Reilly. Atravesé el campo a pie y tomé el camino que llevaba hasta mi casa.

A cincuenta metros de distancia vi a Alex en el porche. Estaba inmóvil, y aunque no se movía, había algo, notaba algo...

Empecé a aligerar el paso. Eché a correr. Para cuando llegué al final del camino y tomé el de la entrada a mi casa, estaba jadeando.

No se movió. Ni siquiera cuando llegué a su altura y tendí la mano. No se movió.

Abrí la boca para preguntarle qué pasaba.

Entonces sonrió. Al cabo de un momento estaba riéndose.

—No... —dije—. ¿Seguro?

Asintió, dio un paso atrás y se sentó en los escalones.

—Seguro, Joseph... Todo lo seguro que puede ser.

—Oh, Dios mío —susurré. Me arrodillé frente a ella. Le rodeé la cintura con los brazos, la abracé con fuerza y luego, consciente de pronto de la presión que ejercía, la solté—. Lo siento —dije, consciente de lo fuerte que la había apretado.

—No pasa nada —dijo ella—. No pasa nada.

Me sentí abrumado, dominado por una sensación de euforia que me tenía sin aliento, y por otras que ni siquiera me sentía capaz de describir. Sentía, más que en ningún otro momento de mi vida, que había hecho algo.

—Por Dios, Alex... vamos a ser padres.

Ella me pasó la mano por el cabello y me abrazó a su vez.

—Sí —susurró—. Lo sé...

Más tarde, por la noche, despierto en la cama mientras Alex dormía profundamente, pensé en lo que había ocurrido; era algo que restablecía cierto equilibrio. Tal como había dicho Alex en otra ocasión: una vida creada por otra perdida. Habían asesinado a otra niña, y yo iba a ser padre. En aquel momento no tenía muy claro cuál de las dos cosas me asustaba más.

En ocasiones he pensado que la edad es enemiga de la verdad.

Con la edad, al ir acumulando cinismo y resentimiento a lo largo de los años, perdemos nuestra inocencia infantil, y con ella desaparece esa capacidad de percepción que nos permite ver en el corazón de los hombres. Yo me decía: «Mira en el interior de los ojos de la gente y verás quiénes son realmente. Los ojos son las ventanas del alma; mira atentamente y verás el reflejo de los aspectos más oscuros».

Ahora soy mayor, y aunque tenga la verdad delante, aunque ahora estoy más cerca que nunca de la verdad sobre lo sucedido, me encuentro con que me da miedo mirar. Lo que más temo es la posibilidad de ver un reflejo de mí mismo.

Recuerdo Alabama y Tennessee. Recuerdo pueblos como Union Springs, Heflin y Pulaski. Recuerdo los kilómetros que he recorrido, la persona en que me convertí, y pensar en esas cosas me hace sentir que he vivido tres o cuatro vidas a la vez. Me hice mayor con cada viaje, con cada kilómetro, con cada paso. Me volví más resentido y retorcido, y vi cosas en mi interior que esperaba no ver nunca. Vi el impulso de matar, pero no sólo de matar... Vi el impulso de hacer que este hombre sintiera ese dolor.

Ojo por ojo.

Ahora lo tengo delante, y aunque está muerto imagino que puede oír mis pensamientos. Quiero que entienda lo que ha hecho, las vidas que ha arruinado, la tristeza que ha obligado a soportar a una serie de seres humanos inocentes. Necesito que sienta el terror que ha infligido, y aunque sé que no siente nada de todo esto, mantengo la esperanza.

La esperanza de que haya un lugar mejor para mí.

Un lugar peor para él.

Cuando Alex cumplió su primer trimestre de embarazo, estábamos atravesando dificultades. El dinero llegaba con cuentagotas. Ella se cansaba enseguida. El doctor Piper dijo que había indicios de anemia y carencia de hierro, le recomendó que comiera muchas verduras de hoja verde y carne poco hecha. Lo mismo que a mi madre. Me pregunté si el doctor Piper sólo podía emitir un diagnóstico, una prognosis, un remedio a modo de panacea. No teníamos dinero para comprar esas cosas. Alex faltó tantos días a la escuela que el consejo escolar llamó a una sustituta. La sustituta, una solterona amargada que parecía más desesperada que honesta, escribió un largo informe a la Comisión de Educación del Estado detallando las anomalías entre el programa académico prescrito y las notas de evaluación de Alex. A finales de enero vino un inspector y entrevistó a algunos de los niños. No encontró motivo de alarma, pero la política de la Comisión dictaba que cualquier informe debía ser sometido a un estudio en profundidad antes de llevar a cabo o descartar cualquier acción. Hasta entonces, Alex quedó suspendida de empleo. Siguieron pagándole, pero sólo una cuarta parte de su salario. La sustituta se quedó con el puesto.

Alex se pasaba el tiempo sentada por casa, cada vez más abatida y pálida. Yo trabajaba todo lo que podía, aprovechaba la relación que tenía con los granjeros vecinos y los propietarios de campos de los alrededores para hacerles trabajos y gestiones. Pensé en vender la casa, pero no podía. Mi madre, pese a estar bajo la custodia del Estado, seguía viva y físicamente sana. La ley exigía presentar una declaración de intenciones, una cesión de poderes, para que yo pudiera actuar legalmente en su nombre. La primavera de 1947, cuando Alex entró en su séptimo mes, empaquetamos sus cosas y se instaló en casa de mi madre. No podíamos seguir pagando el alquiler de la casa de Alex, así que se perdió. Alex lloró dos días seguidos, lloraba hasta caer dormida, y se despertaba cubierta de lágrimas. Apenas comía. Llamé al doctor Piper, que le dio inyecciones de hierro. Sufría calambres en el estómago y dejaba sangre en el retrete. Cuando le pregunté por aquello no me contestó. Se apartó de mí, de la gente que conocía, del mundo. En mayo me la llevé al Hospital Comunitario de Waycross, con la excusa de ver a mi madre, y cuando estuvimos allí la dejé un momento sola y consulté a un camillero. El camillero me dijo que nos enviaría un médico y que le pediría que hiciera algún comentario sobre el mal aspecto de Alex, que le preguntaría cómo estaba y la convencería para que se dejara examinar. El plan funcionó bien, y mientras examinaban a Alex yo me senté, cogiendo la mano de mi madre mientras ella me miraba a través de unos ojos que

parecían envueltos en humo. La miré y supe que no tenía la cabeza allí. Mi madre se había ido muy lejos tiempo atrás, y verla así me asustaba. Había ido hasta allí por Alex, no por mi madre, y no me veía capaz de volver a visitarla para verla en aquel estado.

Durante la hora que pasamos a solas me habló de cosas que para mí no tenían ningún sentido. Me habló de gente que yo no conocía, de nombres que nunca había oído, y cuando intenté que me aclarara algo de lo que decía se limitó a mirarme con una expresión que me dejaba como un niño tonto e ignorante. Sólo en una ocasión dijo algo que conectara con mis pensamientos, y en el momento en que las palabras salieron de sus labios me quedé helado.

Daba rodeos y farfullaba, comiéndose las palabras una tras otra, como si tuvieran prisa por abandonar su mente, y entre algún monólogo inconexo sobre «Edward John Tyrell, ¿sabes? Era como Edward John Tyrell, con su traje perfectamente planchado y sus zapatos relucientes, que brillaban como faros, ahí de pie, como si hubiera hecho algo terrible, ¿sabes?», se echó hacia delante, y su media sonrisa se transformó en algo absolutamente siniestro, y añadió: «Como las niñas».

—¿Las niñas? —pregunté yo.

—¡Ajá! ¡Las niñas! Tú no sabes nada sobre las niñas. Yo era la única que sabía algo sobre las niñas... Yo y él, claro. Él lo sabía todo sobre las niñas porque él sabía quién les había hecho aquellas cosas tan, tan terribles...

Entonces se detuvo de golpe y se me quedó mirando, atravesándome literalmente con la mirada.

—¿Quién eres tú? —espetó—. ¿Qué haces tú aquí? ¡A ti no te voy a contar nada hasta que me digas quién eres!

Fruncí el ceño.

—Soy Jos...

Levantó la mano.

—¡De hecho, no quiero saberlo! No quiero saber quién eres tú. No quiero saber nada sobre quién eres ni qué estás haciendo. Quiero que te vayas ahora mismo... Sí, quiero que te vayas. Estaba muy bien hasta que has llegado y has empezado a presionarme con preguntas, preguntas que ni siquiera quiero contestar. —Hizo una pausa para recuperar el aliento. Los ojos parecían empañársele de nuevo y se volvió, apartando la cara—. No conseguirán envenenarme, ¿sabes? Intentan envenenarme con sus mentiras y sus porquerías, esas cosas que dicen... Yo las oigo, ¿sabes? Las oigo a todas, sus lloros, sus gritos, y no quieren entender que no hay nada... —Mi madre se giró y me miró de nuevo—. No hay nada que yo pueda hacer para ayudarlas.

Empezó a llorar en silencio, hinchando el pecho en su esfuerzo por contener el llanto. Me levanté de la silla, me quedé un momento de pie, mirándola, y pensé que lo mejor sería que muriera. Y aquella idea no me pareció un crimen, sino más bien un momento de compasión piadosa.

Salí de la habitación y del edificio. Anduve media hora arriba y abajo por el camino. Cuando volví me encontré a Alex sentada en la sala de recepción del hospital. También tenía aspecto de haber llorado.

No dijo gran cosa, pero entonces vino el doctor Gabillard y me hizo una seña para que habláramos a solas. Lo hizo en susurros. Yo ya me había olvidado de él, ya que le había evitado en mis anteriores visitas.

—Necesitaré descansar desde ahora hasta el momento del parto —dijo, con gesto serio y preocupado—. Necesita comer bien y descansar. Necesita seguir una buena dieta, una muy buena dieta. Necesita comer por dos, y hasta ahora apenas ha comido por uno...

—Lo entiendo... —respondí, pero el doctor me interrumpió.

—Me ha explicado la situación —prosiguió Gabillard—. No se lo he preguntado yo, me lo ha dicho ella. Entiendo tu situación, con tu madre aquí ingresada y sin poder legal para tomar decisiones. —Sacudió la cabeza lentamente—. El hecho es que tu madre no está bien. No responde al tratamiento que hemos intentado, y la triste verdad es que no creo que lo haga nunca. No creo que salga de Waycross.

Gabillard esperó a que yo respondiera, pero no se me ocurría nada que decir.

—Vete a ver a un abogado —sugirió, en voz baja—. Pídele que te prepare los papeles para hacerte cargo de los asuntos de tu madre, y yo haré lo que pueda para que ella los firme. —Hizo una pausa e inspiró hondo—. No es asunto mío ni mi responsabilidad profesional, pero soy humano. Tu madre... bueno, tu madre morirá antes de salir de aquí, y yo no puedo quedarme al margen y dejar que una mujer embarazada sufra. Haz lo que te digo, Vaughan, y cualesquiera que sean las implicaciones morales o las obligaciones sociales o las expectativas que puedan tener las diferentes partes, también te recomiendo seriamente —muy seriamente— que te cases con esa chica antes de que nazca tu hijo.

Abrí la boca para hablar.

—De hecho, voy a condicionar mi colaboración en este asunto a esa premisa. Vuelva a verme pronto con una licencia de matrimonio y los poderes redactados por un abogado y haré lo que esté en mi mano. Es todo lo que puedo hacer.

Una vez más, Gabillard esperó mi respuesta.

—Interpretaré tu silencio como un asentimiento —dijo, al tiempo que levantaba la mano y me agarraba del hombro—. Cásate con ella. Consigue los papeles. Haremos lo que podamos.

Me soltó y se volvió hacia el pasillo.

—¿Doctor?

Se detuvo y dio media vuelta.

—¿Cuánto tiempo le queda? A mi madre. ¿Cuánto tiempo cree que vivirá?

Gabillard sacudió la cabeza pesadamente.

—Creo que su tiempo se agotó hace mucho —dijo.

Se me quedó mirando un segundo más y luego volvió a girarse y se marchó.

Me quedé inmóvil. Miré a Alex, sentada en una silla, con la cabeza en las manos y la expresión de alguien destrozado.

«Se acabó», me dije, y me dirigí hacia ella.

Volvimos a la carretera. Le hablé del futuro. Le dije que nos casaríamos. Le conté lo que había dicho Gabillard sobre los poderes y que quería ayudarnos. El estado de ánimo de Alex cambió de golpe. Incluso se rió en una ocasión. No le hablé de mi madre, de las cosas que había dicho sobre las niñas. La mente de mi madre era un revoltijo lleno de mentiras, de medias verdades, de imaginaciones y de paranoia. No podía saber nada sobre las niñas. Yo tenía que creer que no eran más que las divagaciones de alguien que había perdido la cabeza.

Estaba convencido. Tenía que creerlo.

Me casé con Alexandra Madigan Webber el miércoles 11 de junio de 1947 en los juzgados del condado de Charlton ante el juez Lester Froom. Los testigos fueron Reilly Hawkins y Gene Fricker, de la tienda de granos. Tras la ceremonia, breve e impersonal, Reilly nos llevó al bufete de Littman, Hackley y Dohring y allí, por tres dólares, Leland Hackley nos redactó una cesión de poderes. Lo hizo de modo que mi madre sólo tuviera que firmar, y la casa sería mía. Reilly nos llevó hasta Waycross, yo vestido con traje, Alexandra con una falda y una blusa de color hueso y el cabello recogido a un lado y adornado con una flor, y fuimos a ver al doctor Gabillard.

—¿No quieres verla? —me preguntó el doctor Gabillard, mientras revisaba el papel.

Sacudí la cabeza.

—No —respondí—. Hoy no.

Él asintió, mostró una sonrisa comprensiva, nos felicitó por nuestro matrimonio y echó a andar.

—¿Cuándo puedo...?

Gabillard se volvió y se encogió de hombros.

—No lo sé. Tendrás que dejarlo de mi cuenta. Haré lo que pueda... No prometo nada, ¿de acuerdo?

Y entonces retomó su camino y desapareció en el interior del hospital.

La tormenta duró ocho días. Al principio el suelo se hinchó, y luego se hundió, derrotado, dejando a la vista las raíces limpias de los árboles. Como dedos retorcidos y artríticos se agarraban con todas sus fuerzas a la tierra. Los cauces se desbordaron e inundaron los campos. Reilly Hawkins consiguió cruzar y venir a vernos una semana después de la boda y no se atrevió a volver hasta dos días más tarde. Trajo comida y vino, las pocas provisiones que pudo, y hablamos sin parar de lo que haríamos y de dónde iríamos. Si Gabillard nos hubiera enviado alguna noticia, no habría podido

llegar.

La tormenta amainó el 21 de junio, sábado, y el sol se elevó, alto y claro, sobre el maltrecho horizonte. Nueve personas habían muerto ahogadas en los campos, siete de ellas negros, los otros dos un hombre y su esposa de Folkston que habían intentado llegar a Kingsland, en el río St. Mary. Acudieron brigadas de voluntarios de los pueblos vecinos a colaborar en la reconstrucción. Muchos de ellos dieron media vuelta y se volvieron a casa.

El lunes llegó una carta de Gabillard. Dentro del sobre estaba el documento de cesión de poderes, firmado y atestiguado. Reilly me llevó a ver a Leland Hackley, quien registró el documento y redactó un acta para el banco. Al cabo de una hora ya tenía una hipoteca sobre la propiedad por valor de mil quinientos dólares. Saqué doscientos dólares en efectivo, me los metí en el bolsillo, y me fui con Reilly al Falls Inn para brindar por el cambio de fortuna.

—Tendrás un camión nuevo —le dije—. Podemos coger el viejo y hundirlo en el pantano de Okefenokee.

Nos reímos de aquella ocurrencia durante el camino de vuelta, e imaginando cómo se pondría Alex cuando supiera lo ocurrido.

Reilly paró el camión al final del camino.

—Ven adentro —le dije.

—No, por Dios —dijo él, riéndose—. Entra tú y comparte la buena noticia con tu esposa, Joseph. No querrás que me meta por medio, medio borracho y atontado, en un momento como éste.

—No —dije yo—. Tú eres parte de esto tanto como yo. No podría haber llegado hasta aquí sin ti, Reilly. Por favor, entra, sólo un rato, al menos. —Me volví y grité en dirección a la casa—: ¡Alex! ¡Alex! ¡Reilly está aquí fuera y no quiere entrar a verte!

—¡Hey! —protestó Reilly—. Eso no es cierto. ¡No puedes decirle eso, por el amor de Dios!

Yo no dejaba de reír, mientras me alejaba del camión y me dirigía hacia la valla.

—¡Alex! ¡Mira lo que tenemos! Ven aquí a ver lo que tenemos.

Saqué puñados de billetes de dólar del bolsillo, agarrándolos como ramos de flores para Alex.

Reilly había decidido seguirme por fin, y cuando me volví a mirarle observé algo. Un brillo extraño en sus ojos. Sacudió la cabeza, y luego levantó la vista hacia la casa y gritó algo con todas sus fuerzas.

—¡Alex! ¡Alex! ¡Ya hemos vuelto!

No hubo respuesta.

El corazón se me aceleró. Miré a Reilly otra vez y él asintió. Empezó a caminar más rápido hacia la valla. Yo llegué antes, la abrí de un empujón, casi arrancándola de las bisagras, y eché a correr por el camino, con Reilly tras de mí, los dos gritando el nombre de Alex.

Atravesé la puerta como una exhalación y me quedé inmóvil de golpe. Reilly fue

a topar conmigo, chocando como un tren de mercancías, pero cuando vio lo que teníamos delante le oí coger aire de golpe. Solté el dinero que llevaba en las manos. Una lluvia de billetes de dólar cayó al suelo, flotando como plumas y esparciéndose por el piso.

Si Alex hubiera venido con nosotros las cosas habrían sido diferentes. Habría estado presente en la visita al abogado, y luego en el banco; quizá incluso se habría tomado una copa con nosotros en el Falls Inn. Pero no se encontraba bien, se quejaba de que tenía náuseas y mareos. Había decidido quedarse en casa, ya que no íbamos a tardar mucho: una hora, quizá dos. Si hubiéramos venido directamente desde el banco quizá habríamos estado presentes en el momento de su caída, pero no estábamos allí. Y cayó, desde lo alto de las escaleras, hasta el piso de abajo, como un plomo, y cuando llegamos la encontramos inconsciente en la planta baja, con la falda empapada de sangre y la respiración leve y entrecortada.

Más tarde rememoraría el pánico y la confusión. Más tarde intentaría recordar los pensamientos que me habían invadido la mente, pero por mucho que lo intentara, no lo conseguiría. Recordaría haber gritado su nombre con todas mis fuerzas. Recordaría la sangre mientras intentaba levantarla, la sensación húmeda y fría en las manos, en los brazos, en la cara cuando la apreté contra su pecho para ver si aún respiraba. Recordaría haberla llevado al camión, cómo le sostenía la cabeza en mi regazo mientras Reilly conducía el camión dando botes y saltos por carreteras llenas de surcos hasta la casa del doctor Piper. Recordaría los billetes de dólar manchados de sangre y pegados a la ropa, uno en su melena, otro pegado a su antebrazo. Recordaría cómo el doctor Piper, abrumado ante lo que veía, nos instó a que nos fuéramos directamente a Waycross, en un viaje que parecía consumir una cantidad de tiempo interminable. Recordaría ver a Gabillard viniendo a nuestro encuentro mientras entrábamos con Alex a cuestras por la puerta principal, la cacofonía de voces, la conmoción que se extendió desde donde estábamos como una ola. Recordaría la cara del doctor, grave y oscura, cómo le puso los dedos en la muñeca, en el cuello, cómo gritaba dando instrucciones a las enfermeras.

Recordaría todas aquellas cosas vivamente, y reproduciría los recuerdos mentalmente como un viejo disco de baquelita, una y otra vez hasta desgastar el surco; los sonidos desaparecerían y no quedaría nada más que el enorme pozo de desesperación y pena en el que caí.

A las cuatro y seis minutos del lunes 23 de junio de 1947, Alexandra Vaughan — madre en ciernes y esposa durante doce días— murió. Con ella, un niño sin nombre. Mi hijo.

Fue Gabillard quien me lo dijo, un hombre que había hecho todo lo que había podido por rescatarnos de la indigencia y la desesperanza; un hombre que había dado pasos que podían haber garantizado la supervivencia y el bienestar de mi familia. Había sido mi ángel de la guarda, al menos aquel día. Él me indicó el camino, y luego me informó de que lo que se me había concedido, me lo habían quitado de las manos.

Yo tenía diecinueve años. Alex tenía veintisiete.

Me preguntaba qué crimen había cometido que justificara tal castigo.

Años más tarde, los meses siguientes a la muerte de Alex me resultarían borrosos, como recuerdos que se convertían en humo entre mis dedos. Enterré a Alexandra Vaughan, enterré a mi hijo, y con ellos enterré las primeras dos décadas de mi vida. Hubo gente que intentó acercármese: Haynes Dearing, Gene Fricker, Lowell Shaner, incluso Ronnie Duggan y Michael Wiltsey se presentaron al final del camino junto a mi casa, se quedaron un rato, miraron, intercambiaron unas palabras y luego dieron media vuelta y se fueron. Sus esfuerzos quedaron sin recompensa. Reilly y yo nos veíamos a menudo, pero era como si nuestras vidas simplemente se cruzaran periódicamente y como si durante el tiempo que compartíamos esas vidas quedaran en suspenso hasta el momento en que nos volvíamos a separar. Nuestros encuentros se hicieron menos frecuentes, y para cuando se cumplió el primer aniversario de la muerte de Alex, no nos veíamos más de una vez al mes. No volví a visitar a mi madre. Ya no podía enfrentarme a aquello en lo que se había convertido, y no me veía capaz de ver otra vez al doctor Gabillard. Daba la impresión de que todo lo que me recordara el pasado tenía que ser cauterizado o amputado de cuajo. No me faltaba el dinero; cuando se acabaron los primeros mil quinientos dólares, no tuve más que ampliar el préstamo hipotecando un porcentaje mayor de la casa. Esperaba que algo cambiara. Esperé pacientemente, haciendo todo lo que podía para mantener enteros la mente y el cuerpo, pero sentía que la cuerda que me mantenía amarrado a tierra se iba desgastando. Las cosas que me habían mantenido en contacto con el mundo se volvían cada vez más insustanciales y transitorias: las visitas a la tienda una vez al mes para buscar provisiones, una visita al Falls Inn cada cinco o seis meses, y aparte de aquello, vivía aislado, despegado de todo. A menudo sentía la necesidad de compañía, pero la ignoraba ante la certeza de que enseguida perdería lo que pudiera ganar. Al igual que Reilly Hawkins, que nunca se enamoraba porque estaba convencido de que no podría soportar que le rompieran el corazón por segunda vez, yo no corría ningún riesgo, convencido de que así no podía perder. Era una existencia penosa, pero la pena no la dirigía hacia mí mismo. Me había rodeado de una capa de resistencia y fortaleza suficiente para soportar la presión de la culpa y los sentimientos.

Hacia las Navidades de 1948, después de que Truman conservara el cargo como presidente ante Thomas Dewey, me planteé la posibilidad de dejar Augusta Falls. No era por el pueblo ni el condado, ni de hecho por la propia Georgia, sino por la convicción de que podría apartarme de mí mismo si me alejaba lo suficiente.

—¿Adónde? —me preguntó Reilly cuando se lo mencioné.

—Nueva York.

Reilly casi se atraganta con la cerveza.

—¿Nueva York, en el estado de Nueva York? ¿Y por qué narices ibas a querer ir a Nueva York?

—Porque es muy diferente a esto.

—¿Es el único motivo?

—A mí me parece una razón tan buena como la mejor.

Reilly sacudió la cabeza y se inclinó hacia mí. Estábamos en el Falls Inn, era una tarde de sábado. A nuestro alrededor un murmullo de voces, las nubes del humo de los cigarrillos, y el sonido del violín que alguien tocaba en el salón.

—Ése no es suficiente motivo para irse a Nueva York —dijo él.

—Quizá no necesite un motivo. Quizá actúe impulsivamente.

—Tienes que tener una razón.

—¿Tengo que tenerla?

Asintió.

—Claro que sí. Tiene que haber una razón para todo, si no, se pierde la dirección. El problema que has tenido tú es que nunca has tenido una dirección que seguir. Por eso se te escapa la vida, Joseph...

—No se me escapa la vida.

Reilly sonrió y sacudió la cabeza.

—Tienes razón... claro... Lo siento. No se te puede escapar algo que no tienes.

—¿Cómo...?

Reilly levantó la mano.

—Enfréntate a los hechos, Joseph. Alex se ha ido. Está muerta.

—No quiero hablar de eso, Reilly.

—No me importa si quieres hablar de ello o no; es la verdad. No puedes cambiar la verdad, pase lo que pase. Está muerta, Joseph. ¿Cuánto tiempo hace? Año y medio, ¿no?

—Año y medio, sí.

—¿Y qué ha pasado en todo ese tiempo? Te diré lo que ha pasado. Nada. Eso es lo que ha pasado. Absolutamente nada. Lo único que te salva es que no eres alcohólico. Si hubiera sido yo, habría dejado el condado seco y luego me habría pasado al de Brantley. Pero eso es lo único que veo, Joseph. Tienes la casa. Estás solo, salvo por las contadas ocasiones en que nos vemos. Si pasas tanto tiempo solo, acabarás perdiendo la cabeza.

—Precisamente por eso me estoy planteando irme, Reilly.

—Nada menos que a Nueva York. ¿Qué vas a encontrar en Nueva York?

—La cuestión es: ¿qué tengo yo aquí?

—¿Tu madre? —sugirió.

Yo sacudí la cabeza.

—Mi madre ya no está entre nosotros, Reilly. Se fue hace mucho tiempo, bien lo sabes. Mi madre ya no es mi madre.

Reilly se quedó callado un rato; luego me miró desde el otro lado de la mesa, con

una mirada comprensiva, cercana.

—Ya eres un adulto. Te conozco desde que tenías dos o tres años. He estado ahí y he visto todo lo relacionado con tu familia. No te puedo decir lo que tienes que hacer, y desde luego no lo intento. Tienes fuerza de voluntad, eso te lo concedo, y de algún modo te has conseguido mantener entero a pesar de todo lo que te ha ocurrido, primero con tus padres y ahora con Alex. Te respeto por eso, pero sobre todo te respeto por tu coherencia. Todo lo que haces tiene sentido. Esto... joder, esto de Nueva York no parece tener ninguno.

—Quizá sea precisamente ése el mejor motivo para planteárselo.

—Ya te he dicho que tienes fuerza de voluntad. No creo que pueda decirte nada que influya en tus decisiones. Haz lo que creas que debes hacer, Joseph Vaughan.

—Aún no he decidido nada, Reilly... Simplemente he estado pensando en ello.

—Entonces piénsalo un poco más, y luego cuéntame qué decides.

—Por supuesto que lo haré.

—Bueno, si vas a Nueva York, puede que encuentres a alguien.

—¿A alguien? —dije yo, frunciendo el ceño.

—A alguien de quien pudieras enamorarte.

Sacudí la cabeza y miré hacia otro lado.

—No sé si podría querer a nadie como quería a Alex.

—Claro que podrías. Eres joven. Tu corazón es lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a esto.

—Un amor así... —respondí—. ¿Tú crees que se puede encontrar a alguien tan especial dos veces en una sola vida?

Reilly suspiró, y fue entonces cuando vi el peso que soportaba, un peso tan grande que podría habernos aplastado a los dos allí mismo.

—¿Dos veces? —susurró—. Por lo que yo he visto, la mayoría de las veces no se encuentra ni siquiera una.

Se produjo un silencio, y luego me miró.

—Me da la impresión de que los dos hemos vivido demasiadas cosas inesperadas y muy pocas previsibles, ¿no te parece?

—Sí que me lo parece, Reilly, desde luego.

No volvimos a hablar del tema. Decidí no decidir nada, y cuando volvió a pasarme por la cabeza era el mes de febrero de 1949, cuando encontraron a otra niña.

Era la décima, y era de Shellman Bluff, en el condado de McIntosh. Se llamaba Lucy Bradford. Tenía ocho años, y un hermano de doce llamado Stanley. No sabía quién era, nunca la había visto, pero ella —por encima de todas las cosas— fue el motivo por el que por fin me marché.

—Usted conocía a Alexandra, ¿verdad? —pregunto al hombre muerto que tengo delante—. Usted la conocía, pero imagino que nunca llegó a comprenderla... Nunca llegó a entender realmente a nadie, ¿verdad? Quizá pensó que entendía a la gente... pero sólo se lo imaginó. Nunca pudo haber ninguna compasión y la mínima comprensión por su parte... para hacer las cosas que hizo durante todos esos años.

Quiero ponerme en pie y acercarme a la ventana, pero no puedo. Me siento cada vez más cansado. Me pregunto qué habría pasado si no hubiera apretado el gatillo, si de algún modo lo hubiera podido inmovilizar, atarlo a una silla, hacerle explicar quién era, lo que había hecho... hacer que me contara qué tipo de persona era capaz de matar y matar y matar como él.

Quiero alargar la mano y apoyar la palma contra la ventana. Quiero mirar a través de los huecos que quedan entre mis dedos y ver la ciudad ante mí.

—Ella murió, ¿sabe? —digo, con una voz tenue que es más bien un susurro—. Estaba embarazada; llevaba dentro a mi hijo. Durante mucho tiempo pensé que era mi castigo por Elena. Prometí que la protegería. Estaba en lo alto de una colina y miré hacia abajo, hacia Elena, que estaba detrás de la casa, y juré que la protegería, que no le sucedería nada. —Hago una pausa, bajo la mirada y respiro hondo un momento—. Pero le pasó... y no fue como a las otras —prosigo, sonriendo y sacudiendo la cabeza—. No puedo creer que hayan pasado todos estos años y que ahora esté aquí, en la misma habitación que usted, y que ni siquiera tenga la posibilidad de explicarse ¿Qué se siente? ¿Eh? ¿Qué se siente? ¿No es eso, de lo que se trata? ¿No se trataba de decirle algo al mundo, de intentar que todo el mundo entendiera la locura que se escondía tras lo que ha hecho? Y ahora está aquí, ahora por fin tiene un público, y no puede hablar. —Me río, con una risa nerviosa y asustada—. Qué ironía, ¿eh? Qué ironía esta.

Echo el cuerpo adelante y recojo la pistola del suelo. La levanto lentamente y la apoyo en la frente del muerto. Levanto el percutor. El sonido es fuerte, como el de una rama al romperse, como un relámpago cayendo como un latigazo sobre un campo lejano de Georgia.

—Hable —le susurro—. Hable ahora... o calle para siempre.

El silencio ruge a mi alrededor, tanto por dentro como por fuera, y me pregunto —sólo por un momento— si no habré cometido otro error, otro terrible error.

Las lágrimas no bastaron.

El llanto de una niña habría hecho que más de un hombre se compadeciera, pero éste no.

«Jesús es nuestro amigo...»

Rezando mentalmente, quizá.

«Con él venceremos, con él venceremos, ningún enemigo puede intimidarnos, ningún temor puede acecharnos...»

Palabras que le venían a la mente. Los ojos cerrados como postigos en invierno.

«Dame aceite para la lámpara, para mantener la luz, dame aceite para la lámpara, te ruego...»

Un olor como a muerto. El olor a cuero de zapatos, o a algo que olía como el cuero, y después de la sorpresa de ser descubierta, tras un momento a la espera de las risas, de que todo aquello fuera un juego, nada más que un juego, un juego para divertirse...

«Sí, aunque atravesase el valle de las sombras de la muerte, no temeré...»

Como si jugara al escondite, a pilla-pilla, a policías y ladrones...

Pero la realidad cayó como un latigazo. Repentina, como un portazo. ¡Bang! Una cosa, luego otra, y de pronto la certeza de que la presión que sentía alrededor del cuello, el hecho de que la otra mano se le colara bajo la falda y le tocara donde ni siquiera ella se habría atrevido a tocarse, no podía formar parte de ningún juego que ella conociera.

Y entonces le faltó el aire.

Mientras se revolvía, se llevaba las manos a la garganta, y comprendía que, fuera lo que fuera aquello, era algo que no debía suceder en ningún caso, en ningún mundo que ella hubiera podido imaginarse.

El contacto de las manos: una en la garganta, la otra por debajo de la falda, y el olor a alcohol, el olor a tabaco, el olor a cuero o a algo parecido al cuero...

El pataleo. Los músculos en tensión. El sistema nervioso cargado de electricidad, emitiendo chispazos en su interior como una máquina que había visto una vez en la Feria del Estado. Un enorme globo plateado, y unas chispas que crepitaban, y cuando alguien lo tocaba, el pelo se le volvía loco y se le quedaba tieso como el heno... y los niños se reían, y el hombre que estaba allí, con el pelo como algodón de azúcar... y el olor, aquel olor acre y penetrante, y el susurro de la energía al dispersarse...

«Dame aceite para la lámpara, para mantener la luz... para mantener la luz hasta que rompa el día...»

Y todo gritándole por dentro que tenía que escapar, huir, correr como el viento, como el rayo, atravesar el campo y llegar a casa.

Pero los brazos que la rodeaban y la apretaban, aferrándola implacablemente, y la sensación de la presión en aumento contra el pecho, la garganta, la dificultad cada vez mayor para gritar, queriendo gritar como nunca había gritado, gritar como una sirena de bomberos, como una enorme ave de rapiña lanzándose en picado, como un caballo salvaje, con la crin al viento como los colores de cien ejércitos, ondeando al viento... gritar como una niña aterrada ante la perspectiva de la muerte...

Ocho años de edad. A cuatrocientos metros de casa.

Abrió los ojos un instante. Veía la hondonada y la colina que se alzaba justo después, el camino que emprendía la carretera hacia el este, luego hacia el noreste y luego de nuevo al este y, tras la colina, a la derecha, justo donde se levantaba aquel árbol alto y el otro más pequeño, estaba su casa.

Si no hubiera sido por la hondonada y la colina podría ver la casa, su casa, de donde venía cuando él apareció de la nada.

Olía a oscuro, a profundo. Olía a viejo; más viejo que Dios y que el béisbol.

Olía a que Jesús estaba muy lejos de allí.

Un hombre tras ella, con brazos como troncos, un hombre que olía a que aquello ya lo había hecho antes.

Y entonces ella se echó a llorar, y es cuando él la golpeó, fuerte, ¡zas!, y el sonido fue como un latigazo, y el dolor que la atravesó por el lado de la cabeza fue como aquella vez que se había caído de un árbol y se había hecho sangre en la nariz y un arañazo en el pómulos y había oído el sonido del impacto de la cabeza contra la tierra durante tres semanas seguidas en el oído derecho.

Se echó a llorar, y él la golpeó, y supo que era él, porque sólo un hombre habría podido agarrarla con tanta fuerza, y sólo un hombre podía tener esos músculos de hierro y esa piel áspera con callos en las manos.

El sonido de su llanto se lo tragó la oscuridad de la noche, y cada pensamiento que le venía a la cabeza era más aterrador que el anterior, y cuando se dio cuenta de lo que iba a hacerle, tuvo la sensación de que la sangre se le paraba en las venas.

Ahora estaban en el suelo, él con la mano sobre la garganta de ella, mientras con la otra le arrancaba la ropa, rasgando el algodón, los encajes y el dobladillo de satén de color melocotón, tirando de las cintas rosas que llevaba en el pelo... y ella sintió la presión del aire fresco contra su piel, y el suelo bajo la cabeza, la humedad de la tierra, aspiró el olor de las hojas muertas y las ramas rotas, oyó aquella respiración afanosa encima de ella, cerrando los ojos con la vana esperanza de que, si no lo veía, aquello no podría ocurrir.

Pero ocurrió.

Los colores tras sus párpados como remolinos caleidoscópicos, y tras los oídos el sonido de la sangre fluyendo como un torrente en su interior... sangre atemorizada, sangre intentando escapar.

Volvió a golpearla. ¡Zas! Un doloroso rubor en la mejilla, y al abrir los ojos, a través de las lágrimas vio la luz en los ojos de él —una luz muerta, roja— y unos dientes blancos, y olió su aliento rancio y fétido, y sintió la aspereza de la barba de dos días del hombre al presionar la cara contra su vientre, y sus manos que se hundían en ella, presionando con los dedos y haciéndole un daño que ella nunca había imaginado, que no pensaba que nadie pudiera llegar a sufrir. Pero se podía.

Y entonces decide quedarse quieta, sin respirar apenas, sin pensar apenas, sin esperar ya casi nada, mientras él le hace *cosas*, cosas malas... cosas que los hombres no les hacen a las niñas...

Dolor por dentro. Un dolor lacerante. Como si le estuvieran presionando las vísceras hacia la garganta. Una sensación de ahogo, y luego la mano que tiene sobre la garganta empieza a aumentar la presión, y siente los ojos que se le hinchan dentro de las órbitas, como si le fueran a explotar, y el sonido de la sangre como una tormenta, como un tren negro, como esos caballos que galopan atravesando hectáreas de campos llenos de noche.

Se revuelve y, al revolverse, el peso y el dolor aumentan, y luego se da cuenta de que se está yendo, de que se está refugiando en algún lugar fresco y seguro, donde esas cosas ya no se sienten, y da la bienvenida al inminente silencio, la sensación de inmovilidad, la sensación de calma que se extiende por cada centímetro de su cuerpo.

Percibe la presencia del hombre, de pie, por encima, con una cinta rosa en la mano. Él hace una pausa, y se mete la cinta en el bolsillo.

Y luego todo desaparece. Todo.

Una sensación de nada, de vacío, una brisa como en verano. Pensaba que la infancia le duraría algo más. Por lo menos eso.

El sheriff del condado de McIntosh. Se llamaba Darius Monroe. Su padre había sido sheriff, y antes que él su abuelo, y el linaje incluía cuatrerros, ladrones, borrachos y asaltantes de borrachos. Todos ellos tipos musculosos, duros, hombres sin conciencia. El bisabuelo Monroe había engendrado una veintena de niños con cuatro mujeres diferentes. Más que una familia, aquello era una dinastía. Nunca se casó con ninguna. Se ganaba la vida jugando a cartas en los vapores. Un brillo de Casanova en esos ojos de jugador, bigotes engominados, el cabello apelmazado con brillantina, una vida llena de actos vergonzosos pero ni un atisbo de vergüenza en su mente. Darius Monroe tenía cincuenta y tres años y estaba cansado. No se había casado; no lo haría. La estirpe familiar acabaría con él, caería de golpe, como un ciervo con un tiro en la cabeza. Tenía la cara como una bolsa de papel arrugada. La boca tensa como la cuerda de un violín. Y emitía palabras con cuentagotas, como si se estuviera desprendiendo de sus últimas monedas y faltaran dos semanas hasta el día de cobro. Ojos como los de sus antepasados jugadores, vivos y rápidos, impenetrables, herméticos, de los que no dejan traslucir nada hasta el momento de extender la mano

y llevarse el bote. Debido a su cargo, la gente tenía que confiar en él, pero siempre con la sensación de que sería mejor no hacerlo.

El primo de Darius Monroe por parte de madre, Jackson Delancey, «Jacko», era un tipo de aspecto curioso, una cabeza más alto que el resto, todo rodillas y codos y con algo en su color de piel que revelaba algún devaneo con los indios, algo en los genes: un cabello liso como una plomada, negro como los cuervos, la nariz casi romana, unos rasgos demasiado orgullosos para un hombre tan humilde. Lo que encontró Jacko aquel viernes por la mañana le hizo sentirse aún más humilde. A partir de aquel día, hablaría de ello durante meses: en bares, apoyado en una valla, mientras llevaba a los caballos a pastar, mientras regaba los parterres de hierba que su esposa insistía en conservar a pesar del color de la tierra procedente del pantano. Lo que encontró aquel viernes por la mañana —el 11 de febrero— le dejó frío y callado, le cubrió de sudor pese al aire fresco tan poco típico de la época, le hizo retroceder y apartarse, dar media vuelta y alejarse treinta o cuarenta metros, y luego volver atrás para asegurarse de que no estaba alucinando. No lo estaba. Ya sabía que no lo estaba. Pero lo que tenía delante era tan irreal que habría sembrado la duda en cualquier hombre cuerdo.

Mientras estaba allí de rodillas sobre la tierra, incluso alargó la mano y le tocó los dedos. Unos dedos unidos a una mano. Una mano unida a poca cosa más. El cuerpo estaba repartido en más trozos de los que se veía capaz de contar, y estaban dispersos por el suelo, ocupando más espacio que el salón de su casa. Pero la sangre, que formaba una gruesa capa en los espacios intermedios, producía el efecto de que todos los pedazos seguían conectados. Más tarde se confirmaría que la niña estaba cortada en doce trozos, pero daba la impresión de que fuera uno solo.

Fue entonces cuando vomitó.

Así que Jacko Delancey, un tipo de aspecto curioso, todo rodillas y codos, corrió como una liebre ante el olor de los perros. Corrió casi un kilómetro hasta su casa, donde desató una yegua y cabalgó disparado hacia la casa de su primo. Darius Monroe estaba en casa, pensaba presentarse en el trabajo después del almuerzo. Jacko le hizo salir golpeando la puerta a puñetazos, y entre jadeos y gritos ahogados comunicó el mensaje.

El sheriff Darius Monroe subió al coche, mandó a Jacko a casa con el caballo, llamó por radio a su ayudante, Lester Ellis, y le ordenó que fuera a reunirse con él.

El sheriff Monroe llegó poco antes de las nueve. Vio lo que vio y dio las gracias por haber tenido la previsión de saltarse el desayuno. Sacó cintas y estacas del maletero y trazó un perímetro. Esperó a que llegara Ellis. Se fumó un cigarrillo y mantuvo apartada la mirada todo el rato. Quizá no fuera más que una premonición, un rumor u otra cosa, pero había estado presente cuando habían hallado a la niña de los Leonard en septiembre de 1943 y se había preguntado cuándo volvería a pasar. Pues ya había pasado. Pero su premonición, la llamara como la llamara, no le había servido como preparación para la terrible realidad de lo que había encontrado Jacko

Delancey.

Ellis apareció a los veinte minutos, echó un vistazo, se puso blanco como el papel y devolvió el desayuno y las tres comidas del jueves al otro lado de la valla. Pensó en su propia hija, que había cumplido cuatro años dos semanas antes, y se preguntó si sería verdad lo que les decían en la escuela dominical. Dios es caritativo. Dios es justo. Dios lo ve todo y protege a los inocentes y a los mansos. Seguro que Dios estaba ocupado la noche anterior, y había dejado que otra joven alma pasara al más allá. Ellis llamó a la oficina del sheriff e hizo que la recepcionista avisara al forense. Llegó a las diez y media, dando tumbos por el camino en un coche desvencijado. Se llamaba Robert Gorman. Era el responsable de los condados de McIntosh, Wayne y Pierce. Había hecho las autopsias de Rebecca Leonard en septiembre de 1943, de Sheralyn Williams en febrero de 1945; había estado junto al sheriff George Burwell cuando habían hallado el cuerpo de Mary Tait en octubre de 1946. Había cierto lío de jurisdicción, tanto policial como forense. Se habían encontrado víctimas de un condado en otro, y nadie sabía con exactitud dónde trazar los límites.

Hacia las once ya había corrido la voz. Se convocó una reunión en Eulonia a las tres de aquella misma tarde, a la que asistieron todas las partes implicadas. Siete condados, siete sheriffs, sus respectivos ayudantes y asistentes; un total de diecisiete hombres, todos serios, todos sobrecogidos.

Haynes Dearing, de Charlton, dirigió el procedimiento, hizo preguntas y esperó las respuestas. Llegaban pocas. Ninguno de los presentes había presenciado ni había gestionado nunca nada parecido. Se enfrentaban a un asesino en serie, porque ya nadie pensaba que hubiera más de un culpable.

—Crearé un equipo operativo —propuso Burnett Fermor.

—Sólo se puede crear un equipo operativo con ciudadanos de todos los condados implicados —dijo Ford Ruby—, pero si haces algo así, nos meteremos en una caza de brujas.

—¿Entonces cuál es tu propuesta? —preguntó Fermor.

—¿Propuesta? —replicó Ruby, con tono desafiante—. Mi propuesta es que cada uno se haga responsable de su propio condado y sus propios ciudadanos. Que los dividamos en grupos. Que cojamos a los hombres de entre dieciséis y sesenta años, sin exclusiones, y que vayamos casa por casa haciendo preguntas.

—No está mal —dijo Dearing—. Parece un punto de partida tan aceptable como cualquier otro. Y tendremos que crear una oficina central, algún lugar donde se puedan guardar los archivos y los registros para que todos tengamos acceso a ellos y podamos coordinarlo todo juntos.

Nadie tuvo las agallas de comentar que aquello podían haberlo hecho mucho antes.

Radcliffe, de Appling, propuso Jesup; allí se había celebrado la reunión anterior en octubre de 1946.

—A mí me parece bien —dijo Dearing, y se dio cuenta de que aquello venía

ocurriendo desde hacía diez años.

La primera niña había sido Alice Ruth van Horne, en noviembre de 1939. Había pasado una guerra. Dios sabe cuántos millones de vidas se habían perdido, cientos de miles de norteamericanos entre ellos, en el otro extremo del mundo, y sin embargo todo ello parecía insignificante comparado con lo suyo. Aquello estaba pasando en casa, era algo personal, era una invasión de territorio muy diferente.

—Así que debemos mandarlo todo allí —prosiguió Dearing—. Cada archivo, cada informe del forense, cada documento, cada entrevista, todo lo enviamos a la oficina del condado de Wayne mañana mismo por la mañana.

—¿Crees que Gus Young va a poner alguna pega? —preguntó Radcliffe, refiriéndose al alcalde de Jesup, un hombre conocido por su carácter irascible y su paciencia limitada.

—Conozco a Gus Young desde que éramos unos críos —respondió Dearing, sacudiendo la cabeza—. Gus Young querrá hacer todo lo que esté en su mano para ayudarnos.

—Gus Young es el alcalde de Jesup —intervino George Burwell—. Yo soy el sheriff del condado de Wayne. Gus Young hará exactamente lo que yo le diga.

Se dio por finalizada la reunión. Cada hombre volvió a su coche. Lester Ellis recibió un mensaje por radio. Habían identificado a la niña.

—¡Oh, por amor de Dios! —exclamó Darius Monroe en voz baja—. ¡La niña de los Bradford!

—¿Conoce a la familia? —preguntó Ellis.

Monroe asintió. Parecía más abatido y exhausto que nunca.

—El mayor es mi ahijado —dijo.

—¿Quiere que vaya yo? —preguntó Ellis, con la esperanza de no tener que hacerlo.

Monroe se quedó en silencio un momento, y luego se volvió hacia su ayudante.

—¿Y qué hombre sería yo si dejara que esto lo hiciera otro?

Ellis no respondió.

Me enteré del asesinato al día siguiente. Lo oí de boca del propio Haynes Dearing, y fue entonces —en mi casa, allí mismo, en la cocina— cuando me dijo que llevaba tiempo queriendo venir a verme tras enterarse de lo de Alex.

—No es fácil —dijo—. Estas cosas nunca son fáciles.

Levanté la mano y se calló.

—Ya ha pasado —dije yo—. Ella ya no está. Murió, y no hay más. He pensado y he hablado suficiente como para llenar una vida, sheriff. Tengo la impresión de que todo lo que diga volverá después a mí y me perseguirá. Si no le importa, preferiría no hablar de ello.

—¿Eso quieres?

Asentí.

—Eso quiero, sheriff. No se lo tome a mal.

Él accedió; se sentó un rato, pensativo, y casi podía oír sus pensamientos. Luego me habló de Lucy Bradford, de la reunión que habían celebrado el día anterior, de la decisión de que cada sheriff se responsabilizara de sus respectivos condados.

—¿Estoy en su lista de sospechosos? —pregunté.

—Joseph, todo el mundo está en mi lista de sospechosos —respondió Dearing con una sonrisa cómplice.

—Pero yo soy la primera persona que ha ido a ver, ¿verdad?

Dearing sacudió la cabeza.

—De hecho no. ¿Crees que podrías serlo?

—No estoy de broma, sheriff. De verdad.

—Esto no es una broma, Joseph, es un asunto muy serio. Han muerto asesinadas unas niñas...

—Soy plenamente consciente de ello, sheriff... ¿Y qué es lo que quiere que haga yo?

Dearing se recostó en la silla. Tenía el sombrero en el regazo y le daba vueltas con gesto nervioso, resiguiendo el borde con el dedo.

—Ya hablamos antes...

—¿Ah, sí?

—Nada de bromas, Joseph... vamos a instaurar esa norma en nuestras conversaciones.

Me quedé callado.

—Ya hablamos antes, en Navidades, cuando acabó la guerra, unos días antes de que encontraran a la niña de los Keppler.

Recordaba el día; el día que había dejado a Alex en el autobús para que fuera a ver a sus padres.

—Te hice unas preguntas. Te conté algunas cosas. Te pedí que mantuvieras los ojos y los oídos bien abiertos, si recuerdo bien.

—Sí, lo hizo, y sugirió que yo estaba en el punto de mira de la gente cuando se planteaban quién podría haber hecho esas cosas...

—Dije lo que dije. Tenía que decírtelo. A mí nadie me ha insinuado nada parecido.

—¿Entonces de qué estamos hablando?

—Del hecho de que ha muerto otra niña. No quiero darte siquiera una idea de cómo la encontraron, el estado en que se encontraba... Lo único que tengo es otra niña muerta y un condado lleno de sospechosos. Tres de ellas eran de aquí mismo, de Augusta Falls. Alice van Horne, Catherine McRae...

—Y Virginia Perlman —añadí yo.

Dearing asintió.

—Y Ellen May Levine, en junio de 1941. Venía de Fargo... y apareció a menos de un kilómetro de esta casa.

—¿Y qué quiere que haga yo, sheriff?

Dearing se aclaró la garganta.

—Quiero tu ayuda.

Yo me eché adelante, con las cejas levantadas.

—¿Mi ayuda?

Dearing asintió de nuevo.

—Sí, Joseph... quiero que hagas algo por mí.

No dije nada. Me quedé a la espera.

—Quiero que vayas a Jesup y visites a los Kruger.

No hablé durante un buen rato.

El domingo me fui a la tumba de Alex. Me arrodillé en el suelo, leí las palabras grabadas en su lápida y, cuando alargué el brazo para tocar la superficie lisa del mármol, empezó a llover. El agua caía a plomo, y las gotas me golpeaban la cabeza y los hombros sin piedad. Las flores que había traído y que había colocado junto a la lápida quedaron deshechas, convertidas en puñados de pétalos empapados. Cogí los pétalos con las manos abiertas y me quedé mirando cómo la lluvia se los llevaba. Me quedé allí hasta que la ropa me pesaba tanto que casi no podía con ella, y no derramé ni una lágrima. Estaba convencido de que no me quedaba ni una lágrima dentro, y que por eso el cielo lloraba por mí.

La tarde anterior había ido a casa de Reilly y le había contado lo sucedido. Le había hablado de la niña Bradford de Shellman Bluff, de la visita de Dearing, de lo que me había pedido.

—¿Diez niñas? —preguntó.

—Diez niñas, sí.

—¿Y Dearing tiene el ojo puesto en Gunther Kruger?

—Creo que Haynes Dearing es un hombre perdido en un mar de preguntas. No sabe nada, pero él es la ley, y ahora le toca hacer todo lo que pueda para poner fin a esto.

—¿Y celebraron una reunión, todos los sheriffs?

—Sí. Establecieron un centro de coordinación en Jesup.

—¿Por qué en Jesup?

—Es un punto céntrico, al menos el más céntrico posible. Hay siete condados implicados, y eso sin contar otros lugares donde aparecieron algunos cuerpos. Dearing me lo explicó lo mejor que pudo, me dijo que era una locura. Llegan expedientes de todas partes, más hombres colaborando de los que pueden organizar, y necesitan toda la ayuda posible.

—Y tú vas a ir hasta allí... ¿Irás y hablarás con Gunther Kruger?

—No lo sé, Reilly —respondí, meneando la cabeza—. La verdad es que no lo sé.

—¿Cómo puedes no ir, Joseph?

—Fácil. —Sonreí—. No yendo.

—¿Pero y si es él? ¿Y si él mató a todas esas niñas?

Suspiré. Sentí que la mente y las emociones se me iban tensando al límite.

—Reilly, tú lo conoces tan bien como yo. Tú estabas ahí cuando venía y se sentaba con nosotros en la cocina. Su mujer, sus hijos... Por Dios, ¿realmente crees que es el tipo de hombre que podría hacer una cosa así?

Reilly Hawkins sacudió la cabeza con gesto sombrío.

—Una cosa sí que sé sin lugar a dudas... Que nunca llegas a conocer a nadie de verdad, Joseph.

No volvimos a hablar de ello, pero al día siguiente, mientras estaba arrodillado ante la tumba de mi esposa y mi hijo, un hijo que nunca llegué a ver, un hijo que nunca tuvo un nombre, decidí que haría lo que Haynes Dearing me había pedido.

Iría a Jesup, en el condado de Wayne; hablaría con Gunther Kruger; vería si sus ojos reflejaban los rostros de diez niñas que habían perdido la vida.

Si en aquel momento hubiera sabido lo que iba a pasar, si hubiera sabido que el mes de febrero de 1949 de algún modo marcaría el final de mis días en Georgia, quizá hubiera tomado otras decisiones. De algún modo, yo no veía las señales, no estaban por las orillas del río Crooked, ni por la isla de Jekyll, ni por el arrecife de Gray; no había ninguna pista por aquella extensión de agua con islas, arrecifes, salinas o ensenadas; ningún cartel clavado en los árboles, sobre sus capas de musgo; ni una palabra en la madera de los troncos aserrados y atados entre sí para transportarlos por los caminos que atravesaban los pantanos más profundos. En aquellos ciento

cincuenta mil kilómetros cuadrados llenos de historia, de una historia que yo había aprendido, en la que yo creía, no había nada que me mostrara los colores de lo que iba a llegar.

Quizá deseara ser un niño otra vez, un niño con una madre y un padre, aquel niño que atesoraba un amor tranquilo y callado por la señorita Alexandra Webber. Quizá no estuviera más que fabricándome motivos de suficiente peso para marcharme, ya que dejando Georgia me imaginaba que la vida cambiaría lo necesario para que se perdieran los recuerdos del pasado. No sería así, y yo lo sabía, pero pensaba que intentarlo era mejor que nada.

La mañana del martes 15 me fui a ver a Haynes Dearing. Le dije que iría a Jesup a ver a Gunther Kruger.

Dearing ni sonrió ni me dio las gracias. Se quedó sentado desde detrás de su mesa y me miró unos segundos.

—¿Entiendes que necesitaré todo lo que puedas sacarle?

—Entiendo lo que quiere, sheriff. No estoy seguro de que vaya a conseguirlo.

—Quiero que hagas todo lo que puedas para determinar su paradero, sus movimientos. Quiero que le preguntes por las niñas asesinadas. Quiero saber cómo reacciona a las preguntas, lo que recuerda de cuando las encontraron. Quiero saber lo que oyó y lo que pensó al respecto.

—Y usted no puede ir porque...

—Porque soy el sheriff. Porque soy la ley. Porque cada vez que le hago a alguien una pregunta, la gente piensa que su deber es esconderme todo lo que puedan.

—¿Y cree que dejará caer algo?

Dearing sacudió la cabeza.

—Yo no creo nada, Joseph... Sólo lo espero.

—Espantapájaros —dije, sonriendo, mientras Mathilde Kruger me daba un abrazo.

—¡Espantapájagos! —dijo ella, y se rió sonoramente.

Había cambiado mucho. Sólo habían pasado seis años y medio desde que los Kruger se habían ido de Augusta Falls, y sin embargo ella parecía haber envejecido más de veinte. Pero su casa, la que ahora ocupaban en Jesup, en el condado de Wayne, era exactamente igual a la de Augusta Falls. Olía a *sauerkraut*, a *bratwurst* y a café negro, a corazones generosos y a dinero ajeno. La casa de los Kruger era la imagen del recuerdo de mi madre tal como era antes y de cómo la había ayudado esta gente. No podía ni imaginar que Gunther Kruger supiera nada de diez niñas muertas y de las terribles cosas que les habían hecho.

Llegué a última hora de la mañana del miércoles 16. Había conducido desde Charlton en el camión de Reilly.

—Deberías comprarte tu propio camión —me había dicho al partir, riéndose, y hubo algo raro en aquel sonido, que me decía que comprendía lo difícil que debía de

haber sido aquel viaje.

—Buena suerte —añadió, mientras me asomaba por la ventanilla y levantaba la mano.

«Mejor que seas tú», es lo que creo que dijo cuando arranqué, pero no estaba seguro.

—Gunther está fuera, con los chicos —me explicó Mathilde—. *Aaaj*, digo chicos y ya no son chicos. Ahora son hombres. Los dos son hombres, como tú.

Y de nuevo me abrazó, me cogió de la mano y me llevó a la cocina.

Mathilde Kruger se puso a preparar el café y las pastas.

—No tengo hambre —dije yo.

Ella se rió.

—*Espantapájaros* tiene hambre. Siéntate ahí. Hago café, ¿sí?

Sonreí. Me puse a reír. Fingí que no estaba nervioso, fingí que mi presencia no se debía más que a una visita social.

—Tú madre —dijo Mathilde—. Creo que está en ese sanatorio, ¿sí? ¿Me equivoco? ¿Sí?

Sacudí la cabeza. Mathilde trajo el café y lo colocó frente a mí. Se sentó.

—No se equivoca —le dije—. Está en el sanatorio. En Waycross.

—Qué mujer... —reflexionó Mathilde.

El tono cariñoso y compasivo de su voz me hizo sentir levemente culpable; estábamos hablando de mi propia madre y durante una cantidad de tiempo considerable yo no había pensado en ella, y mucho menos había tenido sentimientos hacia ella.

—¡Qué mujer, cuántas cosas duras en su vida!, ¿eh? —Mathilde bajó la mirada, palideciendo al tiempo que contenía las lágrimas. Luego sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa animosa—. Todo irá *bienn*, irá *bienn*, ¿sí?

Yo asentí y sonreí, comprensivo.

—Sí, estoy seguro de que irá bien.

—¿Así que trabajas en Augusta?

Sacudí la cabeza.

—Lo justo para sobrevivir, sí.

Mathilde se me acercó y me cogió la mano con la suya.

—Bien. Estás demasiado delgado, *Yoseph*, siempre demasiado delgado, pero veo que estás bien. ¿Sí?

Mi mente no se detenía: tenía la sensación de que podría ver a través de Mathilde Kruger, que podría ver a través de ella como si fuera una ventana abierta al pasado. Miré al pasado, a la oscura y retorcida historia a la que habíamos sobrevivido juntos. Me pregunté si sabría lo de su marido y mi madre. Me pregunté cuánto tiempo pasaría pensando en Elena, en cuando se llevaron su cuerpo de la casa la mañana después del incendio.

Recordé el mes de noviembre de 1945. Recordé haber hablado con Alex sobre las

niñas, los asesinatos, sobre quién podría haber hecho algo así, y sobre los Kruger, sobre la muerte de Elena, todo lo que se había dicho. Recordé lo seguro que estaba de que Gunther Kruger no estaba implicado. Entonces no tenía ninguna duda, pero... ¿y ahora? Ahora estaba sentado en la cocina de Mathilde Kruger esperando a que Gunther regresara a casa. Estaba haciendo una gestión para el sheriff Haynes Dearing. Una gestión de investigación basada en la sospecha, respaldada única y exclusivamente por algo tan intangible como el miedo.

A lo mejor estaba equivocado; a lo mejor desde mi punto de vista, sesgado por la desconfianza, veía un reflejo de algo interno. Posiblemente mi imaginación quería crear algo que justificara mi visita.

Gunther Kruger llegó al cabo de una hora. Antes de entrar en la casa ya había lanzado un saludo a su mujer, y cuando entró en la cocina lo vi.

Vi la culpa.

Aquello habría explicado la sorpresa que denotaba y, oculta tras ella, la sombra evidente de un reconocimiento involuntario. Su expresión le delataba: ahí estaba yo, una imagen del pasado: un rostro, una voz, nada más que eso, pero suficiente como para recordarle algo enterrado mucho tiempo atrás bajo una mortaja de justificación. Tenía delante a Joseph Vaughan, el hijo de una mujer con la que se había acostado mientras su mujer esperaba a no más de treinta metros de distancia. Gunther el fornicador. Gunther el adúltero. Gunther el mentiroso.

—¡Joseph! —Se me acercó, con los brazos abiertos, y con las manos me agarró los hombros con firmeza—. *Ach! Nicht wahr?* ¡Estás aquí! ¡Joseph Vaughan! ¡Vaya!

Tiró de mí y me abrazó, pero había algo en el modo de ceñir sus brazos contra mi espalda. Me apretujó, y en el momento en que ya había presionado lo suficiente, de pronto apretó un poco más. Me pilló desprevenido, sorprendido por la presión repentina, y me quedé sin aliento. «Te estoy mostrando lo contento que estoy de verte, por el bien de mi mujer —decía aquel gesto—. Te estoy diciendo que no tengo nada que ocultar. Pero lo que ella no sabe es que querría pegarte por haber venido. Por haber vuelto a una vida que ya no tiene nada que ver contigo ni con tu gente. Fingiré que eres bienvenido, sólo por guardar las apariencias, pero cuando te vayas no vuelvas más.»

—Gunther —respondí yo, animoso—. ¡Qué alegría de verte! Dios santo, deben de haber pasado unos seis años. Seis años y no has cambiado en absoluto... ninguno de los dos.

—*Ach*, qué amable —respondió Mathilde con voz cantarina—. Ya sé que es un cumplido. Estamos envejeciendo... Muy pronto estaremos tan viejos que no podremos seguir con la granja.

—¿Yo? —protestó Gunther—. Yo nunca pararé. Tiraré de un arado hasta que me caiga muerto en el barro. ¡Ja, ja, ja!

Nos sentamos a la mesa y Mathilde trajo café. Gunther cebó su pipa y se puso a llenar la estancia con un humo amargo y acre.

—¿Así que aún vives en Augusta Falls? —me preguntó.

—En la misma casa, sí —respondí—. Mi madre...

—Lo sé, lo sé, Joseph... —me frenó Gunther—. Tengo entendido que hacía años que no se encontraba bien, ¿verdad?

—Siete años —dije.

Por algún motivo tuve la sensación de que no sería casualidad el hecho de que Reilly y yo nos la lleváramos a Waycross un mes de febrero. El 10 de febrero de 1942. Ahora estábamos en febrero de 1949. Yo entonces tenía catorce años; ahora tenía veintiuno. Había perdido una esposa y un hijo. Y siete niñas más habían muerto asesinadas.

—Así que las cosas te van bien, ¿no?

Miré hacia Mathilde, que estaba de pie junto al fregadero. La mujer nunca se sentaba más que un momento, nunca dejaba de hacer cosas; daba la impresión de que había conseguido organizar su mente para excluir todo lo que no deseaba tomar en consideración. Posiblemente sabía lo de su marido, lo de la aventura con mi madre; posiblemente pensaba en su hija y en cómo la había perdido; quizá sabía lo de los asesinatos y no decía nada.

—Todo va bien —respondí yo—. No va mal, Gunther... pero seguimos con el mismo problema... —dije, cada vez más flojo hasta quedar en silencio.

Me sentía raro, como si estuviera intentando forzar a Gunther Kruger, con premeditación y alevosía, para que dijera algo que le incriminara de algún modo.

—¿Problema? ¿Qué problema?

Sacudí la cabeza.

—No... No es algo de lo que me apetezca hablar —dije. Levanté la mirada hacia Gunther, me giré hacia Mathilde, que daba un paso desde el fregadero. Le sonreí, pero había algo en su expresión, una sombra, un fantasma, imposible de describir—. He venido a visitaros —proseguí, de pronto inquieto por el aspecto de Mathilde Kruger—. He venido a explicaros cómo iban las cosas, y para preguntar por Hans y Walter...

Me dirigí a Gunther.

—Dime qué problema —insistió.

Suspiré y sacudí la cabeza. Ahora yo también era un mentiroso, y me sentía como tal.

—Aquellas cosas... aquellas cosas terribles, ya sabéis.

Gunther frunció el ceño y sacudió la cabeza. Tenía un aspecto preocupado, reflexivo; tenía el aspecto del hombre que nos había llevado en coche por toda la orilla del río St. Mary para que pudiéramos pasar el día en la playa de Fernandina; el hombre que había dicho que incluso yo, Joseph Vaughan, debería tener algún recuerdo agradable para cuando me hiciera mayor.

—Aquellas niñas, Gunther —dije, y levanté la cabeza. Le miré directamente a los ojos. En su expresión no había nada más que paciencia y curiosidad—. Las niñas

asesinadas.

Mathilde dio un paso adelante. Se situó detrás de Gunther y apoyó una mano sobre su hombro.

—No —dijo ella—. ¿Aún sigue pasando?

Asentí.

—Ya van diez. Han muerto diez —respondí.

Miré a Gunther Kruger. Si sabía algo, lo que fuera, había una clara división entre su memoria y su reacción, una división infranqueable.

—Diez niñas —dijo Gunther, y si sabía algo, tampoco esta vez lo dejó traslucir. Pero de todas maneras había algo. ¿Algo? Más tarde, al pensarlo, ni siquiera podría determinar qué era lo que había visto. ¿Una sombra, un brillo en sus ojos? Me lo quedé mirando fijamente, tanto que noté que le resultaba incómodo—. No entiendo una cosa así —dijo, y miró por encima del hombro, hacia su mujer.

Daba la impresión de que lo hacía simplemente por apartar sus ojos de mí. Mathilde no le devolvió la mirada; seguía mirándome.

—¿Y la policía? —preguntó Gunther—. ¿No tiene nada?

Negué con la cabeza.

—Hay rumores. La gente les llama con todo tipo de historias sobre cosas que creen haber visto. No sé cuántas pistas falsas han seguido ya. Sé que hicieron venir a la Agencia de Investigación Estatal, pero no sacaron nada en limpio. Lo cierto es que no creo que sepan más sobre el autor de los crímenes que al principio.

Gunther se volvió hacia mí. Cerró los ojos. Cuando los abrió me dio la impresión de que estaba conteniendo las lágrimas.

—Vaya mundo este en el que vivimos —dijo, con la voz quebrándosele de la emoción—. Un mundo en el que la gente puede hacer estas cosas tan, tan terribles.

—Es difícil de entender —respondí—. Pero no he venido a hablar de esas cosas. ¿Dónde están Hans y Walter?

—Llevan fuera la mayor parte del día —respondió Gunther, sonriendo—. Están trabajando en Walthourville. No creo que vuelvan antes del atardecer.

—Qué lástima. Me habría gustado mucho verles.

—Tienes que quedarte —dijo Mathilde—. No les gustará saber que has venido hasta aquí y que no los has visto, ¿no?

—No puedo quedarme mucho... Tengo trabajo que hacer en casa. Iba de camino a Glenville y pensé que podía parar.

—Bueno, pues ven —dijo Gunther, levantándose de la mesa—. Tienes que ver nuestra granja.

—Claro —respondí, y me puse en pie yo también.

Gunther se encaminó hacia la puerta de atrás.

—Hazle a Joseph algo de comida para el viaje de vuelta —le dijo a Mathilde—. ¡Unas salchichas y pan de centeno, algo para que engorde!

Se rió, y yo lo seguí al patio.

A diez metros de la casa redujo el paso. Me cogió del brazo y se me acercó un poco más.

—Lo siento por tu madre —dijo—. Ahora ya eres un hombre... —Me miró un segundo y luego apartó la mirada, como si estuviera violento—. Hace muchos años pasaron cosas...

—Gunther... —arranqué, pero él me cortó.

—Déjame decir lo que tengo que decir, Joseph. Han pasado muchos años, y tu madre no ha estado bien. Siempre he hecho lo posible por ser un hombre honesto y temeroso de Dios, pero cuando estábamos en Augusta Falls pasaron cosas que mandarían al mejor hombre del mundo al infierno, ¿no te parece?

—Dicho así suena un poco duro, Gunther.

—La Biblia dice lo que dice, Joseph. Acostarte con cualquier mujer que no sea tu esposa es un pecado mortal. Yo he llevado ese pecado en mi corazón todos estos años. Mathilde... —Se giró hacia la casa—. Mathilde no sabe nada de esto, y nunca debe saber nada. ¿Entiendes?

—Por mí no tiene que preocuparse, Gunther... Yo nunca se lo contaría a nadie.

—Pero debes entender que he rezado para que tu madre se recupere. He rezado día y noche para que el Señor hiciera que se recuperara de esa enfermedad que tiene.

—Lo sé, Gunther, y agradezco tus pensamientos y tus oraciones. Lo cierto es que lo más probable es que nunca se recupere, pero están haciendo lo que pueden por ella.

—¡Ja! Esa gente, esos médicos, no saben nada. Pueden arreglarte la pierna si te la rompes. Pueden coserte una herida y detener la hemorragia. Pero ¿y el alma? No saben nada de la enfermedad del alma. Esas cosas sólo se pueden remediar por la gracia de Dios. Tu madre era... Tu madre es una buena mujer, fuerte y buena. Esas cosas son un crimen contra...

—Gunther.

Se detuvo a media frase.

—Basta —dije, suavemente—. Ya basta. Es demasiado tarde para lamentarse. Así es cómo es el mundo, y no podemos hacer nada al respecto. He venido a veros, para que sepáis que estoy bien. He venido a ver a Hans y a Walter...

—Y a Elena —añadió Gunther—. También habrías visto a Elena, si no nos la hubieran arrebatado también a ella.

—Lo sé, lo sé, y a mí también me sigue resultando duro pensar en ello. Hay muchas cosas por las que llorar, pero si creemos en Dios, también tenemos que tener fe en sus decisiones.

—Sus castigos —precisó Gunther.

Fruncí el ceño.

—¿Sus castigos?

Él bajó la mirada hasta el suelo.

—La Biblia nos dice que todas esas cosas pasan por algún motivo.

—No —respondí—. No puede empezar a pensar así, no puede castigarse por la

muerte de Elena. ¿Cómo puede pensar usted que tuvo algo que ver con lo sucedido?

Gunther se quedó callado. Me dio la espalda y se quedó mirando a la casa.

—Hice algo terrible —dijo, con la voz convertida casi en un susurro.

—Ella se sentía sola. Mi padre había muerto. Puedo entender la naturaleza humana, Gunther, y usted también. Si Dios nos hizo a su imagen y semejanza, también tiene que ser Él quien nos hace sentir lo que sentimos. Usted es un buen hombre, Gunther, y yo sólo puedo decir que nos ayudó todo lo que pudo; creo que castigarse por lo que ocurrió con mi madre está tan fuera de lugar como pensar que tuvo algo que ver en la muerte de Elena. Esas cosas pasan, y la verdadera prueba de coraje consiste en seguir viviendo a pesar de ello.

Aún no había acabado de hablar, y ya me arrepentía de haber abierto la boca. Me preguntaba si eso tan terrible de lo que hablaba era la infidelidad u otra cosa.

Gunther asintió. Levantó la vista, y tenía lágrimas en los ojos.

—*Ach*, tienes razón, Joseph. En pocos años te has vuelto muy despierto ¿sabes?

—Ustedes se han mudado aquí y su familia está bien —dije yo, sin hacer caso de su comentario—. Mathilde está contenta, ¿verdad? Y los chicos también, supongo.

—Hans se casará en verano —dijo—. Tienes que venir a su boda. Debes venir a la boda, ¿de acuerdo?

Asentí y sonreí. Alargué la mano y la apoyé en el hombro de Gunther.

—Vendré a su boda... Será un honor para mí.

—Bueno, pues es un trato. Ahora debes irte... ¿O puedes quedarte un poco?

—Tengo que irme —mentí.

Me sentía cruel y despiadado.

—Muy bien. Pues entra a despedirte de Mathilde; te dará unos bocadillos para el viaje.

Después de conducir quince minutos en dirección norte hacia Glenville, di media vuelta y me dirigí a casa. Cuando llegué era ya media tarde. El cielo estaba liso y gris.

Llevé el camión de Reilly hasta su casa, aparqué delante y di gracias de que no hubiera ni rastro de él. Volví a casa a pie; empezó a llover, como si el Dios cuyo nombre había tomado en vano quisiera lavar mi culpa. Aunque no tenía ninguna esperanza. La culpa iba por dentro.

Había fallado al sheriff Dearing. Había perdido la compostura. Debería haber presionado a Gunther Kruger, debería haberle preguntado qué quería decir al hablar de aquello tan terrible que había hecho. Pero por dentro estaba convencido de que lo sabía, tenía que saberlo. Recordaba aquella noche de tantos años atrás, cuando me había arrodillado ante la ventana. Recordaba haber visto a Gunther allí de pie, en la oscuridad, con el abrigo como una mortaja, y cómo me había quedado sin aliento, como si una mano fría me hubiera agarrado el corazón y hubiera exprimido hasta la última gota de su interior. ¿Podía ser que Gunther Kruger hubiera hecho algo así? ¿Sería capaz un hombre como él de cometer aquellos crímenes tan atroces?

Quería un responsable. Quería que alguien pagara por lo sucedido.

En aquel momento intenté creer que se conseguiría, intenté creerlo con tanta fuerza que me causó dolor.

Me quedé de pie ante la ventana de la cocina y miré al exterior. Veía la antigua finca de los Kruger, y con ella me llegó la imagen de Elena cuando se la llevaban, cubierta con una sábana, al camión de Frank Turow, que la esperaba. Aquella noche la muerte había estado allí, y no había llegado caminando ni flotando; estaba allí, esperaba entre las sombras de los árboles, entre las sombras de los hombres que habían caminado con Elena, con el sonido de sus pesadas botas que aplastaban hojas húmedas y ramas rotas, con el sonido de la grava del camino, con el vapor que salía de sus bocas cuando se aclaraban la voz y susurraban palabras, mientras levantaban el cuerpo y lo subían al camión. La Muerte había estado allí. Yo sabía que me había visto, y Ella sabía que yo la había visto a Ella.

Me estremecí.

Me pregunté si la Muerte había venido en forma de Gunther Kruger.

Sabía que debía ir a ver a Haynes Dearing, pero no me vi con ánimo. Decidí que le iría a ver el día siguiente.

Si hubiera ido, quizá le hubiera dicho algo o habría hecho algo que habría cambiado lo que sucedió. Más tarde, recordándolo, comprendí que estaba viendo las cosas con una perspectiva deformada, influido por lo que había hablado con Gunther Kruger. Le había dicho que no era responsable en absoluto, que no habría podido hacer nada. Qué bien se nos da aconsejar a los demás y cuánto nos cuesta aplicarnos esos mismos consejos nosotros mismos. La verdad era la verdad, por muy difícil que fuera afrontarla.

Para cuando hablé con Haynes Dearing, la realidad ya era irreversible. Le conté lo que había dicho Gunther Kruger. Le conté lo que había pensado, quizá lo que había imaginado. Ahora veo que le conté lo que quería creer desesperadamente. La realidad, mucho más difícil de afrontar que la imaginación o las conjeturas, se había impuesto sin piedad.

Entonces cambiaría todo, y a mí —tan acostumbrado a lo peor— me costó creer que mi vida pudiera cambiar a mejor.

Los engranajes seguían girando, triturando las vidas de la gente entre sus ruedas, y al final de tanto giro, daba la impresión de que no quedaba nada entero.

Mi vida seguía, pero muy diferente de la que había deseado.

¿Soy culpable por lo que hice?

¿No somos todos culpables en cierto modo?

¿Dije lo que creía cierto, o lo que quería creer? ¿Dije lo que pensaba que quería oír el sheriff Dearing, o lo que yo quería que oyese?

¿Hice aquello porque creía que así acabaría todo, que de algún modo el pasado se desvanecería poco a poco, que no me perseguiría más?

No puedo responder esas preguntas. Incluso ahora, tras todos estos años, sigo sin ser capaz de responder esas preguntas.

Mi pecado. Mi crimen. Mi tormento.

Recuerdo la cara de Dearing mientras le hablaba, cómo levantó las cejas pero no dijo nada, cómo abrió los ojos, el indicio de luz que se encendió de algún modo en su interior. Y yo debería haber matizado mis palabras, debería haberlas atenuado con la duda, con la reserva, pero no lo hice. Las empañé con el miedo, la rabia y el dolor; con el dolor que sentía por lo que había ocurrido entre Gunther Kruger y mi madre; por la muerte de su hija... por todas las cosas de las que le creía culpable.

En cierto modo le hice responsable de la desintegración de mi vida. Le hice cargar con el peso de mi pérdida. Le juzgué por la muerte de mi madre, por la muerte de Elena, a quien había jurado proteger.

Fui juez y parte, y testigo del fiscal. No analicé los hechos. No escuché la petición de la defensa. Lo juzgué culpable, sin considerar ninguna posibilidad de inocencia.

Quería que alguien pagara por lo que había pasado.

Sólo quería que alguien pagara.

Aún estaba oscuro cuando oí el motor frente a la casa.

Me puse en pie. Me acerqué a la ventana, desnudo, y miré hacia abajo. El vehículo negro y blanco era inconfundible. Cuando vi a Haynes Dearing saliendo del lado del conductor con aspecto fatigado, colocarse bien la canana, ajustarse el cinturón; cuando lo vi meter el brazo en el coche, sacar el sombrero y colocárselo sobre la cabeza como un signo de puntuación, y luego levantar la mirada hacia la casa como si su propio ángel de la muerte fuera a aparecer desde dentro, lo supe.

Lo supe.

Di un paso atrás y cogí los pantalones y la camisa. Me vestí despacio, o por lo menos eso me parecía; me imaginé que Dearing se tomaría su tiempo para llegar hasta la puerta pese a la corta distancia. Lo visualicé, deteniéndose varias veces, como si reconsiderara las razones que habían motivado su acción, como si cada vez que se lo pensara encontrara un motivo para seguir adelante.

Ya estaba abajo antes de que llamara.

Abrí la puerta y no dije nada. Su rostro no tenía ninguna expresión. Tras él, el cielo aún dormía; era demasiado pronto para cualquier tipo de accidente meteorológico.

—Pensé que quizá podrías venir a darte una vuelta conmigo —dijo Dearing.

—¿Ahora?

—Ahora —dijo él, asintiendo.

Dio media vuelta y emprendió la marcha.

—¿Y adónde vamos? —pregunté, desde atrás.

Dearing no redujo la marcha, ni giró la cabeza, ni respondió. Yo volví a entrar en casa para ponerme los zapatos y un abrigo.

Por el camino hablé dos veces. En ambas ocasiones Dearing apenas movió la cabeza. Pensé en intentarlo una tercera vez, pero me rendí antes de buscar qué decir. Él emprendió el camino por Hickox, Nahunta y Screven. Ya sabía adónde íbamos, y me pregunté por qué. Observé las manos de Dearing sobre el volante, su piel como cuero curtido, las cicatrices y las marcas, las manchas de nicotina en el dedo medio y en la yema del pulgar. Una o dos veces me quedé mirando su perfil: la mayor parte estaba a la sombra, era poco más que una silueta en la que destacaban los músculos de la mandíbula, estirándose e hinchándose. Aquel hombre vivía en tensión. Una palabra fuera de lugar, un movimiento demasiado brusco, y explotaría como el monigote de una caja-sorpresa. Volví a fijar la mirada en la carretera y seguí pensando en mis cosas.

A los lados de la carretera se levantaban casuchas con techos bajos y veletas. Buzones cada diez o quince metros, todos ellos hambrientos de algo más que probablemente no llegaría nunca. Una pila de neumáticos formando una gruesa columna negra de la que colgaba un cartel —HUEVOS FRESCOS— y una flecha que señalaba un sinuoso sendero con profundas rodadas. A kilómetro y medio de Jesup, un tractor quemado esperaba en un cruce como un paciente perrillo llorando la pérdida de su dueño. Ventanillas sin cristal, colores devorados tiempo atrás por el óxido y la corrosión, la rejilla frontal como una boca rabiosa atiborrada de palabras amargas, incapaz de hablar.

El paisaje se me presentaba triste y desolado. El paisaje de mi infancia. El paisaje del pasado.

—No están ahí —dijo Dearing, deteniendo el coche en el arcén.

Estábamos a cincuenta metros de la casa de los Kruger. Ya había visto las luces, los destellos rojos sobre los coches, percibía el alboroto y la conmoción que nos esperaba. Sabía que se refería a Mathilde y los chicos.

Conté siete coches. Vi varios rostros, reconocí uno o dos. Uno de ellos era Burnett Fermor; recordé el breve encuentro que habíamos tenido las Navidades de 1945. Me sentía como un fantasma, en el asiento del acompañante del coche del sheriff Dearing y contemplando la acción a través del parabrisas.

—Han venido todos —dijo Dearing, en un momento dado—. Ford Ruby, Landis, John Radcliffe, Monroe, del condado de McIntosh... todos. Siete condados.

No dije nada.

Más tarde, con varias horas a las espaldas y con una mínima esperanza de entender por fin lo que había sucedido, lo recordaría como una lámpara de Halloween, hecha con una calabaza. La cabeza hinchada, los ojos como encendidos. La lengua azul, colgando de la boca, como un globo de fiesta. «Truco o trato», pensé, como en Halloween, y comprendí que ninguno de los dos.

—Quiero ir ahí —le dije a Dearing.

—No, no quieres —respondió él, sacudiendo la cabeza.

Me planteé insistir, pero sabía que no me haría caso.

—Se ha colgado —dijo Dearing.

Por un momento intenté dejar la mente en blanco, pero luego me lo imaginé colgando de una cuerda, oscilando adelante y atrás mientras la viga que lo sostenía crujía por el peso.

—En algún momento de esta mañana, creemos —prosiguió Dearing—. Walter... ¿Te acuerdas de Walter?

Asentí.

—Walter lo encontró.

No respondí. Observé en silencio, mientras el forense de los tres condados salía del coche y se dirigía hacia el cobertizo de Gunther.

—Tenía una cinta rosa en la mano —añadió Dearing.

Cerré los ojos; intenté respirar hondo. Sentía la emoción que se me iba acumulando en el pecho.

—También hemos encontrado otras cosas... Un zapato, un collar que creemos que pertenecía a la niña de los Keppler... —su voz perdió intensidad hasta quedar en silencio.

Al cabo de un rato Dearing volvió a hablar; dijo algo sobre la culpa, sobre el miedo a que el suicidio de Gunther volviera a preocupar a la gente, que removiera todos esos recuerdos que habían intentado borrar. No oía nada más que el sonido de mi propio corazón asustado.

Mi madre, mi triste y desquiciada madre, había tenido encuentros íntimos y personales con un asesino de niñas.

Diez niñas, todas ellas apaleadas y violadas, muchas de ellas cortadas en pedazos tirados a los cuatro vientos...

Gunther Kruger: mi amigo, mi vecino, el amante de mi madre...

Gunther Kruger había salido por ahí a hablar con la Muerte y la Muerte le había colgado de una viga.

Perdí toda la fuerza y de pronto empecé a llorar.

—Tranquilo —dijo Dearing, y fue como si oyera su voz desde una distancia extraordinaria.

—Por fin ha acabado.

Su voz, como un susurro, y luego se echó adelante, puso en marcha el coche y volvimos por donde habíamos venido.

Una semana más tarde Haynes Dearing me pidió que me fuera de Augusta Falls.

—No es una buena época para ninguno de nosotros —dijo. Se sentó a la mesa de la cocina con el sombrero en el regazo y aspecto indeciso, casi nervioso—. Este asunto... este asunto de Gunther Kruger ha... —Sus palabras, pronunciadas con dificultad, cayeron en el silencio y él apartó la mirada—. Hay quien piensa que tú tuviste algo que ver con lo ocurrido.

—¿Qué?

Dearing levantó la mano.

—No me malinterpretes. Eso no procede de ninguna fuente oficial, Joseph. La situación es difícil, la peor que he vivido desde que estoy en el condado de Charlton. La gente está asustada. Más por el shock que por otra cosa. Gunther Kruger era un hombre conocido, un miembro respetado de la comunidad. Una cosa así, a la gente le resulta difícil de comprender, y empiezan a pensar que...

—¿A pensar qué, sheriff? ¿Qué es lo que piensa la gente?

—Joder, Joseph, para mí todo esto tampoco tiene sentido. No debería haberte enviado allí. No debería haberte pedido que fueras a verle. Con toda la buena fe, a ver algo que yo debería haber resuelto antes. El hecho es que te he colocado en una

situación vulnerable. A la gente le ha dado por pensar que esto ha tenido más que ver con tu visita que con ninguna otra cosa.

—No puede estar hablando en serio. Dios, sheriff, ¿qué demonios es esto? ¿Aún creen que tuve algo que ver con aquellos asesinatos?

Dearing sacudió la cabeza.

—No, por Dios, espero que no.

—¿Entonces qué? ¿Qué narices es lo que creen que puedo haber hecho?

—A lo mejor algo relacionado con lo que le pasó a Kruger...

—¿Qué yo maté a Gunther? ¿Es eso lo que está diciendo?

—No estoy diciendo nada directamente, Joseph. —Dearing dejó el sombrero sobre la mesa y se inclinó hacia delante, con las manos juntas y los dedos cruzados. Tenía una expresión grave e intensa en el rostro—. A lo mejor han sido los hijos de Kruger. Quizá no sea más que un rumor que han iniciado ellos. ¿Puedes imaginarte cómo se deben sentir? ¡No querrán pensar que su padre es un asesino de niñas, por el amor de Dios! No querrán creerlo...

—Así que están contándole a la gente que fui yo, que yo maté a esas niñas y que hice que pareciera que lo había hecho su padre.

Dearing no dijo nada. Su silencio me bastaba como confirmación.

—Usted no puede pensar que haya ningún...

—No lo pienso —dijo Dearing, enfático—. Sé que no has tenido nada que ver con esto. Encontramos cosas en la casa, cosas ocultas bajo el suelo del granero. Encontramos cosas de casi todas esas niñas.

—¿Y por qué no le dice a la gente... por qué no le cuenta a la gente la verdad sobre lo sucedido?

—Porque Kruger está muerto y no puede defenderse de las acusaciones.

—¿Cómo?

No me lo creía. No podía creer lo que estaba oyendo.

—La ley es la ley, Joseph. Tenemos un hombre colgado, que se ha suicidado, sobre eso no hay dudas. Encontramos cosas que pertenecieron a esas niñas en su casa. No va a haber ningún juicio, ni abogados, ni jueces, ni más investigaciones judiciales. Es lo que es. Por larga que fuera la pesadilla, bueno, se ha acabado. No habrá más niñas muertas en Georgia, al menos no de la mano de Gunther Kruger. Va a ir donde demonios tenga que ir y se enfrentará a su propio juicio. Lo único que tengo yo es un montón de gente asustada y disgustada, y en una situación como ésa lo mejor que se puede hacer es eliminar cualquier resto de las terribles cosas que han sucedido.

—Y yo soy uno de esos restos, ¿verdad?

—La gente sabe que tú encontraste a la niña de los Perlman. Ahora saben que fuiste a ver a Kruger a Jesup. Veinticuatro horas más tarde se cuelga. Lo mires por donde lo mires, formas parte de esto, Joseph. Eres un actor involuntario en esta obra...

—No se ponga poético, sheriff. Todo esto es una gran gilipollez.

—Yo creo que lo mejor es que des un paso adelante, Joseph. No hay nada para ti aquí, en Augusta Falls. Eres joven. Aquí has tenido tus problemas. Nunca has encajado con esta gente de vida lenta. Ve a algún lugar donde puedas hacer fortuna. Utiliza el don que se te ha dado. Escribe libros, gana dinero. Cásate y empieza de nuevo. Podrías vender esta casa. Yo podría ocuparme de encontrar a alguien que se ocupara de eso... Vende y coge el dinero, empieza de nuevo. Deja todo lo malo atrás. Yo me ocuparé de lo de aquí; tú ve a buscarte la vida que te mereces.

—¿Y qué vida sería ésa, sheriff?

Dearing sacudió la cabeza.

—Caray, Joseph, no sé... Me parece que ya va siendo hora de que disfrutes de algo de felicidad.

Más tarde, cuando el sheriff Dearing ya se había ido, me senté en el borde de la cama de mi madre y lloré.

Lloré por ella, por Gunther Kruger; lloré por las diez niñas que quizá se merecían la felicidad más que ninguno de nosotros; lloré por Elena, por Alex, por el hijo que había perdido. No lloré por mí. No tenía sentido. Ahora llevaba algo dentro de mí, y no eran los fantasmas de aquellas niñas. Llevaba la verdad de lo que había ocurrido, y quizá aquello fuera lo más aterrador de todo.

Pensé en irme. No me daba miedo lo que pudiera decir o hacer la gente, no me daba miedo lo que pudieran pensar de mí. Pensé en irme porque tenía sentido volver a empezar. Pensé en Nueva York, en el libro que le había prometido a Alex que escribiría. Me convencí de que podría sobrevivir a aquel cambio, e intenté convencerme de que todo había sucedido por un motivo.

Me pregunté si los padres de las niñas habían intentado creer lo mismo en algún momento.

—Vete —dijo Reilly.

Era a principios de marzo. Reilly había venido a comer conmigo, se había quedado a pasar la noche y gran parte del día siguiente. Nos sentamos en los escalones del porche, Reilly fumando, a la luz del atardecer, como recuerdo de todas las primaveras vividas en Georgia. El invierno no dejaba huellas indelebles en esta tierra. Había un elemento de desolación y soledad presentes, independientemente de la estación.

—Vete... vete a Nueva York —repitió, y la insistencia en su tono me llegó, pese a mis vagas elucubraciones mentales—. Como te dijo Dearing, aquí no hay nada para ti, Joseph. ¿Qué edad tienes?

—Veintiuno.

—Eso no es nada —dijo, con una sonrisa forzada.

Me volví y me quedé mirando a Reilly Hawkins.

—Dices que aquí no hay nada para mí. ¿Qué te hace pensar que pueda haber algo más en un lugar como Nueva York?

Reilly sonrió y bajó la mirada.

—Demonios, no sé. Un lugar como éste no tiene gran cosa. En un sitio así naces y te vas, a menos que tengas familia o algo.

—Tú estás aquí... Tú no tienes familia y te has quedado aquí.

Reilly se rió, y su risa tenía algo de resignación y de tristeza.

—¿Yo? Yo soy el mejor motivo que tienes para marcharte de aquí. Yo soy lo que serás tú dentro de treinta años si no haces algo, ¿sabes? Además, tú fuiste el que empezaste a hablar de Nueva York.

Miré hacia el horizonte. Un océano de monte bajo, pamplinas, gaulterias, raquíuticos álamos y sauces llorones que habían absorbido demasiada agua de los pantanos y que habían crecido cortos y feos; y entre la vegetación, los techos bajos de las casas, casas que parecían agazaparse en el terreno, ocultándose, esperando sorprender a quien se presentara de visita. Me pregunté si no sería simplemente el miedo, el miedo a lo desconocido, el miedo al futuro. Me pregunté qué significado tendría mi vida si me quedara donde estaba, y no se me ocurrió nada. Podría casarme con alguna granjera no muy lista, criar hijos, convertirme en un viejo rencoroso y morir de resentimiento y de falta de aire. Tuve la impresión de que nunca había encontrado más que cantos ásperos y esquinas puntiagudas, de que todo lo que se ganaba se acababa perdiendo. Nueva York me llamaba como un sonido intenso y acogedor al final de un largo e incómodo silencio. No me preocupaban los hermanos Kruger, ni siquiera estaba seguro de que hubieran existido los rumores, y me imaginé que el sheriff Dearing tendría sus motivos para pensar que más valía que me fuera. Estaba convencido de que era él quien no quería que le recordaran a Gunther Kruger. Nadie había dicho nada, aunque no veía a nadie con tanta frecuencia como para saber si me miraban raro o no. Sabía, desde hacía mucho tiempo, que el único motivo para quedarme era mi madre, y también de aquello me ocultaba. No la veía desde mayo de 1947, desde la visita que le había hecho con Gabillard justo antes de que Alex y yo nos casáramos. Hacía casi dos años. Me preguntaba lo vieja que estaría ya.

—Quizá debiera irme —dije, y mi voz viajó hacia los árboles y se perdió entre ellos.

—Yo creo que sí —respondió Reilly, y no volvimos a hablar de ello.

Tiempo después, mi vida me parecería una secuencia de incidentes conectados. Como una hilera de vagones descarrilados, cada uno independiente pero a su vez unido al siguiente. Un vagón se salió de la vía —quizá la muerte de mi padre— y todo lo que vino detrás siguió sus pasos rápidamente, sin más. Llegué a creer que yo también estaba conectado, y que si no conseguía desengancharme, caería al vacío por el borde

de algún precipicio.

Aquello, y los polacos, fueron los motivos que propiciaron mi marcha.

Se llamaba Kuharczyk, Wladyslaw Kuharczyk, y llegó a casa la primera semana de abril de 1949.

—Tu sheriff —me dijo, en un inglés relativamente bueno—. Vengo aquí porque tu sheriff dice que tú quizá vende esta casa y la tierra y deja este pueblo.

Wladyslaw Kuharczyk medía casi dos metros, pero a pesar de su tamaño no tenía nada de intimidatorio. Sus rasgos le definían como alguien amable y sensible.

—He venido con mi esposa —dijo—. Tenemos tres hijos. Mi familia... —Bajó la cabeza y cerró los ojos—. Todo el mundo es muerto por los nazis, todos menos nosotros... Yo tenía siete hijos, ahora sólo tres. Yo tengo padres, mi esposa también, y ella tiene abuelos. Todos ellos muertos por los nazis. Ahora sólo somos cinco y yo vengo a América. Tenemos dinero. Mi hermano es muerto también, pero él hace mucho dinero en Polonia antes de la guerra. Yo tengo dinero ahora para comprar esta casa y este terreno... También este terreno donde esta otra casa se quemó... —Kuharczyk miró por encima del hombro hacia la parcela de los Kruger—. Así que yo vengo contigo y hablo de esto porque tu sheriff nos dice que tú quizá te vas de aquí y no vuelve. Yo vengo a ver si esta casa está en venta.

—Entre —dije yo—. Entre y siéntese.

—¿Mi esposa... mis hijos también...?

Fruncí el ceño.

—¿Están aquí?

Kuharczyk asintió y sonrió de oreja a oreja.

—Allí —dijo, y señaló a un grupo de árboles cerca del camino.

Levantó la mano y les hizo un gesto. Apareció una mujer, y al cabo de un momento un corrillo de niños tras ella, y por un momento pensé que eran Mathilde Kruger, Hans, Walter y Elena. Fue entonces, en aquel preciso momento, cuando supe que me iría, que Wladyslaw Kuharczyk y su familia ocuparían el lugar que habían dejado los Kruger, que yo haría lo que muchos llevaban años deseando que hiciera: Joseph Vaughan se esfumaría de Georgia.

Kuharczyk y yo acordamos un precio, un muy buen precio, por la casa y el terreno. Más tarde supe que, a pesar del documento firmado por mi madre, el dinero obtenido con la venta de la casa quedaría retenido hasta su muerte. Hice un acuerdo con el banco para que me diera un anticipo, y aunque no era mucho dinero, pensé que bastaría para ir a Nueva York, a un lugar llamado Brooklyn. Había leído sobre Brooklyn en revistas y libros; tenía entendido que era un lugar poblado por autores, poetas, artistas y otros tipos de tendencias y formas de vida similares. Brooklyn sería mi hogar y mi lugar de trabajo, donde escribiría la novela que recogería todo lo que había sido mi vida, y que anunciaría todo aquello en lo que iba a convertirme. Brooklyn iba a ser mi hogar espiritual, quizá el lugar que Alex habría escogido para mí.

Fui a ver a dos personas antes de irme: Haynes Dearing y Reilly Hawkins. Dearing estuvo casi monosilábico; me estrechó la mano y me agarró del hombro tan fuerte que me dolió.

—No escribas ninguna carta —dijo—. Tendrás cosas mejores que hacer que escribir cartas, y puedes estar seguro de que yo estaré demasiado ocupado para leerlas. Vete de aquí. Un lugar así acabaría quitándotelo todo.

—Sheriff... Yo...

Dearing sacudió la cabeza.

—Mira, Joseph, la verdad es que no tengo el cuerpo para oír gran cosa. Tú y yo hemos hablado todo lo que teníamos que hablar hace mucho tiempo, ¿no? —Sonrió, levantó la mano y se tocó la punta del sombrero—. He oído que alguien se ha cargado treinta o cuarenta metros de valla cerca de la casa de Lowell Shaner... Ahora tengo que ocuparme de eso. Tú ve donde quieras ir y búscate una vida propia, ¿vale?

—Vale, sheriff.

Dearing asintió.

—Muy bien, Joseph, muy bien —dijo.

Sonrió de nuevo, me extendió la mano y me la estrechó; luego dio media vuelta y se puso en marcha.

—¿Sheriff?

Dearing se detuvo y se giró.

—Usted sabe que yo no tuve nada que ver con la muerte de Gunther Kruger, ¿verdad?

Dearing bajó la vista. Levantó ligeramente la punta del pie derecho y empezó a hacer un hoyito en la tierra con la punta de la bota.

—A mí me parece que tenemos un montón de agua sucia por debajo de unos cuantos puentes quemados. Me parece que no importa cómo pudo pasar, Joseph. —Dejó de excavar, levantó la mirada y sonrió—. ¿Te acuerdas de aquella palabreja que usaste, esa que indicaba cuando alguien gana algo con la desgracia de otro?

—*Schadenfreude*.

—Ésa es. Es más o menos lo que siento con respecto al señor Gunther Kruger ahora mismo... ¿Sabes lo que quiero decir?

—Lo sé, sheriff. Claro que lo sé.

—Bueno, Joseph... No me parece que tengamos mucho más que decirnos, excepto buena suerte y adiós.

Levanté la mano.

—Cuídate, Joseph Calvin Vaughan, cuídate.

Me quedé allí, en silencio, mientras el sheriff Dearing daba media vuelta y se alejaba. Esperé un poco, y luego me dirigí a casa de Reilly.

Cogí un autobús. Tenía por delante un viaje por cinco estados: ambas Carolinas, Virginia, Maryland y Nueva Jersey. El pantano Okefenokee, el río Altamaha, la isla de Jekyll y el risco de Dover: todo aquello quedó atrás. Mirando por la ventanilla mientras las ruedas se enfrentaban a los surcos de la carretera y a unas incómodas curvas, salí de Georgia como si me despertara de un sueño, y vi sus formas suaves dar paso a una luz intensa y unos colores vivos. Salí del pasado, en dirección al futuro: el futuro que me esperaba. Estaba convencido. Tenía que estarlo.

Apretujado en un vehículo atestado de humanidad donde faltaba el aire, conocí los sonidos y los olores de otras personas: un soldado detrás de mí, con galones deshilachados prendidos del ala de su sombrero y melodías procedentes de una armónica cascada que sostenía en la mano, que dejaba vagar la mente por algún oscuro recuerdo de Europa que le perseguiría toda la vida. Me pareció que yo también oía sus voces. Una mujer anciana, con el rostro como un papel que hubiera perdido la tinta, con los ojos como agujeros practicados en la luz del día, en busca de la oscuridad que se esconde detrás. Me pregunté si estaría yendo o volviendo. Todos nosotros —personajes de vidas episódicas, fracturadas por el cambio— nos apretujábamos cada vez más a medida que caía la noche, cuando salíamos del autobús en pueblos como Goose Creek o Roseboro, Scotland Neck o Tuckahoe y hacíamos cola para pedir una espartana habitación en algún hotel barato. Sábanas finas y paredes grises, unas mantas tan cortas que no cubrían la cara y los pies a la vez, tiritando incómodos, desafiando a la naturaleza, plantando cara al insomnio. Cientos de kilómetros. Horas y más horas. Escaso espacio para las rodillas, los codos, los hombros, el corazón. Escaso el aire, escasa la esperanza. Términos municipales y términos de condados, campos, bosques, amaneceres y ocasos, amplios horizontes barridos por el viento que se mantenían siempre a la misma distancia. Mil kilómetros, o dos mil, o tres mil, o más. Diferentes autobuses, diferentes caras: una joven guapa con un bebé minúsculo, un ruidoso deportista universitario con demasiados dientes, un hombre de mediana edad que lloraba con los ojos cerrados y que no dijo una palabra de Richmond a Arlington. Un rito de paso. Un documental. Un peregrinaje. Este viaje; mi viaje. Alex en mis sueños, el niño también, y despertarse con un sabor amargo en la boca, como si la tuviera llena de limaduras de cobre. Recuerdos de Georgia, de Reilly Hawkins, de Virginia Grace Perlman, de unos hombres que caminaban hombro con hombro, a un metro de distancia uno de otro, peinando el terreno entre la maleza y las marismas en busca de niñas desaparecidas que nunca volverían. Mi madre: envejecida, enferma, loca. Un padre muerto, que se llevaron por

High Road. Gunther Kruger colgando de una viga, azul e hinchado. Todas aquellas cosas; recuerdos fugaces, con sentido, con una magia oscura e indefinible entre lo mundano y lo monótono. Mi vida. Nada más y nada menos que eso.

La carretera se extendía a mis espaldas como un carrete de hilo. Tardamos días en llegar a Nueva Jersey. El autobús se averió cerca de Perth Amboy. Estaba de pie, junto a la carretera, con un calambre en la pierna izquierda.

—¿Fumas? —me preguntó un tipo.

Yo me volví, sonreí y sacudí la cabeza.

—Staten Island —dijo, y miró hacia el noreste—. Es de donde vengo. Es donde voy. ¿Y tú?

—Brooklyn —respondí, y miré la cara del hombre, colgada del ala de un sombrero más ancho.

La piel lisa y cetrina, las mejillas brillantes, picadas de viruela y angulosas. Parecía alguien que hubiera sobrevivido a una enfermedad terrible.

—No pareces neoyorquino.

—Soy de Georgia.

—¿Georgia, nada menos? ¿Y qué haces yendo a Nueva York?

—Voy a ser escritor —dije.

Oí el tañido de unas campanas a lo lejos, de un campanario, tres colinas y un estrecho valle más allá. El espectro de un tañido.

—Escritor, ¿eh? ¿Y de qué vas a escribir en Brooklyn?

Me encogí de hombros y sonreí.

—No lo sé... Ya lo pensaré cuando llegue allí.

—Y de ahí a los Hamptons —dijo el hombre, dando una calada a su cigarrillo—, como Scott Fitzgerald, ¿eh?

—Algo así.

—Bueno, algo así no estaría nada mal —dijo, y dio otra calada al cigarrillo.

Esperamos una hora hasta que llegó otro autobús. Vino desde Linden a buscarnos.

Pasó otra noche. El cielo oscuro, una lluvia intensa, el repiqueteo del agua contra el techo del vehículo, incesante e interminable. Dormí con las rodillas contra el pecho y tardé diez o quince minutos en recuperar la circulación cuando me desperté. El puente de Williamsburg. La luz del día, débil y vacía. Los bolsillos llenos de dólares, no distinguía el este del oeste, mi culo de mi codo. Decidí que era lo suficientemente adulto para abrirme camino, encontrar un alojamiento, algún sitio donde pudiera echarme a dormir tendido como un tablón y no levantarme hasta que me diera la gana.

Y Brooklyn se me presentó como una bestia salvaje. Con altos rascacielos y muchas esperanzas; la luz abriéndose paso entre edificios que se extendían hasta donde alcanzaba la vista; el cristal de un millón de ventanas de Manhattan, y la gente, tanta gente, demasiada como para ver a nadie como un individuo. Broadway, Union Avenue, letreros de colegios y de iglesias, de centros médicos, anuncios y vallas

publicitarias con colores y mensajes resplandecientes; y más gente, más gente en una sola acera de la que pasaba por Augusta Falls en tres años.

Bajamos en la estación de Lafayette Avenue. Yo me cargué la bolsa a la espalda —debía de pesar veinticinco kilos— y me adentré en Brooklyn sin una idea clara de adónde iba. A las tres manzanas ya no podía más. Encontré un hotelito, parecía limpio y cuidado, y cogí una habitación para pasar la noche. Deshice parte del equipaje. Me lavé la cara y me afeité. Me puse una camisa limpia, una chaqueta arrugada y me aventuré en un mundo desconocido que al mismo tiempo era mi nuevo hogar. Vagué por las calles una hora, cuaderno en mano, convencido de que me había perdido, y de pronto giré una esquina y me encontré frente al hotel. Me sentí idiota. Era un paleta, un campesino, un palurdo de campo. Y tenía un hambre atroz, así que en un pequeño *diner* de Lewis Avenue pedí comida suficiente para dos. Observé el nuevo mundo a través del escaparate. Coches, guardabarros con guardabarros, semáforos cambiando de color, conductores tocando la bocina, un intrépido guardia de tráfico caminando entre la maraña de vehículos sin preocuparse en absoluto por su integridad. El paso del tiempo, de la gente, del pasado al presente, de camino a un futuro cada vez más abierto. Sonreí como el tonto que era. Delante tenía un lugar al que valía la pena ir; ahí estaba la ciudad de Nueva York, el corazón de Norteamérica, con sus calles como venas, sus paseos como arterias, sus avenidas como chispeantes sinapsis eléctricas canalizando las señales, distribuyéndolas; un millón de voces, un millón más superpuestas; todos cerca unos de otros, como si fueran familia, pero sin ver más allá de sí mismos. Un lugar donde se podía ser una persona en una acera, y dejar de serlo una vez cruzada la calle. Nueva York me llamaba. Todo lo que veía era descarado y arrogante. El corte de los trajes, los labios escarlata de las chicas, con caras que parecían sacadas de las revistas o de las películas; los coches, con sus brillantes cromados, sus radios en las ruedas y aquel rugido tras los radiadores, con faros como ojos y retrovisores; niñas vestidas de domingo, como para ir a la iglesia. Impresionante. Imponente. Una ciudad como un puño apretado. Una vorágine de humanidad. Nueva York me dejó sin aliento, y no lo recuperé en más de dos días.

Lunes, 2 de mayo de 1949. Desde el vestíbulo del hotel donde me alojaba, el periódico en el porche me llamó la atención; una línea bajo el titular, un artículo sobre un hombre llamado Arthur Miller, un dramaturgo, aparentemente un icono; había ganado el Pulitzer por *La muerte de un viajante*. La conserje pasó a mi lado como una exhalación, abrió la puerta, agarró el periódico del suelo y volvió por donde había venido. La paré un momento, le pregunté por una casa de huéspedes, algún apartamento o habitación de alquiler. La mujer, de mediana edad, me miró de refilón por debajo de unas gruesas cejas fruncidas por el centro.

—Throop y Quincy —me espetó, como un disparo de perdigones—. Hay un sitio en la esquina de Throop con Quincy, si necesita un alojamiento más permanente. Mi

hermana tiene una casa allí. Se llama Aggie Boyle, señorita Aggie Boyle... Dígale que le envíe yo.

Le di las gracias a la conserje calurosamente. Sus ojos me miraban con desconfianza. Dio un paso atrás, me miró de arriba abajo por un momento y luego se dio la vuelta sin decir nada más, y desapareció en la parte de atrás del edificio.

Después del desayuno di un paseo hasta la esquina de Throop con Quincy. Las calles estaban abarrotadas de gente. Rascacielos como monolitos allá donde mirara. Los coches, casi tocándose en los cruces, agazapados como bestias en sus jaulas. Encontré la casa; había un cartel en la ventana: «Habitación de alquiler». Aggie Boyle era una mujer dura, hecha del mismo material que su pensión.

—Ocho dólares al mes, se compra su propia comida, el baño es compartido, agua caliente entre las seis y las ocho y media de la mañana —dijo, con voz fría y mecánica.

Su rostro era como el de una vieja criada tirolesa, sin hijos, quizá nunca había sentido el contacto de la mano de un hombre, más allá del gesto de cortesía al subir una escalera o bajar de un tren; el parecido entre Aggie y su hermana era mínimo, salvo por los ojos, agazapados bajo unas frondosas cejas, escrutando en todas direcciones, como a la espera de algún movimiento repentino. Bajo los metros de falda había metros de carne, y por debajo unos huesos robustos, unos huesos tallados de viejos troncos, encajados a martillazos para que duraran, quizá hasta el más allá. Las manos de Aggie eran burdas, con unos dedos tan anchos que sólo podían formar un abanico, y cuando giraba la cabeza, lo hacía a la vez que los hombros, como un elefante o un rinoceronte. Pero había algo en ella que la hacía agradable. Había venido al mundo con un objetivo, el de proporcionar cama y desayuno a los cansados y a los nómadas. Me imaginé que tendría un pasado: imaginé historias de Aggie con su hermana, los años transcurridos, las cosas que las habían llevado hasta Brooklyn.

—Hay cuatro inquilinos más —me dijo Aggie, mientras subíamos las escaleras hasta la buhardilla—. Dos caballeros y dos señoritas. El señor Janacek. Es de Europa del Este. Lleva aquí varios meses. No se mete en la vida de los demás, y prefiere que no nos metamos en la suya. El señor John Franklin. Es corrector del *Brooklyn Courier*, se asegura de que escriban bien las palabras y no se dejen las comas. La señorita Letitia Brock. Lleva aquí más de quince años. Es una señora mayor, colabora en la biblioteca los miércoles y los viernes. Por último está la señorita Joyce Spragg. Administrativa en el St. Joseph's College, por De Kalb y el Underwood Park, ¿sabes?

Sonreí y asentí. No tenía ni idea de dónde estaba el St. Joseph's College.

—Si te quedas, éstos son los que tendrás como amigos y vecinos, así que te conviene ser educado y vigilar tus modales hasta que los conozcas mejor.

La habitación era funcional y limpia, con una cama, dos sillas, un escritorio contra la pared de la izquierda y un armario con una barra para colgar ropa.

Me acerqué a la ventana y miré a la calle.

—Me la quedo —dije.

Me volví y miré a Aggie Boyle.

—¿No necesitas pensártelo? —preguntó, algo sorprendida.

—¿Qué es lo que hay que pensar?

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Supongo que no mucho, en realidad.

—Entonces ya está. —Metí la mano en el bolsillo y saqué un puñado de dólares

—. ¿Cuánto le pago?

—Dos semanas por anticipado, y cobro cada viernes.

Conté dieciséis dólares y se los di. El dinero desapareció en el bolsillo de su delantal.

—Soy escritor —le dije a Aggie—. Querría trabajar aquí. ¿Cree que el ruido de una máquina de escribir le puede molestar a alguien?

Aggie volvió a sonreír, mostrándome unos dientes que debían de haber crecido mascando caña de azúcar desde el principio.

—No creo que haya ninguna queja. La única que se queja del ruido es la señorita Brock, y está en el otro extremo de la casa.

Asentí y le devolví la sonrisa.

—El baño está a la derecha, al final del rellano. Está frente a la habitación de la señorita Spragg, así que no salgas como Dios te trajo al mundo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señorita Boyle.

—Aggie —dijo ella—. Todo el mundo me llama Aggie.

—Muy bien, Aggie.

—Bueno, te dejaré que te instales... Tendrás que sacar tus cosas y guardarlas. Cuando estés listo para salir, ven a buscar tu llave.

—Gracias.

Aggie Boyle dio un paso adelante. Me miró con sus ojos penetrantes y frunció el ceño.

—Llevas mucho peso para ser tan joven —observó—. ¿Es la maldición del escritor, o es que lo has pasado mal allá de donde vienes?

Me pilló por sorpresa y me reí.

—¿La maldición del escritor?

—Sí, caray, todos cargan con una maldición. Los he visto llegar e irse. Los actores son iguales. Llevan a cientos de personas en la cabeza. Debe de tener que ver con ser creativo, y todo eso.

—A mí no me consta ninguna maldición.

—Pues entonces es que has tenido una vida muy difícil.

—Bastante difícil.

—Ya me parecía —dijo ella, al tiempo que asentía—. Siendo así, me parece que Brooklyn es el mejor lugar para ti.

—¿Y eso?

—Está tan lleno de gente que nunca tienes tiempo para mirar a ningún sitio en

particular, ¿sabes lo que quiero decir?

Pensé en la gente por la acera, en el olor de aquel lugar, en los *diners* atestados, en el murmullo trepidante de la gente.

—Creo que sí —respondí—. Creo que ya sé lo que quiere decir.

—Bueno, si no lo sabes ahora enseguida lo descubrirás —dijo ella, y con eso se dio media vuelta y desapareció por el pasillo.

Me quedé allí unos minutos, con la mente en blanco y los pensamientos a raya. Aspiré el olor a recién pintado, a vacío, el olor de una habitación a la espera de que alguien la llenara. Había llegado. Había llegado a algún sitio desde otro diferente. Un nuevo arranque, un inicio, un renacimiento.

Los fantasmas estaban ahí, algunos de ellos —quizá todos—, pero por ahora guardaban silencio. Cerré los ojos e intenté ver el rostro de mi madre, pero no pude. Mi padre era una imagen monocroma, borrosa e indistinta, como el recuerdo de una fotografía descolorida. Y las niñas... todas ellas, una junto a la otra en algún lugar, esperando quizá a que les dieran sus alas: deseando ser ángeles.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para recordar una pequeña parte de Georgia, y de algún modo sentí que aquello era buena señal.

La que primero me sedujo fue la señorita Joyce Spragg, administrativa del St. Joseph's College, la tarde del domingo 12 de junio.

La señorita Spragg tenía cuarenta y un años, veinte más que yo.

—Ven a compartir una botella de borgoña conmigo, Joseph —dijo.

Yo estaba sentado a mi mesa, dejando vagar la mente, en un intento no muy decidido de trabajar, y había dejado la puerta abierta.

Me levanté de la silla y crucé la habitación. Cuando llegué a la puerta, ella la abrió con el pie. Estaba allí, con su vestido de algodón estampado, la botella de vino en una mano y dos copas en la otra. Llevaba el cabello, oscuro y exuberante, recogido hacia atrás. Era una mujer muy guapa, con los labios pintados de color carmesí y en los ojos una sombra azul grisáceo.

—Una copa —repitió—. A menos que interrumpa tu trabajo.

Negué con la cabeza y sonreí.

—No estoy trabajando, en realidad.

—Entonces está decidido —dijo—. Compartiremos esta botella de vino y pasaremos la velada charlando de cosas intrascendentes.

La seguí a través del rellano hasta su habitación. A diferencia de la austeridad de la mía, estaba ricamente decorada con cubrecamas de encaje y cojines de seda. Apartado de la pared había un elaborado biombo de madera con una bata encima, y a su derecha una butaca de cuero de respaldo alto. La señorita Spragg y yo habíamos hablado muchas veces, saludándonos al cruzarnos por el pasillo o al coincidir en la cocina de la planta inferior, pero nunca habíamos ido más allá.

—Eres escritor —afirmó—. Aggie me ha dicho que has venido a Brooklyn a escribir un libro.

Asentí y sonreí.

—Sí.

—Por favor... siéntate —dijo, señalando con la botella un diván a los pies de la cama deshecha.

Ella destapó la botella con una habilidad que sólo pude atribuir a la costumbre, y llenó ambas copas.

—Por una novela espléndida —dijo— y por un gran éxito —brindó.

Yo levanté la copa y le di las gracias por sus buenos deseos.

—Así pues, tú eres Joseph Vaughan de Georgia —me explicó, acercándose a la cama y sentándose en el borde del colchón—. Tengo entendido que has pasado por problemas y tribulaciones.

—Problemas y tribulaciones son términos relativos —dije, sacudiendo la cabeza—. Tengo buena salud...

—Pero en la mente —me interrumpió—, en el corazón, ahí es donde radica la vida, con sus matices y sus sombras, ¿no?

Se rió. Parecía relajada, tranquila, consciente de su atractivo y despreocupada de lo que yo pudiera pensar de ella. Envidiaba su confianza.

—La gente está hecha de acero y tralla —dije yo—. La gente sobrevive a traumas y pérdidas mucho mayores que los míos.

—Bueno, cuéntame —dijo—. Cuéntame lo que pasó en Georgia.

—Pensé que íbamos a hablar de cosas intrascendentes.

Sonrió.

—Tú eres el que dice que no has sufrido grandes traumas ni pérdidas... así que éstas son las cosas intrascendentes de las que vamos a hablar.

Hablé durante casi una hora. Una o dos veces me interrumpió para aclarar algún punto, o para pedir más detalles, pero durante todo mi relato parecía estar satisfecha simplemente con escuchar pacientemente mientras yo hablaba de mi padre, de mi madre, de Alex y del bebé, de las niñas asesinadas, de Virginia Perlman, de la muerte de Gunther Kruger. Se lo conté todo, incluso lo de la carta de los del concurso de relatos cortos de Atlanta, lo de la colección de recortes de periódico que me había traído, y cuando acabé se levantó de la cama y volvió a llenarme la copa.

Se sentó de nuevo, con expresión distante y pensativa.

—Le he agitado la fiesta, señorita Spragg —dije.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—En absoluto, Joseph, y deja de llamarme señorita Spragg, por Dios. —Se rió—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno, veintidós en octubre.

—Y ya has vivido una vida que podría llenar un libro.

Me encogí de hombros.

—Toma más vino —dijo, y se levantó para llenarme la copa.

Un cuarto de hora más tarde llenó mi copa por cuarta vez. Su vestido dejó al descubierto una rodilla cuando cruzó las piernas. Yo miré, y cuando levanté la vista de nuevo la vi sonriéndome. Ella sabía que había mirado, y por un momento se produjo una situación incómoda.

—No es pecado mirar —dijo—. Ni es pecado pensar cosas, Joseph. La mayoría de las veces es la conciencia de otro la que te dice que lo que estás haciendo es pecado. Si vives la vida con el corazón abierto y sentido de la integridad... bueno, si vives la vida al momento, nunca tendrás tiempo de mirar atrás y lamentarte.

La señorita Spragg se inclinó hacia delante, y al hacerlo levantó la barbilla hacia mí y cerró los ojos un momento demasiado prolongado.

—¿Estás dispuesto a vivir el momento, Joseph?

Reí, quizá un poco nervioso. Sentía el olor de su perfume, floral, dulce, con una nota de fondo, quizá el almizcle de su cuerpo, y la combinación se traducía en una promesa, transmitida en el lenguaje de la seducción y de la sexualidad.

Dejé la copa y me incliné hacia delante yo también hasta que nuestras caras quedaron cerca. Apenas unos centímetros separaban nuestras mejillas.

—Estoy dispuesto a vivir —susurré.

Me levanté del diván para abrazarla. Recuerdo el sonido de su copa golpeando el suelo al otro lado del colchón —me pareció admirable que no se rompiera— y un momento más tarde ella estaba encima de mí, engulléndome como una ola.

Más tarde, mientras ambos estábamos aún aturcidos por el arranque de pasión, ella se tumbó cruzada en la cama, con la cabeza sobre mi pecho, y me dijo que lo que había pasado no tenía mayor trascendencia ni significado.

Se volvió y me miró, y por un momento vi a través de su manto de confianza. Era como si pudiera ver a la Joyce Spragg que se escondía tras aquel aspecto exterior. La luz de sus ojos parecía tenue, la calidad de su piel apagada como la de una cortesana de edad. Cada uno de sus rasgos estaba perfilado por pequeñas sombras, por finos pliegues que hablaban en lenguas epidérmicas: una traición aquí, una desilusión allá y, por fin, la marca exterior de un corazón roto. Su rostro contaba una historia, o quizá no una historia, sino más bien una sucesión de sueños ahogados en alcohol antes de que reunieran la fuerza necesaria para liberarse y lanzarse a andar por su cuenta. Cada aspiración se había encontrado con el lastre de su pesimismo, sus intentos por aprovechar oportunidades habían sido torpes y desafortunados. Allí estaba: un ser humano que creía que el mundo siempre estaría en deuda con ella, y que hasta su último aliento prestaría testimonio de su incapacidad para cobrar.

O eso es lo que creía yo en aquel momento, me lo creía y no me importaba. Porque la señorita Joyce Spragg, administrativa del St. Joseph's College en De Kalb, se me antojaba un pequeño deseo de perfección en un mundo muy imperfecto.

—La trascendencia y el significado son relativos —susurré—. Duérmete.

Cada vez que visitaba a Joyce, ella me recordaba que nuestra unión no tenía mayor trascendencia ni significado. Y cada vez le sonreía. Era como si ella me viera a través de un telescopio, mi significado infinitesimal, y aun así, cuando decidía dejarse todas sus energías en mi colchón yo veía que aquello era todo lo que poseía. Joyce Spragg era una fachada, su ambivalencia un velo tras el que se escondía del mundo. Quizá creía necesario mostrarse equívoca y ambigua. Quizá considerara atractivas aquellas cualidades. Nunca la amé, nunca me engañé pensando que la quería. Nuestra relación era de conveniencia, una forma de tener compañía, y nunca seríamos nada más que amigos. No obstante, con todas sus poses y sus singularidades, Joyce consiguió introducirme en el estrecho círculo de literatos que frecuentaban el Foro de Escritores del St. Joseph's. Nos reuníamos los sábados por la noche; yo me presenté la primera semana de julio de 1949 y allí me encontré con las personas que tanto deseaba conocer cuando dejé Georgia con destino a Brooklyn.

El Foro de Escritores del St. Joseph's era un paraíso para los inadaptados y los inconformistas, gente que quizá no podría encontrar compañía en ningún otro sitio; y aunque demostraron ser de las personas más inteligentes y perspicaces que conocería nunca, también demostraron ser las más raras. Aquel primer sábado por la noche fui con Joyce por la sencilla razón de que ella me lo ofreció.

—Intentarán explicar poesía clásica que ellos mismos no entienden —me dijo— y luego beberán copiosas cantidades de vino tinto barato y honrarán a los presentes con sus lamentables proyectos de pentámetros yámbicos y prosa libre.

El Foro se celebraba en una sala de reuniones a una manzana del campus universitario. Joyce, como empleada del centro, podía traer tantos invitados como quisiera siempre que no fueran zopencos, analfabetos ni «foráneos».

—¿Foráneos? —pregunté—. ¿Quieres decir que sólo consideran de interés la literatura estadounidense?

Ella se rió.

—Foráneos son los estudiantes de universidades rivales. Los foráneos tienen prohibida la asistencia al Foro.

Satisfecho de no pertenecer a ninguna de las categorías de exclusión, fuimos allá. Nos recibió Lance Forrester, presidente de la segunda temporada. El año no se dividía en trimestres, sino en «temporadas», a saber: «final del invierno», «aurora», «equinoccio» y «solsticio».

—Una licencia poética —explicó Joyce—. A todo lo que hacen, y quiero decir todo, le dan una profundidad mayor de la que merece.

Lance Forrester apareció cargado con un pliego de páginas sobado y con las esquinas dobladas. El cabello pegado a la cabeza con pomada, la raya en medio, tiesa como el radio de una rueda. Daba la impresión de que leía los labios cuando hablábamos, quizá sería duro de oído, o quizá le daba vergüenza establecer contacto visual directo y prefería mirar las bocas de la gente. Un tipo curioso, con un montón de rarezas, un rompecabezas de elementos del lenguaje corporal. A mí me parecía que

Lance Forrester necesitaba una buena mujer que le limara asperezas, que le planchara las arrugas emocionales; pero la mujer en cuestión necesitaría una buena dosis de paciencia, y quizá otras capacidades. Cuando miraba a Joyce, los ojos le brillaban como brasas en el fuego; los labios le temblaban como si temiera que sus propias palabras se le escaparan de la boca y le humillaran. Sus pensamientos eran suyos. Sólo suyos. Se los llevaría a casa para mirárselos. Aquel hombre parecía ansiar la belleza, el encanto, la amistad. Puede que pensara en las mujeres y llorara, o que se tocara, o simplemente que las odiara. También odiaría sus pensamientos, pero sobre todo a las mujeres: la ausencia que representaban, el vacío que le infundían.

—Corre un rumor —nos dijo Lance, en un susurro, como si trajera noticias de una sospecha o de una jugarreta—. No es más que un rumor, pero se dice que Fulton Oursler podría visitar nuestro pequeño enclave.

Fruncí el ceño y miré a Joyce.

—Un editor... fue el editor de la revista *Liberty*...

—Y de la *Metropolitan*. Y escribe. Y ha publicado, ¿sabes? —explicó Lance.

Joyce Spragg y yo sonreímos amablemente, dejamos atrás a Lance Forrester y nos dirigimos a la barra dispuesta en la pared más alejada.

Fue allí, aquella misma noche, donde conocí a Paul Hennessy. Era algo más alto que yo, con el pelo rubio oscuro, largo por arriba y corto por detrás. Parecía lucir una sonrisa socarrona perpetua, como si se mofara del ridículo del mundo que le rodeaba. Vestía excepcionalmente bien, y más adelante —cuando llegué a conocerlo— me di cuenta de que sus modos y su aspecto no eran fruto del dinero, sino del cuidado que les aplicaba. Hennessy tenía una capacidad infinita de sacarle el mejor partido a todo, y con sus rasgos duros, su fuerte mandíbula y aquellos ojos ligeramente inquietantes, podría haber ido a Hollywood. Si yo hubiera sabido el decisivo papel que iba a jugar en mi futuro, el futuro aún desconocido, habría abandonado el Foro y me habría vuelto a Georgia. Hennessy era un anacronismo desplazado tanto en el espacio como en el tiempo, y aun así tenía un encanto innegable. Aquella noche no estaba solo. Había a su lado una mujer que parecía colgar, ansiosa, de cada palabra que emitía él. Llevaba el cabello moldeado y lacado, formando una precaria cresta, como un frondoso árbol petrificado de pronto, y sus ojos, lánguidos, parecían llevar una carga de tristeza y nostalgia. Cuando sonreía, daba la impresión de que expresaba la profunda y bella melancolía que sólo se puede expresar en compañía de poetas vivos o de adictos al opio muertos.

Con el paso de las semanas, a medida que me integraba en el Foro tanto como cualquier otro, fui conociendo mejor a Hennessy. Él se dirigía a la mayoría de los hombres llamándolos «Jackson», una especie de broma con referencias jazzísticas; las chicas eran «giros» o «achuchones», y solía referirse a sí mismo en tercera persona, en una especie de majestuoso pronunciamiento: «¡A Hennessy no lo verían en un lugar como ése ni muerto!» o «Hennessy no se enfrentaría a ese desafío ni atado de pies y manos, ¿sabes?». Hablaba de Nietzsche y de Schopenhauer, de Gibran

y de Tolstoi como si todos ellos fueran amigos personales, y citaba frases de *El profeta* y de *Así habló Zaratustra* como si fueran dichos populares. Cuando Hennessy entraba en una habitación, fuera solo o acompañado, actuaba como si el propio Sam Falk fuera a aparecer en cualquier momento para tomarle fotografías para la prensa.

«Estábamos en el Top of the Mark, ¿sabes? —podía decir—. Esa pequeña coctelería en la terraza del Mark Hopkins Hotel de San Francisco», sabiendo perfectamente que ninguno de nosotros había estado en San Francisco, y mucho menos en la terraza del Mark Hopkins. Nos contaba si se había tomado unos whiskys con soda o unos Tom Collins, o si había escuchado a un grupo de jazz: «¡Unos músicos extraordinarios, realmente extraordinarios! El único problema es que cada uno estaba tocando piezas diferentes de notable mérito en un once por cuatro, y Clara y yo —ya sabéis que era mi achuchón habitual en aquella época—... ¡Bueno, os diré que a Clara y a mí no nos importaba gran cosa si íbamos de Carolina hacia el norte o de Boston al sur!».

Hennessy combinaba sus metáforas con un aplomo que ya habrían querido muchos camareros de Manhattan a la hora de hacer cócteles, y cuando estaba borracho se volvía más estentóreo, más insistente y más agresivo que un reportero de Hearst. Bostezaba constantemente, dándole a todo el mundo la impresión de que se aburría mortalmente.

—Es una enfermedad —me confesó una vez—. Carencia de vitamina E. Mi cuerpo busca oxígeno. Tengo que comer cacahuets y gambas constantemente. Si no, me vuelvo letárgico... y qué letargo... y podría sufrir una tromboflebitis o una gangrena diabética.

Hubo un tiempo en que estuve convencido de que me acercaba a Hennessy por su humor, por su incesante conversación. Parecía ser, cuando menos, una panacea para mi soledad, para la sensación de vacío que sentía cada vez que pensaba en Alex. Cuando llegué a conocerle mejor, me di cuenta de que había en él algo realmente magnético, y a través de él conocí a gente que de otro modo nunca habría conocido. Más que ninguna otra cosa, fue aquel torbellino de actividad el que me ayudó. Si me recuperé mínimamente, no fue Hennessy el motivo, pero sin duda fue una referencia a la que agarrarme.

Durante un tiempo, adoptó la costumbre de traer a otra mujer mayor que él, una tal Cecily Bryan. «Tengo un catálogo de admiradores feos —me dijo un día arrastrando la lengua, con un aliento que apestaba a ginebra y cigarrillos—. Pero francamente, querido, no me importa lo feos que sean mientras sigan admirándome.» Y entonces se rió, y el sonido que generó no sólo era duro e impersonal, sino también lo suficientemente intenso como para llenar la sala y provocar un deseo general de huida.

En otoño de aquel año empezaron las fiestas, fiestas iniciadas en el Foro y que continuaron lejos de las cuatro paredes del edificio. La gente empezó a desparramarse por Nueva York, convertida en patio de colegio, como si hubieran acabado las clases.

Paul Hennessy y Cecily Bryan siempre llegaban borrachos, y daba la impresión de que eran capaces de detectar cualquier evento que se estuviera celebrando en la ciudad. Gravitaban hacia el alcohol en una aparente necesidad genética, y aunque muy pocas veces estaban invitados oficialmente, siempre suponían que aquello era culpa del servicio de correos, o de un error en la dirección del sobre. Así que llegaban borrachos y mantenían la borrachera. Al cabo de un rato, Hennessy solía fingir que estaba sobrio, pero aunque dejara de moverse o de hablar, la ausencia de tono facial y la laxitud de la boca le traicionaban. Y Cecily, con un desaforado y ordinario entusiasmo, mientras todo flotaba en su campo de visión, viviendo en un mundo de esquinas suavizadas y aristas indeterminadas en el que no había palabra o acción lo suficientemente punzante para reventar la burbuja protectora de su dipsomanía. Cecily y Paul siempre discutían; discutían sobre algo irrelevante y sin sentido, y luego se ponían sensibleros y comprensivos, y de algún modo encontraban el camino hasta el baño, y él le echaba un sonoro revolcón como compensación por haberse portado como un capullo. Y después, quizá en la cocina o en el balcón, Cecily Bryan bebería ginebra y lloraría por las madres de los chicos muertos en la guerra. «Podían haber ido todos a Cornell —diría—. Podían haber ido a Cornell y alojarse en el campus de Ithaca... ¿Has estado en Ithaca? ¿Conoces Ithaca? Quizá... o quizá podrían haber ido a Notre Dame, quiero decir, si es que eran católicos romanos, ¿sabes? Jugadores de fútbol católicos, todos muertos, ¿eh? Cientos de ellos corriendo por las calles en busca de sus madres... Madres que ahora ya sólo encuentran consuelo en la American Gold Star o la Christian Temperance Union»^[3]. Y entonces bebería un poco más de ginebra, lloraría un poco más, y mucho más tarde Paul Hennessy se limitaría a recogerla del lugar donde estuviera sentada y se la llevaría a su coche.

También venían otros, gente de aspecto «literario» y «culto». Más tarde me enteraría de que no eran más que comparsas, ni artistas ni escritores. Sobre todo eran tipos que trabajaban en publicidad, en agencias tan respetadas como Batten, Barton, Durstine u Osborn Inc., la compañía que tenía contrato con el centro de reclutamiento de la Armada y con las sopas Campbell's. Citaban fragmentos del Informe Starch, y llevaban trajes de marca de Abercrombie & Fitch. Mostraban ese aspecto y esa complexión atlética que revelaba que habían sido candidatos al equipo de atletismo en el instituto, y que cuando habían dejado de correr la milla en cinco minutos, habían cambiado de objetivo para proponerse conseguir un escaño en el Senado. A aquellos tipos les esperaba una vida privilegiada. Lo malo es que eran incapaces de ver la magia.

Había tres hermanos que siempre venían juntos y que, aunque físicamente eran diferentes, tenían un tono agresivo y belicoso que los identificaba como variantes de la misma carga genética. Los tres trabajaban para el E.I. DuPont de Nemours & Company, y cuando aparecieron, Paul Hennessy se rió y dijo: «Aquí vienen Beetle, Snorkle y Halftrack —en referencia a los personajes de la tira cómica de Mort Walker

—. Estos chicos saben tanto de literatura como yo del impresionismo francés», y a continuación iniciaría una conversación con ellos sobre el *Decamerón* de Giovanni Boccaccio, que sólo podía resultar violenta para cualquiera que tuviera la desgracia de oírla. En nuestra primera fiesta, en una casa alta en Bedford-Stuyvesant cuya dirección me resultaba tan desconocida entonces como lo es ahora, Hennessy supo que yo era del sur.

—¿El pantano de Okefenokee? ¡No me digas! —exclamó, y cuando yo le dije que el pantano no estaba a más de diez o quince minutos a caballo de mi casa, me quiso pinchar—: ¿A caballo? ¿No más de un cuarto de hora a caballo? ¡*No puede uté hablar en serio, señorito! Pue ahí tiene que habé oído habla de Pogo* —dijo, imitando el acento de los negros al sur de la línea Mason-Dixon—. ¿*Pogo*, la zarigüeya, que vive en el pantano de Okefenokee?

Sonreí lo más sinceramente que pude, pensé que aquel tipo era un capullo integral y me giré para irme, momento en el que me agarró por la manga y se dignó disculparse.

Más tarde descubrí que efectivamente había una tira cómica de un tipo llamado Kelly, y que el personaje que dibujaba era una zarigüeya llamada *Pogo*, que vivía en ese mismo pantano. Más tarde nos parecería algo de lo más divertido, pero creo que nuestras risas se vieron propiciadas más por el licor que por el humor relativo a la zarigüeya.

En la segunda fiesta se fue directo hacia mí, me colocó una copa de champán en la mano y dijo:

—¿Estás al día de eso de los derechos civiles?

—¿Derechos civiles? —respondí, frunciendo el ceño.

—Sí, claro, lo de los derechos civiles... ese Martin comosellame King, joven, de apenas veinte años. Que aboga por la resistencia pasiva ante la segregación. Tienes que haber oído algo al respecto, ¿no?

Le concedí que había oído algo, insuficiente para sostener una opinión.

—¿Sabes cómo empezó todo el asunto?

Sacudí la cabeza.

—La Segunda Guerra Mundial.

—¿Qué?

—La Segunda Guerra Mundial.

—No estoy muy seguro de entenderlo —respondí, con cara de extrañeza.

—Los soldados negros destacados en Inglaterra —explicó Hennessy—. Fueron a Inglaterra y las chicas, chicas blancas inglesas, los trataron como seres humanos. Oían historias sobre bailes, cosas así, bailes que se celebraban cada semana, y las chicas blancas sacaban a bailar a los soldados americanos negros, y los soldados siempre se negaban porque se imaginaban que si bailaban con una chica blanca vendría alguien a lincharlos. —Hennessy sonrió y apartó la mirada un momento—. Hubo incluso un soldado negro al que acusaron de violar a una chica blanca en algún

lugar. El colega acabó ante un consejo de guerra, fue declarado culpable y los militares se dispusieron a colgarlo. Los lugareños sabían que no lo había hecho, sabían que la chica que le había acusado se había inventado toda la historia, así que se unieron y firmaron una petición que enviaron a Eisenhower. Eisenhower anuló el juicio militar y liberó al negro tres días antes del día programado para su ejecución.

Sacudí la cabeza.

—Aún no entiendo qué tiene que ver eso conmigo.

—Ten paciencia, Vaughan —dijo Hennessy, con una sonrisa—. Aún no he acabado. Como te decía, Eisenhower liberó al colega, y los soldados negros, los soldados negros de los estados del sur, no podían creérselo. No podían creer que un puñado de tipos blancos hubieran organizado algo así, y así fue la cosa: el modo en que les trataron en Inglaterra les hizo darse cuenta de que el modo en que les trataban en casa no estaba bien. Así es cómo empezó todo este asunto de la resistencia a la segregación... Así es exactamente cómo empezó.

Hennessy era así: se hacía una opinión; no consultaba a nadie más que a sí mismo, y cuando tenía la impresión de que estabas listo para recibir su opinión, te la daba, a bocajarro y plenamente convencido.

Una vez fuimos a ver *Al rojo vivo*, en teoría por admiración a James Cagney, pero en realidad porque Hennessy y yo sentíamos la misma devoción por Virginia Mayo. En otra ocasión recuerdo un viaje impulsivo y espontáneo a la playa, en el otro extremo de Staten Island, cerca de Perth Amboy, y allí —en un alarde de sobriedad— tomamos polos de zumo de Florida helado, Eskimo Pies de chocolate y *pretzels* salados. Reinaba un agradable ambiente de *bonhomie*, y en momentos así Hennessy mostraba un carácter seco y sarcástico, quizá algo pesimista, pero siempre ocurrente, sin recurrir al lenguaje zafio y grosero que tan en boga estaba.

—La esperanza —decía— es un lujo tremendamente sobrevalorado, Vaughan. Coge a la gran mayoría de esos otros tipos de Brooklyn. Esperan algo en lugar de reconocer que hay algo ante sus narices que pueden disfrutar tal cual. —Sonrió y me guiñó un ojo—. Como ahora... En este mismo lugar y en este preciso momento. Aquí estamos, dos hombres jóvenes y sanos, rebosantes de hormonas, ¿y qué vemos? Vemos chicas guapas, una tras otra, todas tan guapas como una *pin-up* de George Petty... y disponemos del carácter y el encanto necesarios para hablar con ellas, invitarlas a cenar, lo que queramos, ¿no? Simplemente estar aquí ya es un placer... independientemente de si hacemos o no algo más. Esos otros chicos... Bueno, te aseguro que ahora mismo estarían quejándose del sol, lamentándose de que no tienen dinero para tomar el autobús de vuelta a la ciudad, se retarían unos a otros a probar suerte con alguna señorita, y ninguno de ellos tendría las agallas de hacerlo. Y más tarde se preguntarían por qué el mundo es un lugar tan oscuro y decepcionante. A mí... ¡A mí no me importa un comino lo que la gente piense de mí! Yo vivo la vida, la vivo al máximo, y si no gano nada con ello, ¿a quién le importa? La vida no es un ensayo, Vaughan. Es de verdad, ¿sabes?

Hennessy se rió, y luego se puso a buscar a Cecily Bryan y oí cómo se reían juntos. Su desmañada despreocupación era casi contagiosa, y acabé teniéndoles cariño por ello.

Cuando íbamos cortos de dinero, Hennessy y yo comíamos cereales Cream of Wheat para desayunar y, más tarde —a media tarde, cuando el estómago nos gruñía como un chuchó defendiendo un hueso— nos íbamos a un Horn & Hardarts Automat y compartíamos un cuenco de sopa y un bocadillo. Una vez ambos estábamos con gripe, y Hennessy —por pura desesperación— robó unas cajas de Citroid y Superanapac en una farmacia Rexall hacia el límite de Bedford-Stuyvesant. «Confía en mí, Vaughan —me dijo, con un tono tan grave que parecía que estuviera preparando un auto de fe—. Nadie me verá, y aunque me vean, ¿qué puede pasar? ¿Van a ir tras de mí por un dólar y medio de medicinas para el resfriado? Me parece a mí que no.» Así que Paul Hennessy robó las medicinas, y nadie le vio, o si lo hicieron no tuvieron las ganas o la voluntad de ir tras él. Tomamos la medicación y nos curamos.

Cuando estábamos más boyantes nos íbamos a los grandes almacenes Macy's, un monolito de once plantas que ocupaba toda una manzana en el centro de Manhattan, y allí —entre las gangas del sótano— encontrábamos prendas de ropa que no nos pondríamos más que una vez. Comprábamos pantalones de franela y trajes de *cloqué* en Hart, Schaffher and Marx, y luego nos íbamos paseando hasta el Museo Metropolitano de Arte y fingíamos que éramos estudiantes de arte de Europa del Este, ladrándonos el uno al otro en *falsetto* y con un acento forzado, pronunciando opiniones como si tuviéramos algo importante que decir, y luego —Cecily, Paul y yo, del brazo— nos comprábamos una botella de whisky Calvert y nos sentábamos en un banco cerca de Central Park. Cantábamos «Days of '49» y melodías de los Gershwin, mientras contemplábamos los Buick, Cadillac y Lincoln Continental que se dirigían a Broadway o que atravesaban la parte más elegante de la ciudad, y en ningún momento pensé en mi madre, en Gunther Kruger ni en el pasado que había dejado atrás. Cuando estaba solo... bueno, cuando estaba solo la cosa cambiaba. Solo, pensaba en Alex y en el hijo que había perdido. Compartir el whisky y las risas con Paul y Cecily era como una panacea que parecía borrar de mi mente el pasado.

Más tarde, mucho más tarde, oí que Cecily Bryan se había vuelto a Misuri. El 11 de septiembre de 1961, a pesar de la evacuación de medio millón de personas cuando el huracán *Carla* trajo inundaciones y tornados a Misuri, Texas, Luisiana y Kansas, Cecily fue una de las cuarenta personas que murieron. No merecía morir. A pesar de su dipsomanía, a pesar del hecho de que la Watch & Ward Society^[4] de Boston, Massachusetts, habría censurado la mayor parte de su lenguaje, Cecily Bryan era un torbellino de color en un mundo predominantemente monocromo, y sólo en su ausencia te dabas cuenta del alma amable, perdida y desconcertada que era en esencia. El último recuerdo que tuve de ella fue un viaje que hicimos a New Brunswick, en Nueva Jersey. Cecily quería ver Camp Kilmer, el lugar donde habían

alojado temporalmente a unos refugiados húngaros. Habían llegado treinta y siete mil a Estados Unidos, y Cecily pensó que había algo desesperadamente romántico y aterrador en aquella gente. Metió montones de ejemplares del *Saturday Evening Post* y del *American Weekly* en una abollada maleta y la arrastró hasta el porche. Paul intentó explicarle que lo más probable era que los húngaros no hablaran inglés.

—Pero seguro que hablan americano, ¿no? —protestó, con voz chillona, e insistió en que les lleváramos las revistas—. Querrán saber algo de su nuevo hogar —añadió, y Paul me miró y sacudió la cabeza, resignado.

En el mundo de Cecily Bryan, los refugiados no angloparlantes estaban interesados en el sensacional reportaje de William Randolph Hearst, quizá también les gustarían las páginas cómicas, los últimos logros de Homer Hoopee y Li'l Abner. Yo sugerí que les lleváramos una radio. Muy probablemente a los húngaros también les gustaría seguir las investigaciones policiales de *Dragnet* y el *Jack Benny Show*.

Paul se rió.

—Lo único que queremos son hechos, señora —dijo, en una imitación muy aceptable de Joe Friday.

—Ridículos —dijo Cecily—. Sois realmente ridículos, chicos... Esa radio tiene que pesar al menos quince kilos. Quizá queráis cargar con eso en el tren, pero yo, desde luego, no.

Corría el rumor de que Cecily venía de una familia que había sido muy rica pero que lo había perdido todo en el crac de la bolsa de 1929. Su padre se había metido una pistola en la boca y había apretado el gatillo. Hubo que meterlo en un ataúd cerrado porque tenía la cara como un puñado de baquelita fundida. A mí me parecía, quizá por experiencia personal, que la muerte cercana consolidaba o acababa de hundir a la gente. Algunos —presionados no sólo mentalmente, sino también emocional y espiritualmente— encontraban en la muerte de los seres queridos la fuerza y la determinación para reafirmar su presencia y su imagen ante los demás. Otros, si su conexión con el mundo ya era tenue, sencillamente se sumían en un mundo de su propia creación. Así que, de algún modo, Cecily Bryan era un reflejo de mi madre, y quizá aquel paralelismo no expresado me creó una sensación de pérdida desproporcionado con respecto al vínculo emocional que teníamos. Cecily Bryan estaba loca, pero de un modo bello, poético y magnífico, y eso me hacía pensar que se habría convertido en un ángel.

Así fueron las semanas y los meses que pusieron fin a 1949 e iniciaron 1950. Una época de nuevos rostros y nuevas experiencias; diferentes nombres y diferentes lugares; un tiempo de esperanza, quizá. Era como si hubiera atravesado las paredes de un mundo y me hubiera introducido en otro. Para mí fue un período de grandes cambios, que coincidían con los grandes cambios en el país, y desde mi habitación en la esquina de Throop y Quincy, a través de mis encuentros irregulares y clandestinos

con Joyce Spragg y de mi amistad con Hennessy, conseguí dar cierto sentido a quién era y a por qué había decidido huir de mi pasado.

En julio de 1950 escribí a Reilly Hawkins. Le hablé de Nueva York: «Una gran extensión de ruidos, en cuyo interior la gente corre de aquí para allá, invadiéndolo y desbordándolo todo. Parece como si faltara espacio en las aceras y en las calles, como si nunca pudiera haber suficientes casas o pisos para dar cabida a esta multitud, que de algún modo se apretuja, ajena a los sentimientos o a la suerte de los demás. Me resulta difícil comprender cómo tanta gente puede estar tan cerca unos de otros, y a la vez tan apartados».

Y al escribir revelé mi paradero, y al revelar mi paradero creé una ventana a través de la cual Georgia podía regresar a mi vida.

Y aquello es lo que ocurrió. En octubre de 1950 llegó una carta a la pensión de Aggie Boyle, y la propia Aggie la subió y la deslizó bajo la puerta mientras yo dormía.

Recuerdo el día con precisión. Recuerdo el olor del otoño en el aire, la caída de las hojas moribundas, su olor al descomponerse, la disolución de una estación. De pie junto a la ventana, con una carta en la mano que pesaba mucho más que unos gramos. La caligrafía no la conocía, pero sabía que no procedía de Reilly y, consciente de ello, supe también que aquello iba a ser una invasión de mi espacio. Antes incluso de abrirla, supe que al mismo tiempo abriría algo en mi interior. Una herida. Una salida. Una fisura entre el corazón y la mente. La razón y la liberación me habían llevado lejos de casa. Había buscado la remisión de la carga que suponía la pérdida. Me había engañado, pensando que aquello, una vez conseguido, podría mantenerlo. Como si me lo hubiera ganado.

No lo había hecho.

No me había ganado nada.

Sabía que tenía que volver, deshacer el camino hasta Georgia, hasta Augusta Falls, hasta el lugar donde había empezado todo.

Y lo que me asustaba, más que ninguna otra cosa, era la convicción de que, si volvía, nunca más lograría escapar.

Abrí la carta...

Yo me creía un escritor, un poeta, un hombre capaz de ver y prever.

Me creía fuerte, decidido, desapasionado y tranquilo.

Creía que podía volver a casa, y de algún modo mantener la distancia. Como si pudiera enviar mi cuerpo, mi mente, sin más. Yo me quedaría en Nueva York y lo vería todo desde miles de kilómetros de distancia. Mi corazón era fuerte. ¿No me lo había dicho una vez Reilly Hawkins? ¿Pero era lo suficientemente fuerte como para volver al pasado? Tenía miedo: por mí, por mi madre, por lo que pudiera pasar.

Tenía miedo de que el recuerdo de Gunther Kruger y de diez niñas me persiguiera para siempre.

Ya entonces sabía lo que había ocurrido. Conocía el peso de la conciencia que debía de haber soportado Dearing al salir de aquel cobertizo donde Kruger colgaba de una viga, con la cara hinchada, la lengua azul, con una fina cinta rosa enredada entre los dedos.

Quizá temía lo que pudieran decir, los rumores que se abrirían paso entre la gente del pueblo. Siete condados, siete mundos separados, y para todos ellos yo era un fantasma, tanto como lo eran ellos para mí.

Me obligué a creer que era una prueba: mi regreso. Me obligué a creer que si sobrevivía a esto, por fin podría dejar en paz el pasado y seguir con mi vida.

Pero sabía que no. Sabía perfectamente que siempre estaría ahí: el recuerdo de las niñas, el sonido de la voz de Alex entre las paredes de la casa de mi madre, el llanto de mi hijo en la oscuridad, mi incapacidad para comprender cómo podía haber sido tan breve una vida.

Me enfrenté al conflicto y éste me había desafiado. Amenazaba con romper cada hueso de mi cuerpo, toda la capacidad de decisión que tenía en la mente. Asumió una naturaleza y una personalidad propias, y su naturaleza era oscura, solitaria, una fina línea trazada entre la persona que yo creía que era y la que temía llegar a ser. Había intentado exorcizar aquellas cosas, convenciéndome de que mi huida a Nueva York sería una catarsis para el alma, pero no era nada más y nada menos que eso: una huida.

Si hubiera viajado a algún otro rincón distante de la Tierra, también me hubiera encontrado, porque Georgia, más que algo del mundo exterior, era algo de mi interior.

—Volver a casa es algo tan natural como respirar —me dijo Joyce Spragg—, a no ser que resulte que te estás ahogando.

Sonreí. Alargué la mano y le cogí la suya.

—Volverás... Todo se arreglará —susurró. Dio un paso hacia mí. Allí mismo, en el rellano de la casa de Aggie Boyle. La maleta a mis pies, mi abrigo abrochado por el frío, y ella pegada a mí, con sus labios en mi oreja—. Todo lo que he dicho antes... No quería decirlo. Sí que ha sido algo, ¿sabes? Eso que teníamos... sí era algo.

Cuando se separó, estaba conteniendo las lágrimas. Levanté la mano y la apoyé en su mejilla.

—Lo sé —dije—. Como mentirosa eres malísima, Joyce Spragg.

Nuestra despedida fue rara. Yo estaba convencido de que, cuando volviera —si volvía—, las cosas no serían igual entre nosotros.

Una hora más tarde estaba en la estación de autobuses. Esperé pacientemente, tiritando. Deseé que el mundo al que iba a volver fuera como yo lo quería. No lo era.

La carta había sido breve y sucinta:

Querido Joseph:

Confío en que seguirás bien. Reilly Hawkins me ha enseñado tu carta. Y me alegro de que lo hiciera, porque de otro modo no habría sabido cómo contactar contigo. Te escribo en relación a tu madre. Lleva mucho tiempo mal, como sabes, y recientemente ha empeorado aún más. Me temo que no acabe el año. Pensé que deberías saberlo por si deseabas verla de nuevo. El sheriff Haynes Dearing la ha visitado unas cuantas veces, pero hace mucho tiempo que no viene. Hablaba con ella, pero no creo que ella fuera consciente de quién era él. Te pido que vengas pronto. Habla de ti a menudo, aunque no estoy seguro de que entienda lo que dice.

Con mis mejores deseos, espero que regreses. Quedo a la espera de tus noticias.

Atentamente,

Dr. LAWRENCE GABILLARD

En realidad, me sentía resentido con mi madre: su enfermedad, su locura, el hecho de que una simple nota pudiera apartarme de algo que tanto había anhelado.

Pero fui; cogí el autobús hacia mi pasado, y mi pasado estaba allí, esperándome, como si nunca me hubiera marchado.

Georgia: la luz más oscura de mi corazón.

El sol, en otro tiempo alto y orgulloso, me parecía ahora duro y agresivo. Los colores se me presentaban insustanciales y vagos, como si les faltara convicción, como si la propia tierra hubiera visto tantos días oscuros que no le quedaran fuerzas para seguir adelante.

Me quedé al borde de la carretera, mirando la casa de mi infancia. No vi a la familia que ahora vivía en ella, pero sentí su presencia, vi señales de su ocupación. Era el ocaso, el atardecer del 13 de octubre, viernes, y aunque nunca había sido supersticioso, tuve la impresión de que era el final de algo y el inicio de otra cosa. Tras las ventanas había luces encendidas. De la chimenea salía un humo como un espectro. Un perro ladró.

Me estremecí y di media vuelta.

Cogí una habitación para pasar la noche en el Falls Inn. Había estado fuera dieciocho meses. Me planteé presentarme en casa de Reilly Hawkins, pero por algún motivo no pude. Me enteré de que Frank Turow había muerto; la pensión ahora la gestionaba un tipo llamado McGonagle. Un hombre corpulento, con una espalda ancha como dos hombres juntos, pero pese a su tamaño parecía amable, un gigante amable, con rasgos suaves y redondeados, una mata de pelo entre gris y rubio y ojos claros. Tenía algo que le hacía resultar inmediatamente agradable.

—Sí, Frank Turow fue y se murió —dijo McGonagle, con una voz tan suave como sus modos, mientras yo le seguía hasta la estrecha habitación del último piso—. De apoplejía, creo. ¿Lo conocía?

—Un poco.

—Yo no lo conocía en absoluto... Compré este lugar con un apretón de manos el invierno pasado, y Frank Turow ya llevaba muerto un par de meses. —Percibí la sombra de una sonrisa en su voz—. Es curioso... A veces tengo la sensación de que sigue por aquí para asegurarse de que cuido bien su negocio —dijo, y se rió sin hacer casi ruido.

Yo no pregunté más. De algún modo, no quería saber nada de Frank Turow ni de Lowell Shaner, de Clement Yates ni de Leonard Stowell. El pasado era el pasado.

Sí que pregunté por el sheriff Dearing.

—Haynes Dearing —dijo McGonagle, parándose y girándose hacia mí—. ¿No se ha enterado?

Sentí que me invadía una sensación de frío y de inestabilidad. Parecía que, efectivamente, mi regreso no iba a ser un alegre paseo por el pasado.

Sacudí la cabeza.

—Trágico... realmente trágico.

—¿El qué? —pregunté, con un deje de ansiedad en la voz.

—Lo que le ocurrió a su esposa, ¿no lo sabe?

Yo negué con la cabeza.

—No sé los detalles —explicó McGonagle—. Veamos... Yo compré este negocio el penúltimo invierno. Debió de ser en marzo... no, en febrero de este año. Sí, en febrero de este año. Por supuesto, no es asunto mío, pero por lo que he oído, se... Bueno, se quitó la vida.

—¿Se suicidó?

—Eso parece, sí... Se suicidó.

—¿Por qué?

Aquello me pilló por sorpresa. No conocía a la esposa de Dearing, pero la idea de que alguien se quitara la vida me impresionaba y me afligía.

McGonagle se encogió de hombros.

—Como le he dicho, no conozco los detalles. ¿Por qué se quita alguien la vida? Porque querrán algo que no pueden tener. O porque tendrán algo que no quieren. No puede ser mucho más complicado, ¿no?

No podía hablar, y por un momento tampoco pude moverme.

¿Por qué estaba tan llena Georgia de muerte y de muertos? ¿O era yo? ¿Sería una especie de emisario de la Muerte? ¿La llevaba conmigo como un aroma, impregnada, como una mancha en el alma que impregnaba el aire a mi alrededor?

—¿Y el sheriff Dearing?

McGonagle volvió a levantar los hombros.

—Se fue... Dejé el lugar al cabo de una o dos semanas. Dimitió como sheriff y se fue a algún sitio. En marzo. Tengo entendido que no era más que una sombra de lo que había sido... Bebía, creo, aunque no me tome la palabra. No sé dónde fue. Desde entonces no he oído ni una palabra sobre él.

Me quedé de pie en las escaleras, con el corazón en la boca y con la frente y el dorso de las manos cubiertos de un sudor frío, y quise convencerme de que no había regresado, que podía cerrar los ojos y transportarme de nuevo a Nueva York, y que todo aquello desaparecería.

—¿Está bien, jefe? —me preguntó McGonagle.

Asentí.

—Sí... sí, estoy bien.

—Bueno, pues entre. Le enseñaré la habitación.

Una hora más tarde estaba en la ventana mirando hacia las sombras de Augusta Falls. El mundo estaba en silencio, salvo por los fantasmas del día, y hasta ellos parecían tener miedo de salir.

Dieciocho meses menos dos semanas. Aquel lugar se había tragado otro pedazo más de mi pasado, sin que yo me diera cuenta. Al día siguiente iría a Waycross a ver a mi madre. Al día siguiente me enfrentaría a la oscuridad interior.

La mañana empezó pronto. El sol se levantó alto y lleno, blanco como la nieve, creando unas sombras perfiladas y definidas. La noche había sido fría, el sueño irregular, con las rodillas y los codos tocando el borde del colchón, y cuando me levanté tenía en los músculos el dolor sordo de la fatiga. No era un problema físico, sino otra cosa. Quizá mis huesos, que habían crecido en esta tierra, notaban que estaban en casa, por la penetrante e implacable humedad del ambiente. Me lavé con agua fría en el baño, esperando que el golpe del frío de algún modo me reanimara. No lo hizo. Luché por no sumirme en un estado de inconsciencia, agarrándome a los

barrotes de la memoria que bordeaban el mundo que tenía alrededor.

—¿Ha dormido bien? —me preguntó McGonagle, al tiempo que me ponía un plato delante en la cocina.

Murmuré algo indefinido y planté cara al desayuno todo lo que pude. La garganta se me cerraba a cada bocado.

Me fui enseguida, sin mirar atrás, y anduve ligero hasta llegar a la casa de Reilly Hawkins.

Encontré la casa abierta pero vacía. En el patio estaba su camión, con las llaves puestas. Le escribí una nota a toda prisa en la cocina y le hice un agujero en el centro. La colgué del pomo exterior.

Subido al camión de Reilly, seguí el sinuoso curso del Suwannee hacia el nordeste, en dirección a Waycross, con el corazón en un puño y los ojos centrados en la estrecha carretera que se extendía ante mí. Llegué al término municipal en menos de una hora, y aparqué. Intenté representarme la escena mentalmente. Una reunión con mi madre. Pensé en Alex y los ojos se me cubrieron de lágrimas. Descansé la frente sobre el volante.

Quince minutos después, arranqué de nuevo el motor. Llegué hasta el hospital, lo cual me pareció un milagro.

Llamaron a Gabillard. Le esperé con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. Cuando llegó me pareció un hombre mucho mayor, con el cabello ya blanco en las sienes.

—Joseph —me saludó, y al intentar sonreír hizo una mueca que parecía de dolor.

—Doctor Gabillard.

—Así que has recibido mi carta.

Asentí.

—Lo siento...

Levanté la mano y se calló.

—¿Dónde está?

—Sígueme —dijo con un suspiro, ladeando la cabeza.

Se dio la vuelta y echó a andar.

Sentí cómo mis esperanzas de futuro se disolvían a medida que avanzaba, al ritmo que marcaban mis zapatos sobre el linóleo, como el latido de un corazón roto.

Ella tenía la expresión perdida. Vacía de humanidad. Su cabello era una maraña de finos alambres blancos, la piel se replegaba alrededor de sus ojos y en las comisuras de la boca, tenía las pupilas dilatadas por la morfina. Estaba apoyada en el cabezal, entre almohadones, con una manta encajada bajo la barbilla casi como una mortaja, y cuando me miró me sentí más intrascendente de lo que pensaba que podría llegar a sentirme.

—¿Mary? —le dijo Gabillard—. Mary... Ha venido Joseph, su hijo, Joseph.

Di un paso adelante, como si su campo de visión no llegara hasta los pies de la cama.

Mi madre, a sus cuarenta y cinco años, daba la impresión de que tenía setenta.

—¿Joseph? —respondió, con voz ronca—. ¿Qué Joseph?

—Soy yo, madre —dije, haciendo acopio de todas mis fuerzas para no dar media vuelta allí mismo, dar media vuelta y huir de aquella terrible máscara fúnebre.

—¿Madre? —dijo ella—. ¿Estás ahí, madre?

Yo di otro paso adelante.

Gabillard estaba detrás de mí con una silla, y la colocó de modo que me tocara las rodillas por detrás. Me senté involuntariamente. Alargué la mano y la coloqué sobre las de mi madre.

—¿Joseph, dice?

Ella giró la cara hacia mí, y vi que mi madre hacía tiempo que había abandonado aquel cuerpo en busca de un lugar mejor.

—Sí, madre, soy yo... Joseph.

Noté que Gabillard se retiraba. No me atreví a mirar por encima del hombro.

—Joseph —dijo ella, con la sombra de una sonrisa en el rostro—. Joseph. Joseph. Joseph. He esperado mucho tiempo para verte, querido.

—Lo sé, madre, lo sé.

—Pero quería que vinieras... Quería que vinieras para que pudieras oírlas.

Me acerqué un poco más.

—¿Oír qué, madre? ¿Para que pudiera oír qué?

Ella volvió a sonreír, y había algo en sus ojos, algo que me hizo pensar que habíamos conectado, que era consciente, aunque sólo fuera por un segundo, de quién era y de que su hijo estaba sentado a su lado.

—Todas ellas, Joseph... Ahora las oigo a todas, ¿sabes?

—¿A quién? ¿A quién oyes?

El corazón me rugía. Mi mente volaba. Creía saber lo que se me venía encima, aunque no tenía ni idea de cómo lo había adivinado.

—Las niñas —susurró ella, y el sonido fue como una brisa, como una ráfaga de viento, como el soplado para apagar una vela, como el movimiento de una nube, como el paso de una persona a través de un campo de trigo bien crecido.

El corazón se me paró. Mis ojos se abrieron como platos.

—No tengas miedo —dijo ella—. Saben que no fue culpa tuya. Tú no les hiciste ningún daño.

—¿A... a quién, madre? ¿A quién no le hice ningún daño?

—A todas ellas... a las niñas.

Ella ladeó la cabeza y se quedó mirando la ventana.

—Sabía que era él... Lo supe a partir de la segunda o la tercera. Sabía que era él quien las rondaba en la oscuridad, con sus retorcidos pensamientos. Sabía que estaba matando a esas niñitas con sus oscuros pensamientos y sus oscuras manos, ¿sabes? Lo supe desde Ellen May y Catherine...

Yo sacudí la cabeza.

—No —protesté, con la voz debilitada y rota de la emoción.

Mi madre alargó la mano y sujetó la mía, con unos dedos fuertes que apretaban como garras. Parecía querer tirar de mí, porque me fui acercando a ella y en un momento dado mi rostro quedó a pocos centímetros del suyo.

—Todo el tiempo... todo el tiempo lo supe, y por eso había que hacerlo, por eso había que hacerlo.

—¿El qué? —le pregunté, y el terror se extendió por mi interior como una ola.

—Nunca quise hacerle daño a ella... sólo a él. No se lo podía contar a nadie. Nadie me habría creído. Tenía que exorcizar el demonio... exorcizar el demonio. Limpiar el terreno. Limpiar la tierra por donde había caminado. Tenía que hacerle salir con la luz de la verdad... tenía que traer la luz a la oscuridad y enseñarle a la gente el color de su alma...

Su voz fue apagándose. Intenté retirar la mano, pero me la tenía agarrada con fuerza.

—Tenía que hacerle salir con un fuego purificador, Joseph... tenía que hacerlo... tenía que hacerlo.

Y entonces lo supe. Antes de que pudiera decir otra palabra, lo supe.

Abrió más los ojos, y vi que estaba llorando. Unas lágrimas hinchadas que, superada la tensión superficial, reventaron y cayeron rodando por sus mejillas.

—Tuve que recurrir al fuego, Joseph... tuve que sacarle de aquella casa con el fuego.

Cerré los ojos. Respiraba con dificultad. Sentía náuseas.

—Tuve que hacerlo, Joseph... Tuve que hacerlo.

Aparté mi mano de la suya. Me puse en pie y di un paso atrás.

—Joseph... no, Joseph, no te vayas... no lo entiendes. No entiendes lo que sucedió. Tenía que hacer algo... No tenía elección... no podía hacer otra cosa.

—¡Ya basta! —casi grité.

Retrocedí aún más, me volví y fue entonces cuando vi a Gabillard.

Había algo en sus ojos, algo que me decía que lo sabía.

—Usted lo sabía —dije.

Mi voz sonaba como si no fuera mía.

Gabillard no respondió; se limitó a apartar la mirada, y cuando volvió a mirarme tuve claro que así era.

Yo iba negando con la cabeza. Pasé por su lado y salí de la habitación, casi a la carrera, y fui adquiriendo velocidad por el pasillo, dando tumbos hacia la salida, como si todo aquello de lo que tanto había deseado escapar me pisara los talones.

Salí como una exhalación por la puerta principal y me encontré con el frío aire del exterior. El aire me salía de los pulmones como un torrente, y antes de que pudiera recuperar el equilibrio ya me había caído de rodillas. Me quedé postrado un momento, intentando retenerlo todo en mi interior, pero era imposible. De nuevo sentí unas intensas arcadas, como si me estuvieran arrancando la garganta a través de

la boca.

—¡No! —murmuré—. ¡No, no, no!

Pero la verdad ya había salido. El incendio de los Kruger. La muerte de Elena. Mi madre había matado a la niña y había pagado por ello con su cordura.

Me quedé un buen rato inmóvil. No vino nadie a ayudarme; quizá nadie me viera.

Cuando pude moverme volví al camión, y aunque no estaba en buenas condiciones para conducir, de algún modo conseguí volver a casa de Reilly Hawkins.

Había sabido una verdad: una verdad simple y dolorosa.

Mi madre era tan culpable como podía serlo Gunther Kruger.

En casa de Reilly vomité dos veces. Él se quedó sentado en silencio, frotándose la espalda mientras yo me inclinaba sobre el fregadero, sin poder sacar nada más que dolor. Él no dijo nada, ni una palabra, hasta que conseguí recomponerme y sentarme a la mesa de la cocina.

Cuando levanté la mirada, me sonrió.

—Fue tu cumpleaños —dijo.

Fruncí el ceño.

—Hace tres días... Tu cumpleaños, ¿te acuerdas?

Intenté sonreír. Sacudí la cabeza.

—No —murmuré, con la voz ronca y la sensación de tener la garganta llena de cuchillas.

—Sí —dijo él—. Y si hubiera sabido que ibas a venir, te habría comprado un regalo.

—Si hubieras sabido que iba a venir, quiero pensar que me habrías convencido para que me quedara en Brooklyn.

Reilly Hawkins sonrió, comprensivo.

—No podía saberlo, Joseph... ¿Cómo iba a saber yo algo así?

—Hablaba hipotéticamente.

—No sé si llegaremos a saber la verdad algún día...

—Yo ya he tenido suficiente dosis de verdad para una temporada. No sé si sería capaz de asimilar más verdades.

—No puedes estar seguro de que hiciera eso. Ella... bueno, está...

—Loca —puntalicé—. Sí, está loca. Loca como un cencerro. Y creo que ése es el motivo por el que está loca. —Me incliné hacia delante y apoyé la frente en el borde de la mesa—. No sé qué pasó aquella noche... No sé si entenderé nunca lo que sucedió. Quizá pensó que él estaría allí solo... Sabe Dios, Reilly...

—Y Dios la juzgará, Joseph, nosotros no somos nadie...

Levanté la vista y le sonreí.

—Nada de religión, Reilly... Hoy no estoy de humor para eso, ¿vale?

—Vale, Joseph, vale —dijo él, asintiendo. Se echó adelante y me tomó de la

mano—. Bueno, háblame de Brooklyn.

—¿Brooklyn?

—Sí, claro. Brooklyn. ¿Has encontrado lo que te imaginabas?

Pensé en Aggie Boyle y en Joyce Spragg. Pensé en Paul Hennessy, en Cecily Bryan, en el Foro de Escritores del St. Joseph's. Pensé en los puñados de páginas mal apiladas que iban a ser el inicio de la Gran Novela Americana. Pensé en lo que pensaría Alex de la persona en la que estaba intentando convertirme.

—Brooklyn es un mundo en sí mismo —dije—. Brooklyn y Augusta Falls ni siquiera pertenecen al mismo mundo.

—¿Y estás trabajando en algo? ¿Estás escribiendo?

—Un poco. No tanto como esperaba, pero sí, estoy trabajando en algo.

—¿Cómo se llama?

—Aún no es definitivo. De momento, *Vuelta a casa*.

—Y algo tendrá de autobiográfico, ¿a que sí?

—No, no hay nada de autobiográfico. Pura ficción.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?

—¿Hacer? —pregunté—. ¿Qué quieres decir?

—Sobre esto... esto de tu madre.

—No voy a hacer nada, Reilly. ¿Qué quieres que haga? Gunther Kruger está muerto. Haynes Dearing se ha ido... Sólo Dios sabe dónde se ha ido...

—Donde le haya llevado la botella... Por lo menos eso es lo que he oído.

—Hablando de eso, ¿tienes algo?

—Una botella de malta —dijo, y se levantó de la silla.

La bajó de la alacena sobre el lavaplatos, buscó un par de vasitos y los llenó.

Una vez sentado, levantó su vaso.

—Por la vida. Por un futuro diferente, ¿eh?

—Ojalá —respondí, y me bebí el whisky de un trago.

Un calor áspero me llenó el pecho. Era una sensación nueva, algo diferente al miedo y a la náusea, lo que agradecí. Alcancé la botella y volví a llenarme el vaso.

—¿Vas a volver?

—¿A Brooklyn? Claro. Aquí no tengo nada por lo que quedarme.

—Es cierto —dijo Reilly—. ¿Y vas a escribir ese libro... ese libro sobre volver a casa?

—Voy a intentarlo, Reilly, de veras voy a intentarlo.

—Bueno, pues quédate esta noche, ¿vale? Quédate sólo una noche y vete mañana.

—Eso sí puedo hacerlo. Me quedaré esta noche.

—Tengo otra botella... Beberemos hasta perder el sentido.

—Así me gusta, Reilly Hawkins, ahora sí que hablamos el mismo idioma.

Sobre mi cabeza veo hojas de otoño. Hojas curvadas por los bordes como las manos de un niño. Como las manos de un bebé, en un lastimero esfuerzo final por absorber los restos del verano de la propia atmósfera. Y retenerlos. Mantenerlos tan cerca como la piel. Muy pronto sería difícil recordar nada más que la perturbadora y omnipresente humedad que parecía rodearnos constantemente. Aquel invierno era especial. Descarado, arrogante y enorme, de puños apretados y aliento hediondo.

La niña.

Cava y se agita, con las manos como pequeños puñados de cuchillos rascando el suelo.

Cree que si rasca el suelo lo suficiente, podrá transmitir un mensaje casi subliminal por ósmosis, absorción, algo, cualquier cosa...

Como si la Tierra pudiera ver lo que le está sucediendo y transmitir el mensaje a través del suelo, las raíces y los tallos, a través de los ojos y los oídos de las lombrices y los insectos y esas cosas que hacen *cric-cric-cric* por la noche, cuando nadie puede verlas, esas cosas que no puede ver el ojo humano...

Algo con una cara así...

Rascando, clavando las uñas, debatiéndose, pataleando, golpeando el suelo...

Que si hacía esas cosas alguien podría oírla... alguien podría oírla, vendría corriendo y vería al hombre.

Agazapado sobre ella. Con la espalda arqueada. La frente sudorosa.

Una cuchilla oxidada. La piel con ese olor a letrina y a pantano fétido, al limo de las crecidas, a pescado crudo, a pollo crudo, a un pollo tan crudo y pasado que está azul y marchito, y que ofende a la nariz...

Alguien vendría y lo vería.

Gunther Kruger agazapado. Trabajando. Trabajando duro. Su trabajo: un trabajo de verdad.

Pero no vino nadie.

Nadie...

Desperté de pronto, con un enorme estruendo; la nada explotando en mi interior. Aterrador. Un silencio explosivo. Como si me tambaleara al borde de un oscuro abismo y luego cayera hacia arriba, desafiando la gravedad, golpeando contra el calor y la oscuridad, mientras me quitaba de encima las sábanas y las mantas a empujones.

Un sonido ahogado salió de mi garganta, y luego caí de lado, desplomado sobre el

duro y frío suelo. Me quedé allí un rato, aturdido y sin aliento. Oí pasos. Por un instante creí que la Muerte habría venido, que había recorrido High Road para venir a buscarme y hacerme pagar mis deudas. La deuda por respirar, con atrasos. Que se me llevaría por el río negro, con aguas como la obsidiana, sin reflejos, mientras unos rostros sombríos se cernían sobre mí y el corazón me iba cada vez más lento, la respiración se me entrecortaba. Me quedo en silencio, cierro los ojos...

—Por Dios, ¿qué demonios ha pasado?

Reilly Hawkins de pie junto a mí, alargándome la mano, ayudándome a levantarme y volver a tenderme en la cama boca arriba.

Cerré los ojos y me miré las manos. Estaban temblando.

—Un sueño...

—Más bien una pesadilla —dijo él, y luego me puso las manos bajo los brazos y me levantó hasta que quedé sentado en el borde del colchón.

—¿Quieres un vaso de agua?

Asentí.

Reilly salió inmediatamente de la habitación y bajó las escaleras. Yo extendí los brazos hacia delante. Era imposible mantener las manos quietas. Las apreté contra el pecho; sentía como si un gran animal alado estuviera luchando por salir de la jaula que formaba mi caja torácica. Cerré los ojos y me recosté.

Vi la cara de mi madre...

«Tenía que hacerle salir con un fuego purificador, Joseph... tenía que hacerlo... tenía que hacerlo...»

—¡No! —grité, con un sonido involuntario que me asustó.

Había perdido el control de mis pensamientos, de mis músculos.

Really apareció en el umbral, con un vaso de agua en una mano y la botella de malta en la otra.

Dejó ambas cosas en el suelo y me ayudó a ponerme en pie, me hizo salir de la habitación y me acompañó por el pasillo. Me hizo sentar en el borde de su cama, me puso una manta sobre los hombros y luego volvió a por el vaso y la botella.

—Sólo agua —dije yo, y le cogí el vaso.

Él sonrió con una mueca.

—El whisky es para mí —susurró—. Me has dado un susto de padre y muy señor mío, Joseph Vaughan.

Sacó el corcho de la botella y tomó un trago.

—Lo s... s... siento —balbucí.

—No lo sientas —respondió él—. Tienes derecho a perder el control alguna vez.

Asentí e intenté respirar profundamente.

—Acuéstate —dijo Reilly—. Intenta volverte a dormir. Yo me quedaré contigo, ¿vale?

No dije nada. Le di el vaso y me tendí lentamente. Sentí que el sueño volvía a hacerse con mi voluntad, y me daba miedo dejarme llevar.

Pero al final me rendí, y pareció que toda aquella oscuridad de mi interior se había disipado.

«Vuelta a casa», pensé, y me dejé llevar en silencio.

A la mañana siguiente, a última hora, cuatro días después de mi vigésimo tercer cumpleaños, mi madre también se dejó llevar en silencio.

Le faltaban dos meses y cuatro días para cumplir los cuarenta y seis.

No estuve presente cuando murió, y de algún modo lo agradecí, como un pequeño acto de piedad hacia los dos. Había encontrado su vía de escape.

Me enteré de su muerte al atardecer, sentado en la cocina de Reilly Hawkins, frente al plato intacto, sin fuerzas en la mente como para concentrarme en nada, con todo ese día a mis espaldas carente de definición y claridad. Reilly me había hecho compañía, pero habíamos hablado poco. No me había preguntado cuándo me iba a ir, cuándo pensaba regresar a Brooklyn, y si me lo hubiera preguntado yo no habría sido capaz de responder.

Fue el doctor Piper quien se presentó. Vino en coche hasta la casa de Hawkins porque se imaginó que yo estaría allí.

Cuando entró, yo ya sabía lo que diría, pero me lo dijo igualmente, y daba la impresión de que aquello formaba parte del tejido de su propio ser.

—Se ha ido —dijo, con voz suave—. En paz, con una sonrisa, Joseph, pero se ha ido.

Él no sabía nada de su crimen, y no iba a ser yo quien se lo contara. No se lo diría a nadie, el secreto que ella había compartido conmigo se quedaría en mi corazón todo el tiempo que pudiera soportarlo.

Es posible que haya cicatrices —en la mente, en el corazón— que nunca se curan. Tal vez hay palabras que nunca pueden decirse, ni susurrarse, palabras que hay que escribir en un papel, hacer un barquito con él y dejarlo navegar en un arroyo, para que la corriente se lo lleve. A lo mejor hay sombras que nos persiguen eternamente, que se ciernen sobre nosotros en esos momentos privados de oscuridad, y sólo nosotros podemos reconocer el rostro que muestran, porque son nuestras sombras, las sombras de nuestros pecados, y no hay ningún exorcismo en el mundo que pueda ahuyentarlas. Es probable que, a fin de cuentas, no seamos tan fuertes. A lo mejor le mentimos al mundo, y al mentirle al mundo nos mentimos a nosotros mismos.

Más tarde, cuando las palabras del doctor Piper no eran ya más que un recuerdo, lloré por mi madre.

Y sobre todo lloré por Elena Kruger, a quien había prometido proteger.

Primera hora de la mañana. Un cielo como cobre batido. El corazón como un puño apretado. Una lluvia fina como el polvo.

Enterré a mi madre. Un sencillo ataúd como el de mi padre. Esta vez no hubo velatorio sureño. No até su ropa a una rama de sasafrás ni la quemé. Gunther Kruger no se llevó su cuerpo por la carretera del campo en una camioneta de plataforma. Después no hubo reunión en la cocina de mi infancia para contarse anécdotas y recuerdos de la vida de mi madre.

Esta vez no hubo nada.

No lloré por la mujer que había muerto; lloré por la mujer que yo recordaba. Me quedé de pie junto a la tumba y recité una especie de oración, unas palabras construidas sobre la frágil esperanza de un futuro mejor. Con los ojos cerrados con fuerza, fruncidos como arrugas sobre el papel; la boca cerrada en una fina línea irregular; los dedos metidos en las orejas hasta tener la impresión de que iban a encontrarse por detrás del puente de la nariz. El resto del mundo estaba lejos de allí, y cada vez ponía más tierra de por medio.

Luego me fui, con Reilly Hawkins a un lado y el doctor Thomas Piper al otro.

Era un miércoles, el 18 de octubre de 1950.

—Quizá haya un lugar mejor —dijo Reilly.

—Quizá no —respondí.

—Parece que vamos a tardar un poco en descubrirlo nosotros dos, ¿eh?

Asentí, pero no dije nada.

Dos días después, el viernes por la tarde, Reilly Hawkins me llevó con el camión hasta la estación de autobuses de Augusta Falls.

Empecé el largo viaje de vuelta a Brooklyn.

Me prometí que nunca volvería a Georgia.

El verano de 1951 ya había vuelto a escribir. El dinero de la venta de la casa había quedado desbloqueado y había recibido más de tres mil dólares. Seguí en casa de Aggie Boyle, pero habían cambiado muchas cosas. Sentía cómo se iba curando lentamente mi corazón, y de la confesión de mi madre no dije nada a nadie. Mi relación con Joyce Spragg, por mucho —o poco— que hubiera significado, había muerto de una muerte lenta pero indolora. Aún seguía frecuentando el Foro de Escritores, y Paul Hennessy se había convertido en mi mejor amigo. Fue él quien me animó a seguir con *Vuelta a casa*.

—Lo único que necesitas es una primera frase —dijo—. Todo gran libro empieza con una gran primera frase, ¿sabes?

—¿Como cuál?

Él se rió.

—Joder, Joseph, tú eres el escritor. Yo no soy más que un humilde lector. Sé detectar una gran línea cuando la leo, pero cuando se trata de escribir, ya lo paso bastante mal si tengo que rellenar una solicitud de empleo.

—Tengo una primera frase.

—¿A saber?

Estábamos en mi habitación. Yo estaba en mi escritorio y Paul estaba en un sillón junto a la ventana. Era media tarde, y a contraluz prácticamente sólo se le veía la silueta.

Cogí el montón de papeles en los que había garabateado el arranque de mi novela tanto tiempo atrás, y fui pasando páginas.

—Aquí —anuncié—. ¿Estás listo?

—Ataca, Jackson.

Sonreí.

—«Nunca hubo un momento en que pensara que la vida pudiera no ser bella...» Él ya estaba negando con la cabeza.

—No, no, no —dijo—. Es torpe. No hay poesía. Y además suena a trillado.

—¿No le pasa nada más?

Paul se levantó del sillón y se acercó hasta la librería.

—Veamos lo que tenemos por aquí —dijo. Cogió un volumen—. *Cannery Row*. John Steinbeck.

—Eso no es justo.

—Calla y escucha —Hennessy se aclaró la garganta—: «Cannery Row, el arrabal conservero de Monterey, es un poema, un hedor, un ruido chirriante, una cualidad de

la luz, una tonalidad, un hábito, una nostalgia, un sueño». —Cerró el libro de golpe y sonrió—. ¿Lo ves? Poesía. Un poco de magia. Configura toda una atmósfera en una sola frase. —Fue a coger otro—. William Faulkner. *Las palmeras salvajes*.

—Premio Nobel de literatura el año pasado —protesté—. Me estás enfrentando a una competencia algo dura.

—Que es probablemente lo que necesitas. Ahí vamos: «Sonó otro aldabonazo, a la vez discreto y perentorio, mientras el doctor bajaba las escaleras, y el resplandor de la linterna eléctrica lo precedía en el hueco (con manchas pardas) de la escalera y en el cubo (con manchas pardas) del vestíbulo». ¿Qué te parece el misterio, eh? ¿Quién es el doctor? ¿Está en su casa? ¿Qué son los aldabonazos? ¿Alguien que llama a la puerta? ¿Quién iba a llamarle a la puerta por la noche? ¿Hay algún enfermo? ¿Ha muerto alguien?

—Vale, vale, ya lo cojo.

—Pues escíbeme una gran primera frase.

—¿Ahora?

—Claro, ahora. ¿Por qué no? ¿A qué estás esperando? Ya sabes lo que se dice... un diez por ciento de inspiración...

—Y un noventa por ciento de transpiración, ya lo sé.

—Así que yo voy a sentarme ahí, junto a la ventana, y me voy a ocupar de mis asuntos hasta que acabes.

Me apoyé en el escritorio, pluma en mano, y cerré los ojos. Pensé en la escena inicial. La llegada de amigos a una casa. Amigos olvidados tiempo atrás. Amigos que pasaban por un pueblo y deciden pasar a ver al personaje central. Él se sorprende, le pillan desprevenido, pero el entusiasmo y el encanto de ellos parecen cautivarle. Siente como si recuperara algo perdido. Echa de menos el pasado, un tiempo en que amigos como aquéllos eran lo único que importaba, y decide que la vida que ha elegido es una pérdida de tiempo. Empieza un viaje, un viaje de vuelta a sus raíces. Viaja a pie, en tren, en autobuses y en carros. Cruza Norteamérica de este a oeste y vive la vida como si estuviera ahí para vivirla. Nunca llega a su ciudad natal, pero encuentra su hogar. Una alegoría, una fábula, un mito.

Pongo la pluma sobre el papel.

—No oigo el rascar del plumín sobre el pergamino —dijo Hennessy desde su asiento junto a la ventana.

—¡Ssshhh! ¿No ves que estoy trabajando?

Unos minutos más tarde levanté la vista, me separé de la mesa, me giré en la silla con el papel en la mano y sonreí.

—Ya lo tengo —dije, con orgullo.

—Bien. Oigámoslo.

—«Hubo un tiempo en que parecía que cada día podía estallar de pasión, un tiempo en que la vida estaba henchida de magia y deseo; un tiempo en que creía que el futuro sólo podía ser perfecto. Hubo un tiempo así. Y en mi juventud, todo candor,

asombro y ardor, sentí que alguien había trazado un camino para mí, que sólo podía llevarme más y más arriba...»

—¡Vale, vale, ya basta! —exclamó Hennessy—. Eso es más de una frase.

Levanté la mirada.

—Tengo más.

—No te he pedido más.

—Bueno, ¿qué te parece?

—Mejor —dijo, conservador—. Mejor que la otra. Te da la idea de que hay algo oscuro acechando. Una decepción. A este tipo le ha pasado algo que le ha hecho perder el entusiasmo, ¿verdad?

—Sí. Unos amigos suyos...

Hennessy levantó la mano.

—No me lo digas, escríbelo. Escríbelo primero, y luego me lo cuentas.

Sonreí.

—Has decidido ser mi musa, ¿eh?

—¡Por Dios, no, Vaughan! Una musa debería ser mujer, una fémina de intelecto y gracia. Sí, te encontraremos una musa, alguien inteligente y elegante, pero no tan guapa que se convierta en una distracción constante, ¿eh?

Yo le había hablado a Paul de Alex muchas veces. En aquel momento no me veía con fuerzas para articular su nombre de nuevo, así que no dije nada.

—¿Vas a seguir escribiendo?

—Sí —respondí—. Ahora ya me has dado el empujón.

—Entonces, Vaughan, mi labor ha acabado... Te dejaré con las maquinaciones y las cavilaciones de tu mente. Voy a buscar un bar y a beber hasta que no pueda ver del todo bien.

—Pásatelo bien.

—Lo haré, Vaughan, ten por seguro que lo haré.

Trabajé intensamente. Encontré una marcha, un ritmo, y en algún momento entre el amanecer y el anochecer conseguí disciplinarme lo suficiente como para ir sacando las palabras de mi interior. Me compré una máquina de escribir Underwood nueva, la puse sobre una manta doblada encima de la mesa para suavizar el ruido que hacía y fui introduciendo página tras página entre el rodillo y la guía. Empecé a fumar, hábito nauseabundo al que muy pronto me volví adicto, y muchas veces salía con Hennessy por las noches y probábamos todas las copas diferentes que podíamos hasta ponernos malísimos.

El pasado intentaba dejarme en paz, pero yo chocaba inesperadamente con él de vez en cuando. Pensaba en las niñas asesinadas, y sus nombres volvían a mi mente: Alice Ruth van Horne, Rebecca Leonard, Catherine McRae, Virginia Grace Perlman, otras cuyos rostros nunca había visto y que nunca vería. Pensé en el día en que

encontré a Gunther Kruger en la habitación de mi madre, y luego pensé en ella, saliendo a hurtadillas de casa aquella noche de finales de agosto para provocar un incendio. Intenté convencerme de que no podía haber hecho algo así, pero sabía que lo había hecho. Había intentado exorcizar el demonio de Augusta Falls, un demonio que había metido en su propia cama, en su vida, quizá hasta en su corazón. La culpa, la rabia, el dolor, la conciencia... Todas aquellas cosas habían acabado por superarla, y había respondido al mundo con su locura. Aquella locura había crecido, se la había comido viva desde dentro, y por fin la había matado. Cuando pensaba en ella no era pesar lo que sentía, sino una amarga compasión. También pensaba en mi padre. A menudo me preguntaba qué hubiera pasado con nosotros si él no hubiera muerto. Cogí mis emociones y las volqué en *Vuelta a casa* y, de algún modo, parecían mejorar las cosas.

A principios de septiembre de aquel año, con el primer borrador de *Vuelta a casa* casi acabado, me apunté a la biblioteca más próxima que encontré. Saqué *Mundos en colisión* de Immanuel Velikovsky, montones de números del *Writer's Digest*, libros de Ezra Pound, *El príncipe* de Maquiavelo, *Satanstoe* de Fenimore Cooper. Y fue allí donde la vi. La vi por primera vez, y pensé que no había ninguna curva ni línea de sus rasgos, nada que pudiera identificar o destacar; aunque sus ojos no eran verdes ni azul zafiro ni de un negro abismal, sino cálidos, de un color como la caoba finamente pulida hasta sacarle toda su nobleza, hasta obtener una superficie suave como la mantequilla; aunque su rostro presentara ese gesto familiar de un ser cercano pero perdido tiempo atrás, como si el hecho de verla no sólo despertara una sensación de afinidad, sino también el familiar fantasma de la nostalgia... A pesar de que no hubiera nada que la etiquetara como esa persona especial, daba la impresión de que todo en ella estaba rodeado de un aura de magia. Más tarde, recordándolo, pensé que quizá se trataba de la sensación que transmitía de no necesitar a nadie, y que ésa fuera precisamente la cualidad que la hacía tan irresistiblemente atractiva a mis ojos.

La vi en la biblioteca, ella también cargada con un montón de libros, y pensé que alguna selección preternatural habría definido aquella ocasión, aquel día, aquel momento fundamental.

Las palabras, que solían ser mi punto fuerte, me fallaron y me dejaron desarmado. El primer día no pude decir nada de trascendencia. Simplemente sonreí con la esperanza de que ella me devolviera la sonrisa. No lo hizo. Sentí que el corazón se me quebraba como una brizna de hierba seca.

Volví a la biblioteca cada día durante casi una semana, y el viernes a última hora de la tarde apareció tras una estantería con *Cannery Row* en la mano.

Recordé la frase, la primera frase, una frase que había memorizado tras mi conversación con Paul. Sonreí; me aclaré la garganta; hablé:

—«Cannery Row, el arrabal conservero de Monterey, es un poema...»

La chica frunció el ceño, parecía violenta.

—«... un hedor, un ruido chirriante, una cualidad de la luz, una tonalidad, un

hábito, una nostalgia, un sueño.»

Ella sacudió la cabeza.

—¿Perdón?

—La primera frase —dije con cierto orgullo, aunque me sentía tonto—. La primera frase de *Cannery Row*... el libro que lleva ahí.

La chica levantó las cejas, bajó la vista al delgado volumen que tenía en las manos.

—¿Ah, sí? No puedo decirle... No lo he leído.

—Yo sí.

—Eso parece.

Bajó la mano para esconder el libro, y luego se puso en marcha, como si quisiera dejarme atrás.

—Lo siento —me disculpé. Di un paso atrás con la intención de resultar menos intimidatorio, pero notaba los músculos tensos. Imaginé que ella pensaría que estaba loco—. No quería interrumpirle —añadí—. Es que cuando ves a alguien con un libro que te encanta, piensas que podría haber algún...

La garganta se me bloqueó. No sabía qué era lo que quería decir.

—¿Algún qué?

—No lo sé —respondí. De pronto tuve plena conciencia de mí mismo y de mi agitación emocional—. De verdad, lo siento... Quería hablar con usted la última vez que la vi aquí. Ya me voy. Estoy quedando como un idiota.

La chica sonrió.

—Vale —dijo, con voz suave, y una vez más dio un paso a la izquierda para pasar por mi lado.

Sabía que si la dejaba marchar lo más probable era que no volviera a verla. Así eran los hados del destino.

—Vengo aquí bastante a menudo —dije—. Me acabo de mudar a esta zona... No conozco a casi nadie... Me preguntaba...

Ella me miró con aire interrogativo. Parecía irritada.

Levanté las manos y di un paso atrás.

—Esto no está yendo como yo quería —admití.

—¿Y qué es lo que quería? —preguntó ella.

—No lo sé, señorita... Sólo quería presentarme. Quería decirle hola. Quería encontrar una razón para hablar con usted, eso es todo.

—¿Y de qué me quería hablar?

Me encogí de hombros.

—En realidad, de cualquier cosa. De libros. De quién es. De su lugar de origen. De si podríamos o no... No lo sé... de si podríamos o no llegar a conocernos. Pensé que quizá tengamos algo en común... La literatura, ¿sabe? Podríamos descubrir que tenemos algo en común, y quizá usted podría ser la única persona que llegara a conocer de verdad en Brooklyn.

Ella sonrió.

—¿Cómo se llama?

—Vaughan —dije—. Joseph Vaughan.

—Bien, Joseph Vaughan, ha sido un placer conocerle, pero realmente tengo prisa. Tengo que volver a casa, así que si no le importa...

Una vez más dio un paso a la izquierda para rebasarme.

—¿Podría volver a verla? —pregunté.

Ya no había marcha atrás. No tenía nada que perder. Mi dignidad, el respeto por mí mismo, todo eso lo había echado por la borda.

—Podría —dijo—. Y yo también podría volver a verle a usted. Pero eso no significa necesariamente que quiera volver a verle. Como hoy... El hecho de que los dos estemos en la misma biblioteca en el mismo momento, lo único que quiere decir es que los dos hemos venido a buscar algún libro. Una coincidencia, ¿no?

No mencioné que había venido cada día para encontrarla.

—Yo no creo mucho en las coincidencias —dije.

—¿Ah, no? —Pregunta retórica—. Parece que tampoco cree mucho en la capacidad de darse cuenta de que alguien no tiene tiempo para quedarse a charlar con desconocidos.

Ahí estaba. Había conseguido aplastarme completamente.

—Le pido disculpas —dije, sumiso—. Siento muchísimo haberla molestado. No quería presentarme así...

—Se ha presentado perfectamente, Joseph Vaughan, y ha sido realmente un placer conocerle, pero de verdad tengo que irme.

Esta vez avanzó en mi dirección con más decisión, de un modo casi autoritario, y yo me aparté.

—Espero verla en otra ocasión —dije.

—Quizá —respondió ella.

Giró al final de la estantería y desapareció.

Me quedé allí unos momentos, con el corazón golpeándome contra el pecho y los nervios como cuerdas tensas, y decidí que tenía que hacer algo. Lo que fuera.

Coloqué los libros que había seleccionado en el extremo del estante más próximo y salí corriendo de la biblioteca. Bajé los escalones y llegué a la calle. A media calle encontré un puesto de flores, le tiré un dólar al florista y agarré el ramo que tenía más cerca. Él me lanzó un grito para que cogiera el cambio, pero yo ya estaba corriendo de vuelta a la biblioteca.

Ya estaba allí cuando ella salió por la puerta y empezó a bajar los escalones.

Aguanté el tipo, sin aliento, congestionado, con el ramo de flores como un escudo para protegerme de un posible rechazo.

Ella me vio, y por un momento pareció sorprendida, desconcertada. Luego sonrió, sonrió más, se echó a reír.

—Es usted tonto —dijo. Era justo lo que yo pensaba—. ¿Qué significa esto?

—Le he traído unas flores —respondí, constatando lo evidente, como un idiota.

—¿Y por qué?

—Para disculparme por molestarla.

—No me ha molestado.

Llegó al pie de las escaleras y se quedó en la acera.

—Mire —dije, llegando a un punto de ridículo que me resultaba irritante—. No sé qué es lo que le resulta tan desagradable de mí. Siento tener este aspecto. Siento interrumpirla cuando es evidente que tiene mejores cosas que hacer, pero mi modo de pensar me dice que, si no hablas con la gente, si no inicias una conversación con alguien de algún modo, te puedes pasar el resto de la vida solo y arrepentido. Ya la había visto antes. Me pareció que sería agradable hablar con usted. He venido cada día desde entonces con la esperanza de volver a verla...

—¿Que ha hecho qué?

Me di cuenta de que apenas había salido de un charco para meterme de nuevo en un barrizal.

—Vine ayer, antes de ayer, el día antes... He venido hasta que la he vuelto a ver, y no podía permitirme no decirle algo. El hecho de que haya dicho todo lo que no debiera decir ahora ya es secundario. Lo cierto es que, pase lo que pase, por lo menos no me tiraré de los pelos por no haberle dicho nada.

—¿Y qué cree usted que debería suceder ahora?

Su expresión era petulante y retadora.

—Yo... bueno, esto... Bueno, me imaginaba que podríamos ir a tomar un refresco o un café, o algo. Pensé que quizá querría decirme su nombre... Por lo menos eso.

Ella sonrió. Pareció relajarse un poco, bajar las defensas.

—¿Mi nombre? Claro, puedo decirle mi nombre.

Esperé.

—Bridget —dijo—. Me llamo Bridget McCormack.

—Encantado de conocerla, Bridget McCormack.

Asintió.

—Igualmente, Joseph Vaughan.

—Así pues, le gustaría ir a tomar un refresco...

—¿O una taza de café?

—Sí, claro... o una taza de café.

—Por importunarme, le doy un cero. Por disculparse, un cinco sobre diez. ¿Por las flores? —Meneó la cabeza—. Las flores no eran necesarias.

Escondí las flores tras la espalda.

—Pero las aceptaré igualmente, para que no crea que ha malgastado el dinero.

Volví a sacar las flores y se las di.

—Por su insistencia le doy un diez sobre diez, y sí, iré a tomar una taza de café con usted... pero no hoy. De hecho hoy tengo que hacer una gestión, y a causa de esta

pequeña interrupción ya llego considerablemente tarde, así que si no le importa...

—¿Cuándo, entonces?

—¿Cuándo, qué?

—¿Cuándo puedo invitarla a una taza de café?

—El lunes —dijo Bridget McCormack, con autoridad—. Podemos encontrarnos aquí el lunes a mediodía y entonces puede invitarme a esa taza de café. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dije yo, con una gran sonrisa.

—Aunque eso no significa necesariamente que tengamos nada en común, ni siquiera que nos gustemos mutuamente.

Asentí.

—Entendido, pero por lo menos podemos darnos una oportunidad.

—Eso sí —dijo—. Eso, podemos hacerlo.

—Muy bien, pues el lunes... Hasta entonces, señorita McCormack.

Ella sonrió y se puso en marcha, pasando por mi lado.

—Realmente está usted un poco loco, Joseph Vaughan.

El corazón se me hinchó en el pecho. No dije nada. Me quedé allí, de pie en la acera, mirando cómo se alejaba y desaparecía por la esquina. Ella no se giró, cosa que agradecí, allí de pie, con las manos en los bolsillos, con una sonrisa en la cara más ancha que el Misisipi.

Bridget McCormack no era Alexandra Webber. Bridget era igual de inteligente y también había leído mucho, pero tenía algo especial que resultaba fácil de pasar por alto. No se parecía a Alex. Su voz era diferente, y cuando se reía parecía hacerlo con seguridad y confianza en sí misma. Nadie podría reemplazar a Alex, nadie podría ocupar su lugar en mi corazón, pero de algún modo Bridget conseguía hacer que me sintiera bien por estar vivo. Experimenté emociones perdidas durante años, y al experimentarlas me di cuenta de lo mucho que las había echado de menos. Bridget tenía veintiún años, era de origen irlandés y católico, estudiaba humanidades en la Universidad de Brooklyn y quería escribir poesía y ensayos, cartas y artículos para revistas de interés general, estudiar arte, vivir la vida, ser ella misma.

Nos encontramos el lunes siguiente. Caminamos tres manzanas y nos paramos en un *deli*, donde nos sentamos y pasamos casi dos horas, y ella me dejó hablar de mí, de por qué estaba en Brooklyn, del libro que estaba escribiendo.

—Háblame de ese libro —me dijo, y yo lo hice, sacando al exterior una parte de mí que podría parecer fuera de lugar, teniendo en cuenta que era nuestra primera cita.

—Se ve que te apasiona —dijo ella cuando acabé.

—Lo siento —respondí—. Cuando empiezo a hablar del tema, me dejo llevar.

Alargó el brazo y me tocó la mano.

—No lo sientas —dijo—. Hay que lamentar las cosas que hemos hecho y no deberíamos haber hecho, no las cosas en las que creemos. ¿La próxima vez me

traerás una parte? Me gustaría leer lo que has escrito.

Le dije que sí. Cualquier cosa para conseguir una segunda cita. Pensaba en ella, y me atraía como la gravedad.

Los meses siguientes nos vimos dos o tres veces por semana. Fuimos al cine, comimos en un restaurante en el extremo de Bedford-Stuyvesant, paseamos por Tompkins Park hasta que se nos helaron las manos y la nariz se nos puso azul. Cada vez aprendíamos algo nuevo el uno del otro, y ella me animaba a trabajar en *Vuelta a casa* del mismo modo que lo habría hecho Alex.

Al acercarse la Navidad nos dimos cuenta de que pasar tiempo juntos era mucho mejor que pasarlo separados, y en la Nochebuena de aquel año, una semana más o menos después de escribir las últimas líneas de mi novela, Bridget McCormack vino a la pensión de Throop y Quincy y se hizo definitivamente con mi corazón.

Más adelante llegaría a la conclusión de que el amor lo era todo para todo el mundo. El amor era lo que rompía los corazones y lo que los curaba. El amor era malentendido, era fe, era la promesa de ahora convertida en esperanza para el futuro. El amor era un ritmo, una resonancia, una reverberación. El amor era torpe y alocado, era agresivo y simple y poseía una serie de cualidades indefinibles que nunca podrían expresarse con el lenguaje. El amor era ser. Una fuerza gravitatoria que me atraía irremisiblemente y que convertía un algo en un todo.

Yo amaba a Bridget McCormack, y aquella noche, la del lunes 24 de diciembre de 1951, ella me correspondió con su amor.

Por un tiempo tuve la impresión de que el fantasma de Alexandra Webber estaba entre nosotros, pero luego sentí que me abandonaba. Su marcha fue silenciosa, casi intangible, y al irse se llevó consigo el recuerdo del niño que nunca fue. El pasado era como un ojo, y en ocasiones yo estaba delante, a veces detrás, pero el ojo siempre estaba ahí... abriéndose, cerrándose, abriéndose de nuevo.

Brooklyn era mi nuevo mundo. Allí estaba todo. Las cosas que recordaba desde el momento en que había llegado: los rascacielos y la luz que penetraba, decidida, entre ellos, la multitud de personas, los coches guardabarro con guardabarro, los conductores haciendo sonar la bocina, el paso del tiempo, de la gente, del pasado hacia el presente y del presente hacia un futuro cada vez más amplio. Ahí estaba mi Nueva York, el corazón de Norteamérica, con sus calles y paseos como venas, sus avenidas como chispeantes sinapsis eléctricas canalizando las señales, distribuyéndolas; un millón de voces, un millón más superpuestas; todos cerca unos de otros, como si fueran familia, pero sin ver más allá de sí mismos. Allí —tal como había imaginado— había un lugar donde yo podía ser alguien. Nueva York me llamaba. Mi corazón le respondía. En esta ciudad apretada como un puño yo también era un puño apretado. En aquel caos de rugiente humanidad, me había convertido por fin, irrevocablemente, en el hombre que deseaba ser.

Y ella estaba allí. Bridget McCormack estaba allí. Ella creía en mí, y yo creía en ella.

Fue entonces cuando creí haber enterrado por fin el fantasma de Georgia. A pesar de mi memoria y mi conciencia, a pesar de los recuerdos de mi madre y de todo lo que había sucedido en Augusta Falls, estaba convencido de que por fin me había liberado. Me sentía no como si hubiera escapado, sino como si me hubieran absuelto. Se había dictado sentencia; se había hecho justicia; había sido indultado.

Me pareció correcto. Me pareció adecuado. Me pareció justo.

Conocí a los padres de Bridget. Su padre era irlandés y católico devoto, con la cara como un huevo cocido lanzado desde gran altura, aunque a pesar del puzle de arrugas y pliegues conservaba en cierto modo la forma. Las uñas mordidas hasta dejar los dedos en carne viva, toscos e incapaces de sostener nada que fuera más pequeño que un zapato. Los dientes torcidos e irregulares, como los postes de un embarcadero, corroídos por la sal. Y cuando hablaba, sus ideas salían a trompicones; le gustaban las palabras complicadas: indisposición, rotacional, irremisiblemente. Cada frase se la pensaba atentamente, la sopesaba y la valoraba, como si fuera una apuesta para llevarse un bote de mil dólares. El pelo engominado, lacio y brillante, como el de un chaval; un flequillo repeinado hasta las cejas, una línea ininterrumpida. Se reía constantemente, con una risa tímida y nerviosa. La madre era pequeña e insustancial, seguía los flecos de la conversación, introduciendo alguna palabra como quien pega recortes de una revista. Les mentimos, les dijimos que yo era un católico ejemplar. Nos reímos en privado. Le mostramos la cara al mundo, y el mundo nos

aceptó sin condiciones ni reservas.

Por primera vez desde Alex, era realmente feliz. Hennessy permanecía tranquilo en un segundo plano, siempre animándome, siempre paciente. Ni cuestionaba ni envidiaba lo que yo hacía. Demostró ser un amigo leal y auténtico.

A principios de 1952, cuando pensaba que las cosas no podían ir mejor, Bridget vino a verme a la pensión.

—Te enfadarás conmigo —dijo, cuando abrí la puerta y la hice pasar.

—¿Enfadarme contigo? ¿Por qué iba a enfadarme contigo?

Se quedó en el umbral, con la cabeza gacha.

—He hecho algo, Joseph... He hecho algo sin decírtelo... He hecho algo y puede que te enfades mucho conmigo, y llevo todo el día sin atreverme a venir...

—¿Qué? ¿Qué es lo que ha pasado?

Ella sacudió la cabeza. Volvió a bajar la mirada. La levantó. Se la veía incómoda. Como un animal furtivo. Iba cambiando el apoyo de un pie al otro, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda.

—Por el amor de Dios, Bridget... ¿qué?

—Primero prométemelo —dijo.

Como una niña recibiendo una regañina. O una niña perdida.

—¿Prometerte qué?

—Que no te enfadarás.

Resoplé de impaciencia. Separé los brazos, bien abiertos. «Mira —le dije sin palabras—. No tengo nada. Nada en absoluto.»

—Envié tu libro a alguien —me dijo, con voz queda, reducida a poco más que un susurro.

—¿Mi libro? —respondí, frunciendo el ceño—. ¿Qué quieres decir? ¿Has enviado mi libro a alguien?

—Se lo envié a alguien... a una casa de Manhattan.

—¿A qué casa?

—A una editorial, Joseph. ¿A quién piensas tú?

Bajé los brazos y me quedé con las manos en los costados.

Bridget metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una carta.

—Me han contestado —dijo—. Toma...

Me entregó la carta. Cogí el sobre y saqué de dentro una única hoja.

«*Morrison, Brennan & Young*», decía el membrete, con una caligrafía cursiva.

Querida señorita McCormack:

No estamos acostumbrados a responder a una persona que no sea el autor de los manuscritos que se nos envían, pero evidentemente no tenemos forma de contactar con el señor Joseph Vaughan directamente, por lo que respondemos a su carta con gran interés.

Tras considerarlo atentamente, en Morrison, Brennan & Young querríamos hablar sobre la posibilidad de publicar *Vuelta a casa* y le agradeceríamos mucho que diera nuestros datos al autor y le pidiera que se presentara en nuestras oficinas lo antes posible.

Agradeciéndole que nos presentara este manuscrito, y a la espera de tratar con el señor Vaughan para conversar sobre su obra, le saluda atentamente,

Leí la carta dos veces. Sonreí. No podía controlarme.

—¿No estás enfadado? —preguntó Bridget.

Me eché a reír. Estuve riendo lo que me pareció una semana entera. Me reí incluso de camino a Manhattan, el 24 de enero.

Y Manhattan estaba allí. Manhattan, al otro lado del East River. Manhattan, una ciudad que podía llegar a coger todo Brooklyn en un puño.

La esquina de la calle Once y la Sexta Avenida —la avenida de América—, a la sombra de la biblioteca del Jefferson Market, Bridget McCormack y yo, sentados en butacas de cuero de respaldo alto, en el despacho de Arthur Morrison, jefe del Departamento de Edición.

Robusto y campechano, de cara redonda y generosa; parecía el rostro del viento, el dibujo de un querubín con los labios fruncidos de los que se usaban para decorar los mapas de antaño: vendaval del suroeste por el cabo de Buena Esperanza. ¡Marineros, atentos! Escollos que asoman entre la espuma y las olas como pétreas garras de Neptuno.

Pero sus modos eran los de un tío rico, con un tono encantador en sus palabras, generoso en halagos hacia mi prosa y mi tono.

—Sin artificios —dijo—. Sencillo, sin artificios, sin pretensiones y aun así complejo a su modo, y muy profundo. Un buen trabajo, señor Vaughan, un muy buen trabajo.

Le di las gracias.

—Y es usted tan joven —observó Arthur Morrison, y su cara empezó a reírse antes de que llegara el sonido.

Cuando llegó, fue como un tren saliendo de un túnel, más fuerte cuanto más cerca, y luego se puso en pie tras su enorme mesa y se dirigió a la chimenea. Se quedó allí de pie un momento, con el brazo doblado y apoyado en la repisa, y movió la cabeza adelante y atrás como un muñeco de cuerda. Sus movimientos eran de metrónomo, casi hipnóticos. Parecía como si estuviera en otro lugar, como si se hubiera perdido un momento, y luego, suavemente, sin esfuerzo aparente, regresó.

—Es difícil creer que alguien tan joven pueda haber escrito algo con tanta profundidad emocional.

Habló algo más, y luego dijo lo que le correspondía, sobre los costes y la competencia, unas frases que parecía haber aprendido de memoria y practicado mil veces sobre el desafío constante al que se enfrenta la industria editorial, y llegó a su conclusión con estudiado aplomo.

Le dije que sí, que firmaría su contrato, y que sí, que trescientos cincuenta dólares me parecían un anticipo aceptable a cargo de los royalties derivados de la venta de *Vuelta a casa*, y Arthur Morrison sonrió como el rosado querubín que era, y nos dimos la mano frente a la chimenea y Bridget me besó.

—Te lo dije, te lo dije, te lo dije cien veces, y seguiría diciéndotelo si me dieras la mínima impresión de que me escuchas —anunció Hennessy.

El día después, Manhattan era un recuerdo vago y agradable. Nos sentamos en un bar en Van Buren Street —Hennessy, Bridget y yo— y bebimos cerveza y hablamos mucho de cosas sin importancia durante mucho, mucho rato.

—Y ella también ha creído en ti —añadió, y levantó su vaso hacia Bridget, y Bridget se iluminó, y yo también me iluminé, y sentí como si el mundo por fin tuviera sentido en Brooklyn.

El barullo de la gente, los rostros de la calle mirando hacia el interior, envidiosos, aunque sin saber por qué, y el humo, la charla y la sensación de plenitud creada por el alcohol, sabiendo que en menos de seis meses entraría en la misma biblioteca donde había conocido a Bridget McCormack y que podría sacar de allí un ejemplar de *Vuelta a casa* de Joseph Vaughan. Paul y Bridget eran las personas más importantes del mundo. Un mundo pequeño, pero un mundo al fin y al cabo, y por una vez parecía ser un mundo de mi propia creación, algo que había construido yo mismo con el sudor de mi frente, con las fuerzas de mis manos y de mi corazón.

Esta vez duró. Esta vez no hubo plumas blancas en la puerta, arrastradas por la brisa desde el umbral hasta el suelo. Esta vez parecía que todas las decisiones se habían tomado con conocimiento de causa, y que el mundo había respondido igual de decidido. Iban a publicarme un libro, y durante el proceso de edición, de corrección de estilo y tipográfica, durante las discusiones sobre las cubiertas y el tipo de letra, conservé aquella sensación de dignidad y reserva. Fingí que me consideraba a mí mismo alguien de relevancia, que por debajo de aquel exterior había un hombre culto y equilibrado, aunque en el fondo me sintiera como un niño de siete años la noche de Navidad.

La primavera de 1952 fue una marea de color e inspiración. El Foro de Escritores se convirtió en mi segundo hogar, y algunas noches nos reuníamos unos cuantos y nos íbamos juntos a la pensión de Aggie Boyle. Aggie parecía encontrarse en su salsa, igual que Joyce Spragg, porque la casa se llenaba de gente joven que le daba a la residencia una inyección de vida, de amor y de frivolidad.

—¡Eres el nuevo Scott Fitzgerald! —me gritó Joyce desde el rellano superior, y en aquel momento la agarró por detrás algún donjuán cargado de hormonas.

Había risas. Había alcohol. Había magia.

A finales de mayo conocí a Ben Godfrey.

—Al norte de Jackson Heights —dijo—. Soy judío de tercera generación. Vivo cerca de los cementerios de Mount Zion y New Calvary. —Se rió, no sólo con el rostro, sino con todo el cuerpo—. Allí todos son amantes de la literatura, aprecian la triste nobleza, la austera y grandiosa actuación de la muerte. Todos quieren ser Shelley y Byron, pero no pueden porque son judíos.

Volvió a reírse, un sonido prolongado, algo irritante, como el de una botella rodando por el suelo del autobús.

—Sin embargo, lo seguimos todo. El Rosh Hashaná. El Yom Kippur. El Succot. El Janucá. El Purim. El Pésaj. El Shavuot.

Volvió a reírse, con ese sonido prolongado, incesante.

Hennessy se mantenía al margen. Cruzó los ojos, abrió la boca, puso cara de loco.

—¿Eres escritor? —le pregunté a Godfrey.

—Sí señor —declaró—. Tengo una cosita en la prensa, de unas cuarenta o cincuenta mil palabras. ¿Hay algo para beber por aquí, y algo para comer que no sea ese maldito *matzoh*?

Le pasé a Ben Godfrey un vaso y una botella de Calvert. Los cogió con una mano y me dio una palmadita en el hombro. Me gustaba el tipo. Llenaba la habitación con algo más que talla y volumen. Poseía un encanto rústico, y por su atuendo no parecía que le faltara el dinero.

—¿Y tú? ¿Esta casa es tuya?

Negué con la cabeza. Le tendí la mano a Bridget y ella se me acercó.

Godfrey se iluminó como una calabaza de Halloween.

—Vaya, vaya, vaya —exclamó—. ¿Y quién es esta señorita?

Bridget se rió de él. Godfrey debió de pensar que se reía con él.

—Bridget —respondió ella.

—Bueno, pues hola, Bridget —dijo, meloso.

Se acercó un poquito más y la miró de arriba abajo.

—Hola —respondió Bridget, colándose bajo mi brazo.

Me agarró fuerte. Su mensaje estaba claro.

—Así pues, ¿qué tenemos aquí? Yo diría que una reunión de beodos literarios con un mismo pensamiento —dijo Godfrey—. Me parece un entorno perfecto para gente de nuestro desacreditado oficio, ¿no os parece?

Y aquel mismo día Ben Godfrey se convirtió en uno más de nosotros. Bridget, yo, Paul Hennessy y Benjamin Godfrey, judío de tercera generación del norte de Jackson Heights. Tenía veintisiete años, tres más que yo, y se dejaba seducir por los encantos de Aggie Boyle y Joyce Spragg. Incluso traía té y cestas de fruta fresca para Letitia Brock, la señora mayor que vivía en la planta de arriba. Godfrey sabía de literatura, y tras esa capa externa de risas y camaradería, si excavabas hasta el hombre que había debajo, te encontrabas con un buen compañero, de una generosidad sin límites.

Cuando publicaron su libro, tomamos el autobús a Manhattan y compramos dos ejemplares cada uno. Era un volumen delgado titulado *Días de invierno*, y yo disfruté con su lenguaje, con la ligereza y suavidad de su estilo. Pensé que había encontrado a un contemporáneo, y hablábamos de cómo nos convertiríamos en modelos de un nuevo *zeitgeist*, sangre joven, el talento fresco de una Nueva Era de la literatura.

Mi relación con Bridget creció en intensidad. La quería, y me sentía querido. Antes tenía los nervios tensos como el cabo de un trinquete, tan rígidos que vibraban

y amenazaban con quebrarse; antes mi corazón era como un horno apagado —todo ceniza y brasas, los restos calcinados del ferviente ardor del pasado—; antes había llegado a creerme vacío, incapaz de sentir pasión, pero ahora comprendía que me había curado de verdad, que Georgia no era más que la imagen de una oscura nostalgia en la que apenas pensaba, afortunadamente olvidada.

En Bridget vivía el recuerdo de Alexandra Webber, pero aquel recuerdo estaba ya libre de dolor, de reproches, de anhelos.

Estaba en plena euforia, y cuando llegó junio y nos encontramos cogidos de la mano entre los estrechos estantes de la librería Langton Brothers en Monroe Street, cuando entregamos un ejemplar de *Vuelta a casa* en la caja y lo pagamos, parecía que mi historia pertenecía a una vida absolutamente ajena a mí.

—El inicio del resto de nuestras vidas —dijo Bridget, cuando salimos de la tienda, yo con el brazo sobre sus hombros, sintiendo el calor del sol en el rostro al salir de la sombra del toldo.

Paul Hennessy y Ben Godfrey estaban en la pensión de Aggie Boyle cuando volvimos. Habían preparado un banquete de embutidos y quesos, galletitas saladas y vino. Celebramos aquel día, aquel momento, la promesa de un futuro.

Aquella noche Bridget y yo hicimos el amor, y sentí que ambos consumíamos una pequeña parte del otro. Nos convertimos en uno solo —Bridget McCormack y Joseph Vaughan— y creímos que así sería para siempre.

Y fue aquella noche cuando vi la pluma. Estaba desnudo cerca de la ventana y Bridget dormía en la cama detrás de mí. Una fresca brisa me transmitió un escalofrío. La vi en aquel momento, evolucionar por el aire con arabescos y curvas, flotando cada vez más cerca, hasta posarse en el alféizar, al alcance de mi mano.

No la recogí. Sentí que el miedo me atenazaba la garganta. Sentí una sombra del pasado que se colaba por la ventana abierta y se cernía sobre mí.

Cerré los ojos, la mente, el corazón. Deseé que desapareciera. Cuando volví a mirar seguía allí, pero sólo una fracción de segundo, porque antes de que se fuera volando, soplé, y vi cómo desaparecía en la noche.

Caminar hacia atrás.

Si me dieran la oportunidad de caminar hacia atrás, lo haría, incluso ahora.

Uno por uno, con precaución, desharía cada paso, y mis decisiones serían diferentes. Perdonaría a mi madre por sus indiscreciones, a Gunther por sus infidelidades; habría tenido siempre a Bridget a mi lado, pegada como una sombra, y nunca la habría perdido de vista; habría salido con los Vigilantes, y habríamos visto al asesino de niñas, y el sheriff Dearing habría corrido con nosotros hasta acabar agotado, y aquello habría acabado, igual que ha acabado ahora, pero de otro modo.

Y sobre todo no haría promesas que no pudiera cumplir.

La visión de las cosas una vez pasadas es penetrante, a veces cruel, a veces más honesta de lo que podemos soportar. Todo resulta fácil al evocarlo, y si lo hubiera sabido, si hubiera adivinado una mínima parte de la verdad última de todo esto, habría huido a Nueva York... habría corrido como el viento, alejándome de todo, con Bridget a mi lado, pegada como una sombra, y no me habría girado siquiera a mirar atrás.

Pero no lo sabía, y tardaría aún muchos años en saberlo.

Esos años se extienden ahora ante mí, como hitos y mojones del camino que tomé, cada paso —valiente o temeroso, honesto o engañoso— reflejado en todas las facetas del hombre en que he llegado a convertirme.

Soy quien soy. Y lo que soy nunca será tan importante como lo que he hecho ahora.

El círculo se ha cerrado, girando sobre sí mismo y llevándome de nuevo al principio.

La sangre de mis manos ya está seca.

Me he convertido en lo que más temía, y eso me asusta.

El otoño llegó enseguida. Los meses que lo precedieron parecían vagos y tenues. Más tarde, mucho más tarde, al pensar en las semanas que separan junio y noviembre, me parecerían sutiles e insustanciales, como si nunca hubieran existido. Paul se encontraba entre aquellos recuerdos, al igual que Ben Godfrey, siempre risueño, tomándole el pelo a Bridget, sin ocultar que él también la amaba. Bridget le trataba con naturalidad y diplomacia, siempre dispuesta a señalar que eran amigos y nada más. Hubo un tiempo en que Ben trajo consigo a una chica callada, Ruth Steinberg, una judía alemana. Sus padres la habían sacado de Múnich en cuanto el Nacionalsocialismo había tensado su fervoroso yugo sobre la nación. Sus padres, sus abuelos, su hermano... ninguno había sobrevivido, y Ruth vivía con una tía segunda por parte de madre, una mujer resentida y amargada que cargaba con aquella responsabilidad por pura lealtad a la familia. Me gustaba Ruth, pero no encajaba con Ben. Hacia finales de agosto dejaron de verse, y una vez más Ben recuperó su papel de carabina.

A mediados de noviembre estábamos planeando una gran fiesta de Acción de Gracias en casa de Aggie Boyle, y el jueves 20 me fui a Manhattan a ver a Arthur Morrison. *Vuelta a casa* había vendido la modesta cifra de mil cien ejemplares en cinco meses, pero Morrison no parecía dispuesto a arredrarse. Quería una segunda novela, algo con «espíritu y pasión».

Bridget se quedó en Brooklyn, ocupada con algún asunto familiar.

Perdí el primer autobús, y el segundo se retrasó por algún motivo. Podía haber ido a pie, pero decidí no hacerlo. Pasé un rato curioseando en algunas librerías y luego me senté en la estación y me puse a leer un periódico abandonado hasta que nos avisaron de la salida del autobús. Cuando nos pusimos en marcha había perdido casi dos horas.

Morrison ni siquiera mencionó mi falta de puntualidad. Se mostró tan generoso y efusivo como siempre.

—Estas cosas hay que construirlas —me decía una y otra vez—. Se construyen poco a poco. Publicamos un libro y luego otro. Hacemos que la gente se vaya dando cuenta. Persistimos hasta conseguirlo.

Volví a media tarde. Hacía un viento intenso. Cogí el autobús a la estación que había cerca de la esquina entre Throop y Quincy y paré en un *deli* para entrar en calor antes de emprender el paseo hasta casa. Pedí una taza de café, charlé un poco con la camarera, una mujer de mediana edad con la sonrisa siempre a punto, y luego recorrí las tres o cuatro travesías que me separaban de casa. La reunión con Morrison me

había dado ánimos para escribir otro libro, para volcar en él todo mi corazón y mi alma, y estaba deseando hablar con Bridget y recibir sus ánimos, su apoyo, sus audaces sugerencias.

Las ideas me bullían en la mente. Me encontré murmurando mientras caminaba, susurrando entre dientes, y sonreí ante mi propia tontería. Estaba todo enmarañado por dentro, con los pensamientos retorcidos unos con otros como las sábanas de una pareja de amantes en un motel. Aceleré el paso. Sabía que Bridget ya habría llegado, estaría esperándome para que le contara cómo me había ido en Manhattan, el rumbo que tomarían nuestras vidas.

Giré la esquina al final de la calle. Veía la casa a menos de treinta metros. Las luces estaban encendidas, todas ellas, y sin embargo la casa tenía algo: los aleros, los escalones de madera, el patio de tierra dura entre la acera y la fachada... En el ambiente flotaba la impresión de que llegaba demasiado tarde.

Me paré, turbado.

Oí una radio que sonaba a través de una ventana alta detrás de mí, con la calidez de la voz de un cantante de música melódica:

«... y por cada corazón roto había una promesa, y en cada promesa rota había un suspiro, y en cada suspiro recordaba tu rostro, y con cada recuerdo me echaba a llorar...»

Volví a ponerme en marcha, esta vez más despacio. Había algo raro. Algo fuera de lugar.

Fue entonces cuando vi el coche. Un coche patrulla negro y blanco. Un hombre dentro. Un policía.

El corazón se me aceleró. Eché a correr. Pensé en Letitia Brock, sus problemas de cadera, cómo se contoneaba al caminar, cómo se agarraba con todas sus fuerzas a la baranda cuando bajaba por la estrecha escalera. El corazón se me paró por un momento. Bajé de la acera a la carrera, me abrí paso entre los coches y por la puerta del patio. El policía reaccionó tan rápido que ni lo vi, salió del coche, dio la vuelta y se plantó en la puerta, bloqueándome la entrada.

—¡Quieto ahí, demonio! —gritó—. ¿Dónde te crees que vas?

—¡Dentro! —respondí, jadeando.

El corazón se me salía del pecho. El sudor me cubría la frente.

—Ni hablar, amigo —dijo—. No entra nadie... No, sin permiso ni justificación.

—¡Yo vivo aquí! —exclamé, e intenté apartarlo y pasar.

En el momento que extendí el brazo, me aferró la muñeca con la mano con violencia, reteniéndome.

—¿Tu nombre? —preguntó.

—Vaughan —dije—. Joseph Vaughan.

El policía abrió los ojos. Su expresión se volvió dura. Me agarró aún más fuerte y me dio la impresión de que tiraba de mí. Echó la cabeza atrás y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Sargento! ¡Lo tengo! ¡Sargento... lo tengo aquí!

En aquel momento me pareció que todo lo que había tardado una eternidad en construir se desmoronaba por momentos.

Dos décadas para construir una catedral. Media hora de dinamita y no quedaba nada más que una nube de polvo y un puñado de recuerdos.

Sargento Frank Lansford. La cara, como una plancha de acero en bruto perforada a la altura de los ojos por dos balazos. La boca, una raja en el paño de sus rasgos faciales. Parecía incómodo dentro del uniforme, los pantalones le iban cortos, las mangas largas, como si tuviera un patrón particular, desconocido por los sastres. Los orificios nasales eran inusualmente grandes, quizá para detectar mejor el olor a sangre, a pólvora o a otros indicios de delito. Las orejas pegadas al cráneo, como si le hubieran aplicado cola y se las hubieran apretado hasta que fraguara. Estaba sentado en una silla de la cocina de Aggie Boyle, una silla hecha para gente con un tipo y una complexión regulares. Tenía un aire solitario que hacía pensar en días llenos de encuentros oficiales y de trabajo; nada de amigos, ni niños, ni amantes, ni humor. Como si viera la vida a través de la lente cóncava del fondo de una botella: un prisma dilatado que daba un sesgo al mundo, ajustándolo a su campo de visión. A mí me parecía que un hombre así habría hecho mejor en elegir una profesión que inspirara respeto, admiración y sensaciones similares. Alguien, con el tiempo, le habría querido por lo que hacía y habría perdonado lo que era. Pero no, era policía. Mala elección. Había perdido antes de tener siquiera ocasión de ganar.

—... y vino aquí sin ningún lazo familiar, o al menos eso es lo que me dice su amigo.

El tono de su voz indicaba sospecha. Un tono de sospecha acusatorio, incendiario. Negué con la cabeza.

—Yo no...

Levanté la vista, a través del techo, hacia el suelo de mi habitación. Quería subir. Quería verla.

—No hay nada que ver —me había dicho Lansford.

Lo había dicho antes. Cuando había salido a mi encuentro en los escalones del porche. Había salido despacio, como si se arrastrara, y se había quedado allí un rato, mirándome desde lo alto.

—Usted es el novio de la chica, ¿verdad? —fue su primera pregunta.

La mirada desorbitada, preguntándome qué demonios habría pasado.

—¿La chica? ¿Qué chica?

Lansford sonrió.

—No se haga el tonto.

—¿Bridget? —pregunté—. ¿Qué es lo que pasa?

—Esa misma —respondió Lansford—. Bridget McCormack... Usted es su novio, ¿verdad?

Asentí. Sentía una tensión cada vez mayor en el pecho. Sudaba a pesar del frío. El corazón me latía con una fuerza atronadora, a punto de estallar. La tenaza que me apretaba la muñeca no cedía.

—¿Y dónde demonios ha estado todo el día?

—En Manhattan —dije—. He ido a Manhattan a ver a alguien.

—¿Ah, sí?

Lansford sacó un cuaderno del bolsillo y una pluma de la chaqueta. Tomó una nota breve.

—¿Qué diablos está pasando? —pregunté—. ¿Por qué no puedo entrar?

Lansford sacudió la cabeza.

—Aquí no entra nadie hasta que yo lo diga.

Escribió algo más, algo más largo.

—¿Dónde está Bridget?

Lansford dejó de escribir y me miró.

—¿No lo sabe?

Sacudí la cabeza.

—¿No sé qué? No entiendo qué está pasando. Ella debería estar aquí... tenía que estar aquí cuando yo volviera.

—¿Y puede demostrar que ha estado en Manhattan?

—¿Demostrar? ¿Por qué tengo que demostrar nada? ¡Dígame qué demonios está pasando aquí!

—¡Ya vale! —espetó el policía—. Soy el sargento Lansford, del Departamento de Policía de Brooklyn. Un poco de respeto, ¿entendido?

Bajé la mirada al suelo. No podía respirar.

—Por favor —dije, jadeando—. Por favor, ¿me quiere decir alguien qué está pasando aquí? ¿Dónde está Bridget? ¿Le ha pasado algo? Por favor... ¡Por Dios, díganmelo!

—¡Pues sí, claro que le ha pasado algo! —respondió Lansford, con total naturalidad—. Puede dar por supuesto que le ha pasado algo, señor Vaughan... parece que alguien subió a verla a su habitación...

—Mi habitación, sí. Tenía que estar en mi habitación. Ahí es donde se supone que tenía que estar.

—Y ahí es donde sigue, señor Vaughan.

Resoplé. El alivio me inundó el cuerpo como una ola. Casi perdí el equilibrio. Sonreí, me eché a reír.

—¡Gracias a Dios! ¡Sí, gracias a Dios...! ¿Puedo pasar a verla? Por favor, déjenme entrar en casa para hablar con ella.

—Me temo que eso no va a ser posible —objetó Lansford.

—No es posible... ¿por qué? ¿Por qué no iba a ser posible?

—Porque está muerta, señor Vaughan... Su novia está en su habitación, y está muerta. Parece que alguien le hizo cosas... Sólo Dios sabe qué cosas, pero alguien le hizo cosas muy desagradables y luego casi la corta en dos...

Fue entonces cuando todo se vino abajo.

No recuerdo más que la presión del policía, como una tenaza, mientras intentaba sostenerme para que no cayera al suelo.

La cocina.

Ante mí, una taza llena de té cargado, con un par de cucharadas de azúcar dentro. Las manos me temblaban demasiado como para levantarla, el olor empalagoso me ponía enfermo. Intenté encender un cigarrillo; no pude. Lansford lo encendió por mí y me lo pasó. Aspiré con fuerza, inhalé el humo, sentí que la náusea me llenaba el pecho junto con el humo.

Los ojos de un rojo encendido de tanto llorar. Durante un rato no pude hablar, ni pensar, casi ni respirar.

La pluma blanca. Eso es lo que vi. Pequeñas plumas blancas. En la mesa, rodeándome los pies, por el escurridor, por toda la alacena.

Todo el mundo estaba en la sala de atrás, junto a la cocina. Aggie Boyle, Letitia Brock, Emil Janacek y John Franklin. Paul también estaba ahí, y Ben Godfrey. Oía alguna palabra entrecortada, frases breves entre los jadeos que salían de mi propia garganta al intentar recomponerme lo suficiente para hablar.

—Así pues, ¿a qué hora se fue? —preguntó Lansford, aparentemente por tercera o cuarta vez.

Oí pasos arriba, los tablones del suelo crujiendo en las habitaciones y los pasillos. Había gente ahí arriba. Otros policías. Un forense.

—Salí poco antes de las ocho.

—Para coger el autobús a las ocho y cuarto, ¿verdad?

Asentí.

—Pero no lo cogió.

—Lo perdí —dije—. Perdí el autobús y tuve que esperar hasta las diez.

—¿Las diez exactamente?

—Las diez y diez... el segundo autobús salía a las diez y diez.

—Y esas dos horas entre las ocho y cuarto y las diez y diez... ¿Dónde estuvo esas dos horas?

—Por la estación de autobuses... leí un rato, di un paseo por la manzana, eché un vistazo a un par de librerías.

—Podía haber ido a pie a su cita. O podía haber vuelto a casa a esperar... ¿Por qué no lo hizo?

Me encogí de hombros. Levanté la vista al techo otra vez. Un sueño. Una

pesadilla. Nada que pudiera encajar en ningún marco de referencia. Más tarde cerraría los ojos, los volvería a abrir y vería que lo había imaginado todo. Aún estaba dormido, en el autobús de regreso de Manhattan. Ni siquiera había llegado a Brooklyn. Me estremecería. Luego sonreiría. Luego volvería a reírme, cuando me diera cuenta de que mis peores sueños no eran más que un oscuro producto de mi imaginación, agotada y tensa.

—No me apetecía ir a pie a ningún sitio. No me importó esperar y no me parecía que tuviera sentido volver a casa —dije—. Bridget iba a estar fuera el resto del día.

Lansford meneó la cabeza.

—Parece que no.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que parece que no. Según la señorita Spragg... Conoce a la señorita Spragg, ¿verdad?

Asentí.

—Según la señorita Spragg, Bridget McCormack llegó poco antes de las nueve de la mañana.

—No lo entiendo... —dije, sacudiendo la cabeza—. Me dijo que tenía algo que hacer con su familia.

—Algo que también nos ha confirmado la señorita Spragg —Lansford metió la mano en el bolsillo y sacó su cuaderno. Hojeó una docena de páginas—. Aquí —anunció, consultando sus jeroglíficos—. Según la señorita Spragg, salía a trabajar al St. Joseph hacia las nueve menos diez. Cuando estaba en el vestíbulo, Bridget McCormack entró y habló con ella, le dijo que tenía previsto algo con su familia pero que lo habían pospuesto, así que había pensado venir a pasar el día. Dijo que quería leer unas cosas, que limpiaría un poco la habitación. La señorita Spragg cree que se refería a su habitación, señor Vaughan. Dijo que usted y Bridget McCormack pasaban la mayoría de las noches aquí, juntos, viviendo juntos, por decirlo así.

—Sí, podría decirlo así. Pasábamos más tiempo juntos que separados. —Me callé de pronto. Miré a Lansford, y al policía que estaba de pie junto al lavaplatos—. Esto es una locura. ¿Qué demonios está sucediendo aquí?

Me dispuse a levantarme de la silla. El policía dio un paso adelante y me agarró de los hombros.

—¿Dónde cree que va, señor Vaughan? —preguntó Lansford, con tono adusto.

—Necesito verla —dije.

Sentía la emoción de nuevo en aumento, como un montón de puños dentro del pecho. Unas cosas negras flotaban ante mis ojos. Plumas. Más plumas. Ahora estaban dentro de mi cabeza, justo detrás de mis ojos.

Pensé en los ángeles.

Pensé en mi padre. En la Muerte recorriendo High Road para llevárselo. Pensé en Gunther Kruger colgando de una viga en el cobertizo, con una cinta rosa entre los dedos de la mano derecha.

Pensé en mi madre, que había asesinado a una niña, en cómo se había convertido exactamente en lo que quería combatir.

Empecé a sollozar, sentí una arcada que me revolvía las visceras, y de pronto solté el brazo, golpeé la taza de café y la mandé rodando por el suelo, derramando su tibio contenido por todo el linóleo.

—Ve a buscar al médico —dijo Lansford—. ¡Dile al médico que baje enseguida!

El policía reaccionó de un salto, me soltó y salió a toda prisa de la habitación. Le oí saltando escaleras arriba. Voces. Sentí las manos de Lansford sobre mis hombros, agarrándome con fuerza allí mismo, sobre la silla. Allí mismo, en la cocina de Aggie Boyle.

Vi el rostro de mi madre. La que recordaba, no la que enterré.

Vi las suelas de los zapatos de Virginia Grace Perlman, las vi tal como las encontré en lo alto de la colina.

Voces de nuevo. El contacto de las manos sobre mi cuerpo. Y de pronto un pinchazo. Un dolor punzante, como el de una aguja en el brazo. Me resistí, me debatí violentamente. Pero llegó. Llegó como una nube, me atravesó y no pude hacer nada para mitigar la sensación que me trajo. La sensación de que me hundía en la oscuridad aunque me agarrara a las plumas, a una manta de pequeñas plumas blancas que intentaban mantenerme a flote pero que no podían con mi peso.

Caí en el silencio. Me sumí en la oscuridad.

Tarde mucho en emerger, y cuando lo hice recordé que mi mundo había desaparecido.

Me desperté en un hospital, pero aquel hospital era diferente a todos los que había visto. Las paredes eran blancas, al igual que el techo, que las sábanas y las camas. Era una especie de barracón, con una única puerta en un extremo y una ventana estrecha con barrotes. Cuando quise moverme me encontré con que me habían atado las manos a la cama, y fue entonces cuando la realidad cayó sobre mí. Como un puño. Como una bala. Como un trueno ensordecedor.

Cerré los ojos. No podía soportar la idea de abrirlos de nuevo. Estaba convencido de que me moriría.

Y, pensándolo bien, quizá habría sido una bendición.

Horas más tarde —no tenía modo de determinar el paso del tiempo— Lansford vino a verme.

—¿Qué está pasando? —le pregunté—. ¿Dónde estoy? ¿Qué demonios hago aquí?

Lansford arrastró una silla desde la pared y se sentó junto a la cama. En la mano llevaba una fina carpeta de papel que abrió y colocó en equilibrio sobre sus rodillas.

—Le sedamos... tuvimos que sedarle —dijo, con naturalidad. Su tono era seco, como de negocios. Sentí la presión de la amenaza—. Perdió un poco los nervios —añadió—. En la casa. Tuvimos que llamar al médico para que le sedara.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital. En un ala de la prisión de Brooklyn.

—¿Prisión? ¿Qué demonios estoy haciendo en la prisión?

Intenté enderezarme, las correas de las muñecas me lo impidieron.

—Tengo que hacerle unas preguntas. Necesito respuestas. No es negociable. Ni tengo tiempo para charlar. El cálculo de la hora de la muerte de la joven McCormack ha demostrado que tuvo tiempo más que suficiente para volver a casa después de perder el autobús, violarla y matarla, y que aún pudo volver a tiempo de coger el segundo autobús a Manhattan.

—¿Qué? ¿De qué diantres me está hablando? No pensará en serio...

—No he acabado. Le agradecería que no me interrumpiera, señor Vaughan. Tal como le digo, tomando en consideración la hora de la muerte, tuvo tiempo más que suficiente para volver a casa y cometer aquel acto tan terrible, así que está claro que tuvo la oportunidad. ¿El método? Bueno, eso parece bastante simple. La chica fue atacada, y hay indicios de que fue violada. Parece, al menos a partir del informe provisional del forense, que fue atacada con tal violencia que le rompieron el cuello cuando la empujaron contra la pared. También parece evidente que después intentaron cortarle el cuerpo en dos. Ése fue el método, señor Vaughan...

El cerebro se me estaba colapsando. Las imágenes me aporreaban la mente. El sonido de los gritos, la visión de la sangre. La imagen de Bridget...

—Está loco...

—¡Señor Vaughan! —gritó Lansford—. Le he pedido una vez, educadamente, creo, que no me interrumpiera. Se lo pediré otra vez, y me voy a poner de muy mal humor si no coopera. Bueno, tal como decía... si sabe algo del procedimiento de investigación de la policía, sabrá que los primeros hechos que hay que establecer son tres: el método, el motivo y la oportunidad. El primero y el último son evidentes, pero el de en medio, el motivo de este brutal ataque, aún está por determinar, aunque nos da la impresión de que puede haber algo sustancial a tomar en consideración.

No dije nada. Mil preguntas llenaban mi mente. Todo mi cuerpo estaba asolado por la angustia, por un dolor que superaba lo mental, un dolor que me atravesaba físicamente. Apenas podía respirar. Me di cuenta del camino que tomaban las cosas. Caí por fin en lo que pensaba aquel sargento de policía.

Parecía que Lansford esperaba que dijera algo, pero yo no podía hablar.

—Usted sabrá, por supuesto, señor Vaughan, que en este sistema democrático que tenemos, todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario.

Hizo otra pausa. Yo seguía sin poder hablar. Las palabras estaban ahí, una multitud de palabras, pero no podía emitir ni un solo sonido.

—Así que hasta que podamos demostrar la culpabilidad sin lugar a dudas,

trabajamos sobre la base de que cualquiera tiene derecho a defenderse, a buscar asesoramiento legal. En su caso... bueno, en su caso, señor Vaughan, le sugiero que lo haga de inmediato. Búsquese un abogado, y prepárese para un largo interrogatorio sobre la muerte de esa desdichada. Podríamos decir que está, de algún modo, en la línea de fuego de este caso.

Lansford hizo una breve pausa, luego se levantó de su silla, la cogió y la devolvió a su lugar junto a la pared.

—Yo... Yo no entiendo qué está sucediendo —mascullé. Tenía la garganta tensa. Un dolor de cabeza implacable—. No sé qué motivo podría tener yo para hacer eso... esa barbaridad.

Lansford sonrió, al principio parecía que con gesto comprensivo, pero luego su expresión se endureció.

—La chica —dijo—, esa Bridget McCormack que tan brutalmente violaron y asesinaron... estaba embarazada, señor Vaughan... embarazada de sólo unas semanas.

Sentí que cada gramo de vida que poseía se desprendía de mi cuerpo.

—Y así las cosas... bueno, es una pena que un hijo no deseado provoque un asesinato, pero la verdad es lo que vemos, ¿no?

Lansford dio un paso atrás y se dirigió a la puerta. Cuando llegó, se giró de nuevo hacia mí.

—Le enviaré a un celador para que disponga las cosas y pueda llamar a un abogado. Tal como le he dicho, le recomiendo que lo haga inmediatamente.

Después recordaría el sonido metálico de la puerta al cerrarse. Recordaría el ruido de la llave contra la cerradura, y luego el silencio; el silencio roto únicamente por el sonido de mi respiración afanosa, y tras ella, muy cerca, el insoportable dolor en el pecho al sentir que todo mi mundo se desmoronaba.

Quizá durmiera. Quizá no. Creo que soñé. Bridget venía a mi encuentro. Se quedaba de pie, junto a mi lecho, sin decir nada. Yo alargaba la mano para tocarla y ella se disipaba como una nube. Se fragmentaba en pedazos que desaparecían con el rumor de una brisa.

El celador vino al cabo de un buen rato y me dijo que era domingo. No encontraría a nadie hasta el día siguiente. Me trajo comida que no probé. Me preguntó si quería algo.

—Que me devuelvan la vida —dije—. Sólo quiero que me devuelvan la vida.

El celador sonrió.

—Mucho me temo que eso queda fuera de mi alcance.

Le miré mientras se marchaba y fue entonces, cuando cerró la puerta, cuando entendí lo que había ocurrido en la casa de Throop y Quincy y, más importante, empecé a entender por qué.

El lunes por la mañana vino un abogado. Thomas Billick, abogado de oficio. Me habían soltado las correas para que pudiera sentarme en la cama, y cuando llegó Billick me permitieron usar una silla.

Billick era un hombre fuera de lugar. Ojos estrechos, gafas con montura fina de metal, una cara que se adaptaba con dificultad al entorno. Llevaba un abollado maletín al que se agarraba con denuedo como si fuera un escudo, y cuando habló lo hizo vacilando y sin convicción.

—Yo... todo esto no me es muy familiar —explicó Billick.

Sacudió la cabeza y se llevó la mano a la varilla de las gafas. Cuando bajó la mano, las gafas estaban algo torcidas.

—Se han presentado cargos...

—¿Cargos? ¿Qué cargos?

—De asesinato, señor Vaughan —me informó Billick—. ¿No tenía constancia de que se hubieran presentado estos cargos contra usted?

—¿De qué está hablando? No puede decirlo en serio...

—Oh, sí, esto es muy serio, señor Vaughan, pero que muy serio. Los cargos se presentaron el sábado...

—Por Dios, tiene que ser... No, esto no puede estar sucediendo. El sábado ni siquiera estaba consciente... ¿Me está diciendo que presentaron cargos en mi contra mientras estaba inconsciente?

Billick se encogió de hombros.

—Aquí no dice nada de que estuviera inconsciente, señor Vaughan —dijo, abriendo el maletín con gesto torpe. Los papeles se le cayeron por el suelo, y se puso a recogerlos—. Aquí tiene —dijo por fin, presentándome una hoja de papel—. Aquí dice que a la una y diez de la tarde del sábado veintidós de noviembre se le acusó formalmente del asesinato de Bridget McCormack, que se le leyeron sus derechos y que se le aconsejó que buscara asesoramiento legal inmediatamente. Según parece, usted decidió no hacer nada hasta esta mañana. —Billick levantó la vista del papel y frunció el ceño—. ¿Por qué hizo eso, señor Vaughan? ¿Por qué decidió no buscar representación legal hasta esta mañana?

—¡Esto es una locura! —exclamé—. No puedo creer que esté sucediendo. No me dijeron siquiera que debía buscarme un abogado hasta ayer, y en cuanto a acusarme formalmente o leerme los derechos... ¡No puedo creer que lo hicieran! Me acusaron y me leyeron los derechos mientras estaba inconsciente.

Billick sacudió la cabeza.

—No es eso lo que dice este documento —insistió, mostrándome la misma hoja, y cuando extendí la mano para verla, enseguida volvió a meterla en su maletín—. Necesito guardármela —dijo—. Tiene que estar archivada con el resto del dossier de su caso.

—¿Y ahora qué? ¿Qué demonios se supone que va a pasar ahora? —pregunté.

—Mañana por la mañana se celebrará la vista previa, y cuando acabe se le trasladará a la prisión del Estado de Auburn, al norte de Nueva York. Permanecerá allí hasta que se fije la fecha del juicio, y durante ese tiempo de reclusión, esperemos que no sea largo, la policía preparará el caso para el fiscal del distrito, y yo trabajaré en su defensa.

—¿Juicio? ¿Voy a ir a juicio?

—Sí, señor Vaughan, por supuesto. Lo más probable es que la fecha del juicio se fije dentro de cuatro y seis meses... Mientras tanto debería intentar recordar todo lo que ocurrió aquella mañana. En principio yo creo que debería declararse culpable de homicidio sin premeditación y, si eso no funciona, deberíamos intentar negociar una sentencia de asesinato en segundo grado —expuso. Esbozó una sonrisa sincera—. Así, como sabrá, evitaríamos la pena de muerte.

No podía hablar. Me quedé mirando a Billick, que cerraba el maletín y se levantaba de la silla.

—Así pues, hasta que hablemos de nuevo mañana. Cuídese, señor Vaughan.

Billick volvió a sonreír. Luego atravesó la habitación y llamó a la puerta dos veces. El celador que esperaba tras ella la abrió y le dejó salir. Se detuvo un momento a mirar a través de los barrotes del ventanuco y luego desapareció.

Unos minutos más tarde el celador entró y me preguntó si quería permanecer sentado o volver a la cama.

No me moví, ni dije una palabra, así que me ató las correas a la silla donde estaba sentado.

Paul Hennessy estaba allí, también Ben Godfrey, Joyce Spragg, Aggie Boyle y su hermana, otras personas cuyos rostros apenas reconocía del Foro de Escritores del St. Joseph's. Estaban callados y sin expresión en el rostro, sentados en la galería del Tribunal de Justicia de Brooklyn aquel martes por la mañana. El procedimiento fue breve y superficial. Thomas Billick apenas dijo nada en respuesta al representante de la oficina del fiscal del distrito, Albert Oswald. Me llamaron ante el juez, un hombre que no debía de tener más de cuarenta años, un hombre que me miraba con superioridad y condescendencia. El representante del fiscal, vestido con un traje de tres piezas y zapatos de cuero de marca, movió la mano con desdén cuando Billick dejó entrever que aún estaba por demostrar que se trataba de un asesinato en primer grado.

—Los cargos se han presentado y existe constancia escrita —declaró Oswald—.

Mientras el acusado permanezca en prisión preventiva en la prisión del Estado de Auburn, la defensa tendrá tiempo suficiente para presentar cualquier información al fiscal del distrito, señoría.

El juez asintió y decretó el final de la vista.

—He oído todo lo que necesitaba oír. El acusado quedará bajo la custodia de la prisión del Estado de Auburn hasta que se fije la fecha del juicio. —Sonrió con indiferencia—. ¿Señor Billick?

Billick levantó la vista, nervioso.

—Si queda alguna duda con respecto a la veracidad o validez de los cargos aquí presentados, le sugiero que intente llegar a un acuerdo con la oficina del fiscal del distrito con celeridad. La corte no tardará en ejecutar sus funciones. El proceso de selección del jurado y la preparación el juicio llevarán una gran cantidad de tiempo y de dinero y espero no encontrarme con sorpresas inesperadas con respecto a los planteamientos de la acusación o de la defensa... ¿Me entiende?

Billick me echó una mirada y luego asintió al juez.

—¿Señor Billick?

—Sí, señoría —contestó—. Por supuesto... todo quedará dispuesto lo antes posible.

—Bien, eso espero —respondió el juez—. Al fin y al cabo, es la vida de un hombre lo que está en juego, ¿no le parece?

Dos agentes judiciales se acercaron y me esposaron. Se dieron la vuelta y me llevaron con ellos.

—¡Sé fuerte! —gritó una voz desde la galería, y al levantar la vista vi a Paul Hennessy de pie, con la cara cubierta de lágrimas y las manos aferradas a la barra de la baranda.

Agaché la cabeza. Me sacaron de allí, con Billick unos pasos por detrás.

No podía mirar a mis amigos.

El día de Navidad de 1952 perdí mi nombre.

A finales de enero ya había renunciado a mi identidad. Un mes más tarde había dejado de ser un ser humano.

De algún rincón perdido de la mente recordé palabras de la *Democracia en América* de Tocqueville: «Nos sentíamos como si atravesáramos unas catacumbas; allí había mil seres humanos, y sin embargo estábamos en la soledad de un desierto».

Escribió aquellas palabras sobre el penal de Auburn, en el condado de Cayuga, en algún lugar de un páramo de humanidad entre Búfalo y Siracusa.

Al llegar, aquella noche de finales de noviembre, me afeitaron la cabeza. Me quitaron las ropas y nos quedamos ahí, desnudos —otros doce y yo— mientras un médico nos examinaba por encima y sin contemplaciones. Nos hicieron atravesar un patio rodeado de altos muros, y pese al penetrante frío del alba, nos hicieron formar

con las piernas abiertas, los brazos horizontales a la altura de los hombros y nos rociaron con un fino polvo acre para desparasitarnos. Estuvimos allí media hora más, sintiendo el ácido que nos quemaba la nariz y los ojos, con ganas de gritar, de llorar, de desmayarnos allí mismo. Un hombre lo hizo, un calvo de hombros estrechos, y un celador le dio con un palo hasta que volvió a ponerse en pie. Desde allí nos llevaron por un largo pasillo con las paredes de piedra hasta el pabellón de las duchas. El agua caía como agujas de hielo, punzándome en la piel hasta que sentí correr la sangre. A cada uno nos asignaron una celda de techo bajo pintada de blanco. Eran conocidas como «los cubos». Me tendí sobre un fino colchón de crin y allí me quedé, pasmado y tiritando, hasta que el sueño me pilló por sorpresa e hizo que aquella pesadilla se desvaneciera por un breve instante.

Mi primer día: una premonición de todo lo que me esperaba. Nos tenían entre aquellas cuatro paredes, sin nada que ver más que la pintura blanca y los leves cambios de luz entre el día y la noche a través de un ventanuco en la pared exterior. Tres semanas. Ningún movimiento, aparte de los pasos que podían darse entre aquellas paredes separadas dos metros y medio. La comida llegaba en una bandeja de metal a través de una rendija en la mitad inferior de la puerta, y cada vez que se abría la estrecha rendija «de buzón», cada vez que volvía a cerrarse con un golpe, sentía el ruido del metal que reverberaba en cada uno de los huesos, de los nervios, de las sinapsis de mi cuerpo. Espiritualmente, mentalmente, emocionalmente, yo estaba en otra parte. Paseaba con Bridget, escribía un libro para Arthur Morrison sentado a mi mesa, algo que poseyera espíritu y pasión y dinámicas humanas. Sentía que Joseph Calvin Vaughan iba desapareciendo en silencio. Presenció su desaparición. No miró atrás, porque si lo hubiera hecho me habría visto a mí, y quizá se habría compadecido tanto que habría vuelto atrás. Y aquello era algo a lo que no podía arriesgarse, así que siguió adelante, con su ceguera selectiva.

Al cabo de tres semanas nos trasladaron a celdas triples. Yo fui a parar con un par de hermanos, Jack y William Randall, ladrones a mano armada de Odessa, en el condado de Schuyler. Se llevaban once meses, y su parecido físico era asombroso: unos rasgos rudos, porcinos, bizcos, con los hombros cargados hacia delante al caminar, como pistoleros fuera de lugar.

Les conté que era inocente.

Jack Randall sonrió, y plantó su manaza sobre mi hombro:

—Aquí dentro —dijo—, sólo hay dos tipos de personas... los celadores y los inocentes.

William se rió con ganas y me dio un puñetazo en el hombro.

—Hemos visto lugares así demasiadas veces —me dijo—. Te acabas acostumbrando. Tiene sus propios mecanismos, y mientras te quedes tranquilito y te ocupes de tus asuntos, todo va bien. —Hizo una mueca—. Jack y yo te cuidaremos... Nos aseguraremos de que ningún animal quiera convertirte en su pony, ¿eh?

Volvieron a reírse, mirándose el uno al otro, como si uno fuera el reflejo del otro,

y yo me cerré sobre mí mismo un poco más, aún un poco más adentro, y concentré lo poco que quedaba de mí mismo en el interior de mi pecho.

Thomas Billick vino la tercera semana de febrero. Me sacaron de mi celda y me encadenaron muñecas y tobillos. Caminé un buen trecho por pasillos idénticos, sin distintivos, arrastrando los pies torpemente entre dos celadores impertérritos. La cadena que arrastraba entre los tobillos pesaba mucho, y las bandas de metal me iban cortando la piel de los talones. Me hicieron pasar a una sala estrecha y mal iluminada y allí —sentado en silencio contra la pared— estaba mi abogado defensor. Parecía nervioso y agitado como el que más.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó, innecesariamente.

Los dos celadores me sentaron de un empujón en una silla frente a Billick, retrocedieron y salieron de la habitación. El áspero chirrido de una aldaba corrida desde fuera, el ruido de las llaves en la cerradura, la sensación de que allá donde mirara encontraría algo nuevo destinado a limitar mis movimientos.

—Bueno, tenemos buenas noticias —dijo Billick—. El fiscal del distrito ha escuchado nuestra presentación del caso y ha accedido a aceptar el cargo de asesinato en segundo grado. —Abrió su maletín y sacó un fajo de papeles—. El asesinato en segundo grado se considera intencionado pero sin alevosía ni premeditación —explicó. Levantó la vista para ver si le prestaba atención—. Aquí dice que el crimen no se comete en un arranque de furia, sino que es causado por la evidente falta de consideración del acusado por la vida humana. —Billick sonrió como si estuviera dándole un regalo de cumpleaños a un niño—. Eso significa que nos evitamos la pena de muerte, Joseph... ¿No es una buena noticia?

Bajé la cabeza y miré las esposas que tenía en las muñecas.

—Así que lo único que tiene que hacer es declararse culpable de asesinato en segundo grado, y no sólo evitaremos el riesgo de condena a muerte, sino que también reduciremos enormemente la duración del proceso. Los jueces siempre se muestran más favorables cuando se presenta un caso así. Resulta mucho menos caro para el Estado y para el condado, cuando se presenta una declaración de culpabilidad...

Levanté los ojos y me quedé mirando a Billick.

—Pero yo no soy culpable, señor Billick... Yo no soy culpable de ningún tipo de asesinato, y no me declararé culpable de algo que no he hecho.

En un primer momento Billick pareció sorprendido, pero luego agitado y aturullado.

—No creo que comprenda del todo la gravedad de su situación, señor Vaughan. Tienen un caso muy bien montado contra usted, y me atrevería a decirle que no hay otras líneas de investigación en marcha ahora mismo. La policía ha puesto fin a sus pesquisas sobre la implicación de otras partes...

—¿Y eso qué significa?

Billick se aclaró la garganta.

—Significa que se ha fijado la fecha de su juicio para el trece de marzo, dentro de

poco más de un mes... y que será juzgado por este asesinato, señor Vaughan, no tenga la menor duda.

Intenté levantar las manos pero las cadenas me lo impidieron.

—No entiendo lo que está sucediendo, señor Billick... Alguien mató a Bridget, alguien entró en la casa donde vivía y mató a la mujer que yo amaba...

Billick sacudió la cabeza.

—A todos los efectos, señor Vaughan, esa persona fue usted.

—¡No! —protesté. Sentía la presión del miedo y de la rabia en el pecho. Una vez más intenté mover los brazos, para subrayar de algún modo lo que decía—. ¡Yo no maté a nadie, por el amor de Dios! —grité—. No maté a nadie, señor Billick... ¿Qué tengo que hacer para que alguien entienda lo que está pasando? ¡Esto es una locura! ¡Esto es una perversión de la justicia! Vaya a hablar con alguien... con quien sea. Busque a Paul Hennessy. ¡A Ben Godfrey! Hable con Ben Godfrey... Él le dirá que yo no soy capaz de hacer algo así. Tengo dinero, señor Billick. Tengo tres mil dólares...

Billick volvió a sacudir la cabeza.

—Tenía usted tres mil dólares, señor Vaughan.

Me detuve en seco. Fruncí el ceño.

—¿Qué quiere decir? ¿De qué diablos está hablando? Tengo tres mil dólares de la venta de la casa de mi madre.

—En una cuenta que ha quedado congelada por el Estado, señor Vaughan. Ese dinero no está a su disposición.

—¡No puede hacerme eso! ¿Quién demonios le da derecho a hacerme eso?

—¿Yo? Yo no estoy haciendo nada, señor Vaughan. Yo no soy quien le ha acusado de un delito gravísimo... el delito de asesinato, y tanto si el asesinato fue premeditado como si no, tanto si fue de primero como de segundo grado, sigue siendo un asesinato. El asesinato de una joven indefensa e inocente. Una joven embarazada, señor Vaughan.

Sentí que mi rostro se quedaba sin sangre. Vi sus caras. Todas ellas. Virginia Perlman, Laverna Stowell... todas ellas. Oí sus voces en algún lugar. Miré por encima del hombro, casi esperando ver a una de ellas allí mismo, una imagen blanca y beatífica, tan inocente como Bridget, como Alexandra... y asumí que quizá yo mismo fuera el enviado de la Muerte.

Mi padre, mi madre, Alex... diez niñas... Elena, Gunther...

Y ahora Bridget... llamada al mismo destino, un destino ejecutado por la misma mano.

Lo sabía, no tenía ninguna duda de que su muerte había sido culpa mía. Indirectamente, sí, pero de todos modos era culpa mía. Aquél era mi castigo por lo que había hecho en Augusta Falls. Sabía que Haynes Dearing sería el único que me entendería realmente, pero Haynes Dearing sería la última persona que vendría en mi ayuda.

Me eché a llorar. Dejé caer la cabeza hacia delante y sentí los espasmos de mi pecho. Me invadía un dolor tan enorme que apenas podía respirar.

Billick se levantó de su silla y se dirigió a la puerta. Llamó sin volverse y al cabo de un momento oí el chirrido de la aldaba, las llaves en la cerradura, y los celadores le abrieron. Levanté la vista en el momento en que la puerta volvía a cerrarse, y ahí estaba Billick, su pequeño rostro mirándome a través del estrecho ventanuco.

—¡Sáqueme de aquí! —le grité—. ¡SÁQUEME DE ESTE JODIDO AGUJERO!

El rostro de Billick desapareció.

Se hizo el silencio en la sala, salvo por mi respiración afanosa.

No había nada que pudiera hacer, nadie con quien pudiera hablar.

Entonces supe, sin el mínimo lugar a dudas, que se acercaba a toda prisa el fin.

Mi juicio empezó el 13 de marzo de 1953, a las nueve y cinco de la mañana. Los cargos presentados fueron de asesinato en primer grado: por haber rechazado la condena en segundo grado estaba a merced de la oficina del fiscal de distrito. Era lunes, y el juez instructor era el mismo hombre que había presidido la vista previa. Se llamaba Marvin Baxter. Parecía mayor de lo que lo recordaba, con el cabello cortado al rape, los ojos demasiado separados y una boca que era una pálida y fina línea de austeridad y firmeza. El fiscal Oswald estaba sentado, con aspecto decidido, y sólo me miró una vez al entrar en la sala. Todo resultaba pesado y oprimente y, sin embargo, de algún modo insustancial, como si pudiera desaparecer con un gesto de la mano, como una nube de humo. Pero yo no podía mover las manos. Las tenía esposadas a los brazos de la silla.

Billick no dijo gran cosa, puso pocas objeciones incluso cuando dijeron cosas sobre mí que describían a un tipo de hombre completamente diferente. Daba la impresión de que todo mi pasado se mostraba ante mí de la mano de unas personas a las que no conocía, con las que nunca había hablado. Hablaron sobre mi madre, sobre la muerte de mi padre; hablaron sobre cuando descubrí el cuerpo de una niña muerta en lo alto de una colina. Lo mencionaron de pasada, como si no fuera nada, pero observé la expresión en el rostro de los miembros del jurado, intensa, seria y muy atenta. Trajeron cajas de papeles, cosas que yo había escrito, y leyeron esas cosas en voz alta como si fueran referencias a mi personalidad. Se dejaron preguntas en el aire, flotando como fantasmas.

No se hizo ninguna mención a Haynes Dearing, ni vino a rescatarme.

Fueron pasando los días, uno tras otro, y por la noche me mandaban a una celda detrás del juzgado, oscura y húmeda, con el desespero y la degradación impregnados en las paredes.

Más tarde recordaría poco del juicio: la sucesión de preguntas, los extraños análisis cruzados, la presencia en el estrado de Aggie Boyle, de su hermana, de Joyce Spragg y de Letitia Brock. Los padres de Bridget también acudieron. Su padre habló

de su fervor religioso, de su compromiso con el Señor, de su fiel seguimiento de los Diez Mandamientos, de las esperanzas que tenían puestas en su única hija y, tres filas por detrás de mí y a la izquierda, toda la sala escuchó en silencio el llanto contenido de la madre de Bridget.

Pasaron casi seis semanas, sin interrupciones entre un día y el siguiente. El fin de semana me devolvían a Auburn, donde permanecía en aislamiento. Uno de los miembros del jurado contrajo la gripe, y el juez Marvin Baxter decretó un aplazamiento entre el 16 y el 22 de abril. Volvimos el 23, y entonces llegó el primero de los cuatro días que pasé respondiendo preguntas en el estrado.

Tenía la sensación de que me habían arrancado el alma y se la habían llevado. Más allá de la certeza de mi propia inocencia, no creía en nada más que en la pura voluntad de sobrevivir. Desde el estrado pude ver a Paul Hennessy y a Ben Godfrey, otras caras que conocía de Brooklyn y, la última semana del juicio apareció Reilly Hawkins. Fue entonces cuando por fin me hundí bajo el peso de lo sucedido. El pasado había ido a buscarme a Nueva York. Un pasado que había dejado atrás y que ahora me engulliría entero.

Lloré en el estrado. Me puse el corazón en las manos y se lo entregué al juez Marvin Baxter, a Albert Oswald de la oficina del fiscal del distrito, pero no me creyeron.

El martes 12 de mayo de 1953, un jurado compuesto por ocho hombres y cuatro mujeres que no sabían nada de la verdad, salvo mi nombre, volvieron de sus deliberaciones.

Mi corazón, que hasta aquel punto no era más que una piedrecita oscura alojada en mi pecho, se convirtió en una palpitante bola de fuego.

—Póngase en pie el acusado.

Reuní las pocas fuerzas que me quedaban y, con la ayuda de los celadores, conseguí ponerme en pie.

—¿Ha alcanzado el jurado un veredicto?

La sangre me latía con fuerza en las sienas. La sensación de vacío interior se vio reemplazada de pronto por un terror abyecto y desesperado.

—Sí, señoría —dijo el portavoz, poniéndose en pie.

Había palabras, muchas palabras que habría querido decir. Y esas palabras trepaban clavándome las uñas desde lo más profundo de la garganta, pero me las tragué todas. Los ojos desorbitados, el rostro pálido y exangüe, las manos, esposadas, aferradas a la baranda que tenía delante como si fuera un salvavidas.

—Muy bien. Del cargo de asesinato en primer grado, entendiendo que el acusado Joseph Calvin Vaughan asesinara voluntariamente a Bridget Sarah McCormack el jueves veinte de noviembre de 1952, ¿el jurado considera al acusado culpable o inocente?

El corazón como un martillo, golpeando contra un yunque.

El portavoz, un tipo con una cara como una calabaza de Halloween y unos ojos

incapaces de mirarme siquiera aunque sabía que estaba allí, se aclaró la garganta. El secretario del tribunal cruzó el estrecho pasillo entre el estrado y los escaños del jurado y cogió una hoja de papel doblada de la mano del portavoz.

Volvió lentamente. Cada uno de sus pasos sonaba a marcha fúnebre.

Él tampoco me miró. Ninguno de ellos era capaz. Pensé en girarme, en mirar por encima del hombro hacia Hennessy, a Ben Godfrey, a Reilly Hawkins. Mi mente gritaba que me dejaran libre, que me perdonaran lo que hubiera podido hacer para merecerme algo así, pero el único sonido que se oyó fue el leve crujido del papel cuando el juez lo desplegó y miró el veredicto.

—Nosotros, el jurado, encontramos al acusado, Joseph Calvin Vaughan... culpable.

Dejé de respirar.

Sentí que las rodillas se hundían bajo mi peso.

Empecé a gritar, a llorar, agarrándome a la baranda mientras los celadores intentaban sacarme de allí. Recuerdo que grité con todas mis fuerzas:

—¡No fui yo... no fui yo! ¡Fue él! El mismo que mató a las niñas... ¡Él mató a Bridget! ¡Él mató a Bridget!

—¡Secretario! —gritó el juez Marvin Baxter entre el tumulto de voces—. ¡Secretario... desaloje el tribunal inmediatamente!

Oí aquellas palabras. Más allá no había mucho que oír, salvo el zumbido de mis oídos, un zumbido que me llenaba el cuerpo, la mente, el alma.

Y entonces apareció una pluma; una pluma solitaria que pasó flotando por mi línea de visión y desapareció en un rayo de luz procedente de la ventana.

Iba a morir. Era lo único que sabía.

Recé que viniera rápido, en silencio, de un modo metódico, implacable.

Recé para que la Muerte viniera enseguida, fría e insensible.

Me vi de niño, de pie en el patio, entre la tierra y los matorrales, entre las consueudas, las pamplinas y las gaulterias, pero esta vez sería a mí a quien viniera a buscar.

Pronto, muy pronto, ahí va, caminando... sin dejar rastro como los caballos, como las bicicletas...

La Muerte vendría a buscarme.

En mis sueños puedo recorrer a pie todo el camino hasta Georgia.

En mis sueños las paredes no son mayor barrera que la bruma o el humo, y paso a través de ellas sin esfuerzo ni restricciones, y la tierra se levanta, y los árboles se comban a derecha e izquierda hacia el horizonte, y alrededor de mi cara flota una nube anaranjada de moscas del boj, y tengo un espíritu inquebrantable y decidido, y mis pensamientos —tranquilos y serenos— pertenecen a un tiempo anterior a lo de mi padre, anterior a las diez niñas, anterior a Elena y Gunther Kruger, anterior a Alex

y Bridget y Auburn, en el condado de Cayuga.

En mis sueños soy un hombre libre.

El cielo crece. La panorámica de los cables del telégrafo, los pájaros arracimados como notas en un pentagrama, parpadeando, graznando su música, y puñados de hierba marchita y de tierra hinchada con la lluvia, y el ladrido de un perro en la distancia buscando cobijo.

Cabañas de madera y cobertizos destartalados, y letreros oxidados que dicen «Mobil» y «Chevron» y «Red Parrot Diesel»; hombres parados con pesadas cargas a cuestas, el polvo amarillo, el olor a tocino en salazón, y la ropa puesta a secar en las cuerdas, aleteando al viento como las banderas de una legión de fantasmas, y el sonido de los caballos, de mis pies al aplastar las crestas de barro del camino al andar, y unas rodadas de camionetas convertidas en huellas del tiempo, y el páramo de algún silencio solitario que recuerda el pasado, y el espectro de la niebla, la lluvia fina pero implacable en mi rostro, como un barniz para la piel, y ya casi estoy en casa... de vuelta a casa... de vuelta a casa...

Y entonces me despierto.

Recuerdo Auburn.

Un descenso a cámara lenta en la oscuridad, los sonidos y los olores de la humanidad, despojados de todo valor e identidad. El hedor a sudor y a tierra, la interminable máquina hecha de hombres, las filas de hombros agachados y espinazcos curvados, cargados de cadenas, el ruido de los picos y azadones al caer sobre la dura tierra, las piedras y las rocas; las noches sin dormir, los accesos de carraspera de pechos flemáticos y tuberculosos, las inflamaciones y los dolores de las articulaciones dislocadas y los músculos desgarrados; el crujido de jergones y hamacas, el repiqueteo de la lluvia contra el techo de chapa de zinc y las finas paredes de madera; los chillidos de las ratas, el murmullo de los insectos, el canto hipnótico de los grillos. Atrapado en la panza de la bestia, y la bestia era negra y voraz, insaciable.

Recuerdo Auburn.

Los murmullos y gemidos de hombres sufriendo pesadillas en las que despierta la culpa, pese a estar enterrada en lo más profundo; las llagas y los verdugones de los latigazos con correas en contraste con la piel, con una piel quemada por el sol, con unos espíritus rotos; las prisas y las carreras de la mañana, los implacables truenos del verano, los suelos inundados, el hedor a podrido, el olor fétido a maleza hinchada bajo el agua estancada; las ropas cubiertas de mugre, la escasez de alimento, la oscuridad, el dolor, la nostalgia, la desesperación.

Recuerdo Auburn.

La caja: ahí, en medio del patio, demasiado baja como para ponerse de pie, demasiado estrecha como para estirarse. Las rodillas contra el pecho. Veinticuatro horas. Acurrucado a la fuerza, la frente contra las rodillas, la columna dolorosamente arqueada, el techo contra la nuca. Unas lamas delante, orientadas hacia arriba para que el sol pudiera entrar sin piedad. Sin agua. Sin palabras. Sin libertad.

Veinticuatro horas, y un hombre acababa llorando hasta que las comisuras de los ojos se le llenaban de una sal que picaba como el ácido. Treinta y seis horas y acababa debatiéndose entre espasmos y arcadas, gritando como un desquiciado. Cuando lo sacaban, se quedaba tirado tres o cuatro horas antes de poder estirar el cuerpo de nuevo. Intentos de huida. Comentarios traicioneros. Un celador le cogía

ojeriza a alguien, decía «¡A la caja!» y uno de nosotros desaparecía y cuando volvía era un hombre diferente.

Recuerdo Auburn.

La Balanza de la Justicia, lo llamaban. A un hombre le ataban unas tablillas de madera a las piernas de modo que no pudiera doblarlas. Le enterraban hasta los muslos en el suelo, en una tierra bien compacta, implacable, sin esperanza de movimiento. Los brazos abiertos y en cada mano un cazo medio lleno con un cuarto de litro de agua. Permanecía así, con los brazos estirados, dos, tres o cuatro horas seguidas. Si derramaba el agua, el tiempo volvía a contar desde cero.

«Una hora en la Balanza», decía alguien, y uno acababa cavando su propio agujero, para que luego los ayudantes del alcaide le ataran las piernas. Cuenta la leyenda que un hombre se pasó allí siete horas en total. A partir de entonces siempre durmió con los brazos extendidos, dejó de hablar durante nueve semanas y, cuando lo hizo, dijo «Billy-can, billy-can, billy-can» una y otra vez hasta que se convirtió en su nombre. Billy Can del condado de Cayuga. Billy Can del Infierno.

Billick vino una vez. Parecía satisfecho consigo mismo.

—No ha habido sentencia de muerte —dijo—. Es usted un hombre afortunado, señor Vaughan. El jurado decretó cadena perpetua en lugar de pena de muerte. Qué suerte, ¿eh?

«La vida es la vida», me decían, una y otra vez.

«La vida es la vida, chico», me dijeron, hasta que resonó en mis oídos, reverberó en mi mente como el recuerdo del hombre que había sido en otro tiempo.

Imágenes de Bridget, de Alexandra, de Elena, de mi madre.

Imágenes tenues de otra existencia, que se desvanecían apenas entraban en contacto con mis pensamientos. Tuve que dejar de pensar. Si pensaba de nuevo en ellas, desaparecerían para siempre.

Recuerdo Auburn.

El primer mes cayó sobre mí como una manta, y dejé que me envolviera como una larva en su capullo. El segundo mes, como una chaqueta de fuerza, bien ajustada, con los brazos tras la cintura, atados a la espalda. El tercero y el cuarto como una mortaja tan pesada que apenas podía respirar. A partir de entonces, los meses se fundieron unos con otros sin fisuras, claustrofóbicos, intensos, implacables.

—No se puede quebrar el espíritu de un hombre —me dijo Jack Randall—. Hay algo dentro de un hombre que no se puede romper. Pártele todos los huesos del cuerpo y aun así encontrarás algo en su interior que sigue luchando.

Creí en lo que decía Jack Randall hasta que él y su hermano intentaron escapar.

Finales de noviembre de 1959. Un cielo sin nubes, la luna alta. Una suave brisa del sur que se colaba entre los catres, refrescante. El recuerdo de otro momento, de otro lugar.

El sonido de los grillos en el campo, al otro lado de la alambrada. Jack y William Randall. Sus caras sucias de tierra, atravesando un túnel bajo el suelo y

arrastrándose bajo tierra. Recorrieron quince metros por el perímetro del complejo hasta que los vieron.

Se desataron todas las furias del infierno. Perros. Celadores. Auxiliares. Focos. El caos y la locura por todas partes, como una tormenta.

Construyeron otra caja. Las pusieron una junto a la otra. Una semana dentro para cada uno de ellos.

Si tenían algo que fuera suyo, si había algo que Jack Randall guardara en su interior, se quebró en dos y se quedó en nada.

William se segó las muñecas en enero de 1960.

Jack murió de soledad en primavera.

Recuerdo Auburn... sobre todo la idea que me perseguía cada momento de cada día: que sabía quién había matado a Bridget, y que sabía por qué. No tenía un nombre, un rostro, una identidad para él, pero estaba ahí, en mis sueños y cuando me despertaba, con su alma negra junto a mi cuerpo, bien pegada, como recordatorio de mi traición.

Estoy aquí de por vida. Hasta que mi cuerpo dé su último y definitivo suspiro.

Cuatro paredes, un suelo de piedra, un catre de hierro, un día inmutable que se transforma en otro del mismo color y ritmo.

Aquí, por el resto de mi vida natural.

Joseph Calvin Vaughan, el asesino.

A lo largo de todos aquellos años nunca volví a saber nada de Thomas Billick. Esperé pacientemente todo junio, julio, agosto, septiembre. Seguí las normas, las reglas y las regulaciones; esperé, pero en Navidad ya casi había olvidado qué era lo que esperaba.

El día de Año Nuevo de 1954 tuve noticias del mundo exterior, y fue Hennessy quien vino, Paul Hennessy, y se sentó con la cara entre las manos en la angosta sala de visitas, y durante un buen rato no fue capaz de mirarme a la cara sin tener que reprimir las lágrimas.

Qué ironía. Me pasé la mayor parte del tiempo de su visita consolándole. Le pregunté por Brooklyn, dónde vivía, en qué estaba trabajando, por sus nuevos amigos, sus planes.

—Tienes que escribir —me dijo—. Tienes que escribirlo todo, Joseph... escribir todo lo que te ha sucedido y dármelo. Yo me aseguraré de que alguien lo lea. Lo sacaré de aquí y haré que la gente entienda esto tan terrible que te ha sucedido. Debes hacerlo, Joseph... si no ya por ti mismo, tienes que hacerlo por mí. No puedo soportar la idea de que no hay nada que pueda hacer para ayudarte.

—No hay nada —le dije—. ¿Qué crees tú que pasará? Todo el mundo cree que fue un juicio justo. No podía defenderme. No podía demostrar dónde estuve aquellas dos horas de la mañana. Vieron lo que querían ver, creyeron lo que les dijeron que creyeran, y ahora voy a pasar aquí el resto de mi vida.

—No —insistió Hennessy—. No puedo dejar así las cosas. Me ha llevado seis meses reunir el valor suficiente para venir a verte. He hablado con la policía. Le escribí una carta al gobernador de Nueva York... He hecho todo lo que he podido. Nadie quiere escuchar. A nadie le importa lo que te ocurra, Joseph... a nadie más que a mí. Necesito que lo escribas. Necesito que me des algo que pueda usar para ayudarte.

Le dije otra vez que no podía hacer nada. Le dije lo mismo cada mes, hasta el fin de año. Entonces, por fin, me rendí; empecé a escribir. Aquella noche, a última hora, garabateé unas palabras en el papel de embalar que usaban para envolver los

alimentos en las cocinas, y cada mes venía Hennessy, cada mes le pasaba un puñado de hojas dobladas y él las pasaba a máquina incansablemente.

Empecé por el principio. Empecé con la muerte de mi padre, y detallé todos los sucesos de mi vida.

Hubo una cosa que decidí no escribir. Un suceso, un recuerdo. Una cosa que se quedará dentro de mí hasta que me muera, y entonces, cuando Ella venga, quizá se lo cuente a Ella, y Ella podrá emitir su juicio.

Tres o cuatro páginas al mes, año tras año, entre los ruegos de Hennessy para que escribiera más rápido, para que detallara únicamente las cosas relativas a la muerte de Bridget. Pero no podía. Había decidido contarle al mundo quién era yo, y a partir de eso podrían decidir lo que querían creer.

Recuerdo las palabras de mi madre, un día en Augusta Falls, mil años atrás.

«No lo dejes —dijo—. Nunca dejes de escribir. Así se enterará el mundo de quién eres.» Tres días después del asesinato de John F. Kennedy, un frío mes de noviembre de 1963, escribí mis últimas palabras. Los Randall estaban muertos. Creía que también yo lo estaba.

Estaba apagado, vacío, exhausto.

Creía que mi destino pasaría a otras manos.

Llevaba en Auburn diez años y medio. Tenía treinta y seis años, apenas un año menos que mi padre cuando la fiebre reumática le paró el corazón.

A lo mejor yo no era más que una reverberación de él, y esa reverberación acabaría disipándose y convirtiéndose en silencio, y en el silencio encontraría mi propio fin.

Parecía lógico; por encima y más allá de todo, parecía lógico.

Condensada entre aquellas páginas había una vida.

Quizá el valor de esa vida podía medirse por el peso del papel, por la cantidad de tinta, por la profundidad de texto grabado en cada página.

Quizá se midiera por el significado de aquellas palabras, las emociones que evocaban y que engendraban.

Quizá nada tenía ningún significado, salvo lo que yo mismo creía; y yo creía que no había otro modo de expresar la sensación de pérdida y de desesperación provocada por todo lo que me había tocado vivir.

Mi vida había empezado, había continuado y ahora parecía decidida a concluir.

Si aquellas palabras eran todo lo que quedaba, que así fuera.

Quizá alguno de nosotros vuelve... quizá alguno aprende lo suficiente como para hacer algo significativo, para influir en las cosas y hacer que mejoren... para pararse a observar... para esperar hasta que llega el momento justo, y actuar...

Y a pesar de las apariencias, a pesar de todas las señales en contra, a pesar de las reticencias por el miedo a lo que puedan pensar los demás, aún sentía que lo único que poseíamos era aquella fe silenciosa.

Una fe silenciosa en los ángeles.

Más tarde, mucho más tarde, Paul Hennessy me contó cómo habían ido las cosas.

Había trabajado con furia, a veces horas seguidas, sin descanso. Había llenado página tras página, abandonando a sus amigos, viendo cómo su propia vida se disolvía a su alrededor, y por fin en enero de 1965 se fue a Manhattan, a ver a Arthur Morrison.

Según parece, Morrison se encontró con el libro que siempre me había pedido, un libro lleno de espíritu y de pasión.

Hennessy escogió el título, y en junio del mismo año se publicó *Una silenciosa fe en los ángeles*.

Vino a verme en mayo de 1966. El mundo que había fuera de los muros de la prisión de Auburn era un mundo diferente. El hombre había alcanzado la Luna; se había desatado una guerra en la jungla del sureste asiático, en un país llamado Vietnam, y Estados Unidos estaba enviando a decenas de miles de soldados a que perdieran allí la vida; manifestaciones por los derechos civiles encabezadas por un hombre llamado King, un hombre del que el propio Hennessy me había hablado mil años antes acabó siendo el mismo que metieron en la cárcel por decir la verdad; Kennedy había muerto, el país aún estaba de luto.

Hennessy se sentó frente a mí en el angosto cubículo para las visitas. A través de la malla metálica parecía distante, casi inalcanzable, pero las palabras que me dijo me llegaron breves y claras.

—Han apelado al Tribunal Supremo —me dijo. Mientras hablaba tenía que contener las lágrimas, pero yo no sabía si eran lágrimas de impaciencia ante el momento de la revancha o de desespero por la aparente inutilidad de su trabajo—. Tu libro se ha vendido por millares —añadió. No le veía bien la cara. Todo se componía de sombras y luces, insustancial, casi indefinido—. No dan abasto en la imprenta, Joseph. Morrison ha tenido que cerrar la suya y enviar las planchas a una más grande de Rochester. La gente está en pie de guerra. Se preguntan si el libro es ficción... no pueden creer que en Estados Unidos pueda producirse tal manipulación de la justicia. Va a pasar algo, Joseph, sin duda va a pasar algo.

—Estoy desapareciendo —respondí yo—. No sé qué día es... Ya no recuerdo cuánto tiempo llevo aquí.

Sentí que una sonrisa incómoda me surcaba la cara; la tensión que notaba en los músculos me decía que se trataba de una expresión desconocida.

—No puedes rendirte —susurró Hennessy.

Hablaba con urgencia, con insistencia, y al ver su cara me acordé de Cecily Bryan, las noches que pasábamos en el Foro de Escritores del St. Joseph's, de las noches en que recorríamos Manhattan cantando «Days of '49» y bebiendo Calvert.

—He hecho algo terrible —dije, y cerré los ojos, sin fuerzas.

—No has hecho nada —replicó él—. De eso se trata, Joseph... de eso precisamente se trata... todo el trabajo que hemos hecho para sacar la verdad a la luz, y hemos triunfado contra todo pronóstico. La gente lo sabe, Joseph, saben lo que ha

pasado. Se dan cuenta de que ha sido un error, un error terrible...

Me levanté lentamente de la silla. Me quedé de pie, mirando al único amigo que tenía.

—No tengo nada que decir —confesé—. Soy incapaz de sentir esperanza, soy incapaz de ver nada más que lo que tengo aquí...

Se me quebró la voz, y sentí el peso de los últimos doce años sobre mis espaldas.

—¡No puedes rendirte! —insistió Hennessy—. No puedes, Joseph, no puedes...

Su voz fue apagándose a medida que me alejaba.

Un celador me abrió la puerta y salí al pasillo. Intenté no mirarle. Si me veían llorar, me mandarían a la caja.

Hennessy volvió al día siguiente. Vinieron a buscarme, pero yo no fui. Más tarde me dijeron que había dejado una carta. No la leí.

Me acosté en el catre y miré la sombra de las barras en el techo.

Las semanas se convirtieron en meses. Llegaron más cartas, hubo más visitas de Paul. Yo no podía soportar verle. Perdí la noción del tiempo. Reconocía la diferencia entre el día y la noche, pero poco más.

—¡Vaughan! ¡Joseph Vaughan!

Alguien me llamaba desde algún lugar del pasillo. Me giré sobre un costado y cerré los ojos.

—Joseph Vaughan... ¡A ver al alcaide, Joseph Vaughan!

Me levanté y me senté en el borde del catre. El corazón empezó a latirme con más fuerza. No podía ni preguntarme qué pasaba. Tenía miedo. Un miedo terrible.

Un celador se plantó frente a la puerta. Vi que hacía un gesto con la cabeza, al otro lado de la puerta.

—Celda número ocho... ¡abra!

La cerradura giró y la puerta se abrió hacia fuera.

—De pie, Vaughan. Vas a ver al alcaide.

Busqué los zapatos. Metí los pies dentro y me quedé de pie, temeroso. Sentí que la frente se me cubría de sudor.

—¡Muévete, por Dios!

Empecé a caminar; trastabillé y me agarré a las barras para no perder el equilibrio. El celador me agarró del brazo, tiró de mí hacia el pasillo y gritó para que cerraran la puerta de la celda. Sonó como un trueno a mis espaldas, mientras me conducían a toda prisa hacia las escaleras del fondo.

Unos minutos más tarde me encontré, de pie, en un pasillo sin ventanas. La espera me pareció interminable. Permanecí callado, inmóvil. En el otro extremo del pasillo, dos funcionarios me observaban a través de una reja en la puerta. Por fin se abrió la

puerta tras de mí y me dijeron que pasara. Me encontré en una sala exterior, frente al despacho del alcaide. El corazón me golpeaba el pecho como un martillo, tan hinchado que apenas me cabía dentro. Cerré los ojos y tragué saliva. Esperaba que ocurriera algo terrible.

Una mujer joven se me acercó. Me sonrió, pero yo no pude hacer lo propio.

—Por aquí, Vaughan —me dijo, y su voz me pareció rara.

Me di cuenta de que no había oído la voz de una mujer en más de una década.

El alcaide Forrester. Imponente tanto su volumen como su reputación. Una bestia. Ojos como faros bajo unas gruesas cejas, la nariz algo torcida hacia un lado, como si tuviera un pasado de luchador. Se puso en pie tras la mesa y se acercó a mí.

—Joseph Vaughan —me dijo, y la voz que salió de sus labios me resultaba confusa. Tenía un tono casi compasivo.

—Sí, señor —respondí.

—Parece que tiene un ángel de la guarda.

Sonrió, se dirigió a la joven y le pidió que me trajera una silla.

—Siéntese, Vaughan, siéntese.

Forrester volvió a su mesa. Se apoyó en el borde.

Yo también me senté y levanté la vista hacia él.

—Por lo que sé, se ha negado a recibir ninguna visita ni a abrir el correo que se le ha entregado.

Asentí.

—Sí, señor.

—Quizá debiera haberlo hecho, Vaughan.

Forrester se giró y cogió un montón de sobres de su mesa.

—La mayoría viene de un hombre llamado Hennessy; otras de un tal Arthur Morrison. ¿Conoces a esas personas?

—Sí, señor. Los conozco.

—¿Y puedo preguntarle, señor Vaughan, por qué se ha mostrado tan reacio a cualquier contacto con el mundo exterior?

Me aclaré la garganta. Parpadeé como si quisiera sacudirme el sueño de los ojos.

—No lo sé, señor... Me pareció mejor no saber lo que ocurría en el exterior.

Forrester asintió. Se puso a hojear las cartas.

—Esta de aquí —dijo— le habría dicho que se había presentado una apelación ante el Tribunal Supremo de Estados Unidos en mayo de 1966. —Forrester puso la carta al final del montón y cogió otra—. Esta otra, de noviembre del mismo año, le habría dicho que el Tribunal Supremo había acusado recibo de las transcripciones originales de su caso y que estaba estudiándolas. Y de enero de 1967 tenemos una carta, otra vez de este tal Paul Hennessy, que dice que el Tribunal Supremo ha aceptado celebrar una vista y que se disponían a interrogar a un tal Thomas Billick, al juez Marvin Baxter y a una serie de testigos clave del fiscal.

Forrester levantó la mirada. Supuse que esperaba una respuesta por mi parte. Yo

no tenía nada que decir.

—Ésta viene de la oficina del fiscal del distrito del estado de Georgia. Realiza algunas observaciones muy cáusticas sobre cómo se gestionó su defensa... y aquí, de hace dos semanas, tenemos otra carta del señor Hennessy que dice que su apelación había sido aceptada y que tendrían una respuesta en menos de una semana.

Forrester dejó el montón de cartas sobre la mesa. Juntó las manos frente al cuerpo y sonrió.

—La respuesta ha llegado esta mañana, señor Vaughan. Hoy, lunes veinte de febrero de 1967, el Tribunal Supremo de Estados Unidos ha fallado que su condena se basó únicamente en pruebas circunstanciales. Han fijado una nueva fecha para el juicio, señor Vaughan.

Dejé de respirar. Sentí que la sangre se me acumulaba en la cabeza, y lo único que podía hacer era quedarme sentado.

—¿Entiende lo que significa, señor Vaughan? —me preguntó Forrester.

Me lo quedé mirando, sin habla, incapaz de asimilar nada de lo que me estaba pasando.

—Significa que su condena anterior ha sido revocada por la última instancia judicial de Estados Unidos, que habrá un nuevo juicio.

Me eché a llorar.

Forrester le hizo un gesto con la cabeza a la joven y ella trajo un pañuelo. Cuando se lo cogí, me dio la impresión de que me tocaba la mano un momento más de lo necesario. Levanté la vista y, a través de las lágrimas, la vi en una imagen borrosa e indefinida. Ella me sonrió tan sentidamente que me fue imposible responder.

Forrester se echó adelante y me apoyó la mano en el hombro.

Trece años y nueve meses.

Tenía treinta y nueve años.

A las cuatro y diez de aquella misma tarde me llevaron por pasillos y despachos que nunca había visto. Vi ventanas en las que no había barrotes. Vi más cielo del que recordaba que existiera.

Me dijeron que me duchara, que me pusiera una camisa limpia, pantalones vaqueros, una chaqueta de algodón. Me dieron zapatos con cordones. Me hicieron firmar papeles, y aquellos papeles los metieron en carpetas que llevaban mi nombre delante.

Esperé de pie en una salita un cuarto de hora. Había dos puertas, una a mi izquierda y la otra enfrente. Las dos estaban abiertas, ninguna tenía llave. Pasaba gente por ellas, algunos me sonreían, otros simplemente saludaban con la cabeza, y a cada nuevo rostro imaginaba que alguno se pararía, me miraría, frunciría el ceño y me explicaría que se había producido un terrible error.

Creí que me despertaría y que me daría cuenta de que había sido todo un sueño.

A las cinco menos ocho minutos apareció un hombre por la puerta de la izquierda.

—Eres Vaughan, ¿verdad?

Asentí, intenté sonreír.

—Hemos venido para llevarte a un recinto temporal. Van a repetir el juicio, empieza pasado mañana.

No dije nada. No me quedaban palabras. Seguí las instrucciones que me daban. Respondí las preguntas que me hacían. Viajé en silencio en el asiento trasero de un coche, aún esposado, aún incrédulo, y me metieron en otra celda de otra ala de otro edificio.

La realidad se me desdibujaba. Antes no tenía que verla, ya que siempre había alguien dándome instrucciones. Volví a ver a Billick, de pie en el estrado, respondiendo preguntas sobre mi primer juicio. Hennessy estaba allí, Arthur Morrison, otras personas que no conocía. Gente de los periódicos, gente que quería hacerme una fotografía. Cada vez que salía del tribunal tenía que enfrentarme a una lluvia de flashes.

Todo pasó muy deprisa hasta que, antes de que me diera cuenta, me pidieron de nuevo que me pusiera en pie, alguien me miró desde el estrado y me dijo que el pasado no significaba nada, que lo que había pasado había sido una equivocación, que eran errores de la justicia y cosas así. Y de pronto aquel hombre sonrió, hizo un gesto con la cabeza y por un momento me pareció que cerraba los ojos como si saboreara lo que iba a decir, y lo que dijo fue: «Joseph Calvin Vaughan, ha sido hallado inocente del asesinato de Bridget McCormack. Es usted libre. Alguacil... encárguese de que el acusado sea liberado».

Una hora más tarde, de pie en otro despacho. Delante tengo a un hombre.

—Ésta es su paga, Vaughan. —Me entrega un sobre marrón—. Firme este resguardo... y aquí...

Firmo el papel.

—Un dólar con ochenta por semana —explica—. No es mucho, pero le servirá para volver a casa, ¿eh?

Da media vuelta y desaparece por la misma puerta.

Abro el sobre. Billetes de cincuenta dólares, veinticuatro en total, algunos de cinco y un par de un dólar. Mil doscientos dólares, más o menos.

—No vaya enseñándolo por ahí, Vaughan.

Levanto la mirada. Tengo otro hombre delante. Sonríe.

—No hay peor sitio para ir enseñando una cantidad así de dinero, ¿no le parece? —Se echa a reír—. Bueno, ¿está listo?

—¿Listo?

—Para irse —responde el hombre, algo sorprendido—. Alguien ha venido a buscarle —añade, y me indica que le siga.

Pliego el sobre con el dinero en dos y me lo meto en el bolsillo de la chaqueta.

Sigo al hombre, atravesamos otro despacho y recorremos un largo pasillo. Al llegar al final, abre la puerta, se hace a un lado y antes de que yo la atraviere, me tiende la mano.

—Haga algo bueno ahí fuera —me dice, y me estrecha la mano—. ¿Me entiende?
No respondo.

—Adelante —añade, y mira a su izquierda.

Me dirijo hacia donde mira él y allí, de una sencilla silla de madera arrimada a la pared, se levanta Hennessy.

Manhattan era como una visión de otro mundo. Los coches, la gente, la ropa; daba la impresión de que el universo había tomado un giro impredecible y que todo había cambiado.

Yo también había cambiado, quizá irreversiblemente.

Aquel día fuimos en coche desde Auburn hasta Manhattan. La nacional 20; la interestatal 81, por Binghamton, hacia el sureste por Scranton, en Pensilvania; la interestatal 380 a Stroudsburg, al este por Morristown, Paterson, entrando de nuevo en el condado de Nueva York y cruzando el extremo norte de Nueva Jersey.

A veces nos parábamos simplemente porque yo lo necesitaba. Me quedaba de pie, junto a la carretera, y observaba el horizonte, y apenas podía respirar. Hennessy se quedaba a mi lado. No decía nada, se limitaba a cogerme el brazo por si me venía abajo. Yo agradecía que no hablara, y él parecía entender que no podría asimilar lo que estaba viendo y comunicar al mismo tiempo. Me sentía perdido, sin referencias, y cada vez que cerraba los ojos y volvía a abrirlos, creía que vería paredes de color pardo, las manchas de humedad; creía que sentiría aquel olor rancio a humanidad y encierro, el sudor, la frustración, la locura. Salí de las catacumbas a la luz del sol, y la luz del sol impresionó en mis ojos unas imágenes que supe que recordaría el resto de mi vida. Campos, barracas desvencijadas, algunas pegadas entre sí, otras separadas, como si una mano invisible las hubiera dispersado; vacas y caballos, elevadores de grano alzándose como orgullosos templos a la tierra; hectáreas de mijo, maíz y sorgo; vías de ferrocarril que se extendían en línea recta cientos de kilómetros en ambas direcciones; todo vasto, impresionante y sobrecogedor.

Proseguimos la ruta, nos paramos una vez en un *diner* junto a la carretera en el que me senté en la esquina más alejada de la puerta, con la espalda contra la pared. Cada vez que alguien cruzaba el comedor y entraba en el baño me lo quedaba mirando, y cuando salía volvía a mirarlo hasta que quedaba debidamente situado en su mesa.

—No pasa nada —me tranquilizaba Hennessy constantemente, y yo asentía, intentaba sonreír y seguía mirando a la gente.

Hennessy pidió huevos con beicon y patatas y cebolla fritas. Comí despacio, pero me comí todo lo que había en mi plato y gran parte de lo que había en el suyo. Cuando salimos sentí la urgencia de las náuseas, me volví y vomité todo lo que había comido en el aparcamiento frente al *diner*. Estaba acostumbrado a patatas hervidas, finas tiras de carne cocida, gachas de avena, tocino y berzas. Mi cuerpo no estaba preparado para aquella comida. Hennessy volvió a buscar un café y me senté en el

asiento del acompañante, con la puerta abierta y los pies sobre el asfalto. Observé cómo iba y venía la gente, los miré atentamente. Me di cuenta de que buscaba con la vista a alguien a quien pudiera reconocer.

Ya era tarde cuando llegamos a Stuyvesant, en Brooklyn. Las calles estaban iluminadas como si fuera de día, con lámparas de sodio de luz amarilla, neones, llamativos escaparates y luces en todas las tiendas.

Seguí a Hennessy por unas aceras para mí desconocidas hasta un edificio de piedra marrón. En la primera planta tenía un cómodo apartamento con vistas al nuevo mundo. Me enseñó su habitación, y una más pequeña enfrente donde había preparado una cama. Me quedé parado un momento y luego me giré hacia él. Abrí los brazos, lo abracé, le apreté tan fuerte que se quedó sin respiración, y luego me metí en la habitación y me eché en la cama. Dormí con la ropa puesta, y no me desperté hasta la tarde del día siguiente. Hennessy me había quitado los zapatos. Junto al colchón había una cajita de cartón. La abrí con precaución, y lo que vi dentro me dejó sin aliento. Mis recortes de periódico, amarillentos, con las puntas rizadas, y cuando los hojeé vi cada cara, leí cada palabra como si estuviera de nuevo allí. Debajo había una fotografía de Bridget, y al sacarla de la caja me sentí como si todo el mundo se me echara encima y fuera a morir ahogado en su abrazo. No lloré al verla. No podía. Había agotado las lágrimas sólo en el primer mes en Auburn. En el fondo de la caja estaba la carta del Comité de Evaluación de Jóvenes Escritores de Atlanta. Era una caja de sueños muertos y esperanzas lejanas. Y de pesadillas. Volví a meterlo todo dentro, cerré bien la caja y me senté con las piernas cruzadas en el suelo, con la caja en el regazo.

—De la habitación —me dijo Hennessy más tarde—. De la pensión de Aggie Boyle. Fui allí más tarde, ¿sabes? Después... —Me miró, con una expresión de dolor en los ojos—. Después de que todo...

Le sonreí y él se quedó callado.

—Está bien —susurré—. Y gracias.

No salí en dos semanas. No vi a nadie más que a Hennessy. Lo poco que dije fue insustancial e intrascendente. Hennessy intentó hacerme salir. Hablaba de gente a la que tenía que ir a ver: Arthur Morrison, incluso Ben Godfrey. Dijo que habían llamado de los periódicos, gente de revistas y otras publicaciones. Pedían entrevistas. Querían hablar con el hombre que había escrito *Una silenciosa fe en los ángeles*.

Yo no podía enfrentarme a ellos, así que no lo hice.

Febrero se convirtió en marzo. Empezaron a aparecer hojas en los árboles de la calle. Muchas veces Hennessy estaba fuera durante horas, y yo me limitaba a sentarme en la ventana a ver pasar los coches, la gente por la acera. Un día vi un

grupo de niños, una chica joven encabezando la marcha, y los niños cogidos de la mano, en fila, para atravesar el cruce. Lloré al verlos, y luego me aparté de la ventana y no me atreví a mirar afuera en dos días.

Sentía como si me espieran. Sentí que cada movimiento de mi cuerpo estaba predestinado y decidido desde el exterior. No pasaba una hora sin que pensara en Bridget, en mi hijo muerto antes de nacer, en el hombre que había hecho aquello. Estaba convencido de que era el mismo hombre, que había traído su locura desde Georgia, y que con su locura había destruido todo lo que yo tenía. Me había arrebatado la inocencia de mi infancia, me había mostrado un mundo oscuro y depravado donde las pesadillas se convierten en realidad, donde las niñas son arrancadas de sus familias, golpeadas y forzadas, violadas y asesinadas. Aquel hombre se había convertido en la obsesión de Haynes Dearing, había ocupado sus pensamientos de día y de noche, y Dearing se había sentido obligado a hacer algo que de otro modo ni se habría planteado. Dearing se había encargado de que Gunther Kruger acabara colgado. Por su propia mano, o por la de Dearing directamente. No sabía lo que había ocurrido aquella mañana, y no necesitaba saberlo. Sabía que Gunther Kruger no había matado a aquellas niñas. Lo creía con todo mi corazón. Mi madre estaba equivocada. Ella había echado la culpa a Gunther, de ahí que intentara acabar con él prendiéndole fuego a la casa. Supuse que su sentimiento de culpa había sido el factor determinante, que quizá habría perdido la mente mucho antes del incendio, que creería que librar a Augusta Falls de la presencia de Gunther Kruger era el único modo de dejar de recordar a diario sus infidelidades.

Yo estaba seguro de que el asesino de niñas seguía libre, que me había seguido hasta Nueva York y que había matado a Bridget. También sabía que, cualesquiera que hubieran sido sus motivos, yo no los entendería hasta que me lo encontrara de frente. Me pregunté por qué. ¿Por qué yo? ¿Por qué habían escogido esta vida para mí? Pero no había respuesta, y sabía que una pregunta así no quedaría respondida hasta que lo encontrara. Viví con aquel fantasma, en algún lugar de un territorio impreciso entre la vida y la muerte, temeroso de mirar al mundo, de que el mundo me pudiera encontrar. Le tenía un enorme afecto a Paul Hennessy; entendía que me había rescatado de Auburn, pero sabía que él nunca entendería lo que yo había pasado. Cuando te lo han quitado todo, ¿qué miedo puede darte perder? Ninguno, así que me resigné: tenía que dejar Brooklyn y volver a Georgia. Iba a la deriva, sin un motivo o una razón real, y sabía que no podía infligir aquel daño a la persona que más se preocupaba por mí.

Georgia ocupaba el centro de mis recuerdos como un gran árbol tóxico, con sus ramas bien abiertas, tan grandes que podrían envolver el cielo; Georgia era mi casa, mi némesis, y, en mi mente, de algún modo, mi salvación.

La tercera semana de marzo de 1967 le dije a Hennessy lo que me proponía hacer.

Él movió la cabeza lentamente y apartó la mirada hacia la ventana. Yo miré hacia el mismo punto, y a través del cristal vi la miríada de luces de la ciudad, cuya importancia había olvidado. Nueva York había sido lo que me había sacado de

Georgia, y ahí estaba yo, queriendo volver atrás. Nueva York había sido para mí el futuro, representaba todo lo que yo deseaba llegar a ser, y sin embargo iba a emprender el camino al pasado. El miedo se instaló en mi interior como un nudo gordiano. Allá donde mirara, por mucho que intentara alejarme, se volvía cada vez más apretado y más complejo. Ahí estaban todas —las niñas, el recuerdo de Elena, Alex, o incluso Bridget— y a veces, tendido en la fresca penumbra del alba, recordaba sus caras, y sus voces me venían a la mente, y entendía que el miedo no desaparecería hasta que hiciera aquello.

—No puedes volver, Joseph —me dijo Hennessy.

Su voz denotaba preocupación y pena. A lo mejor ya se temía que me iba a ir en un primer momento, que al ver Nueva York despertaría en mí mi anterior identidad. Quizá imaginara que me iría lentamente, tanteando el terreno, un paso tras otro, avanzando en un precario equilibrio pero avanzando al fin y al cabo. Lo que él no entendía, y quizá nunca llegara a entender, era que el Joseph Vaughan que él recordaba hacía mucho que había desaparecido. Hice lo que pude por conservar mi entereza, pero el pasado sabía encontrar el modo de ceñirse en torno a mí; Paul Hennessy era el ancla que aseguraba mi estabilidad, pero yo ya estaba dispuesto a soltar amarras.

—Tengo que hacerlo —dije—. No puedo esperar siquiera remotamente que lo entiendas...

—Sí que lo entiendo —contestó.

Estábamos sentados junto a la estrecha mesa de la cocina. La ventana que teníamos al lado estaba entreabierta y por el hueco se colaba la brisa. Sentí un escalofrío.

—No te diré que entiendo lo que has sufrido, Joseph, pero te conozco mejor que nadie. Si sigues con esto, acabará matándote. Deja atrás el pasado...

Sacudí la cabeza, e inmediatamente vi en su expresión la impotencia que sentía.

—No puedo dejarlo —dije. Extendí la mano y cogí la suya—. Necesito un poco de dinero.

Él asintió.

—Tienes una cantidad enorme de dinero. El libro...

Le interrumpí.

—Sólo necesito un poco de dinero. No quiero mucho. El resto es para ti.

—Ni hablar —dijo Hennessy, con una risa nerviosa—. No podría...

—Sí que puedes, Paul. El dinero es tuyo. Dame mil dólares, es todo lo que necesito. Dame mil dólares y el resto te lo puedes quedar.

—¿Mil dólares? —exclamó—. ¿Tienes idea de cuántos miles de dólares ha generado el libro?

Me encogí de hombros.

—No quiero saberlo, Paul. No necesito saberlo. Dame mil dólares, eso es todo lo que te pido. El resto es tuyo, para que hagas lo que quieras. Eso es lo que quiero.

—Como amigo tuyo, Joseph... Por Dios, como amigo tuyo no puedo dejar que hagas eso.

Sonreí.

—Como amigo mío, Paul, el único amigo de verdad que tengo, tienes que dejarme hacer esto. No puedo quedarme aquí. No puedo quedarme sentado en un apartamento de Nueva York mientras esto me obsesiona. Ésta es mi vida, ¿sabes? Esto es lo que soy. —Dirigí la vista hacia la ventana y cerré los ojos—. A veces pienso que éste es el motivo de mi existencia.

—¿Y dónde quieres ir?

Abrí los ojos y miré a Hennessy de frente.

—A Georgia —dije—. A Augusta Falls otra vez. Tengo que encontrar a Dearing... tengo que encontrarle y convencerle de que haga esto conmigo.

—¿Y tú crees que él querrá ayudarte?

—No lo sé. Ni siquiera sé si sigue vivo. Si aún está vivo, lo encontraré y, cuando lo encuentre, sabré si está dispuesto a ayudarme.

—¿Y si te matan? ¿Entonces qué?

—¿No lo ves? Si me muero, por lo menos habré muerto intentándolo.

Hennessy no respondió inmediatamente. Fijó la vista en algún lugar indefinido entre la pared y el suelo; luego se giró hacia mí y asintió.

—Iré a buscar tu dinero —dijo.

—Bien —respondí—. Sabía que podía contar contigo.

Dos días más tarde, el viernes 24, estaba a la puerta del apartamento de Hennessy, con una bolsa de viaje a los pies y, dentro, las pocas cosas que necesitaba. En el bolsillo llevaba mil dólares, una serie de billetes de tren que me llevarían de vuelta a Georgia y la fotografía de Bridget McCormack. En un sobre, en el fondo de mi bolsa, estaban la carta de Atlanta y los recortes de periódico, todos ellos ordenados desde noviembre del 39 a febrero de una década más tarde. Lucy Bradford había muerto casi veinte años antes. Si hubiera vivido, tendría veintiséis años, quizá estaría casada, tendría hijos y recordaría una pesadilla lejana de su infancia, cuando alguien se llevaba a las niñas de su pueblo y las asesinaba brutalmente.

Le di un abrazo a Paul Hennessy y me pregunté si volvería a verle.

—Siento que tengo que... —empezó a decir, pero le solté e hice que no con la cabeza.

—Joseph...

—Ahora me voy —dije—. Te llamaré si puedo.

—Si necesitas dinero... puedo enviarte un giro si te hace falta.

Sonreí, me agaché y recogí mi bolsa.

—Hasta la próxima —dije.

Me volví, salí en silencio del apartamento y bajé las escaleras hasta la calle.

Cuando llegué al cruce, me giré y vi la cara de Hennessy en la ventana. Levantó la mano una vez, y luego desapareció.

De Pensilvania a Maryland, a través de Virginia y ambas Carolinas. Wilmington, Baltimore, Richmond, Raleigh y Columbia. Los rostros cambiaban a cada parada. Al otro lado de la ventana, las vastas llanuras del sureste. El ruido del tren por todas partes, con su repiqueteo, su estrépito, su traqueteo en busca del horizonte, de día y de noche, y de día otra vez. Hice todo lo posible por dormir, por no pensar, por no tener miedo. Hecho un ovillo en mi litera, despertándome con cada sacudida, con cada silbido que se introducía en mis sueños y me recordaba adónde iba, y por qué.

Pensaba en Haynes Dearing, y en lo que hizo aquel día infausto. Pensaba en Reilly Hawkins y en si lo encontraría vivo o enterrado en una tierra que nunca había abandonado. No le había visto desde el juicio, catorce años antes. Sería un anciano, y el corazón que había roto aquella chica guapa del condado de Berrien no se habría curado. El tiempo no curaba aquellas heridas. El tiempo no hacía nada más que recordarte que se agotaba cada vez más.

El domingo 26 cruzamos la frontera del estado de Georgia. Recuerdo que recorrí todo el tren hasta la cola y me quedé junto a la ventana para ver las vías que se extendían detrás de nosotros como cintas. Miré hacia el horizonte y sentí el poder del recuerdo, y aunque había algo nostálgico en las imágenes que tenía delante, Georgia también representaba una terrible pérdida. La tierra había cambiado, pero no tanto como para ser otra. Aquello era mi infancia, la muerte de mi padre, la de mi madre; era la pérdida, la cocina de los Kruger, el olor a bratwurst y a roscón; era un despertar sureño y mi madre en él, expresando un atento silencio, con los ojos pintados con máscara de pestañas negra como el antimonio. Era los Vigilantes y el asesino de niñas, los carteles colgados en vallas y rejas, los toques de queda y las advertencias, la imagen de Gunther de pie en plena noche, pegándome un susto de muerte; era Alex Webber, la escuela, las sillas con brazo, las suelas de unos zapatos blancos en lo alto de una colina; era las diez niñas muertas esperando en fila a que les dieran sus alas. Era Augusta Falls, el pueblo de mi corazón, por muy roto que lo tuviera ya.

Recuerdo todas aquellas cosas en la habitación de la tercera planta de este hotel. Me echo sobre un costado. Casi he perdido la sensibilidad en las piernas. La sangre está secándose y endureciéndose. Siento su olor, intenso y empalagoso, y recuerdo el olor del día en que encontré a Virginia Grace Perlman, el día que fui a Fleming y

encontré a Esther Keppler. Los ecos del pasado que me llegan ahora, y al bajar la mirada y verme así, me pregunto si no habré acabado convirtiéndome en lo que tanto me ha obsesionado.

Cierro los ojos un momento, vuelvo a abrirlos y miro al hombre que tengo delante.

—Volví por usted —le susurro, y mi voz me suena distante y leve.

Cierro los ojos de nuevo.

Ahora quiero dormir, nada más.

Sólo quiero dormir.

Diecisiete años sin volver. Más que cambiar, Augusta Falls había intentado convertirse en otra. El pueblo estaba ahí —todo lo que yo recordaba— pero había cosas nuevas. Un motel en forma de media luna tras los terrenos que antes habían pertenecido al hermano de Frank Turow; una pequeña tienda de ultramarinos que ya tenía aspecto de haber vivido mejores tiempos; la tienda de granos de Gene Fricker había desaparecido del mapa, y en su lugar había una gasolinera Mobil, con sus bombas de un rojo intenso montando guardia frente a la tienda, como centinelas. Allá donde mirara veía los fantasmas del pasado, las huellas indelebles de los edificios que en su día habían ocupado aquel lugar. Un foráneo nunca habría podido ver aquellas cosas, pero yo conocía Augusta Falls, era parte de mi ser y un elemento intrínseco de lo que era yo, hasta el punto de que una mano de pintura, una valla diferente y un cambio de rotulación no bastaban para alterar mis recuerdos.

Me alojé en el motel en forma de media luna. Pagué en efectivo y cogí la llave, y luego me encerré y dormí casi veinticuatro horas. Cuando me desperté era la mañana del martes 23 de marzo, y el empleado del hotel me miró con los ojos llenos de interrogantes que nunca se atrevería a convertir en preguntas. Entonces me cuestioné si alguien podría notar o percibir quién era, por qué estaba allí, el motivo de mi regreso. ¿Me miraba la gente y veía quizá la personificación de los rumores que habían oído sobre la historia trágica del pueblo? Casi veinte años más tarde, ¿seguirían vigilando a sus hijas con preocupación, sabiendo lo que había ocurrido en otro tiempo, allí mismo, y que podría volver a ocurrir?

Le dije al empleado que me quedaría al menos una noche más.

Él me miró con expresión interrogativa. No podía tener más de veinticinco años, y ya mostraba cierta desconfianza.

—¿Otra noche? —me preguntó.

—Quizá dos —dije yo—. Tengo que ver a un par de personas.

El empleado frunció el ceño.

—¿Entonces es usted de por aquí?

—Lo era —respondí—. Hace muchos años.

Él asintió.

—Yo no soy de aquí —reconoció el empleado—. Soy de cerca de Race Pond.

Sonreí, recordando la historia que me había contado una vez Reilly Hawkins sobre mi padre. Él y Kempner Tzanck, que habían ido más allá de Race Pond, a ver a un hombre en Brantley. Que mi padre había tumbado a un tiarrón de una patada y que el tipo había muerto desangrado.

—¿Quiere ver a alguien en particular? —preguntó el empleado.

—Hawkins —dije yo—. A un hombre que se llama Reilly Hawkins.

—Me parece que nunca he oído ese nombre —dijo él, negando con la cabeza—. Lo mejor que puede hacer es ir a ver al sheriff. Se llama Dennis Stroud. Lleva aquí al menos diez o quince años. Lo más probable es que él pueda ayudarle.

—Gracias. Volveré más tarde.

Encontré la oficina del sheriff sin problemas. Era un edificio nuevo, pero desde mi posición podía ver el lugar que ocupaba la escuela. A lo mejor aún se conservaba el armazón, no estaba seguro, ya que el edificio se había ampliado con un anexo bajo de ladrillo con más ventanas de las que parecían necesarias.

Me planté en la puerta de la oficina del sheriff, la abrí y entré.

Una joven que escribía a máquina levantó la vista. Una chica guapa, con la cabeza cubierta de rizos rubios. Me sonrió y me preguntó si me podía ayudar.

—Me gustaría ver al sheriff Stroud.

—¿Y puedo decirle de qué se trata, señor?

—Estoy buscando a unas personas... Pensé que él podría ayudarme.

Unos minutos más tarde estaba sentado en una silla frente al sheriff Dennis Stroud. Tenía la cara redonda como la de un niño, con unos ojos quizá demasiado pequeños, pero se le veía honesto, tenía unos ademanes que me decían que era un hombre decente. Después de Brooklyn, después de Auburn, después de todo lo que había dejado atrás, estaba convencido de que esas cosas podía distinguirlas.

—¿Vaughan? —preguntó, frunció el ceño y se rascó la cabeza con el lápiz que tenía en la mano—. ¿Vaughan, dice? No será ese Joseph Vaughan...

—Depende de quién sea ese Joseph Vaughan.

Stroud se acercó a la mesa y abrió el cajón. Sacó un ejemplar de *Una silenciosa fe en los ángeles*. Lo sostuvo en alto.

—Este Joseph Vaughan —dijo.

—Entonces debo de ser ese Joseph Vaughan.

Se rió con ganas, y luego se levantó de la silla. Rodeó la mesa y me tendió la mano. Se la tomé y me la estrechó entre las suyas.

—El hijo más célebre de Augusta Falls —exclamó el sheriff Stroud—. Parece que es la única persona que ha salido de este lugar y ha hecho algo en la vida.

—Estuve en la cárcel por asesinato, sheriff Stroud. Me pasé casi catorce años en el penal de Auburn...

—Por un asesinato que no cometió, ¿no es así?

—Claro, por un asesinato que no cometí, pero...

—Cielo santo, señor Vaughan, no hay nada que le guste más a los norteamericanos que un hombre que ha sobrevivido contra todo pronóstico. Aquí se ha convertido en una especie de héroe local. —Se puso en pie un momento e inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado—. Para mi mujer... —Me tendió el libro—. ¿Le importaría firmárselo? Lo ha leído tres veces, creo, y aún le hace llorar. Le hará

inmensamente feliz, señor Vaughan, no se lo puede ni imaginar.

Sujeté el libro y él me pasó una pluma.

—¿Cómo se llama?

—Su nombre es Elizabeth, pero yo la llamo Betty. Si le pone Betty, será más personal, ¿no le parece?

«A Betty —escribí—. Con mis mejores deseos para usted y su familia. Atentamente, Joseph Vaughan.» Le devolví el libro. Stroud lo leyó y sonrió.

—No sabe cómo se lo agradezco, señor Vaughan, de veras. Bueno, supongo que no estará aquí sólo de visita... ¿O sí?

—En cierto modo —dije—. He venido a ver a unas personas.

—¿A qué personas?

El sheriff Stroud volvió al otro lado de la mesa y se sentó.

—Reilly Hawkins...

Stroud negó con la cabeza.

—Hawkins nos dejó, señor Vaughan. Hace unos años. El corazón, creo.

—¿Está muerto?

Stroud asintió y me miró con sentimiento.

—Lo siento, señor Vaughan.

Por un momento no pude pensar. No conseguía recordar el rostro de Reilly, y de pronto me vino, poco a poco pero sin dudas, y cerré los ojos. Del mismo modo que Hennessy representaba todo lo que era Nueva York para mí, Reilly Hawkins había representado todo lo que era Georgia.

—¿Y el sheriff Dearing? —dije, impaciente por cambiar de tema.

Ya pensaría en Reilly más tarde, quizá visitaría su tumba, y entonces ya me permitiría expresar lo que sentía.

—¿Haynes Dearing? —preguntó Stroud—. ¿Y por qué le interesa tanto Haynes Dearing?

—Era mi conciencia —le dije—. Era sheriff cuando yo era un niño, y lo fue hasta que me fui. Volví en 1950, cuando murió mi madre, y oí que se había ido.

—Bueno, señor Vaughan, eso es toda una historia. Sí, se fue. Eso fue hace muchos, muchos años. Oyó lo de su esposa, ¿verdad?

—Se suicidó, creo.

—Vaya si lo hizo. Aquello sería hacia 1950 más o menos. ¿Cuándo volvió usted?

—Octubre de 1950. Vine para el funeral de mi madre.

—Sí, claro. Así que debió de suicidarse en enero o febrero, y Haynes hizo las maletas y se fue en marzo. Se trasladó a Valdosta unos años, quizá hasta 1954 o 1955, y luego se retiró de la policía. No sé adónde fue después. —Stroud hizo una pausa y me miró—. Entre nosotros, oí rumores de que tenía un problema con el alcohol. Eso, y el hecho de que parecía que no era capaz de trabajar en ninguna otra cosa... —Stroud se detuvo a media frase—. En realidad yo no tendría que estar hablando de esto, señor Vaughan, ¿sabe? Son asuntos de la policía.

Me recosté en la silla. Miré hacia la ventana.

—Yo encontré a una de aquellas niñas. Aquellos asesinatos. Hace tantos años. Yo encontré a una de las niñas, sheriff.

Stroud asintió.

—He leído su libro, señor Vaughan.

—Y luego pasé trece años en la cárcel por un asesinato que no cometí. He perdido la mayor parte de mi vida, sheriff... Es cierto, la mayor parte de mi vida se me ha ido, y ahora he vuelto para intentar comprender algo de lo que pasó, y por qué me vi implicado en ello. ¿Tiene idea de lo que es eso?

Stroud negó con la cabeza.

—No, señor Vaughan, no lo sé.

—Supongo que volví buscando algo... algo que me ayudara a darle un sentido a todo esto. Aquí es donde me crié, e imagino que la mayoría de personas que crecieron conmigo se habrán ido o habrán muerto, o que habrán cambiado tanto que no los reconocería. Haynes Dearing era parte de eso, una parte muy importante. Conocía a mis padres, y cuando mi padre murió se portó muy bien con nosotros. Solía visitar a mi madre, incluso después del incendio en casa de los Kruger, incluso después de la muerte de Elena, la niña de los Kruger...

—¿Qué es lo que quiere de mí, señor Vaughan?

Sacudí la cabeza.

—No lo sé, sheriff... Supongo que esperaba que hubiera algo... cualquier cosa... que me ayudara a comprender lo que ocurrió después de que yo me fuera. Me fui a Nueva York. Allí conocí a una chica. Ella también murió asesinada, sheriff, igual que las niñas de Augusta Falls y...

—Y usted cree que fue el mismo hombre, ¿verdad?

Levanté los ojos y miré a Stroud, sorprendido de que hubiera manifestado lo evidente de un modo tan claro.

—¿Usted cree que el autor de aquellos asesinatos de Augusta Falls también mató a su novia en Nueva York? Quiero decir, que ésa es la impresión con que uno se queda al leer su libro. Eso es lo que la gente de aquí ha acabado creyendo, y diría que Haynes Dearing era quizá quien más convencido estaba.

Yo fruncí el ceño.

—Si repite algo de esto, me arrancarán la piel a tiras, señor Vaughan. ¿Me entiende?

Asentí.

—Ni una palabra, sheriff, ni una palabra.

Stroud se levantó de detrás de su mesa y se fue hasta el otro extremo del despacho. Abrió un archivador, buscó hasta el fondo y sacó una fina carpeta de cartón.

—Cuando Dearing se retiró, cuando se fue de Valdosta a dondequiera que acabara, me enviaron unos archivos, papeles relacionados con los asesinatos de

Augusta Falls. Éste contiene algunas cosas que... Bueno, eche usted un vistazo, a ver si tiene algún sentido para usted.

Stroud me entregó el dossier. No pesaba casi nada, y cuando lo abrí, una serie de recortes de periódico se me cayeron al suelo. Los recogí enseguida, eché la silla hacia delante y los puse sobre el borde de la mesa de Stroud. Ahí estaban todas. Podría ser exactamente la misma colección de recortes que tenía en el fondo de mi bolsa en el motel en forma de medialuna. Los hojeé, leí sus nombres, vi sus caras: Alice Ruth van Horne, Ellen May Levine, Rebecca Leonard, Mary Tait... Fui pasándolos, uno por uno, y de pronto la respiración se me cortó de cuajo. Había otro recorte completamente diferente, un recorte de un periódico de Nueva York.

«Joven de veinte años brutalmente asesinada en Brooklyn.»

Aparté la mirada. No podía leer el artículo, no podía soportar ver el nombre de Bridget impreso con la misma letra que el de las otras.

Levanté la vista y miré a Stroud. Él observaba desde el otro lado de la mesa los recortes de periódico.

—Hay más —dijo, en voz baja.

Abrí el dossier de nuevo y encontré otros recortes que no habían caído al suelo.

Los saqué uno por uno.

Alabama, el *Union Springs Courier*, 11 de octubre de 1950: «Hallada muerta niña de 10 años desaparecida».

También en Alabama, en un pueblo llamado Heflin, el 3 de febrero de 1951: Niña asesinada, policía sin pistas.

De Pulaski, Tennessee, el 16 de agosto de 1952: «Niña del lugar hallada muerta.»

El último era de Calhoun, otra vez en Georgia, el 10 de enero de 1954: «Aparece muerta la niña desaparecida».

—¿Ve adónde iba a parar? —preguntó Stroud.

Me lo quedé mirando.

—Mieeerda, señor Vaughan, está usted blanco como el papel.

—Siguió con esto —dije, casi incapaz de articular palabra.

El corazón estrujado dentro del pecho, con sensación de claustrofobia y una tensión que me tenía clavado a la silla.

—Desde luego parece que el sheriff Dearing tenía esa misma opinión —observó Stroud.

—Y aún estaba buscándole... Después de todos estos años, Dearing sabía que aún estaba por ahí y estaba intentando encontrarle, ¿no?

Stroud calló unos momentos. El silencio era tangible.

—Usted estaba aquí cuando Kruger se colgó, ¿verdad? —dijo por fin.

Asentí.

—En febrero de 1949. Me fui a Brooklyn un par de meses más tarde.

—¿No oyó rumores?

—¿De qué? ¿Sobre Gunther Kruger?

Stroud asintió.

—De que él no era el responsable de esos asesinatos...

Negué con la cabeza.

—Gunther Kruger está muerto, sheriff, y no podemos hacer nada para cambiar eso. No sé si Haynes Dearing tuvo algo que ver con la muerte de Gunther Kruger, por lo menos no puedo estar seguro...

—Pero hubo rumores, señor Vaughan.

—Los rumores son rumores, sheriff Stroud. He venido hasta aquí en busca de algo fiable que me ayude a entender.

—En eso no puedo ayudarle —dijo, y de nuevo sacudió la cabeza—. Está hablando de cosas que sucedieron hace más de veinte o treinta años. No queda mucha gente por aquí de los que usted conocía. La gente pasó página, y eso les llevó a diferentes lugares. Otros murieron, como Reilly Hawkins, Frank Turow. Hasta Gene Fricker... nunca conocí a un tipo de aspecto más saludable... le atropello un coche en el condado de Camden. Lo mató allí mismo. Su hijo sigue aquí, pero ya tiene su propia familia. Se ocupa de sus cosas, ¿sabe? No creo que pueda hablar por todos ellos, pero me da la impresión de que nadie tiene ganas de volver a hurgar en el pasado.

—No he venido a molestar a nadie, sheriff.

Stroud sonrió, pero cuando volvió a hablar percibí un tono de fondo sospechoso en su voz.

—Así pues, ¿a qué ha venido exactamente, señor Vaughan?

Dudé por un momento.

—No lo sé, sheriff. Supongo que no tengo ningún motivo fácil de comprender.

—Aquí vive gente sencilla, señor Vaughan. Este pueblo vivió algo terrible, pero eso fue hace muchísimos años. La gente ha decidido olvidar lo que ocurrió, y aunque entiendo su situación, no puedo animarle a que vaya desenterrando cosas que no tienen ninguna relevancia para Augusta Falls ahora mismo. No puedo impedirle que se quede, y no tengo ningún deseo de hacerlo, pero le pido que sea discreto, que vea a quien haya venido usted a ver y que luego siga su camino.

Recogí los recortes de periódico y los volví a meter en el *dossier*. Le entregué la carpeta a Stroud y me puse en pie.

—¿Tiene alguna idea de dónde puedo empezar a buscar a Haynes Dearing? —pregunté.

Stroud también se puso en pie, y percibí en él una sensación de alivio al ver que me iba.

—¿Haynes Dearing? Caramba, no sabría por dónde empezar. El último lugar donde oí que estaba era Valdosta, como le he dicho. Podría ir a hablar con los hombres del sheriff de allí, a ver si saben qué fue de él. No podría decirle siquiera si sigue vivo, señor Vaughan.

Le tendí la mano, le di las gracias al sheriff Stroud por su ayuda y di media vuelta

para marcharme. Fue entonces cuando vi el trozo de papel bajo la silla donde me había sentado. Me incliné a recogerlo, y le di la vuelta. Allí, escrito con la inconfundible caligrafía de Haynes Dearing, había una única pregunta: «¿Dónde fue el chico después de Jesup?».

Se lo di a Stroud.

—¿Sabe qué significa esto? —le pregunté.

Stroud cogió el trozo de papel, leyó la pregunta y sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea, señor Vaughan. —Metió el papel en la carpeta, con los recortes de periódico—. ¿No acabó la familia Kruger en Jesup?

No respondí. Me vino a la cabeza una imagen. Gunther Kruger de pie en la calle, aquella noche, con el abrigo largo, y el miedo acuciante que me asaltó al verle. Y luego se giró y se metió a toda prisa en la casa. ¿Y si yo estaba equivocado? ¿Y si no era Gunther Kruger?

—Eso creo —respondí bruscamente—. Creo que sí.

Me despedí del sheriff Stroud y salí de su despacho. Volví a toda prisa al motel y a mi habitación. Me senté al borde de la cama. Cogí un trozo de papel y escribí los nombres de las ciudades del *dossier* de Stroud. Union Springs, Heflin, Pulaski y Calhoun. La mente me daba vueltas. Todo mi planteamiento de pronto se veía sacudido de arriba abajo. ¿Y si aquél no era Gunther Kruger? ¿Y si era otra persona que llevaba el abrigo de Gunther? ¿Y por qué estaba tan convencida mi madre de que el asesino estaba en la casa aquella noche en la que le pegó fuego?

Me quedé inmóvil un buen rato. Apenas podía respirar. Me tendí e intenté cerrar los ojos, pero imagen tras imagen invadían mi mente y me hacían sentir náuseas. Al final crucé la estrecha habitación y abrí la puerta. Me quedé allí, de pie, respirando hondo, intentando mantener la calma, haciendo un esfuerzo por mantener los pies en el suelo. Pero el suelo había cambiado y era inestable, y tuve que retroceder y volver a sentarme. Me agarré al borde de la cama. Las paredes se combaban y se retorcían trazando extrañas curvas.

Pasó una hora, quizá más. Abrí los ojos y me di cuenta de que me había quedado echado en la cama y me había dormido. La puerta de la habitación del motel aún estaba entreabierta; me puse en pie y la cerré. Me lavé bien la cara en el minúsculo baño y me sequé las manos con una toalla que tenía manchas grises y zonas raídas.

Quería irme de Augusta Falls. Todo lo que me había imaginado ya había desaparecido. No eran los edificios, las carreteras ni los accidentes topográficos, era el espíritu del lugar. Quizá porque yo ya no era un niño y no veía las cosas del mismo modo que antes.

Algo más tarde cogí los recortes de periódico de mi bolsa y me los metí en el bolsillo de la chaqueta. Cerré con llave la puerta de mi habitación, pasé frente a la recepción y me encaminé al centro del pueblo. Había una lavandería en la esquina, y allí pregunté a una mujer si conocía la casa de los Fricker.

—¿Maurice Fricker? Claro que sí. Salga de aquí, gire a la derecha, pase por

delante de la oficina del sheriff y siga hasta el final de la calle. En el cruce vaya a la izquierda, y a unos cuatrocientos metros encontrará la casa, a la izquierda. No tiene pérdida. Tiene los marcos de las ventanas azules, y en el patio hay un buzón con una veleta encima.

Le di las gracias a la mujer y salí, seguí sus indicaciones y en unos minutos me encontré frente a la casa de los Fricker. Tenía un buzón con una veleta encima, y en los escalones del porche había una niña sentada. No tendría más de ocho o nueve años, y llevaba el cabello cogido hacia atrás con clips. Ladeó la cabeza y se puso la mano sobre los ojos para protegerse del sol.

—¿Está tu papá en casa?

La niña hizo una mueca y de pronto dio media vuelta, subió los escalones a la carrera y entró en casa dando un portazo con la mosquitera.

Unos momentos después la puerta de dentro se abrió, y por la mosquitera vi que había alguien de pie detrás.

—¿Quiere algo? —gritó, e inmediatamente reconocí la voz de Maurice Fricker.

—¿Maurice? —respondí—. ¿Eres tú, Maurice?

El hombre vaciló, alargó la mano para abrir la mosquitera y yo me puse a caminar hacia la casa.

—¡No me jodas, por Dios bendito! —murmuró entre dientes—. ¡Jesús, María y José! Eres tú, ¿no? Joseph Vaughan.

Maurice Fricker abrió la puerta de par en par y bajó los escalones. Yo me detuve en el patio. Siempre se había parecido a su padre, Gene, pero ahora, con cuarenta años, Maurice era su viva imagen.

Maurice me abrazó hasta dejarme sin aliento, dándome palmadas en la espalda, emocionado. Dio un paso atrás, me agarró los hombros con las manos y luego me abrazó una vez más.

—Por Dios, Joseph... Francamente, creí que nunca más volvería a verte. Joder, sube al porche, sacaré unas cervezas. Me has pillado por pura casualidad. Es mi día de fiesta antes de volver al trabajo, en White Oak. —Se giró, dio unos pasos y luego se detuvo y volvió a mirarme—. Por Dios, chico, esto es increíble. De verdad que no pensaba que volvería a verte. Caray, ni siquiera sé qué decirte.

Le seguí hasta el porche, y a la izquierda había unas sillas de madera de respaldo alto.

Maurice me pidió que me sentara y luego retrocedió, abrió la puerta de dentro y dio un grito hacia la oscuridad de la casa:

—¡Ellie, cariño... ve a la nevera y tráele a papá un par de cervezas, por favor!

Al cabo de un momento volvió a aparecer la niña de los clips.

—Ellie... éste es Joseph —dijo Maurice.

—Hola, Ellie —dije yo, y sonreí.

Ellie parecía incómoda, intentó sonreírme a su vez. Dejó las botellas de cerveza en el suelo, dio media vuelta y se metió corriendo en la casa.

—Ésta es la tímida —dijo Maurice—. Tengo otra niña, Lacey, se llama. Ella y su madre están en casa de la abuela, en Homeland. ¿Te acuerdas de Bob Gorman, el forense de los tres condados?

—Claro que sí.

—Fui a casarme con su hija menor, Annabel. ¿Llegaste a conocerla?

Sacudí la cabeza.

—No, creo que no.

—Una chica estupenda, Joseph, una chica estupenda de verdad.

Abrió la cerveza girando el tapón y me la pasó. Nos quedamos sentados en silencio un rato. Yo notaba lo que le pasaba por la cabeza. Que sabía por qué había venido y que deseaba que no lo hubiera hecho.

—Así que las cosas se fueron a la mierda, ¿no? En Nueva York, quiero decir.

Sonreí, miré por encima de la baranda hacia los campos que se perdían en la distancia. Mi infancia estaba ahí fuera, corriendo por entre el maíz y el trigo que me cubrían hasta los hombros, cargando con los libros a la vuelta de la clase de la señorita Webber, escuchando las historias que me contaba Reilly Hawkins en su cocina.

—Podríamos decir que sí —respondí.

—Y eso que pasó... eso de la chica...

—Bridget —dije, y me sentí raro al hablar con Maurice Fricker de algo de lo que no podía tener ni idea—. ¿Has leído mi libro?

—En parte —confesó—. Nunca he sido un gran lector, ¿sabes? —Sonrió y me pareció cansado, envejecido—. Mi mujer sí lo leyó... pero ella no te conocía, así que para ella era como leer una novela. A mí me parece que los que no estuvieron ahí no pueden entender lo que fue. —Dio un trago a su cerveza—. ¿Te has enterado de lo de Reilly Hawkins?

Asentí.

—Mi padre también... Le mató algún capullo borracho en el condado de Camden. Tengo a mi esposa, mis dos niñas, ¿sabes? —Se rió—. Eso me da la vida, todos los días y a todas horas. A veces pienso que el presente me ocupa tanto espacio que no tengo tiempo de pensar en el pasado.

—¿Y los otros? ¿Los ves?

Maurice frunció el ceño.

—¿Los otros?

—Daniel McRae. Ronnie Duggan. Michael Wiltsey... ¿Te acuerdas, «el polvorilla»?

—Joder, sí, claro que me acuerdo. Aún está aquí, Joseph, pero Daniel hace tiempo que se fue. Se alistó en el ejército en... caray, ¿cuándo fue eso? Debió de ser hace ya diez años. Quería ver mundo, y pensaría que el mejor modo era con un billete pagado por el Tío Sam.

—Los Vigilantes —dije yo, y de pronto sentí que el aire se volvía más frío.

Maurice se rió, por lo menos intentó reírse, pero había ansiedad en aquella risa.

—Eso fue... eso fue hace una eternidad. Éramos niños, Joseph, unos niños asustados. Pensábamos que podíamos hacer algo, pero...

Maurice Fricker se giró hacia mí con lágrimas en los ojos.

—No ha pasado un año sin que haya pensado en aquellas niñas, Joseph. Ahora tengo mis propias hijas. Annabel me dice que me preocupo demasiado, que estoy demasiado encima de ellas. Me dice que tienen que aprender a ser independientes, que tienen que encontrar su camino en el mundo, pero ella no estaba allí. Ella no estaba allí cuando aquellas niñas fueron asesinadas. Su padre era el forense. A veces me pregunto si no será que eso la endureció de algún modo, pero es de esas personas que ve el bien en todo y en todos. Yo le obligo a que lleve a las niñas al colegio en coche y que las recoja cuando acaban. Los padres de otros niños no hacen eso. Les dejan caminar un kilómetro de ida y vuelta, incluso en invierno, cuando oscurece antes. Y a veces veo cosas que me recuerdan lo asustados que estábamos todos. Cuando construyeron aquella ampliación de la escuela no había nadie que estuviera más contento que yo. Antes, aquel lugar me recordaba cada vez que pasaba por delante...

La voz de Maurice se fundió en un silencio.

—Creo que sigue ocurriendo —dije yo.

Maurice negó con la cabeza.

—No, Joseph, estás equivocado. Encontraron al culpable, y él se colgó. El alemán. Gunther Kruger. Él era el asesino de las niñas, ¿no? Todo el mundo sabe que él mató a aquellas niñas y que no hay más. Es algo del pasado. Ya se acabó. Eso es todo lo que tengo que decir al respecto, Joseph.

Di otro sorbo a mi cerveza y la dejé en el suelo. Me levanté lentamente de la silla y miré a Maurice Fricker.

—Está bien —dije, consciente de que cualquier intento que hiciera para implicarlo en aquello sólo serviría para que se sintiera culpable por no hacer nada—. Probablemente tengas razón, Maurice, ¿sabes? Se acabó. Acabó hace tiempo. —Sonreí lo mejor que pude—. Quizá todo esto ha sido demasiado para mí. He pasado muchos años en la cárcel. Puede que aquello me dejara un poco tocado, ¿eh?

Maurice no se levantó. Me miró mientras me dirigía a la puerta del porche.

—Tienes una hija preciosa. Hiciste lo correcto, Maurice. Créeme, hiciste lo correcto. Hiciste lo que tenías que hacer. Yo también tenía que haberme quedado aquí y casarme, y tener hijos como tú. No tenía que haberme ido nunca a Nueva York.

Maurice meneó la cabeza lentamente.

—Tú no eras como los demás, Joseph Vaughan. Nunca lo fuiste y nunca lo serás. Hiciste que la señorita Webber se enamorara de ti, ¿no?

Asentí.

—Sí que lo hice.

—Siempre fuiste diferente —recordó Maurice—. Siempre hacías preguntas sobre

cosas que a nadie más se le podían ocurrir. Escribías historias. Escribiste libros y te los publicaron. A mí me parece que tú has vivido más que todos nosotros juntos.

—No parece que me haya servido de mucho, ¿no? —dije, alargué la mano y abrí la puerta—. Me voy. Tú cuídate, Maurice, y cuida a tu mujer y a tus hijas. Y no te preocupes por lo que dice... A mí me parece que cualquier precaución con los niños siempre es poca, incluso hoy en día.

Maurice levantó la mano.

—Quizá volvamos a vernos, Joseph. Te diría que te quedaras a cenar, pero...

—Los fantasmas no vienen a cenar, Maurice —dije.

Me giré y me marché.

Eché la vista atrás cuando llegué al final del patio, y detrás de la mosquitera vi a Ellie observándome a través de la tela de malla. Podía haber sido una de ellas —Laverna, Elena, Virginia Grace...—. Me quedé sin respiración. Luego ella levantó la mano y la agitó una sola vez antes de desaparecer en la oscuridad.

Encontré a Ronnie Duggan frente a lo que en otro tiempo había sido el Falls Inn. Parecía que sus rizos por fin se habían rendido al paso del tiempo. El cabello empezaba a clarearle y lo llevaba peinado hacia atrás. Aún tenía un rostro juvenil, pero en torno a sus ojos había cierta amargura que no podía ocultar con una sonrisa.

—He oído que estabas por aquí —me dijo, a modo de saludo, y se apoyó en la baranda que había frente al edificio—. Dennis Stroud me llamó y me dijo que habías vuelto.

—Hola, Ronnie —dije, y supe que la noticia de mi regreso no había sido bien recibida.

—Hola, Joseph —respondió—. He llamado a Michael; me ha dicho que vendría a saludarte, pero que tenía que llevar a su mujer a no sé qué clase de bridge.

—El Falls Inn —dije, levantando la vista al edificio que tenía detrás.

—No por muchos años. Frank Turow murió, ya sabes, y luego hubo un tipo llamado McGonagle. Ahora es propiedad de no sé qué compañía de Augusta y sirven cerveza tibia y *spritzers* de vino blanco. No es lo que era... Bueno, Augusta Falls no es lo que era.

—De eso ya me he dado cuenta.

—Es una alegría verte —dijo, al tiempo que hundía los pulgares tras el cinturón.

—No creo que lo sea, Ronnie.

—Joooder, ya nadie me llama Ronnie, Joseph. Eso era cuando era crío. Todo el mundo me llama Ron. Sólo Ron, nada más.

—He hablado con Maurice...

—Maurice es un buen hombre, Joseph. Tiene esposa y dos hijas, un perro y un gato. Tiene un buen trabajo en el departamento de gestión de residuos de White Oak. El hombre se ha hecho un lugar aquí, y aquí se quedará hasta que se muera. Verá a

sus nietos, quizá incluso más, y me imagino que lo último que quiere en el mundo es verte a ti.

Bajé la mirada al suelo. Me acordé de los Vigilantes. Daba la impresión de que yo era el único que me acordaba.

—No me quedaré mucho, Ron —dije—. Pero quería preguntarte un par de cosas antes de irme.

Levanté la vista, lo miré con atención y, a pesar de que hubiera perdido pelo, a pesar de su expresión de desconfianza, aún podía ver a Ronnie, con el flequillo sobre los ojos, siempre con algo en las manos: una piedra, una canica, un trozo de madera.

—Lo que empezó aquí acabó aquí, Joseph. Eso es lo que me parece a mí y creo que es lo que la mayoría de los de aquí quieren pensar. Siento lo que has pasado. Oí decir que Alex Webber había perdido el bebé, y todo lo que te pasó en Brooklyn... ya sabes, lo de que hayas pasado años en prisión.

—¿Tú crees que fue Gunther Kruger? —le espeté.

Ron Duggan resopló.

—Gunther Kruger se colgó. Supongo que es el modo más evidente de admitir la culpa.

—¿Tú crees que lo hizo él, o crees que él encubría a alguien...? ¿Crees que quizá sabía quién era y lo estaba protegiendo?

Duggan dio un paso adelante. Sacó los pulgares de detrás del cinturón y se quedó allí, abriendo y cerrando los puños.

—A mí me parece que para que alguien se mate por otro, tendrían que tener una relación muy estrecha, Joseph.

—¿Familiar, quizá?

—¿Familiar? ¿De qué demonios estás hablando?

—Estoy diciendo que a lo mejor no fue Gunther. A lo mejor...

Ronnie Duggan levantó la mano.

—A lo mejor nada, Joseph. A lo mejor nada de nada. Eso es lo que estoy diciéndote. Eso es lo que te estoy intentando decir, pero parece que tienes sordera selectiva. Eso acabó en 1949. Hace casi treinta años.

—No creo que acabara, Ronnie... Y me parece que el sheriff Dearing tampoco lo creía.

—Ya basta. No voy a tener esta conversación, ni ahora ni nunca. Ya no somos niños, Joseph. Tenemos vidas que sacar adelante. Aquí hay gente que ha decidido dejar el pasado atrás, y creo que sería muy inteligente por tu parte hacer lo mismo. Nadie quiere esto, nadie quiere volver a revolver esos recuerdos. Estamos en 1967. El mundo ha cambiado. Augusta Falls ya no es tu pueblo. Deberías volver a Nueva York... volver y arreglar lo que tengas que arreglar, pero deja eso ya, Joseph. Por Dios, déjalo en paz.

—Éramos los Vigilantes. Hicimos un juramento, un pacto...

—¡Éramos críos, por Dios! Eso es lo que éramos. Nunca habríamos podido

detener aquello, y lo sabíamos. Estábamos asustados y desesperados, y quisimos creernos que podíamos hacer algo, pero no podíamos; no podíamos entonces ni podemos ahora.

—¿Ahora? ¿Qué quieres decir con ahora? Sabes que no ha dejado de ocurrir, ¿verdad?

Una chispa de ira brilló en los ojos de Ronnie. Dio un paso hacia mí y vi cómo se le tensaban los músculos de la mandíbula.

—Mírame, Ronnie... Mírame y dime que sabes que fue Gunther Kruger.

Ronnie Duggan me devolvió una mirada rabiosa e implacable.

—Sé que fue Gunther Kruger —afirmó—. ¿Estás contento? ¿Eso es lo que quieres que te diga? Pues ya lo has conseguido. Sé que fue Gunther Kruger, el muy cabrón se colgó en su propio cobertizo y le encontraron una cinta en la mano, todas aquellas cosas que sólo podían proceder de las pobres niñas. Él las mató. Las violó, abusó de ellas y las mató, y luego las troceó. El muy cerdo esparció sus trozos por el campo, luego murió y se fue al infierno, donde tenía que estar. Eso es lo que digo porque eso es lo que creo.

—¿Eso es lo que crees, o lo que quieres creer?

Se quedó callado un momento, luego apartó la mirada hacia el horizonte y sonrió.

—Me voy, Joseph. No puedo decir que haya sido un placer volver a verte, pero por educación diré que ha sido un placer volver a verte. Te agradecería que hicieras lo que tengas que hacer aquí y que te fueras en cuanto lo consideraras conveniente. Le daré recuerdos de tu parte a Michael, a las otras personas que conoces, y me despediré por ti. —Dio un paso adelante y me tendió la mano. Se la estreché, y él me la apretó con una fuerza innecesaria y me miró a los ojos—. Aquí nos despedimos, Joseph, y supongo que será la última vez que nos veamos.

Me soltó la mano, se dio media vuelta y se dispuso a marcharse.

—¿Y si no ha acabado, Ronnie? ¿Qué pasará?

Duggan volvió a girarse.

—Entonces se tratará de las niñas de otros, Joseph... ni de las mías, ni de las de Michael, ni de las de Maurice. Sobre Augusta Falls cayó una pesadilla, pero al final nos dejó. No voy a conjurar a ningún espíritu para ver si vuelve. —Sonrió de nuevo—. Cuídate, Joseph Vaughan. ¿De acuerdo?

Asentí y me quedé mirando en silencio a Ronnie Duggan mientras se iba. Los Vigilantes —o lo que fuera que creíamos que éramos— habían muerto con el asesinato de Elena Kruger, la persona a la que había prometido proteger, la que había demostrado a los Vigilantes que, hiciéramos lo que hiciéramos, no valdría para nada.

Me quedé allí unos minutos. Luego me di media vuelta, volví por donde había venido y regresé al motel.

Al evocar aquellos recuerdos no puedo evitar sonreír. ¿Qué es lo que me esperaba? ¿A quién intentaba engañar?

Éramos los Vigilantes. Michael Wiltsey, Ronnie Duggan, Daniel McRae, Maurice Fricker y yo. Hace ya casi treinta años... ¿Qué me hizo pensar que les pudiera hacer la mínima gracia verme?

Entonces estábamos asustados, todos y cada uno de nosotros, pero el tiempo había pasado y el tipo de miedo que sentían había cambiado. Ahora tenían miedo de haberse equivocado. Tenían miedo de que la pesadilla del pasado no hubiera acabado. Treinta años después, no lo habían olvidado. Nunca lo olvidarían. De eso estaban seguros, y eso —por encima de todas las cosas— era lo que más temían.

Mis suposiciones habían resultado erróneas. Salí del Falls Inn y supe a quién debía buscar. Pensé en Gabillard, en Lowell Shaner, en otros que habían estado allí, y me pregunté si ellos querrían saber lo que había ocurrido. Me senté en aquella habitación de motel barato, con la puerta abierta y una fina brisa que se colaba dentro, y me di cuenta de que el final de aquella cosa no quedaba tan lejos. Era cosa de nosotros dos. Joseph Vaughan contra el asesino de niñas. Como en una vieja película de terror de serie B. Y si moría... bueno, si moría no dejaría a nadie. No habría nadie que cerrara filas, que reuniera efectivos, que se preparara para un segundo ataque. Por algún motivo, no temía nada. Por supuesto, tenía miedo, pero aquella sensación que me atenazaba me parecía más intensa que las emociones que provocaba. Compraría una pistola, por lo menos eso ya lo había decidido. Encontraría alguna tienda de excedentes del ejército y me compraría una pistola. Siempre se encontraban negocios de éstos, con algún ciudadano despreocupado e irresponsable que aceptaría cincuenta dólares por no hacer preguntas.

Decidí ir hacia Columbus, una ciudad lo suficientemente grande para encontrar un lugar así, y luego cruzaría la frontera del estado con Alabama. Visitaría Union Springs, el primero de los lugares que aparecían en los recortes de Dearing. En octubre de 1950 había muerto otra niña. A lo mejor alguien lo recordaría. Quizá pudieran decirme algo que me encaminara en la dirección correcta.

Cerré la puerta de la habitación. Me tumbé y me dormí vestido. No soñé, y aquello fue una bendición por la que di gracias.

Me despertó el fresco de la madrugada. Recogí mis escasas pertenencias y me

fui.

Cogí el autobús a Tifton y allí esperé en la terminal hasta que llegó otro con destino a Columbus. Crucé la frontera del estado de Georgia como el fantasma que era. Estaba convencido de que nadie me recordaría, y si lo hacían, confiaba en que acabaran olvidando.

Reilly Hawkins ocupó mis pensamientos durante el viaje a Columbus. Había pensado en ir a ver su tumba, quizá ir a ver mi antigua casa, ver si los Kuharczyk seguían allí, pero no podía. Estaba seguro de que aquellos recuerdos sólo me provocarían rabia, quizá dolor, casi con seguridad desazón. Dos veces había vuelto y dos veces había perdido a alguien querido. Sabía que no podría volver nunca más.

¿Y Michael? Ronnie, Maurice Fricker, Daniel McRae —que había huido igual que yo, pero él había sido más listo y se había ido a la otra punta del mundo—. ¿Y ellos? Perteneían a un pasado que había quedado atrás, y no tenían ningún deseo de seguirme. Yo era el tonto, ¿o no? Yo era el que había permitido que aquello se convirtiera en un lastre.

Columbus era una ciudad nueva, un lugar que nunca había visitado. Me gustó sentirme alguien anónimo, y cuando tomé una habitación en un hotel, la noche del 29, me quedé junto a la ventana y miré hacia fuera, a las luces que brillaban en la oscuridad. No había nubes en aquel cielo azul oscuro, y la luna estaba alta, luminosa y llena. Cerré los ojos y pensé en la casa de Throop esquina con Quincy, en Aggie Boyle, en Joyce Spragg y Ben Godfrey. Pensé en Arthur Morrison y *Vuelta a casa* y recordé el día en que Bridget y yo entramos en una librería y creímos que el mundo entero y todo lo que tenía que ofrecernos estaba ante nosotros, esperando que lo cogiéramos. Perdimos la oportunidad que se nos dio. Era tan sencillo como eso: se nos dio una oportunidad y la echamos a perder.

Dormí bien. Los ruidos de la calle me resultaban desconocidos, y aquello precisamente resultaba tranquilizante. Cuando me desperté el día estaba claro, la calle llena de tráfico; me recordó mi primer día en Brooklyn.

Caminé hasta que me entró hambre. Paré en un *diner* y desayuné. Seguí caminando, por calles secundarias, callejones, con los ojos bien abiertos en busca de una tienda de empeños. Encontré una en la esquina de Young con la calle Nueve, y allí —tras un mostrador protegido con una malla— encontré exactamente el tipo de hombre que estaba buscando. Quince minutos y setenta y cinco dólares más tarde salí de la tienda. Volví enseguida al hotel, recogí la bolsa y fui a pie hasta la estación de autobuses.

Una hora y media más tarde llegué a Alabama. Estaba lloviendo, y cuando bajé del autobús tuve el convencimiento de que Union Springs había visto al mismo fantasma que había caminado por Augusta Falls. Lo notaba. Era algo sobrenatural e intuitivo. Estaba seguro de que sería lo mismo en Heflin, en Pulaski y en Calhoun, y entonces supe que no serviría de nada visitar aquellos pueblos. El daño ya estaba

hecho. Quienquiera que hubiera recorrido aquellas calles, hacía tiempo que se había marchado. Pero sabía que habría otros. Pueblos recientes, asesinatos recientes. Di media vuelta y volví a la estación de autobuses. Cogí uno a Montgomery, la ciudad más próxima donde podría encontrar una biblioteca con archivo. Iba en pos de un espejismo, un fantasma, un espectro, y estaba perdiéndome en la búsqueda. Tenía mi objetivo centrado, en el punto de mira. No pensaba en comer, en dormir. La necesidad me obligaba a cumplir con esas cosas, y si no hubiera sentido la necesidad habría seguido adelante hasta caer desfallecido. Era más de medianoche cuando llegué a Montgomery y paré un taxi. Le pedí al taxista que me llevara al hotel más próximo y, sentado en el taxi, me di cuenta del mal aspecto que tenía, de lo mal que olía. Él me dejó frente a un edificio imponente con puertas giratorias. Esperé que el taxi se fuera y luego me fui andando por la calle hasta que encontré un lugar de aspecto decrepito con un rótulo de neón roto. En el primer hotel no me habrían dejado entrar, pero aquí no pondrían ninguna pega.

Una vez dentro me quité la ropa y me bañé. Me lavé el pelo, me afeité todo lo bien que pude y luego pasé un rato intentando reordenar mis pensamientos.

En Montgomery encontraría la información que necesitaba; en algún lugar de la biblioteca municipal habría periódicos de todo el estado, y de varios estados más, y podría encontrar coincidencias. Siempre había coincidencias.

Me eché en la cama y pasé la noche despierto. Cuando una fina raya de luz gris se coló por entre las cortinas, me puse en pie y me vestí.

Yo ya estaba allí cuando abrieron las puertas de la biblioteca, y pregunté por el archivo histórico. Empecé por Alabama; encontré la víctima de Union Springs, una niña de ocho años llamada Frances Resnick. La hallaron muerta el miércoles 11 de octubre de 1950. Frances Resnick había sido violada y decapitada. Habían tirado su cuerpo sin cabeza a una acequia y lo habían cubierto con rocas y tierra. Heflin, sábado 3 de febrero de 1951, una niña de once años llamada Rita Yates había sido hallada después de dos días de su desaparición. Le habían seccionado los brazos del torso, uno de ellos lo localizaron, el otro no. Ella también había sufrido una agresión sexual. Pulaski, Tennessee; sábado 16 de agosto de 1952, un operario de una granja había encontrado los escasos restos de Lillian Harmond, de 12 años, hija del jefe de la oficina de correos del pueblo. Le habían cortado el cuerpo en dos por la cintura; el torso había aparecido en una tumba superficial, la parte inferior bajo un árbol. Figuraba una declaración del operario, un joven llamado Garth Trent, que decía: «No podía creer lo que estaba viendo... era como si estuviera sentada, allí sentada, pero no eran más que sus piernas... sólo las piernas». Pensé en Virginia Perlman, y comprendí exactamente —mucho más de lo que podría imaginar nunca Garth Trent— cómo se había sentido. Luego, de vuelta a Georgia. El pueblo de Calhoun. Domingo, 10 de enero de 1954: un grupo de niños encuentran el cuerpo desmembrado de Hettie Webster, de siete años. Primero encontraron su brazo izquierdo, luego el hombro derecho y la mayor parte de la cabeza. Entonces se

echaron a correr. Hettie volvía a pie a casa de las clases de repaso del domingo. Era un día luminoso y claro, a última hora de la mañana, y nadie había visto nada. La policía estaba perpleja. Los vecinos de Calhoun se sentían prácticamente como los de Augusta Falls.

Durante las siguientes dos horas no encontré nada. Me dolían los ojos. Un dolor de cabeza bullía entre mis sienes, pero seguí escrutando las carpetas de periódicos: página tras página, volumen tras volumen. Rastreé Alabama, Tennessee, Georgia y Misisipi buscando al asesino de niñas. Lo encontré en 1956, en un pueblecito llamado Ridgeland, en Carolina del Sur. El pueblo estaba a sólo unos kilómetros del río Savannah, a apenas doscientos kilómetros de Augusta Falls. La niña se llamaba Janice Waterson. Tenía nueve años; era hija única. Sus padres —Reanna y Milton— habían contado al mundo que era «una niña despierta y curiosa, siempre solícita, siempre educada, y nunca tuvimos que enseñarle a que fuera educada... parecía que lo hacía de forma natural». Le habían cortado los pies por los tobillos, y las manos por las muñecas. La habían enterrado sin ellos, porque nunca aparecieron. En su funeral también se usó un ataúd cerrado, ya que le habían arrancado gran parte del rostro con una hoja de sierra.

Parecía que iba captando la lógica de sus movimientos. Los descubría cada vez con mayor facilidad, y fui contando, tomando nota de nombres, fechas y lugares; detalles sobre la forma de la muerte, sobre cómo habían sido halladas las niñas, sobre quién las había encontrado y lo que habían dicho. Me dio la impresión de que había encontrado su rastro: Moncks Corner, Sparta, Enterprise, Alexander City, en los años 57, 58, 61, 63. Veía su rostro. Veía su silueta. Poblaciones pequeñas, nunca lejos de la carretera principal, niñas de no menos de siete años, no mayores de doce.

Y seguía pensando en la nota garabateada en el dossier de Dearing. «¿Dónde fue el chico después de Jesup?»

Para cuando acabé, ya era media tarde. No había almorzado, ni me había movido de la mesa. La bibliotecaria —una mujer de mediana edad, con el pelo tirando a gris recogido en dos trenzas liadas a ambos lados de la cabeza, pintalabios púrpura, una falda con un llamativo estampado de flores y un grueso cárdigan de lana— había cruzado la mirada con la mía poco después de las dos.

—¿Todo bien? —me había preguntado, con una cálida sonrisa.

Yo le había respondido que todo iba bien, que estaba investigando para un libro, y que solía concentrarme mucho en mis investigaciones.

—Si necesita algo, no dude en decírmelo —había dicho ella, y luego se había alejado.

Salí de la Biblioteca Municipal de Montgomery con una lista de diecinueve nombres, el último hacía menos de cuatro meses, en un pueblo llamado Stone Gap, pocos kilómetros al sur de Macon. Veintinueve asesinatos en total, a lo largo de casi treinta años. Uno al año, parecía, pero yo sabía que había más. Los de las niñas cuya desaparición se había denunciado pero que no habían llegado a aparecer nunca. Y aún

peor, los de aquellas cuya desaparición nadie había denunciado.

Volví al hotel del neón roto. Sabía que tenía que encontrar a Dearing. Él estaba ahí fuera, en algún lugar. Estaba por ahí, buscando a la siguiente. Seguíamos caminos paralelos y conectados.

El último asesinato había sido en Georgia, el martes 29 de noviembre de 1966; una niña de nueve años llamada Rachel Garrett. Su recuerdo aún estaría fresco, la gente quizá recordaría a un hombre como Dearing. Nadie había presenciado el secuestro de la niña pero ¿no habrían visto a un hombre que se hubiera presentado después, a un extraño que hubiera llegado haciendo preguntas? Sin duda alguien recordaría algo así...

Una vez en la habitación del hotel recogí mis cosas, me senté en el borde de la cama y dejé vagar la mente por todo lo que había sucedido. Era como si estuviera llegando al final de un capítulo de mi vida, un capítulo que había empezado con la muerte de mi padre, con la alianza de mi madre con Gunther Kruger y con el asesinato de Alice Ruth van Horne.

Estaban todas allí fuera, todas y cada una de ellas, y sabía que estaban esperando.

Esperando que encontrara a su asesino y las liberara.

Sábado, 1 de abril. Me senté en la parte trasera del autobús y dejé Alabama. Una vez más, crucé la frontera con Georgia y me dirigí a Stone Gap. Sabía el aspecto que tendría el pueblo antes incluso de llegar. Sabía cómo serían las voces de la gente, el color de sus ojos, la profundidad de sus sospechas. A lo mejor me verían tal como era; quizá me vieran como alguien a quien temer. Ahora ya no importaba. Lo único que importaba era encontrar a Haynes Dearing.

Stone Gap, tal como me imaginaba, era un típico pueblecito sureño. El clima, la humedad variable, la rutina del día a día. En pueblos como Stone Gap nunca pasaba nada; de sus escuelas y de su pequeño colegio metodista no había salido ningún famoso. Las carreteras eran irregulares, los coches viejos, la política indefinida. Se presentaba como una comunidad religiosa, una comunidad de tolerancia y templanza, pero los bares estaban llenos, y en algún lugar a las afueras del pueblo habría una casa propiedad de una mujer soltera en la que vivirían dos o tres mujeres más. Los hombres visitarían aquella casa, tal como llevaban haciéndolo cien años o más, pero en los registros municipales no aparecería mencionada. Era como si no existiera, como si nunca hubiera existido, y esa omisión nunca provocaría ninguna duda en el censo territorial. Superados los límites municipales, las casas eran cada vez más pequeñas y estaban más separadas entre sí, como si la gente que vivía en ellas hubiera sido desterrada. La gente de Stone Gap aborrecía la violencia, pero todos los hombres poseían una pistola y todas las mujeres se habían manchado las manos de sangre durante la matanza del cerdo. Había un método indicado para hacer cada cosa, y seguro que era un método antiguo, pero Stone Gap sabía —y siempre sabría— que los métodos antiguos siempre eran los mejores. Ciudades como Nueva York y Las Vegas, o incluso lugares como Montgomery, representaban otro país, un país que había olvidado la tierra y sus leyes, la presencia de la naturaleza, la inevitabilidad del tiempo.

Un lugar como aquél no deseaba recordar el asesinato de una niña, pero tampoco podría olvidarlo. Una cosa así quedaría latente bajo la superficie, como un cardenal indeleble, mencionado únicamente en las miradas, perfectamente inteligibles por todos. Y al igual que Augusta Falls, Stone Gap sabía que una cosa así no podía haber sido obra de uno de los suyos. Habría sido un extraño, un forastero, y durante años, cualquiera que llegara de fuera encontraría una fría acogida y malas caras.

Me quedé frente a la estación de autobuses, que no era más que una marquesina de madera con techo de estaño corrugado, y sentí que ya conocía Stone Gap como si fuera mi pueblo. Aquél era el mundo que había querido dejar atrás, pero mi huida

sólo había servido para que el destino quisiera hacerme regresar. Y el destino se había impuesto, más veces de las que yo quería recordar, y cada una de esas veces había sido un recordatorio de que lo que había recibido, fácilmente podría perderlo. Stone Gap había perdido a una de sus habitantes: lo sentía en el aire, lo veía en los rostros de la gente que pasaba a mi lado, e intenté evitar por todos los medios el contacto visual, pasar desapercibido, eludir cualquier pregunta.

La oficina del sheriff era un edificio bajo de ladrillo al final de una de las calles principales. No tenía vecinos, y su propósito y su significado resultaban evidentes. Cuando puse el pie en el porche y abrí la puerta mosquitera, vi al sheriff a través de una puerta justo enfrente.

—Me llamo Joseph Vaughan —le dije—, y soy escritor.

El sheriff Norman Vallelly tenía entre sesenta y setenta años. Su cara estaba surcada en sus tres cuartas partes por arrugas y el resto por patas de gallo, de modo que sus ojos casi desaparecían cuando fruncía el ceño. Y aquellos ojos eran brillantes como monedas de un centavo; eran ojos que habían visto todo lo que podían hacer las personas, todo lo que pensaban. Pero había algo tranquilizador en sus rasgos, algo que me dijo que si él interrogaba a un hombre, el hombre sería incapaz de decir nada más que la verdad.

—¿La niña asesinada? —me preguntó—. ¿Y por qué demonios iba usted a querer informarse sobre algo así?

Me recosté en la silla. No me había dado cuenta de lo exhausto que estaba. Si el sheriff Vallelly se hubiera callado un momento, yo habría cerrado los ojos y me habría quedado dormido.

—Estoy trabajando en un libro —dije—. Un libro...

—Como ese tipo, Capote, ¿verdad? —Vallelly asintió como si ya lo entendiera—. Ese tal Capote, con su *A sangre fría*... esa historia sobre aquella familia de Kansas. Mi mujer ha leído el maldito libro tres o cuatro veces.

—Sí —dije yo—. Como Capote.

—Bueno, señor Vaughan, no sé si va a sacar ningún libro de esto, pero si lo hace, mándeme un ejemplar para mi mujer.

—Claro. Claro que lo haré.

—¿Sabe? Hubo otro tipo que vino por aquí, preguntando por el asesinato.

—¿Un hombre más bien mayor, de unos sesenta y pico años?

—Pues sí —dijo Vallelly—. Un sheriff retirado, se llamaba Geary o algo así.

—Dearing —dije yo—. Haynes Dearing.

—¿Ése es el tipo! ¿Le conoce?

—Sí, le conozco. Fue sheriff en Augusta Falls, mi pueblo.

—Vino por aquí casi en cuanto pasó. No podía llevar en los periódicos más de un día y él ya estaba en la puerta haciendo todo tipo de preguntas.

—¿Dijo si estaba buscando a alguien?

—Pues sí.

Levanté las cejas con expresión de interrogación.

Vallelly se echó adelante sobre la silla y apoyó los antebrazos en la mesa.

—¿Quiere que le diga a quién andaba buscando?

—¿Podría?

—No lo sabía, hijo. No sabía a quién estaba buscando, pero dijo que podía ser un alemán.

—¿Un alemán?

Vallelly asintió.

—Eso es lo que dijo. Dijo que estaba buscando a un alemán.

—¿Mencionó algún nombre?

—No, no me dio ningún nombre. Primero pensé que este tal Haynes Dearing habría sido reclutado para que nos ayudara con esto, pero no se quedó más que una o dos horas y luego se fue.

—¿No dijo adónde?

—Ni siquiera se despidió. Llegó y se fue como el viento.

—¿Y la investigación?

Vallelly se echó atrás y frunció el ceño.

—No le puedo decir cómo va una investigación abierta, hijo. No puedo divulgar ese tipo de información.

—Pero no han arrestado a nadie, ¿verdad?

Vallelly hizo una breve pausa, y esbozó una sonrisa burlona.

—Digamos que no ha habido ningún titular sobre el caso en el *Stone Gap Herald* y dejémoslo así.

—¿Y no ha vuelto a oír hablar del sheriff Dearing?

—Ni una palabra. —Vallelly sacudió la cabeza—. Dijo que me informaría si su investigación daba algún fruto. ¿Me ha dicho que usted era de Augusta Falls?

Asentí.

—¿Y él era sheriff allí?

—Sí, lo fue bastantes años.

—¿Y allí tuvieron el mismo problema?

—Diez veces —dije yo—. Entre 1939 y 1949. Asesinaron a diez niñas.

—¿Todas en el mismo pueblo?

Negué con la cabeza.

—No, algunas eran de condados de los alrededores. Al final acabaron implicados cinco departamentos de policía diferentes, creo.

Vallelly soltó un silbido entre los dientes. Cogió una pipa que tenía sobre la mesa y empezó a cebarla.

—¿Y se trata de la misma persona?

—Eso creemos.

—¿«Creemos»?

—Haynes Dearing y yo.

—Sí, claro. ¿Y usted está intentando encontrar a ese tal Dearing para poder investigar esto juntos?

—Sí.

Vallelly me miró de reajo por encima de la cazoleta de su pipa.

—Y usted es escritor, y él es un sheriff jubilado.

—Sí.

—¿Y por algún motivo creen que van a hacerlo mejor que yo y que un montón de sheriffs de media docena de condados?

Sonreí.

—No, por supuesto que no. Esto lleva repitiéndose treinta años. Ha habido asesinatos en Misisipi, Tennessee, Alabama y Carolina del Sur. Por lo que he podido comprobar, son al menos treinta en total, quizá más. Muchos de los sheriffs que empezaron la investigación ya no están en activo. Imagino que alguno se habrá jubilado, otros habrán muerto. No creo que se haya entendido del todo la naturaleza de este asunto. Ha ocurrido durante muchos años y en muchos lugares diferentes. Cada pueblo ha empleado sus propios recursos y ha realizado su propia investigación, pero nunca se han coordinado sus esfuerzos.

—¿Y usted piensa escribir un libro sobre el tema?

—Lo primero es encontrar a Haynes Dearing, ver qué sabe él, y luego quizás intentar promover la creación de algún tipo de cuerpo de operaciones conjuntas que compare toda la información para ver si hay algún patrón, intentar conseguir que todo el mundo trabaje al unísono.

Vallelly se quedó callado un rato. Encendió la pipa, y el crepitar del tabaco prendido fue el único ruido que se oyó en la sala. Unos arabescos de humo se elevaron en volutas hacia el techo, y la luz de la ventana los convirtió en fantasmas.

—No sé qué decirle —dijo por fin—. Yo tengo a una niña muerta. Se la llevaron muy cerca de su casa en pleno día. Nadie vio nada fuera de lo común, nada que recordaran luego. La encontraron horas más tarde...

—¿Cómo la encontraron, sheriff?

Él frunció el ceño.

—¿Cómo la encontraron? ¿Quiere decir quién la encontró?

—No —dije—. Quiero decir qué le habían hecho.

Vallelly volvió a mirarme de reajo.

—No sé si eso es algo de lo que quiera hablar con nadie.

—Yo encontré a una de ellas.

Vallelly parecía sorprendido.

—Cuando tenía catorce años. Encontré a una de ellas en lo alto de una colina, cerca de donde vivía. —Sentí que el recuerdo volvía a mí, presionándome el pecho—. Cuando digo que la encontré, sería más preciso decir que encontré la mayor parte

de su cuerpo.

—Dios santo —exclamó Vallelly de pronto.

—Sé lo que hace. Lo he visto de cerca. He leído al respecto, he hablado de ello, llevo cargando con ello desde que era niño...

—La cortó por la mitad, señor Vaughan —dijo Vallelly—. La cortó por la mitad como si fuera un saco lleno de cualquier cosa. La dejó entre unos árboles al borde de la carretera, donde cualquiera habría podido encontrarla, niños, o quien fuera. Nunca había visto algo así en mi vida, y ruego a Dios que nunca tenga que volver a verlo. Eso es lo que le hizo, señor Vaughan, cortó a una niña de nueve años en dos de un tajo y la dejó al lado de una carretera.

Ninguno de los dos habló durante un rato. Luego Vallelly levantó la vista y dijo:

—Así pues, ¿qué va a hacer ahora, hijo? ¿Tiene algún plan sobre cómo va a encontrar a ese amigo suyo?

—No he pensado nada en particular.

—Nada en particular no va a servir de gran cosa, ¿no?

—No, desde luego.

—Si quiere, puedo emitir un aviso para que contacte con usted.

Me quedé sorprendido; de pronto recuperé la esperanza.

—¿Puede hacer eso?

—Puedo hacer lo que me salga de las narices —dijo Vallelly, sonriendo—. Soy el sheriff, ¿no?

—¿Qué significa eso? ¿Un aviso?

—Puedo enviar un teletipo a todos los sheriffs del estado. Puedo darles el nombre del tipo, su descripción. Puedo decirles que no se le busca para investigarlo, pero que necesito localizarlo. ¿Quiere que le digan que le está buscando?

—Sí, claro. Si alguien le ve, pueden decirle que quiero hablar con él.

—¿Y pueden darle su nombre?

—Por supuesto. Eso se lo agradecería muchísimo, sheriff.

—Delo por hecho, señor Vaughan. Tengo aquí a mucha gente que quiere saber lo que le pasó a Rachel Garrett, y si hay algo que pueda ayudarme a conseguirlo, es mi deber intentarlo. ¿No le parece?

Le di las gracias al sheriff Norman Vallelly con tanta vehemencia que creo que el hombre se sintió violento. Le dije que me quedaría en Stone Gap un día más o menos, que quizá me quedara más. Me dijo que me mantendría informado sobre cualquier información que le dieran, y que le informara de mi paradero si decidía irme. Me recomendó el Hotel Excelsior, en Fallow Road, a tres travesías de allí, a la derecha.

—Suena como si fuera el Ritz o algo así, pero desde luego no es nada parecido. Está bastante limpio, las habitaciones no son caras y así sabré dónde encontrarle.

Le di las gracias de nuevo a Vallelly, le estreché la mano y salí de su despacho.

Recorrí las tres travesías y encontré el Excelsior, un modesto edificio de tres plantas pintado de color crudo y con los marcos de las ventanas de color crema.

Sentía como si estuviera pasando algo. Por primera vez en todos los años que recordaba, realmente creía que podía tener alguna oportunidad. Mínima e insustancial, pero era una oportunidad. A aquellas alturas agradecía cualquier cosa, y decidí no cuestionarme si tenía sentido aquella esperanza.

El miércoles día 5 estaba que me subía por las paredes de mi pequeña habitación de hotel. Ya había ido dos veces a la oficina del sheriff Vallely: la primera vez no lo había encontrado, la puerta exterior estaba cerrada y las luces apagadas; la segunda vez, el lunes por la tarde, se limitó a mirarme desde detrás de su mesa, con los mismos ojos hundidos, y negó con la cabeza. No dijo nada. Yo también me quedé callado y me fui de allí.

Desde la ventana de mi habitación podía ver el cruce entre Fallow Road y la calle transversal. A mi derecha, algo apartada, estaba la escuela de Stone Gap, un complejo de pequeños edificios de ladrillo con un campo de deportes detrás. En ocasiones oía las risas y el jaleo de los niños —a primera hora de la mañana, hacia mediodía y a media tarde, cuando acababan las clases—. El martes, poco después de las tres, estaba tendido en mi cama y por la ventana me llegó el sonido de las risas de unas niñas. Estaban jugando a algún juego en la calle, y al acercarme a la ventana las entendí. Sus voces me provocaron un repentino e inesperado escalofrío.

—Uno, dos y tres... el mundo al revés... el ganso bebió vino... el mono subió a un pino... el pino se rompió... y el mono se cayó... y al cielo los dos fueron... en un barco velero...

—Da una palmada... da una palmada... da una palmada...

Me quedé allí, de rodillas, con los antebrazos apoyados en el alféizar y la barbilla sobre las manos, con los ojos cerrados. Cada vez que cantaban aquella rima sentía que se me erizaba el vello de la nuca. Era como si supieran que yo estaba allí, y simplemente me recordaran el motivo de mi existencia. Al final, no podría decir cuándo, adquirí conciencia del silencio. Volví a la cama y me tendí. Tenía las mejillas bañadas en lágrimas, pero no recordaba haber llorado.

El miércoles a las cinco llamé a la oficina de Vallely. Me presenté en la puerta y él me llamó por mi nombre y me saludó con el brazo.

—No tengo nada para usted —me dijo—. Sé que esto debe de ser frustrante, pero ahora mismo me parece que no puedo hacer nada más. Su amigo está por ahí, y a menos que ya haya abandonado el estado, alguien tendrá que verlo —sonrió, comprensivo—. Lo que pasa es que no podemos adivinar cuándo va a ser eso.

—Estoy pensando en volver a Nueva York —le dije, y yo mismo me sorprendí al ver que articulaba un pensamiento que ni siquiera me había planteado en serio.

Era una idea pasajera, y en el mismo momento en que la verbalicé me pregunté por qué lo había hecho.

—No me parece mala idea —dijo Vallely—. Llámeme cuando llegue y dígame

cómo localizarle. A lo mejor cuando llegue allí ya tenemos noticias para usted.

Di unos pasos y me senté frente al sheriff.

—Podría quedarme esperando toda la vida —dije, resignado. Me di cuenta de que no había hablado con nadie en más de tres días. Quería hablar, quería oír el sonido de mi propia voz, oír que alguien me respondía y responder yo a mi vez. La soledad se había instalado en mí y no me gustaba—. Es fundamental que pueda hablar con él, pero al mismo tiempo me da la sensación de que quedarme aquí no sirve para nada...

—Salvo para recordarme que no tengo lo que usted busca —dijo Vallelly, y sonrió.

Sonrió como el Haynes Dearing que yo recordaba de mi infancia, y me dolió pensar en él, pensar en todo lo que habíamos pasado los dos, y que ahí estábamos ambos, treinta años más tarde, aún persiguiendo los mismos fantasmas.

—Le diré algo —añadió Vallelly. Una vez más tomó su pipa e inició el laborioso ritual de introducir el tabaco y apretarlo—. Cuando uno llega a mi edad, con todos estos años a mis espaldas, en la oficina del sheriff, empiezas a preguntarte si no habrá un porcentaje de población que nunca llegarás a entender. Algo así, el asesinato de niñas... y no sólo el asesinato, sino el modo en que han sido violadas y masacradas... —Vallelly cerró los ojos un momento y sacudió la cabeza—. ¿Usted entiende una cosa así, señor Vaughan?

—No —respondí—. No lo entiendo. Y no sé si quiero entender una cosa así. Una persona así...

—Es el individuo más enfermo con el que te puedes cruzar —me interrumpió Vallelly—. Eso es lo que creo yo.

Sonreí y miré al suelo.

—Me da la impresión de que ha estado ahí toda mi vida. Empezó cuando era un crío y... joder, todo lo que he hecho desde entonces se ha visto contaminado por este asunto.

—¿Y ése es el motivo del libro?

—¿El libro? —respondí, frunciendo el ceño.

—Sí, claro, el libro que está escribiendo. A mí me parece que poner todo eso por escrito va a ser una especie de exorcismo para usted, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Quizá. Ya veremos, ¿no le parece?

—Dígame una cosa —dijo Vallelly. Se inclinó hacia delante e hizo una mueca—. ¿Cómo reacciona un niño, al ver algo así?

—Te recuerda que todo es temporal —respondí—. Yo tenía un grupo de amigos. Nos llamábamos los Vigilantes. Haynes Dearing colgó unos carteles por Augusta Falls. Eran advertencias, nos recordaban que estuviéramos siempre atentos, que tuviéramos cuidado con los extraños. En el cartel pusieron la silueta de un hombre. Aquello centraba nuestros pensamientos. Quizá aquello fuera lo más importante que he hecho nunca. Reuní a los chicos y nos juramentamos. Incluso nos hicimos un corte

en la mano, el numerito de los hermanos de sangre. Prometimos que protegeríamos a los otros niños, que nos aseguraríamos de que no les pasara nada, de que nadie les hiciera daño.

—Pero aquello no acabó, ¿verdad?

—No, no acabó. Volví a Augusta Falls hace sólo unos días, y fui a ver a alguno de aquellos chicos...

—Déjeme adivinar: Y no tuvieron un momento para usted.

—Exacto.

Vallelly sonrió, comprensivo.

—Ya me lo imaginaba. Ahora todos son hombres maduros, tienen sus propios hijos. Lo que ocurriera entonces ya no tiene nada que ver con ellos.

Asentí.

—Es la naturaleza humana, señor Vaughan. Yo diría que antes no era así, pero así es ahora. El mundo ha cambiado. Y la gente ha cambiado más. No es que me guste la dirección que han tomado las cosas, pero desde luego eso no puedo cambiarlo yo solo.

—Por eso hacemos lo que hacemos, con la esperanza de que sirva para algo, ¿no?

—Exacto —dijo Vallelly—. Como usted y su amigo Haynes Dearing.

Me dispuse a levantarme de la silla.

—Créame, señor Vaughan, me gustaría que lo encontrara —reconoció Vallelly—. Quiero que lo encuentre y descubran la manera de detener esto. Haré lo que pueda. Enviaré otro teletipo, y en cuanto usted llegue a Nueva York llámeme para decirme dónde puedo encontrarle. ¿De acuerdo?

—Lo haré —respondí.

Le tendí la mano, estreché la del sheriff Norman Vallelly, di media vuelta y salí de su oficina.

Volví al Excelsior y recogí mis cosas. En el mostrador de recepción me informé sobre los autobuses y decidí tomar uno a Atlanta; allí encontraría un Greyhound que me llevara de vuelta a Nueva York.

No quería irme, pero sentía que no podía quedarme. Estaba entre la espada y la pared. Me pareció que irme sería más fácil, así que eso hice.

Me fui de Atlanta hacia Nueva York. A media tarde, el 6 de abril de 1967. Si hubiera sabido que todo iba a acabar en unos días, me pregunto si no habría retrasado mi viaje. Es curioso pensar en ello ahora, pero la pregunta que tenía en la mente era qué haría cuando todo esto acabara. Fuera como fuera, en algún momento se acabaría, y entonces... ¿dónde iría yo?

Me subí a un Greyhound y dormí lo mejor que pude. Viajamos ocho horas y luego paramos un rato. Bajé del autobús y me quedé junto a la carretera. Me dolía el cuerpo. Tenía la mente enterrada en el fondo de un profundo pozo de angustia. Miré a mis compañeros de viaje: un hombre con sobrepeso, con un sombrero chato y que olía a loción de afeitado de colmado y a puros de treinta centavos; una chica embarazada de no más de veinte años que llevaba todas sus posesiones en un viejo bolsón Samsonite; un vendedor de zapatos de cincuenta y tres años y con cara de cansancio que en la cartera llevaría la foto de la mujer que le había dejado y del hijo que no le había llamado en once años; a su lado, un jugador de fútbol americano universitario de pelo rubio y grandes dientes con una rodilla problemática, por fin resignado a una vida sin animadoras, taquillas y alcohol de dar friegas. Aquellas personas eran fantasmas, imágenes de los que poblaban otro mundo, un mundo del que parecía que yo me había bajado y al que quizá nunca volviera. Intenté hablar con ellos, pero qué iba a decirles: «He salido de pasar una temporada en la cárcel por un asesinato que no he cometido. He perdido a más personas de las que me ganaré nunca. Estoy cruzando el país en busca de un hombre para que me ayude a identificar a un asesino de niñas. Por lo que sé, hay veintinueve víctimas. Las oigo a todas. Algunas de sus caras están impresas con tinta indeleble en la parte interior de mis párpados. Cuando cierro los ojos, son lo único que veo. ¿De qué dice que quería hablar?».

Llegamos a Nueva York el domingo por la mañana. Nueva York había cambiado pero, igual que Augusta Falls, la Nueva York que yo recordaba seguía ahí, bajo la superficie. Rememoré la primera vez que la había visto, en abril de 1949. Cómo me había impresionado. Todo tan brillante, vistoso y arrogante. Majestuosa. Imponente. Una explosión de humanidad.

Recordaba cómo me había dejado sin aliento aquella ciudad, y los dos días que habían pasado antes de que pudiera recuperarlo.

Habían transcurrido dieciocho años. Me sentía viejo.

Brooklyn me atraía, magnética y absorbente, y yo me dejé absorber.

Me quedé allí de pie, en la esquina de Throop con Quincy. La casa de Aggie Boyle había desaparecido. Ya no era la misma calle, ni el mismo cruce, pero sentí que aún contenía el recuerdo de Bridget. Ella también era uno de los fantasmas que me perseguían.

Me pareció que había hecho bien en volver. Volver a donde había empezado mi pesadilla. En busca de una catarsis, quizá, o puede que simplemente para tentar al destino, cogí una habitación de hotel a menos de doscientos metros de la esquina que había doblado aquel día al regresar a Manhattan, lanzándome de cabeza hacia el que sería el peor día de mi vida. O quizá no... Daba la impresión de que había tenido muchos días malos. ¿Qué había hecho para merecer aquella vida? ¿Qué crimen había cometido para que tuviera que pagar aquel precio?

No lo sabía. No me atrevía a preguntarlo. Dejé que mi mente callara y me senté en el alféizar de la ventana de mi habitación, contemplando Brooklyn con ojos diferentes.

Por la mañana llamaría al sheriff Vallely y le diría dónde estaba.

—Tenemos noticias de él —dijo Vallely en cuanto tuve conexión.

—¿De Dearing?

—Ese mismo. Alguien lo vio en Baxley.

—¿Baxley? —pregunté.

Baxley estaba a menos de una hora de Augusta Falls.

—Alguien que conozco allí. Trabajábamos juntos cuando estuve en Macon.

—Vaya —dije, entre dientes.

Estaba de pie en el mostrador de recepción del hotel. A mis espaldas, a través del ventanal, habría podido ver el cruce de Quincy. Le di la espalda al recepcionista para mantener una mínima privacidad.

—¿Señor Vaughan? ¿Está usted ahí?

—Sí... esto... perdone, sí, estoy aquí. Muy bien. Así que estuvo en Baxley. ¿Cómo es que hablaron con él?

—Pinchó una rueda y tuvo que parar. Mi amigo... es el ayudante del sheriff del lugar, bueno, se paró a echarle una mano y se pusieron a hablar. Le dijo que contactara conmigo, que yo tenía noticias de un viejo amigo que le estaba buscando.

—¿Le dio mi nombre?

—No, yo no había comunicado su nombre. Estoy esperando que el tipo me llame, que establezca contacto y así podré darle su paradero.

—¿No dijo adónde se dirigía?

—Dijo que iba a salir de Georgia, creo que iba hacia el norte. Se ve que no habló mucho, pero sí le aseguró que me llamaría.

Me quedé en silencio un rato.

—Parece que le ha sorprendido bastante, señor Vaughan.

Respiré hondo y aguanté el aire un momento.

—Sí —le confesé—. Era una posibilidad mínima. Por Dios, no sé qué decir.

—Bueno, no hay mucho que hablar hasta que Dearing contacte conmigo, y entonces ya veremos qué hacemos. ¿Le parece?

—Sí. Y gracias. Le agradezco mucho todo lo que está haciendo para ayudarme, de verdad.

—Bueno, señor Vaughan, como ya le dije, si sirve para acabar cuanto antes con esto, estoy encantado de poder ayudarle. Así que usted se quedará ahí, ¿verdad? Si Haynes Dearing me llama, me aseguraré de que se pone en contacto con usted.

—Gracias. Sí, en cuanto sepa algo, llámeme.

—Cuídese, señor Vaughan, con un poco de suerte muy pronto tendré noticias.

Le di las gracias otra vez al sheriff Vallely y colgué. Le pedí al recepcionista que me avisara enseguida si recibía alguna llamada. El recepcionista: un hombre bajito y algo calvo llamado Leonard, con los cabellos restantes peinados horizontalmente de oreja a oreja, me miró por encima de unas gafas de media luna.

—¿Problemas? —preguntó, escéptico.

Sonreí y negué con la cabeza.

—No, estoy algo nervioso —dije—. Un viejo amigo. No lo he visto en muchos años y me ha surgido la posibilidad de encontrarlo.

Leonard sonrió, más tranquilo.

—Buena suerte —dijo—. Ya le buscaré si llega alguna llamada.

Volví a mi habitación y me senté en el borde de la cama. Tenía la impresión de que la cabeza me pesaba más de lo que podían soportar los hombros, así que me acosté, me coloqué una almohada bajo la cabeza e intenté pensar.

Augusta Falls. El sheriff Haynes Dearing. Los Vigilantes contra el asesino de niñas. Volví sobre mis pasos a lo largo de todo lo sucedido, todo lo que podía recordar. Pensé en la charla de Dearing en la escuela, cómo nos miró a todos uno por uno, sin mencionar nuestros nombres pero dejando muy claro a quién se refería. El quebrantamiento del toque de queda. Las palabras de advertencia. Mi madre. Cómo se había sumido irreversiblemente en las profundidades de algo aterrador. Elena Kruger. El fracaso en mi intento por protegerla. El juramento que habíamos hecho de niños, y cómo lo habíamos abandonado.

Y pensé en el asesino, en las niñas que habrían sufrido en sus manos. Intenté comprender qué podía llevar a un hombre a hacer algo así. Rabia. Odio. Celos. Alguna locura indescriptible procedente de las profundidades del alma, imposible de exorcizar. Una locura que Laurence Gabillard, por muchos títulos que tuviera, nunca podría aspirar a comprender.

Y entonces pensé en Georgia, en todo lo que había sido, todo lo que había representado. En Reilly Hawkins, en Frank Turow, en el tuerto Lowell Shaner, que había participado en aquella línea de setenta hombres y que había llorado por una niña a la que no conocía.

Pensé en la pregunta del archivo de Haynes Dearing: «¿Dónde fue el chico después de Jesup?».

¿Dónde fue el chico?

La repentina llamada a mi puerta me sobresaltó. Perdí el equilibrio y me caí del borde de la cama. Me puse de pie de un salto, con la sangre concentrada en la cabeza, y por un momento me sentí completamente desorientado. Me dirigí a la puerta, la abrí y ahí estaba Leonard, aturullado y nervioso.

—Su llamada —dijo—. Su llamada, abajo... Su amigo, creo.

Dejé a Leonard atrás y bajé corriendo las escaleras. Llegué al mostrador y cogí el auricular de un manotazo.

—Joseph —dijo Haynes Dearing.

—¿Sheriff Dearing?

Se rió.

—Dios santo, hace un montón de años que nadie me llama así. Caray, hijo, ¿cómo estás?

Me eché a reír. Me embargaba la emoción. Sentí que me mareaba, estaba a punto de desmayarme, y pasó un buen rato hasta que encontré qué decir.

—Estoy... Estoy bien. Sí, bien, sheriff. Le he estado buscando.

—Eso he oído —dijo Haynes Dearing.

Con el sonido de su voz, todo lo que recordaba de él volvió a mí como si acabáramos de hablar el día anterior. Tenía tanto que contarle, y sin embargo apenas podía hilar una frase tras otra.

—Así pues, ¿dónde estás?

—En Nueva York —respondí—. En Brooklyn.

—Caray, en Brooklyn precisamente. Pensé que ya te habrías cansado de ese lugar... Ya sabes, con todo lo que ocurrió en aquel tiempo.

—Todo lo que ha ocurrido en mi vida, sheriff —dije yo—. Tenía la esperanza...

—¿De que nos viéramos?

—Sí, sí, de que nos viéramos. ¿Dónde está usted?

—Bueno, por todas partes. Pero puedo ir a verte —dijo Dearing—. Puedo ir a Nueva York a verte, Joseph... Si eso es lo que quieres.

—Sí —dije. Casi no creía lo que estaba pasando—. ¿Podría?

—Claro que podría. Será agradable verte otra vez después de todos estos años. —Hizo una breve pausa—. Me enteré de todo lo que pasó. La chica de Nueva York... el juicio...

—Déjelo —le corté—. No quiero hablar de eso. Quiero hablar de...

—Ya sé de qué quieres hablar, Joseph, y por eso te he llamado. Debería ir a Nueva York. Creo que es lo mejor, teniendo en cuenta las circunstancias. Podría salir casi de inmediato. Si tomo el tren quizá podría llegar mañana, ¿no?

—Sí —respondí.

Cada nervio de mi cuerpo estaba tenso de impaciencia. Sentía miedo, agotamiento, una emoción incontenible. Vería a Haynes Dearing. Entre los dos encontraríamos el sentido a todo aquello y pondríamos fin al asunto. Lo sabía. Estaba convencido. Tenía que creerlo.

—Muy bien, pues quedamos así —dijo Haynes Dearing—. Iré a Nueva York. Dime dónde estás.

Le di la dirección del hotel. Le dije que no me iría a ninguna parte, que me quedaría allí y que le vería en cuanto llegara. Le di las gracias por llamar, por acceder a venir, por la posibilidad de que por fin habláramos y diéramos algún paso en dirección a la verdad.

Haynes Dearing se despidió y colgó.

Me quedé allí, con el auricular zumbando en mi mano hasta que Leonard me lo

tomó y volvió a colgarlo en el soporte.

—¿Todo bien?

Me giré y le miré. Sonreí como un tonto.

—No podría ir mejor —dije—. No podría ir mejor.

Media hora más tarde salí y compré provisiones: un poco de pan, queso, unas lonchas de jamón y un par de manzanas. No quería tener ningún motivo para salir del hotel. Subí la comida a mi habitación y la dejé sobre la mesa, cerca de la ventana. Corrí las cortinas y me senté en una de las sillas que había contra la pared.

No pude quedarme sentado mucho rato. Empecé a pasear por la habitación. Caminé hasta la ventana y cerré bien las cortinas. Quería que oscureciera. Quería dormir, no pensar en nada, que ya fuera mañana, ver a Haynes Dearing caminando por la calle, en dirección al hotel.

Bajé y llamé al sheriff Vallely para decirle que Dearing había contactado conmigo, para darle de nuevo las gracias por su ayuda. El teléfono sonó al otro lado de la línea, pero no contestó nadie.

Otra vez en mi habitación, paseé entre la ventana, la puerta y el pequeño baño. Me sentía como si estuviera en Auburn de nuevo, contando los pasos para aislar la mente de todo. Creía que estallaría, quizá por combustión espontánea, allí mismo, en aquella habitación. Los sentimientos que me asaltaban eran indefinibles, pero muy cercanos, más cercanos que ninguna otra cosa. Intenté pensar en cosas que había leído, en películas que había visto. Intenté pensar en Alex, en Bridget, intenté ver sus caras para recordarme a mí mismo por qué estaba haciendo aquello. No me venían a la mente, casi como si notaran mi agitación y decidieran que no querían formar parte de ella.

Al final me eché sobre el colchón. Cerré los ojos y el sueño me tentó; me resistí, pero la tentación era fuerte; mi cuerpo estaba cansado, y mi mente creía que luchar no serviría para nada. Y mientras estaba allí tendido me imaginé el encuentro con Haynes Dearing, las cosas de las que hablaríamos, los años que había pasado viajando por el país en busca de la redención. Había matado a Gunther Kruger, aquello por lo menos sabía que era cierto, y me preguntaba cuánto le habría remordido la conciencia.

«Estoy perdido —diría él—. Llevo caminando treinta años y aún sigo perdido. Y no entiendo este asunto más de lo que lo entendía entonces.»

«No pasa nada —le diría yo—. No pasa nada, porque entre los dos conseguiremos que esto acabe de una vez por todas. Ahora está aquí, y eso es todo lo que importa, y quiero que me diga lo que ha visto y oído, lo que cree, por qué cree que esto nunca va a acabar. Eso puede hacerlo, ¿no? ¿Puede hacer eso por mí?» Y Dearing se sentaría en la silla junto a la ventana y el sol de la tarde, tras él, le crearía un halo alrededor de la cabeza, y yo pensaría en los ángeles, y pensar en los ángeles

volvería a traerme la imagen de sus rostros, y al reconocerlas me estremecería, y entonces entendería por qué he dejado que esto me consuma.

«Cuénteme —le diría—. Cuéntemelo todo.» Y yo escucharía.

Y extenderíamos los recortes de periódico sobre la colcha de la cama, y él miraría todas aquellas caras, y me diría por qué pensaba que habían muerto, y por qué habían asesinado a Bridget a no más de cien metros de aquel lugar. Y yo intentaría entender lo que me diría, las conclusiones a las que habría llegado durante todos estos años que no nos hemos visto, y él me contaría que a él también le habían perseguido los fantasmas del pasado, que él también podía cerrar los ojos y ver sus rostros, oír sus risas y sus gracias y sus juegos infantiles. Y a lo mejor lloraría, y al llorar juntos compartiríamos cierto sentimiento fraternal, de camaradería, y sabríamos que habíamos vivido aquello juntos a pesar de estar separados. Y entonces hablaríamos de lo que podríamos hacer, de adónde podríamos ir, de cómo podríamos poner fin a todo aquello.

Hablaríamos de miedo, de frustración; hablaríamos de rabia, de odio; hablaríamos de las noches en que nos habíamos encontrado frente a aquel hombre, enfrentándonos a él en nuestros sueños, y de cómo lo habíamos matado. Una y otra y otra vez, y mil veces más. Y de cómo nos habíamos despertado y nos habíamos dado cuenta de que la sensación de justicia que creíamos haber alcanzado no era más que un espíritu, una sombra, un fantasma... igual que el asesino de niñas.

Todas aquellas cosas y, por debajo, el recuerdo de aquellos días en Augusta Falls, del inicio de aquella pesadilla, y la convicción de que tenía que haber acabado allí mismo.

Un círculo, podríamos decir.

Y Haynes Dearing me miraría, y en sus ojos vería a un hombre joven, un hombre que en cierto modo se había preocupado por mí, por mi madre, que la había visitado tantas veces como había podido, que había hablado con ella y le había infundido ganas de luchar. Cuando todos los demás nos habían dado la espalda, el sheriff Haynes Dearing había estado allí. Nunca había abandonado. Una roca. Un pilar de entereza. Un hombre sin fracturas ni reservas.

Había sido duro, le diría yo. Sufrir todas aquellas pérdidas. Mi madre. Alex. Bridget. Elena y las otras. No sabía que se podía perder a tanta gente y seguir creyendo en la bondad natural de las personas.

«Eso es porque tenemos fe —diría él—. Eso es porque creemos en lo que estamos haciendo, pese a lo que nos encontramos por el camino; creemos en lo que hacemos.» Acercándose más a mí, susurrando quizá, casi en un tono de conspiración, como si sólo nosotros dos entendiéramos la naturaleza de lo que había sucedido.

«Y tenemos que hacer algo para detenerlo», diría yo, y Haynes Dearing asentiría y estaría de acuerdo, y entonces me hablaría de los años que había pasado viajando por el país en busca de la siguiente niña, quizá esperando desesperadamente que no hubiera ninguna más, pero sabiendo, sabiendo, que sí la habría.

«¿Recuerda los Vigilantes? —le diría, y Dearing se reiría—. Así es cómo nos llamábamos, los Vigilantes. Hans Kruger y yo, y Maurice Fricker... ¿Se acuerda de él? Lo vi hace poco...»

«¿Hace poco?»

«Sí, sólo hace unos días. ¿Sabe que su padre murió?» «¿Gene ha muerto?»

«Sí, ha muerto. Le atropellaron en algún sitio, fuera del condado. Maurice es clavado a su padre. Siempre lo fue, pero con la edad aún se le parece más. ¿Y Michael Wiltsey? “El polvorilla”, le llamábamos. No podía estarse quieto. Y luego estaba Daniel McRae... Y siempre lo vigilábamos de cerca, ¿sabe? Porque su hermana fue una de las que murió. Lo vigilábamos como aves de presa, por miedo a que en cualquier momento se viniera abajo y nos lo encontráramos hecho una piltrafa. Y Ronnie Duggan. ¿Sabe quién es Ronnie Duggan?»

«Sí, lo recuerdo. Un pequeñajo, con el flequillo tapándole los ojos todo el rato.»

«Ese mismo. Él también estaba con nosotros. Y usted colgó aquellos carteles por todo el pueblo, aquellos con la silueta.»

«Me acuerdo de eso... Dios, no he pensado en eso desde hace muchísimos años.»

«Sí... Y éramos los Vigilantes contra el asesino de niñas, y aunque sabíamos que en realidad no podíamos hacer nada para detenerle, por lo menos lo intentábamos, ¿sabe? Intentamos hacer lo que pudimos para impedir que aquello tan terrible siguiera ocurriendo.» «Ya sé que lo hicisteis, Joseph, ya sé que lo hicisteis. ¿Y qué dijeron cuando te vieron?»

«Puede imaginarse, sheriff. No querían saber nada. Preferían fingir que todo aquello pertenecía al pasado. Que se acabó en Augusta Falls con la muerte de Gunther.»

«Sí... con la muerte de Gunther.»

«Eso lo sé, sheriff. Sé lo que pasó aquel día.»

«Sé que lo sabes, Joseph. Sé que te imaginaste lo que pasó.» «Y entiendo por qué lo hizo.» «¿Ah sí?» «Sí, creo que sí. Porque quería que todo el mundo pudiera seguir con su vida. Quería que todo volviera a ser como antes, y pensó que si sabían quién era el culpable dejarían de preocuparse, que dejarían de tener miedo, y que Augusta Falls podría ser el pueblo que era antes del asesinato de Alice.»

Dearing se quedaría callado, y me miraría con lágrimas en los ojos e, igual que había ocurrido con mi madre cuando me habló de lo que había ocurrido entre ella y Gunther Kruger, vería que Haynes Dearing quería que le perdonara.

«Puedo intentar entenderlo... pero no puedo perdonarle, sheriff. No puedo absolverlo de sus pecados. Eso es algo con lo que va a tener que enfrentarse cuando busque su redención.»

«Lo sé, Joseph, lo sé. Pero tenía tantas ganas de que acabara... Sé que lo entiendes. Quería que todos pudieran volver a la vida que llevaban antes. Supongo que creí que si tenían alguien a quien culpar, sería una especie de liberación. Supongo que creí...»

«Está bien, sheriff, está bien. Ahora ya ha pasado, y por mucho que hablemos de ello, lo ocurrido no va a cambiar.»

«¿Y ahora, Joseph? ¿Ahora qué?»

«¿Ahora? Pues no lo sé. Parece que hace tanto tiempo... Tan atrás, que a veces me pregunto si no lo habré soñado todo, si no lo habré soñado y me lo habré creído tanto que he acabado pensando que ocurrió de verdad.»

«Ocurrió, Joseph. Ocurrió de verdad.»

«Lo sé, sheriff, ya lo sé.»

«Entonces, ¿qué vamos a hacer, Joseph?»

«Yo esperaba que usted tuviera una respuesta.» «¿Yo? ¿Por qué pensabas que pudiera tener una respuesta mejor que la tuya?» «Porque usted estaba allí. Todos estos años... mientras yo estaba aquí, en Brooklyn, mientras estaba en la cárcel en Auburn, usted seguía allí, buscando.»

«Sólo porque estuviera buscando, no quiere decir que tenga una idea mejor sobre qué hacer. Simplemente vi más que tú, eso es todo. Ni más ni menos que eso, Joseph... Simplemente vi más que tú.»

«¿Y ver más le ayudó a entender mejor por qué ocurrió, sheriff?» Un silencio que duraría una eternidad, y luego me miraría a través de las lágrimas y me diría: «Ocurrió porque mató a la primera niña, y a partir de entonces sintió vergüenza. Imagino que ella le hablaría, le hostigaría, le seguiría allá donde fuera, y cada niña que vería le recordaría la primera, y luego la segunda, y luego la tercera. Y tenía que acallar sus voces, Joseph. Imagino que le hablarían y aquello le volvería loco. Acabarían por quitarle el sueño. Por impedirle llevar ningún tipo de vida. Tenía que hacerlas desaparecer... y al final, por fin, todas se convirtieron en la misma, y todas le miraban del mismo modo, y sus voces eran como una voz, y el único modo de acallarlas era matarlas. La culpa, ¿lo ves? Había plantado la semilla de la culpa, y a partir de entonces no podía hacer nada más que intentar hacer desaparecer esa misma culpa.» «¿Usted cree que es así cómo ha pasado?»

«No lo sé, Joseph. No sé si nadie conseguirá entenderlo alguna vez. Yo lo he intentado, créeme que lo he intentado... pero cuanto más pienso en ello, más confundido estoy.» «Bueno... ya está bien. Ahora sólo tenemos que decidir qué hacer, eso es todo... Tenemos que decidir qué hacer.»

La mañana del martes 11 me desperté de pronto. Tenía la ropa bañada en sudor. La luz del sol se abría paso hasta la habitación a través de las cortinas cerradas, pero el ruido de la calle me decía que había empezado otro día. Miré el reloj. Eran más de las once.

Me levanté y me duché. Me afeité, me cambié de ropa. Me planté frente al espejo y me pregunté si estaba listo para encontrarme con Haynes Dearing. «Si no lo estoy ahora, ¿cuándo?», me dije, e intenté hacer acopio de fuerzas, convencerme de que

estaba haciendo lo correcto.

Traté de comer algo de pan con queso, pero no tenía hambre.

La habitación no era más que mi celda de la cárcel, y aunque podía salir cuando quisiera, aunque no había cerradura en la puerta ni nadie al otro lado que me impidiera salir, me habría resultado tan difícil escapar como cuando estaba en Auburn. Todo lo que me rodeaba en el presente parecía un simple eco del pasado. En algún punto había tomado una decisión —quizá algo simple, incluso significativo— y, a causa de aquella decisión, a partir de entonces todo se me había escapado de las manos, tomando una trayectoria propia. El Joseph Vaughan auténtico existía en un mundo paralelo, en un mundo sin niñas muertas, en un mundo en el que había envejecido junto a Alex Webber, en el que su madre había vivido muchos años y en el que estaba presente, siempre tan guapa y tan satisfecha de la vida que había conseguido darse a sí misma y a su hijo. O quizá incluso en un mundo anterior. En otra vida, en la que Earl Vaughan tenía un corazón fuerte y resistente, el corazón de un gigante, inmune a algo tan insignificante como la fiebre reumática. Ahora mismo estaría en algún lugar con su esposa, y aunque no habían tenido más que un hijo, aquel hijo, su hijo, era un estímulo para ellos. Era escritor, y la gente lo conocía. Era de Augusta Falls, y Augusta Falls sería recordada por aquel hijo suyo.

En otro mundo. En otra vida.

No en aquélla.

Hacia las dos ya había abierto la ventana y me había sentado en una silla con los brazos apoyados en el alféizar. Mirando y esperando, esperando que Dearing no se lo hubiera pensado mejor. Iba a venir. Tenía que creer en ello. Quería que viniera. Lo metí todo en un único pensamiento y lo lancé al vacío. Quería verle aparecer por la esquina del cruce. Quería verle abrirse paso por la acera con aquel paso inconfundible. Quería que alzara la vista hacia la ventana y me viera, que levantara la mano, que sonriera, y que empezara a hablarme antes incluso de que pudiera oírle...

Seguí con la mirada los coches y los taxis que pasaban por la calle, deseando que alguno de ellos se parara junto al bordillo, que la puerta de atrás se abriera y que, tras un momento de duda, apareciera Haynes Dearing. No vería nada más que la copa de su sombrero al salir, pero sabría que era él. Sin dudas. Sin vacilaciones. Haynes Dearing en Brooklyn, y en mi hotel.

Para cuando el sol empezó a ponerse, se me comían los nervios. No podía hablar. Intenté mirarme al espejo, fingir que era otra persona, iniciar una conversación, aunque sólo fuera por oír una voz. Cualquier voz. De mis labios no salió más que un sonido ahogado; cerré los ojos y respiré hondo.

«Soy un exiliado», pensé, y me pregunté si me quedaría allí. Atrapado para

siempre en una prisión hecha por mí mismo, preso en una fisura del tiempo y el espacio, esperando a alguien que no llegaría nunca.

«Soy un exiliado, y nadie sabe que estoy aquí, salvo el hombre que estoy esperando. Y él no vendrá. Nunca tuvo intención de venir. Hizo una promesa y luego la rompió. Igual que la promesa que le hice yo a Elena. Palabras rotas. Promesas rotas. Juramentos sin valor. En eso me he convertido, y esto me lo he creado yo mismo. Es obra mía y de nadie más. Mía y de nadie más.»

Estaba oscuro. A través de un fino hueco entre las cortinas podía ver la luna, alta y llena. Brillaba como un único ojo y su luz, al penetrar en mi habitación, me encontró sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared junto a la cama.

Oí el coche que paraba. Oí un intercambio de palabras apagadas. Oí el portazo, el motor que se ponía en marcha y el coche que arrancaba.

Mi cuerpo se resistió, pero conseguí levantarme del suelo y llegar hasta la ventana.

Abrí las cortinas, subí la ventana y miré abajo. Miré abajo y podía haber sido el mismo día.

El jueves, 17 de febrero de 1949.

Cuando le vi tomarse unos segundos, mirar atrás, hacia la calle y luego levantar la vista hacia la casa, como si su propio ángel de la muerte fuera a salir por una ventana, lo supe.

Lo supe.

Levantó una mano.

Yo saqué una mano por la ventana abierta.

—Joseph —dijo, y su voz fue casi un suspiro.

—Tercer piso —dije yo—. La habitación al final del pasillo.

Él asintió, se colocó el sombrero en la cabeza como un signo de puntuación y luego caminó lentamente, a paso de funeral, hacia la puerta principal.

Rebusqué en mi bolsa. Saqué los recortes de periódico y los puse sobre la cama. El corazón se me salía por la boca, tenía las manos sudorosas. Me sentía el pulso en las sienes y la cabeza estaba a punto de estallarme. Cogí las sillas que había cerca de la ventana y las coloqué una frente a la otra en el centro de la habitación.

Me dirigí a la puerta.

Oí sus pasos por la escalera. Me quedé inmóvil un momento. Intenté respirar hondo. Intenté recomponerme. Di un paso atrás, me senté en la silla y cerré los ojos.

La puerta que tenía delante empezó a abrirse. Veía el pomo que giraba. Casi me desvanecí, creí por un momento que perdería la conciencia por completo. Vi cómo se abría la puerta centímetro a centímetro, y luego tuve a Haynes Dearing de pie frente a mí, y estaba sonriendo, con una sonrisa enorme y atractiva, y aunque había envejecido, aunque habían pasado casi treinta años desde la última vez que le había visto, le vi. Le vi, quizá por primera vez.

—Joseph —me dijo, al tiempo que entraba en la habitación y cerraba la puerta tras de sí.

—Sheriff Dearing —dije yo.

—Me alegra verte.

—¿De verdad?

Él echó un vistazo a la cama, vio los recortes de periódico dispuestos sobre la cama. Esbozó una sonrisa comprensiva, quizá hasta compasiva.

—Ésos son nuestros fantasmas, ¿no?

—Eso creo, sheriff —dije, y en algún lugar de mi interior encontré un resquicio de entereza y fuerza de voluntad—. Pase y siéntese. Siéntese y cuénteme cómo le ha ido.

Dearing no traía ninguna bolsa. Llevaba puesto un abrigo largo, y tardó un momento en quitárselo. Lo dobló cuidadosamente y lo colocó sobre la mesilla junto a la cama.

—¿Llevas mucho tiempo aquí, Joseph? —preguntó, mientras se acercaba y tomaba asiento.

—Un par de días.

Sonrió y soltó una risa.

—Huele como si alguien se hubiera muerto en esta habitación, Joseph, de verdad.

—A lo mejor es cierto.

Por un momento no hubo nada entre nosotros, y entonces Dearing metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó su pistola. Me apuntó al pecho.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó, y su voz sonó como si albergara afecto y preocupación.

—¿Cuánto tiempo? No lo sé, sheriff. Todo está confuso y parece una sola cosa. Miro hacia atrás y lo veo todo como si hubiera sucedido ayer.

—¿Tú entiendes algo de lo que ha pasado? —preguntó.

—Entiendo que usted puso a mi madre en contra de los Kruger, que hizo que creyera que Gunther Kruger, o quizá incluso Walter, era responsable de la muerte de las niñas. Creo que usted fue quien disparó una bala a través de la ventana de los Kruger y también quien mató a su perro. Creo que usted prendió fuego a la casa de los Kruger, y que luego visitó a mi madre todas esas veces a Waycross y le hizo creer que era ella quien lo había hecho.

Dearing se quedó mirándome, imperturbable. La comisura de la boca le temblaba, y aquello era lo único que me decía que estaba vivo. Tenía unos ojos oscuros, opacos y profundos. Podía verme reflejado en ellos, y lo que vi me asustó.

—Y fue allí, y colgó a Gunther Kruger. Me utilizó, ¿verdad? Me utilizó como chivo expiatorio. Fue allí, los mató, y le puso aquella cinta en la mano, y puso aquellas cosas bajo el suelo de madera... las pruebas de que Gunther era el asesino de las niñas.

Los ojos de Dearing se cerraron por un momento, y cuando los abrió en su cara había una sonrisa vaga y distante.

—Creo que usted puso aquella nota en el dossier que dejó en Valdosta. Quería

encontrar a los hijos de Kruger, quizá porque temía que se dieran cuenta de que había matado a su padre. Alguien vio aquella nota y pensó que usted sospechaba de uno de ellos. ¿Walter? ¿Era él a quien temía?

Dearing no respondió. Sentía mi corazón aporreándose el pecho sin tregua.

—Le temía, y quería encontrarle a él también, ¿verdad? Y también me temía a mí... lo que pudiera saber, lo que pudiera decir. Creo que usted vino aquí a matarnos a Bridget y a mí aquel día, y como yo no estaba, se conformó con matarla a ella. Creo que habló con la policía, que quizá les hizo pensar que no sólo era responsable de la muerte de Bridget, sino que los asesinatos de Augusta Falls nunca se habían resuelto, que seguían produciéndose, y que por tanto Gunther Kruger no podía haber sido el autor. Creo que usted sembró la duda en sus mentes y les hizo odiarme lo suficiente como para esperar de mí cualquier cosa. Les convenció de que no buscaran más, y no lo hicieron, y aquello hizo que yo perdiera casi catorce años de mi vida... una vida que de todos modos usted ya había destruido.

Dearing levantó la pistola y me apuntó a la cara.

—Ya basta —dijo—. No quiero seguir escuchándote...

—Y las niñas —dije, con la voz temblorosa al fijar la vista en el cañón de la pistola de Dearing—. Tantas niñas... Y usted se las llevó a todas a plena luz del día. Iba de uniforme, ¿verdad? Se puso el uniforme y fue conduciendo de pueblo en pueblo, y la gente le veía y no prestaba atención porque era un agente de policía. Ni siquiera las niñas, ni siquiera ellas sospecharon nunca quien era. No me equivoco, ¿verdad, sheriff Dearing? Eso es lo que ocurrió, ¿verdad?

Noté que su mano se tensaba sobre la pistola; cogí la mía junto a la silla y apreté el gatillo.

Los disparos fueron casi simultáneos. En el mismo momento en que vi el impacto de la bala en el pecho de Haynes Dearing, sentí el repentino e intenso dolor del mismo impacto en el hombro, en el pecho, en el corazón.

Dejé caer la pistola y lo mismo hizo Dearing, y por un momento nos quedamos allí sentados, mirándonos el uno al otro.

Dearing abrió la boca para hablar, pero se le cerraban los ojos. Murmuró algo ininteligible y luego la cabeza se le cayó hacia delante.

La habitación quedó en silencio salvo por mi respiración jadeante, y era una respiración débil, inconstante, y sentí que me sumergía en algo de lo que estaba convencido que nunca podría regresar.

Entonces llegó la oscuridad: grises ondas de dolor con destellos escarlata en su interior, y por debajo un pozo negro que parecía querer engullirme. Me deslicé alternativamente adelante y atrás, dentro y fuera del estado de inconsciencia, y oí los latidos de mi propio corazón, y más allá el sonido del aire de mi respiración abriéndose paso por unos pulmones perforados, y supe que no aguantaría mucho.

Hice un esfuerzo por mantener la conciencia, por concentrarme, miré a Haynes Dearing y empecé a hablarle.

—Soy un exiliado —dije, y mi voz era frágil, poco más que un suspiro.

»Me tomo un momento... para mirar atrás... y ver toda mi vida... y... e intento ver lo que fue realmente...

Le hablé durante mucho rato, hasta que no pude hablar más.

Llegó un momento en que por la ventana entró una brisa refrescante que parecía llenar la habitación; luego cerré los ojos y no sentí nada más.

Allí estaba mi madre, y mi padre también; y Elena, y Alex, y Bridget. Estaban todos allí, y me observaban mientras yo daba el primer paso en dirección a ellos.

Y entonces hubo luz, y voces, y gente gritando, y por un momento creí que había abierto los ojos y que veía a Reilly Hawkins de pie, sobre mí, riéndose de lo tonto que había sido. Y cuando abrió la boca, empezó a gritar a pleno pulmón, y lo que decía no tenía ningún sentido...

—¡Por todos los santos... que alguien llame a un médico! ¡Éste tiene pulso, joder! ¡Que alguien llame a un médico!

Por mi vida que no sabía de quién estaban hablando y, por algún motivo, no parecía tener ninguna importancia.

EPÍLOGO

Suplemento de literatura del *New York Times*

Lunes, 15 de agosto de 2005

El escritor recluso encanta a Nueva York

Ayer por la noche, en la Brooklyn Academy y ante un numeroso público, Joseph Vaughan, de setenta y siete años —autor esquivo y enigma literario— hizo una lectura de su última publicación, una secuela de su polémica novela de 1965, *Una silenciosa fe en los ángeles*. El nuevo libro, titulado *Los Vigilantes*, cuenta la vida de Vaughan tras su puesta en libertad de la prisión estatal de Auburn en febrero de 1967. Su primera obra, una novela titulada *Vuelta a casa*, fue publicada en junio de 1952, y no volvió a saberse nada más de Vaughan hasta su detención en noviembre del mismo año por un asesinato que no cometió. Vaughan fue juzgado, condenado y sentenciado a cadena perpetua. Con ayuda de un amigo, Paul Hennessy, escribió a mano *Una silenciosa fe en los ángeles* en la cárcel, que Hennessy sacó a escondidas y pasó a limpio para su publicación. La obra provocó una reacción popular que hizo que el caso de Vaughan fuera llevado ante el Tribunal Supremo de Estados Unidos. Su condena fue revocada y fue puesto en libertad después de cumplir más de trece años de condena.

Tras su liberación, Vaughan dedicó su vida a la búsqueda del asesino de más de treinta y dos niñas en cinco estados a lo largo de más de tres décadas. La investigación de Vaughan acabó con el descubrimiento y la muerte de un sheriff retirado de Georgia, Haynes Dearing, que Vaughan mató en defensa propia, quedando él también herido en el enfrentamiento. Posteriormente Vaughan desapareció de nuevo, y no volvió a dar señales de vida hasta el otoño pasado, cuando empezó a correr el rumor de que había escrito otro libro. Para la primera lectura de su obra, la Brooklyn Academy registró un lleno absoluto. Antes de hablar, Vaughan dedicó el libro «a Elena, a Alex y a Bridget... también a mi madre, que me habría dicho que he esperado demasiado tiempo para escribirlo».

Los Vigilantes estará a la venta el próximo lunes, y ya aspira a convertirse en el bestseller del año.

Vuelvo a moverme; tengo las piernas tan dormidas que se me están quedando como piedras. Miro por encima del hombre, por la ventana, hacia el resplandor de Nueva York. Abajo veo los coches pasando por la calle, y más allá la plétora de luces de un millón de ventanas, y tras cada ventana la vida que se desarrolla dentro, cada uno ajeno a su vecino, cada uno encerrado en sus prioridades y sus momentos singulares.

Mi voz suena como la de otra persona, como si mi cuerpo estuviera allí de pie, ante la ventana, pero yo estuviera en otro sitio.

—Nunca le pregunté por qué —le digo—. Nunca le pregunté cómo pasaron esas cosas, ¿verdad?

Observo el cuerpo sentado en la silla frente a mí, con la cabeza echada atrás, el color de su cabello, la anchura de sus hombros. Sé que no habrá respuesta, pero por algún motivo el silencio me inquieta.

—¿Entendía al menos lo que estaba haciendo? ¿Alguna vez pensó en lo que había hecho? ¿Cómo puede un ser humano hacer esas cosas a una niña? A una niña, por Dios.

Cierro los ojos. Intento recordar rostros. Cualquiera de ellos. El de Alice Ruth van Horne. El de Virginia Grace Perlman. Intento recordar a Alexandra, el aspecto que tenía cuando llegó aquel día, el día que invadió mi soledad y me hizo creer que podía volver a vivir.

Intento recordar a mi madre, el aspecto que tenía cuando la visité en Waycross.

Pero casi no queda nada. Las formas y los rasgos son vagos y confusos.

—¿Alguna vez pensó en lo que sufrieron sus padres, sus hermanos y hermanas? ¿Lo pensó?

Sacudo la cabeza. Miro al suelo. Me siento como si estuviera flotando cerca del techo y viera mi cuerpo abajo, pequeño e intrascendente. Mi voz es como un murmullo en una tormenta. Nada. Menos que nada.

Pienso en lo que he hecho.

Me pregunto —sólo por un instante— si no seré poco más que el peor hipócrita del mundo.

¿Ojo por ojo?

¿Es que eso puede estar bien?

Pero ahora es demasiado tarde. Ya está hecho.

Me siento en silencio.

Me pregunto cuánto tardarán en llegar.

En esas horas finales lo único que puedo hacer es recordar todo lo que ocurrió, y mientras lo hago aún siento el pasado que vuelve a mi encuentro, siento...

AGRADECIMIENTOS

Quizá, en algún lugar, hay quien alcanza grandes logros creativos solo.

Éste no fue el caso.

Como siempre, mi agradecimiento infinito a Jon, a Geneviève, a Juliet, a Euan y a Robyn.

A Paul Blezard, Ali Karim y Steve Warne por su constante apoyo.

A Guy.

A Victoria y a Ryan.



R. J. ELLORY (Birmingham, 1965), es un reconocido autor británico de novelas de suspense. Pese a su interés por el diseño gráfico y la fotografía, trabajó para una empresa de transporte de mercancías antes de dedicarse plenamente a su pasión por la literatura. Bajo la influencia de escritores como Arthur Conan Doyle o Stephen King, inició su carrera literaria con la novela *Candlemoth* (2003), flamante finalista de los premios anuales de la Asociación de Escritores de Novela Policiaca del Reino Unido. Es autor de otras siete obras de suspense, entre las cuales cabe destacar *A quiet vendetta* (2005) y *City of lies* (2006).

Notas

[1] The Katzenjammer Kids, tira cómica estadounidense creada por Rudolph Dirks, inmigrante alemán, y publicada a partir de 1897 en el *American Humorist*, suplemento semanal del diario *New York Journal*. (N. del T.) <<

[2] Las «tres hermanas» son los tres cultivos principales de algunos pueblos indígenas de Norteamérica: calabaza, maíz y frijol. (*N. del T.*) <<

[3] American Gold Star, asociación de madres de soldados estadounidenses caídos en combate; Christian Temperance Union, asociación de mujeres cristianas en defensa de las «buenas costumbres». Ambas organizaciones tienen una larga historia en Estados Unidos y aún existen. (*N. del T.*) <<

[4] Organización dedicada a la censura de libros y obras escenográficas desde finales del siglo XIX a mediados del siglo XX. (*N. del T.*) <<